

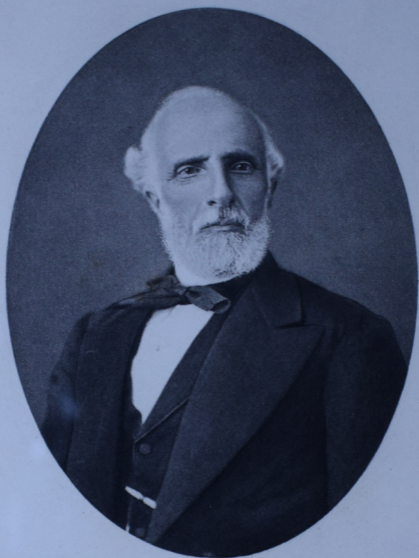
ES PROPIEDAD
DE LA
Municipalidad de Buenos Aires

ESCRITOS Y DISCURSOS

pat. 738

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS MUNICIPALES	
Nº. ORDEN	16.196
CATEGORIA	7-L-21
Material	86(82)

(Frias, Felix) - 5



Felice Min

ESCRITOS

Y

DISCURSOS

DE

FÈLIX FRIAS

TOMO I

BUENOS AIRES

C. CASAVALLE, EDITOR

Imprenta y Librería de MAYO, Calle Perú 115

—
1884

DON FÉLIX FRIAS

Entre los hombres públicos del Río de la Plata, se distinguia por rasgos muy acentuados y especialmente suyos, este ilustre ciudadano. Su fisonomía se destaca en la galería de nuestras celebridades, por la expresion del carácter moral, que era el sello de su personalidad. Sus coetáneos refieren que esa noble expresion de austeridad, se marcaba en su aspecto desde los primeros años de la vida; y nosotros, que le hemos conocido cuando ya declinaba por la curva que penetra en la tumba, conservaremos siempre la impresion de respeto que dejaban su trato y su palabra, hasta en los incidentes mas vulgares de la conversacion. Era naturalmente sério don Félix Frias, sério á veces hasta ser adusto; pero no exhalaba, como algunos personajes teatrales, esos vapores de la vanidad que los hacen tan desagradables. No era en él la seriedad una manifestacion de la suficiencia, sino el reflejo de las preocupaciones de su espíritu, consagrado desde temprano al estudio de las mas árduas cuestiones sociales y devorado constantemente por el celo de la religion y del patriotismo. Mucho amor á la humanidad y una tendencia permanente á la conciliacion, ocultábanse bajo las formas apasionadas de su

palabra y de su gesto imperativo. Sus escritos, sus discursos, su vida entera, han revelado la firmeza inquebrantable de la convicción, la fidelidad invariable á las creencias que fueron su guía y su consuelo, y los sentimientos de abnegación y caridad que solo el cristianismo puede inspirar.

Nació don Félix Frias en la ciudad de Buenos Aires, el 12 de marzo de 1816. Fueron sus padres el doctor don Félix Ignacio Frias y la señora doña Luisa Molina, pertenecientes ambos á familias distinguidas de nuestro país. Hizo sus primeros estudios en el Colegio dirigido por Minvielle y en el Ateneo de Angelis, donde alboreaba ya su inteligencia con brillo excepcional. Aprendió el latin en la Universidad, bajo la dirección del presbítero don Mariano Guerra, de cuyos lábios recordaba haber oído más de un consejo provechoso para los jóvenes estudiantes. Cursó la filosofía en el aula regentada por el doctor don Diego Alcorta, profesor cuyas prendas morales inspiraban á sus discípulos una simpatía mezclada de respeto, que se ha conservado hasta ahora, como un culto universitario. El doctor Alcorta era un filósofo espiritualista, y la influencia de su enseñanza ha persistido en el espíritu de los alumnos, al través de las vicisitudes de la vida y de las doctrinas que han agitado sucesivamente la escuela, con una tenacidad tan dichosa, que aun los más veleidosos é inclinados al materialismo, se han detenido siempre ante la libertad psicológica y han sostenido la responsabilidad moral. Don Félix no buscó en la filosofía el criterio supremo para orientarse en las cuestiones que se ligan con el desarrollo de la sociedad y con el destino final del hombre. Fué en todo tiempo un cristiano, un católico; y para él como para Royer-Collard, aquella pomposamente llamada ciencia de las ciencias estuvo siempre subordinada á las verdades sublimes, reveladas por Dios á la criatura, en la efusión de su amor y su misericordia.

Se inició en el estudio de la jurisprudencia; pero las cons-

tancias de los registros universitarios muestran que no se dedicó asiduamente al aprendizaje de esta materia, que se hacia por entonces en condiciones muy reducidas y que no podian despertar vivo interés en una inteligencia habituada ya á especulaciones de un orden superior. Es dudoso que, aun en el caso de no haber interrumpido por sucesos extraordinarios sus estudios jurídicos, hubiera ejercido la profesion de abogado, cuyas minuciosidades y estrecho horizonte debian sofocar un talento anheloso de ejercitarse en teatro mas vasto y despejado.

Sus amigos nos lo han pintado mas de una vez cómo era desde aquella época, irreprochable en las costumbres, regularmente silencioso, contraido á la lectura y adicto firmemente á las doctrinas de que iba á ser el más fervoroso y notable campeón en la República Argentina.

Sus primeros escritos vieron la luz pública en el *Iniciador*, periódico político y literario donde escribian, entre otros jóvenes destinados á ilustrarse en los fastos de nuestra historia, Cané, Juan Maria Gutierrez, Mitre y Tejedor. Se bosquejan allí, con la inesperienza pero tambien con el vigor de la juventud, las ideas que habia de exponer magistralmente en la edad madura. Algun tinte del romanticismo de la época, y la entonacion enfática, propia de un escritor novel, no impiden vislumbrar en esas primeras producciones, el publicista que se distinguiria más tarde por la sensatez del juicio y la correccion de la forma.

Don Félix interrumpió muy luego sus trabajos literarios, para ceñirse la espada y acompañar al general Lavalle en la campaña contra la dictadura de Rosas, que, investido con la suma del poder público, se entregaba á los desórdenes y excesos más abominables. Dominado por el noble deseo del bien público y ageno á toda pasion de partido, anunciaba á los

pueblos el movimiento que salvaba, por la protesta armada, el decoro de la República, escribiendo en la proclama de su jefe militar, estas memorables palabras: « Los atentados inauditos del bárbaro no me han permitido esperar mas tiempo, y he tenido que ceder á una impulsión invencible de mi conciencia, que me ha arrastrado en medio de vosotros. No traigo recuerdos: he arrojado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan á la nacion entera. Federal ó unitario, seré lo que me mande el pueblo. Solo traigo una causa:—la libertad. Solo traigo una ambicion:—romper el último eslabon de la esclavitud de mi patria, y poner despues mi espada á los piés del pueblo argentino. No reconozco mas que un solo enemigo: el enemigo del pueblo: el tirano Rosas. »

Don Félix hizo toda la penosa campaña emprendida por el general Lavalle, y recorrió entre victorias y derrotas, el largo itinerario del ejército, yendo desde Martin Garcia á la provincia de Entre-Rios, de allí á Corrientes, luego á Santa Fé y Buenos Aires, y de aquí por Córdoba, la Rioja, Catamarca, Tucuman y Salta, á la ciudad de Jujuy, donde el infortunado capitán cayó mortalmente herido por la bala incierta, lanzada de un grupo de paisanos enemigos. La única division que subsistía, despues de muchos desastres, se puso en marcha hácia Bolivia, llevando los despojos de su jefe superior. Fué perseguida en el tránsito y se vió obligada á combatir sin descanso, durante una semana, para librarlos de alguna vergonzosa profanacion. El jóven Frias formaba parte de aquel piadoso duelo militar, y tuvo, con sus compañeros de armas, el triste consuelo de depositar solemnemente los restos del general Lavalle en la catedral de Potost, el dia 23 de octubre de 1841.

Habia sufrido las inclemencias y penurias de una prolongada y laboriosa campaña; habia expuesto generosamente su

vida por la salud y el honor de la patria; y la satisfaccion del deber cumplido era el único alivio para los dolores de su patriotismo, entristecido en presencia de la desventura horrible que afligia á su país. Pero él no dijo como el troyano de Virgilio: *jam satis patriæ Priamoque datum est*, y emigrado en Bolivia y en Chile, continuó con la pluma del publicista indignado, la lucha con el tirano Rosas. Desde entonces comienza seriamente su tarea de escritor; desde entonces su talento, nutrido ya por los estudios de su primera juventud y enriquecido con el caudal abundante de la esperiencia adquirida en la vida pública, se revela en la série de escritos que se publican ahora, coleccionados prolijamente, y á los que sirven de introduccion estas breves páginas.

La primera y la última palabra de don Félix Frias se corresponden y armonizan; un solo espíritu anima su obra, un solo soplo fecundo y generoso la alienta; la unidad de la doctrina y de los sentimientos es una belleza para sus producciones y un honor para su vida.

Bajo el título sarcástico *La gloria del tirano Rosas*, publicó en Chile un estenso folleto contra el déspota, imperante á la sazón con toda la prepotencia de su orgullo. La victoria se impone á las almas débiles y ofusca á veces á los que no tienen un juicio perspicaz ó carecen de la informacion necesaria para pronunciarse con acierto. Don Félix Frias se dirigia á propios y extraños. Estimulaba á los primeros á perseverar en el combate empeñado en defensa de la justicia, de la moral, de los derechos individuales hollados por Rosas, evidenciando que el triunfo definitivo y supremo debia coronar los esfuerzos de sus adversarios, en un dia seguro aun cuando no fuera cercano; porque la razon y la historia muestran de consuno que se derrumba inevitablemente todo poder contrario á la naturaleza. A los extraños, á los europeos, habituados á mirar con desden las Repúblicas Sud-americanas, especialmen-

te por la inestabilidad de sus gobiernos, é inclinados en favor de Rosas, á quien veian desde lejos conservarse en el mando,— les exhibia los horrores de la dictadura, les descubria todas las artes infernales que empleaba el tirano y que explicaban su dominio.

Pero no se limitaba á esto el señor Frias: mostraba las causas de la tiranía, indicaba los medios de hacerla imposible en el futuro. Para él Rosas era el producto de nuestras miserias, de nuestros odios, de nuestras vanidades, que nos habian arrojado en desórdenes espantosos, poco tiempo despues de ufanarnos con las glorias marciales de la revolucion y augurarnos ingénuamente un porvenir henchido de halagüeñas promesas. No bastaria en adelante para conjurar el despotismo, cultivar las artes, desenvolver la industria y el comercio, adoptar las formas externas de la sociabilidad europea. Seria indispensable fomentar los elementos morales, propagar la verdad cristiana, enseñar á los hombres á vencer las pasiones impetuosas que los exaltan hasta el frenesí para lanzarlos más tarde, sin aliento, á los piés de un tirano, lo mismo en los pueblos bárbaros que en los pueblos refinados, pero sin creencias religiosas y sin costumbres puras.

En otro de sus notables escritos (1) sostuvo, con vigor y con brillo, la necesidad de acudir á las enseñanzas y á las leyes de Jesucristo y de su Iglesia, para librar á las sociedades hispano-americanas de los males que las han afectado y afectan profundamente.

El señor Frias no creia en ciertas panaceas preconizadas á grandes voces y cuya eficacia oímos recomendar todavia, apesar del perpétuo desmentido de la esperiencia.

No entendia que la escuela primaria desvinculada de la re-

(1) *El Cristianismo católico.*

ligion; que las constituciones calcadas esmeradamente sobre modelos de otros países; que la afluencia de inmigrantes, cualesquiera que fueran sus hábitos y su procedencia, debieran transformar, ventajosamente y como por encanto, nuestras condiciones políticas y sociales.

Juzgaba que la instrucción primaria difundida por todas partes y aun el cultivo de las ciencias y de las artes, podían coexistir con una lamentable inmoralidad, si no se hacía sentir la influencia religiosa, que morigera las pasiones, dulcifica los sentimientos, ennoblece y entona el carácter. Bacon fué á la vez un filósofo eminente y un hombre perverso. Los griegos asociaban la fineza del gusto artístico á una depravación vergonzosa.

El señor Frias veía por otra parte, en las leyes humanas, en su abundancia y prolijidad, más bien la manifestación de un estado social perturbado por la fuerza y el fraude, que el medio eficaz de la regeneración de un pueblo. Sabido es que los romanos formaron un grande y minucioso *Corpus juris*, precisamente por la frecuencia entre ellos de los actos violentos ó dolosos. Sus leyes, sin embargo, no impidieron la corrupción. Pensaba que la regeneración social se opera por la mejora del hombre inferior, por la pureza de las costumbres, por la práctica de las virtudes que forman la persona honorable y el buen ciudadano.

Tampoco se alucinaba con las maravillas esperadas de una inmigración indiscretamente fomentada y que podía ser una nueva causa de malestar y desorden. Deseaba la afluencia de extranjeros, como estadista y como cristiano, para quien es siempre interesante la suerte de los hombres, sin distinción de raza ni frontera. Mas de una vez aparece en sus escritos la generosa preocupación de que se hallaba poseído en favor de la inmigración europea. Decía

que el remedio providencial del pauperismo afligente del viejo mundo, se encuentra en los inmensos y feraces territorios del continente americano. Señalaba, entretanto, la clase de inmigrantes que nos conviene, encareciendo la ventaja de que fueran ellos homogéneos con la población nativa, por las creencias religiosas, además de ser aptos para el trabajo, es decir, inteligentes y robustos. Temía que la inmigración, en otras condiciones, maleara el carácter nacional. Y su temor era justo. El advenimiento continuo de gentes sin moralidad, sin más Dios que el becerro de oro, puede sin duda metalizar aun aquellos pueblos cuya índole parece preservarlos de la degradación de un mercantilismo insaciable. Cuando se llega á estos extremos, todo noble resorte se destempla, todo estímulo elevado pierde su eficacia; la reforma social se hace punto menos que imposible, y las naciones se hunden sin pudor en el vicio y la depravación. Don Félix Frias se horrorizaba ante la perspectiva de una situación tan desgraciada para la República Argentina: Sabía que desaparecen la lealtad de las relaciones privadas y la verdad en la práctica de las instituciones, cuando en el seno del hogar se reemplazan los preceptos del Evangelio, por el cínico aforismo que atribuyen los ingleses á un padre codicioso y sin dignidad: «*Make money, my son, honestly, if you can; but make money: haz plata, hijo mio, honradamente si puedes; pero haz plata* (1).» Desgraciado el país á cuyas playas arriben con frecuencia inmigrantes que lleven, como ley de su conducta, ese infame consejo!

(1) Es curioso observar que este dicho, atribuido á un judío contemporáneo, se encuentre textualmente en Horacio. (Epistolarum liber I, I, vers. 65-66.)

..... *rem facias, rem,*
si possis, recte; si non, quocumque modo rem.

No es extraño que algunos espíritus, que se llaman prácticos porque rozan la tierra sin levantarse jamás al origen de las cosas, apreciáran desdeñosamente las doctrinas y las opiniones del señor Frias. La verdad es que si hay algo candoroso y ridículo, es pretender la regeneracion y perfeccionamiento de la sociedad, por medios externos y mecánicamente, sin cambiar ni mejorar el hombre individual. Los que han creído eso hacedero, han sido los pensadores más ilusos; y en nuestro país los estadistas que, desde largos años, nos prometían convertir la República en el Paraiso terrenal, prescindiendo de la ayuda de Dios y del respeto á su Iglesia, se han visto cruelmente burlados por los hechos. Ni podia ser de otro modo, por que olvidaban, segun se ha dicho ingeniosamente, combatir los siete pecados capitales; y mientras se les deja libres, agitan y perturban el mundo, apesar de las más ponderadas instituciones humanas.

Don Félix Frias debió á la fidelidad que profesaba al principio religioso, el no haberse hallado jamás en el caso de contradecirse y refutarse á sí mismo, como los escritores expuestos por su propio orgullo á veleidades antojadizas ó peligrosas.

La nobleza de su carácter y la distincion de su talento le hicieron respetable, siendo jóven todavía, en Chile y en Bolivia. Su reputacion literaria estaba formada desde los primeros escritos que publicó allí; y se le confió el puesto de corresponsal del *Mercurio* de Valparaiso en Paris, donde residió mucho tiempo. Fué á Europa cuando estaba preparado para observar, con aprovechamiento, la vida de pueblos que presentan los fenómenos más complicados de la sociología y los medios más adecuados y fáciles para adquirir una seria y variada ilustracion.

Encontró el viejo mundo convulsionado por las más terribles cuestiones sociales; estudió profundamente esa Francia cuya



historia y cuyos publicistas han tenido tanta influencia entre nosotros; y se confirmó, por el espectáculo viviente de las cosas, en las creencias y doctrinas que le guiaban en América. Vió un pueblo perturbado por las pasiones que habian encendido novadores audaces y temerarios; asistió á los episodios de una lucha que se ha manifestado despues por dolorosos estallidos y catástrofes espantosas; pudo conocer los peligros del socialismo, la conmocion del órden social, como su resultado inevitable; y presenció el golpe de Estado, en que Napoleon III se impuso á la Francia anarquizada por insensatos reformadores.

Si conoció el mal y sus representantes en aquella nacion, pudo tambien conocer, y de cerca, las virtudes y los caracteres que la honraban y que únicamente pueden salvarla. A los americanos acostumbrados á creer solamente en la existencia de un Paris frívolo, escéptico, disipado, les mostró el Paris laborioso y creyente. Señaló á los que sólo contemplaban la demagogia francesa, la Francia amiga del trabajo y del órden. Si le inspiraron vivas repulsiones los sistemas disolventes de Fourier y Saint-Simon, las doctrinas perversoras de Luis Blanc y Ledru-Rollin,—pudo encontrar una satisfaccion consoladora en el trato y la palabra de Guizot, cuya persona y cuyas ideas políticas fueron para él objeto de una simpatía respetuosa y profunda. En Montalembert halló su maestro, su modelo, el tipo intelectual de su predileccion. La elocuencia vibrante, sonora y marcial del orador católico, resonó siempre en su alma apasionada; y mas de una vez le fué dado igualarla en la tribuna, argentina. Escuchó, por fin, aquella maravilla de la oratoria sagrada, que el mundo conoce con el nombre para siempre inolvidable del Padre Lacordaire; y conmovido hasta el asombro, exclamó un dia: «sólo pueden ser insensibles á

esa palabra, los que contemplan con los ojos enjutos las formas colosales de San Pedro ó los que ven levantarse los Andes sin sentir en su alma la admiracion de la fé.»

Se hallaba ocupado en sus estudios favoritos, aumentando sin cesar el caudal de ciencia y experiencia, adquirido en sus lecturas y en la observacion de los sucesos europeos, cuando le llegó la noticia de la batalla que puso fin á la sangrienta y larga dictadura de Rosas. No es necesario decir el júbilo de que se sintiera inundado al saber el gran acontecimiento; pero debe recordarse para honor suyo que no le dominó en esos momentos un entusiasmo reflexivo, ni mucho menos alguna de las pasiones rencorosas, incubadas con frecuencia en el corazon de los proscritos. Envió á todos sus conciudadanos, palabras fraternales y consejos llenos de cordura. El pasado, segun él, debia tomarse, no como una causa, de recriminaciones sino como una leccion fecunda para el porvenir. Rosas no era una superfeccion eventual en nuestra historia; Rosas era la consecuencia de los errores y desenfreno de los partidos, que habian violado los preceptos de la moral cristiana.

Don Félix Frias no regresó á la patria inmediatamente despues de caer la dictadura. Continuó escribiendo desde Paris artículos conexos con los intereses morales de la república Argentina, y verdaderamente notables por la erudicion, por el vigor del estilo y la elevacion del concepto (1). distinguen entre ellos los estudios relativos á la instruccion pública y á la lejislacion sobre la prensa. El autor descubria, con sagacidad las necesidades primordiales de su país

(1) Muchos de estos artículos se publicaron en la *Religion* de Buenos Aires, periódico fundado el año 53 por el actual Arzobispo, doctor don Federico Aneiros, y el Padre dominico fray Olegario Correa.

y los males que podían arrojarlo nuevamente en los abismos de la anarquía. Pensaba que era indispensable formar el corazón y la mente de las nuevas generaciones, en escuelas y colegios cuya enseñanza estuviera impregnada del espíritu religioso. Como si hubiera tenido la intuición profética de que un liberalismo de mala ley pretendería sustituir el culto de Dios, por la idolatría del Estado, es decir, por la adoración del César, combatió el monopolio oficial en la educación de la juventud, y sostuvo los derechos imprescriptibles de la familia y de la Iglesia, en este asunto de vital interés para la sociedad.

Veía también en los desbordes de la prensa un gravísimo peligro para la nación, apenas libertada de una horrible tiranía, y expuesta por su inesperienza á las seducciones de una libertad embriagadora y fatal. Autorizado con la opinión de los más respetables jurisconsultos y publicistas, y empleando su propio razonamiento, nutrido y decisivo, evidenció el error de la doctrina liberalesca según la cual es imposible el delito cometido por medio de la prensa; y señaló la perturbación social que produciría el diarismo, completamente irresponsable, en manos de escritores cuya ciencia se reduce al arte de explotar el escándalo y halagar las más bajas y groseras pasiones.

Volvió el señor Frias á Buenos Aires tres años después de la batalla de Caseros, y fundó, asociado al señor don Luis Domínguez, un diario titulado *El Orden*, nombre que por sí solo era un programa, especialmente en aquella época.

La provincia de su nacimiento se había separado de las otras, después del movimiento revolucionario del 11 de Setiembre de 1852.

Dos pensamientos antagónicos respecto á la manera de proceder á la organización nacional, dos sentimientos muy

diversos, se habian manifestado en los dias tumultuarios que, siguieron á la caida de Rosas.

Entre los estadistas que volvian de la emigracion, habia algunos que se preocupaban de dar ante todo á la República una ley fundamental, para delinear los poderes públicos, marcarles su esfera de accion y sus responsabilidades, y proveer lo conducente á establecer, bajo condiciones normales, la solidaridad de intereses y derechos entre las diversas fracciones del pueblo argentino. Los iniciadores y sostenedores de esta política, pensaban con razon que semejante empresa no podia realizarse sin el concurso de los mismos caudillos existentes en las provincias. Eran las autoridades consuetudinarias, que no se reemplazarian bruscamente, sin producir profundas perturbaciones. En su mala voluntad, en la negativa obstinada á sujetar sus actos á las reglas de la legalidad, se habian estrellado los reiterados ensayos de Constitucion intentados por nuestras Asambleas. Pero el general Urquiza, que habia tenido la gloria de echar por tierra el poder de Rosas, entraba de lleno en el propósito de constituir políticamente la nacion; su prestigio y su ejemplo cambiaban por primera vez en nuestra historia, la situacion de aquellos tradicionales gefes de provincia, inaccesibles á toda tentativa de regularizar, por una ley comun, la vida nacional de la República Argentina. La anhelada Constitucion no encontraba en ellos la tenaz resistencia que tantas veces la hizo fracasar.

Los otros querian alterar radical y prontamente el estado de las cosas, renovar el personal de las autoridades, emplear en la obra de constituir la nacion, exclusivamente aquellos elementos que no hubieran tenido conexiones con la dictadura en Buenos Aires ó con los caudillos en las demás provincias. Esta política se distinguia por las intransigencias de un puritanismo rencoroso. La juventud,

amiga de los partidos extremos, se apasionó por ella. Apesar de su programa excluyente, aceptó para prevalecer, la cooperacion de todos los hombres que, sin distincion de antecedentes políticos, se oponian á los propósitos favorecidos por el general Urquiza, y aun les entregó las riendas del mando, en los momentos supremos, salvo el desalojarlos tan pronto como no le fueran necesarios. El localismo, el recelo de los sacrificios que impondria á Buenos Aires la ley comun, la confianza en los abundantes recursos que habilitaban á esta provincia para vivir fuera de la union, dieron el triunfo á la política del aislamiento.

Esa era la situacion cuando el señor Frias ocupó un puesto en la prensa diaria. Sobreponiéndose á las recriminaciones estériles y á las miserias de la pasion vindicativa, consagróse á encarecer las ventajas de la integridad nacional, á despertar los sentimientos del antiguo patriotismo, á evocar la gloriosa tradicion que muestra á los argentinos, de todas las regiones del pais, asociados en los más brillantes dias de su historia.

Se hacia en los diarios una persecucion implacable contra los hombres que habian tenido una atingencia cualquiera con la tiranta vencida. Se les injuriaba atrocemente, despues de haber aceptado su auxilio en todos los terrenos de la lucha contra la política del general Urquiza. Los directores de esa propaganda acrimoniosa y violenta, se decian depositarios fieles de los planes concebidos por los próceres muertos en el destierro. El señor Frias habia conocido á los actores prominentes en los sucesos del pasado; y pudo afirmar, sin ser desmentido, que ellos sólo esperaban de la concordia la salvacion de la patria. El ódio no tenia los orígenes ilustres que le asignaban sus usufructuarios. Se le decoraba con los nombres de puritanismo y amor á los principios; pero era el mismo sentimiento desmoralizador al cual se

deben, en todas partes y en todo tiempo, la desgracia y la ruina.

El redactor del *Orden* ocupó un asiento en la Legislatura de Buenos Aires y combatió allí, como habia combatido en la prensa, la política del exclusivismo y del aislamiento, señaladamente con motivo de dos proyectos que dieron lugar, en los años 57 y 58, á largas y notables discusiones. En uno se proponía á las Cámaras Provinciales, que declaráran á Rosas reo de lesa-patria, y dispusieran que sus bienes pasaran á ser del Estado; en el otro se aconsejaba anular las enagenaciones de la tierra pública, hechas por el dictador. El señor Frias se opuso á esos proyectos.

Impugnando el primero, decia el orador: El juicio de los tiranos pertenece á la historia; la ley propuesta es de aquellas destinadas á conmover profundamente la sociedad, sin mejorarla. Cuando un pueblo ha vivido medio siglo en el desorden, se puede confesar sin mucha modestia que ellos han pecado. Es muy difícil liquidar la cuenta de los castos mútuos de los partidos, y hallo preferible quemar el libro que la contiene. En cuanto á la confiscacion de los bienes de Rosas, no merece el honor siquiera de ser discutida en un país constitucional. No todo es permitido contra los tiranos, pues no es permitido imitarlos.

Su oposicion al segundo proyecto, puede condensarse así: Es atentatorio á la Constitucion, que declara inviolable la propiedad privada. A los tribunales de justicia, y no á las Asambleas políticas, incumbe decidir si las tierras de que se trata, han sido bien ó mal adquiridas. La ley proyectada no respeta los derechos de antiguos poseedores que las han defendido, con peligro de su vida, contra las invasiones del salvaje. La Francia juzgó irrevocables las enagenaciones, realizadas durante el periodo revolucionario, y á vilísimo precio, de los bienes pertenecientes al Estado, á las corpora-

ciones y á los emigrados. Cerrada la revolucion de Inglaterra, la Corona y la Iglesia no recobraron sus bienes por mandato del legislador, sino por las decisiones de la justicia ordinaria. Estos ejemplos deben seguirse para evitar las reacciones de la venganza y dar una base estable á la paz social.

Sus opiniones no prevalecieron. El grito destemplado de la pasion apagaba la voz del patriotismo y de la prudencia; los cálculos de una política estrecha se sobreponian á los consejos de la esperiencia y á las más sanas inspiraciones.

Fuera de la Cámara, don Félix Frias trabajaba sin cesar por la causa de los intereses morales de la República Argentina. Desde Europa habia hecho justos elogios y merecidas recomendaciones de esas hijas predilectas del catolicismo, conocidas con el dulce y expresivo nombre de *Hermanas de caridad*. De vuelta al país, cooperó eficazmente para que se establecieran en él y se les confiara el servicio de los hospitales. Ayudó igualmente al señor Fouet, distinguido marino francés, de un celo religioso digno de ejemplo, á fundar en Buenos Aires la Sociedad de San Vicente de Paul, que un grupo de jóvenes piadosos habia creado en Francia y que esparce hoy, por todo el mundo civilizado, los consuelos de la beneficencia.

Los sucesos políticos se precipitaban de nuevo á una sangrienta crisis. El señor Frias, que ocupaba otra vez un puesto en la prensa, como redactor de la *Religion*, continuó su propaganda en favor de la paz pública, esforzándose por propiciar los ánimos á la mediacion que habia iniciado el representante de los Estados Unidos, entre el gobierno de Buenos Aires y el gobierno de las Provincias confederadas. Esta mediacion no tuvo resultado. El 23 de Octubre de 1859 se dió la batalla de Cepeda, quedando victorioso el ejército de la Confederacion. El pacto celebrado en 11 de Noviembre del mismo año, reco-

noció á Buenos Aires el derecho de proponer enmiendas ó reformas á la Constitucion jurada por aquellas provincias, dado el caso de conceptuarlo conveniente para incorporarse á la union nacional.

A este fin debia convocarse una Convencion, que en efecto se reunió, marcándose desde luego dos fracciones en su seno. Una de ellas pensaba que los beneficios de la incorporacion, eran motivo bastante para aceptar lisa y llanamente la ley fundamental. La otra se proponia decididamente reformarla en el sentido de atenuar las atribuciones conferidas á los Poderes Nacionales, recelando que los hombres encargados entonces de ejercerlos, las hicieran valer contra la provincia que iba á someterse á su jurisdiccion. Los que así opinaban tenian una mayoria considerable. El señor Frias estaba por la incorporacion inmediata. Tan poderosas razones militaban en favor de esta solucion, que el mismo doctor Velez Sarsfield, encargado de informar sobre el conjunto de las enmiendas presentadas por la Comision *ad hoc*, decia haberse abstenido por su parte de sugerir reformas, con excepcion de una concerniente al Poder Judicial (que no se habia instalado aun), temeroso de que, si se entraba en ese camino, se destruyera la Constitucion ó nacieran nuevos obstáculos á la union de los pueblos.

Las enmiendas propuestas fueron discutidas. Don Félix Frias, fiel á su pensamiento de no demorar la integridad de la nacion, se mantuvo silencioso durante los prolongados debates que ellas provocaron. Sólo una vez habia hablado en la Convencion, y eso para explicar su silencio. Pero cuando la discusion de las enmiendas aconsejadas por la Comision, llegó á su término, pidió la palabra y dijo que se complacia en responder á la invitacion

dirigida por un elocuente convencional (1) á sus colegas, para que le acompañáran en la manifestacion de sus sentimientos patrióticos y nacionales; y que obedeciendo á convicciones invariables y profundas, iba tambien á proponer una reforma. Se referta al artículo segundo de la Constitucion examinada, y queria, apesar de su sentido intergiversable, sustituirlo por la fórmula tradicional y correcta: « La religion católica, apostólica, romana, es la religion de la República Argentina, cuyo gobierno costea su culto. El gobierno le debe la más eficaz proteccion y sus habitantes el mayor respeto y la más profunda veneracion. » Fundó esta cláusula en uno de sus más hermosos discursos. Volvia como siempre la mirada á Dios, cuando se trataba del porvenir de la patria. Mostraba que el esfuerzo humano es impotente, sin el auxilio de lo alto, para cimentar el órden social. Deseaba que los poderes públicos de la nacion se inspiráran en la creencia religiosa del pueblo, cuyos elementos de civilizacion se derivan del catolicismo; y que la unidad de esa creencia fuera expresada plena y solemnemente en la Constitucion, como un hecho capital, como la fuente de preciosos derechos.

La fórmula á que aludimos, fué rechazada sin que nada sério se dijera contra ella, en el debate. Parece que la Convencion cedió al argumento vulgar de la inconveniencia que hay en ventilar cuestiones religiosas, porque agitan calorosamente los espíritus. Si por algo es natural y lícito que el hombre se agite, es precisamente por ellas; no le deben ser indiferentes su destino futuro y las condiciones de paz y progreso de la sociedad á que pertenece. Ni habia peligro, por lo demás, de que adoptada la cláusula propuesta, se produjera disturbio alguno, siendo ella la declara-

(1) El doctor Velez Sarsfield ya citado, en el magistral discurso con que abrió los debates de la Convencion.

cion de una verdad universalmente reconocida y la expresion de los preceptos legales que fluyen de esa verdad. El catolicismo es, en efecto, la religion de los argentinos; y no se concibe la vacilacion del legislador para establecer que todos los habitantes del pais están obligados á respetar la religion nacional. Era curioso indudablemente el escrúpulo que suscitaba en los convencionales la imaginaria agitacion de los ánimos, cuando no titubeaban en sancionar reformas que podian encender una vez más las pasiones políticas, mal apagadas todavia.

La discusion del artículo proyectado fué muy pobre. Un convencional divagó largo tiempo, en un discurso cuya consecuencia habria sido el ateismo de las leyes. Otro se permitió decir que la religion no es materia constitucional. Otro, por fin, dijo que los Poderes Nacionales nada tienen que ver con ella, apesar de los artículos de la Constitucion que se refieren á las relaciones entre esos Poderes y la Iglesia Católica. El triunfo moral fué completo para el señor Frias.

No incurrió jamás en el error de sostener la separacion de la Iglesia y el Estado. Su fidelidad á la enseñanza de aquella le preservó, como lo hemos indicado ya, de asentir á perniciosas novedades. Se libró así de coadyuvar á los planes del liberalismo, que logró seducir en favor de esa tésis, más de un católico distinguido, invocando falazmente sentimientos de amor por la libertad de la Iglesia. Se opuso siempre á una separacion que sólo se explica por la indiferencia ó la hostilidad, y combatió igualmente la pérfida union preconizada por los sostenedores del patronato ejercido sin respeto y sin fé.

Aprobadas por una Convencion Nacional las reformas á la Constitucion del 53, fué jurada en Buenos Aires el año 60. El mero hecho de declararse vigente para toda la nacion ese código político, inspiró halagüeñas esperanzas á los que eternamente confían en la eficacia de los textos legales. Pero las antiguas pasiones conflagraron de nuevo el pais. El señor

Frias escribió á los generales Urquiza y Mitre, exponiendo las consideraciones que, segun él, debian decidirlos á una solucion pacífica. Su empeño no alcanzó un éxito feliz. Tuvo lugar la batalla de Pavon el 17 de Setiembre de 1861. Derrocados los Poderes establecidos en el Paraná, las Legislaturas Provinciales autorizaron al gefe del ejército victorioso, y gobernador de Buenos Aires, para convocar un Congreso, que se reunió en la ciudad de este nombre.

Una vez instaladas las Cámaras Legislativas de la nacion, el general Mitre, encargado del Poder Ejecutivo, sometió á la consideracion de aquellas, un proyecto para federalizar toda la provincia de Buenos Aires, por el término de tres años.

Ese proyecto fué sancionado en el Congreso; pero dada su naturaleza, no podia entrar en vigencia, sin el asentimiento de la Legislatura local. Don Félix Frias formaba parte de ella como senador. Se opuso tenazmente á la federalizacion, que habia suscitado ya, en la prensa y en los clubs, debates apasionados. Entendia que ella era innecesaria para la vida de las autoridades nacionales. Juzgaba que se cometia una gran iniquidad, suprimiendo la existencia política de la provincia más rica, más populosa y más ilustrada, privándola así de todos los derechos que se reconocian á otras agrupaciones de argentinos, destituidas aun de elementos bastantes para pretender el rango de entidades autonómicas. Observaba que el gobierno de la República debia apoyarse no sólo en la fuerza, sino especialmente en la opinion popular; y que para propiciársela, era menester comenzar respetando las antiguas instituciones, amadas con razon por ciudadanos acostumbrados á administrar sus intereses inmediatos. Negó, finalmente, que estuviera en las atribuciones de la Legislatura de Buenos Aires, votar una resolucion que importaba la muerte irremediable, pues la resurreccion prometida al cabo de tres años, era de todo punto ilusoria.

Este discurso del señor Frias se distingue por la vehemencia del estilo; pero el noble corazon del orador no olvidaba en el ardoroso arrebató de la palabra, los sentimientos de fraternidad nacional, y espontáneamente brotaba de él aquella frase digna de ser siempre recordada en el debate parlamentario: « Si hoy es dia de luchar como caballeros, mañana será dia de vivir como hermanos. »

Recibió una ovacion calorosa. Gran parte de la barra que acababa de escucharlo y aplaudirlo, le acompañó por las calles, con ruidosas manifestaciones de simpatia. El censor adusto habia sido esta vez un tribuno del pueblo. Pero la popularidad no era para él un atractivo, ni mucho menos un peligro. Seguía por sus convicciones. No mendigaba los favores de la muchedumbre. Aspiraba á la consideracion y la obtuvo siempre de todos los que eran capaces de comprenderla y de sentirla.

El proyecto pasó en el Senado. Pocos dias despues, la Cámara de Diputados lo rechazó por una considerable mayoría. La lucha de esos dias es una de las que más honran la tribuna argentina. Su resultado fué una ley fijando temporalmente la residencia de los Poderes Nacionales, con jurisdiccion exclusiva, en la ciudad de Buenos Aires. Nos parece que era atinado dar esta base á la reorganizacion de aquellos Poderes, colocándolos en el centro de los recursos y dotándolos de eficaces medios de accion, sin exigir el suicidio de la mas importante provincia de la República. La federalizacion excesiva, que se proponia, era talvez un procedimiento de táctica política: pedir lo exorbitante para conseguir lo indispensable.

Producida una vacante en el Senado Nacional, fué elegido para llenarla el señor Frias. El Poder Ejecutivo, recientemente organizado, abrigaba una confianza exagerada en la pronta y duradera pacificacion de la República, estremecida

aun por el sacudimiento que la había conmovido con tanta violencia. Preocupado de impulsar el progreso material del país, enviaba al Congreso, á mediados del año 63, un proyecto copiado de la legislación norte-americana, autorizando á toda compañía ó individuo para establecer Bancos de circulación de billetes, pagaderos á la vista y al portador, en monedas metálicas de curso legal. Se fijaban para ello ciertas condiciones, exigiéndose á los banqueros que dejasen, en garantía del pago de los billetes, una suma igual en fondos públicos nacionales.

El señor Frias inició una campaña parlamentaria contra aquel proyecto, cuya gravedad era notoria y en cuyo éxito se empeñaba decididamente el Poder Ejecutivo, según lo probaba el hecho de asistir al debate los tres oradores del Ministerio. (1) El opositor á la ley propuesta, comenzó por hacer la historia de los Bancos reglamentados en Norte-América, mostrando cómo habían ultrapasado los límites de Nueva-York y se habían extendido por todos los Estados de la Union Americana sometidos á la autoridad del Congreso. La existencia de esos establecimientos respondía á una medida financiera, en virtud de la cual el gobierno de aquella nacion, obligado á costear los gastos enormes de la guerra para abolir la esclavatura, habia puesto la hacienda pública bajo la proteccion de los Bancos particulares. El sistema bancario proyectado reposaba en la solidez del crédito del Estado; y apesar de ser tan considerable el de ese gobierno, los billetes perdieron la mitad de su valor. Lo que se proponia no era otra cosa que la amonedacion de la deuda, por la cual se vá directamente al curso forzoso. El Estado argentino, dada la situacion política en que nos hallábamos, al garantizar las promesas de los banqueros, no estaba seguro de cumplir las suyas propias. Convertido el proyecto en ley, muchas gentes se aventurarian en riesgosas y fatales

(1) Los doctores Velez Sarsfield, Rawson y Elizalde (don Rufino).

especulaciones, imaginando que la emision de billetes importa la creacion de capitales; que el aumento del medio circulante es por si solo el aumento de la riqueza,—error, sin embargo, tan craso, para usar la expresion de Chevalier, como seria el de confundir el carro con la mercancia. El orador terminaba recomendando á los poderes públicos, cordura y prudencia en materia tan delicada y peligrosa.

El proyecto fué aprobado en la Cámara de Senadores; pero salió herido de muerte y se extinguió silenciosamente en las Comisiones de la otra Cámara.

Don Félix Frias tomó tambien participacion muy activa en otra discusion interesante del Senado Nacional. Uno de los miembros de esta corporacion, habia denunciado algunos abusos en el departamento de la guerra, lo que dió lugar á cierto diálogo violento con el Ministro del ramo. (1) Pocos dias despues, un oficial del ejército publicaba palabras injuriosas contra el senador que, en desempeño de sus funciones, habia censurado aquellos desórdenes administrativos. La amenaza se unia al insulto en ese escrito notable por su virulencia.

Los señores Rojo y Frias, indignados por la torpe agresion, escitaron á la Cámara á promover el castigo de un atentado que, segun ellos, no podia quedar impune, sin producir las mas lamentables consecuencias en el porvenir. El primero aconsejaba que el Presidente del Senado remitiera al Procurador fiscal de la seccion Buenos Aires, un ejemplar del periódico donde el comunicado habia visto la luz, para que dedujese la accion á que hubiera lugar. El segundo proponia que se invitára al Poder Ejecutivo á cumplir, respecto del oficial injuriente, las prescripciones de la ley.

(i) Prescindimos del fondo del asunto á que el incidente se refiere, sobre lo cual no estamos habilitados para pronunciarnos; y marcamos solamente el origen de la discusion en que intervino el señor Frias.

El miembro informante de la Comision encargada de dictaminar sobre esos dos proyectos de resolucion, opinaba á nombre de aquella que no habia posibilidad legal de proceder contra el autor de la publicacion aludida. Se aducia en apoyo de ese dictámen, la consideracion de que la ley fundamental, prohibiendo al Congreso dictar leyes restrictivas de la libertad de imprenta y establecer sobre ella la jurisdiccion nacional, ha querido reconocer á los ciudadanos un derecho tan ámplio para censurar los actos de los Diputados y Senadores, como lo es la inmunidad á cuyo amparo pueden éstos hablar en la tribuna, sin responsabilidad ante ningun tribunal de la nacion. Cierto es, se agregaba, que la Constitucion y las leyes reglamentarias estatuyen que los miembros del Congreso no pueden ser molestados por sus opiniones vertidas en la Cámara, y determinan las penas correspondientes á las injurias y amenazas que se les dirijan á causa de ellas. Pero deben exceptuarse de esa penalidad las manifestaciones hechas por la vía tipográfica, pues lo esencial, en la mente del legislador, ha sido mantener sin restriccion el derecho de la crítica, en favor de la prensa, dando así á los individuos del pueblo una especie de compensacion para equilibrar la ilimitada libertad del orador parlamentario.

El señor Frias no se conformaba por cierto con esta rara manera de pensar. Era inaceptable para él una interpretacion del texto constitucional, que diera por resultado esponer sin defensa los Congresales á cualquiera injuria ó calumnia, con tal que estuviera impresa. Nadie niega, decia, la existencia del insulto y de la amenaza contra un miembro del Senado, por opiniones emitidas en el desempeño de su cargo. Ese insulto, esa amenaza están calificados como un delito por la ley de Setiembre del año 62, que determina la pena correspondiente. Si el autor se ha valido de la prensa para cometer el delito, eso no altera la naturaleza del acto: la prensa

es en tal caso un instrumento accidental. La libertad de imprenta se refiere á ideas ó doctrinas; y aquí sólo se halla la injuria, sólo se vé el látigo que exhibe un militar, amenazando descargarlo sobre un senador de la Nación.

El dictámen absolutorio fué rechazado. Se aprobó el proyecto del señor Rojo, al cual adhirió don Félix Frias, retirando el suyo. La justicia nacional se declaró competente, juzgando que no se trataba de un delito de imprenta; é impuso al oficial irrespetuoso la pena establecida para el desacato, en la ley de Setiembre, á que se habia referido el orador.

En otra ocasion mostró igualmente su celo por la dignidad del Senado. La República estaba en guerra con el Paraguay. El Poder Ejecutivo habia expropiado los caballos necesarios para la prosecucion de la campaña, fijando un precio uniforme y sin obtener previamente la autorizacion del Congreso. El señor Frias censuró con vehemencia esta medida como inconstitucional. Recordó antecedentes análogos, que mostraban en aquel Poder una prescindencia desdeñosa respecto de la Legislatura Nacional. Sin tomar en cuenta la oposicion del Senado, se habia establecido una colonia de ingleses en la costa patagónica; sin ponerlo en conocimiento del Cuerpo Legislativo, á quien incumbe por la Constitucion, aprobar ó nó los tratados, el Presidente de la República habia contraido compromisos con los gobiernos del Brasil y del Estado Oriental. Pasando ahora sobre la misma Constitucion, segun la cual la expropiacion debe ser calificada por ley, se disponia de la propiedad particular, mediante una simple resolucion administrativa. El orador se remontaba al origen de la guerra con el Paraguay; pensaba que no habia sido cierta la neutralidad del gobierno argentino en las cuestiones internas del Estado Uruguayo, y que si el Congreso hubiera intervenido á tiempo para decir al Ejecutivo: obremos de manera que esa neutralidad sea efectiva, seamos fieles al derecho y á nuestras

promesas,—la República Argentina se habría visto libre de las complicaciones que la precipitaron en una lucha desastrosa. —La historia no ha decidido si aquella guerra pudo evitarse; pero nosotros respetamos la noble energía de este ciudadano que no se arredra jamás para decir su opinión y que celosamente defendió siempre las atribuciones y prerogativas parlamentarias. Su conducta parece hoy día una rareza ó un epígrama.

Las imprudentísimas reformas iniciadas por el gobernador de Santa Fé en la legislación de esta provincia, el año 67, dieron motivo al señor Frias para escribir algunos de sus más importantes estudios. La empresa acometida con inaudita premura y violencia, por aquel gobernador, comprendía variados objetos y podía conmover los fundamentos en que reposa el orden social. A más de ciertos avances cometidos en el terreno de la jurisdicción eclesiástica, el flamante reformador se proponía despojar á los frailes franciscanos del Convento de San Lorenzo,—establecer como institución legal el matrimonio civil,—y declarar que los cementerios son simples enterratorios, sujetos exclusivamente á las ordenanzas municipales.

Sorprendió á todos un plan de tamaña gravedad y que empezaba á realizarse en virtud de la iniciativa oficial sobre una provincia tradicionalmente distinguida por su respeto á la religión católica. Ningun síntoma, ningun movimiento se había producido en la opinión, que sirviese de pretexto siquiera á medidas y leyes de ese carácter. Eran reformas operadas desde el despacho de un gobernante que no podía invocar para ello una tendencia ó sugestión popular. Esta es la especialidad de los proyectos liberales en la República Argentina. Aparecen cuando menos se piensa. Preséntanse de repente en las Cámaras Legislativas ó en las Convenciones Constituyentes, sin ser precedidos de manifestaciones que

surjan de la sociedad misma. Así aparecieron los del señor Oroño; así apareció la fórmula *el Estado no tiene religion, ni costea culto alguno*; así apareció, en fin, el año pasado, la escuela sin Dios. El origen de esas tentativas no se encuentra en el pueblo: es preciso buscarlo en las sombras; allí se elabora el plan, allí se dá la palabra de orden: los personajes oficiales son, por lo regular, meros ejecutores.

El señor Frias escribió varios artículos sobre las reformas á que aludimos, explayando especialmente la buena doctrina en el folleto publicado con el título de *El liberalismo revolucionario y el matrimonio civil* y en el opúsculo conocido bajo el nombre *Los derechos de los frailes*.

La teología, la historia, la jurisprudencia, la estadística, todo lo que puede ilustrar el asunto, es puesto á contribucion en el primero de aquellos escritos, para defender el matrimonio religioso y evidenciar las funestas consecuencias de la mezquina creacion propuesta en su reemplazo. Nadie puede sospechar que el espíritu de la vanidad literaria influya, en lo mínimo, sobre el autor del folleto: él no pretende ser original; aprovecha su copiosa erudicion, la detalla, la apropia á las circunstancias; ilumina la materia bajo sus diversos aspectos; convence y persuade con los argumentos y la elocuencia de muchos escritores.

El matrimonio civil, dice perfectamente el señor Frias, es un concubinato degradante no sólo á los ojos de la Iglesia y de la ciencia jurídica, sino tambien á los ojos de la opinion pública.

La Iglesia precede con solemnes ceremonias la union del hombre y de la mujer, base de la familia y medio providencial para renovar la humanidad sobre la tierra; eleva el amor al rango de la virtud; enseña los deberes del nuevo estado; procura á los hijos una educacion moral; coloca á los esposos bajo el auxilio divino y derrama sobre ellos la gracia inefable

de su bendicion. ¡Tanta importancia atribuye al matrimonio !
¿Cómo no ha de condenar que se le reduzca á las condiciones de un pacto ordinario y se le desligue de toda relacion con Dios ?

Los legisladores paganos consideraron el matrimonio como algo superior á un mero contrato, y vieron en él una gran institucion social. Entre los modernos los mas sábios jurisconsultos piensan que ese acto trascendental en el órden civil, debe tener un carácter religioso, para que el pueblo lo mire con respeto y los esposos guarden lealmente la fé conyugal.

La opinion pública desdeña las familias procedentes de una union á la cual privan de toda dignidad los mismos que la forman sin ninguna de las solemnidades sugeridas para la constitucion del hogar, aun en los tiempos bárbaros, por la natural elevacion del sentimiento humano.

El matrimonio civil es además un ataque á los fueros de la conciencia. En efecto, la mujer católica, una vez hecha la declaracion exigida en presencia del funcionario del Estado, se encuentra legalmente casada ; y el hombre, que por esa sola formalidad es ya su marido ante los tribunales, puede, como observa Mr. Sauzet, negar á la púdica piedad el sello de la bendicion prometida. ¿Cuál es en tal caso la posicion de esa mujer ? « Lo mas que se le permite, responde el señor Frias, es separarse de quien la engañó, para no ser soltera ni casada. ¡Triste consecuencia de las leyes dictadas con menosprecio de los preceptos divinos ! »

El impugnador de las reformas aborda tambien otra faz de la cuestion, y muestra que el matrimonio republicano ha detenido en Francia el crecimiento de la poblacion. Inglaterra duplicó la suya en la mitad de este siglo, y aquella nacion solo podria llegar á ese resultado en el espacio de ciento veinte años. Hé ahí lo que afirman los economistas

franceses, asignando como causa á la lentitud del desarrollo, la decadencia de las costumbres, inevitable cuando el espíritu religioso no comunica al hogar su influencia moralizadora.

Se decia, defendiendo la ley sancionada en Santa-Fé, que el matrimonio civil existe en Francia con el pleno consentimiento de la Iglesia, pues un artículo del Concordato establece que ningun cura dé la bendicion nupcial á quien no justifique haber celebrado el contrato ante el funcionario del Estado. Y se agregaba: en esto consiste el mas poderoso argumento á favor de la nueva legislacion.

El señor Frias contestó victoriosamente que no existe semejante disposicion en el Concordato, y que se confundia de un modo grosero este documento con los artículos orgánicos dictados por Napoleon, sin anuencia del Papa.

Pio VII habia protestado contra ellos, y á la protesta del Pontífice habia seguido la reclamacion del cardenal Caprara, presentada á Mr. Talleyrand y en la cual declaraba que la Santa Sede estaba en la necesidad de rechazar la exigencia de que los sacerdotes dieran la bendicion nupcial, únicamente despues de llenadas las formalidades de carácter civil.

Observaba, en primer término, el cardenal que aquella exigencia es inaceptable, porque los contrayentes pueden creerse unidos no sólo ante la ley, sino tambien ante Dios y la Iglesia, por el mero hecho de haber celebrado el contrato con la intervencion de un funcionario público. Notaba igualmente que la disposicion recordada menoscaba la autoridad eclesiástica y la libertad de los pastores, pues los mismos contrayentes consideran tener el derecho de forzar á los curas á consagrar con su presencia el matrimonio, aunque se opongan á esto las leyes de la Iglesia. Agregaba, por conclusion, que los fieles se hallan en todo caso obligados á respetar esas leyes, norma ineludible de conducta para el sacerdote, cuya conciencia no se puede violentar en un asunto tan grave.

El Papa no consintió en ir á Paris para consagrar al emperador, sino despues de obtener la promesa de que serian derogados los artículos orgánicos del Concordato. Pocos dias antes de la ceremonia, Josefina le reveló que no la ligaba el vínculo religioso á Napoleon, y este se vió necesitado á legitimar su union segun el rito de la Iglesia.

La Asamblea Constituyente decretó el matrimonio republicano en 1791. Desde el año anterior los obispos habian sido arrojados de sus sillas, por negarse á prestar el juramento de adhesion á la *Constitucion civil del clero*, y se hallaban expuestos á la mas odiosa persecucion. No podian, pues, reclamar contra la nueva ley. La rechazaban, empero, enérgicamente, «en el hecho de preferir la pobreza, el destierro y el patíbulo, á la fortuna y los favores que les habria asegurado una cobarde defecion.» El Soberano Pontífice reclamó entonces, por ellos y á nombre de la Iglesia universal. Apenas restablecido el ejercicio del culto católico, los prelados y los demás sacerdotes predicaron incesantemente la doctrina ortodoxa, segun la cual las formalidades civiles son ineficaces para constituir el vínculo sagrado del matrimonio.

Despues de haber demolido así la ley de Santa Fé, á que venimos refiriéndonos, y de haber colocado á sus defensores en las condiciones poco envidiables de un silencio obligatorio, el señor Frias se ocupaba en la cuestion de la sepultura eclesiástica, sobre la que habia publicado ya, el año 63, un trabajo interesante y concienzudo.

La reforma iniciada en aquella provincia se mostraba hostil á los católicos, en la vida y en la muerte; declaraba los cementerios propiedad de las municipalidades y desterraba de ellos la autoridad de la Iglesia.

Segun la filosofia de la reforma, el respeto profesado á los despojos humanos es sólo un homenaje á la memoria del ser extinguido: cuando éste pensaba, sentia y ejercitaba su volun-

tad, cuando era un creyente,—se hallaba ligado á la Iglesia; pero «luego que la muerte habia soplado sobre él, su cadáver no podia ser objeto de ninguna solicitud extraña á la de sus deudos y de las autoridades á quienes está encomendado el gobierno de los intereses temporales.»

El escritor católico juzgaba que esta doctrina es, en el fondo, una aplicacion del materialismo y que envuelve una verdadera contradiccion.

Referir únicamente á la existencia pasada del hombre, el respeto de las tumbas, importa sin duda pensar que la muerte es, como decia Horacio, la última línea de las cosas, *ultima linea rerum*. Si en tan estrechos límites se encierra la vida; si no hay en el futuro la inmensa perspectiva de la eternidad; si no hay mas allá de la tierra, esa infalible sancion de la ley moral, que la razon exige y en la cual halla la esperanza la mas bella de todas las promesas,—no solamente el sepulcro deja de ser respetable, sino la persona misma del hombre, sus derechos y sus deberes.

Por otra parte, los defensores de la reforma se contradecian al reconocer como legítima la solicitud de los deudos del extinto, cuando se trata de la inhumacion de sus restos y de todo lo que á ella concierne. Son los deudos, en efecto, quienes piden la presencia del sacerdote para bendecir la tumba y orar por el muerto; son ellos los que desean que haya un lugar solemnemente consagrado, donde se inhumen los despojos de un ser al cual esperan reunirse en la inmortalidad. Para respetar la solicitud de los parientes, es necesario, pues, respetar la intervencion y la autoridad de la Iglesia.

Se alegaba tambien la necesidad de evitar conflictos y escándalos en el acto de sepultar los cadáveres de ciertas personas. El señor Frias mostró la insubsistencia de los argumentos que se pretendia basar en esa consideracion especiosa y de mero aparato. Las disposiciones canónicas previenen la exis-

tencia de un local destinado á guardar los restos de aquellos á quienes no es lícito conceder la sepultura eclesiástica. La autoridad civil, encargada de proteger el orden general y la salubridad pública, puede estatuir lo conveniente para que se haga allí la inhumacion. Pero no puede obligar al sacerdote á bendecir los despojos de un hombre que no ha querido reconciliarse con la Iglesia, ni en la hora suprema de la muerte. La denegacion de sepultura, que no tiene lugar sino cuando la apostasia es indudable y sin circunstancias que la atenúen, *ita ut nulla tergiversatione celari possit*, segun las palabras de Benedicto XIV, no constituye una injuria, ni produce por sí misma un escándalo, como afirman los liberales. La persona á cuyo cadáver se niegan las bendiciones de la Iglesia, ha rehusado aceptarlas mientras vivia en el mundo. Los católicos se escandalizarian más bien de que se hicieran ceremonias en obsequio de un apóstata declarado y sin excusa. En cuanto á los no católicos, es evidentemente absurdo suponer que ellos juzguen como un insulto la privacion de ceremonias y sufragios que miran con indiferencia ú hostilidad.

La reforma, en la parte relativa á la legislacion sobre los cementerios, tenia un carácter decididamente irreligioso y no se apoyaba en ningun principio de derecho. Así lo demostró el señor Friás, de una manera concluyente, en los preciosos escritos de que vamos dando un somero resúmen.

Con motivo del despojo intentado contra los franciscanos del convento de San Lorenzo, despojo que era uno de los objetos principales, perseguidos por la política del gobernador reformista, el defensor de los intereses del catolicismo no se contrajo exclusivamente á considerar el acto bajo el punto de vista jurídico, sino que, estudiándolo en los antecedentes de que se derivaba y en los mal encubiertos fines á que tendia, pudo patentizar que formaba parte de un plan de revolucion social.

No habia medio de dar á la resolucion proyectada ni las

apariencias de una cuestion de derecho. Se invocaba la conveniencia de establecer en la provincia de Santa Fé, una escuela de agricultura; y no se hallaba otro modo de plantearla, que privar á frailes inofensivos y abnegados, de un convento secularmente poseido por ellos y que les pertenecia en virtud de títulos perfectamente irreprochables. No se meditaba siquiera una expropiacion; se deseaba confiscar la propiedad de los religiosos y se empleaba un ridículo eufemismo: *despojar legalmente* á los franciscanos de San Lorenzo. Habia tierra pública donde fundar la quinta normal, sin vulnerar el derecho de nadie; y era tambien posible obtener para ello, por una venta voluntaria, terrenos sujetos al dominio privado. Sin embargo, nada de esto se indicaba, porque, en realidad, la escuela de agricultura no era mas que el pretexto para dar un golpe violento á los miembros de una comunidad indefensa.

El gobernador reformista, en la ausencia de razones que justificáran ó explicáran su procedimiento agresivo contra los frailes, se permitió hacer un juicio general, afirmando la nulidad ó la poca importancia de los trabajos apostólicos de la órden franciscana. El señor Frias puso de manifiesto que semejante apreciacion no podia atribuirse sino á mala voluntad ó á falta de estudio. Citaba en su apoyo la autoridad de los mismos historiadores protestantes, y mostraba que los servicios prestados á la civilizacion por aquella órden, merecen el respeto de todo espíritu imparcial. Mil ochocientos misioneros suyos difundian la luz del Evangelio por las mas apartadas regiones del mundo, mientras el gobernante de una provincia inmediata al Chaco, lejos de proteger á los que vivian en ella, deseosos de ejercer su ministerio para bien de los salvajes, queria arrojarlos de su morada, sin respetar el derecho de propiedad, garantido por la Constitucion Nacional.

Merced á los eruditos y acertados trabajos del señor Frias,

quedó, pues, desautorizada bajo todas sus faces la reforma intentada en Santa Fé. Se produjo una convicción general acerca de la injusticia de las leyes y medidas en que se habia manifestado; y poco tiempo despues, el gobernador revolucionario hallóse abandonado por la opinion, y las cosas volvieron á su estado normal.

El distinguido defensor de los intereses católicos, que tan importantes servicios habia rendido á la causa de su invariable dedicacion, fué encargado en 1869 de representar á la República Argentina, cerca del gobierno de Chile. Su mision tenia por objeto estrechar las buenas relaciones entre ambos paises, que habian celebrado ya, en 1856, un tratado de amistad y comercio, por el cual se aplazaba la cuestión de límites, surjida el año 43, para discutirla pacíficamente, debiendo ella ser dirimida por un arbitraje en el caso de que las partes contratantes no llegaran por sí mismas á resolverla.

Todos los que conocen la historia americana saben cuan vinculados se hallaron los pueblos argentino y chileno, por los esfuerzos comunes, realizados durante la guerra de la independencia. La estatua del general San Martín, erigida en la ciudad de Santiago, es el recuerdo monumental del concurso prestado á nuestros vecinos en aquella lucha memorable. Cuando la República Argentina sufria la dictadura de Rosas, gran número de emigrados, y entre ellos muchos hombres de letras, jóvenes vivaces y llenos de talento, se domiciliaron en Chile, donde fueron acogidos con espíritu hospitalario, al cual supieron corresponder dignamente, propendiendo al desenvolvimiento de aquel país, en la prensa política, en la literatura, en la enseñanza popular, en las escuelas especiales. Don Félix Frias, uno de aquellos emigrados y tal vez el mas simpático por sus doctrinas conservadoras y sus creencias religiosas, á la sociedad que los habia recibido con tanto aprecio, era la persona indicada para desempeñar nuestra Legacion en la

República vecina. Se auguraba naturalmente, por eso, un éxito favorable á la mision de que hablamos.

El tratado de 1856, aplazando la cuestion de límites para discutirla amistosamente, imponia la necesidad de no innovar la situacion de las cosas y establecia un *statu quo* obligatorio para las dos naciones. La colonia fundada por el gobierno chileno en el Puerto del Hambre habia sido trasladada á Punta Arenas, en la época de la celebracion de aquel tratado; y la República Argentina ejercia entonces, como siempre, jurisdiccion en las costas del Atlántico. No era lícito, pues, que Chile avanzára de Punta Arenas, ni que nosotros penetráramos en el Estrecho. Actos que afectaban el *statu quo*, motivaron en 1872 una reclamacion por parte del señor Frias; y la cuestion misma de límites fué traída al debate.

El Ministro argentino la habia estudiado á fondo y se hallaba provisto de los elementos de juicio, que evidenciaban nuestros derechos en la extremidad austral de este continente. Procediendo con su habitual lealtad y buena fé, propuso una línea segun la cual el dominio de Chile quedaria limitado al territorio en cuya posesion tranquila se hallaba desde largo tiempo, reconociéndose como perteneciente á la República Argentina, la parte oriental del Estrecho de Magallanes y *a fortiori* el inmenso territorio de la Patagonia.

Pero las pretensiones chilenas habian crecido de una manera colosal y se extendian nada menos que á la vasta comarca encerrada entre el Rio Negro y el Estrecho, entre los Andes y el mar Atlántico.

Se concibe fácilmente el desagrado y la sorpresa del señor Frias, ante una exorbitancia de esa magnitud. Habia hecho una proposicion razonable; y se le respondia con exageraciones que, proviniendo de otro origen, habrian sido pueriles; pero que, teniendo carácter oficial, rayaban en la más inconcebible temeridad. Patentizó entonces lo monstruoso de

aquellas pretensiones, que han dejado comprometida para siempre la seriedad de la cancillería chilena. (1) Es imposible ilustrar un asunto con mayor claridad que la esparcida por el Ministro argentino, en esta discusión. Él invocaba en contra de las desmedidas exigencias de Chile, sus geógrafos, sus historiadores, sus publicistas, acordes con los documentos irrefragables del tiempo colonial, para excluir la Patagonia del dominio de aquel país. Más todavía. Invocaba su misma Constitución, reformada en varias ocasiones, pero inalterable en el artículo por el cual se declara que la cordillera de los Andes es el límite oriental de la República vecina. Invocaba, por fin, la espontánea confesión del señor Lastarria, que había dicho oficialmente:—la Patagonia es argentina,—expresando así una verdad innegable y confirmada por el silencio respetuoso de su gobierno. (2)

La réplica fué tardía, pobre y en muchos puntos ridícula. Se ensayaba inútilmente desvanecer la terrible afirmación del diplomático chileno; esa afirmación era clara y terminante; ningún subterfugio podía eludirla, ninguna habilidad podía ocultarla. «Reservarse el derecho de negar la verdad de la palabra de sus agentes, observaba el señor Frias con perfecta razón, siete años después de que ella fué escrita en una nota oficial, como hoy lo hace V. E., es adoptar un medio de discusión incompatible con la lealtad que debe presidir á todo debate internacional.» Nuestro celoso Ministro presentó, en aquella circunstancia, un estudio completo y definitivo de la materia. Ese documento, que honra al mismo tiempo su inteligencia y su saber, se mantendrá perpétuamente victorioso en el terreno del derecho y de la historia. (3)

(1) Nota del señor Frias, con fecha 12 de diciembre de 1872.

(2) Nota del 20 de agosto de 1866. El señor Lastarria era Ministro plenipotenciario de Chile, cerca del gobierno argentino.

(3) Nota del señor Frias, con fecha 20 de setiembre de 1873.

El representante de nuestro gobierno tenia que atender juntamente á la discusion del fondo del asunto y al mantenimiento del *statu quo*. Reclamaciones motivadas por actos que podian afectarlo, fueron, segun lo hemos dicho, la causa ocasional del debate empeñado sobre la cuestion de limites. Al principio se obtuvieron declaraciones satisfactorias en cuanto al reconocimiento de la jurisdiccion argentina en las costas del mar Atlántico, pues el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile manifestó que su gobierno no abrigaba de modo alguno el propósito de oponerse á ella. (1) Pero, en lo sucesivo, los actos de ese gobierno desmintieron lamentablemente las promesas hechas á nuestro Plenipotenciario. (2) En vano protestó contra aquellos actos violatorios del derecho y de la fé empeñada. No habia medio de hacerse ilusiones; ninguna confianza podia inspirar la conducta de nuestros vecinos. El Ministro chileno declaró que las pretensiones manifestadas por su parte, en la cuestion de limites, no serian alteradas; y el debate sobre ella, con la Legacion Argentina, quedó terminado en 1874.

En 12 de Octubre de ese año, fué elevado á la Presidencia el doctor don Nicolás Avellaneda y nombró para desempeñar el Ministerio de Relaciones Exteriores, al señor Frias. Trasladóse éste á Buenos Aires, pero renunció el puesto que se

(1) El gobierno chileno hizo dos veces esta manifestacion: primeramente, cuando el señor Frias reclamó de un escrito publicado en el *Times*, á principios del año 72, por el Ministro de Chile en Inglaterra, avisando que las autoridades de su país impedirian extraer el huano de las costas patagónicas; y despues, cuando el mismo señor Frias pidió explicaciones con motivo de una solicitud dirigida al Congreso chileno, para explotar las huaneras existentes en las islas Magdalena y Quarter Master, situadas al Nord-Este de la colonia de Punta Arenas.

(2) En los años 73 y 74 el gobierno chileno organizó expediciones al rio Gallegos, autorizó y subvencionó otras á la Tierra del Fuego y realizó una al rio Santa Cruz, en cuyas márgenes dejó algunos soldados, encargados de enarbolar la bandera de su nacion.

le ofrecia en el gabinete. No se lisongeaba tal vez con la esperanza de hallar la adhesion de algunos de sus colegas, en asuntos de la mayor importancia; y prefirió ocupar una banca en la Cámara de Diputados Nacionales.

Venia de Chile, entristecido é indignado al mismo tiempo. Habia creído, sin duda, que la designacion de su persona para ocupar la Legacion enviada á ese país, objeto de su simpatia, fuera recibida allí como un gage de amistad, y que se correspondiera á esa manifestacion, con sentimientos análogos y procederes inspirados en la equidad y la buena fé. Los hechos, como se ha visto, le habian forzado á convencerse de que se encontraba á este respecto, en un profundo error.

Llegaba á la patria y no le presentaba ella tampoco una perspectiva halagüena. El doctor Avellaneda habia subido al mando, en medio del fragor de las armas y las protestas de sus adversarios. Un partido numeroso estaba fuera de la escena política, y se temia á cada paso que intentára un golpe de mano para cambiar la situacion. El señor Frias, partidario fervoroso de la fraternidad, lamentaba en esas circunstancias la discordia, no sólo por los males internos que inevitablemente origina, sino porque seria un obstáculo á la mayor eficacia en la defensa de nuestros derechos territoriales. Urjido por un celo tanto mas afanoso cuanto mas viva era su persuasion de la terquedad y ardidés chilenos, trabajaba sin descanso para interesar á todos en la cuestion de límites, que, segun las pretensiones de nuestros vecinos, comprometia una vastísima y rica porcion del territorio nacional. Con este objeto envió á la prensa sus escritos, noblemente apasionados, inspiró otros muchos, instó al gobierno, promovió asociaciones de jóvenes y reuniones populares. No se daba un momento de reposo; vivia para la patria y se movia en su empresa con tal actividad, que la juventud misma podia envidiarla.

Los avances de Chile se renovaron, llegando en algunos casos á tomar la forma de violentas agresiones á la soberanía argentina. (1) Nuestra Legacion en Santiago protestó enérgicamente contra ellas. El señor Frias estimuló el celo de sus colegas en el Congreso y este declaró que veria con desagrado todo arreglo de la cuestion de límites, que no fuera precedido de una satisfaccion por las injurias inferidas á la honra nacional. Agitó la opinion pública y puso de manifiesto los peligros de una política negligente y medrosa, cuando el extranjero invadia nuestro territorio y ultrajaba nuestras autoridades.

Ante la actitud decidida del Congreso argentino, el gobierno de Chile resolvió acreditar un Ministro plenipotenciario, encargado de reabrir en Buenos Aires las negociaciones sobre la cuestion pendiente. Fué recibido en tal carácter, don Diego Barros Arana, á mediados de 1876; y despues de muchos incidentes, firmó el 8 de Enero de 1878, con nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, un tratado que formulaba las bases del arbitraje y en el cual se declaraba que la Cordillera de los Andes divide á Chile de la República Argentina, en toda su extension. Esto era, sin duda, reconocer nuestros derechos y asegurar el triunfo de la causa tan asídua y celosamente defendida por el señor Frias. El Congreso chileno rehusó aprobar aquel tratado, y nuestro gobierno ordenó el retiro de la Legacion en Santiago. La situacion se definió entonces, de un modo honroso para nuestro país, merced á los esfuerzos del constante abogado de la integridad territorial.

(1) En 1875 el gobierno de aquella República hizo poner balizas en Punta Dungeners, en el cabo Gregorio y en otros puntos del Estrecho, situados al Este de Punta Arenas; concedió tierras á un ciudadano francés en la parte setentrional de la península de Brunswick; y declaró camino vecinal el trayecto de Punta Arenas á Santa Cruz. En 27 de abril de 1876 una corbeta chilena (la *Magallanes*) apresó la barca *Jeanne Amélie*, que, provista de un permiso expedido por autoridad argentina, cargaba huano en Monte Leon, punto de la costa patagónica.

Él habia cooperado tambien al acontecimiento político que tuvo lugar en la República el año 77, y que se llamó la conciliación de los partidos. Móviles generosos y elevados guiaron su conducta. No entra en nuestro propósito juzgar detenidamente un hecho debido á sentimientos sinceros, en muchos de los hombres que contribuyeron á realizarlo. Pero no está de más observar que la conciliación, entendida y practicada como lo fué, tenia que convertirse en una fuente de ambigüedades y complicaciones. Se arreglaron las candidaturas de diputados, cual si fueran piezas de mosaico: tantas de *situacionistas* y tantas de opositores; se llenaron de igual manera, las vacantes producidas por desalojo en los Ministerios; y como no todos los que figuraban en aquellos acomodamientos, obedecian á las inspiraciones de un patriotismo desinteresado, sino á las conveniencias de su partido, se produjo la anarquía en el seno mismo de los poderes públicos. Se habian organizado pacíficamente conflictos dolorosos y sin otra salida que el sacrificio de uno de los elementos componentes de la artificiosa combinación. Todo esto fué comprobado por los sucesos. La conciliación no es un problema de mecánica; la conciliación es un sentimiento, una disposición del espíritu. Se la puede invocar para hacer caer el arma fratricida, de la mano que va á descargarla movida por el odio; se puede y se debe acudir á ella, para transformar en lucha legal, el tumulto y la violencia; pero, aunque se use su nombre, nada estable y provechoso se funda, dando posiciones iguales á adversarios que no dejan de serlo, sino mientras se les reparten los proyectiles y demás provisiones de guerra.

El señor Frias fué electo vice-gobernador de la provincia de Buenos Aires. (1) Renunció este cargo y dijo que, á su

(1) Para el período administrativo que habia de comenzar el 1º de mayo de 1878.

juicio, podría servir más utilmente los intereses de la patria, en el puesto de diputado nacional, tomando parte en los debates sobre la cuestión chileno-argentina, cuya trascendencia no cesaba un instante de encarecer.

Continuó, pues, ocupando su banca en el Congreso y tuvo ocasión de pronunciar allí dos notables discursos sobre la instrucción pública, materia que había sido, desde mucho tiempo, uno de los objetos principales de su estudio y solicitud.

A mediados de 1878, presentóse en la Cámara de diputados un proyecto de ley organizando jurisdicciones mixtas, para recibir los exámenes de los estudiantes que cursasen los ramos de la enseñanza preparatoria, en colegios particulares. Se fundaba principalmente ese proyecto, en una razón de innegable justicia, á saber:—que es intencional poner en condiciones desventajosas para la rendición de sus pruebas científicas ó literarias, á los alumnos de los establecimientos privados, obligándolos á comparecer ante jueces influenciados por el espíritu de cuerpo y empeñados, muchas veces, en desacreditar á todo trance la enseñanza libre.

Los opositores al proyecto manifestaban serle hostiles, porque los jurisdicciones mixtas iban á favorecer las casas de educación dirigidas por los sacerdotes católicos, por los ministros de una religión, que, según ellos, es contradictoria con la ciencia y retardatriz del progreso de la inteligencia humana.

El señor Frias apoyaba calorosamente la ley en discusión. Le parecía inconsecuente la conducta de los que defendían el monopolio universitario, al mismo tiempo que se proclamaban enemigos de la autoridad en el orden intelectual. Hallaba extraño el proceder de los que, llamándose libre-pensadores, se declaraban decididos á perseguir á quien no pensara como ellos.

La Constitución garante la libertad de enseñar, y es hacer

ilusoria la garantía constitucional, el sujetar los discípulos de los profesores particulares, al fallo de los funcionarios del Estado: quien se apodera del exámen, se apodera de la enseñanza. El orador cristiano se colocaba en un terreno mas ámplio: enseñe el Estado, enhorabuena, decia; pero deje que enseñen tambien los individuos y las congregaciones. Esto es lo preceptuado en la ley fundamental, esto es lo equitativo y lo ventajoso: abrir la competencia en el terreno de la igualdad, obteniendo, por una noble emulacion, la mejora de los diversos institutos docentes.

Se habia insinuado que los estudios, en los establecimientos á cargo de religiosos, se encuentran en un nivel tan bajo, que no vale la pena el preocuparse de ellos. El señor Frias exhibia los datos suministrados por la estadística de la Francia, y probaba que los alumnos merecedores de las calificaciones mas distinguidas, en los concursos oficiales, son precisamente los discípulos de aquellos maestros.

Se habia afirmado que la filosofía es la fuente suprema de la verdad y que la religion revelada es algo que sólo llega á reemplazarla en los espíritus vulgares; y él mostraba á los mismos filósofos, como Jouffroy y Cousin, inclinándose ante la majestad sublime del catolicismo, superior á todos los sistemas inventados por el génio del hombre. El libre pensamiento, exclamaba, repitiendo las palabras de un estadista inglés (1), no es á menudo sino el pensamiento errante y vagabundo en vez de libre, como Delos flotando en los mares de la Grecia, sin raiz, direccion, ni hogar.

Respondiendo al argumento de la pretendida incompatibilidad entre la religion católica y la ciencia, el señor Frias observaba que no habian hallado esa incompatibilidad los sábios mas notables de nuestros dias. Secchi era un jesuita; Le-

(1) Mr. Gladstone.

verrier, un clerical; Dumas, el químico, un espíritu respetuoso del dogma; y Cláudio Bernard, el padre de la fisiología moderna, habia pronunciado estas palabras, poco antes de su muerte: «Jamás tuve la intencion de inferir la menor ofensa á la religion. El positivismo y el materialismo, que la niegan, son doctrinas insensatas é insostenibles.» En presencia de esas demostraciones vivientes, no se podia sostener que el catolicismo es inconciliable con el ejercicio de las facultades intelectuales, en el campo de la investigacion científica.

Tratando, por fin, la cuestion bajo el punto de vista político y social, llamaba la atencion de la Cámara sobre la necesidad de fomentar los intereses morales, inseparables de la religion, para evitar la demagogia y el despotismo que invariablemente la sigue.

El proyecto sostenido por el señor Frias, se convirtió en ley de la nacion. No responde, indudablemente, á todas las exigencias de la justicia, pues deja todavia el fiel de la balanza en manos del monopolio, quedando la mayoria de los jurisdicciones compuesta de profesores oficiales; pero es un paso en el sentido de hacer efectiva la libertad de enseñanza y asignar al mérito científico ó literario, el rango que le corresponde, sin distinciones íncuas y odiosos privilegios.

El señor Frias no olvidaba entretanto la cuestion chileno-argentina. Retirada nuestra Legacion de Santiago, nada hacia presumir que se tratára de un nuevo proyecto de arreglo; y aquel patriota distinguido trabajaba porque se cumplieran las disposiciones del Congreso, estableciendo comunicaciones con el puerto de Santa Cruz y enviando los buques de nuestra armada á recorrer las costas patagónicas, para hacer visible nuestra jurisdiccion en formas acentuadas. Se ocupaba en este asunto, cuando á fines del año 78 llegó la noticia de haberse convenido entre el señor Fierro, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, y don Mariano E. de Sárratea, argentino

domiciliado en Valparaiso, y provisto de los poderes necesarios, un pacto fijando nuevas condiciones al *statu quo*, mientras el tribunal arbitral, organizado por el mismo pacto, se pronunciara sobre la cuestion de límites. Este arreglo era inaceptable para nosotros, como lo demostró acabadamente el señor Frias en los artículos que escribió sobre él, antes de abrirse las sesiones del Congreso, donde se preparaba á combatirlo con su energia habitual.

Debe observarse, desde luego, que el gobierno chileno habia autorizado, á más de los ya referidos, nuevos ataques contra la soberania argentina. (1) El infatigable defensor de la integridad del territorio y del honor nacional, inició su oposicion al pacto Fierro-Sarratea, afirmando que no convenia al decoro de la República Argentina, pues ninguna satisfaccion se nos daba por atentados tan graves contra nuestra jurisdiccion, como el apresamiento de la «Jeanne Amélie» y el de la «Devonshire», que habia tenido lugar recientemente. Somettase al juicio de los árbitros, el primero de estos actos, como si fuera materia de arbitraje la honra de la nacion; y en cuanto al segundo, se hacia, por parte de Chile, una simple referencia, que se presentaba desligada de nuestras reclamaciones y protestas.

Se reconocia á Chile, mientras no se dictara el fallo arbitral, jurisdiccion en el Estrecho, sus canales, costas é islas adyacentes; y á la República Argentina, bajo iguales condiciones, jurisdiccion en las costas patagónicas. Fácil fué para el señor Frias demostrar que este convenio era inacep-

(1) En 1877 dió permiso al buque norte-americano *Tomas Hucet*, para hacer cargamentos de sal en Santa Cruz (terrenos concedidos al señor Piedra Buena por el gobierno argentino).

En 1878 un buque de la armada chilena apresó la barca *Devonshire*, que cargaba huano en el Monte Leon, lugar de la costa patagónica, donde habia sido capturada la *Jeanne Amélie*.

table. Desde luego, se ampliaba enormemente, aun cuando fuera en carácter provisional, la posesion de Chile, que, segun las declaraciones de su propio gobierno, sólo llegaba hasta Punta Arenas. Pero habia algo más grave. Aplicándose tambien la calificacion de provisional á nuestra jurisdiccion en las costas del Atlántico, la Patagonia quedaba convertida en territorio litigioso y fatalmente incluida en el arbitraje. Eso basta, decia con razon el celoso patriota, para que el arreglo esté ya condenado ante la conciencia de todo argentino digno de este nombre. Y en realidad, exigirnos la Patagonia era lo mismo, bajo el punto de vista del derecho territorial, que exigirnos una de las provincias que forman la nacion. (1)

(1) Respecto de que la posesion de Chile solo alcanzaba á Punta Arenas, debe tenerse en cuenta la nota del señor Ibañez, ministro de Relaciones Exteriores de aquel país, fechada el 28 de junio de 1872. En ese documento se dice que, al oriente de la colonia mencionada, la jurisdiccion chilena es de mera vigilancia y policia. Igual afirmacion contienen algunas instrucciones escritas, del señor Pintos, segun lo aseveró don Félix Frias. El mismo señor Ibañez, durante la presidencia de don Domingo F. Sarmiento, habia ofrecido comprar el Estrecho á la República Argentina.

La apreciacion del señor Frias al asegurar que el nuevo pacto consideraba la Patagonia como territorio litigioso, estaba confirmada por la unanimidad de la opinion de los chilenos, y especialmente por la circular que dirigió el ministro Fierro á los intendentes, con fecha 12 de diciembre de 1878, explicándoles el convenio celebrado.

Por lo demás, hasta los diplomáticos extranjeros llamaban «escandalosa» la pretension de Chile á la Patagonia. Era conocido un documento suscrito por el señor Alfonso (otro ministro de Relaciones Exteriores de la República vecina), en el cual confesaba que el único título de su nacion á los territorios disputados en aquella comarca, seria la posesion que adquiriera y conservara. Se comprende fácilmente por qué medios.

Don Félix Frias afirmó que el señor Pintos, Presidente de Chile, citado ya, habia hecho una proposicion de arreglo, consistente en un arbitraje limitado á la parte del Estrecho comprendida entre la Península de Brunswick y la boca oriental.

Pueden consultarse sobre todo esto, los artículos publicados por el señor Frias en la *América del Sur*, periódico de Buenos Aires. (10 de diciembre de 1878 y 19 de enero de 1879.)

El pacto Fierro-Sarratea no contaba, en la prensa de Buenos Aires, un solo diario que lo sostuviera, despues de las impugnaciones de don Félix Frias y otros escritores asociados á él, para combatirlo. (1) Fué reprobado severamente por la opinion pública; y tres meses despues de su celebracion, nadie lo consideraba presentable como materia de una deliberacion parlamentaria.

La política chilena no se acobardó por eso; y un nuevo ministro, el señor Balmaceda, fué acreditado cerca de nuestro gobierno, que lo recibió en abril de 1879. Este diplomático empezó á negociar un tratado sobre el cual se guardaba la mayor reserva, y que fué enviado al Congreso, poco despues de abrirse las sesiones.

El tratado á que nos referimos, tenia los inconvenientes sustanciales del anterior, reagravados todavia de la manera mas peligrosa. Quedaba, segun él, incluida la Patagonia én el arbitraje; y se reconocia á favor de Chile, nada menos que por el espacio de diez años, la posesion en los territorios disputados.

Es innecesario decir cuán profunda indignacion despertaria en el señor Frias, el conocimiento de la reciente negociacion que se pretendia convertir en ley de la República. No era lícito al infatigable campeón de los derechos argentinos, divulgar el secreto que le atormentaba y dar á su opinion las formas francas de la publicidad en cuya atmósfera se habia disuelto el pacto Fierro-Sarratea. Pero bien se sabe cuanto influyó en el ánimo de los Senadores, á cuya conside-

(1) Se distinguió notablemente en esta campaña periodística don Santiago Estrada, redactor de la *América del Sur*, donde impugnó con ilustracion y vehemencia el pacto Fierro-Sarratea. Colaboró en ese diario y para el mismo objeto, el doctor don Miguel Goyena, quien redactó además una *Exposicion de la cuestion chileno-argentina* (adjunta al *Croquis* de don Francisco P. Moreno), y el *Manifiesto del Comité patriótico* sobre el pacto referido.

racion habia sido sometido el vergonzoso convenio, para inspirarles contra él los sentimientos de que se hallaba poseido. Supo tocar las fibras del patriotismo y logró su objeto. El Senado Nacional rechazó, por una gran mayoria, el tratado Balmaceda-Montes de Oca, el 27 de junio de 1879. Don Félix Frias podia estar satisfecho. Habia contribuido con mas eficacia que todos, á librar á su país de un compromiso que lastimaba el honor nacional y ponía en gravísimo peligro la integridad del territorio. (1)

Si el rechazo del tratado halagaba su corazón, la situación política de la República, producía en él vivas y dolorosas inquietudes. Se aproximaba la época fijada por la Constitución para designar el nuevo Presidente, y la cuestión electoral tomaba el carácter de una crisis pavorosa.

Ostentábase en las calles de Buenos Aires los cuerpos militares, formados y mantenidos por el tesoro provincial para resistir á la candidatura del general Roca. Se decía que ella tenía su origen en una liga de gobernadores, protegida por el primer magistrado de la nación; y se le oponía la candidatura del mismo gobernador de Buenos Aires, que, fuera de esta provincia, solo contaba adhesiones en Corrientes. La exaltación de los espíritus llegaba á su colmo; y las antiguas pasiones locales habían renacido con todo su furor.

El Presidente de la República manifestaba que el problema de la elección no debía plantearse en el terreno de la fuerza, porque la fuerza únicamente es legal en manos de la autoridad y las instituciones son establecidas para que el derecho,

(1) En 23 de julio de 1881 celebróse en Buenos Aires un tratado de límites con Chile, que fué aprobado por el Congreso Argentino, el 11 de octubre del mismo año. Si ese tratado no fué más ventajoso para nuestros vecinos, se debe en gran parte á la influencia de la propaganda de don Félix Frias contra las exorbitantes pretensiones del gobierno chileno.

en caso de ser vulnerado, encuentre por medios pacíficos la merecida reparacion. Los partidarios de la candidatura del doctor Tejedor respondian que las prescripciones constitucionales no podian invocarse contra ellos, cuando se comenzaba por violar la ley fundamental, poniendo los elementos oficiales de la nacion al servicio de uno de los candidatos en lucha.

Aun suponiendo cierto el hecho de este concurso ilcito, era indudable, en nuestro concepto, que la actitud bélica asumida por el gobernador de Buenos Aires y el partido que lo apoyaba, carecia de justificacion á los ojos de la ley. Incumbia al Congreso limitar la accion del Ejecutivo dentro de su esfera propia y hacer efectivas las responsabilidades en que hubiera incurrido el funcionario encargado de ejercerlo. Sustituirse á ese juez supremo y, en vez de esperar su fallo, turbar con el ruido de las armas la serenidad de sus deliberaciones, era retroceder á los tiempos bárbaros de la República Argentina, cuando no habia un sistema institucional y cada pueblo levantaba su caudillo, lo proclamaba el representante de la justicia y se lanzaba tras él en la revuelta, concurriendo por su parte á mantener la sociedad en la mas desastrosa agitacion.

Don Félix Frias estaba muy lejos de sostener que fuese legitimo el alzamiento contra la autoridad nacional: era como siempre el defensor del orden, y no olvidaba que habia hecho suyo, en mas de una ocasion, el aforismo de que «el peor de los gobiernos es preferible á la mejor de las revoluciones.» (1)

Fiel á los sentimientos de toda su vida, queria evitar á la patria los horrores de la guerra civil; y poniendo en juego su influencia moral, formó el «Comité de la paz», que reunido bajo su direccion, trabajaba en el sentido de aquietar los ánimos y procurar una solucion conciliatoria al terrible conflicto.

(1) Véase la Oracion fúnebre del señor Frias por el Ilmo. y Rmo. Arzobispo de Buenos Aires, doctor don Federico Aneiros.

El señor Frias creia posible alcanzar esto por medio de un candidato de transaccion. No es necesario decir que se engañaba. El doctor Tejedor renunciaba su candidatura, á condicion de que el general Roca procediera del mismo modo. El general Roca decia que juzgaba no tener el derecho de renunciar la suya, sin ser previamente desligado por el partido que le favorecia con sus votos, del compromiso contraido en el hecho de aceptarla. Dada la proximidad de la eleccion, observaba, su retiro de la escena pública expondria ese partido á perder, con la unidad de su accion, la seguridad del triunfo, mientras buscára un nuevo representante de sus ideas y tendencias. Los candidatos no se ablandaban por las frecuentes invocaciones dirigidas á su desprendimiento y abnegacion: estaban dispuestos á conservar invariablemente la posicion en que se habian colocado.

Entretanto, la desobediencia al Presidente de la República, llegaba hasta el extremo de desembarcar, en pleno dia y con intervencion de fuerzas provinciales, el armamento destinado al servicio de la rebelion. Sobrevino la guerra. El señor Frias no omitió esfuerzo alguno para hacerla cesar; y no se dió punto de reposo, en su laudable tarea de pacificador, sino cuando el éxito de las batallas hubo pronunciado la palabra final. Nosotros, que no esperábamos el advenimiento de una candidatura de transaccion, admirábamos, sin embargo, el optimismo generoso de su esperanza en la posibilidad de la paz obtenida sólo por medios persuasivos; y nos inclinamos ahora, con sincero respeto y con amor, ante el gran corazon de aquel patriota noblemente afanoso por la felicidad social y á quien nada arredraba para apartar del pueblo la horrible calamidad de una lucha entre hermanos.

El señor Frias increpó al Presidente Avellaneda, por no haberse opuesto con empeño á la disolucion de la Legislatura de Buenos Aires, despues de las batallas que dieron el triun-

fo á la autoridad nacional. Ese estallido de indignacion respondia al sentimiento de solidaridad que le inspiraron siempre los débiles y los vencidos. En nuestro concepto, una renovacion del personal de los poderes políticos de la provincia, era la consecuencia inevitable de los hechos producidos. Pero él no pensaba asi y entendia que, habiendo renunciado el doctor Tejedor la gobernacion, disolver la Legislatura local importaba humillar odiosamente á Buenos Aires.

Entristecido y amargado su espiritu por los dolorosos sucesos de la guerra y quebrantada notablemente su salud, resolvió trasladarse á Europa y salió para Francia, á mediados de 1881. Auguraba dias muy desgraciados para su país. La imágen de la patria debia obsediarle penosamente en las horas solitarias de esta nueva y última ausencia. Sus males físicos se aliviaron algo al principio; pero su debilidad era extrema. Se acercaba ya al término de la carrera mortal y el 9 de Noviembre del año indicado, entregó su bella alma al Señor, en la ciudad de Paris, despues de haber recibido los sacramentos de la santa Iglesia y la bendicion del Papa. (1)

¡Qué vida tan pura se habia extinguido! Don Félix Frias era un hombre ejemplar. Lo fué desde la niñez. A sus dias de inocencia feliz, siguió, como ya hemos dicho, una juventud consagrada por completo al estudio, á la patria, á la religion. Soldado en defensa de la libertad, escritor propagandista de la verdad católica, las rudas tareas y las sérias meditaciones fueron para él lo que son generalmente para los jóvenes las locas aventuras y los placeres engañosos. No podian serle indiferentes las gracias seductoras que sonrien al corazon en la edad de la poesia y de las bellas ilusiones; pero dedicado sin limitacion al cumplimiento de sus deberes cívicos y religiosos, no se dió tiempo para procurarse los goces del hogar

(1) Don Félix Frias murió de una laringitis edematosa.

que suavizan la aridez ó la amargura de la existencia humana. Sus amigos le profesaban una estimacion invariable. (1) Era animoso y perseverante en las buenas obras. No conocia el miedo ni el cansancio cuando se trataba de luchar por la verdad ó la moral. Conservó hasta el fin la fogosidad del sentimiento, el calor del alma, desconocido al egoista y que no se explica sino por las creencias sinceras y las convicciones arraigadas.

Estudiaba á fondo las cuestiones antes de emitir su juicio; y seguia el movimiento religioso y social del mundo, con esmerada atencion. Su inteligencia era elevada y sagaz. Su estilo, ámplio y firme, llegaba á veces á ser magestuoso, sin degenerar en la hinchazon enfática, ni en la vana declamacion. Sus escritos recuerdan los de Guizot, por la digna gravedad, y los de Montalembert, por el número y la vitalidad de la frase.

Era un notable orador. Su elocuencia solia inflamarse y vibrar como un apóstrofe incendiario. En otras ocasiones arrullaba al auditorio con los suaves acentos de la uncion y de la ternura. El período armonioso, la correccion sin remilgo, la viril sonoridad de la palabra, la nota franca de la indignacion hirviente en el discurso parlamentario, tales eran los rasgos distintivos de su grande y hermosa oratoria. Todo le ayudaba, todo le servia: su rostro expresivo, sus ojos brillantes, su ademan solemne sin afectacion, su voz ¡ sobre todo, su voz ! una de esas voces de pecho que tienen el timbre del corazon, justas, claras, acordes con la idea y el sentimiento del que habla, una de esas voces que son como el retrato del alma, es decir, lo contrario de la voz del retórico, educada en

(1) Don Juan Maria Gutierrez, algun tiempo despues de la polémica sobre el matrimonio civil, nos decia con marcada expresion de contento: «Hoy es un dia dichoso para mí; he estrechado otra vez la mano de Félix Frias; Félix Frias es una honorabilidad.»

los artificios de la declamacion y que deja frio al oyente, cuando no lo irrita ó lo fastidia. Y luego, otro prestigio: la vida del orador! Nadie se atrevia á poner en duda su honradez, su lealtad, su patriotismo. Jamás habló sin causar profunda sensacion. Su discurso era un acto: el cumplimiento del deber. (1)

Encontramos siempre la huella de su paso en los caminos del bien. Un recuerdo lleno de cariño lo asocia á los cristianos que, siguiendo el ejemplo de San Vicente de Paul, proporcionan á los pobres los auxilios del cuerpo y los auxilios del alma; y evoca su figura austera en los hospitales donde prodigan los consuelos de la caridad á los enfermos y moribundos, las *Hermanas* protegidas y honradas por él. Si defendemos de los ataques de un liberalismo insensato, la enseñanza religiosa y con ella el porvenir de las nuevas generaciones; si combatimos el matrimonio civil y los avances cometidos contra la Iglesia por gobernantes infieles á su mandato, —el señor Frias nos ha precedido en la tarea y nos ha dejado lecciones admirables, para llenarla con celo y perseverancia superior á toda fatiga. Donde quiera, por fin, que nos congregamos para ocuparnos en los intereses de la religion, su sombra venerable nos preside, porque fué el fundador de la primera Asociacion católica establecida en nuestro país.

Pasando el tiempo, muchos personajes todavia prestigiosos en nuestra historia, se desvanecerán en una indiferencia desdeñosa ó serán objeto de amargas censuras. Habrán tenido la popularidad que dan los partidos; pero se verá que fueron inconsistentes y pasajeros como ellos. Otros pueden invocar títulos legítimos al respeto de su nombre en el porvenir, por haber concurrido á la obra del progreso social.

(1) Este rápido perfil del orador es tomado del artículo que escribimos en la *Union*, el 9 de noviembre de 1882.

Pero ninguno de nuestros hombres públicos supera á don Félix Frias en la sanidad de los sentimientos, en la elevacion de las miras, en la trascendencia de su benéfica accion. Él ha ligado su memoria con una causa inmortal; y el Señor, que no le faltó sobre la tierra para ayudarle á ser virtuoso, no le habrá faltado en el cielo para remunerarle con la abundancia de su infinita bondad !

PEDRO GOYENA.

Mayo de 1884.

ARTÍCULOS REMITIDOS DE EUROPA

La Revolucion Europea.

SEÑOR DON JUAN CÁRLOS GOMEZ

Paris, Junio 9 de 1849.

He temido, mi querido amigo, que la parte de mi correspondencia para el *Mercurio*, en que manifiesto mis opiniones sobre los graves acontecimientos de la Europa, escrita de carrera y en la víspera del día en que salen de Paris las cartas para Inglaterra, que lleva el vapor, no haya bastado á hacer comprender cual sea la verdadera impresion producida en mi ánimo y en mis convicciones por el espectáculo de la revolucion europea.

Habria deseado poder enviar á mis amigos de Chile un folleto, en el que hubiera desarrollado las ideas que voy á apuntar á usted en esta carta; pero sin el tiempo ni los medios para satisfacer este deseo, no quiero demorar el cumplimiento de un deber. Es un deber, sin duda, para un hombre honrado demostrar á sus compañeros de bandera y de principios, que al mirar con prevencion el movimiento revolucionario del día, del que dependen los futuros destinos de la democracia en esta parte del mundo, no ha desertado sus creencias liberales.

No he tomado, sin embargo, la pluma para escribir á usted consultando solo ese interes personal. He pensado siempre que la juventud americana, sobre la que pesa la responsabilidad del próximo porvenir de la América Española, debe ser cauta en la importacion de las doctrinas y en la imitacion de los hechos europeos. He pensado que hay en este mundo mucho bueno que aceptar, mucho malo que desechar. Y creo que mi carta merecerá ser leida por algunos jóvenes de buen corazon y de sano juicio.

¿Dónde está el bien? ¿Dónde está el mal? Hé aquí la cuestion sobre la que llamo la atencion de usted, sobre la que he fijado la mia.

Yo soy soldado de la causa democrática, mi amigo. Usted lo sabe, y diez años de proscripcion me dan derecho para decirlo en alta voz. Pero, por que esa causa es la mia, ¿he debido aplaudir la revolucion de febrero y todos los excesos de la República francesa? ¿Debo saludar como la mia la bandera republicana en cualquier parte y cualesquiera que sean las manos que la levanten? ¿Debo pensar que en las monarquías es imposible la democracia?—No.

Hé aquí mis razones. En mi larga navegacion, en medio del mar que convida á la meditacion, me decia: « Voy á asistir al nacimiento de un nuevo mundo social, al nacimiento de una gran República, donde serán ensalzados todos los derechos del hombre, donde ciudadanos de superior talento, de patriotismo virtuoso, que el absurdo réjimen electoral de Luis Felipe condenaba á la oscuridad, me ofrecerán el bello espectáculo de la palabra elocuente y persuasiva, levantando á las clases inferiores á las rejiones de la luz y de la verdadera libertad. La República nueva no puede mancharse en las escenas de sangre, que perdieron á la República pasada. La Francia es bastante civilizada, y de qué le valdria su civilizacion sino es para fundar y consolidar la libertad en el órden, en la justicia, en la virtud, en la religion cristiana, por fin, que es la ley suprema de la democracia! »

Un solo temor me asaltaba en medio de estas risueñas esperanzas, el de que la Francia, que era para mí en Europa el único Estado en *saxon republicana*, por decirlo así, se viera espuesta á la tentacion de salir de sus fronteras con sus bra-

vos soldados para propagar su idea, y al peligro de ser invadida por la Inglaterra, el Austria, la Rusia, que pensaba no podrian mirar sin alarma la existencia de la República en Francia, la nacion iniciadora por escelencia, y cuyo ejemplo fué siempre tan contagioso.

Llego á Francia y sé que Lamartine, el hombre de la libertad tal cual yo la deseaba y la entendia, habia perdido el inmenso prestigio de los primeros dias de la revolucion, por haberse ligado á Ledru-Rollin. Me refieren las circulares de Ledru-Rollin, sus comisarios enviados á los departamentos para imponer la República, el atentado del pueblo contra la Asamblea en mayo, las jornadas horribles de junio, los asesinatos del jeneral Brea y del Arzobispo de Paris, el estado de sitio, y por fin la reaccion; y los que así me hablaban veian la salud de la Francia en esa reaccion, donde yo la he visto tambien.

Pregunto cual es la teoria de los revolucionarios, y me contestan—el socialismo. Empiezo á leer, busco la doctrina de Proudhon, y leo: *la propiedad es el robo*. Veo el trastorno que el socialismo quiere introducir en la familia. Me pregunto cual es el tirano del odio de M. Proudhon y encuentro es *Dios*, Dios á quien yo creia el jefe Supremo de la democracia.

Yo que suponía que el color punzó era solo la divisa de los bárbaros que sirven al bárbaro Rosas, me encuentro con que el partido avanzado, el que se titula únicamente republicano, el que pretende sostener la bandera del progreso, levantaba en Francia una bandera *roja*.

Voy mas adelante, me pregunto lo que dice el pueblo en sus reuniones, en sus banquetes, en sus clubs, y oigo: *¡ Viva Marat, Danton, Robespierre, los mártires de junio*, en fin, y el nombre de Jesu-Cristo pronunciado por los socialistas.

Me pregunto cuáles son los nuevos Vergniaud de la Asamblea popular, y no encuentro ninguno.

Llego á la gran ciudad y la hallo en estado de sitio.

El jeneral Cavaignac, que salvó á la Francia en junio, no puede sostenerse en la Asamblea republicana, y necesita llamar en su apoyo dos ex-ministros de Luis Felipe.

Veo los discursos de la Asamblea, las publicaciones que

llevan un nombre conocido al frente; y yo, que no soy frances, pero que he amado con todas mis afecciones la civilizacion de la Francia, porque á su luz he educado mi razon, porque para mí ella era la garantía del porvenir de mi desdichado país, me he avergonzado, mi amigo, cuando he visto que Thiers, Lamartine, Tocqueville, Duvergier d'Hauranne y tantos otros hombres de capacidad eminente, han tenido que pronunciar largos discursos, que escribir libros enteros, para demostrar, qué! ¡que la *propiedad no es un robo, que es un derecho personal, que el padre tiene derecho para legar á sus hijos el fruto de su trabajo, que la familia y la religion son un bien para la sociedad!*

¡ Esto es preciso demostrar á la Francia republicana en el siglo XIX !! ¿ qué otra cosa que esto tendremos nosotros que enseñar, cuando queramos ponernos en contacto con las tribus salvajes, que habitan los bosques de la América del Sud ? ¿ Es cierto entonces que los extremos se tocan, que el exceso de la civilizacion conduce á la barbarie ?

Usted comprenderá, mi amigo, la amarga sensacion, el triste desengaño que esperimenté al saber lo que habia ocurrido en Francia durante mi larga navegacion.

Pude decirme, sin embargo: todo eso no es la Francia. El socialismo, la bandera roja no son el dogma, ni la bandera de la Francia.

Pero no necesité abrir mucho tampoco los ojos para comprender que la Francia *no era republicana*. Y si alguna duda hubiera abrigado á este respecto, la eleccion del 10 de diciembre la habria disipado.

En esa eleccion triunfó el partido moderado en su candidatura para la presidencia por una inmensa mayoria.—Pero ¿ cuáles son las convicciones, cuáles los jefes de ese partido ? La República es para este partido una necesidad, una necesidad que puede bien prolongarse, pero no es *su creencia*. Los jefes son las notabilidades del réjimen monárquico que ha desaparecido.

¿ La Francia es republicana ? nó, me he dicho, puesto que cuando ella habla por el sufragio universal, no elije para administrar sus intereses á los republicanos de la *veille*, es decir, los republicanos sinceros.

¿ Hay republicanos sinceros y moderados en Francia? Sí, Lamartine, Arago, Cormenin, Garnier Pagés, Dupont de l'Eure y otros mas. Pero claro es, mi amigo, que la Francia no los quiere cuando no los elije.

Vea usted, vean todos con sus dos ojos, el resultado de las últimas elecciones. ¿ Qué nos dicen esas elecciones? Lamartine, elegido por diez departamentos en los primeros dias de la revolucion, no ha obtenido ni los sufragios del último socialista. De los doce miembros del gobierno provisorio, es decir de los republicanos autores de la revolucion de febrero, solo tres han sido elegidos para la Asamblea lejislativa. La lista del *Nacional*, esto es del diario de esos republicanos, se ha visto completamente desairada.

¿ Quiénes componen, pues, la Asamblea? Dos terceras partes de *moderados*, una de *socialistas*, que convienen en ser llamados *montaña* y *rojos*, con tal que se les permita llamar *blancos* á sus contrarios.

Estas clasificaciones, hijas del instinto popular, y que expresan bien el verdadero color de los partidos, si entre los blancos se comprende á los partidarios de las tres últimas dinastias, le mostrarán á usted que ni la Francia *blanca* ni la *roja* es la república que yo venia tan dispuesto á admirar.

Pero ¿ prefiero yo los blancos á los rojos? Sí, sin duda, y voy á dar á usted mis razones. Los blancos quisieran para la Francia la libertad bajo el régimen monárquico, y si no se restablece la monarquía, buscarán á duras penas, por cierto, pero buscarán el orden para la libertad. Los rojos son los agitadores incansables de las pasiones revolucionarias; es decir, quisieran la licencia, mil veces mas enemiga bajo la República, compréndanme bien, de la democrácia, que la libertad bajo la monarquía constitucional.

Deseara poder describir á usted aquí, con mas estension que la que me permiten los límites de una carta, el trabajo de descomposicion obrado en las creencias del pueblo frances por un gran número de escritores de los últimos tiempos, muchos de ellos de una superioridad de talento incontestable. Para que sea preciso en el dia probar que no es ladrón el que defiende su propiedad, que no es salvaje el que protege á su familia, que no es esclavo el que ama á Dios, usted reconocerá, mi amigo,

que es necesario que el corazón y la inteligencia del pueblo frances hayan sido perturbados por pésimas doctrinas.

En efecto, las novelas, muy divertidas ciertamente de Sué y George Sand, las lecciones de Michelet y otros humanitarios, han servido eficazmente para conmover hasta sus cimientos el buen sentido y la buena moral, las dos grandes bases de la sociedad democrática. Ya algunos años antes, en las columnas de su propio diario, he procurado demostrar el influjo perniciosísimo de semejantes predicaciones.

Usted sabe, y creo que basta enunciar esta idea para que todos reconozcan la verdad—la filosofía puede derribarlo todo, pero nada crea en la creencia de los pueblos. Para la ilustración del pueblo, como garantía de su aptitud democrática, prefiero, aunque parezca esta opinión un desatino, prefiero el buen sentido de Sancho á la filosofía sublime de Cousin. Pero para decirlo todo en pocas palabras—¿Sabe usted lo que los folletines y los filósofos han hecho en favor del pueblo? Una gran parte no tiene creencias, la otra las tiene malas.—Indiferencia y socialismo—La primera en los que poseen, jente conservadora; la segunda en los que no poseen, jente revolucionaria.

Con la indiferencia no se hacen repúblicas. Por esto no creo que la gran fracción moderada del país tenga la capacidad republicana. Con las malas creencias, tan anti-liberales como anti-cristianas, se levantan barricadas, y se tiñen las banderas blancas en la sangre del pueblo inocente!

Como hombre político, si es que un pobre diablo como yo puede darse este título, yo era cristiano antes de salir de América, y mi observación de las cosas europeas me ha hecho mas cristiano aún. Mis convicciones beatas, si usted quiere, pueden escitar muchas risas; pero como no escitan la risa de mi conciencia, yo digo en voz alta que soy cristiano. ¿Y sabe usted por qué soy cristiano? Porque soy liberal.

Sí, porque la libertad es asunto de moralidad, de honradez, de probidad ante todo. Porque la libertad se alimenta de virtudes jenerosas, fraternales, pacíficas, y no se embriaga en las orjias revolucionarias. Porque la libertad quiere el sufragio universal, y el sufragio universal, que no revela el buen sentido y las virtudes del pueblo, revela su incapacidad po-

Itica. Que la virtud sea la única base sólida de las repúblicas, lo ha dicho Montesquieu y sin que él lo dijera yo lo sabría, porque el sentido comun es un Montesquieu en la conciencia de cada hombre.

Pienso, mi amigo, que la parte indiferente de la Francia, que no cree y no practica el cristianismo, no es republicana; pienso que la porcion que cree mal, es socialista, porque no es cristiana.

Pensaba antes y pienso ahora que la luz evangélica es el remedio de todos los males sociales. A los indiferentes no hay que decirles sino que abran los ojos y vean. Pero examinaré en pocas palabras como es que el dogma cristiano es el remedio de esta gangrena de la civilizacion, que se llama el socialismo.

El grave error, á mi juicio, de los partidarios de esta doctrina consiste en pedir á las instituciones lo que solo puede ser el resultado de las virtudes sociales. He oido últimamente á Mr. Chevalier refutar en nombre de la libertad el sistema socialista en su pretension de organizar el trabajo y hacer al Estado el director de todos los talleres. Esos sistemas, de que no puedo ocuparme aquí contradicen, como lo probaba ese escritor, los axiomas mas vulgares de la ciencia económica. Mr. Chevalier concluyó una de sus últimas lecciones diciendo: «Es preciso llamar en nuestra ayuda á la relijion, recordar al rico que es hermano del pobre, al pobre que es hermano del rico.»

Hé ahí, pues, la moral cristiana promoviendo la armonía entre las clases que se chocan. Ninguna ley en país alguno puede obligar al hombre de fortuna (las virtudes no se decretan) á aliviar la miseria del pobre, pero la moral evangélica lo aconseja. Ninguna ley autorizará al pobre para arrebatarse su propiedad al rico; pero si despojais, como lo hace el socialismo, al que padece, del sentimiento relijioso, ¿cuál será el consuelo de su infortunio?

Permítame citarle en este lugar las siguientes palabras de *Le Pays*, uno de los diarios políticos de Paris:

«Colocándonos en el doble punto de vista de la moral y la relijion, hemos procurado establecer esta verdad: que hay males en todas las condiciones, y que la riqueza, lejos de ser

una escepcion del dolor, se espia á menudo por penas que restablecen entre los hombres la igualdad ante Dios, la igualdad de la flaqueza, del sufrimiento y de las lágrimas!

« El cristianismo no es verdadero, sinó porque nos enseña que la suerte comun de todos los hombres es el dolor; no es consolador, sinó porque nos muestra en el cielo la recompensa del infortunio sufrido valerosamente; no es divino, sinó porque saca del padecimiento una grandeza, de la prueba una gloria, de la pobreza una semejanza con Dios. Celéstial es, en efecto, la relijion, que hace del mas pequeño en este mundo un amigo de Jesucristo, del huérfano á los ojos de la fortuna, un heredero de los bienes eternos, de Lázaro cubierto de llagas y muriendo sobre la paja, el habitante glorioso de los tabernáculos de luz, al que el rico inhumano pide mas tarde, con súplicas que no serán oidas, una gota de agua para calmar su sed.

« Hé aquí la doctrina de la verdadera fraternidad. Hasta hoy nada se ha hecho mejor que el cristianismo: no se ha encontrado otro medio de reconciliar al pobre con su condicion, porque el Cristo lo ha dicho en su evangelio: « Habrá siempre pobres en medio de nosotros. » Sin duda el rico debe considerarse como simple depositario de los bienes que ha recibido. Dios lo ha establecido, por decirlo así, como el intendente de los indijentes, y lo invita á recordar siempre estas palabras: « El que vé á un pobre me vé, el que lo socorre me socorre ». Pero aunque este precepto fuera universalmente practicado, la pobreza no desaparecería: el vicio, la pereza, á falta de la desgracia, la hacen, ay! indestructible! ».

Pero el socialismo lejos de fortificar el sentimiento relijioso, que eleva al hombre y diviniza la pobreza; dice al pobre: « El rico es usurpador de tu bienestar. » M. Proudhon coloca diariamente estas palabras en el encabezamiento de su diario: ¿ qué es el rico? — Todo. ¿ Qué debe ser? — Nada. »

Advierta usted ahora qué es de infernal destreza la táctica revolucionaria del partido socialista, que explota con una tenacidad infatigable la miseria, que viene en pos de todas las revoluciones. Asi antes de la revolucion de febrero, el socialismo *no era nada*, como lo ha confesado M. Considerant. Pero llega la revolucion, el rico teme por el porvenir y no compra, el fabricante suspende el movimiento de sus máquinas,

por que no tiene á quien vender, el obrero no trabaja. — Hé aquí la ocasion del partido violento !

Usted comprende el efecto que deben producir en las clases pobres, escitada su imaginacion por la necesidad y el hambre, esas constantes provocaciones para que se subleve contra las clases acomodadas; y no estrañará, como lo revelan las elecciones del 13 del pasado, que el socialismo gane terreno, y que haya tantos miles de miserables dispuestos á lanzarse á la conquista de su usurpada California.

¿Quién puede ser, pues, partidario de esos socialistas, hoy el único partido de oposicion ?

Si leyera usted sus diarios, observaria cuanta violencia, cuanto rencor ilejítimo, cuanta calumnia contienen sus columnas. Observaria usted ademas la discordia, que reina en el campo de estos reformadores, cada uno de los cuales se considera el depositario del dogma rejenerador. A mí me bastaria para desdeñarlos observar su actitud en la Asamblea Nacional, en la que los veo todos los dias desplegar las pasiones mas indignas y groseras. Habla uno de sus oradores, la Asamblea escucha; pero se le contesta por un miembro de la mayoría, entonces es la algazara, los clamores, las mas insolentes interrupciones; y el ministro, á quien solo se le dice que miente, no es el que debe quedar mas descontento.

¿Cómo he de convenir en que sean los mejores custodios de las libertades de la Francia esos hombres, que no saben respetar la primera de sus libértades, la fuente de las demas, la de la tribuna, en la que dicen lo que sienten y piensan los lejisladores del país ?

Así estos hombres no solo son *falsos republicanos* por sus teorías socialistas, lo son aún mas por sus máximas democráticas. « La república, dicen, es superior al sufragio universal »: y esta sola doctrina absurda y la mas anti-democrática, basta para advertirnos que no se adhieren al movimiento legal, sinó al movimiento revolucionario.

Contra este movimiento deben pronunciarse enérgicamente los amigos de la causa democrática. Asentar aquella máxima, proclamar la *soberania del fin*, como la única respetable, es oponer la violencia á la ley, las barricadas á la discusion. El rol de las minorias no puede ni debe ser otro que el de la

oposicion constitucional. Una república, que no se apoya en el voto de la mayoría, no es una república, puesto que no es hija del sufragio universal. Esto es tan vulgar que solo puede ser negado por los que niegan la propiedad, la familia y la religion.

Vea usted, mi amigo, si tengo razon para afirmar que hay en Francia mucho malo que desechar; y precisamente las doctrinas más subversivas, las que mas contradicen el buen sentido, que es el jénio de la democracia, porque es la única filosofia del pueblo, son las que proclaman los que se titulan el partido avanzado, los apóstoles del progreso y la libertad. Yo diria á esos hombres que cuando un país se encamina á la barbarie, el que retrograda es el mas progresista !

« Las verdades, que ellos niegan, son sin duda viejas, como el mundo », decia Mr. Chevalier; pero por tener la sancion de los siglos esas verdades son para mí tanto mas venerables.

Simpatizo, pues, con el partido moderado, porque á mis ojos es el partido del orden, sin el que la libertad es licencia; de la moral, sin la que la democracia es mentira; de la justicia, sin la que la sociedad es el caos; de la autoridad, sin la que la república es presa de las facciones.

Si he creido que la monarquía constitucional ofreceria mas seguras garantías á la libertad, compatible con el estado de las costumbres y de las creencias francesas, es porque me parece muy difícil afirmar en Francia la paz interior y el bienestar jeneral bajo la forma republicana; desde que el bienestar jeneral falte, no lo dude usted, el socialismo penetrará en el dominio de la civilizacion, con grave perjuicio de la causa democrática.

Mientras el movimiento revolucionario no se apacigüe, el acrecentamiento del pauperismo hará tanto mas peligrosa la propagacion del socialismo. Por esto deseo vivamente ver calmada la tormenta revolucionaria, á fin de que no inspire tan justos temores esa gran amenaza de la civilizacion europea.

Muchos hombres sérios piensan que asistimos á una gran decadencia de la Europa.—Hablandome, pocos dias ha, el baron Deffaudis de los pueblos de la América del Sud, y de

los incalculables beneficios que debian reportar de la situacion actual de este continente, me decia: « El porvenir del mundo está allá. En el siglo XX la América será para la Europa, lo que es hoy la Europa para el Asia. Aquellas regiones vastas, ricas, fértiles, no pueden ser siempre el dominio de las tribus salvajes. Yo soy viejo, no veré esto. Usted, aunque mas jóven, no lo verá, pero asistirá *au commencement*. »

He comprendido desde el principio, y lo he dicho al *Mercurio* antes de ahora, que la exuberancia de poblacion es la principal causa de los males que hoy aquejan á la Europa. Por esto he pensado que los gobiernos de la América Española, no solo darian un poderoso impulso á la prosperidad de aquellos paises, fomentando con todos sus medios la inmigracion, sinó que contribuirían á hacer un gran servicio á la civilizacion universal, alejando de este teatro de discordias los miles de desgraciados, á quienes la desnudez y el hambre enrolan en las filas de la insurreccion.

Vayan allá á disfrutar los goces materiales, que aquí les niegan las revoluciones; vayan á la América meridional, cubierta de virjen vejetacion, de dilatadas y desiertas llanuras, de bosques inmensos, de rios caudalosos. El hombre que puede bajar las manos á la tierra para hacerla producir sus medios de subsistencia, es un soldado del orden, un buen ciudadano; mientras que aquí, en las grandes ciudades, el hombre sin trabajo, no teniendo sinó piedras que levantar, no sabe sinó levantar barricadas. El hombre, como el árbol, necesita de la tierra para arraigarse y dar sus frutos. Por esto me esplico la democracia de los Estados-Unidos, donde hay tierra y trabajo para todos.

Hé aquí mis opiniones, mi amigo Gomez, usted me hará la justicia de convenir en que se puede abrigar esas opiniones, siendo muy fiel al principio liberal.

En todos tiempos la democracia ha tenido dos enemigos que combatir: el exceso de la autoridad, el exceso de la libertad, el despotismo y la licencia. En las épocas revolucionarias esos dos excesos se presentan con sus caracteres mas alarmantes. ¿ Que importa, en tal caso, hacer para evitarlos igualmente? La moderacion de una y otra parte. El movimiento legal de los pueblos para que la resistencia de los gobiernos no sea

despótica. En tales épocas, el que sale del terreno de la ley, saca de él á su contrario. El autor de una insurreccion provoca el estado de sitio. Porque no quiero el efecto, repruebo la causa. Porque no quiero á los cosacos, detesto á los rojos.

Observe usted la conducta del gobierno en Francia despues de levantado el estado de sitio, causado por las barricadas de Junio. ¿Qué otra cosa ha hecho el gobierno, que mantenerse en una defensa legal? ¿Ha disuelto los clubs? Sí, pero legalmente, con el apoyo de la Asamblea. Entretanto vea usted la actitud de la oposicion en las dos grandes tribunas de una república, la prensa y la cámara. Véala usted defender los clubs, foco de las mas incendiarias pasiones, las sociedades secretas, y acusar diariamente al gobierno de conspirar contra la república. ¡ Los socialistas, que niegan el sufragio uiversal, acusan al gobierno, hijo de ese sufragio universal, de conspirar contra sus propios electores, contra sí mismo! Véala usted pedir la guerra contra el Austria y la Rusia, al mismo tiempo que privan al gobierno de sus medios pecuniarios. Los verdaderos conspiradores contra la república, cree usted serán los que lleven tan adelante la licencia republicana que provoquen, para reprimirla, la reaccion monárquica.

Me dirá usted que en las épocas revolucionarias esos escesos populares son inevitables, que predicar á las masas sublevadas por la pasion republicana la moderacion, es predicar en desierto. Sea en hora buena. Pero el buen sentido, la justicia no son revolucionarias en tiempo alguno, sus leyes son inmutables; y el hombre imparcial y recto debe fijar, en medio de la perturbacion general, su razon y su conciencia sobre los hechos, y decir: «Hasta aquí *el bien* — de aquí en adelante *el mal*». Sé bien que este cólera moral, que hoy contajia una gran parte de la Europa, desaparecerá, como el otro, cuando Dios quiera; pero no olvido las lecciones que la historia ha tomado de la revolucion de 89, no olvido que la sangre derramada por las pasiones frenéticas de la plebe es el abismo en que se hunden las repúblicas!

A fin de contrariar con mi débil voz el influjo funesto de los partidos exaltados, y previendo el mal uso, que de sus doctrinas pudiera hacerse en la América Meridional, tan dispuesta siempre á plajiar lo malo y lo bueno de la Europa, he creído

deber llenar un deber de conciencia y de americano, diciendo á los pocos que quisieren leerme, lo que repetiré siempre: « El modelo de la América del Sud no es la democracia revolucionaria de Europa, es la democracia pacífica de la América del Norte. »

Temia que el socialismo pudiera encontrar prosélitos tambien entre nosotros, y por desgracia una carta de Tacna del último vapor me anuncia las brutales y sangrientas escenas, á que se ha abandonado la plebe de Bolivia, ajitada por el coronel Belzú, que la convidó á sublevarse contra los *aristócratas y los ricos!*

A nosotros, americanos del sud, obligados por una ley providencial á vivir bajo la forma republicana, única posible desde el dia de nuestra emancipacion, nos toca precavernos de las dos exajeraciones que pueden comprometer nuestra naciente libertad, y que tanto la han oprimido. Ni Rosas ni la anarquía, ni el cosaco ni los rojos. Por esto me imagino que la política moderada nos es indispensable, á fin de no esperar todo de la autoridad, ni tampoco todo de los pueblos, para que ninguna de las dos acciones se choquen, y para que no enjendren ni la licencia, ni el despotismo. Chile, sin duda, tiene mucho que andar para alcanzar al pueblo modelo del norte, pero ¿ por qué es que allí se puede dormir tranquilo sin temer el puñal de Rosas ni el de Belzú ? Porque la política moderada se ha practicado.

Por mi parte fui siempre partidario de la libertad moderada; y si Monteagudo es para mi una de las mas notables figuras de la revolucion de Sud-América, es porque comprendió muy temprano que cada libertad requiere una aptitud en el pueblo que la reclama. Y estoy persuadido á que las mejores aptitudes son las aptitudes religiosas, porque la historia pasada me dice que el cristianismo fué la gran fuente de las instituciones liberales, y la historia presente me enseña que el cristianismo, ayudado por la industria, es la salvaguardia de la democracia Norte-Americana.

Profesando estas doctrinas, usted no estrañará que yo, que he gustado poco de la revolucion francesa, haya gustado ménos de la revolucion italiana: mi razon es esta; En Italia los pueblos son peores, ménos aptos; el monarca derribado,

no solo es mejor que Luis Felipe, sinó que Pio IX es á mis ojos el tipo de los monarcas constitucionales.

Todos los contemporáneos lo hemos presenciado, mi amigo. La aparicion de Pio IX, levantándose de en medio de las tinieblas de la Italia, con la antorcha del catolicismo en sus manos, y bendiciendo la causa democrática en nombre de la cruz, fué un grande acontecimiento, el mas bello del siglo actual. Los pueblos todos, de todas las creencias, saludaron al magnánimo Pontífice y se felicitaron de que el gefe de la Iglesia católica quisiera serlo á las vez de la libertad moderna.

Si Luis Felipe en vez de mirar con ojos asustadizos la justa reforma que se le demandaba, hubiera sabido imitar el noble ejemplo del Papa, que acordó sin exigencia alguna las reformas posibles en Italia, la revolucion de febrero no hubiera sucedido, y la democracia hubiera marchado pacíficamente á la conquista de sus mas gloriosos destinos.

Si la reforma electoral y parlamentaria hubiera sido espontaneamente acordada, ¿no hubiera sido odiosísima una revolucion de febrero? Y ¿por qué rebelarse contra Pio IX, y contra Leopoldo, inaugurando con un asesinato detestable la revolucion republicana?

Usted ha visto lo que ha sucedido—el gobierno de los clubs, de las facciones reemplazando á los gobiernos paternos de ambas comarcas, ha humillado todas las libertades que ellos amparaban. Puesto que la monarquía dá libertades á la Italia, de que la república la despoja, prefiero la monarquía.

Otro monarca glorioso se levanta en defensa de la sagrada independencia, quiere emancipar á la Italia de la opresion austriaca. Los gobiernos revolucionarios le dejan solo por no aliarse á los soldados de un rey, y la independencia sucumbe.

Así los republicanos, valientes para sublevarse contra Pio IX y Leopoldo indefensos, no luchan contra el Austria, el verdadero enemigo de la Italia!

Ademas los revolucionarios de noviembre en Roma, no solo comprometian la dignidad y los mejores intereses de su patria, sino que ofendian al mundo católico todo abatiendo el gefe de la iglesia de su culto. Si hasta la cruz se derriba ¿cuál será el puerto de refugio de las sociedades perseguidas

por las revoluciones? El Papa, despojado de su poder temporal, ¿qué otra cosa seria al lado de un gobierno, cual el de Roma, que el triste agente de sus caprichos?

La Francia ha obrado bien, á mi juicio, atacando esa república de nombre; hará bien en restablecer á Pio IX, garantiéndole contra las exigencias contrarias á su ilustrada política de parte del Austria.

En cuanto á la Alemania, he pensado que la revolucion tenia muchos restos feudales que derribar en ella; pero he temido que una revolucion exajerada solo sirviera para afianzarlos. Después de las constituciones otorgadas por los reyes de Prusia y Austria, creia llegado el momento del movimiento legal. Por lo demas, confesaré á usted que la cuestion alemana es de tal modo complicada, veo tantos elementos contradictorios, que su actual estado de cosas presenta á mis ojos el drama mas romántico; y yo nunca he sabido esplicarme bien la moral de estos dramas. — Insurrecciones contra los reyes, bombardeos, constituciones, estado de sitio, cadalsos, batallas; la Asamblea de Francfort buscando un príncipe para regalarle una corona imperial, que nadie quiere; los pueblos pequeños peleando por la constitucion de esa Asamblea, los grandes desconociéndola; la mayor parte de sus representantes que la abandonan, otros que la siguen. Una parte de la Hungría luchando con el Austria, y los rusos contra la otra que se defiende heroicamente. El rey de Prusia convocando un Congreso de príncipes en Berlin, y reclamando para si la direccion de los negocios del Imperio. El rey de Austria en desacuerdo con el de Prusia, el de Prusia con el vicario del Imperio. Hasta las mujeres alemanas, que declaran á los soldados en carteles públicos, que ninguna de ellas amará al que manche las manos en la sangre de sus compatriotas. Después la diversidad de razas, religiones é intereses. Digo á usted que no lo entiendo. Eso es para mí la torre de Babel.

Lo que únicamente comprendo es lo siguiente: El movimiento revolucionario ha levantado mas de una vez la bandera roja. La república seria para mí, sobre todo la roja, la peor solucion á las dificultades presentes. — La Alemania hubiera debido esperar una situacion mas tranquila para la organizacion de su unidad, hoy motivo de tanta conflagracion.

La Prusia fomentando la insurreccion de una parte de la Dinamarca, es culpable.

La Austria hubiera debido hacer cualquiera concesion, antes que combatir con la Rusia á la Hungría.

Esa presencia de los rusos en Alemania es el grave acontecimiento del dia.

Yo aplaudo la intervencion de la Francia en Italia, porque la Francia ha ido allá á defender la libertad, atacando la república. La Francia no puede ser opresora de pueblo alguno á la manera del Austria; pero la Rusia !

Los cosacos, triunfando con sus inmensos batallones en Alemania, apagarán no solo las teas de la insurreccion, sino las luces de la libertad. La Rusia quiere en los grandes Estados el órden de Varsovia, el órden del silencio, del despotismo.

La Francia no consentirá que el Czar oprima las libertades de la Alemania, no consentirá que estableciendo en el Austria su réjimen oscuro, haga de ella un aliado contra la libertad de los otros pueblos.

La Inglaterra parece alarmarse menos de la invasion rusa. Cree ella que viene á reprimir, no á oprimir.

Entretanto es de temer que la revolucion tome una nueva faz, y busque en los campos de batalla, en la guerra jeneral, la solucion de su futura suerte. Lo mas temible, en tal caso, seria el enemigo que dejaria la Francia á su retaguardia.

No puede preverse el desenlace de una lucha semejante. ¡ Dios libre á la Europa de élla !

Me he estendido ya demasiado. Le diré, al terminar, que en los Estados europeos, despues de la Francia, la Italia y la Alemania, que son los três paises ajitados por la revolucion, veo á la Inglaterra sostener su paz, disfrutar de completas libertades, apesar de su trono y su aristocracia; veo á la Holanda y la Béljica en órden tambien, sin sufrir la opresion de uno ni la de muchos, y entregadas á la práctica de las instituciones monárquico-constitucionales; veo á la España, menos próspera, menos libre que esos otros Estados, pero en paz tambien, y respeto en ella la noble actitud que tomó respecto de la Inglaterra. Cuando se trata de su independendencia, la España sabe dar bellas lecciones !

Hé aquí, pues, mi amigo, la impresion que me producen

estas cosas de Europa. Antes de llegar á ella, pèrdone usted que lo diga, me consideraba yo hombre honrado y moderado; y es natural que simpatice con el partido frances, que defiende la mōderacion y la honradez, y que merece su titulo.

Hablando de un hábil escritor, al servicio de Rosas en Buenos Aires, decia un diario de Montevideo, no sé si con razon ó sin ella, que despues de haber sido desleal á todos sus principios, no sabiendo ese escritor á quien pasarse en Europa, se pasó á América.

Usted sabe que el pobre corresponsal del diario que usted redacta, no tiene interés alguno en pertenecer en Europa á uno ú otro partido; y que en América no se pasó á nadie. Espero que usted y mis amigos reconozcan que en mi antipatia contra el socialismo, los rojos y todos los partidos extremos, no hago otra cosa que ser consecuente conmigo mismo, defendiendo las ideas moderadas y sensatas, que fueron siempre las mias; y creyendo, con una conviccion cada dia mas íntima, que, fuera del dogma cristiano, cuyas sanas máximas estan en armonia con las mejores teorías liberales, no hay sino error, vicio, opresion y sangre.

Si me hallara en los Estados-Unidos gritaria con todas mis fuerzas — *Viva la República!* pero aquí, en Francia, digo solo — *Viva el orden!*

Usted sabe cuánto deben variar las instituciones segun varian las condiciones sociales de los pueblos. El hombre, que supone posible la república en todos los países del mundo, sin consideracion á sus hábitos, á sus antecedentes, á sus tradiciones, á sus recursos materiales, puede ser un republicano muy sincero, pero no es ciertamente muy ilustrado.

Me decia mi amigo Sarmiento al regresar á Chile de su viaje, que la impresion de sorpresa producida en él al llegar á Norte América de Europa, fué la misma que la que experimentó al pisar por primera vez la Europa. — Aquel es otro mundo sin duda; ese sí que es el mundo del derecho. Allí no embarazan á la libertad ni las escuelas filosóficas, ni los sistemas socialistas, ni las tradiciones monárquicas, ni el lujo excesivo de unos, ni la miseria de los otros. Allí el ciudadano respira la libertad por todos sus poros. Allí no se cree hombre honrado al hombre que no es relijioso, no se cree capaz de la liber-

tad, al que no es honrado. Allí no se discute el derecho de propiedad, ni el de la familia, y la civilizacion no conduce á la barbarie. Allí no niegan los republicanos el sufragio universal. Allí la religion es una realidad; ella penetra con sus luces y sus consuelos por todo, en el hogar de la familia, en las habitaciones del hombre de estado, en la cabaña del labrador, en el taller del artesano. Allí el que no está contento con su posicion material puede mejorarla y soltar todas las alas á su ambicion. Allí no hay millares de pobres, que ven caer en las piedras de las grandes ciudades, en frente de espléndidos palacios, las lágrimas de su desesperacion, á la que el socialismo no ofrece otro recurso que el del crimen. Allí hay una California para las ambiciones mas insaciabiles; y todos y todo respira *libertad, igualdad, fraternidad* — Palabras escritas en todos los muros de Paris, pero no gravadas por el sentimiento relijioso en el corazon del hombre !

Nuestra América necesita brazos para su suelo, ideas y ejemplos para su civilizacion naciente. Los hombres, llévelos en horabuena de Europa, es su deber y su virtud; pero las ideas, los ejemplos, de la América del Norte, donde no hay rojos ni cosacos.

Tales son las convicciones, mi querido Gomez, que defenderé mientras resida en Europa y el cólera me respete; puesta siempre la mano sobre la conciencia, y la fé de mi corazon en Dios y en la libertad.

Soy su amigo invariable.

FÉLIX FRIAS.

Rue Laferrière.

14 de junio.

P. D. Notará usted que esta carta ha sido escrita algunos dias antes del 13, en que estalla en Paris una nueva insurreccion de junio, hija como la primera del socialismo y la Montaña. Este odioso suceso fortifica tanto mas las convicciones espresadas en esta carta, y mi aversion á los hombres de sangre y de barbarie, cuantas son las calamidades que él vá á causar á la Francia, cuya capital sufre hoy todos los rigores del cólera, al que se han aliado los rojos.

La Religion y la Ciencia

SEÑOR DON JUAN BAUTISTA ALBERDI.

Paris, julio 9 de 1851.

Hace hoy cuatro años, mi querido amigo, que escribia á usted desde Santiago, dedicándole un panfleto en que emitia todas mis opiniones sobre la infortunada situacion de nuestro país. Aquellos renglones eran la espontánea expresion de un sentimiento apasionado y de una conviccion profunda: mi odio vigoroso contra el tirano arjentino, y mi adhesion á la libertad nacional y moderada. Recordará usted que cité entonces las ideas de Montegudo, como las del mas intelijente conocedor de las necesidades de los pueblos sud-americanos y de las instituciones liberales establecidas entre nosotros despues de la caida del-poder español.

Muy lejos estaba yo entonces de prever que medio año mas tarde debia estallar en Francia una revolucion destructora de todas las condiciones de la existencia, que esa revolucion habia de conmover la Europa toda, y que habia de venir yo á ser testigo inmediato de tan grandes acontecimientos. Así ha sucedido sin embargo. Me he visto en presencia de una crisis asombrosa, he podido estudiar con la despreocupacion de un extranjero el mas instructivo de todos los libros, *una revolucion*, que me ha revelado desnuda á esta poderosa nacion y permitido contemplarla en todos sus vicios y sus virtudes, sus verdades y sus errores.

Este grandioso é instructivo espectáculo ha fortificado aquel sentimiento y aquella conviccion: mi odio á los tiranos, como á esos aspirantes á la tirania llamados demagogos, y mi amor á la libertad moderada y racional.

En mi correspondencia al *Mercurio* he procurado señalar á los países sud-americanos las severas lecciones contenidas en los sucesos que contaba. Jamas he escrito con la mira de complacer á ningun partido de Chile ni de los otros Esta-

dos: sinó animado por el deseo de corregir las funestas preocupaciones que reinan entre nosotros, y que tienen origen en el olvido ó la ignorancia de nuestra situacion social, y en la imitacion inconsiderada de principios y de hechos proclamados y ocurridos en naciones muy diversas de las nuestras. La imitacion es la flaqueza de la primera edad, y es muy natural en los Estados naciotes; pero no es menos necesario combatir de frente esa flaqueza con el doble conocimiento de lo que somos y de lo que son las sociedades que plajiamos.

Esta carta le mostrará á usted de que manera soy yo liberal en América, como lo soy en Europa, y cuanta sea mi aversion á la importacion de las doctrinas que pervierten las creencias y corrompen las costumbres de la Francia, y no pueden producir en la América del Sud sinó el mismo doloroso resultado. Procuraré que mis reflexiones sean lacónicas y precisas, puesto que en una carta no puedo esponer sinó brevemente las ideas, que espero desarrollar mas tarde en un libro.

Veamos cual es la situacion de la Francia, el gran foco del movimiento revolucionario europeo. — No sé quien ha dicho que la Francia es el gran locomotivo que conduce el mundo á la civilizacion. Que sea ella el centro de los acontecimientos europeos, es indudable; que conduzca al mundo á la civilizacion es *pretension francesa*, como decian nuestros gauchos en el tiempo de la primera intervencion de la Francia en el Plata; y por pretension francesa entendian ellos pretension injusta é infundada. En efecto, los Estados Unidos en América, la Inglaterra en Europa, son las naciones verdaderamente colocadas al frente de la civilizacion universal, y por cierto que no han marchado esas dos naciones á remolque del locomotivo frances.

Para comprender esa verdad es necesario una distincion. La verdadera civilizacion, segun yo lo alcanzo, es mas un gran capital de honradez y de virtudes, que de principios y de ideas. La Francia habla admirablemente, la Inglaterra y los Estados Unidos obran admirablemente. En ningun pats del mundo se encuentra mas libertad escrita que en Francia, en ningunos mas libertad práctica que en los Estados Unidos y la Inglaterra. ¿Dónde está la verdadera civilizacion? pre-

gunto yo al buen sentido, y me responde: no en las palabras sinó en los hechos, no en las bibliotecas sinó en las costumbres.

Digase en hora buena que la Francia es la nacion mas culta del universo. Eso es indudable. En ningun pats hay tantos poetas, literatos, novelistas, historiadores, oradores, artistas, sábios si se quiere; pero todo eso puede existir sin que exista la verdadera civilizacion, y aun digo mas, de todo eso puede prescindir la verdadera civilizacion; testigos los norte americanos, que sin filosoffa ni literatura están en la cima del progreso conseguido hasta el dia por la humanidad.

Usted concibe sin embargo, mi amigo, cómo es que la Francia goza en el mundo de un prestigio superior al de esas dos grandes naciones. Lo goza porque habla mas, habla mejor, habla frances. Los pueblos se prendan siempre de lo bello, la elocuencia ha hecho triunfar en el mundo muchos errores y muchos vicios. — La palabra de la Francia es siempre poética, simpática, armoniosa; hace en las creencias los estragos de una relijion mundana, porque seduce la imaginacion y el sentimiento. Yo me atrevo á decir sin embargo que su prestigio es usurpado; y precisamente porque los anglosajones han sabido dar la espalda á la engañosa sirena, precisamente porque han dicho: «dejémosla hablar, obremos nosotros», es que creen y prosperan, mientras la poetiza del mundo vé abatidos todos sus ídolos, decae y se postra.

Agregue usted á todo eso que el influjo del pais que obra bien, no es sinó el del ejemplo silencioso; que las buenas acciones se refujan satisfechas en el santuario de la conciencia y gustan poco de hacer ruido; que la virtud, mas bella que una oda de Victor Hugo, es siempre modesta; y comprenderá, como yo, porque es que los demagogos son unos insignes charlatanes, como los ha clasificado el mismo Proudhon; que no son ellos sino los impuros seductores de la perpétua credulidad de los pueblos.

Yo pienso por lo mismo que la Francia no debe ser nuestro modelo, por la sencilla razon de que un pueblo para llegar á la democracia, aspiracion nuestra, no tiene que aprender á hablar mucho, sinó á obrar bien.

Pero si esas consideraciones no bastan, yo pido entonces

á los hombres reflexivos de Sud-América que juzguen á la Francia por sus hechos, que le pregunten lo que piensa, lo que quiere, lo que hace. Si fuera yo francés, encontraria muy difícil la respuesta. La anarquía es la negacion de todo; no afirma nada, y ¿qué otra cosa puede verse en las creencias, las voluntades y las acciones de la Francia, que anarquía?

La Francia actual viene de la revolucion de febrero. ¿Esa revolucion tenia su programa? ¿Cuál era? Ella no fué ni la espresion de un voto nacional, ni la de un principio, ni la de una necesidad social. La prueba incontestable es que cuando la Francia ha sido llamada á manifestar, en el uso mas completo de su soberanía, su voluntad, elijió un príncipe que volvió al frente de la reaccion contra la república.

El país pedia la reforma, no la república, y habria preferido á esta última la monarquía sin la reforma. La revolucion no tuvo un objeto político. ¿Tuvo uno social? Lo niego igualmente. Es verdad que el socialismo se ha levantado vigoroso y amenazante despues de febrero, ¿pero el socialismo se presenta acaso á poner remedio á hondos males sociales? Lejos de eso el socialismo explota y agrava la miseria, como gran medio de accion revolucionaria. Usted sabe, mi querido amigo, lo que es el socialismo. No es sinó la filosofía plebeya del orgullo sensual, no es mas que la ciencia de la envidia. No era posible engañar ya con la palabra *libertad*. El pueblo francés la gozó bajo la monarquía de Luis Felipe, y mas completa que en el día. Era preciso estimular los apetitos desordenados de los pobres contra los ricos, importaba mostrar á ellos como usurpadores del bienestar de las clases bajas, y así se ha hecho con el fin de tener un permanente ejército revolucionario.

Fácilmente habrá usted observado tambien que el socialismo no es mas que el fruto natural de una civilización inmoral. Sin creencias religiosas las clases superiores las han desarraigado por la mano de la filosofía y de la literatura de las clases subalternas. Los ricos gozaban, los obreros trabajaban los objetos que debian satisfacer los caprichos del lujo. El sensualismo reinaba en la Francia toda, y nada mas lógico que el que la demagogia moderna sea sensualista.

Si los pobres fueran en Francia religiosos, como lo son en

Irlanda, su dolor se habria resignado. Imagínese usted una Irlanda francesa y la Gran Bretaña se hunde abatida en los abismos. El sensualismo francés á falta del freno espiritual soporta el material. Suponga usted á Paris sin un ejército permanente, y al dia siguiente la capital de la Francia seria una orjia infernal. Ya vió usted en junio de que manera sabe pelear el hombre cuando le estimula el aliciente del pillaje.

El socialismo es hijo natural de una civilizacion corruptora. ¿Porque no hay socialistas en los Estados-Unidos ni en la Inglaterra? ¿Porqué no confian esos paises la defensa del orden á los grandes ejércitos? Porque su civilizacion es moral. Aquellos para quienes la aparicion del socialismo en el seno de una gran nacion, nada dice, nada esplica, tienen ojos y no ven. Esos no saben que por todos los caminos se marcha á la barbarie, y que á fuerza de abusar de sus fuerzas sociales las mas altas naciones acaban por volver al punto de partida. Ellos no saben que esos niños que se llaman viejos corrompidos son los mas perniciosos de los locos, que las naciones estan sujetas también á esa locura, cuando se abandonan sin mesura á los goces materiales,—y que el materialismo científico es más bárbaro y mas funesto que el de las hordas de nuestros desiertos.

El socialismo es en efecto la teoría del crimen, y enseñar el crimen es peor que cometerle. El hombre puede abusar de su libertad hasta perderse, pero quebranta sus deberes mas sagrados cuando enseña de palabra ó por escrito que es lícito robar y matar; es mil veces criminal cuando adula los instintos feroces de la multitud para lanzarla al ataque de la religion, de la familia, de la propiedad.

La situacion de la Francia, usted lo sabe, mi amigo, es lamentable. Sin fé en ningun principio, en ningun hombre, en ninguna institucion, se ha dado la forma republicana como si quisiera marchar coronada á los abismos. Siendo la república el gobierno de todos, supone reglas fijas de conducta jeneral, supone creencias, sentimientos y virtudes comunes. Sin eso una república no es sino una vergonzosa é impotente anarquia, que provoca el despotismo; y no es preciso ser muy previsor para creer que será el despotismo el término y el cas-

tigo de la revolucion de febrero. Hé ahí á donde conducen los cantores insensatos de la libertad á los pueblos crédulos y confiados !

La Francia está en la anarquia, va al despotismo, como me lo decia Mr. de Cormenin. Pregunto yo á mis paisanos de Sud-América ¿ que tenemos nosotros que aprender de los facciosos ni de los déspotas ? No somos maestros en esas materias, no somos doctores en esos dos derechos de rebelarse y oprimir ? ¡ Decimos como los demagogos franceses *viva la libertad ilimitada !* ¿ No hemos disfrutado durante 40 años de la libertad ilimitada de matarnos unos á otros, de derribar leyes y gobiernos ? ¿ No se sorprenden hoy aqui los escritores de juicio, como de un fenómeno singular, al ver que un presidente ha reemplazado á otro en el Perú, sin haber recurrido á la lójica del motin ? Singular cosa es, mi amigo Alberdi, que en la América del Sud pidamos mas libertades á medida que son mas las libertades que ultrajamos ! Y no nos contentamos con ser tan libres como los franceses, queremos ser mas libres que los norte-americanos, queremos mas libertad que la que deseaban Washington, Jefferson y Franklin para su patria.

Vea usted si tenia razon para deplorar de que nos olvidemos todos los dias, de lo que menos debiamos olvidar, de que somos *sud, sud, sud-americanos*. El orgullo, mi amigo, en los niños es cosa lastimosa, pero en los pueblos niños es insoportable. Entre los preciosos recuerdos que he traído de América, no he olvidado que un diario de la Capital de Chile al saber la revolucion de febrero, decia: « ¡ Feliz la Francia que vá á imitarnos en el uso de las instituciones republicanas ! » Hay ciertas candideces que lo pasman á uno de sorpresa, por mucho que las cosas singulares hayan embotado entre nosotros la facultad de sorprenderse.

Aquel diario se llamaba el *Progreso*, y sin duda el que aquello decia ha sido despues partidario de los clubs, novedad liberal, de que no habiamos dado ejemplo á la Francia, y que era preciso copiar de ella. Cuando he sabido que un motin habia ensangrentado las calles de Santiago, lo único que me ha sorprendido, desde que tenia noticia de la existencia de los clubs, es que hubiera tardado tanto en estallar. ¿ Qué

otra cosa que un motin puede esperarse de los clubs de rotos y artesanos en aquellos paises?

La libertad moderada, mi amigo, cada dia me persuado mas de ello, es nuestra gran necesidad. ¿Porqué Chile ha mantenido el órden y la paz durante 20 años en médio de los sacudimientos brutales de los paises que lo rodeaban? porque ha sido la menos republicana de las repúblicas de Sud-América. Pedir progreso á las instituciones antes de haberlas realizado en las costumbres, es locura.

Lejos de ser eso lo que nos conviene, hemos reconocido mucho tiempo hace, y usted lo escribia con brillo el año 38 en Buenos Aires, hemos reconocido, digo, que tentamos instituciones muy superiores á nuestras costumbres, esto es, á nuestras fuerzas, á nuestros medios sociales. El campo de nuestra accion deben ser esas mismas costumbres. Abogar por grandes libertades políticas entre nosotros es pedir en favor de los menos, instrumentos de ajitacion nocivos á los mas. Es mentira que el pueblo, que la mayoría en Sud-América, reclame libertad ilimitada en la prensa, pues es verdad que no sabe escribir. Es mentira que el pueblo reclame la libertad de los clubs, pues es verdad que no sabe hablar, y lo que es mas, no sabe entender al que habla, como no sabe leer al que escribe. El pueblo no sabe nada de todo eso, ni conoce siquiera su propia ignorancia, y los que esplotan y engañan esa ignorancia son reos de lesa soberania.

Mentira es tambien que podamos realizar toda la República, porque una república no se realiza con la soberania de los ignorantes. Y sinó, dígame usted si ha sido un solo dia, en los 40 años que contamos de vida independiente, *soberano* el pueblo en ninguna de las naciones hispano-americanas. Eso no ha sucedido porque no ha podido suceder. El pueblo ha sido siempre instrumento de las voluntades de la minoría, cuando no ha sido víctima del azote de los déspotas. Conservemos enhorabuena nuestras instituciones, puesto que la república es la irrevocable necesidad de nuestra existencia, pero hagamos de ellas un uso gradual, moderado. Puesto que el pueblo es incapaz de gobernarse á sí mismo, de *ser* republicano, lo que importa es que sea gobernado. Yo lo espero todo de los buenos gobiernos, nada de los demago-

gos que llaman al pueblo á la escena política, y aman su idolo, como los malos amantes para perderlo. Hágase en horabuena todo para el pueblo, pero no se pretenda que todo se ha de hacer por él. No es la gran libertad del sufragio, ni la de la prensa, ni aun la de la *tribuna*, la que ha salvado en Chile el orden; ha sido principalmente el buen gobierno. Yo soy partidario del progreso también, pero el gran progreso para mí en esos países es el orden; una vez conseguido, el otro progreso, es la conservacion del orden, y despues y siempre el orden; y como el uso inmoderado por los incapaces de la libertad, compromete el orden, estoy contra ellos. Se ha creido entre nosotros que la política es ciencia innata, que basta gritar libertad para servirla, y ese error nos ha sido funesto. Es mas difícil ser ciudadano, conocer sus derechos y sus deberes de tal, sacrificarse constantemente por el bien jeneral, es mas difícil eso que ser zapatero ó albañil.

Rousseau dijo un disparate, como suelen decirlo los jenios, cuando afirmó en su *Contrato social: el hombre nace libre*. El hombre puede nacer poeta, pero no nace, se hace libre. Un hombre sin la educacion es un salvaje, es un indio; la educacion enseña su ignorancia y le da la intelijencia y la capacidad de la libertad. ¿Qué hemos hecho por la educacion en los pueblos de Sud-América? nada. — ¿Qué hemos debido hacer? — Todo. Y queremos sin embargo recojer el fruto antes de haber plantado el árbol. Llamamos soberanos á los rotos, á los gauchos, á los cholos, adulamos en ellos la fuerza ya que no podemos respetar su intelijencia. Si esa soberanía de la fuerza es la que ha de realizar nuestra república, valiera mas no habernos emancipado de la España.

El orden, que garante la libertad civil, y la educacion del pueblo que lo prepare para la libertad política, hé aquí mi programa. Todos los otros progresos democráticos son candorosas ilusiones. En una palabra, el pueblo nuestro no está maduro para la libertad; yo prefiero restringir la libertad política si ella compromete el orden que es la garantía de la libertad civil. ¿Por qué se envanecen los chilenos de su paz? No tanto porque disfrutan del derecho de emitir artículos de diario, sinó porque ven garantida la familia, la propiedad, la religion, la vida y el honor, por fin la libertad civil, holladas en

todas partes por el republicano Rosas y por los republicanos demagogos. Yo quiero el progreso, pero quiero empezarlo por el principio, y el principio de todo progreso es el orden; y á todos los progresos los aprecio en el orden siguiente, primero los morales, despues los industriales, en seguida los intelectuales y por fin los políticos— Un adajo vulgar dice entre nosotros: «el que mucho abarca poco aprieta.» Yo no quiero pues abarcar demasiado, de temor de perderlo todo.

Las anteriores son, á mi juicio, mi amigo, verdades elementales, pero en materias sociales veo que esos rudimentos de la ciencia política es lo que nos importa aprender, y no los brillantes discursos de los jenios de la Francia, que no están de acuerdo entre sí, que no lo están sobre todo con nuestras necesidades americanas.

Estas opiniones pueden hacerme aparecer á los ojos de los liberales á la moda en Sud-América como un rudo pelucon. A los que atacan aquí el reinado de Luis Felipe, les dan una respuesta sus partidarios, que vale mas que un libro de numerosos argumentos, y es esta: *18 años de paz!* Yo confieso que no me avergonzaria de ser pelucon en Chile, pues podria dar á sus enemigos la misma contestacion: *20 años de paz, y en una república sud-americana!* Tan habituado estoy á no juzgar las teorías sinó en la piedra de toque de la esperiencia, que me sentiria muy orgulloso de ser arjentino si tuviéramos un argumento semejante que oponer á los insulsos declamadores. Por desgracia en todas las repúblicas americanas, escepto Chile, no han gozado los hombres sinó de la paz de Chateaubriand, que nos cuenta no la disfrutó sinó en el seno de su madre, y no la esperaba sinó en la tumba.

Ya que no podemos, mi amigo, disfrutar de la paz jeneral, estemos por lo ménos en paz con nosotros mismos. Yo la necesito para mi conciencia, y puesto que la suerte me ha hecho un *tinterillo*, paso mis convicciones al papel. Usted se apercibirá al leerme que no soy yo partidario entusiasta de ninguna institucion. Las instituciones son palabras cuando no asientan su base en los hechos, y como el modo de ser de cada país varia á lo infinito, yo pienso que no hay ninguna

institucion absolutamente buena. Así, si yo fuera francés, inglés, español, italiano, seria monarquista; si fuera brasilerero tambien lo seria. En los Estados Unidos seria demócrata entusiasta. En la Rusia no hay nada, porque no quiero suponerme ruso. En la América del Sud soy americano, soy hombre de bien y hombre de órden. Amo mucho el suelo de aquellos hermosos paises porque en ellos he nacido, y por que amo su porvenir. En cuanto á los hombres, las cosas, las instituciones actuales, confieso con entera injenuidad que mi entusiasmo es muy prosáico, no tanto sin embargo que me sienta indiferente en presencia de las tristes calamidades de que somos contemporáneos. La indiferencia es la falta mas reprehensible en los que tienen un corazon en el pecho, y una razon en la mente: nó, adversario decidido como soy de la política poética, no pertenezco al partido de los indiferentes; y si consagro mi tiempo todo á meditar en los males nuestros, no es sinó porque comprendo los deberes que mi orijen y los males de los paises á que pertenezco me imponen. Por lo demas mis ideas no son ni arjentinas, ni chilenas, ni bolivianas. Nuestros padres, mi amigo, derramando noblemente su sangre en todos los Estados de la América meridional, nos han habituado á considerarla como una gran familia, y nuestra gratitud de emigrados debe recordarnos siempre esa gloriosa tradicion.

Otros sirven á la patria adulando el orgullo, los vicios y las flaquezas de sus hijos. Yo no quiero figurar entre los cortesanos de los pueblos, como no he figurado entre los de los déspotas. Yo entiendo que el modo mas seguro de hacer incurables las enfermedades de los pueblos, es disimulárselas, y por eso llamo á las cosas por sus nombres. Encuentro que nuestros paises no están moralizados, y digo por lo mismo que no son capaces de toda libertad. Encuentro que gran número de liberales americanos ó no saben lo que dicen, ó dicen lo que no saben; que otros esplotan en provecho de su vanidad ó su egoismo los errores y los vicios que debieran corregir; que ponen corona antes de poner camisa al soberano; hallo por otra parte doctores políticos que no saben jota de ciencia política, ciencia muy complicada y muy difícil. Diga lo que quiera la ignorancia presuntuosa, no basta saber es-

cribir un comunicado, para darse el certificado de sabio en tan grave materia; y busque usted la modestia cuando se trata de resolver esas altas cuestiones de derecho público, hallará usted que es muy raro dar con ella.

He escrito á usted esta carta de prisa, y como se escribe entre nosotros un artículo para la prensa. Creo sin embargo que ella contiene algunas verdades útiles y espresadas con franqueza. Pero no serian estos borrones dignos de usted, ni de mi mismo, sino le dijera, aunque usted ya lo sepa, cual es la luz superior que me guia en ese mundo misterioso de las ideas.—Yo soy católico, mi amigo. Lo fui por mi razon como por mis sentimientos desde que mi inteligencia abrió sus ojos y empezó á pensar. Yo he visto en Europa la impotencia de la filosofia para crear ó conservar; su poder irresistible de destruccion; la obra desmoralizadora de la literatura moderna; los vicios vergonzosos de los jénios; los errores y las preocupaciones nublando todas las cabezas y envaneciendo los corazones; el egoismo desenfrenado; el amor insensato de vivir para comer y gozar; los pobres armándose contra la propiedad, la esposa y la vida de sus propios hermanos; los ricos alarmados de la aparicion de ese gigante aterrador llamado el pauperismo, despues de haber agotado sus fuerzas en las disipaciones del lujo; la política sin regla ni ley; la autoridad despreciada; la insurreccion santificada; por fin la barbarie amenazando de muerte á la anarquia y la corrupcion; tal ha sido el espectáculo. Algunos que se creen mas avisados han podido decir en presencia, ó á la distancia mas bien, de este horrible caos: « es un mundo que nace », yo me he dicho: « no, es un mundo que decae, y puede volver al caos. » Fácil le será á usted advertir por lo que antes le he dicho de la situacion de la Francia, cuales sean en ella las cosas que sobran, que están demas; en cuanto á lo que falta, permítame decirle que es la Cruz.

St, mi amigo; y con ella faltan á la Francia la ley de las leyes, autoridad de las autoridades, la verdad suprema y el código inmortal. ¿Qué es lo que forma ese código, esa sublime moral del evangelio? Ella forma los hombres de bien y los hombres de virtud. Déme usted una sociedad llena de virtudes, y esa sociedad vivirá, crecerá, se engrandecerá, y enton-

ces aunque usted destierre de ella la ciencia y las academias, la sociedad será un coloso.—Algunas verdades eternas contienen las décimas de nuestros gauchos, porque suele hablar en ellas el buen sentido. Yo las he escuchado en otro tiempo con sumo placer, y no he olvidado aquí, en presencia de los grandes filósofos, esos dos versitos, que pertenecen á la buena poesia:

Ciencia sin virtud no vale,
Virtud sin ciencia es mejor.

Esa es una profunda verdad, espresada con un laconismo admirable. Sí, es mejor la virtud que la ciencia, y esta sin la virtud es muy temible.

Si usted penetra con su razon investigadora en la naturaleza íntima del hombre, notará que en el corazon está el móvil principal de las acciones humanas, y que ese móvil es el amor. La religion cristiana es la ciencia divina del amor. Los vínculos morales que unen á los hombres entre sí, que les confunden en esa santa armonía, que se llama el amor de la patria, han sido establecidos por el cristianismo. Él fué el que abolió la esclavitud en los tiempos bárbaros, él quien levantó á la mujer de su degradante postracion, él quien salvó los tesoros mismos de la ciencia en la edad media, él quien proclamó sagrada la autoridad, y no menos sagrada la libertad del hombre. Donde la democracia existe, no nominalmente sinó en realidad, son las creencias cristianas las que las han arraigado en las costumbres; y hasta los filósofos mismos han tributado sus homenajes, cuando han querido despreocuparse, al cristianismo, reconociendo que él fué el mas grande monumento de los tiempos pasados y es la mas grande institucion de los modernos.

Si nosotros por ser fieles á una mala tradicion, que hemos heredado de nuestros padres, y que ellos heredaron de la filosofa incrédula del siglo pasado, divorciamos la libertad de la moral; si por ser liberales nos creemos en el deber de ser incrédulos, tenga usted por cierto que no se levantarán ni hombres de bien, ni hombres de virtudes de nuestras masas, hoy embrutecidas por la ignorancia y por los vicios que la acompañan. Es preciso educar al pueblo; todos estamos de acuerdo en esto. ¿Con qué? pregunto yo, con la filosofia?

con la literatura? ¿Creeis acaso que las doctrinas de Leroux y de Cousin sean superiores á las doctrinas de Cristo? Si no es así, ¿qué otro medio que la religion? y si dejamos el dogma rejenerador, como útil únicamente para las masas, los niños, las mujeres; y los hombres de gobierno, los hombres de pluma se educan y perseveran en la incredulidad; ¿no veis que más ó ménos tarde el escepticismo se convertirá en las clases inferiores en el grosero materialismo que invade la Francia? Religion de niños! pero entre esos niños está Descartes y Malebranche, está Bossuet y Fenelon, está Chateaubriand y O'Connell, está Lacordaire y Balmes! pero una religion de niños no vive, como el catolicismo, diez y ocho siglos en la conciencia de la humanidad, ni domina á doscientos millones de habitantes!

Mi amigo, yo soy católico. Escandalicense cuanto quieran los falsos liberales, yo digo y diré siempre que soy católico, y creo tener en mi apoyo muchas y muy buenas razones filosóficas y políticas, históricas y modernas, democráticas y sobre todo americanas. Yo soy católico en todas partes, lo mismo cerca del Sumo Pontífice que del cardenal de Westminster, lo mismo en Londres que en Washington, lo mismo en Paris que en la Plata.

¿Es una flaqueza? Nó, es una fuerza, en el individuo, como en las naciones. La porcion mas democrática de los Estados-Unidos es la católica; no lo digo yo, lo dice Tocqueville; y estoy por esa flaqueza que hace que los católicos sean los primeros en el primer pueblo del mundo.

He admirado aqui á los grandes oradores de la tribuna mas alta del mundo, pero mi entusiasmo, por los prodijios de elocuencia de los jenios, no me quita mi fé en Dios. Deme usted el libro mas bien pensado y mejor escrito ¿qué será él al lado de la Biblia? Deme usted el mas grande monumento fabricado por la mano del hombre, ¿qué valen el Arco de Triunfo ni el Palacio de cristal al lado de los Andes y el Paraná, de Tucuman y el Chaco? La misma distancia noto yo entre las ideas todas que para la inteligencia humana y las sublimes máximas del Evangelio; se levantan á mis ojos tanto estas últimas sobre las otras, como la cruz de la cúpula de un templo entre los mas elevados edificios de una ciudad. Una

Cruz de palo ha salvado al mundo, decia últimamente M. Chevalier en su cátedra de economía política; pues bien, demos una Cruz á la América española, si queremos salvarla y no perderla en nuestras manos.

Ahora puedo, mi amigo, terminar mi carta sin que vaya incompleta. Pienso que una gran parte de mis convicciones, sino todas, están de acuerdo con las de usted. Si he querido esponerlas rápidamente en estos renglones, no ha sido por que crea que usted necesita de mi ayuda para comprender nuestras necesidades, las de la Europa, y la importancia de salvar en Sud-América lo que llamaré nuestra nacionalidad social. Por ella no entiendo un rudo americanismo, entiendo sí el conocimiento de nuestros intereses y nuestros recursos americanos, y el de los únicos remedios necesarios á nuestros males. La intervencion de las ideas revolucionarias francesas no ha tenido escaso influjo en nuestros desórdenes, y los errores no han servido poco á alimentar nuestra anarquia. Innovar poco arriba, mucho abajo; dejar en paz las instituciones inofensivas, reformar nuestras costumbres; civilizar moralizando, hé aqui el gran programa, que debe ser el blanco de nuestros esfuerzos perseverantes. Todo edificio debe empezar por su base, y la base de una sociedad que aspira á la democracia, es la educacion relijiosa del pueblo.

La responsabilidad que pesa sobre la jeneracion presente de la América del Sud, es inmensa. Dios no dá á los hombres un vastísimo y prodijioso paraíso, como el nuestro, para que jueguen como bestias feroces á la guerra civil. La guerra civil permanente ¿qué nos dice? ¿No es ella la revelacion de nuestros vicios, nuestras groseras ambiciones, nuestros pueriles errores, y nuestro orgullo insensato? ¿No es la ausencia del sentimiento y la probidad moral lo que dá orijen á tanto escándalo? ¿El suelo americano es acaso nuestro únicamente, para que así ahuyentemos á los hombres todos, que quisieran esplotarlo á nuestro lado? Nô, la gloria de Colon es grande como el mundo, porque conquistó un mundo para la humanidad toda.

Yo por mi parte lo confieso, que el pauperismo europeo pesa como un reproche sobre mi conciencia de americano, y veo con dolor que la historia dirá severamente de nosotros:

«Mientras los progresos mismos de la civilización y de la industria acrecentaban en Europa el número de los pobres; mientras los hombres mas inteligentes se afanaban inútilmente por calmar los dolores del pauperismo, á fin de contener sus estragos; mientras las ambiciones demagógicas adulaban esa misma espantosa miseria y la seducian con las engañosas ilusiones de la revolucion, que en vez de poner término á los males europeos, no servirán sino para agravarlos, ¿ qué hacia la América Española? ¿ Buscaba ella acaso fuera de las revueltas y de irrealizables teorías los medios de consolidar el orden? Lejos de eso, imitaba con loco entusiasmo los excesos mismos de la revolucion francesa, y comprometia, en el único país que habia salvado del naufragio jeneral, las condiciones reconocidas por la esperiencia como saludables para el mantenimiento de su propiedad. Chile mismo plajaba los clubs abolidos por la reaccion en Francia, y la Nueva Granada plajaba el socialismo, como si tuvieran necesidad de agregar á la barbarie de la ignorancia la barbarie aun mas funesta de la preocupacion. Rosas embrutecia la República Arjentina, Bolivia lo imitaba, y la paz en los otros Estados no era sino el descanso de las pasiones fraticidas. Aquellos países de los que muchos podian contener cuatro veces la poblacion de la Francia, no contaban ni la poblacion de Paris. Ellos necesitaban aumentar su poblacion para civilizarse, mientras que por el contrario importaba á la Europa disminuir la suya. Y sin embargo aquellos americanos, esclavos unas veces, facciosos otras, parecian incapaces de vivir en el orden, y dejaban desiertas las vastas rejiones donde las miserias de la Europa hubieran podido encontrar tan pronto y fácil remedio; y la mitad mas preciosa del mundo de Colon existia como si no hubiera sido descubierta para el engrandecimiento y la prosperidad del linaje humano.»

El cuadro es sombrío, quisiera Dios que no fuera la fiel copia de la realidad. Protestemos por lo menos nosotros, mi amigo, sin cesar, tanto contra los bárbaros que nos humillan, como contra la doctrina que les preparan el camino de la discordia y la opresion. Así la historia podrá decir tambien que la responsabilidad no era de todos, y que no faltaban en medio de nuestras tristes convulsiones voces honradas que maldije-

ran á los autores de nuestros desastres. Mostraremos nuestra conciencia pura á los ojos de la historia, que nos ha de juzgar, porque pura la tendremos delante de Dios.

Adios, mi querido Alberdi. Él nos ilumine y nos salve. Suyo siempre

FÉLIX FRIAS.

Muerte del Arzobispo de Bogotá

El arzobispo de Bogotá acaba de morir en Marsella. Mientras el mártir glorioso encaminaba sus pasos á Roma y sucumbia en el tránsito abrumado por los pesares que angustiaban su alma, desde que el rebaño cuya custodia le estuvo confiada sufría el yugo de los que en nombre de la libertad despojaban á la Iglesia de todos sus derechos; otro anciano octogenario defiende en Europa con el mismo celo los mismos derechos, y resiste con igual valor las hostilidades de la autoridad civil empeñada en poner á sus plantas á esos confesores de la fé, á quienes conforta un Capitan que no será jamas vencido y que anunció á la milicia que en su nombre lucha la victoria definitiva sobre todos los enemigos conjurados en su daño.

El muy ilustre señor Mosquera lega á la Iglesia americana un ejemplo de fidelidad al dogma que juró sostener, y al gefe supremo del catolicismo, que tendrá sin duda imitadores en aquellos paises, hasta que esos poderes transitorios, llamados con razon poderes temporales, no renuncien para siempre y en provecho de los paises que gobiernan á la no ménos injustificable que odiosa intervencion en el dominio de las instituciones religiosas destinadas á imperar en todos tiempos y en todos los lugares. La ley que no pasa, el dogma de Nuestro Señor Jesu-Cristo, que ha sobrevivido á todos sus adversarios, á todas las rebeliones contrarias á la doctrina como á la autoridad de la Iglesia, á las herejtas no ménos que á las revolucio-

nes, á los ataques armados de los déspotas lo mismo que á los de las facciones, á los argumentos del racionalismo incrédulo tanto como á la fria indiferencia, esa ley divina y el tribunal sagrado que la interpreta y la aplica cuentan en una existencia de diez y ocho siglos la garantía de su marcha victoriosa en los tiempos que están por venir.

La historia universal presenta á los ojos de los que quieren ver un singular espectáculo: es el de un poder puramente espiritual, combatido por todas las pasiones que condena, por todos los errores que refuta, por todas las fuerzas materiales que desdeña; combatido por todos esos elementos reunidos en los tiempos mismos en que ellos bastaban para derrocar los imperios mas firmes y las instituciones mas antiguas; y sin embargo, mientras todo se desploma en torno de ese baluarte en que se refugia un pobre sacerdote al pié de una Cruz, el poder espiritual queda solo en pié, y despues del naufragio los primeros rayos del sol precursor de la bonanza dejan ver en una altura inaccesible para todos los torrentes el monumento imperecedero, que salva los verdaderos tesoros del linaje humano: la Caridad, la Esperanza y la Fé.

La Iglesia católica espera siempre y confia, y por eso no perece jamas. Los hombres y los poderes ciegos que la hacen la guerra acometen una empresa no ménos criminal que temeraria é insensata. Las proscripciones, las prisiones y aun la muerte, todo lo arrostran con un valor sereno é incontrastable los sostenedores de una causa inmortal y á los que están prometidas inmortales recompensas. Los defensores de la primitiva Iglesia triunfaron muriendo; y el terreno regado por la sangre de los mártires quedó abonado para recibir y propagar la semilla de la verdad que despues ha civilizado el mundo. No fué poca la *sangre de frailes* vertida para la guillotina en Francia en los últimos años del pasado siglo. El destierro, las cárceles, las confiscaciones y el degüello, todo eso empleó la revolucion contra la Iglesia. La revolucion sucumbió, los guillotinadores fueron guillotinados, y la Iglesia reapareció triunfante despues de la tormenta y tuvo á su servicio la espada mas poderosa á principios del siglo actual. Si el altivo conquistador fué infiel á su propia mision, todo su poder fué impotente ante el *no* de un anciano encadenado y

sin amparo humano. El mismo Napoleon acabó sus días en una isla oscura del Océano, mientras el Papa ofendido por él volvió al trono inmovible, y aquel impetuoso soldado murió en el seno de la religion de que era pontífice en la tierra su antiguo prisionero. Otras armas se emplearon en seguida, pero no obtuvieron mejor éxito. La enseñanza, la literatura, la filosofía, la prensa sin regla ni freno fueron los enemigos que en nuestros tiempos han salido al encuentro de la Iglesia. La sociedad fué mas minada por ellos que la Iglesia; una nueva revolucion estalló en Francia, y los hombres que de buena fé usaban las armas prohibidas y usaban mal de ellas, se apercibieron de que por las brechas que abrian en el sagrado baluarte, penetraban los bárbaros y que la sociedad civilizada desaparecia. Los liberales se arrepintieron. Mr. Thiers defendió á la Iglesia y á los jesuitas en la tribuna francesa. Mr. Guizot tributó hermosos homenajes á la religion católica, que no profesa, y la reaccion religiosa se vió aclamada y sostenida por muchos soldados voluntarios que poco ántes habian figurado en las filas contrarias. Verdad es que al tiempo de iniciarse esa obra de regeneracion, la sangre de un arzobispo habia caido en las calles de Paris confundida con la de los que el socialismo lanzara al asalto de la gran capital; y la sangre del pastor no es jamas infecunda para la prosperidad de la grey.

Ese arzobispo de Bogotá, que muere hoy en el suelo frances donde la admiracion de los estrangeros no han bastado á consolarle de la cruel ingratitud de sus compatriotas, ha sido victima, no digo en su persona, eso era lo menos para él, pero en los sagrados derechos encomendados á su guarda, de las pasiones sublevadas en su desdichada patria por el ejemplo pernicioso de Paris. Socialistas hubo allí porque los habia en Francia. Los clubs se abrieron, la prensa desmandada se precipitó en los excesos de la licencia, mas democracia se pidió de todas partes, y el gobierno mismo quiso asociarse al movimiento que debia escandalizar la América y escitar la compasion de los que lo contemplaban desde Europa.

Se oyó en uno de esos clubs la voz de un jóven, que ostentó ufano la inconsiderada energia de su patriotismo, ofreciendo su brazo para asesinar al arzobispo. El voto de la democra-

cia revolucionaria se ha cumplido. El arzobispo no existe ya. No ha sido un puñal, es verdad, el que ha acabado con sus dias. Se le dejó con vida para que presenciara los golpes repetidos que debian descargarse sobre la Iglesia de su país; una despues de otra fué ella despojada de todas sus libertades; se quiso dispersar la grey proscribiendo á sus pastores, y despues de haberla ultrajado y perseguido en sus ministros, en sus prerogativas, en sus bienes, el Estado rompió los lazos que lo ligaban á ella, es decir, abdicó todos sus deberes respecto de la Esposa del Redentor, y la abandonó á los caprichos del mismo pueblo al que se enseñaba en las predicaciones de los clubs y de la prensa á despreciar el dogma divino y vilipendiar á los servidores del altar, en una palabra á emanciparse de Dios.

El corazon del arzobispo de Bogotá no ha sido atravesado por el puñal; pero las heridas abiertas en él por los que de esa suerte le lastimaron en sus mas queridas afecciones, en sus santos derechos, han sido mortales sin duda y le han conducido prematuramente al sepulcro. Los pesares del alma han apagado su existencia, y esos pesares eran de tal naturaleza que ni las lágrimas ni las plegarias del venerable anciano han sido suficientes para reanimar una vida agotada por las amarguras que le hicieron apurar sus adversarios. Ningun tribunal les pedirá cuenta en la tierra de la muerte de ese ilustre proscripto, y él mismo no dudamos que habrá rogado en sus últimos momentos por sus enemigos; ay! á pesar de su caridad ejemplar el arzobispo de Bogotá tenia enemigos en su patria; habrá rogado por ellos y les habrá perdonado. .

¡ Pero desgraciados mil veces los que colmaron de dolores al generoso pontífice, si no se sienten obligados á inclinarse ante el tribunal que juzga y absuelve las conciencias! ¡ Desgraciados si como han sido rebeldes á la justicia son insensibles tambien á la misericordia de Dios! Que mueran ellos por lo ménos perdonados, ya que no estuvieron dotados de virtudes tan superiores, como las de la víctima de sus violencias, que despues de haber recibido con resignacion todos los ultrajes, fué capaz de amar aun á sus calumniadores!

El vivo dolor que nuestra alma experimenta en presencia de esa tumba abierta en el suelo estrangero para recibir los restos

de un insigne varon, de un prelado adornado de tan elevado carácter, de inteligencia tan clara y tan bien nutrida, y de esas altas prendas morales que para honra de la Iglesia americana han ilustrado los últimos años de su vida, ese dolor crece y se hace muy amargo cuando consideramos que Dios llama á su seno al leal pastor y le corona, al tiempo mismo que nos castiga privándonos de sus consejos y de la satisfaccion de ver en medio de nosotros á los que pudieran desarmar su cólera, y alcanzarnos los favores de una misericordia sin la cual nos afanaremos en vano por arribar al puerto anhelado del orden al amparo de la justicia.

Cuando hemos visto desaparecer arrebatados por una muerte tan temprana á dos génios, hijos de una gran nacion, que han levantado su reputacion á la altura de las mas renombradas de los sabios del siglo; cuando tan pronto se han abierto las fosas en que yacen Balmes y Donoso Cortes, gloria y orgullo de cuantos pertenecemos á la raza española; nos hemos preguntado si la desaparicion prematura de esos dos eminentes católicos no era un castigo impuesto por la justicia divina á pueblos indignos de poseerlos. Si por desgracia no faltan motivos para afirmar de esos dos profundos pensadores que eran muy superiores á su país, ¿ con cuanta mayor razon no podemos decir que la República de Sud-América, que acojió la primera con ciega admiracion las teorías insensatas del socialismo, era indigna del sacerdote virtuoso que proscribió, y que ha ido á gozar en la region de los escojidos de la paz que le negaba su patria en la tierra ?

El arzobispo de Bogotá ha sido privado de un gran consuelo. Morir en la ciudad eterna, cerca de las tumbas de los apóstoles y á los piés del Padre comun de los fieles, ¿ cual recompensa mas preciosa para su alma cristiana antes de confiar el espíritu á su criador ? Dios no lo ha querido y ha espirado como O'Connel en el camino de Roma. Se nos ha asegurado, y no lo dudamos, que el Santo Padre le esperaba para elevarle á la alta dignidad de cardenal. Si el Ilustrísimo Señor Mosquera no ha vivido lo bastante para subir á esa eminencia, su familia enlutada, sus amigos y el clero americano saben por lo ménos que era muy acreedor á ella; y el corazon de Pio IX se abrió poco ha animado por su paternal

benevolencia y nos ha dejado ver con cuanta ternura amaba al piadoso prelado, que ha sucumbido en defensa de la causa santa de que él es el glorioso representante.

En el momento en que depositamos sobre la piedra de una tumba el homenaje de nuestro pesar, no quisiéramos sentirnos movidos por otros sentimientos que los de la fraternal caridad, que distinguía al ministro de la Iglesia que ella encierra. Sin embargo, toda muerte es una lección para los que viven. La del arzobispo de Bogotá no es una muerte vulgar. Mártir de la Iglesia y víctima de la revolución que destroza á su patria, su vida es un ejemplar de las virtudes, del celo, de la prudencia y del coraje también de que es menester estén dotados los miembros del clero americano, á fin de que hagan fecunda la paz por la predicación constante de las máximas saludables del Evangelio, y llamen á cobijarse á su sombra á todos los que sufren sea esa pobreza del espíritu llamada la ignorancia, la del corazón llamada el egoísmo, ó la del cuerpo, miseria menos lastimosa aun pero no menos merecedora de escitar la piedad católica. Cuando llegue la hora de la lucha, los prelados de la Nueva-Granada sabrán, y con ellos los de las otras repúblicas de Sud-América, igualmente respetuosas por la tradición que les lega el Ilustrísimo señor Mosquera, que la más execrable de todas las tiranías es la que oprime á la Iglesia, puesto que ella es la madre legítima de todas las libertades. Obedecerán á Dios antes que á los hombres y afrontarán toda persecución con energía inalterable, sumisos á las autoridades y á las leyes civiles, pero reclamando con decisión invencible el mismo respeto en favor de la autoridad eclesiástica y de la ley espiritual.

El enemigo de la Iglesia, y por lo mismo de la sociedad en Sud-América, es la revolución, es ese espíritu de rebeldía contra la doctrina que moraliza las pasiones, que ilumina sin deslumbrar á las inteligencias, que subordina el sensualismo de la carne y la sensibilidad fogosa del corazón á la regla, á la disciplina, á los mandamientos religiosos, quebrantados los cuales el hombre abdica su propia dignidad y aniquila todas las condiciones del orden y de la paz pública. Esa es la doctrina católica y fuera del catolicismo no hay fuerza humana bastante para enfrenar la revolución, que no es sino la libertad de pecar, y reducirla á la impotencia.

Cuando la aparición en la Nueva-Granada del socialismo, última y monstruosa consecuencia del espíritu revolucionario, fué conocida en los pueblos de aquel vasto continente, de todas partes se levantó un grito de maldición contra los insolentes innovadores que anunciaban á la América como el símbolo de su regeneración la doctrina anti-católica, la negación de todo derecho y de toda verdad, la barbarie por fin hija de la corrupción de las costumbres y de la perversión de las ideas. Igual á esa indignación fué la simpatía dolorosa con que en la América toda, desde Chile hasta los Estados-Unidos del Norte, se saludó al venerable anciano, que sacudiendo el polvo de sus plantas salió al destierro agobiado por los años, el infortunio y las dolencias del cuerpo, ántes que tender sus brazos á las cadenas de los que pretendían humillar la indomable voluntad de los ministros del Dios Crucificado, modelo de todos los sacrificios y juez cuyos fallos alcanzan siempre á todos los impíos sacrificadores.

Todo eso nos enseñan la vida y la muerte del Arzobispo de Bogotá: fidelidad intrépida á Dios, á su Iglesia, á su doctrina; guerra á la revolución y á los revolucionarios, no la guerra de los que aprisionan, persiguen y matan; pero sí la de los que no transigen jamás con el error ni con el vicio, y los combaten con las armas de la palabra, de la persuasión y de la caridad en el interés mismo de los que son presa del mal y de la mentira. Cuando esas libertades, cuando esas armas de la Iglesia se ven embotadas, cuando se cierran sus seminarios y se proscriben á los jesuitas primero, después á los obispos; entonces los jesuitas y los obispos se resignan pero no se someten, abandonan la patria de la tierra para encaminarse á la del cielo, mueren pero no se rinden, y esa resignación y esa muerte son su victoria.

Sí, la Iglesia de Nueva Granada vivirá. Los gobiernos ciegos abrirán los ojos y los niños empezarán á ser hombres, y repudiarán sus utopías y sus quiméricas esperanzas. Estaban dormidos, despertarán; y pedirán perdón porque serán perdonados. El arzobispo de Bogotá está hoy en el reino del Padre Eterno, que es Dios justiciero y vengador; pero el granadino, que murió por la Iglesia pedirá que sus virtudes sean contadas en pago de las maldades de sus per-

seguidores, y obtendrá piedad para los que no la tuvieron con él.

Así se venga la Iglesia y esa venganza no es estéril. Ella contesta al odio con la caridad, y sembrando el beneficio cosecha más ó menos pronto la gratitud. El arzobispo de Bogotá, primer mártir de la Iglesia de su patria, será su verdadero emancipador; á él se deberá no la emancipacion del abandono y de la indiferencia por parte del Estado, sino la emancipacion que obliga al Estado al respeto y á la proteccion del primer interés nacional en un país católico.

Abriremos la esperanza de que el día en que ha perecido el arzobispo neo-granadino será el primero de la reaccion religiosa, y que las vías del orden moral, única base y garantía de todo progreso no se verán en su país desiertas, y al fin de ellas se plantará la Cruz, símbolo de la civilizacion moderna y de la libertad racional del bien.

No sabemos cuales son los instrumentos de que Dios se valdrá para esta obra santa de la rehabilitacion de aquella república, que sea dicho sin la menor intencion de ofenderla, tenia necesidad de ser rehabilitada; pero cuando hemos dicho que la Nueva Granada ha sido ingrata con el arzobispo, cuya pérdida deploramos como deplorarán los católicos todos de Sud-América, nos hemos referido á la patria oficial, á la patria que habla por el órgano de sus gobiernos y de sus legisladores. No ignoramos que esa patria no ha contado con la adhesion de todos los patriotas que existen en aquel suelo desgraciado hombres muy respetables, jóvenes muy sensatos, unos y otros católicos sinceros y respetuosos de las cosas sagradas que han caído allí momentáneamente en polvo, y que deberán á los conatos de gentes tan desinteresadas como ilustradas recobrar el lustre que perdieron.

No será por cierto en la Nueva Granada donde menos lágrimas se viertan cuando llegue allí la triste nueva: *el arzobispo ha muerto!* Ni sus templos estarán vacíos cuando se llame á los fieles á rezar por el alma del que tantas veces oró por ellos ante los altares del Señor. Esas lágrimas son el único tributo de expiacion digno del más bueno entre todos los granadinos.

Chile ha acojido con demostraciones públicas de alto apre-

cio á uno de los cólegas del ilustre difunto, que arrojado al destierro por los mismos adversarios llamó á las puertas de aquel país católico, habituado á abrirlas al infortunio, y que no las habrá abierto nunca con mas placer que cuando el que pedia allí asilo llevaba en su favor recomendacion tan elocuente. Chile enlutará sus templos tambien, y allí tambien se suplicará á Dios que reciba en los brazos de su misericordia al confesor denodado de nuestra fé.

Otro anciano octogenario, hemos dicho al empezar estos renglones, defiende en el dia en Europa la causa á que consagró el Ilustrísimo señor Mosquera los esfuerzos, á que deberá una celebridad imperecedera en los anales del catolicismo; ese anciano es el arzobispo de Fribourg en el gran Ducado de Baden.

Allí, como en todos los países en que el poder está en manos de hombres sin fé, que intentan sin embargo entrometerse en asuntos á que son estraños, la potestad temporal protestante ha querido usurpar las atribuciones de la jurisdiccion eclesiástica, y el respetable anciano ha contestado *con ánimo tan levantado y expresion tan valiente* que la Europa católica se ha sentido conmovida en favor de ese nuevo soldado de Cristo; los obispos de Francia han aplaudido la entera firmeza con que el prelado aleman aboga por sus disputados derechos, y cuantos sienten palpar en su pecho las emociones que despiertan las bellas acciones, estimulados por la palabra simpática del cristiano conde de Montalembert, ofrecen presurosos sus oblacones para socorrer á la Iglesia perseguida en el alto Rhin.

Hemos sentido al trazar las líneas anteriores, como en este momento, nuestra incapacidad para levantar la pluma á la altura del triste asunto que nos ocupa, y vamos á llamar en nuestro auxilio aquí la de un prelado, cuyos talentos y cuya aptitud literaria hemos recomendado en otra ocasion.

El obispo de Orleans ha escrito en una carta pastoral los renglones siguientes. Ellos convienen igualmente al arzobispo, cuya muerte nos ha puesto hoy la pluma en la mano.

« No léjos de nosotros, á las orillas del Rhin, un heróico anciano, el arzobispo de Fribourg sufre y combate por lá fé, por la libertad de la Iglesia, por los derechos mas inviolables

de la santa disciplina eclesiástica : los sacerdotes fieles de este religioso país se agrupan al rededor de su arzobispo, participan de su gloria y de los peligros de su confesion, y ofrecen, segun el sublime lenguaje de San Pablo, en esa bella é inviolable unanimidad, uno de esos grandes espectáculos, que son á la vez la sorpresa del mundo, la mas alta leccion de la virtud cristiana, la exaltacion de la fé en todos los corazones, la admiracion de los hombres y de los ángeles : *Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus*.

« Allí se han encontrado hombres poseidos aun de esas preocupaciones miserables y mezquinos rencores de un pasado que no existe, hombres que, segun la fuerte espresion del gran arzobispo de Cantorbery, San Anselmo, querrian hacer de la Iglesia una criada, *ancillam*. Si, de esa esposa inmortal del Hijo de Dios, de esa Madre augusta y venerada de los hijos del Evangelio ellos querrian hacer una criada en la casa del Estado !

« Hombres imprudentes, que no han comprendido que es la santidad y no el abatimiento de la Iglesia lo que importa para la grandeza y la seguridad del Estado. Hombres desgraciados, que no han sentido que la dignidad humana está interesada en la dignidad sacerdotal; que cuando el servilismo penetra en el santuario y se esconde detras del altar, penetra luego por todo y los hombres deben temblar; y que por fin cuando la libertad cristiana, la libertad de las almas perece en alguna parte, no queda ya á los habitantes de la tierra una sola de las libertades legítimas de que la sociedad humana necesita para respirar el aire del cielo. Hombres ciegos que no han sabido descubrir que el honor vale mas que el pan, que la fé es mejor que la vida y que en la estimacion de los servidores de Dios, *el alma es mas que el alimento: anima plus est quam esca*, dice enérgicamente Jesu-Cristo.

« Pero gracias inmortales sean dadas al cielo ! Ellos han encontrado en su camino un hombre que ha comprendido todo esto, un hombre cuyos cabellos han encanecido gloriosamente en las luchas por la fé; un hombre que en un corazon de ochenta y un años mantiene aun el fervor del fuego sagrado y de la llama apostólica; un anciano, cuya voz próxima á extinguirse sabe aun lanzar acentos que conmueven á todas las almas.

« En los siglos en que, como en el nuestro, los grandes caracteres y las fuertes convicciones son tan raras; cuando el interes mueve casi todas las almas y mientras tantos espíritus apocados parecen ó vencidos por el miedo ó encadenados á la fortuna, es designio de la Providencia suscitar repentinamente para la enseñanza del género humano del seno de una gran lucha, hombres cuyo heróico desinterés y cuyo inflexible corage hacen ver al mundo lo que pueden solas, en la ausencia de todos los intereses humanos, las nobles inspiraciones de la conciencia y el enérgico móvil de una fé generosa.

« Ciertamente cuando las naciones violentamente arrastradas en sentidos contrarios por el movimiento de las revoluciones, parecen haber perdido igualmente la idea de la justa obediencia y la de la libertad razonable, para no conocer sino sus escesos, ¿ no es digno de la sabiduría y de la bondad de Dios ofrecerles entonces algunos grandes ejemplos, en los que subsistiendo juntas y mostrándose en su lugar la obediencia y la libertad, la exacta y verdadera medida de estas dos grandes cosas se hace visible y su nocion se restablece ?

« Sí, demos gracias á Dios, que demuestra así por la centésima vez que entre las cosas gloriosas de un mundo en que las hay tan pocas, la mas gloriosa de todas sin duda es la lucha en favor de la virtud; que los ánimos varoniles, las santas resistencias, los sacrificios heróicos no crecen bien y no se multiplican sino á la sombra de la Cruz; por fin que las palmas de los mártires, la intrepidez de los apóstoles, la magnanimidad de los pontífices y de los confesores tejen para lá Iglesia la única corona digna de ella y de Dios, digna de los respetos del cielo y de las adoraciones de la tierra ! »

He ahí la interpretacion no menos exacta que elocuente de los combates en que ha sacrificado su vida el arzobispo de Bogotá y á los que consagra los últimos restos de la suya el de Fribourg. ¿ Porqué no nos es posible hacer conocer á nuestros lectores toda la carta pastoral del Obispo de Orleans ? La defensa que él hace de la conducta del prelado alemán sarta la mas cumplida oracion fúnebre del mártir americano.

Aprendamos á imitar las virtudes que admiramos; desdeñemos esas glorias que nos arrastran en las guerras fratricidas á morir, segun lo creemos, por la patria, cuando solo

morimos víctimas de nuestro orgullo y de nuestros odios; y comprendamos que los mártires de la religion, que nos impone la ley del sacrificio, son los verdaderos mártires de la patria y sus perseguidores los mas culpables adversarios de ella.

Aceptemos como la gloria mas legítima para los pueblos Sud-Americanos la vida y la muerte del arzobispo de Bogotá. Serémos así fieles á Dios, fieles á la Iglesia, fieles á la patria y á sus mas preciosas libertades; serémos por fin felices porque respiraremos con la frente levantada al cielo!

FÉLIX FRIAS.

Paris, diciembre 12 de 1853.

Carta al conde de Montalembert

Paris, 15 de diciembre de 1850.

Señor conde :

En el oscuro rincon en que paso mi vida, contemplando con la imparcialidad de un extranjero los acontecimientos singulares de la época presente, he leído dos veces el informe presentado por usted á la Asamblea legislativa sobre la observancia del domingo. Digo que contemplo con imparcialidad esos acontecimientos, porque soy cristiano; los miro con ojos de tal, y soy ademas extranjero, desinteresado por lo mismo en la lucha que tienen trabada hoy en Francia el bien y el mal, el error y la verdad. La imparcialidad requiere en el que juzga las cuestiones sociales dos cosas, la luz y el desinterés. Ver sin egoismo es juzgar con acierto.

Me considero poseedor de esa luz, porque soy católico, señor conde, y dotado ademas de ese desinterés, porque la luz evangélica es como esas linternas que derraman sus claridades delante del que las lleva, ocultándole á la vista de los que le encuentran. Lo contrario sucede á los que marchan á la luz de la falsa ciencia; ellos se alumbran y se esponen á los

ojos de los demas, tan incapaces de ver el abismo, como de enseñarlo á los otros.

Los que apartan su vista de la sociedad y de los peligros, que usted señala en torno de ella con su superior elocuencia desde la altura católica, se sorprenden de que haya un ciudadano francés que tenga el coraje de llamarse cristiano, y que no solo defienda sus convicciones, sino se atreva á aconsejarlas á sus conciudadanos.

¿Qué tiene que hacer la religion, esclaman, en el santuario de la ley? . . . Somos legisladores de la tierra, y como no aspiramos á gobernar el cielo, no soportamos que el legislador supremo intervenga en nuestros asuntos mundanos.» Los que así discurren se llaman moderados, y la misma barrera que levantan entre Dios, creador del mundo, y el hombre, autor de la ley, la colocan entre la ley y las costumbres. Los que no se precian de ser moderados, y tienen el triste valor de su incredulidad, envian al orador católico á Charenton, y acompañan sus palabras con torpes y groseras interrupciones.

Testigo de muchas escandalosas sesiones de la Asamblea no necesitaba, señor, esta nueva prueba para persuadirme de que la Francia descende á grandes pasos, y de que todo en ella, los hombres y las cosas, la filosofia y la literatura, los errores y los vicios, las leyes y las costumbres, emancipándola de toda influencia divina, la arrastran á la corrupcion y á la barbárie.

Los legisladores de la Francia republicana pusieron al frente de la Constitucion del pais á Dios, creador y legislador del hombre y de las sociedades; pero hoy declaran que Dios es una palabra sin sentido. Ellos violentaron las costumbres nacionales, haciendo al pais republicano por la fuerza; pero no consienten que la ley religiosa corrija esas costumbres, y la declaran á la vez incompetente é impotente. «Dejad á la religion en la Iglesia», decia no ha mucho uno de los adversarios del partido clerical; «dejadla en la Iglesia», repiten hoy los que se llaman sus amigos. Perdone usted que repita que estos modernos doctores continúan viéndose, despues de las tremendas lecciones de la revolucion; pero están ciegos para cuanto pasa fuera de ellos. Son incorregibles é incurables.

Permítame usted examinar entretanto algunas objeciones que se oponen al proyecto presentado por usted, y cuya significacion no es otra que esta para mí: asegurar la libertad del creyente, sin violentar en lo menor la del incrédulo. Tres incompetencias observo yo en los argumentos hechos al proyecto: la primera es la de Dios, la segunda la de la ley, la tercera la del Estado, de las que resulta que Dios, las leyes y el Estado son impotentes para obrar sobre las costumbres de un país, cuando esas costumbres se han corrompido por la irreligion y el materialismo.

Imposible es á nadie desconocer cuánto han decaído las costumbres en Francia. Han sido combatidas y vencidas, importa correjirlas para no tener que combatir las todos los dias. La espada impide que el mal triunfe, y eso cuando no se la sorprende; pero la espada no impide que el mal estalle, no puede impedir que se arraigue en las costumbres. Es preciso correjir, puesto que una sociedad no puede permanecer constantemente con el arma al brazo, y puesto que la espada no está tampoco siempre en manos infalibles. Pregunto á los sabios del dia: «¿Cómo corregireis las costumbres?» Y me contestan: «Nosotros con la filosofia y con la prensa, con la palabra escrita; la Iglesia con la palabra predicada. Pero como somos dos poderes distintos, aunque aliados, la accion religiosa se ejercerá dentro de la Iglesia, á la que no asistiremos, para dejarla sola; la accion nuestra será eterna y mundana. Cuidad de las almas, nosotros cuidaremos de las inteligencias.» Así habla el espíritu del siglo, señor conde, y esos hombres que se apellidan los protectores de la sociedad, y para los que el principio católico es considerado únicamente como el de un partido político, esos hombres, digo, son la vanguardia de la causa del desorden. Alimentando ellos sin cesar la anarquia de las creencias y de las costumbres, y no comprendiendo que las alianzas en las luchas sociales son algo mas que la union transitoria de los votos de una asamblea, esos hombres hacen en Francia á sus enemigos el mismo servicio que los demagogos italianos hicieron á los ejércitos del Austria. Esponen al país á ser vencido en una lucha decisiva, dejando á la religion sola, porque es la religion, como abandonaron cobardemente los revolucionarios

de Italia al heroe de Novara, porque era un rey. Aquellos, por no ofender el principio republicano, contribuyeron á la ruina de la independencia de su pátria; estos, por no ser desleales al principio filosófico, dejarán caer con la religion la única sólida base de la sociedad, y la única fuerza moral que pueda oponerse con ventaja á las fuerzas inmorales que la han invadido.

¡ Ah! señor, la Francia de Voltaire está en pié todavía, y estiende la mano á la Francia socialista.

No es preciso que Dios hable á los pueblos para que ellos conozcan su voluntad, escrita en los Libros Santos por los apóstoles, grabada en la conciencia del hombre por su Creador. No necesito yo ver bajar un embajador del cielo para saber que Dios no solo gustará, sino que pide el homenaje del pobre como el del rico, en ese dia consagrado por todas las religiones para tributar gracias al Ser Supremo por los bienes recibidos, y pedirle consuelo y alivio para nuestros dolores. ¡ Pues qué! ¿ Es acaso indigno de inflamar el pecho de un legislador ese sentimiento de la conciencia universal? ¿ Es acaso preciso para ser legislador, cuando uno es católico, dejar á la puerta de la Asamblea su corazon religioso y sus santas convicciones? Siguiendo ese camino se acabará por escribir al frente del recinto legislativo: *Aquí se trata de todo, ménos de religion.* Las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, tan cruelmente desmentidas por los hechos, y que si se escriben en todas partes, es porque no se sienten ni se comprenden, serán otras tantas blasfemias al lado de esa tribuna en la que se acordará solo el derecho de la palabra al que hable filosofia, política, administracion, hacienda, pobres y prosáicos intereses al lado de la necesidad vital de una sociedad civilizada.

Dios está en todas partes, señor conde, y el que pretende proscibirle de la conciencia del legislador, le proscibiria luego de la conciencia nacional. Dios no es incompetente para nada, porque es Dios; y si sus manos omnipotentes hicieron el mundo y los astros que le circundan, su alma divina le dió un código inmortal y le gobierna. El mundo moral tiene tambien su creador. No riamos, pues, del que en él cree, cuan-

do se trata de levantar de los abismos de la corrupcion y la mentira á una sociedad que se derrumba.

Los códigos humanos no deben ser otra cosa que el reflejo, pálido como todas las obras del hombre, pero fiel del código revelado. Y no son los legisladores, que fundan la humana justicia, los que hayan de temer que se invoque en vano por ellos el nombre de Dios; mucho ménos cuando esos legisladores están llamados en una época calamitosa como la presente á salvar á un pais que se precipita en las vias del crimen y de las tinieblas. La Inglaterra y los Estados Unidos, los dos únicos paises de la tierra que hayan llegado por la religion á la verdadera civilizacion, no han pedido los preceptos de su libertad á los filósofos, que en nada creen, ni á los literatos, que lo creen todo; los han aprendido en la Biblia; y la primera palabra pronunciada por ellos al poner los cimientos de sus colosales monumentos fué siempre la de Dios. A Dios invocan al acometer las obras mas patrióticas, y Dios no está solo en el punto de partida, sino que los acompaña en su camino victorioso. Si se vieran esos Estados, como hoy la Francia, amenazados por el naufragio, invocarian con mas fé que nunca el auxilio del que todo lo sabe y del que todo lo puede.

Los que solo tienen la risa del desprecio y del sarcasmo para el que pone su fé en Dios y la recomienda á sus semejantes, desarraigarán sin duda de las costumbres públicas el sentimiento religioso, pero arrancarán con él de ellas lo único que alienta el alma de las repúblicas como de las monarquías. Proscribir á Dios de la conciencia popular, pensar que lo mas que se le debe es reconocer su existencia, es lanzar á un Estado en ese abismo que se llama la Montaña, y que seria una hueca montaña para los que pudieran contemplarla desde el centro de la tierra.

En vano caen los tronos, se ensangrientan las ciudades y suben al poder las desenfrenadas revoluciones; en vano nos dicen los sucesos contemporáneos que las obras del hombre son efímeras, y que solo la justicia y la accion de Dios son durables y permanentes; habrá insensatos siempre que nieguen á Dios y rechacen su intervencion en los asuntos de la tierra. La cólera insolente de la impiedad pretenderá esca-

lar el cielo y renegará la omnipotencia del trono del Altísimo.

¿Qué significa esa otra incompetencia de la ley delante de las costumbres pervertidas? La comprendería si se tratara de la ley política. La ley política debe estar en armonía con las costumbres. Ella no puede ser tiránica; identificada con las costumbres debe ser su expresión y su sanción. Así no se puede decretar una república, ni una monarquía. Cada pueblo es lo que es; y los gobiernos provisorios en vano se afanarán por inspirar el amor en favor de nuevas instituciones, que no tienen eco ni raíces en el sentimiento nacional. Las instituciones, que en esa base no descansen, serán provisorias también; asegurarán cuanto más la tregua, pero no el tratado de paz entre la constitución y la opinión, entre la ley y la realidad. Lo que sea en un país una ley constitucional ó política contradicha por las costumbres, lo enseña la Francia actual, sin fé en nada ni en nadie, con la anarquía en todo y en todos.

¿Pero á qué aspiran en el día los hombres que comprenden sus condiciones esenciales del orden social? Aspiran, señor conde, si no estoy equivocado, á dar una base moral á la sociedad, para hacer posible en Francia el gobierno, para hacer posible la sociedad civilizada. ¿Y cómo negar en esta empresa regeneradora la eficacia de la ley moral, de la ley religiosa? Esta ley es superior á la ley política, es oportuna en todo tiempo, aplicable á toda circunstancia; porque es ley de fondo no de forma, y no debe estar sujeta á los cambios de las modas intelectuales de un pueblo inconstante en sus caprichos. La ley moral es la expresión de lo justo y de lo bueno; lo justo y lo bueno son útiles y posibles en todo tiempo, en toda edad social, porque siempre y en todo lugar son necesarios.

Se me dirá: « El legislador civil y político no puede ser legislador religioso. » Lo sé. La Religión no necesita de los legisladores de la tierra, tiene uno solo, ese está en el cielo y es Dios. Pero el legislador de las sociedades humanas, si quiere que las leyes, obra suya, sean eficaces, es preciso que ampare las leyes sobrenaturales. Léjos de ampararlas, las resiste, si como en el caso presente dice: *el incrédulo es libre, el católico no lo es.* El legislador humano viola la buena liber-

tad en provecho de la mala, la libertad del bien en beneficio de la del mal, segun las espresiones de usted.

Mirado el reposo del domingo del punto únicamente religioso, ¿el católico por qué aboga? Por la libertad de orar. Aboga por tanto por la libertad de ser hombre, de tributar su culto á Dios; y el que de esa libertad disfruta hace un servicio inmenso á la sociedad, porque se hace ciudadano. ¿Cuál es en efecto, señor conde, el verdadero ciudadano sino el hombre que, fiel á los mandamientos de la Iglesia, aprende á la vez á gobernarse á sí mismo, y á respetar el gobierno de la sociedad? El hombre libre no es otro que el cristiano, pues este en vez de ser el esclavo de sus pasiones, es dueño de sí mismo.

La ley moral, pues, que sancione esa libertad de la Iglesia, será eminentemente social. De la Iglesia digo, señor, porque ella no pide, como sus contrarios, que la dejen sola. No reclama la libertad en el desierto, sino en la sociedad. Rechaza la libertad del aislamiento, y nada tiene que agradecer á estos Doctores Francia, que la ofrecen la independendencia del Paraguay. Su libertad seria en efecto irrisoria, si los pobres, que son sus hijos predilectos, se vieran siempre impedidos por el trabajo interminable de asistir á las ceremonias y á las enseñanzas de su culto. La última ley de la enseñanza acuerda á la Iglesia la libertad de enseñar á la ignorancia. ¿Por qué se le ha de negar la mas preciosa libertad para ella de enseñar á la preocupacion y al vicio en esa edad del hombre, en que no habiendo podido ser indiferente á la predicacion infatigable del materialismo sensualista, que ha tenido buen cuidado de abrirse todas las puertas, incluso las del taller del obrero; en esa edad, digo, en que el hombre se vé agobiado por el doble peso del trabajo del cuerpo y la incredulidad del alma, trabajo todavia mas duro que el primero? ¿Los obreros, se dirá, señor conde, no irán á la Iglesia? Pero serán libres, y siendo libres, de ellos será la responsabilidad que hoy pesa sobre los que niegan al pobre esa libertad de meditar, que le aproxima á las puertas del templo, á donde le convidan á entrar los consuelos que necesita el que padece. Verdad es que parece se propusieran los modernos legisladores cargar su conciencia con las faltas propias y con las ajenas. Ellos son incrédulos y quieren tener imitadores

en esas mismas clases pobres, que dicen amar, y á las que se las despoja del alma, cuando se las despoja de la fé.

La fé no se ordena, no se decreta, pero se protege; y esta es la mision de la ley en una sociedad organizada. Los que autorizan la orgia en la taberna y condenan el recojimiento en el templo, los que prefieren el descanso del lúnes al del domingo, son los que están interesados en que los hombres de las clases bajas, cuando no trabajen con sus manos, se corrompan. El lúnes es para el pobre el folletin del diario semanal. Es el libertinage en accion que completa la obra del libertinage de la prensa.

Porqué la fé no ha de ser, señor, legisladora en un pais en que la incredulidad es revolucionaria y destructora? Si la religion es el único código de civilizacion popular, si la Iglesia es el recinto en que ella se enseña á los que dejaron de ser niños; si la religion y la Iglesia son los mas poderosos medios de defensa de la sociedad, atacada por orgullos insensatos, por ambiciones destempladas, por bárbaras doctrinas, por acciones inmorales, entiendo yo que nada mas natural, nada mas preciso que apoyar á la religion y á la iglesia contra las invasiones del mal. Apoyarla todos los dias, por todos los caminos, con todas las fuerzas sociales y las de todas las clases. El legislador debe ante todo hacer, no solo posible, sino fácil y agradable el bien; en cuanto al mal, ya que no se le pueda evitar en la tierra, hágasele por lo menos difícil é ingrato. Tal es la primera mision del legislador, tal debe ser el espíritu y el objeto de sus leyes.

Aun mas absurda que la de la ley es para mí, señor conde, la incompetencia del Estado en materias religiosas. Falto de la instruccion que dan los libros en estos asuntos, y confiando mas en lo que puede uno aprender por sus propios ojos que por ojos ajenos, voy á presentar á usted mis opiniones á este respecto. Supongo yo que el Estado es en Francia los que hacen las leyes y los que las ejecutan, á lo que se llama el poder legislativo y el ejecutivo. Si en su mision civilizadora, cuando un pais adelanta, regeneradora cuando retrograda, que desempeñan en todo tiempo las sociedades, cabe una parte á la ley; demostrada la influencia y la eficacia de la ley, queda demostrada la necesidad de ambas en el legislador,

puesto que sus actos no son sino sus voluntades y sus ideas convertidas en instituciones. En cuanto al poder ejecutivo, que no es sino el brazo exterior del legislador, sus deberes son dar pleno cumplimiento á la ejecucion de sus mandatos.

Comprendo perfectamente la libertad de cultos, pero no comprendo la libertad contra los cultos, la libertad sobre todo contra el culto nacional. Si comprendo poco la neutralidad, comprendo menos la indiferencia, ó lo que es lo mismo el ateísmo del Estado.

La Francia tiene una religion, esta religion es la católica. Cuando se ha dicho que no hay en Francia religion de Estado, se ha dicho una mentira, puesto que la gran mayoría de los franceses son católicos, y el Estado no es sino la nacion misma protegiéndose en sus creencias y en sus intereses por medio de sus leyes y de los ejecutores de ellas.

La conciencia religiosa de un pueblo necesita de la doble proteccion de la ley y del gobierno. Como la ha necesitado la iglesia para abrir sus escuelas, la necesita para no abrir inútilmente sus templos. Así la necesita tambien contra los desmanes de una prensa, á la que el Estado contiene delante de la autoridad política, pero no enfrena delante de la autoridad eclesiástica mas sagrada que ella.

No hay religion de Estado, decian los universitarios, y sembraban en las inteligencias de las generaciones francesas los gérmenes todos de la impiedad, la preocupacion y la revuelta. No hay religion de Estado, dicen los socialistas, y abogan por el trabajo ilimitado. No hay religion de Estado, dicen los escritores revolucionarios por la mente y la imaginacion, é insultan torpemente el dogma y el culto católico de la Francia.

Que fueran de esa opinion los que niegan que haya una religion nacional, y han declarado muerto mucho tiempo ha en Francia al cristianismo, lo concebiria en los doctores de nuevos dogmas, en los creadores de mundos nuevos. Pero no puedo explicármelo en los que saben que el cristianismo no ha pasado, puesto que la sociedad vive, y aun no ha triunfado el socialismo.

Esa es una mentira, señor conde, escrita en las instituciones del pais, como esa otra que dijo el mundo en un dia de eclipse total: *Ha nacido una República francesa!*

En los Estados Unidos no hay religion de Estado, porque todo el mundo es cristiano; pero aqui en Francia donde viene desde el siglo pasado un gran partido sin religion alguna y enemigo de la religion nacional, anular al Estado, custodio de las creencias del mayor número, era desarmarlo en presencia de los que aspiran á anular la sociedad, pues una sociedad sin religion es una sociedad nula. El Estado ateo es una cosa monstruosa en un pais donde existe una mayoria católica amenazada por una minoria incrédula. La indiferencia y el ateismo son para mí la misma cosa en el Estado. Si yo hubiera sido francés habria invocado la proteccion del Estado en favor de la mayoria que cree, contra la minoria que no cree. En efecto, señor, los incrédulos no tienen en este caso derechos que reclamar en su favor, son extranjeros á toda religion. Los incrédulos, cuando son doctores, son mas que extranjeros, son bárbaros que amenazan toda civilizacion. Ellos piden el abandono por el gobierno de las creencias religiosas de la sociedad, porque de este modo consiguen ver derribada toda barrera defensiva, y atacan con ventaja á los que les resisten en la impotencia.

Comprendo, pues, señor conde, la libertad de los cultos disidentes, ó mas bien la tolerancia de cultos; pero afirmo que es una calamidad para un pais en las condiciones sociales de la Francia, el abandono del culto nacional por el Estado, cuando ese culto necesita luchar para vivir.

Se pasma uno de sorpresa al darse cuenta de las pretensiones de los actuales republicanos. Ellos piden que el Estado lo haga todo en el dominio de los intereses materiales; en cuanto á la religion, á la moral, no hay Estado, y el pueblo corrompido es soberano del mal, porque es el pueblo. De esta manera no hay mas que dar la forma republicana á una nacion en decadencia, para acordarle la satisfaccion de marchar coronada á los abismos. Con corona ó sin ella, señor, el mal y el error, hermanos incendiarios, que se adelantan unidos al frente de la barbarie moderna, deben ser enfrenados primero, corregidos en seguida, si es posible que esos hijos bastardos de la civilizacion sean contenidos á tiempo.

En esta Santa Cruzada se trata de rescatar no el sepulcro del Salvador, situado en tierras lejanas, sino su doctrina in-

mortal; se trata de restablecerla vigorosa en la conciencia del pueblo; y para ello importa que el ejemplo de las sanas ideas y de las acciones instructivas descienda de arriba, á fin de estorbar lleguen á la cima de la sociedad las pasiones desorganizadoras, las máximas detestables, los furores impíos, que germinan y se arraigan en el fondo de ella. Nada está demas en la lucha, léjos de eso todo es necesario; porque todo está en peligro de arruinarse. Dios ante todo, y despues de Dios aquellos que mas parte tienen en el gobierno de la sociedad francesa, deben no omitir esfuerzo para salvarla. El vicio solo ó el error pueden declararse incompetentes en medio de tan lamentables circunstancias. La Francia es un campo de batalla, y el que no se alista en las banderas de la causa de la religion, es un flojo ciudadano; pues incapaz del arrepentimiento cuando le falta la fé, carece de valor para triunfar de sí mismo.

Yo oigo á los oradores de la Francia, leo sus diarios, estudio sus polémicas, asisto á sus teatros, recorro sus lujosos boulevares, me detengo delante de sus altos monumentos, y me pregunto: ¿Dónde está la civilizacion de este pais?—Me he contestado muchas veces: la civilizacion no está en las cosas, está en los hombres. La civilizacion no se ve, se siente. No está fuera del hombre sino dentro de él. No es el producto del trabajo del cuerpo sino el del alma. Todos esos pasmosos frutos del trabajo corporal espuestos á los ojos del público, estimulan en él apetitos vulgares, ambiciones terrenas, sensuales emociones; y esa permanente exposicion de las maravillas de la industria moderna son un mudo pero elocuente defensor del socialismo, que dice al hombre: vive para trabajar y comer, en contradiccion con la doctrina evangélica que le aconseja comer y trabajar para vivir. Y cuando se pide, señor conde, que un solo dia en los siete de la semana se cierre á los ojos del pobre esa provocacion diaria á las tentaciones de la carne; cuando se pide que se permita al hombre apartar por algunos momentos su vista del mundo exterior, para fijarla toda en el hogar doméstico, y en sí mismo, allí en la conciencia de la que sale la luz y la verdadera civilizacion, ¿cómo es posible, señor, que un legislador esclame: esa es demanda de locos?

Si esos son locos, á ellos, y no á los sabios que la han perdido, está encomendada la salud de la Francia. Yo soy loco sin duda, pues no veo esa decantada civilizacion: la tribuna en la que ella ostenta sus partidarios no me convence de que sea por los oídos por donde uno deba conocer la grandeza de este país. La prensa no me prueba que la civilizacion verdadera se imprima en el papel, ni se guarde en las bibliotecas. En todas partes veo el egoísmo bajo distintas formas; pero el verdadero patriotismo, el que funda y conserva los imperios, dónde está? Egoísmo filosófico, egoísmo literario, egoísmo económico, egoísmo republicano, egoísmo legitimista, egoísmo orleanista, egoísmo napoleoniano, en todas partes, en los actos todos, el egoísmo siempre; y como amenaza y castigo de todos ellos el gran egoísmo socialista, el único que tenga en su propio vicio la causa de su victoria. Entre los defensores del orden la union siempre es hipócrita, solo es sincero ese egoísmo de muchos que forma un partido. Tanto me choca esta actitud de los partidos protectores de la sociedad, y tan mal la protegen en efecto, que no aparecen á mis ojos sino como los socialistas de la defensa en pugna con los socialistas de la envidia invasora.

El egoísmo en política, señor conde, puede retardar la caída de una gran nacion, pero no la evita. En la época presente de desconcierto general hay que proclamar en alta voz este principio: *la verdad es la virtud*. El código de la virtud es el Evangelio, su cátedra la Iglesia. La Iglesia, depositaria de la ley divina del amor, pide al Estado un día de trabajo para ella, un día de descanso para el pobre. Desgraciados mil veces los legisladores que digan *no* al que se presenta, como usted, á reclamar en favor de la madre comun de los católicos, su derecho y su libertad de amar y servir á sus semejantes!

Mi pobre carta, señor conde, tiene una sola recomendacion para usted. Ella ha sido la inspiracion de un domingo en la conciencia de un hombre de fé. Si merece ser leida lo deberé á la impresion saludable producida en mi alma por su elocuente informe.

Invoco para mis renglones la benevolencia con que usted

se ha dignado favorecerme ántes de ahora; y saludo á usted con amor y gratitud.

Su atento servidor,

Q. S. M. B.

FÉLIX FRIAS.

Carta à Victor Hugo

Paris, setiembre 12 de 1849.

Señor editor :

Copio en seguida algunos trozos de una carta que dirijí á Mr. Victor Hugo, presidente del *Congreso de la Paz*, por si los considera usted dignos de ser insertados en el *Mercurio*.

« Al entrar en la sala del Congreso no he visto entre las banderas que la adornan, los colores de mi país. Es un país pequeño por su población; pero tan grande por su territorio que cuatro Francias cabrían en él. En el mismo continente existen diez Estados, en los que cabría tres veces por lo menos la Europa entera. Es la porción mas rica del globo y la menos esplotada. Su población no llega á 20 millones de habitantes, de los cuales apenas hay tres por cada milla cuadrada. Los dos rios mas grandes del globo atraviesan ese continente. Los dos mas grandes mares bañan sus costas. Ese continente es la mitad del nuevo mundo, es la América Meridional.

« Cuando se trata de iniciar en el mundo una grande idea, cuyos frutos han de recojer las jeneraciones venideras, era preciso no olvidar á esos países tan ricos de porvenir. Permítidme, pues, deciros que los colores de la bandera de mi patria son celestes, que esa patria se llama la República Argentina, y que el Brasil, el Uruguay, el Paraguay, Chile, Bolivia, el Perú, el Ecuador, Nueva-Granada y Venezuela se encuentran en el vasto territorio de la América del Sud.

« La Europa no nos conoce y la mayor parte de los que tienen alguna incompleta idea de la América española, la desprecian. ¿ Y por qué la desprecian ? Porque despues que nues-

tras colonias e convirtieron en estados independientes, han vivido casi siempre bajo la anarquía. En el momento presente, cuando la Europa ha visto á su civilización á tan corta distancia de la barbarie es preciso ser indulgente con las faltas de los pueblos jóvenes. Una esperiencia dolorosa nos está enseñando que entre los individuos como entre las naciones, no siempre acompañan á la edad avanzada la sensatez y la cordura.

« Los pueblos del universo, se ha dicho siempre con razon, componen una república. La ley de la igualdad es la ley de esa república, y vosotros quereis que en adelante esa ley no sea interpretada por los caprichos de la fuerza, si no por principios inmutables como la naturaleza humana, de la confraternidad. Quereis que como cada hombre debe ser libre en un país, cada país lo sea entre las naciones. El código de esa igualdad y de esa libertad no puede ser otro que el del creador del hombre y de los Estados, no puede ser otro que el cristianismo. Practicad, pues, el consejo de Cristo, y vosotros que sois la Francia y la Inglaterra, las naciones viejas, escuchad la débil voz de los pueblos niños, que os llaman y que os ofrecen, sabeis qué? Un mundo vacío para la satisfaccion del hambre que es el gran clamor de la Europa, la gran causa de sus calamidades actuales.

« Para pacificar en Europa, para realizar ese gran objeto de vuestros generosos esfuerzos, es preciso cambiar su situacion moral y material al mismo tiempo que sus leyes internacionales.

« Mientras el pauperismo sea la llaga de este viejo continente, á falta de los medios pacíficos de extinguirlo, que los gobiernos no hallarian jamas en la Europa misma, las clases pobres recurrirán al medio violento de las revoluciones, y sabeis lo que hará cada revolucion en cada Estado? Romperá las decisiones de vuestro congreso. Porque una revolucion es siempre una amenaza; y los gobiernos de los Estados no ajitados por el espíritu revolucionario, se armarán, no ya contra la guerra de los gobiernos, se armarán contra la guerra de los pueblos. Así lo harán, así deberán hacerlo, porque la revolucion es invasora por su esencia, y porque los aliados de los pobres del país conmovido serán los pobres de todos los otros Estados.

« La poblacion no cabe en Europa. — Vosotros lo sabeis. Son mas sus habitantes que sus medios de subsistencia. ¡ Cuántos libros, cuántas bellas instituciones, cuántos discursos no se han empleado para extinguir el grave mal!! Todo ha sido ineficaz, 32 años de paz no han bastado, y hoy que la anarquía reina en los espiritus, que el escepticismo agobia á los mas nobles corazones, que el egoismo de los que poseen, crece en proporcion de los peligros que amenazan la propiedad, creéis que el mal será mas fácilmente curado? Hoy que las revoluciones han aumentado considerablemente el número de los que tienen hambre, creéis que con decretos y filantrópicas medidas estinguireis el pauperismo? Funesto error sería esta creencia.

« Recurrireis al cristianismo? El cristianismo dá consuelos morales al que padre ece, los acepten esos consuelos morirán con resignacion, pero morirán. Los mas se abandonarán á la desesperacion. El pauperismo sin esperanza continuará, y el pauperismo sin esperanza es la revolucion permanente. La revolucion permanente son los ejércitos permanentes, cuyo oficio será matar en las calles de las grandes ciudades á los que buscan en las barricadas una distraccion sangrienta para las torturas del hambre, aconsejados por esos demonios del mal, que se hallan siempre al lado de cada miseria.

« La paz europea será imposible sin el bienestar material de la Europa. El bienestar material es el mejor agente de la paz universal.

« Pero el órden material no basta, es preciso el órden moral. Los hombres de la raza anglo-sajona lo saben mejor que nadie: nada moraliza mas ni mejor que la propiedad.

« Ellos saben tambien que la industria y la moral son los grandes brazos de la democrácia; la industria y la moral son el cristianismo en accion.

« Aquí el consejo del jóven de un pueblo niño. Si el bienestar material es imposible en Europa ¿ qué se hará? — Sacar á los pobres de Europa, llevarlos á América donde podréis *dar de comer al hambriento*. Sacarlos de aqui, donde están demas, puesto que no pueden atender á la gran necesidad de su conservacion, para llevarlos al mundo vacio, donde hacen falta, donde son indispensables.

«¿Vuestra ciencia no os enseñará esa ley de la emigracion que el instinto descubre á los animales? Volad como las aves del lugar en que os falta el alimento, al lugar en que podeis hallarlo; ¿que mejor uso podeis hacer de las alas del vapor que trasladar con ellas á vuestras poblaciones desnudas y flacas á los paraísos desiertos de la América meridional?

« Veinticinco libras de carne cuestan en mi pais menos de un franco. Comparad ese dato con los precios de Europa. Hay propietario que es dueño de 400,000 vacas. Hay otros que matan sus vacas y arrojan la carne para vender el cuero á infimo precio. Hay inmensos territorios vírgenes, que jamás ha surcado el arado. Hay rios caudalosos, que bañan terrenos de prodijiosa fecundidad, y que no reflejan jamás en sus puras aguas el humo del vapor. Solo por la prensa europea se sabe en la América del Sud lo que es un ferro-carril, y sin embargo sus dilatadas llanuras señalan aquellas rejiones como el vasto teatro de sus pacíficas conquistas.

« Si quereis saber si os exajero la verdad, preguntad á la jeografia lo que son los rios Amazonas, el Orinoco, el Paraná, el Paraguay, el Uruguay, el Bermejo, y los paises grandtsimos que recorren sus aguas.

« Nosotros los americanos del sud somos bárbaros porque somos pocos. Dios me libre de deciros á vosotros, que lo sois, porque sois muchos; pero permitidme deciros que vuestras revoluciones y vuestras guerras son cosas bárbaras sin duda, bárbaras á los ojos de la sabiduria de Dios, y del buen sentido, que es la porcion de su sabiduria que Dios ha transmitido al hombre.

« Queremos, pues, que los brazos que aquí están de mas, vayan á cultivar los terrenos, que á nosotros nos sobran, y que nos lleveis nuestro único medio de civilizacion, *el ejemplo inmediato*.

« Conozco que el remedio es costoso, pero es el único, y pensad bien sobre todo que es radical.

« No necesito deciros cuales deben ser vuestras intenciones al pisar la América del Sud. Hablo á hombres de un congreso de paz, que saben que los pueblos son todos iguales ante la ley de la justicia y que el débil es aún mas acreedor á la justicia que el fuerte.

« De todas las guerras, la mas abominable es la guerra de las conquistas. Es un medio bárbaro para un fin mas bárbaro aun. El prisionero de Santa Elena no me recuerda una falta de los hombres, sinó una leccion providencial.

« Id, pues, á esa América del Sud hermana de la del Norte, no á someter esclavos, sinó á abrazar hermanos, que os abren las puertas de su parria. Respetad sobre todo esas nacionalidades, que os ofrecen abundantes y riquísimos productos para vuestras fábricas, y que os piden compañeros para el labor de sus campos.

« No os gusta la raza española? Confundidla con la europea. La confusion de las razas es el mayor paso en el camino de vuestra alta reforma. Ved lo que pasa en la América del Norte. Trabajando por la abolicion de las diferencias naturales entre los hombres, trabajareis eficazmente en favor de la paz universal. Hay una gran semejanza entre vosotros y nosotros, somos hombres, hechos en el mismo molde por la mano de Dios.

« La raza española fué grande en otro tiempo, fué la primera, y hoy la España pacífica dá á otros Estados de Europa mas de una leccion provechosa.

« Porque no somos civilizados, os llamamos para que nos ayudeis á civilizarnos. En cambio de vuestras necesidades materiales, que queremos satisfacer, satisfareis vosotros nuestras necesidades morales, y como hijos del mismo Dios trabajaremos por vivir como hermanos y practicarémos los preceptos de la Biblia.

« Hé aquí, pues, mi idea. La pacificacion de cada Estado, aplicado el remedio de la emigracion al pauperismo, es la mejor garantía de la paz jeneral. No olvideis en vuestros raciocinios á la América española. Permitidme recomendaros, como ¡M. Cobden recomendó á los hombres de Estado su leccion de aritmética, la pequeña leccion de jeografía con que empezé. . . . Sé que vuestras capitales abrigan grandes miserias, y prefiero conservar mi ignorancia, hasta mejores tiempos, sobre la topografía de esos lugares, en que tanta sangre de hermanos se ha vertido por la guerra, que no es otra cosa que el crimen sin juez ni castigo en la tierra.

« Vuestro gran pensamiento sobre los medios pacíficos

para dar solución á las grandes cuestiones internacionales me ha preocupado de muchos años atrás, porque siempre me ha preocupado lo sensato, y para mí lo moral y lo sensato son una misma cosa. . . . El evangelio no es solo un código civil, debe ser un código internacional.

« Ofenden á Dios y á la dignidad humana, los que suponen posible el crimen, la virtud irrealizable. Ofenden á Dios y quebrantan su ley los que sientan en un patíbulo al que asesina á un hombre, y levantan estatuas y columnas al que ordena el asesinato de muchos miles de hombres.

« Los que profesan la falsa religion del honor, pueden aplaudir lo que se llama la gloria militar. Para mí la ambicion egoista nunca es gloriosa, no concibo otra gloria que la del sacrificio. Morir por los hombres es bello, matar para alcanzar la fama es atroz. El símbolo de la gloria para el hombre verdaderamente civilizado, para el hombre cristiano, es la cruz, no el cañon. El tipo de la sólida gloria es Dios y un hombre, Jesu-Cristo y Washington.

« Los únicos combates que la razon y la moral aprueban, son los combates, que no enlutan las familias, que no provocan las lágrimas; que no ensangrientan la tierra, son los combates de que fué gran capitán O'Connell, de que es hoy capitán denodado Cobden, son los combates que levantan al pueblo de la degradacion, de la miseria y que Pio IX, el gran apóstol de la paz, puede bendecir.

.....

« Cuando volvais á reunir este congreso, recordad que el teatro de vuestras campañas pacíficas es el mundo todo, y no olvideis de colocar entre las banderas europeas y la de los Estados-Unidos, las de todos los Estados-americanos, que hablan español, y del Brasil, que habla un idioma casi español. Sois un congreso fundado en favor de la paz universal; pensad en la emigracion como en un gran medio de pacificacion para los dos mundos, y no olvideis que la bandera de mi país es blanca y celeste.

Paris, agosto 23 de 1849.

FÉLIX FRIAS.

Paris, 13 de setiembre de 1849.

Señor Redactor:

Varias veces he recomendado en mi correspondencia esta cuestion de la emigracion europea para los paises de la América del Sud. El espectáculo de las sangrientas luchas de la Europa, que á mi juicio tienen su principal origen en la situacion miserable de la poblacion inferior de los grandes Estados, me ha hecho pensar desde que llegué á Francia, que curado el pauperismo cesarian las revoluciones, y que el único remedio sério que puede aplicarse al pauperismo es la emigracion.

No sé si estaré preocupado, pero creo que la poblacion europea tiene mas necesidad y mas hambre de pan que de libertades. Los jefes del espíritu revolucionario son pocos en Europa, pero sus soldados son numerosos, porque son esa multitud inmensa de hombres sin pan y sin trabajo, que se alistan siempre en las filas de todo cambio político con la ilusion, hija de la ignorancia, de que su mala condicion material proviene de las malas instituciones. El desengaño ha sido cruel, pues el pauperismo ha crecido de una manera espantosa; la suerte de las clases menesterosas ha empeorado.

Fíjese usted en los datos siguientes que tomo de un escrito de Cormenin. « El gobierno nos ha enseñado, con su cuadro de las aduanas en la mano que la Francia sufre, por término medio, un déficit de 800,000 hectólitros de trigo al año. Esto es incontestable, y se asegura que en los años de escasez el déficit ha subido á cuatro milloneros doscientos mil hectólitros, y aun más.

« Otro punto incontestable es el aumento anual de la poblacion, que sube á 200,000 almas por año.

« Así por una parte el alimento falta y por otra las bocas aumentan. Llenar las bocas, en términos mas nobles, equilibrar la especie y el alimento, hé aquí la cuestion. »

Oiga usted esta otra observacion.

« Segun el cálculo del exceso anual de los nacimientos, nuestros 36 millones de habitantes llegarán á la cifra de 72 millones en 140 años.

« Ciento cuarenta años ! esto es casi mas que la eternidad para un individuo, pero en la vida de una nacion, no es sino un dia. « Pues bien ! ¿ dónde hallaremos con que alimentar esta poblacion doble, nosotros que en un año con otro no tenemos con que alimentar la poblacion simple ? »

Lea usted cuanto se escribe en Europa sobre el pauperismo, que adquiere cada dia formas jigantescas, y es el verdadero *nudo gordiano* de la cuestion, y hallará que la solucion no se hallará jamas en la Europa.

Agregue usted al pauperismo, el socialismo, que crece en iguales proporciones, y hará usted esta triste reflexion despues de todos sus raciocinios.—« Las naciones, como los individuos, estan condenados á una ley fatal, nacen, crecen, decaen y mueren. » Y si recuerda usted los datos de la historia, repetirá usted la misma reflexion.

Se engaña grandemente el que cree que con la espada de Alejandro se ha de cortar el nudo; que destruyendo las barricadas y venciendo al pueblo en las capitales, que hoy son los campos de batalla de la Europa, queda derrotado el socialismo. Con la enfermedad solo desaparecerán las convulsiones. Los hombres honrados no tienen remedio que ofrecer al enfermo, los socialistas le ofrecen uno malo, este será aceptado, y todos los cañones del mundo no matarán las ideas socialistas, mientras los pobres sean los mas en Europa.

Que estos hombres, que ignoran hasta la existencia de la América del Sud, no fijen su atencion en la emigracion, como en el remedio heróico, no lo estraño; pero yo, hijo de la Patmpa desierta, americano del sud, he pensado siempre que la emigracion únicamente puede pacificar la Éuropa, darle el bienestar material, como sólida garantia de la paz.

No crea usted que abrigo nécias ilusiones. Sé que solo Dios podria construir una arca bastante grande para salvar de este diluvio á todos los que tienen la agua al cuello. Sé que nneustos gobiernos son pobres, y que muchos de ellos, dominados por brutales pasiones, en nada menos piensan que

en los grandes intereses de la América y la Europa. Pero las pirámides de Egipto no se construyeron en un día. Las grandes obras no se logran sin la alianza del tiempo. ¿Por qué no poner la mano á la grande obra? Para llegar al fin es preciso ponerse en camino.

Todos los que piensan y escriben en Chile están de acuerdo en que la emigracion europea puede solo civilizar á la raza española de América. La prensa no llega al pueblo, porque no sabe leer. Las escuelas no le enseñan á leer, porque el roto y el gaucho de América no conocen para qué les sirva saber leer, y ademas las escuelas en nuestros desiertos corren riesgo de verse desiertas. Basta, pues, de votos y declamaciones, manos á la obra.

¿Por dónde se debe empezar? Por hacer conocer á la América del Sud en Europa, por hacerla conocer mas que por los literatos por los pobres. Pero ¿de qué medio de publicidad valernos en Europa, nosotros habituados á mandar *nuestros comunicados* á los diarios americanos, cosa que aquí no se acostumbra? Cómo conseguir que los grandes diarios de Paris, por ejemplo, preocupados por la guerra de Hungría, los ejércitos de Nicolás, la cuestion de Roma, los socialistas etc., cosas que tan de cerca afectan á la Francia, se pongan á estudiar los viejos libros españoles que describen el Amazonas, el Chaco, Chiloé, Valdivia y las vastas rejiones de aquel mundo? La dificultad era insuperable. Hoy ha desaparecido.

Acaba de fundarse en Paris una publicacion, que remito al *Mercurio*, con este título: ANALES DE LA ESTINCION DEL PAUPERISMO—*Revista de la beneficencia pública, la caridad privada, la colonizacion industrial y agrícola en todos los paises, considerada como medio de arribar á la estincion del pauperismo*—Ruego á usted traduzca para el *Mercurio* de ese primer número el programa y la parte relativa á la colonizacion, haciendo conocer las miras con que se han asociado para esta empresa, con un capital de 12 millones de francos, los miembros de la *Compañía jeneral para la emigracion*.

Esa publicacion será un centro en que se reunirán todas las luces necesarias sobre los distintos paises para los hombres europeos, que quieran salir de Europa.

He visto al director de la Revista. Me dice que recibirá con gusto todo trabajo sério, que se le envíe y que contenga la descripción de una porción cualquiera de la América del Sud. Pide solamente que se procure hacer por la forma lo mas atractiva la pintura del suelo sud-americano, pues esta publicación está especialmente destinada al pueblo, y conviene que su imaginación se prenda de los lugares en que han de ir á buscar el bienestar de que aquí carece. Para satisfacer este deseo, bastará que la copia sea fiel, pues la naturaleza de nuestra América es por sí demasiado bella, para que tenga necesidad de los favores del pincel que la retrata.

Estos trabajos, aunque vengan en español, serán traducidos aquí por la misma Revista.

Conviene además que los gobiernos, y espero que su diario invitará con este fin al de Chile, manden copia de todos sus datos oficiales. Es decir los decretos vijentes relativos á la emigración, por los que se sepa las condiciones que ofrece cada país, y las noticias topográficas sobre los terrenos á que se llama la población europea. Todos los datos, en una palabra, necesarios al que se resuelve á dejar su patria para ir á buscar su bienestar en otra parte.

Yo me ofrezco con la mejor voluntad á recibir y pasar á la Revista cuantos materiales quieran enviármese, vengan de los particulares ó del gobierno, á recomendarlos segun su importancia, y á cuidar de su mas pronta inserción. Pero para esto es preciso segun la costumbre en Europa, que tanto los impresos como las cartas, me lleguen *francos de porte*. Para este fin pueden ser enviados á alguna persona, que los pague, y con las que tengan su cuenta los corresponsales de la Revista. Esa persona me los pasará á mi dirección, 5 *Rue Laferrière, Place Saint-Georges*.

En el tiempo que me dejen libre las apasionadas luchas de armas y de palabras que debo referir al *Mercurio*, trabajaré mi débil contingente para la Revista, y será Chile el país que mas recomiende, porque los que huyan de aquí de las barricadas y la miseria, no querrán por cierto ir á buscar hospitalidad en países rejidos por la mazorca, ni ganarian mucho con alejarse de Proudhon y la montaña para caer en manos de los rojos Belzu y Rosas.

Ese país está llamado á dar á la América Española la iniciativa de la gran medida. Cada hombre europeo que penetre en Chile es un elemento de orden, porque es un brazo para la agricultura y la industria. Un hombre vestido al lado del roto, un hombre laborioso al lado del indolente, hé aquí el gran medio de civilizacion. Estos beneficios para los intereses materiales, valen mas que todas las instituciones, y mientras ellos faltan las instituciones serán edificio levantado en la arena.

A usted, mi amigo redactor, pido la defensa diaria, incesante de esos intereses materiales. Su talento no hallará objeto mas digno de sus meditaciones. Lo que importa es que estemos de acuerdo en la necesidad de fomentar esos intereses.

Por mi parte me persuado cada dia mas de que la libertad *sin pan y sin moral* es una quimera, y si fuera hombre de escribir un libro para la América del Sud, le daría este titulo: « Emigracion—Cristianismo. »

Observo una cosa con dolor: es que las necesidades morales de nuestros países se descuidan. Veo á la religion únicamente en los templos, quisiera verla defendida en alta voz por los escritores ilustrados. Quisiera que todos reconocieran, como el puritano del Congreso de la Paz, que donde falta la Biblia falta el ciudadano. Pero no me estenderé mas sobre este tema favorito de mis estudios, y me despido de usted.

Su amigo

FÉLIX FRIAS.

P. S. El director de la Revista que remito á usted, me ha asegurado que la cuestion de la emigracion es el objeto especial, á que piensa consagrar sus esfuerzos, y me pide estimule á todos mis amigos de América á cooperar á la realizacion de su pensamiento. Confio que ellos no serán sordos á esta invitacion, de que tantos provechos pueden reportar nuestros países. Espero que el *Mercurio* alentará á trabajar con empeño á todos los que quieran hacer conocer la América del Sud en Europa.

Paris, abril 9 de 1850.

Señor editor :

Desde algun tiempo acá tenia el pensamiento de escribir á usted algo sobre esta importante materia.

Conociendo todos los hombres, que se preocupan de las necesidades primordiales de la sociedad, cuanto importa para la pacificacion de los pueblos europeos, acreditar á las clases que sufren todo el interés que su suerte lastimosa inspira á los que, colocados en posicion mas ventajosa, pueden aplicar algun remedio á sus dolencias, hemos visto en Francia á un crecido número de ciudadanos respetables y de virtuosas matronas noblemente consagradas á ese objeto de alta caridad. En otra ocasion creo haber dicho á usted que la caridad no será nunca en Francia del tamaño del infortunio que aflije á una porcion considerable de su poblacion, y que solo la emigracion podrá convertir los dolores en alegria, la pobreza en bienestar. El pauperismo es para mí en Europa una de esas enfermedades crónicas, para las que los médicos no aconsejan otro remedio que el cambio de aires; y por cierto que los hombres que mueren aquí de consuncion sentirian renacer su vida y recobrarian el vigor perdido, si pudieran respirar esos aires puros de los inhabitados desiertos de la América Meridional.

Un americano del Sud, que recorre las calles de Paris, con ojos serios y no dominado por pueriles vanidades, no puede ménos que sentir su corazon oprimido, cuando se vé á cada paso interrumpido en su camino por niños, jóvenes y hombres robustos que piden limosna, que no tienen pan porque carecen de trabajo. A veces es una pobre madre, que espone á sus hijos tiernos desnudos en una cruda noche de invierno, para mover la sensibilidad de los transeuntes; otras un anciano octojenario vende cajas de fósforos hasta media noche por un sueldo, para ganar una mínima comision. Otras veces son

los poseedores de un órgano, que recorren todas las calles de Paris con su música, y recojen unos pocos sueldos despues de una fatigosa jornada; y no son estos los mas desgraciados. Pero lo que no puede uno contemplar sin dolor es esa porcion considerable de mendigos de toda edad y de ambos sexos, que cantan porque tienen hambre, y para los que unas veces se abren algunas ventanas y se arrojan algunas piezas de cobre, otras quedan cerradas y cantan gratis. Comprendo el hambre que calla y el que llora, pero el que canta es cosa triste.

Ni son solo los hombres de la condicion mas baja los que sufren aquí hambre y desnudez. Visitaba un dia uno de los principales templos de Paris, y me vi detenido por un artista decentemente vestido, que me pidió algo para comer, pues hacia 24 horas que no se alimentaba. En la tribuna de la asamblea se ha citado el ejemplo de otro artista muerto de hambre y pudiera citar varios hechos espantosos, conocidos por personas que habitan en Paris. Si de política hablara á usted en esta ocasion, le diria los datos que de un estado de cosas tan lamentable he tomado para formar mis juicios contra la revolucion de febrero, y le probaria cuan prosaicas son esas glorias, que deben su prestigio á la distancia. Algunos hombres respetables hay aquí por sus talentos y su saber, que creen á Rosas grande, como hay muchos igualmente respetables en América que creen grandes á los jefes del movimiento revolucionario europeo. Es que el gran océano está de por medio.

Volviendo á mi asunto diré á usted que aunque la caridad no puede obtener resultados completos en Francia es innegable que los obtiene importantes. Al visitar los hospitales, las prisiones, la casa de huérfanos, las cunas, las salas de asilo, se convence uno de que en Francia es sobremanera injusto acusar al gobierno de insensibilidad respecto de las clases dolientes y menesterosas. M. Thiers ha demostrado en su importante informe sobre la asistencia pública, que el gobierno de julio muy poco ha dejado por hacer, y que son de todo punto injustos los cargos del partido adulador del pueblo contra los gobiernos anteriores.

A la accion benéfica de los establecimientos de beneficencia,

numerosos y bien dotados, se ha asociado en Francia la de la caridad privada. El ministerio del Interior acaba de publicar una estadística muy interesante, por la que se vé que las donaciones y legados en favor de los establecimientos de beneficencia han producido en 46 años 122.500,000 francos, correspondiendo á la época de 1830 á 1846 cuatro millones por año.

Todos los dias se ven en los diarios anuncios de conciertos y bailes con objetos piadosos, que son bastante concurridos. Esto es mas razonable: cantar para los pobres, para librarlos del dolor de cantar ellos. Las matronas mas respetables, esposas de los ministros, altos funcionarios, representantes etc., recojen en sus propias casas las suscripciones de amigos y desconocidos, y se las vé en todas las iglesias pedir limosnas *pour les pauvres s'il vous plait*. Los oradores del púlpito mas afamados reunen en los templos numeroso auditorio y concluyen sus sermones exortándoles á depositar su óbolo en las bolsas de terciopelo que presentan las señoritas al fin de la funcion en la puerta del mismo templo.

Esto es bello, señor editor, porque es virtuoso; y aunque algun sentimiento de vanidad mundana se mezcle en el celo de esas damas, que se disputan á veces sobre la mayor suma de dinero que reunen, es esta vanidad la mas disculpable por cierto, puesto que está al servicio de los que padecen.

Estas virtudes conviene que en América sean no solo conocidas, sino imitadas. Lo bueno no se aprende, sino cuando se practica. Y yo tengo placer en tributar á ellas el homenaje de respeto que merecen; sin que por esto llegue mi admiracion hasta el punto de hacerme creer que la Francia en masa sea una nacion muy virtuosa; léjos de eso pienso que una falsa civilizacion la ha corrompido y la ha hecho egoista; y algun dia diré las razones en que fundo mi opinion.

Observaré por ahora únicamente á los lectores del *Mercurio* lo que ellos habrán observado, que en las sociedades humanas el bien está al lado del mal, la verdad al lado del error, la virtud al lado del crimen, y sino pregunto: ¿dónde hay mas esclavitud? Donde hay mas libertad, en la América del Norte. ¿Dónde hay mas pobreza? Donde hay mas riqueza. La

Irlanda está al lado de la Inglaterra. ¿Dónde hay mas virtudes y mas vicios? En Paris.—¿Dónde hay mas inteligencias corrompidas y mas sábios al mismo tiempo? En Paris, donde está Proudhon y los socialistas al lado de Berrier, Odilon Barrot y Montalembert, Ravignan y Lacordaire.

Volviendo á los establecimientos de beneficencia, ¿qué se ha hecho por ellos en los pueblos de la América del Sud? Las promesas en favor de los pobres no han escaseado; pero en esto, como en todo, nos hemos contentado con prometer; y es triste pensar que despues de treinta años de vida independiente, la suerte de las clases bajas en la América del Sud sea la misma que antes de la revolucion. Si por lo menos hubiéramos cuidado de acordar una proteccion generosa á los pobres, cuando se hallan en la imposibilidad de servirse, y se ven agobiados bajo el peso del crimen, la enfermedad ó la vejez, el reproche seria menos merecido. Pero ¿cuál es el pais de América que pueda envanecerse de haber organizado bien sus prisiones, sus hospitales y sus hospicios? Y sin embargo, mas que la caridad, lo que ha faltado en aquellos paises es un celo intelijente en los encargados de la administracion de sus establecimientos de beneficencia pública. No son tanto los fondos sino la capacidad de darles una acertada aplicacion, lo que hemos tenido que deplorar.

Reparar esta falta es deber sobre todo de las municipalidades, y para que sus miembros sepan cuánto les importa saber á este respecto, no es preciso que hagan viajes por Europa, sino que quieran leer. Todo lo que en Francia existe en todos los ramos de la administracion está estudiado y descripto en importantes publicaciones por personas competentes. Me ha ocurrido proponer á la municipalidad de Valparaiso principalmente la idea de la creacion de una pequeña biblioteca, compuesta únicamente de obras que especialmente se consagren á los intereses que á esa corporacion están encomendados. Una cantidad insignificante bastaria para la adquisicion de los libros de mayor interés, y cien pesos gastados anualmente servirian para la suscripcion á las obras periódicas y á otras nuevas de interés que apareciesen.

Entre las obras periódicas se publica una en Francia que deseara ver difundida por los paises americanos. *Anales*

de la Caridad, revista destinada á la discusion de las cuestiones y al exámen de las instituciones que interesan á los pobres. «Diario de la Sociedad Económica caritativa y de la Sociedad internacional de caridad.» Pertenecen á esa sociedad económica caritativa hombres respetabilísimos, entre los que figuran Mr. de Tocqueville, Marbeau el fundador de las cunas, Melun y muchos otros escritores filantrópicos.

Esa sociedad tiene frecuentes reuniones, y se discuten en ella las cuestiones mas interesantes, y cuya importancia ha crecido en proporcion de la miseria, que ha seguido á la revolucion. Ultimamente se ha discutido la cuestion de los huérfanos, y uno de sus miembros ha presentado á la Asamblea, á que pertenece, el proyecto de ley sobre huérfanos que debe discutirse en breve.

El espíritu de caridad cristiana inspira á estos hombres jenerosos una consagracion asídua á todo lo que toca á las clases pobres; y sus opiniones relijiosas están á la altura de sus virtudes. Muy equivocados están los que creen que no es á esa caridad á la que se deben la fundacion y la conservacion de las cunas y de las salas de asilo. Me bastaria citar algunas palabras del mismo Mr. Marbeau para disipar ese error, en los que privan á la relijion de uno de sus títulos mas hermosos al respeto de la sociedad.

La redaccion de los *Anales de la Caridad* es gratuita y el precio de suscripcion es infimo, 10 francos al año por los 12 números que aparecen mensualmente, y que forman un grueso volúmen de mas de 700 pájinas. Esta obra fué fundada en enero de 1845 y son en el dia muy escasos los 5 primeros volúmenes. Ellos se han ocupado no solo de los establecimientos de beneficencia en Francia, sinó de todos los de Europa, habiendo servido á menudo la comparacion para introducir en este pais saludables reformas.

¿No seria tiempo, señor editor, de que Valparaiso, que tantos adelantos debe al celo ilustrado de su Intendente, se esforzara en colocar sus establecimientos de beneficencia á la altura europea? En este punto la imitacion es posible, necesaria, provechosa. (Vd. sabe que no pienso lo mismo de la imitacion de las instituciones políticas.) Debieran fundarse en Valparaiso establecimientos modelos no solo para los otros

puntos de la República, sino para las otras repúblicas del Pacífico; ya que no para esa República de Rosas, que tiene su barbarie original, y que no tiene nada que imitar, puesto que ella es el último progreso, el *socialismo rojo*, no en la oposición, sino en el gobierno.

En Italia, en España, hasta en Rusia hay cunas y salas de asilo, y sus casas de beneficencia están bien dirigidas y organizadas. ¿Por qué no hará Chile lo que hace la España y la Rusia?

Yo ofrezco á la Municipalidad de Valparaiso constituirme en ajente y corresponsal gratuito, para la compra de los libros que convengan á la biblioteca que se funde, y para recojer verbalmente los datos menudos y subalternos, de que á veces no se ocupan los libros, por suponerlos en todas partes conocidos. Recorriendo últimamente las salas de enfermos del *Hotel Dieu*, uno de los principales hospitales de Paris, he notado que muchas de esas pequeñeces son muy importantes, y contribuyen á la vez á la mejor condicion de los enfermos y á la economía de los gastos.

Las virtudes, señor editor, las virtudes, hé ahí para mí la gran capacidad de los hombres de Estado. La democracia tiene mas necesidad de hombres buenos que de sábios, mas de religion que de filosofia, mas de civilizacion moral que de civilizacion francesa y literaria.

Su amigo.

FÉLIX FRIAS.

Carta al señor Pitre-Chevalier

Paris, 19 de junio de 1850.

Señor :

He sabido recientemente que desde principios de este año se hace en la casa de usted la traduccion española del *Museo de Familias (Mundo Pintoresco)*, que goza de tan merecido

crédito en Francia; y que esta traduccion está destinada á las repúblicas de la América antes española.

Permita usted á un hijo de una de esas repúblicas felicitarle por este feliz pensamiento, cuyos resultados serán muy saludables para la civilizacion naciente de aquellos países.

Desde que llegué á Francia á fines del año 1848 concebí la idea que ustedes han empezado á realizar con los medios abundantes de que pueden disponer, y de que carecè un extranjero. Mi objeto era mas bien moral que interesado, persuadido como estoy á que tenemos gran necesidad en la América del Sud de contener y combatir con la sana literatura los estragos que hace en nuestras creencias y en nuestras costumbres una literatura corruptora y licenciosa.

Por desgracia, señor, las producciones que á este último género de literatura pertenecen, son numerosas en Francia, y llevan por recomendacion nombres de un talento incontestable, pero que consagran el poder de su imaginacion á obras indignas de las facultades distinguidas que las engendran.

Pensadores muy capaces de apreciar la situacion moral y revolucionaria de la Francia han señalado todos esos libros, hijos de espíritus desordenados, como una de las principales causas de la anarquía y de los males que afligen en el día á esta poderosa nacion. Ultimamente la asamblea legislativa por el órgano de dos ilustrados oradores ha censurado desde su tribuna esos romances, que contienen los diarios políticos en sus folletines, y que derraman el veneno de la inmoralidad y la corrupcion en el seno de las familias. La misma asamblea ha querido poner coto á la propagacion de la mala literatura imponiendo un derecho especial á los diarios, que de esa manera innoble especulan con las preocupaciones y los vicios que debieran combatir.

Los pueblos de la América Española, señor, nuevos en la vida política, inexpertos, dominados por la manta de imitacion de los estados nacentes, y dotados de una imaginacion crédula y ardiente, devoran todos esos romances, que de aquí se les envia; y los apóstoles del error y del mal siembran entre nosotros los gérmenes de desorganizacion social, cuyos amargos frutos está recogiendo hoy la Francia. De este

modo este Paris misterioso, tan bello y seductor á la distancia y que tan dolorosas reflexiones despierta cuando se le contempla de cerca, este Paris, digo, en vez de ser, como se pretende, la capital de la civilizaci3n, se ha convertido en el foco no solo de las tormentas pol3ticas, que han trastornado á la Europa, en daño mas bien que en provecho de la causa democrática, sino en la capital de esas doctrinas subversivas, que llevan á los paises mas apartados su contagiosa influencia. Tanto mas terribles son esas máximas del racionalismo y la irreligion, cuanto van encubiertas en el estilo y los cuadros dorados de los genios de perdici3n, que por desgracia de la humanidad gozan de una usurpada reputaci3n. Usurpada sin duda, porque solo es legítima la de los escritores que asocian á las facultades superiores de la mente las dotes morales del corazon, y al sabio que no es bueno le valiera mas ser ignorante. La idea no es preciosa sino cuando tiene á la virtud por compañera. Fuera de esta condici3n toda idea es para mí moneda falsa.

Tengo, pues, razon para felicitar á por usted haber querido que salga de aquí para las repúblicas españolas al mismo tiempo que el mal el remedio; y puede usted estar seguro que luego que sea conocido el espíritu puro, sano, religioso y bien intencionado de la publicaci3n de usted, los compatriotas míos, que deploren como yo el pernicioso influjo de la literatura corruptora, recomendarán el *Museo pintoresco* á todos los que desean ver fortificados en las familias americanas los sentimientos del pudor, la virtud y la religion, que son las únicas bellezas reales de la tierra.

Yo tengo para mí, señor, que en las cuestiones sociales la virtud y la verdad son la misma cosa; que de su union, no de su choque, pueden resultar únicamente los bienes que los pueblos buscarán en vano en las tradiciones de la filosofía y la literatura incrédulas; y que la religion católica, por fin, que es el dogma de la Francia, como el de los pueblos que hablan español, conduce al hombre y á las sociedades á la adquisici3n del bienestar y de la sabiduria posibles para la flaqueza humana.

Ruego á usted inserte estos renglones en su diario, del que puede considerarme un desinteresado, aunque débil protector;

y como espero que ellos llegarán á los ojos de algunos de mis amigos de América, permítame usted terminarlos con las siguientes palabras de una carta, que tuvo no ha mucho la bondad de escribirme el señor conde de Montalembert:

« Ojalá que la América Española, como usted se lo aconseja tan justamente, pueda aprovechar de las tristes lecciones que le presentamos con el ejemplo de nuestras catástrofes. Ojalá que ella guarde escrupulosamente lo que le queda de la civilización católica, que le llevaron los conquistadores del nuevo mundo. Pero ¡ ay! cuando veo que los Eugenio Sue y los Cousin tienen tan numerosos admiradores entre las clases que se consideran ilustradas en vuestros países, me es imposible no temer para ellos la misma suerte que estos doctores del orgullo y de la corrupción han preparado á sus admiradores de Europa. »

Esas palabras graves, como todas las del ilustre orador, serán, no lo dudo, meditadas con provecho en los pueblos Sud Americanos.

Aprovecho, señor, con gusto esta ocasión para ofrecermé por primera vez á las órdenes de usted.

Atento y seguro servidor

Q. B. S. M.

FÉLIX FRIAS.

Muerte del General San Martín

Paris, agosto 29 de 1860.

Señor Editor del *Mundo Pintoresco*.

Cumplo hoy con el doloroso deber de comunicar al *Mercurio* la mas triste noticia que pueda trasmitirse á las repúblicas de la América del Sud, la muerte del general don José de San Martín. En la noche del 17 salté para el puerto de Boulogne, acompañado por un compatriota, con el objeto de visitar al ilustre enfermo, cuya salud se hallaba en estado alarmante,

como anuncié á usted el mes pasado. En la mañana del siguiente dia supimos la noticia de su muerte, acaecida el mismo dia de nuestra partida. Don Mariano Balcarce, esposo de la noble hija del general, nos refirió, con el corazon destrozado por el dolor y bañados los ojos en lágrimas, sus últimos momentos.

El 17 el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar á la habitacion de su hija, donde pidió que le leyeran los diarios, que el estado de su vista no le permitia desde mucho tiempo leer por sí mismo. Hizo poner rapé en su caja para convidar al médico que debia venir mas tarde, y tomó algun alimento. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras el próximo fin de su existencia.

El médico le habia aconsejado que trajera á su lado una hermana de caridad, á fin de ahorrar á su hija las fatigas ya tan prolongadas de sus cuidados, y á fin de que el mismo enfermo tuviera mas libertad para pedir cuanto pudiera necesitar, lo que á veces no hacia por no molestar á su hija. Esta señora no queria ceder á nadie el privilegio, tan grato para su amor filial, y de que disfrutó hasta el último instante, de asistir á su padre en su penosa enfermedad.

El señor Balcarce salió en la mañana del mismo dia á hacer esa diligencia, acompañado por don Javier Rosales, á quien comunicó las esperanzas que abrigaba en el restablecimiento del general y su proyecto de hacerle viajar; tan léjos estaba de preveer la desgracia que le amenazaba y tanta confianza le inspiraba el estado en ese dia y los anteriores de su padre. El señor Rosales procuró disipar esas ilusiones que podian hacer mas sensible el golpe, que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron por desgracia en realizarse.

Despues de las dos de la tarde el general San Martin se sintió atacado por sus agudos dolores nerviosos al estómago. El doctor Jardon, su médico, y sus hijos estaban á su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaria como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero repentinamente el general, que habia pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara, y espiró casi sin

agonia. Es mas fácil comprender que explicar la afliccion de sus hijos en presencia de esa muerte tan súbita é inesperada.

Algunos dias antes el general se sintió atormentado en la noche por sus dolores, tomó una dosis de ópio mayor que la prescrita para calmarlos y en la mañana siguiente amaneció moribundo. Las aplicaciones de sinapismos lograron reanimarlo, pero vino luego una reaccion con fiebre violenta, que entiendo ha influido en su muerte imprevista, apesar de las engañosas apariencias de mejoría que se notaron en los cuatro últimos dias.

En la mañana del 18 tuve la dolorosa satisfaccion de contemplar los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardan al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

Bajé en seguida á una pieza inferior dominado por los sentimientos religiosos, que se levantan en el corazon del hombre mas incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, hora en que habia espirado el general San Martin. ¡ Singular coincidencia ! El reloj del bolsillo del mismo general se detuvo tambien en aquella última hora de su existencia.

Al dia siguiente 19, al tiempo de colocar en el féretro los restos mortales del ilustre difunto, la caja de la guardia nacional resonaba casualmente enfrente de la casa mortuoria; como si fuera homenaje militar tributado al guerrero, que hizo resonar por la vez primera en las altas cimas de los Andes los clarines y tambores marciales, que acompañaron en Chile, el Perú y el Ecuador, el estandarte victorioso de la independencia americana.

El 20 á las 6 de la mañana el carro fúnebre recibió el féretro, y fué acompañado en su tránsito silencioso por un modesto cortejo. Cuatro faroles cubiertos de crespon negro ador-

naban encendidos los ángulos superiores del carro. Seis hombres vestidos con capotes del mismo color marchaban de ambos lados. Detrás iban el señor Balcarce, llevando á su derecha al señor Darthez, antiguo amigo del general, y á la izquierda al señor Rosales, Encargado de Negocios de Chile. Marchaban en seguida don José Guérrico, un jóven de Buenos Aires, hijo de su hermano don Manuel, el doctor Gerard y el señor Seguíer, vecinos ambos de Boulogne. El acompañamiento era humilde y propio de la alta modestia, tan digna compañera de las calidades morales y de los títulos gloriosos de aquel hombre eminente.

El carro fúnebre se detuvo en la iglesia de San Nicolás. Allí rezaron algunos sacerdotes las oraciones religiosas en favor del alma del difunto. En aquel momento noté en una de las naves del templo la tumba dedicada á la memoria del almirante Bruix, padre de dos bizarros oficiales, que murieron en América, sirviendo la causa de su independencia á las órdenes del mismo gefe que hoy venia á confundir sus restos con los del célebre almirante.

Sobre la piedra de esa tumba se leen estas palabras, que pudieran bien gravarse en la del vencedor de Maypo, con la diferencia de que la patria del general San Martín es grande como el vasto teatro de sus hazañas:

« Tan buen padre como gran general
Su familia y su patria le lloran. »

Después de esa ceremonia el convoy fúnebre continuó hasta la catedral, vasto edificio que se construye en la parte de la ciudad, llamada alta. En una de las bóvedas de la capilla, acabada ya, fué depositado el cadáver que acompañábamos. Allí descansará hasta que sea conducido mas tarde á Buenos Aires, donde según sus últimos deseos, deben reposar los restos del general San Martín. Fiel siempre á sus hábitos modestos, habia él mismo manifestado la voluntad de que su entierro se hiciera sin pompa ni ostentacion alguna, y así se ha hecho.

Abi está ya, en el puerto á que todos arribamos, el hombre que fué en la América meridional un gran capitán, y que supo imitar el magnánimo desprendimiento de Washington, cediendo á su rival el teatro en que hubiera podido cubrirse aun

de mas gloria, y alejándose espontáneamente de los pueblos á que habia dado independencia, para que se comprendiera que su única ambicion era la de anularse, despues de haber contribuido poderosamente á la emancipacion de medio mundo. Veintiocho años ha pasado en su voluntaria proscripcion, sin que jamás haya salido de sus lábios una sola palabra de queja, á pesar de que la calumnia y la ingratitud hicieron llegar mas de una vez al apartado lugar de su retiro los destemplados clamores, que jamás conturbaron la paz de su alma. Ese es el puerto, sí; el mismo general en uno de los momentos en que le affigian sus crudos dolores decia á su hija, tan digna por su virtud de ser la heredera de su gloria; en el idioma del pueblo que habitaba: « C'est l'orage qui mène au port. »—¡ La tormenta que conduce al puerto! ¡Bellas palabras y llenas de verdad! ¡ Cual otro que ia muerte es el puerto en que descansan, despues de las fatigas de la vida, los hombres como el general San Martin! No le bastó despues de sus espléndidos triunfos, decir á los pueblos que habia emancipado:—« Ved que soy un hombre honrado; »—y ha sido preciso que llegara lleno de años y de abnegacion al borde de su tumba, para que la justicia empezara para él. El fallo de esa justicia humana no es completo por desgracia, sino despues que los hombres ven *cadáver* al que fué en vida *libertador*, despues que el héroe ha entrado á ese puerto, del que no se regresa á la tierra. Si el general San Martin no se quejaba de la ingratitud, tenia memoria para los beneficios, si es que pueden llamarse así las justas recompensas acordadas por los gobiernos de Chile y del Perú á sus grandes servicios. En cuanto á la conducta, respecto de él, del actual y de los anteriores gobiernos de su propio pais, imitaré, en presencia de esa augusta tumba, el noble silencio del patriota generoso y puro que ella encierra.

La catedral, cuyas bóvedas subterráneas contienen los restos del general San Martin, remonta su alta cúpula no lejos de la columna erigida á Napoleon en el célebre campo de Boulogne, donde concibió el atrevido proyecto de invadir la Gran Bretaña. Allí mismo fué donde el genio militar del siglo distribuyó solemnemente las cruces de honor á los valientes soldados de su ejército.

El general San Martín no solo concibió sino realizó la empresa, no menos audaz, considerada la diferencia de los medios, del paso de los Andes, con un ejército que tenía que hacer esa conquista sobre la naturaleza antes de conquistar para la independencia á dos Estados americanos. Y sin embargo un solo monumento no se eleva en todo el vasto territorio que recorrió aquel guerrero con sus tropas victoriosas desde San Lorenzo hasta Pichincha. ¡ Ingratitud de los pueblos comparable solo con el desprendimiento del héroe !

Hacia algun tiempo que el general consideraba próxima su muerte; y esta triste persuacion abatía su ánimo, ordinariamente melancólico y amigo del silencio y del aislamiento. El día 6 escribió en su cartera algunas palabras afectuosas de despedida para sus hijos. Su razon sin embargo se ha mantenido entera hasta el último momento; y puede decirse que su alma enérgica se ha lanzado de la tierra, cuando le faltó cuerpo que habitar. En algunas conversaciones que tuve con él en Enghien, lugar vecino á Paris, cuyas aguas le habian recetado los médicos, pude notar un mes antes de su muerte que su inteligencia superior no habia declinado. Vi en ella el sello del buen sentido que es para mí el signo inequívoco de una cabeza bien organizada. Hablaba con entusiasmo de la prodigiosa naturaleza de Tucuman y de las otras provincias argentinas; y como Rivadavia en sus últimos días, abrigaba fé viva en el porvenir de aquellos países. Recordaba siempre con gratitud el noble carácter y el apoyo que encontró para su gran campaña de Chile en los habitantes de las provincias de Cuyo; y su memoria conservaba frescos y animados recuerdos de los hombres y los sucesos de su época brillante. Nada simpático por el movimiento revolucionario en que ha entrado la Francia despues de febrero, apreciaba á mis ojos con suma exactitud los defectos del carácter francés, al mismo tiempo que las calidades que lo recomiendan, y las causas de los males que hoy afligen á esta nacion. Comprendía en sus últimos días, como comprendió muy temprano y antes que el mismo Monteagudo, que la libertad requiere condiciones muy sérias en los pueblos para arraigarse, y que el entusiasmo febril é irreflexivo no es su mejor garantía. La inteligencia que supo hermanar la gloria con la mas bella de

las virtudes, el desinterés era bien competente para juzgar con acierto las cuestiones sociales. Su lenguaje era de un tono firme y militar, por decirlo así, cual el de un hombre de convicciones meditadas.

Permitame usted, antes de concluir, recomendar á la gratitud de los buenos americanos el celo que algunos estimables caballeros han dispensado á la familia del héroe que hemos perdido, en los amargos dias de su desgracia. El señor don Javier Rosales, Encargado de Negocios de Chile, ligado al general San Martín y á sus hijos por el doble vínculo de la amistad y de su posición, ha representado dignamente á un gobierno y á un pueblo, que deben conservar recuerdos de respetuosa simpatía por el vencedor de Maypo.

Pero si se conciben esas finas atenciones de la amistad en un hijo de aquella república, son sin duda mas laudables aun en un ciudadano francés. El doctor Gerard, dueño de la casa que habitaba el general San Martín, y cuyo piso inferior ocupaba él mismo con su familia, ha desplegado una solicitud tan recomendable, que parecia inspirada por la pérdida de un glorioso compatriota suyo. Verdad es que para un corazón francés la gloria bien adquirida no es un título de un país, sino de la humanidad entera. Este caballero, despues de haber practicado con el señor Rosales todas las tristes diligencias necesarias para conducir y depositar á un cadáver en su última morada, recorrió inmediatamente los libros de la biblioteca de Boulogne, de que es director, y ha publicado un hermoso artículo necrológico en el *Imparcial* de Boulogne, del 23 de este mes, en el que sorprende que un extranjero haya podido juzgar con tanta fidelidad al guerrero y los notables sucesos en que tuvo parte tan señalada.

Espero que se me perdonará la indiscrecion de copiar aquí algunos renglones de una carta dirigida por el doctor Gerard al señor Balcarce :

« Y ahora, señor, no me queda otra cosa que decir, sino manifestaros de nuevo, con el corazón consternado, la viva aflicción que mi esposa y yo hemos experimentado y experimentaremos largo tiempo por la pérdida tan dolorosa que acabais de hacer. Nos envanecía la posesion de un hombre de esa edad y un carácter tan grande bajo este techo que nos

abriga. Esta casa estaba santificada á nuestros ojos, su pérdida deja en ella un vacío que se reproduce en nuestras almas; y que no se llenará pronto. »

El piadoso celo del doctor Gerard ha sido igualado por el de un respetable sacerdote, el abate Haffreingue, que cedió una de las capillas subterráneas de la catedral para los restos del general San Martin, y ha prodigado á su enlutada familia las benévolas atenciones de un ministro del evangelio. A los esfuerzos infatigables de ese prelado tan ilustrado como virtuoso, se debela continuacion de aquel edificio monumental.

Usted concibe la grata impresion que han debido despertar en los deudos y amigos del difunto general estos actos de delicada urbanidad que honran la tumba abierta en el suelo extranjero para recibir á un eminente ciudadano de nuestra América.

Por lo demás, la presencia entre los pocos amigos que llegaron hasta esa tumba de un honorable anciano español, un distinguido escritor francés, un representante de Chile y un niño de la república argentina, provoca reflexiones que es inútil expresar á usted.

La América sentirá sin duda esta pérdida como debe ser sentida. Ella será fiel á la gloriosa tradicion de su origen, que es tal vez lo único que podamos contemplar con satisfaccion y sin rubor. El general San Martin es venerable á mis ojos, no solo porque fué un glorioso guerrero y porque sus victorias inauguraron con las de Bolivar la era moderna de la América antes española; es sobre todo venerable porque á sus hechos heroicos mereció asociar el título de *grande hombre de bien*. Este elogio tributado por el ilustre hombre de Estado de la Inglaterra, muerto no ha mucho, al rey Luis Felipe, que acaba de morir tambien, será la corona mas bella que pueda la posteridad colocar sobre la frente de las estatuas que se erigirán un dia á la memoria del general San Martin.

Su amigo,

FÉLIX FRIAS.

El 17 del pasado mes de agosto ha muerto en el puerto de Boulogne á la edad de 72 años el general San Martín, conocido en los pueblos de la América española como uno de los héroes en la lucha de su independencia.

En medio de las contiendas estériles que han destrozado aquellos países, á los que prometia un porvenir tan lisonjero la naturaleza virgen y prodigiosa de su suelo, el nombre de los guerreros que anonadaron el poder español despues de valientes esfuerzos, ha sido respetado con general entusiasmo; y por cierto que la reputacion del general San Martín, tan legítimamente adquirida, merecia conservarse en los recuerdos agradecidos de los pueblos, cuya emancipacion fundó.

Mas feliz que Bolívar, al que ha sobrevivido largos años, el general San Martín ha podido ser testigo en sus últimos dias de los testimonios de justicia tributados á su carácter y á sus servicios distinguidos por la opinion pública de los pueblos Sud-Americanos, y por varios de los gobiernos que los presiden.

En su proclama á los Peruanos, último documento con que el general San Martín cerró noblemente su carrera política, apelaba al fallo de sus descendientes contra la injusticia de los juicios inspirados por las indignas pasiones de una parte de sus contemporáneos. Su edad avanzada le ha permitido ser contemporáneo de sus descendientes, y ha podido recoger, aunque con la modestia que tanto distinguia su carácter, esos homenajes de respetuosa admiracion que suelen acordar tarde los pueblos á sus mas eminentes servidores, y que tanto mas honrosos serán para la memoria del general San Martín, cuanto mas haga conocer el tiempo, único juez imparcial de la historia, los grandes hechos y las prendas distinguidas del hombre ilustre que acaba de morir en Francia.

Sentimos que no nos permitari los límites de nuestro periódico consagrar al exámen de esta vida tan llena de heroismo y

virtudes cívicas, tan amplio espacio como merece. Vamos á limitarnos á recordar á nuestros lectores los hechos mas eminentes de la carrera pública del general San Martín.

La emancipacion de las colonias de la América es hija, como se ha dicho muchas veces, de la gran revolucion francesa, que abrió á fines del pasado siglo la era de la sociedad moderna. Las trabas puestas por el régimen colonial á la introduccion de las ideas europeas no fué bastante á impedir que ellas penetraran en las inteligencias de los americanos que descendientes de la raza española, habian heredado esos sentimientos de energia altiva que no podian avenirse con el despotismo que la metrópoli hacia pesar en sus dominios de ultramar. Dos ciudades colocadas en las dos estremidades de la América meridional fueron el centro del movimiento revolucionario que estalló en el mismo año 1810 y casi en los mismos dias en Caracas y Buenos Aires, que pueden considerarse las dos ciudades emancipadoras de aquel vasto continente, como fueron sus dos libertadores Bolívar y San Martín, que despues de mil triunfos en que rivalizaron en patriotismo y aptitudes militares, confundieron sus armas en Ayacucho, donde cayó definitivamente vencido el dominio de la España en el mundo que tres siglos antes habia conquistado.

Don José de San Martín nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, pueblo de las misiones del Paraguay, de cuya provincia era gobernador su padre el coronel don Juan de San Martín. Destinado por sus padres á la carrera militar vino con su familia á España de edad de ocho años. Obtuvo el privilegio, que no se concedia fácilmente, de ser admitido en el colegio de nobles de Madrid.

Salió de allí para completar su instruccion militar en la guerra, que es la verdadera escuela del soldado. La España se defendia entonces contra la invasion de Napoleon, que tan funesta fué para las armas de este genio. Despues de haber sido testigo indignado del asesinato cometido en Cádiz por el populacho en el marqués de la Solana, á quien servia de edecan, se hizo señalar por su valor en varios hechos de armas, principalmente en Baylen. Obtuvo la medalla de los que mas bien se comportaron en aquella jornada, y continuó acреди-

tándose siempre en varias campañas de la Península que le valieron ser ascendido al grado de coronel.

Su patria reclamaba sus servicios, y si el general San Martín no vaciló entre la España y la Francia, tampoco podía vacilar entre la América y la España. Acudió al llamamiento de su país natal, que tan bien comprendió la valiosa adquisición que hacia, que le confió la organización del ejército destinado á recoger tantos laureles, después que en la creación del regimiento de Granaderos á caballo reveló el joven oficial su pericia y el celo empeñoso que consagraba al cumplimiento de sus deberes. Su primera acción de armas tuvo lugar en San Lorenzo, donde el gobernador español de Montevideo había desembarcado algunas tropas para combatir la revolución en la provincia de Buenos Aires. En este encuentro sangriento San Martín desplegó un coraje brillante y recibió varias heridas.

Fué entonces nombrado general en jefe del ejército que en el alto Perú luchó con desventaja con las tropas del virey de Lima. Restableció la moral abatida de aquellos cuerpos, que acababan de sufrir las derrotas de Vilcapujio y Ayouma, y hubiera rehabilitado el crédito de las armas argentinas en el teatro mismo de sus reveses, si el estado enfermizo de su salud no le hubiese forzado á alejarse de las fronteras del norte para venir á las provincias de Cuyo, situadas del lado oriental de las altas cordilleras de los Andes.

Aquí fué donde el general San Martín desplegó una actividad sorprendente, y solo su genio creador pudo improvisar en aquellas provincias tan escasas de todo recurso, el ejército que destinaba á la empresa colosal de la emancipación de Chile, que á la sazón dominaba Osorio con fuerzas muy superiores en número á las que debían invadirle. Este atrevido proyecto tenía que vencer un obstáculo inmenso. Mejor que por sus batallones estaban resguardados los españoles en Chile por esos altos cerros, sembrados de espantosos precipicios, de impetuosos torrentes y coronados de nieves sempiternas. ¿Cómo hacer escalar las elevadas cordilleras, que tan difícilmente ofrecían paso al viajero, con un ejército compuesto de las tres armas? ¿Y cómo evitar fuera destrozado al salir del lado opuesto, después de fatigosas jornadas por desiertas

y áridas montañas? San Martín no se arredró ante este obstáculo, que habria sido insuperable para otra alma menos vehemente y resuelta que la suya. No solo verificó ese paso de los Andes, que es una de sus hazañas mas admirables, sino que logró hábilmente engañar á los Españoles relativamente al punto en que debia verificar su invasion.

Valióse para esto de algunos indios, á quienes comunicó su designio de invadir á Chile por el sur, solicitando su cooperacion, y exigiendo un sigilo que sabia eran incapaces de guardar. Burlando así á los gefes españoles, pudo ver fraccionadas sus fuerzas; y apareciendo de improviso por un punto opuesto al que se le esperaba, atacó en Chacabuco una parte del ejército enemigo, y alcanzó sobre él el 12 de febrero de 1817 una victoria completa. Los Argentinos no podian escapar de la muerte sino por medio de la victoria. Lucharon con la doble energia que les daba el amor á la causa que abrazaron, y con la conviccion de que su derrota seria el sepulcro de todos ellos, puesto que los Andes, que dejaban á su espalda, les impedian regresar dispersos á su país.

La capital de Chile quedó libre aquel dia, y el virey Marcó prisionero del ejército argentino.

San Martín rehusó el mando supremo del país que los chilenos le ofrecieron, aconsejados por su gratitud. El no ambicionaba tales títulos, ni era otra su mira que la de luchar en todas partes y hasta el fin con los ejércitos que defendian la dominacion de la España en aquellas vastas regiones.

El general Osorio, á quien no desconcertó la derrota de Chacabuco, reunió sus tropas en el sur, y cayó en la noche de improviso con nueve mil hombres sobre los soldados victoriosos de San Martín que contaba siete mil. Esta vez el ejército patriota que así se llamaba á los que en la América luchaban por su independencia, fué desgraciado. Aturdido por aquel ataque inesperado, se dispersó casi todo en esa noche, y la independencia de Chile se habria malogrado si el general Las Heras no hubiera salvado con sumo coraje y rara serenidad el ala derecha que mandaba y efectuado su retirada hasta la capital.

Fué esta la base que sirvió para la rápida reorganizacion del ejército sorprendido en Cancha-Rayada. Con tal brio se

consagró á ella San Martín, ayudado por un intrépido Chileno, don Manuel Rodríguez, que diez y ocho días más tarde, las armas argentinas y chilenas hicieron triunfar definitivamente en aquel país la causa independiente. La batalla de Maypo, que tuvo lugar el 5 de abril de 1818, y una de las más reñidas que se hayan dado en aquella lucha memorable, fue de gran influencia en la suerte de la guerra general; y alentados por ella el general San Martín y el presidente de Chile O'Higgins, pensaron en llevar al Perú el ejército que tan brillantemente había llenado ya en Chile su misión.

Por este tiempo las provincias argentinas empezaban á verse devoradas por la anarquía que tan feas manchas arrojaba en ese cuadro, hermosado por otra parte por los esfuerzos heroicos que se hacían para sacudir el yugo colonial. El general San Martín fué llamado por el gobierno de Buenos Aires para pacificar el país. Pero el vencedor de Maypo comprendió que la aparición de sus tropas en el centro de la discordia serviría para atizar el fuego en vez de extinguirlo, y se desmoralizaría puesto en contacto con las facciones que se disputaban los frutos de una victoria que no podía considerarse decisiva, mientras los españoles dominaran el Perú, dispuestos á aprovechar la misma anarquía de los revolucionarios para sofocar la revolución. San Martín tuvo el coraje, que le honra, de desobedecer á su gobierno, pero justificó altamente este acto de desobediencia, llevando al Perú para fundar la independencia las mismas tropas que se le pedían para convertirlas en gendarmes en medio de los tristes disturbios de Buenos Aires.

Las fuerzas con que el célebre almirante Cochrane se apoderó de los buques de guerra españoles que dominaban las aguas del Pacífico, facilitaron la traslación del ejército argentino y chileno á las playas del Perú.

A la noticia de su desembarco una gran porción de las provincias se pronunciaron contra las autoridades españolas y ofrecieron sus servicios al que más tarde honró el gobierno de aquel país con el bello título de *Fundador* de su independencia.

Los realistas, nombre dado á los que defendían la causa española, se vieron obligados á abandonar la capital de Lima;

pero á pesar de esto el general San Martín creía imprudente esponer en una batalla el éxito de su empresa, cuando podia reforzar su ejército con las tropas de Bolívar que habian llegado victoriosas en cien combates á las fronteras del norte del Perú. El mismo habia contribuido al triunfo en el Ecuador de Pichincha, al que llevaron un apoyo muy oportuno y eficaz los renombrados *granaderos á caballo*.

Uno de los episodios mas notables de la vida pública del general San Martín es la conferencia tenida en Guayaquil con Bolívar, el célebre libertador de Colombia. En esa conferencia San Martín comprendió luego que su rival ambicionaba la gloria de asociar su nombre á los últimos combates en favor de la independencia americana. San Martín era mas patriota que ambicioso. — Serviré á las órdenes de usted, dijo á Bolívar. Este se excusó con el pretexto de que jamás podia mandar á un general de su valer. En vano insistió San Martín, y, aunque habiendo llegado antes que Bolívar al Perú, tenia derecho para completar la obra por él mismo comenzaba, quiso ceder con una abnegacion admirable á Bolívar el teatro de los últimos esfuerzos, y sacrificando á la causa comun y al interés general toda mira personal, se alejó del Perú, recibiendo por recompensa de su heroismo el estandarte que llevó Pizarro á la conquista de ese país, y que le fué regalado por la municipalidad de Lima.

Vino entonces Bolívar al Perú y las tropas combinadas argentinas, chilenas y colombianas pusieron en Ayacucho el sello de la última victoria á la independencia de las colonias españolas en América. Como si la Providencia hubiera querido privar á Bolívar de la gloria de asistir al triunfo definitivo de la causa americana, no fué el mismo, sino uno de los mas eminentes generales, Sucre, el que mandó el ejército que alcanzó aquella memorable y decisiva victoria.

Han reprochado algunos á San Martín haber sacrificado su ambicion á la de Bolívar en esa conferencia de Guayaquil, y su alejamiento del Perú, antes de haber coronado su empresa por sus propias manos. Este reproche honra mas que ofende la reputacion del ilustre general. Su desprendimiento magnánimo es á nuestros ojos un título que recomienda altamente el carácter de este hombre eminente; y la proscripcion que vo-

luntariamente se impuso despues de logrado el objeto de su desinteresado patriotismo, nos muestra en él esas cualidades morales, que asociadas á los esfuerzos del heroismo, son los verdaderos signos de la gloria.

Si Bolivar hubiera sabido imitarle, habria acabado sus dias tan serenamente como los ha terminado su rival, y, no abrumado por esos amargos desengaños que se hubiera evitado una ambicion capaz de refrenarse. No es que queramos por esto desconocer los grandes hechos de ese caudillo prominente; pero sí afirmar únicamente que las virtudes patrióticas del general San Martin y su abnegacion generosa han encumbrado su nombre, en vez de rebajarlo, á los ojos de los que entienden, como nosotros, que la mas pura y legítima de las glorias es la de Washington, esto es, la gloria desinteresada. — ¿Cómo negarla al general San Martin cuando le hemos visto pasar veinte y ocho años en el destierro, sin pedir nada ni quejarse nunca? Tardios han sido por cierto los recuerdos de justicia de algunos gobiernos sud-americanos respecto de él; pero aunque no hubieran llegado, mientras vivió, es seguro que el general San Martin en su virtuosa modestia jamás habria implorado recompensa alguna por esos servicios, que nada menos produjeron que la independenciam de varios pueblos americanos. Habia servido á la América por amor á ella, no por sí mismo, y su mayor recompensa estaba en su propia conciencia. Si los hombres que así obran, y eso sienten, no son los hombres grandes de la tierra, no sabemos cuáles otros puedan merecer ese título.

El general San Martin ha vivido en Francia lejos del bullicio del mundo. La *Minerva Francesa*, hablando de la entrada nocturna del célebre general en Buenos Aires, despues de la batalla de Maipo, decia:

«El general San Martin es enemigo de recibir homenaje público. Siempre hizo de noche sus entradas en Buenos Aires, Mendoza, Chile, Lima, en donde quiera que habia de recojer el tributo de las demostraciones de alegria y de gratitud de los pueblos. Es muy cierto lo que dice la *Minerva Francesa*, cuando habla de la entrada nocturna de aquel guerrero en Buenos Aires, despues de la batalla de Maypo.

«El general San Martin, este gran ciudadano, recuerda

por sus virtudes sencillas y su carácter modesto, algunos de aquellos héroes de Plutarco, que amamos y admiramos á un tiempo mismo. El acababa de arrostrar todos los peligros que amenazaban á su patria; y al atravesar su territorio evitaba con la timidez de un niño los honores públicos que se habian preparado para su recibimiento. »

El general San Martin se ha mantenido fiel á esos hábitos modestos. Lejos de apetecer los honores, los huía en los últimos años como en los de su brillante juventud.

Hasta tal punto llevaba su abnegacion que jamás quiso contestar, ni las calumnias lanzadas por vulgares pasiones contra su nombre, ni las falsas relaciones de la lucha en que él figuró como el primero, y que mezquinas ambiciones han querido hacer aparecer como obra suya.

Después de la muerte del rico banquero Aguado, su íntimo amigo, vivía consagrado todo á su familia; y su puerta solo se abría para los hijos de Sud-América que visitaban la Europa y querían conocer al afortunado guerrero, cuyo nombre resonó en medio de tantos aplausos en los ángulos todos del continente americano.

¡ Ah ! si aquellas repúblicas de la América antes española hubieran podido escuchar y practicar los sabios consejos del general San Martin, ¡ cuántos escándalos nos hubiéramos ahorrado ! El amaba la libertad, pero no con delirio, sino sensata. Comprendiendo cuan difícil es arraigarla en pueblos, cuyas costumbres se han formado en tres siglos de vida colonial, deseaba que fueran los pueblos americanos preparándose gradualmente al ejercicio de las instituciones republicanas que han adoptado. No hemos seguido esa vía, y queriendo lanzarnos de improviso en la senda de una democracia imposible entre nosotros, hemos allanado el camino á todos esos malos caudillos que explotan la América en provecho de miserables intereses, y cubren con el manto de la libertad el despotismo y la barbarie. ¡ Quiera el cielo que las virtudes y las opiniones saludables del general San Martin puedan hallar imitadores entre los hombres que gobiernan aquellos países desgraciados !

El general San Martin deja una hija tan llena de virtudes como lo fué de gloria su padre. Esta señora, casada con

don Mariano Balcarce, hijo de uno de los veteranos de la lucha de la independencia, es madre de dos niños á cuya educacion consagra todos los inteligentes desvelos que debió ella misma al corazon paternal.

El general ha sido víctima de una penosa enfermedad, que, si abatia su ánimo, aproximándole á la tumba, no empañó un solo dia su razon. Esta se ha mantenido entera hasta el último momento. Poco tiempo antes de su muerte, hemos tenido la satisfaccion de escucharle los que estas líneas escribimos, y hemos podido persuadirnos á un tiempo de la elevacion de carácter y de inteligencia del glorioso vencedor de Maypo.

Modesto ha sido su entierro, como fué su vida pública y privada. Unos pocos amigos acompañaron sus restos hasta la bóveda subterránea de la catedral de Boulogne donde han sido depositados para ser mas tarde trasladados á Buenos Aires.

Cuando las repúblicas de la América del Sud, que como los Estados nacieses luchan hoy contra los elementos de disolucion que rodean la cuna de todos los pueblos, empiezen á asentar sobre bases mas firmes su órden político; cuando vayan introduciendo en sus costumbres la luz evangélica, que es la única que prepara á las sociedades para la inteligencia y la práctica de las instituciones democráticas; cuando millares de pobladores europeos penetren con su industria y sus hábitos laboriosos en sus rios inmensos, hoy solitarios, en sus bosques y llanuras desiertas é incultas; cuando la América del Sud por fin, aleccionada é inspirada por los ejemplos de su hermana del Norte, sea el mundo en que busquen asilo las ideas de una política verdaderamente ilustrada, que tantas pasiones destructoras y tantas ideas suersivas combaten hoy en el viejo continente, entonces mas que ahora se apreciarán los servicios del general San Martin, las nobles cualidades de su alma, y volverán aquellos pueblos con orgullo su vista hácia el punto de partida, y llamarán héroe al que abrió para la América meridional la era del porvenir maravilloso que la espera.

El triunfo del Gobierno de Chile y la caída de la tiranía en la República Argentina

París, marzo 14 de 1852

Señor editor: Las últimas noticias recibidas en Europa de la América del Sud, anuncian esos dos grandes acontecimientos. Verdad es que si se sabe el triunfo definitivo de la causa de la civilización en Chile, esa misma causa aun no había puesto en tierra al tirano argentino. Yo considero sin embargo, consumada ya en mi país la victoria de la justicia contra la barbarie, y voy á escribir aquí las reflexiones que se despiertan en mi alma en presencia de sucesos de tanta magnitud.

La cordillera de los Andes dividía en América dos países rejidos por sistemas enteramente opuestos, y una barrera menos alta quizá no habría impedido que el uno de ellos penetrara á luchar contra el otro. La fuerza moral de la tiranía conquistó á Bolivia en favor del sistema de Rosas, y sometido ese país á Belzú, el sistema de opresión, de retroceso, de terror, se extendía desde el Plata hasta el Desaguadero. La fuerza material del dictador de Buenos Aires dominaba todo el territorio del Estado del Uruguay; un paso más, y caía bajo el yugo esa indómita ciudad de Montevideo, y tres repúblicas americanas quedaban esclavas de tres hombres, Oribe, Rosas, Belzú.

Mientras las provincias argentinas han gemido durante veinte años en las cadenas, en la degradación, en la miseria; mientras los ciudadanos argentinos habían perdido sus derechos más sagrados, privados hasta de la inofensiva libertad de elegir el color de sus vestidos y forzados todos á llevar la librea de los lacayos; mientras la propiedad, la vida y el honor eran á cada paso atropellados por puñales fratricidas y hasta los pensamientos favorables á la libertad eran castigados con la pena de muerte; mientras bastaba ser pariente ó amigo de un emigrado para ser sentado en el patíbulo, y no bastaba que una jóven

abrigara en su seno un ser inocente, que no habia podido delinquir ni con el pensamiento porque aun no habia nacido, para resguardarla de las balas de un mónstruo; mientras todo eso sucedia en la república argentina, Chile en los mismos veinte años habia mantenido un gobierno en vez de un tirano, la paz en lugar de la guerra civil, el órden en vez de la esclavitud, y la ley en vez del puñal. No solo la propiedad, el honor y la vida estaban allí garantidos, sino que se disfrutaba de la libertad política compatible con el grado de civilizaci6n de un Estado naciente. Las Cámaras, la prensa, el jurado, la guardia nacional, todo eso existia allí, y los chilenos podian hasta tal punto envanecerse de su prosperidad, sobre todo cuando contemplaban el cuadro sombrío de los países vecinos, que al pisar por primera vez las playas de ese Estado afortunado, uno de sus hijos mas ilustrados pudo decirme estas palabras: *nuestra educaci6n política está hecha.*

¡ Nuestra educaci6n política está hecha ! — Pronunciar esas palabras era ciertamente una exajeraci6n de las ilusiones jenerosas del amor pátrio. Estoy seguro que no recibiria esa respuesta, si hoy preguntara yo al mismo individuo: « Cree usted despues del motin de Santiago, de las asonadas de Valparaíso y de Copiapó, de la revoluci6n del norte y de la del sud; cree usted despues de los clubs, de los paseos populares y las prociamas socialistas, despues del desenfreno de la prensa y de la febril exaltaci6n de las pasiones convertidas en guerra civil; cree usted despues de la batalla de Longomilla en que los chilenos han combatido unos contra otros como fieras, y en la que se encontraba, ¡ triste escándalo ! una legi6n de indios araucanos; cree usted despues de todo eso que la educaci6n política de Chile estaba hecha ?

No, no es cierto que la educaci6n de ningun Estado sudamericano esté hecha. La de todos está por hacer, y porque está por hacer es que durante veinte años Rosas ha tiranizado la República Argentina, y que la paz de veinte años de Chile se ha encontrado últimamente á dos dedos del abismo.

Algunos jóvenes insensatos creian la educaci6n de Chile tan hecha que lo suponian ya en razon de marchar á la par de la Francia revolucionaria. « Imitemos los clubs, han dicho ellos, llamemos á la plebe al gobierno de la sociedad, recla-

memos la libertad ilimitada de la prensa, ataquemos la tiranía del gobierno, no mas privilegios, y gritemos *libertad, igualdad, fraternidad*. Durante la tiranía de ese gobierno atacado con tanto furor, no hubo un chileno fuera de sus hogares por causas políticas, las prisiones no estuvieron jamas llenas y el ódio no habia sentado á un solo hombre en el patíbulo. La tiranía del gobierno de Chile era precisamente la que habia asegurado sin sangre ni lágrimas tan larga paz y la prosperidad que fué su consecuencia.

El dia que empezaron los odios á inflamarse, se gritaron allí las palabras de la revolucion de febrero y como aquí vino el sangriento combate de junio á sancionar la fraternidad, en Chile el drama revolucionario ha terminado por el combate de Longomilla. ¡ Cuánta sangre inútilmente vertida, cuantas familias enlutadas, y qué quebranto para la prosperidad moral y material del país! Y todo eso ¿ con qué fin? ¿ Valia la pena de comprar á costa de tamaños sacrificios mas libertades políticas de las que Chile habia poseido? Si la revolucion hubiera triunfado, ¿ quién hubiera sido bastante fuerte para contener el torrente? En vez de la justicia con que corona el gobierno su triunfo, ¿ no habria sido la venganza la que se habria enseñoreado de los destidos del país? Se habria visto en Chile, dado el triunfo de la revolucion, lo que se acaba de ver en Francia, que cuando los pueblos ambicionan mas libertades que las que son capaces de ejercer, las pierden todas y acaban por inclinarse arrepentidos delante del despotismo.

¿ Ni qué mejor argumento podia invocarse en favor de la política antes practicada en ese país que los saludables resultados por ella producidos? Con razon dice un proverbio francés que *lo mejor es el enemigo de lo bueno*; por querer lo mejor los chilenos se han abandonado á tan funestas conmociones, como si lo bueno tuviera raices tan sólidas en aquellas tierras, como si el orden no fuera el mas envidiable de todos los progresos, y como si hubiera alguno posible sin él.

Desde que llegué á Chile comprendí muy claramente que opositor y revolucionario en la República Argentina debia simpatizar con los conservadores allí, que enemigo del gobierno argentino, el peor de los gobiernos americanos, si es

que la tiranía puede llamarse un gobierno, debía ser amigo del gobierno chileno, el mas regular y el mejor de los gobiernos de las repúblicas sud-americanas. Si, desde entonces me pareció que la insurreccion era legítima y patriótica en mi país, como seria culpable en Chile. Confundir á Rosas con el general Prieto ó el general Búlnes, atacarlos por los mismos medios, era á mis ojos el colmo de la locura, á mas de ser la violacion mas chocante de las reglas de la lójica.

Pero, ¿por qué, se me dirá, se entromete usted en querellas que no le tocan? Si no ha nacido usted en Chile, ¿por qué se ocupa de nuestras disensiones internas? Voy á contestar á esa pregunta, señor Editor.

Es cierto que no he nacido yo en ese país, pero no pienso que sea preciso haber nacido en él para amarlo y para interesarse en su suerte. ¿No es verdad que el orden, que el crédito de Chile es un tesoro de toda la América del Sud? ¿No es verdad que los hijos de los otros estados, en sus horas de amargura y lanzados al destierro por déspotas insoportables, han fijado sus ojos agradecidos en la quietud que reinaba en esa República? ¿No es verdad que una esperanza consoladora penetraba en el fondo de sus almas para enviarles algunos rayos de fé en medio de la tormenta?

Si á mas de eso conservamos recuerdos de gratitud los que allí hemos encontrado proteccion y hospitalidad, ¿son acaso prohibidos á la gratitud los buenos consejos? Pregúntense únicamente los hombres, cuya susceptibilidad puedan herir mis palabras, si ellas son ó no inspiradas por sentimientos nobles y desinteresados, y reconocerán entonces que si no son ellas la mejor moneda, es la única con que un emigrado paga los beneficios recibidos.

Yo no abrigo aversion profunda sino por un solo hombre, y ese no es chileno. En cuanto á los revolucionarios de Chile, soy incapaz de la menor prevencion contra las personas, pero detesto abiertamente sus teorías, y no solo en el interés de Chile, sino en el de las otras repúblicas americanas. Los hombres son locales, las teorías no; el dia que estas triunfan en un lugar, aspiran luego á difundirse en otro. Para las teorías no hay cordillera cerrada, ni desierto intransitable. Una vez que una idea ha sido aceptada en un país y se ha

convertido en hecho, el hecho á la vez se hace ejemplo y todo ejemplo es contagioso. Asi como no han faltado alguna vez á la política de Chile imitadores, tampoco los han faltado á la de Rosas; pero si esa república ha merecido por tantos años servir de modelo, fué precisamente cuando quiso practicar un sistema de gobierno moderado, en armonia con las exigencias y con los medios del país. Desde que el mal ejemplo dado por los demagogos franceses fué plagiado en esa república, desde que un entusiasmo irreflexivo reemplazó á la sensatez, que habia distinguido á sus hijos, el orden ha corrido grandes peligros, y larga tiene que ser la convalescencia antes que se recobren todos los bienes perdidos.

Yo no sé, ni me importa saber, cuales eran las intenciones de los que han apartado á ese país de las vías en que tanto habia ganado; lo que sé es que sus principios, que sus pretensiones políticas han sido de todo punto injustas y contrarias á los intereses mas preciosos de la sociedad. Y observo que siempre que un gran número se ocupa de reformar la situación en aquellos países, la situación empeora; mientras que cuando los gobiernos en vez de contradictores hallan apoyo en la opinion, cuando la opinion ya que no los ayude los deja por lo menos hacer, las cosas marchan mejor. Y esto lo que me prueba es que la educación política no está hecha, que los meetings, los clubs, las libertades ilimitadas no son destinadas á países que están lejos de la civilización en sus creencias y en sus costumbres, y á los que considero por lo mismo á igual distancia de la libertad democrática.

Yo conozco muy bien que Chile no ha tenido un gobierno perfecto; pero ninguna sociedad humana lo tiene, y los gobiernos no pueden menos que resentirse de los vicios y del atraso de la sociedad de donde salen. Pedir gobiernos perfectos en la América del Sud es el medio seguro de tenerlos detestables.

Si la revolución hubiera triunfado en Chile se habria visto allí probablemente un gobierno parecido al de la Nueva Granada. Los clubs habrian cubierto el país, el desorden habria reinado en todas partes, los odios de las clases se habrian fomentado, y el socialismo brutal habria sido la consecuencia inevitable de la propaganda revolucionaria. Un arrepti-

miento tardío habria venido á deplorar, como sucede en Francia, la ausencia de un régimen, cuyos beneficios se habrian apreciado justamente despues de haberlos perdido.

Cuando la ley y la autoridad han triunfado en Chile, la victoria no ha sido de un partido sobre otro, ha sido de todos los chilenos sobre la violencia y la revolucion, que á todos habria hundido en la misma desgracia. Muy menguado es el patriotismo de los que se imaginan que alguien gana en un país despues que se arruina por sus bases el edificio social. Cuando los caballos de los indios araucanos hubieran pisoteado las leyes del país, cuando la autoridad se hubiera visto por los suelos, los mas perversos entre los malos habrian recogido la mejor parte del botin, y un puñado de criminales sin pudor habrian avasallado al mayor número.

Y no necesitamos venir á Francia y recordar los nombres de esos bandidos execrables, que se llaman Marat, Saint-Just y Robespierre para comprender en favor de quienes trabajan los turbulentos demagogos. Nada tiene que envidiar á ninguno de ellos, y nuestra historia de todos los dias nos enseña que los pueblos que siembran anarquía cosechan, mal de su grado, sangrientos dictadores.

Yo tengo para mí que nada ha podido justificar el movimiento revolucionario de Chile, y pienso por lo tanto que importaba sobre manera, no menos á ese país que á la América toda, que esa revolucion fuera vencida. Háganse los cargos que se quieran al gobierno. Ha errado, ha cometido faltas? Será eso cierto cuanto se quiera, la ciencia no ha descubierto aun el modo de que los gobiernos no yerren, ni cometan faltas, y la historia no cuenta hasta hoy ningun gobierno infalible. Lo que yo afirmo es que nada menos justificable que contestar á los errores de un gobierno con motines é insurrecciones; eso seria imitar cosas que cortaba las cabezas de los que pensaban contra ellas, poniendo que las faltas sean ciertas, pregunto yo: ¿habia delinquido ese gobierno? —Pues si no teneis crímenes que señalarme, digo que habeis empleado sin razon y á destiempo la oposicion armada. Reserve-mos, por Dios, reservemos para los males extremos los remedios heróicos, las revoluciones para los Rosas, las armas contra el crimen.

Los errores de Rosas eran ciertamente y por desgracia de otro jénero. Rosas no ha errado por haberse equivocado en la eleccion del candidato que debia sucederle, no tampoco por no haber alejado á tiempo de la oposicion á los que pudieran dar prestigio y fuerza á la autoridad; no ha errado en cuanto á las reformas mas saludables á los adelantos del pais no en los medios mas acertados de darle una organizacion conveniente; no en el mejor sistema de administracion; porque ni ha reformado, ni ha organizado, ni ha administrado el pais. Rosas no fué jamás un gobierno,, fué siempre la tiranía.

Déspotas ha presentado la historia, y Napoleon está en prueba de ello no muy lejos de nosotros, que venidos en pos de las discordias civiles han consagrado los esfuerzos de su genio reparador á reconstruir las columnas derribadas del orden social. Napoleon, colocado al frente de la Francia, despues de una revolucion violenta y sanguinaria, suprimió todas las libertades políticas de su pais, pero lo dotó al mismo tiempo de sus códigos, su garantía de sus libertades civiles, y dió á todos los ramos de la administracion pública esa admirable organizacion que le ha sobrevivido y que será el mas bello título de su gloria.

Rosas ha sido en la República Argentina mas que un déspota, ha sido un tirano; no suprimió solo las libertades públicas, sino todas las libertades. No ha ofendido solo á los arjentinos por haberles privado de la prensa y hecho una farsa odiosa no menos que un sistema parlamentario; pero privarles ademas de su libertad de vivir y de poseer, era privarles del derecho de defenderse y de declararse en guerra contra la sociedad. Como un bárbaro semejante no habia otro recurso que la guerra, era preciso valerse de ella. El honor, la justicia, la humanidad reclamaban de consuno.

Lo que me ha parecido especialmente alarmante en las últimas agitaciones de Chile, es la tendencia socialista del espíritu revolucionario. La loca manía de algunos jóvenes de repetir como loros las fórmulas de los perturbadores de la Francia, de prometer paraiso de ventura á ese pobre pueblo que tanto y tan indignamente se adula cuando se necesita de sus brazos, era un sistema de barbarie aun mas amenazador que

la aparición de los indios araucanos en las filas enemigas del gobierno. El socialismo habria dado á los rotos fanatizados por torpes esperanzas el derecho de robar y de matar, y por cierto que lo sucedido en Copiapó y lo que habria sucedido en Valparaiso si vencía la rebelion, no deja duda alguna respecto á las verdaderas aspiraciones de esos soberanos sin camisa ni conciencia.

Contra esa bandera roja, que habria levantado mas ó menos pronto la revolucion victoriosa, es contra la que han luchado los arjentinos. Rosas no era otra cosa que el socialismo en el poder; lo que en Francia habian amenazado las bárbaras teorías, allí estaba realizado por ese enorme bandido. Quitar á los ricos para dar á los pobres es la máxima favorita de los socialistas europeos. Rosas la ha practicado mucho tiempo há. La confiscacion despojó de sus bienes á los lejitimos propietarios para enriquecer á algunos miserables. El *infame capitalista* no solo perdía su fortuna, sino que ha pagado muy á menudo con la vida el crimen de la riqueza. Cobardes aduladores, tiranuelos insolentes prosperaron á la sombra de ese sistema protector de los malos, perseguidos, de los buenos; contrario á la luz y favorable á las tinieblas, esplotador de los vicios y enemigo encarizado de toda virtud patriótica y jenerosa. Tal fué la política del ensangrentado dictador, que aspiraba sin embargo al renombre de *¡Grande Americano!*

Grande fué su tiranía, sus crímenes y su barbarie, como no lo ha sido ninguno en su época. Y solo puede compararse con sus atrocidades por su hipocresía. Rosas, tan cínico en las palabras como en las costumbres, fusilando en la ciudad de Buenos Aires á Camila O'Gorman en obsequio de la moral pública, es el espectáculo mas repugnante que pueda ofrecerse á los ojos del hombre, y es imposible hallar espresiones suficientes para pintar la indignacion de los corazones honrados en presencia de semejante iniquidad.

Lo repito; la guerra, la insurreccion era mas que un derecho en los arjentinos, víctimas de la brutal dictadura, era un deber. Cuando la tiranta está en el poder, el patriotismo conspira. Dejarse degollar como corderos, ver caer las cabezas de sus mas ilustres compatriotas y no sentir en el pecho las palpaciones de un corazon irritado contra el bárbaro autor

de tanta desgracia, vestir resignado el chaleco colorado cual coraza impenetrable á los sentimientos decentes y virtuosos, era triste y humillante, y yo me felicito cordialmente en el interés de mi país y de la humanidad de que la guerra sepulte al fin á aquel malvado.

Lo que importaba ante todo en mi país era que la sociedad existiera y ella no existe allí donde un hombre es dueño arbitrario de vidas y haciendas y hasta de la fama. Algunos han creído que la fama y el honor debían también sacrificarse en las aras de un verdugo deificado; yo entiendo que tales individuos no han hecho sacrificio alguno, y que jamás supieron ellos lo que vale el honor para el hombre que se respeta. Eso equivale á la fidelidad prometida á los seductores por las mujeres adúlteras, es el juramento del traidor.

Pienso, pues, que era bien inspirado y bien aconsejado el patriotismo de los argentinos, que conspiraban contra el tirano de su país, y que por el contrario ha sido estraviado por pasiones ciegas y por verdades el de los que han conspirado contra el gobierno de Chile y el sistema que habia dado tantos años de prosperidad á esa república.

Enemigo de la tiranía en mi país, estoy muy distante de caer en la idolatría de una libertad licenciosa y destemplada. Partidario del gobierno en Chile, no llega mi adhesión á la autoridad hasta desejarla despótica y arbitraria. Esos son los escollos en que suelen perderse los dos principios tutelares de toda sociedad, la equidad y la libertad. La tiranía es la criminal exageración de la autoridad, como la licencia es la culpable exageración de la libertad: si queremos evitar ambos escollos no debemos escapar ni demagogos.

Los demagogos son el descrédito de la libertad, como los tiranos el de los gobiernos. Rosas hizo la desgracia de la República Argentina y la llenó de males que el tiempo solo podrá curar; los revolucionarios de Chile, desprestijiando la autoridad, rodeándola de dificultades, atacándola por las armas, preparaban á su país desgracias no menos lamentables.

La autoridad es un gran principio, y en las condiciones sociales de los Estados americanos, mientras la educación política no esté hecha, es el principio mas fecundo, el principio salvador; porque la autoridad es la guardiana del orden

y de la paz, nuestras primeras y nuestras mas vitalés necesidades.

Tengo la profunda conviccion, que he manifestado antes de ahora, de que el órden debe ser la regla suprema de todas las libertades políticas que se usen en aquellos países; toda libertad que amenaza el órden es funesta. No me cansaré de repetirlo, no podemos ser tan demócratas como los norteamericanos; es preciso que seamos tan liberales como podemos ser libres. El problema de la libertad es todo el problema de la vida humana, los hombres usan y abusan de ella, practican el bien y el mal. Protejer, fomentar la libertad del bien, restringir, enfrenar la del mal, debe ser el propósito de todos los patriotas ilustrados. Así, por ejemplo, permitir, so pretexto de la libertad del pensamiento de la prensa mas propiamente dicho, que escritores no educados ni en el corazon ni en la mente, ataquen la moral pública, penetren con sus críticas calumniosas en el hogar doméstico, blasfemen de Dios, insulten sus ministros, adulen los malos instintos de la plebe, y prediquen doctrinas corruptoras y subversivas de todo órden social, es permitir la libertad del mal, es permitir la licencia y la demagogia, y confiar la conciencia de un pueblo nuevo y necesitado de buenas lecciones á la direccion de los maestros del vicio y de la mentira.

Cuando nuestra educación política esté hecha; cuando como en Inglaterra ó en los Estados Unidos haya una opinion y una conciencia pública que nos imponga costumbres puras y creencias sólidas, cuando el número de la poblacion de esos países esté comparado con los tantez tan laboriosas como morales, cuando los niños no estén tan desnudos como los guasos no tengan desnudo el cuerpo y desnuda tambien el alma de sentimientos de probidad y de respeto, entonces nuestros nietos y los hijos de ellos podrán decir: «Somos capaces de mas libertades, porque somos mas civilizados que nuentros padres.» Entonces los hombres que hoy necesitan ser gobernados, podrán aspirar á gobernarse á sí mismos y la República se habrá realizado.

Entre tanto, reconozcamos que la política moderada practicada en Chile en los dias felices, que ha estado tan espuesto á perder, es la buena política de los dos lados de los Andes.

Tenemos la doble experiencia de los resultados de los buenos y de los malos gobiernos; tenemos veinte años de barbarie al lado de veinte años de prosperidad y de orden. Si queremos ser hombres de juicio, sabremos que todos los abusos son funestos á los pueblos, no menos los de los que mandan, que los de los que obedecen. Saber mandar y saber obedecer es todo el secreto de la prosperidad de los Estados; obedezcamos, pues, á los buenos gobiernos, resistamos únicamente á los tiranos y á los demagogos, y usemos dignamente la libertad si no queremos ser subyugados por la tiranía. Yo he creído siempre que la manera mas propia de protestar contra la tiranía era combatir la demagogia. La demagogia es el pretesto de los tiranos, como la tiranía el de los demagogos: mostrémonos adversarios de unos y otros, y partidarios sinceros é ilustrados de los buenos gobiernos y de la libertad moderada.

El mal gobierno, el tirano, sucumbe en la República Argentina, el buen gobierno, el que ha salido victorioso en la de Chile de una crisis sumamente peligrosa. En ambos países ha triunfado la misma causa, aunque de distintos enemigos. ¡Ojalá que se pueda en ambos tambien mantener el fruto de la victoria! ¡Qué conmovedor seria ese espectáculo, despues de tanta conmocion estéril y vergonzosa, despues de tanta sangre vertida por torpes y de tanto escándalo y de tanta humillacion! ¡Qué ejemplo habrá en el sud de la América meridional para las naciones en una actitud decente y soportable; la de Chile y el Perú; y al fin podremos levantar la cabeza agoviada antes de ahora por el peso de tantas injurias. Tendremos la grata satisfaccion de vivir en nuestro suelo con dignidad y la de morir de muerte natural, en la hora que Dios señale para el término de nuestra existencia, no en la que marque el reloj de los tiranos. Morir de muerte natural no es poca cosa por cierto, y sino preguntamos á las madres argentinas y chilenas si así han muerto todos sus hijos, sus hermanos, sus esposos! ¡Argentino ha habido fusilado antes de nacer para mayor gloria de la patria y del héroe de Sud-América!

Demos gracias á Dios que ha enviado á los buenos la victoria, y amemos á los vencidos que son nuestros hermanos.

Amémoslos; es el único medio de asegurar la concordia y la quietud tan necesarias; pero seámos tan severos con los malos principios, como conciliadores y tolerantes con las personas. ¡Justicia y no venganza! sea el pensamiento favorito de los que han triunfado en ambos países. Yo no deseo el mal de nadie, y si he odiado mucho á Rosas, tengo la satisfacción de agregar: de Rosas abajo á ninguno.

De usted, señor Editor,

FÉLIX FRIAS

Carta á Thompson

Paris 21 de marzo de 1851.

Mi querido amigo:

En tu última me pides te diga algo acerca de este mundo político y moral. Voy á satisfacerlo deseo. Desde que me halló en esta tengo puesta la vista en la última revolucion. No me quemado mis naves porque no soy Cortés, pero he cerrado mis libros porque es lo que deseo.

Esta revolucion es destructiva.

¿Qué importa en esto que se escribe? Prefiero juzgar á los individuos por sus acciones por sus hechos. En épocas como la actual se usan sinceras las palabras: pero hay una cosa que es falsa ni embustera; me refiero á las acciones, á la conducta y á la vida de los hombres. Para estudiar estas acciones y esta vida, no es menester penetrar en el hogar doméstico. Las pasiones salen á la calle, se ostentan desnudas á la luz del sol durante el período revolucionario.

Empiezo por decirte que no es este un mundo político ni moral. El caos, hé aquí lo que se presenta á mi vista. Si fuera hoy la Francia un mundo político y moral, la tarea de referir lo que en su seno pasa seria fácil, mas no lo es la de pintar el caos. ¿Qué otro nombre merece en efecto el hacina-

miento de violentas pasiones, el desconcierto y la anarquía de las creencias y costumbres? Solo Dios es capaz de deslindar este cuadro de males y de errores, mas terribles por las desgracias venideras que por los padecimientos pasados.

La revolución de febrero ha roto todos los diques que contenían el torrente. Esos diques eran obstáculos materiales, y estos no bastan á impedir siempre el desbordamiento ni á salvar cosa alguna. En mi humilde concepto la república ha venido á coronar todos los egoísmos, todas las aspiraciones, proscribiendo las virtudes de la conciencia nacional. En una palabra, la república ha sido un tiempo una imposibilidad y un error. Solo una civilización moral puede dotar á un país de las fuerzas necesarias para gobernarse á si mismo. La actual de este país ha fundado el caos, la guerra de las ambiciones encontradas, y por lo tanto la guerra civil mas ó menos próxima, y tras ésta la esclavitud.

La Francia se pierde porque no sabe retroceder, y no sabe retroceder porque es incapaz de arrepentirse. El arrepentimiento es la primera de las virtudes

Un sentimiento único persevera en medio de la inconstancia general, el interés personal. Ya consideremos á los individuos en el seno de los partidos, ya los miremos á la luz de sus actos, todo descansa al fin en estas palabras: *yo me amo*. La fraternidad solo está escrita en los papeles de París: mas no está grabada en los corazones.

Me dirás tú que un juicio semejante es absurdo, supuesto que el partido del orden presta grandes servicios á la sociedad. A este cargo contra el partido del orden que no es muy exacto haya existido ese partido, pero yo no sé donde estan sus afiliados. En su bandera llevaba antes estas palabras: *religion, familia, propiedad*. Esas cosas santas ¿quién sino los buenos podían defenderlas? Cuales son los buenos, cuales sus virtudes?

El partido del orden se compone de tres ó cuatro partidos. El partido del orden ha sido una anarquía organizada en los dias de conflicto contra el enemigo comun. Ese partido ha vencido á sus adversarios? No. ¿Ha mantenido la organización, la disciplina en sus filas? Tampoco. Apenas se creyó vencedor se ha desbandado cual lo hiciera un ejército sin

disciplina; y ahora se lanza de nuevo al combate luchando contra sus propios aliados. Ese partido se ha dispersado cuando mas convenia que se mostrara unido y compacto; cuando la salvacion comun reclama su apoyo.

Los sábios hallarán profundas razones para explicar esta conducta; yo no encontré mas que una, el egoismo. Una sola cosa establece el equilibrio en el hombre, la armonía, la paz y la concordia, en las sociedades, el amor cuya accion es la virtud, cuyo código es la religion. No hay en Francia un partido de acuerdo con otro, y quizá no son muchos los hombres que puedan decir: *yo no soy una anarquía*.

Principiemos por lo mas encumbrado. Esa anarquía tiene lugar en el destierro, entre los miembros de una ilustre familia. Dios me libre de culpar á los príncipes, no; pero sí culpo á las inteligencias que pretenden dirigir á esos príncipes. Esas inteligencias apesar de su ciencia ignoran que hay algo superior á ellas, y que ese algo se apellida *patria*.

« Representamos dos principios irreconciliables, dicen los enemigos de la fusion. » Mentira. Lo que representais es vuestra ambicion personal.

« Nosotros representamos el principio constitucional, dicen los orleanistas y el conde de Chambord el principio divino. » Mentira tambien. Lo que representais, por que todos sois franceses, son los vicios de Francia, la paz y el orden de las familias, el vicio y el desenfreno de las pasiones. Lo que necesita es una cabeza, es ser gobernada, es de gobernarse en el dia con los elementos que el buen sentido nacional comprenderá siempre. El paso que no entiende ni puede entender esos profundos raciocinios en favor de la discordia.

Soy de opinion que el mejor derecho está de parte de los legitimistas, y que la adhesion de los hombres de 1830, seria su mas cumplida recomendacion. Pero como cada partido es aquí un foco de anomalías, una contradiccion encarnada, resulta que el partido legitimista no ha guardado en estos últimos tiempos una conducta muy sabia. El derecho de los legitimistas es respetable sin duda, pero no pasa de una tradicion y de una esperanza. Hay algo mas respetable entre

tanto que esa aspiracion al ejercicio del poder legitimo, es la autoridad existente. Los legitimistas reclaman con ardor la facultad de mandar, pero ¿poseen acaso el don de la obediencia? Lo dudo. Su campaña última contra el presidente, destruye toda presuncion sobre el particular. El presidente es algo mas que ese derecho invocado por ellos, es la viva expresion de la ley, y no hay derecho contra la ley.

Desconfiar pues, del presidente, censurar sus actos por meras sospechas, es en los conservadores atacar sus propias aspiraciones. Atacar á un aliado por sospechas y atacarlo con la cooperacion del enemigo comun, de esa conspiracion permanente denominada *la montaña*, es un error gravisimo, una doble insensatez. ¿Cuál ha sido el resultado? Fortalecer en la opinion al supuesto conspirador y quebrar las armas del partido del orden en sus propias manos. Fijate en la siguiente contradiccion: rechazar el imperio y dividirse acto continuo para impedir su advenimiento! ¡Qué sistema! qué lógica! . . .

Aquí se me ocurre una reflexión. El partido conservador olvida á menudo que es menester reedificar sobre ruinas. Para reedificar necesitan operarios: pues bien, esos operarios con sus jefes al frente, se entretienen no en recoger y ordenar los escombros del edificio derruido, sino en lanzarse á la cabeza esos escombros para herir con ellos á sus propios amigos.

Aunque está fuera de duda que el partido ha ganado en la opinion, no obstante, ¿cómo se asegura que el cuerpo deliberante, expresion de la opinion, se aparte del primero? De aquí nace el desmoronamiento de los ánimos. El gobierno se paraliza, y el poder es imposible.

Si sois impotentes para levantar el trono, diria yo á los monárquicos, trabajad al menos en favor del principio de la autoridad, simbolizado en el nombre de Luis Napoleon. Pero los oídos del egoismo son sordos como los de la vanidad su compañera. Por mi parte temo que la Francia caiga irremisiblemente en el socialismo, porque la causa del orden no tiene leales y desinteresados defensores.

No son todos socialistas los que han inventado la literatura y filosofia modernas. Esos escritores, sin embargo, han

contribuido á debilitar en la conciencia pública el sentimiento moral y el buen sentido. Los partidarios del orden son los que publican, por ejemplo, las *Memorias de la Lola Montes* y que tratan de rehabilitar sobre las tablas la memoria de Mesalina. ¿Qué derecho tienen, pues, para estrañar que la Montaña haga otro tanto en la asamblea con respecto á los asesinos de un rey mártir y de multitud de victimas inocentes? La Francia de hoy es aun mas que en la época de Luis Felipe, una California para todas las ambiciones. El oro no es muy abundante, pero todos lo buscan con empeño. Fuera del oro no hay salvacion, hê aqui el testo universal.

¿Qué hay pues que esperar de una nacion donde menguan el sentimiento religioso y el buen sentido? Nada y todo. Nada capaz de engrandecerla, sí todo cuanto puede humillarla.

Filósofos y literatos modernos no serán los salvadores de este mundo que se desploma, pues siendo los soldados del error, forman la vanguardia del mal. El remedio no está en los libros ni mucho menos en la cabeza de estos doctores quienes en prueba de lo ineficaz de su doctrina nos dan el triste espectáculo de la discordia. Si su ciencia es buena, ¿por qué no están de acuerdo? Si conocen el mal, ¿por qué no aplican el remedio? No lo aplican porque no lo tienen. El principio civilizador que pudiera vencer no es literario ni filosófico; es moral, es religioso. Los miembros del partido del orden no conocen ese principio, no tienen amor en su corazon,

La caridad es el principio del progreso y preocupado. La Francia sigue sus errores, el socialismo será experimentado, supuesto que siempre ganado gran trecho en el suelo francés. La guerra por desgracia con el fuego, como pudimos ver en la villa de niños cerca de un depósito de pólvora. Los niños son los partidos y la Santa Bárbara el pauperismo. Dios solo sabe si el delito de los bárbaros es mas ó menos culpable que el error de los doctores. Para mí la revolucion es obra de todos, porque todos pretenden tener razon y todos tienen culpa.

¡Ojalá que esté yo equivocado y que mis ideas carezcan hasta del mérito de ser la fea espresion de la realidad!

Tu amigo,

FÉLIX FRIAS.

Paris, marzo 31 de 1851.

Señor editor:

He creído que pudieran ser de algun provecho en las repúblicas de Sud-América las reflexiones que me ha inspirado muchas veces la presencia en Paris de los jóvenes de aquellos paises, enviados á Francia con el fin de adquirir instruccion ó completar la que tenian.

Al recordar el estado deplorable en que se encuentra en la América española todo lo que es relativo á la instruccion pública, comprendo bien que los padres de familia favorecidos por la fortuna, deseen á menudo que sus hijos se eduquen en Francia. Prescindiendo de la falta de las obras mas acreditadas para testo de la enseñanza, que se sirven en nuestros colejos jeneralmente de libros olvidados desde muchos años en Europa, entiendo que lo que mas necesario es en América son profesores capaces y suficientemente instruidos. Nuestros profesores son por lo comun jóvenes que se han formado por sí mismos, y han aprendido en los libros que la casualidad ponía en sus manos, bastan lijeras é incompletas nociones de las ciencias que les bastan para pasar por sábio en paises tan ignorantes como nosotros. Muchos de ellos, á pesar de serio saber, una reputacion fácilmente conseguida, han bastado muy á menudo para recibir el dictado de los demas, enseñar á los demas no solo en los colejos particulares sino aquí con el nombre de *escuelas libres*, sino en los colejos fundados y sostenidos por el Estado, y á los que aquí se llaman *escuelas públicas*. Como esos profesores no han aprendido lo que saben de otros mas competentes que ellos, es que no pueden transmitir á sus discípulos el saber, de que carecen; y en la carrera literaria, como en la de las armas, nada es mas cierto que no hay buenos soldados donde faltan los buenos jenerales. De ahí resulta que la instruccion recibida en esos establecimientos es casi siempre superficial.

Cuando observo todo lo que sabe aquí un oscuro redactor de diario, antes de la edad de treinta años, en historia, administración, economía política, literatura y tantos otros ramos de la ciencia, de los cuales muchos, y quizá los mas importantes, no se enseñan ni bien ni mal en América, no experimento poca sorpresa al compararlo con los que se titulan hombres instruidos en nuestros países. Y sin embargo uno de estos redactores de la prensa francesa no se encarga sino de un ramo especial, y hay diario que cuenta hasta 17 redactores. Entre nosotros es distinta cosa, y un solo redactor está forzado á saberlo todo, puesto que tiene que hablar de todo. Si comparara al escritor sud-americano con un estudiante salido de las universidades alemanas, mi sorpresa seria aun mayor, pues entiendo que la instruccion que en Prusia, por ejemplo, se recibe, es mas completa y mas profunda que en Paris, no tanto porque esté allí la enseñanza pública mejor dotada y organizada, sino por las ventajas que el carácter infatigablemente laborioso de los alemanes, lleva al de los franceses.

En materia de ciencias exactas pienso que tenemos que deplorar aun mas la falta de profesores competentes. Es mi opinion, pido perdon sin embargo por mi error, si estoy equivocado. Y bueno es reconocer que estos estudios, si no son los mas lucidos en América, no son por eso los menos provechosos. Tenemos maestros, porque no conozco otro modo como estoy distante de confundir á un albañil con un arquitecto, á una curandera con un médico, á un jardinero con un botánico, á un baqueano con un geógrafo, que nada sabemos en todas esas materias que son de utilidad real en todo país.

Si de los estudios literarios y los exactos paso á los morales y verdaderamente filosóficos, no es menor el vacío que creo notar en la enseñanza pública de aquellos países, cuyos hijos no son poco razonadores sino al contrario, y tanto que llegan á veces á entusiasmarse por la filosofía ecléctica de Cousin y lo que es mas por la humanitaria de Leroux, cosas de las que la América del Norte no ha llegado aun á comprender la utilidad para una sociedad civilizada y democrática.

Si muchas ciencias necesarias no se enseñan en América,

y otras se enseñan mal, ¿cuál será la consecuencia? que los estudiantes han de venir á Europa? No, esa consecuencia sería absurda. Lo que importa es que vayan los profesores donde están los discípulos. Esta es la regla jeneral, dictada por el interés mas respetable, que es siempre el del mayor número. ¿Por qué no lleva el gobierno de Chile profesores? El que viene á aprender á construir un puente ó una casa en Francia, porque no pudiera aprenderlo en Chile? Lo que se gasta en un número limitado de jóvenes enviados á este país, ¿no se emplearía con mas fruto en llevar á América hombres capaces de enseñar á un mayor número? ¿Cumple el gobierno suficientemente su deber, diciendo: he dado á 12 jóvenes del país en Europa los medios de adquirir una instrucción completa en ciertas materias? ¿Por qué escluir esas materias de la enseñanza del país? Advierto á usted que estos renglones no contienen una crítica, espongo humildemente mis dudas, y digo: El gobierno obra bien enviando estudiantes á Europa, pero obraría mejor si, *ademas de eso*, llevara profesores europeos á Chile.

No ignoro que hay muchos ramos altos de las ciencias exactas en los que no puede perfeccionar su instrucción, sino el que la haya completa en América. Para la química por ejemplo, ademas del método, se necesita el laboratorio, que falta en aquel país, y que en este tal vez el presupuesto fondos sobrados para conseguirlo. La ciencia administrativa, tan descuidada en Chile, á pesar de su importancia, la economía política, que en un país comercial, y sobre cuyas cuestiones ha pasado el ministro que consultó al comercio, las matemáticas en todas sus aplicaciones prácticas, todas estas ciencias tienen por único laboratorio un país que administran, que organizan, que enriquecen, que explotan en todo sentido.

Ninguna época mas favorable que la presente para proveer á esa república de personas capaces de enseñar todo eso. ¿Cuántos hombres de vasta instrucción trabajan aquí en los colegios por sueldos ínfimos, que no les alcanzan para su subsistencia, y la de su familia? Cuántos otros redactan artículos científicos para la prensa, aun mas pobremente remunerados? y como Chile es la república que mas garantías ofrece por su

estabilidad, tanto mayor es el deber del gobierno de atender á esa exigencia. M. Chevalier me dijo no há mucho que un hermano suyo, muy conocido aquí por sus conocimientos como ingeniero en minas, habia ofrecido sus servicios al Gobierno de Chile, que no los habia aceptado. ¡Y de cuánta utilidad no habria sido un ingeniero como ese en una provincia como la de Copiapó! Yo no he podido comprender esa repulsa.

Los hombres provistos de saber especial no solo podrian ser útiles en los establecimientos públicos, lo serian tambien y mucho en los ministerios. ¿Cuánto no ha debido felicitarse Chile de un oficial mayor de las aptitudes del señor Bello en el departamento de relaciones exteriores? ¿No convendria en el de hacienda una capacidad especial en el mismo puesto? ¿En el del interior, en el departamento de policia, ¡cuánta reforma utilísima no podria plantearse, si hubiera allí hombres que dijeran: *esto se hace en Europa de diverso modo y se hace asi!* ¿Los hospitales, los hospicios, las prisiones, no ganarian tambien con la introduccion de personas instruidas en esos ramos, cuando las municipalidades ni siquiera creen útil proporcionarse los libros en que todas esas cosas están analizadas y descriptas en todas sus partes?

Un hombre que sabe es un libro que habla, es por lo mismo mas que un libro. Recomiendo tambien á M. Alejandro Dumas, una publicacion reciente de ideas sobre las costumbres de las jentes de la Europa moderna: «Prefiero conversar con ustedes, me dicen, que leer, me contesta, mientras que ustedes pueden contestar mis preguntas.» Hé aquí lo que necesita Chile, hombres que contesten á las preguntas de los que no saben, y que no tambien, como ahora están encargados de administrar y de gobernar un pais.

Me he estendido involuntariamente en las consideraciones anteriores. Mi objeto al escribiendo esta carta, era indicar principalmente los riesgos á que se esponen en Francia los jóvenes sud-americanos, que van á educarse en ella, y las precauciones necesarias para precaverlos. Digo que vienen á educarse, porque es esa la palabra consagrada por el uso; conviene, sin embargo, notar que el uso la emplea mal. La educación y la instruccion son cosas muy distintas, que

desgraciadamente se confunden muy á menudo entre nosotros.

La educacion, á la que llama Tocqueville la instruccion del corazon y las costumbres, es tan superior á la *instruccion* del espíritu, verdadera acepcion de la última palabra, como es de mas precio en una sociedad civilizada un ignorante honrado que un sábio corrompido, una virtud que una idea.

Los jóvenes, pues, de Sud-América no pueden venir á Francia sino en busca de instruccion para su intelijencia; y para que tengan probabilidades de adquirirla, es preciso que vengan educados; es decir, que sepan gobernarse, que dueños de su corazon sean capaces de dirigir sus pasiones, y no se vean arrastrados por ellas. Dar libertad al hombre en la edad tempestuosa de la juventud, y dársela en el teatro mas peligroso, en Paris, donde tantas y tan seductoras tentaciones convidan á la inespierencia de la juventud, al olvido de sus deberes, es imprudencia temeraria, que muchos padres han pagado con las lágrimas de un arrepentimiento estéril. La libertad, pues, no corresponde sino á la educacion. Es este principio absoluto y de igual aplicacion al individuo que á las sociedades. ¿Por qué la Inglaterra menos instruida que la Francia, y los Estados-Unidos menos instruidos aun que la Inglaterra, son mas libres que la Francia? Porque los dos paises, habitados por la raza anglo-sajona, están mas y mejor educados que la nacion francesa. Importa tenerlo muy presente, el camino, que conduce á la libertad, es mas el de la moral que el de la ciencia. Omito las reflexiones que me despierta el recuerdo de lo que sucede en Sud-América á este respecto, para contraerme á mi asunto.

Paris, he dicho, es un teatro peligroso para la juventud. Es la capital de la ciencia, sin duda; pero es al mismo tiempo la capital de la corrupcion. Como esas cosas que parecen tan opuestas puedan habitar juntas en esta gran ciudad, es muy fácil esplicarlo, comprendiendo el carácter de la civilizacion francesa, y comprendiendo otras cosas en cuyo exámen seria inoportuno entrar en este lugar. Entretanto el hecho es indudable. Pudiera citar aquí muchas cifras estadísticas, de las que algunas he comunicado en mi correspondencia al *Mercurio*.

Pero veamos el espectáculo que se ofrece á los ojos sorprendidos del jóven extranjero, que llega á esta ciudad. Falto naturalmente de las recomendaciones, que pudieran introducirlo en los salones de la alta sociedad, donde por otra parte poco aspira á penetrar el que apenas conoce el idioma del país, y á los que con dificultad llegan los que carecen de la recomendacion de la fortuna ó de un título diplomático, el extranjero vá á otros salones no menos grandiosos por el lujo que los adorna, y cuya entrada se compra á la puerta de ellos. Soy incapaz de describir á usted los teatros, los conciertos, los bailes públicos, y tantas otras reuniones accesibles al que tiene dinero. Todos esos lugares están concurridos por artistas de gran fama, célebres cantatrices, ágiles bailarinas, todas elegantemente vestidas, y no menos atractivas por la belleza natural que por los adornos artificiales que las realzan. Es una atmósfera embriagadora en que se respiran todos los perfumes, menos el de la virtud.

Tan lijera es, por no decir mas, la conducta de las actrices mas sobresalientes de los principales teatros, que los diarios citan como una cosa prodijiosa en estos últimos dias la vida honrada de Mlle. Rose Cheri, cuya reputacion moral es intachable, y que ha creido como Jenny Lind que la virtud y el jénio no son incompatibles; y hasta cuentan como fenómeno singular los mismos diarios que Rose Cheri iba á comulgar en esta cuaresma. « La sorpresa que ese hecho causa, me decia un extranjero que se halla en posicion de conocer á Paris por dentro y fuera, es la prueba mas elocuente de la corrupcion de este país. »

« Sé que voy á corregir muchas preocupaciones, muchas ilusiones perniciosas, » escribia don Florencio Varela, al partir de Montevideo para Europa. Yo tengo que confesar que muchas ilusiones he perdido; y que no sin dolor he sabido que hombres, que reputaba en América jénios por la intelijencia y los hábiles escritos, son fango por el carácter y las costumbres.

No puedo citar nombres propios, aseguro sin embargo que es crecido el número de los que tienen la cabeza en las nubes y los piés en el lodo. Y este conocimiento de la conducta de ciertos hombres, me ha servido muy á menudo, como sirve

aquí, para interpretar en su justo valor los principios proclamados por ciertos apóstoles de la civilización moderna. Puede aparecer á los ojos de muchos, como una preocupación irreflexiva; yo creo que es una regla de criterio muy sabia, aquella que me aconseja desconfiar de las palabras desmentidas por los hechos de los mismos que las emiten.

Y no crea usted que esos vicios en jentes de alta categoría literaria se ocultan, como cosa vergonzosa, no; ellos se ostentan en los Campos Eliseos y el bosque de Boulogne, se lucen como una recomendación. Há pocas noches que decia en una reunión de literatos uno de los mas afamados de la Francia: « El hombre grande es el que posee todas las virtudes y todos los vicios. » Muchas otras cosas de este género decia el espiritual escritor, y las decia con tanta gracia, que confieso que le escuchaba yo con placer, al mismo tiempo que me repugnaban opiniones tan detestables. « Gusta escucharle, decia un redactor, como se vé con placer un fuego artificial. »

« La grace en s'exprimant, vaut mieux que ce qu'on dit, » ha dicho un poeta francés. En cuanto á las calidades, que distinguen al hombre grande, es preciso reconocer, que los que ese título merecen por estar tan provistos de vicios como de virtudes, son tan vanos con los primeros, como modestos para hacer conocer sus virtudes.

Si la literatura es la expresión de la sociedad, juzgue usted cual será la sociedad, por *Mesalina y Lola Montes* rehabilitadas en el teatro y en la prensa, con gran aplauso de espectadores y lectores. Si el estilo es el hombre, como decia Buffon, pregunte usted cuál es la vida de los jefes de la literatura socialista, verá usted que el estilo es digno del hombre ó la mujer, que tambien hay mujeres en Francia escritoras y dotadas de toda una mitad de la grandeza arriba indicada.

Al escribir los regionales anteriores, preveia un reproche de parte de los que no aprueban en aquellos países el punto de vista en que yo me coloco para estudiar el mundo, que tengo en mi presencia. La *Revista de Ambos Mundos* viene hoy precisamente en mi apoyo, y citaré en adelante algunos renglones de ella. De este modo, los que se hubieran sentido dispuestos á decir: « es un jesuita, un hipócrita, que ve las cosas como las veria un fraile salido de un convento, » reconocerán

que al cumplir con mi deber de decir á países, cuya suerte me interesa, lo que siento, lo que pienso, lo que observo, no estoy distante de la verdad. Habria podido citar las opiniones de algunos diarios religiosos, entre ellos el *Universo*, cuyo redactor en jefe M. Louis Veuillot, es uno de los mas eminentes escritores de la Francia hoy dia, como lo confiesan sus mismos adversarios. Pero la opinion de un escritor semejante, seria tal vez sospechosa para los que no creen en la sinceridad de los católicos, sino en la de los incrédulos. Cito, pues, á la *Revista de Ambos Mundos*, publicacion liberal y muy competente para juzgar las costumbres de los literatos modernos. El artículo de que estraigo los renglones siguientes se titula: *De la vida literaria desde fines del siglo XVIII*. Lo recomiendo á los que puedan proporcionarse el número del 1.º de abril que lo contiene.

. . . . « Despues de lo que acabamos de decir, es inútil proponer esta cuestion: ¿ los hombres de letras de nuestro tiempo han llenado su deber? Podemos contestar con toda seguridad: no.

. . . . « El mundo llegará á decirles con desprecio que no han sido para él mas que objetos de curiosidad, y les explicará, con mas erudicion de la que le suponen, que ellos no han sido para él sino mónstruos, en el sentido latino de la palabra *monstrum*.

« El papel que desempeña la literatura desde largo tiempo empieza pues á ser peligroso.

. . . . « Para todas estas estravagancias, el mundo, es verdad, tenia una escusa, es la de que estos escéntricos eran inteligentes; pero este amor exajerado de la intelijencia es una de las supersticiones de nuestro tiempo, y esta supersticion caerá como las otras. Cuando los hombres se interroguen y desciendan verdaderamente á su conciencia, hallarán en ella la reprobacion formal de este culto supersticioso; se preguntarán si la intelijencia es una escusa suficiente para todas las faltas, si la intelijencia escusa la sensualidad, si autoriza la vanidad, si predica la revuelta... Mas tarde los hombres verán sin duda que la intelijencia separada de las leyes morales, es casi impotente para el bien, pero muy poderosa para el mal. Se avergonzarán entonces de sus adoraciones.

. . . . « El mundo absuelve al hombre de letras de todos sus vicios con el pretexto de que es intelijente ; el hombre de letras se absuelve á si mismo haciendo valer la misma disculpa.

. . . . « Los literatos de nuestra época se han complacido en presentar al público al hombre de jénio como una especie de cometa errante sin ley ni regla fija ; ellos lo han representado como superior á todas las leyes divinas y humanas, como autorizado para despreciar á su antojo todo lo que lo ha formado y elevado, es decir, la sociedad entera, como autorizado para despreciar á Dios sin temor. En este desprecio hacen consistir su fuerza de alma ; en esta blasfemia han cifrado su grandeza. El desórden, la impiedad, la inmoralidad y aún el crímen, han sido las virtudes que se han atribuido al jénio, de tal manera que el jénio podia compararse á las plagas y pestes que desolan la humanidad ; y hubiéramos podido preguntar si como la víbora, el jénio curaba á lo menos las heridas que hacia. El jénio, por el contrario, es semejante á un astro fijo, que ejecuta sus revoluciones sujeto á reglas ciertas. La pobreza, el dolor, la desgracia, lo escoltan á menudo, jamas el desórden ni la impiedad. »

Termino aquí las citas por no hacer demasiado estensa esta carta. Los que han estudiado algo la tendencia de la literatura en estos últimos tiempos, no estrañarán que convertida ella tambien en ajente del espíritu de prosáico mercantilismo, haya sido inmoral, y que encuentre mas ventajas en esplotar el vicio que la virtud. Uno de los hombres políticos que mas alto papel han hecho en la época de Luis Felipe, y que mas figura en el dia, decia no ha mucho á una persona que me ha repetido sus palabras: «Perecemos, perecemos moralmente.»

Vuelvo á mi asunto, y pregunto: ¿qué hará un jóven inesperto que viene á instruirse á Francia, y que encuentra que los hombres ya instruidos y en posesion de una gran reputacion dan el ejemplo de la vida mas inmoral? ¿El ejemplo no será contagioso? ¿Dará la espalda al torrente provocador de los placeres para encerrarse á estudiar? La tentacion es inmensa, es de todas las horas, y se requiere gran fuerza moral para triunfar de ella, cuando está acompañada sobre todo del mal ejemplo.

El conocimiento que tengo de la vida que llevan en Paris los jóvenes de Sud-América, me muestra que si no falta quienes aprovechan su tiempo, y prefieren el aislamiento silencioso de la aplicacion á las diversiones del mundo, no son quizás los menos los que pierden su tiempo y se pierden. Algunos por desgracia han puesto un fin trájico á su existencia, agotada por los exesos del vicio. Otros gastan mucho mas de lo que tienen para darse el aire de jentes ricas y facilitarse tristes conquistas. Un individuo, que pasaba por caballero, y tenia el título de cónsul de Nueva Granada en el Havre, escaso de fortuna para alimentar sus hábitos disipados, logró introducirse en casa de un rico propietario, y allí fué sorprendido en un juego fraudulento, con el que habia ganado una suma considerable, que se le obligó á restituir, partiendo inmediatamente para Inglaterra á fin de escapar á la acción de la justicia. Refiero este hecho, porque todos los diarios lo han publicado. No hay que disimularse, pues, que los riesgos son grandes, y que no son pocos los que caen en el abismo.

Inútil es advertir que en los renglones anteriores no hago alusion indirecta á ningun individuo, ni á los jóvenes de ninguna república en particular. Quiero sin embargo comprender en un homenaje de justicia á dos jóvenes Sud-Americanos, sin desconocer el mérito ni la contraccion á sus deberes de otros. Me refiero á un joven de Mendoza, D. Lucas Gonzalez, llegado no ha mucho á Paris, y á D. Manuel Aldunate, residente en él desde algunos años, digno hijo á la vez de un jeneral distinguido y de la República de Chile.

A los que me preguntarán cuales son las calidades, de que debe estar dotado el carácter de un joven americano para que pueda reportar grandes ventajas de su residencia estudiantil en Francia, quisiera poder mostrarles al señor Gonzalez. Modesto, reservado, firme en su amor á la ciencia y á la virtud, que vale aun mas que ella, de costumbres intachables, ambicioso de satisfacer las esperanzas de su padre y de honrar con su saber y su probidad á su patria, persuadido á que la mas sólida base de la moralidad de la sociedad como del individuo es la relijion, viejo en una palabra á los 20 años, no hay cuidado de que se deslice en el terreno de vulgares placeres, ni

que abandone su elevado corazón á las seducciones del vicio. Sus libros, sus profesores de derecho, M. Saint-Marc Girardin, Lacordaire, hé aquí sus queridas. Ellas no le piden el sacrificio de su modesta pensión, ni el de sus sentimientos más nobles, y le conducirán por la senda de bellas ilusiones á la altura de los hombres de mérito, cualquiera que sea el país en que figure.

Del señor Aldunate, cuyas prendas morales han podido apreciar todos sus amigos, quiero yo recomendar su aplicación ejemplar, y á la que solo, un reproche muy honorífico para él, se puede hacer, el de ser excesiva. Enviado á Francia por el gobierno de su país para adquirir los conocimientos de ingeniero, este caballero ha creído que á la protección de un Gobierno se debe aun más gratitud que á la de su propio padre. Ha trabajado sin descanso, á pesar de su delicada salud, y al fin los graves ataques producidos por una contracción infatigable le han forzado á renunciar á completar su instrucción por la práctica, y ha cedido á los consejos del médico abandonando á su pesar la carrera que había emprendido.

Mientras otros reciben de una vida abandonada al desorden y la disipación heridas que no dejan cicatrices honrosas ni en el cuerpo ni en la conciencia, el señor Aldunate, noble inválido en las luchas modestas y silenciosas del estudio, cierra sus libros científicos para tomar el pincel del artista. A las 9 de la mañana está en su taller, del que se retira á las 5 de la tarde, cuando falta la luz. Después de comer vuelve á su tarea con la luz artificial, y no conoce otro placer que el del trabajo.

« Dedicándome al estudio de las artes, dice, no solo aspiro á que haya un chileno en mi país que pueda despertar el entusiasmo en favor de ellas, sino que procuraré con el fruto de mi trabajo indemnizar al gobierno de Chile por los gastos hechos en mi favor para que adquiriera una profesión, de la que me ha alejado mi salud quebrantada. »

¡ Indemnizar á su gobierno ! Por qué ? ¿ Acaso el soldado que cae abrumado de fatiga, después de una penosa jornada, indemniza á la patria por no haberle prestado mayores servicios, que los que le permitían sus fuerzas ?

« Quiero, dice él también, cuando vuelva á mi país, mostrar

que fui acreedor á la proteccion del gobierno, para que no se crea que la he debido únicamente al nombre de mi padre. » ¡ Bello sentimiento ! Justamente el medio mas propio de honrar un nombre acreditado, es merecerlo por sus propios hechos. Aprender es ya servir á su patria, pues es prepararla servidores capaces y dignos de ella.

Esas palabras, señor editor, confiadas á la amistad, no han sido dichas con la intencion de que vean la luz. Yo las publico, porque nada me parece mas justo que aplaudir esas virtudes meritorias que huyen la ostentacion para refugiarse satisfechas en el santuario de la conciencia. Si mi débil voz pudiera llegar hasta el gobierno de Chile, yo le diria: « Protejed, protejed siempre esa virtud. »

Voy á reasumir en breves palabras mis opiniones sobre la materia de esta carta. Para los jóvenes que vienen á hacer estudios preparatorios, hay varios colejos públicos en Paris, en que no se reciben sino internos, que salen únicamente los domingos á ver á sus familias, á á las personas á que están recomendados, cuando son extranjeros. Encerrados así durante seis dias de la semana, estos jóvenes pueden aprovechar bien su tiempo, si se aplican y no carecen de aptitudes mentales. El colejo los pone fuera del mundo en la edad en que el hombre no debe aspirar ó figurar en el. Los peligros no existen para ellos. Se presentan sí para los que, habiendo hecho mal sus estudios preparatorios en América, vienen á dedicarse á los estudios profesionales ó superiores, que se dan no en las pensiones, sino en cursos públicos, tales como los de la escuela de derecho y la de medicina, ó los de la Sorbona y el colejo de Francia.

Los niños de poco mas de diez años, entiendo que pudieran lograr una sólida instruccion mental en las pensiones del Estado. En cuanto á la instruccion del corazon, las ventajas no serian tan reales, si debo dar crédito á la opinion jeneral sobre la enseñanza universitaria á este respecto. Los que no son niños, cuando no han dado pruebas de su juicio, esto es, de su capacidad de vivir honradamente, en una palabra, los jóvenes no educados, los niños grandes, harán mejor en guardar su ignorancia, que en venir á Francia á marchar á remolque de sus pasiones. Para los jóvenes sérios, formales,

como se dice en América, los estímulos son poderosos, los medios de instrucción abundantísimos, y los resultados de su aplicación serán inmensos, si saben escojer entre las teorías deslumbradoras, aquellas que mas en armonía están con las exigencias reales de toda civilización, y sobre todo con las de la naciente civilización de los países sud-americanos. Pero importa traer consigo un gran caudal de buen sentido para discernir el bien y el mal, el error y la verdad, en una época de transformación como la presente, en la que todo se somete al exámen y todo está puesto en duda. El que sepa preferir las lecciones de Chevalier, Nisard y Saint-Marc Girardin á las lecciones de Michelet; el que prefiera la filosofía de Lacordaire, Montalembert, Balmes y Nicolás á la filosofía ecléctica de Cousin, que no es en el fondo otra cosa que la negación de toda filosofía; el que comprenda la libertad, como resultado de las costumbres purificadas por el espíritu regenerador del evangelio, tal cual la practican los norte-americanos y no cual la proclaman Ledru-Rollin, Luis Blanc y Mazzini, ese podrá regresar á su país, no para dar cuenta en frívolas conversaciones de los sastres y las bailarinas de París, sino para decir: « He aprendido; he completado con la instrucción de la mente la educación de mi corazón, y vengo á contribuir en mi país á la grande obra de educarlo para la libertad, de civilizarlo engrandeciéndolo moral y materialmente. »

En otra ocasión, señor editor, espero que comunicaré á usted noticias mas completas, que las que lleva esta carta, sobre los establecimientos de instrucción pública, y hablaré á usted entonces de los destinados á la enseñanza de las niñas, en los que se encuentran muchas de las repúblicas de Sud-América, que serán un día el adorno mas lucido de la sociedad en que están destinadas á hacer papel.

Su amigo,

FÉLIX FRIAS.

Paris, mayo 6 de 1851.

Ahí está ya, en nuestro continente, levantada por jóvenes insensatos, que se llaman republicanos y por un gobierno que pretende marchar al frente de la democracia, la bandera roja, símbolo de tiranía y de barbarie. Mr. de Lamartine en los primeros días de la revolución rechazó con horror esa bandera; todos los hombres honrados de Francia y de Europa han maldecido, llenos de santa indignación, á los que esos colores de sangre y de esterminio alzaban furiosos en el seno mismo de la civilización moderna. Estaba reservado á una de nuestras repúblicas de Sud América el triste honor de rehabilitar lo que aquí ha sido execrado, de proclamar como hijas del espíritu del siglo, como la salvaguardia del principio democrático, esas detestables teorías, que enjendradas por la corrupción y el orgullo, tienden unánimemente á dar una sanción al vicio, al crimen, á la barbarie.

El socialismo, predicado por ambiciosos demagogos á las clases infortunadas, con el fin de desmoralizar la miseria y lanzarla armada al ataque de la sociedad moderna, no cuenta en Europa con otros partidarios que esos aventureros de la política, explotadores de las revueltas, sin luces en la mente, sin probidad en el corazón, osados profanadores del dogma liberal y cristiano; pero la doctrina salvaje es más que una montaña en una asamblea legislativa, es un gobierno en la Nueva Granada.

Caiga la maldición de todos los americanos, que no han prostituido su razón ni su conciencia, sobre esos impuros demagogos, caiga sobre ellos la cólera del cielo! El crimen que cometen es enorme, no menos grande que si se hubieran asociado á las tribus de nuestros desiertos para lanzarlas desenfrenadas á profanar nuestros templos, violar el hogar doméstico, mancillar nuestras madres y nuestras hijas, y talar nuestros campos. El día que las ideas rojas penetraran

en las creencias de nuestras masas, seria el dia de la reconquista de la América del Sud por los indios antes vencidos. Serian estos bastante fuertes para despojar á los ladrones, y sorprenderlos victoriosos en las orjias de sus raptos y sus violencias.

Veamos cual es el triste espectáculo que presenta hoy esa república de la Nueva Granada. Estraño que los diarios que de Chile he recibido, no den cuenta de la aparicion entre nosotros de esa plaga, mas funesta mil veces que el cólera morbo, pues que ella mata el alma antes de matar el cuerpo del hombre.

El gobierno presidido por el jeneral Lopez, adula todos los vicios de la multitud y se apoya en ella; y para adularla y explotarla mejor ampara la propagacion del veneno socialista. Mañana será él mismo víctima del torrente que desencadena, pero es un mal patriota, que tiene ojos y no ve. Los clubs, arma funesta, que apenas pueden emplear con provecho los pueblos que han llegado al mas alto grado de civilizacion, los clubs, que fuera de la Inglaterra y los Estados-Unidos, son siempre un peligro en vez de un apoyo para la libertad de todo otro país, son la base del gobierno de la Nueva Granada. Y nótese que ni en estos países existe el club como institucion permanente, cual lo establece el gobierno granadino, y cual lo ha abolido la república francesa.

Esos clubs están allí compuestos de jóvenes tiernos, inespertos, que prefieren gobernar á un país á tener que gobernarse á sí mismos; niños ridículos que antes de saber ser estudiantes, creen poder ser hombres de estado; que manosean las mas árduas cuestiones políticas con la misma serenidad con que manejan un taco en una mesa de billar; niños ignorantes como la infancia, arrebatados como las primeras pasiones, crédulos como la inespereincia, sin deber al tiempo ni al trabajo una seria y sólida instruccion, ahí están declamando frenéticos en favor del progreso y la democracia, y titulándose los rejeneradores de la república que humillan, y de la América toda que habla español. Tales son los mariscales de ese pigmeo que se cree el Bolivar de la libertad en Sud-América, no siendo otra cosa que un indigno faccioso, que un odioso tirano, un Rosas, en una palabra, granadino.

El quiere *la realidad del gobierno de la democracia la soberanía del número, el predominio de las masas*. Son palabras de su último mensaje y á fin de realizar la democracia la hace socialista. Llenará su objeto; las masas escitadas contra el propietario ejercerán su predominio, y robarán; escitados contra el clero y la iglesia católica, penetrarán en los conventos y los saquearán, como ya lo han hecho; si un sacerdote infiel á su sagrado ministerio, ha escandalizado á la sociedad, será nombrado obispo, como lo ha sido. Si el arzobispo de Bogotá, uno de los prelados mas venerables por su ciencia y su virtud, rehusa unirse á la empresa anti-social, habrá una boca juvenil que se levante en el *club democrático* para decir en alta voz—*Si es preciso asesinar al arzobispo, aquí está el verdugo*; y el presidente y sus ministros escucharán y aplaudirán esas palabras!

El gobierno se declara partidario del sufragio universal, pero lo viola allí donde no satisface sus miras. El predominio de las masas! Bello tema por cierto, sobre todo en una república de Sud-América! Si los hombres que dirijen la administracion de ese pobre pais supieran los primeros rudimentos del derecho social, no ignorarian que para que un pueblo pueda ejercer con ventaja su soberanía, para que pueda gobernarse, es preciso que ese pueblo sea civilizado. No ignorarian que la democracia no precede á la civilizacion, viene en pós de ella, comprenderian que hay una distancia inmensa, de siglos, entre las condiciones morales, intelectuales é industriales de las masas de la América del Sud y las del Norte, único pais que haya sido capaz de realizar plenamente el principio democrático. Sabrian esos ciegos que no estamos como los norte-americanos nosotros á la vanguardia de la humanidad, sino en sus últimas filas; sabrian por fin que no basta que un pueblo se llame republicano, para que sea republicano, y que en ninguna sociedad serán mas funestos que en las nuestras, no digo los principios socialistas, que causarían la muerte de todo pais, pero aun los principios democráticos mas avanzados.

El que nada de eso sabe, ha desatendido el primero de los deberes de un magistrado, que es conocer el terreno que pisa, los hombres que gobierna, las necesidades y los medios lo-

cales. Gobernar una sociedad que nace y que ha crecido en medio de las convulsiones de la anarquía, gobernarla á la francesa, es locura pueril. No se desarraigan con un pomposo decreto, ni con proclamas demagógicas, las tradiciones de una sociedad, que vivió trescientos años bajo el yugo colonial, y una sociedad que no ha sido educada antes de su emancipacion y que despues de ella ha tenido delante de sí el ejemplo desmoralizador de la guerra de las facciones, no pondrá sobre sus sienes la corona del soberano. Los pueblos no la heredan como los príncipes, la conquistan con esfuerzos infatigables é incesantes, la ganan con el sudor de su frente. Una sociedad cualquiera puede improvisar un soldado, un batallon, un ejército, y confiarlos á héroes como Bolivar y San Martin, para que conquisten un mundo á la independencía. La libertad no se conquista tan fácilmente; y vos, ciudadano presidente, como os llama ese club de aduladores que adulais vos tambien, me recordais lo que ya sabia, que en nuestras repúblicas hay muchos presidentes que debieran abdicar su puesto para volver á la escuela. De ese número son para mí los que, como vos, piden el predominio de las masas, que no saben leer, que no han educado su corazón ni instruido su intelijencia lo bastante para conocer sus derechos y sus deberes de ciudadanos.

El predominio de esas masas no será otra cosa que su tiranía, será el mismo que han adquirido en mi país, la República Argentina, donde encabezadas por el mas famoso bandido de la época, han confiscado y degollado, han violado la vida, la relijion, la propiedad.

Pero esa barbárie, á cuyo frente está Rosas, aflije aun menos mis afecciones de sud-americano, que la barbárie roja promovida y protegida por el Gobierno de la Nueva Granada. Comprendo un déspota sanguinario, sediento de poder y de venganza; comprendo que mate, que robe, que ponga su planta impía sobre las leyes humanas y divinas, pero me queda al menos la esperanza de que los sostenedores de la dictadura, sienten en su propia conciencia, una voz que protesta con fuerza contra todos los atentados del crimen. El dia que el tirano desaparece, el pueblo esclavo se levanta, destroza las cadenas que le envilecieron, y recobra su perdida dignidad.

Así yo no desespéro del porvenir de mi país; pero confieso que me inspiraría poca confianza, si fuera un despotismo rojo y socialista el que se hubiera entronizado en él como hoy sucede en la Nueva Granada.

La doctrina socialista, vertida en el alma del ignorante y del pobre, no le educa para el bien, sino para el mal; no para la virtud sino para el vicio y el crimen: no le pone en las vías del progreso, sino del retroceso; no le conduce á la civilización, sino á la barbarie. Es decir que la ciencia misma justifica la escandalosa violación de todos los derechos del hombre culto y civilizado, pervierte sus ideas, corrompe sus costumbres. Le enseña que Dios es una tiranía, la religión una hipocresía, la propiedad un robo, el matrimonio un-yugo, y hace por fin del hombre una bestia.

Así los que en lugar de la ignorancia de nuestras masas ponen la preocupación socialista, llevan á nuestros países mucho mas atras del régimen colonial, y cubren de cadenas el cuerpo y el alma de nuestros hombres del pueblo; cadenas tanto mas difíciles de romper cuanto que estarán contentos con ellas, defenderán unas convicciones que les hacen dueños de los bienes ajenos, de la mujer casada, y que por fin les prometen el paraíso de los goces materiales en la tierra. Serán furias indomables, porque habrán apagado en su alma esas luces morales, que brillan aun en la conciencia del ignorante, para hacerle aspirar á otra dicha que la de las bestias. La sociedad cristiana desaparecerá para ceder su puesto á la sociedad salvaje y orgullosa con su barbarie.

Tal es la rejeeneración que prometen á la América Meridional los demagogos miserables de la Nueva Granada.

Sus maestros europeos, entre los que ningun nombre puro conozco, no se envanecerán con los frutos producidos por la aplicación de sus teorías en la América del Sud. Los hechos, que corresponden á la enseñanza roja, no se han hecho esperar. Violencias de todo género se han cometido contra ciudadanos indefensos. Asesinatos cobardes han ensangrentado ya el suelo en que se ha sembrado la semilla. El bello sexo no ha sido mas respetado. Algunas ciudades como la de Cali, víctimas del desenfreno de la plebe, autorizada y estimulada por las autoridades mismas, á ejemplo de lo que pasa

en la capital, han visto alejarse de su seno á gran porcion de ciudadanos respetables á los que no se ofendia menos en su honor que en sus propiedades.

Alentados los jóvenes democráticos con el apoyo de los mismos que estaban llamados á resguardar la sociedad amenazada, colocan sus puñales y sus pistolas al lado de sus ideas socialistas, y practican la máxima de Blanqui que aconseja *el fierro* como el arma favorita del progreso.

La libertad ilimitada se ha proclamado en todo. La enseñanza no tiene trabas. No se requiere, como en Francia, certificado alguno de moralidad ni de capacidad.

La autoridad del arzobispo se rodea de dificultades y el sufragio universal se propone como regla para el nombramiento de todos los curas y de los empleados de todo género.

No contento el gobierno con espulsar á los Jesuitas, á pesar de los reclamos que de todas partes se dirijian en favor de ellos, pide además al del Ecuador que los espulse también del lugar de su asilo. De este modo se cruzan las protestas del tirano socialista con las de Rosas contra el asilo acordado á los proscriptos. El señor Lopez ha leído sin duda el *Judío Errante*, y ha querido ser fiel á las ideas en él bebidas. Sin eso sabria que los jesuitas no son responsables á la América del Sud de otro crimen que el de haber trabajado con heroísmo en favor de la conversion de los indijenas, hasta arrostrar el martirio muchas veces para hacer penetrar la cruz y el Evangelio á esas preciosas rejiones que la civilizacion aun no posee. Sabria además que el autor de ese romance hace en Francia un triste papel de demagogo en las alturas de la montaña, mientras que el Jesuita Ravignan reúne en torno de sí en las naves de la catedral de Paris, millares de personas distinguidas, que recojen llenos de gratitud y admiracion las palabras elocuentes del célebre predicador en favor de la verdad católica, tan vilipendiada por los reformadores neo-granadinos. Sabria que el mariscal Escelmans, los jenerales Bedeau, y Lamoricere, MM. Molé, de Broglie, y otros grandes personajes de este pais asisten al templo en que habla ese jesuita, y reciben de sus manos el pan de vida que reparte la Iglesia católica á sus hijos. Pero estas son vejezes, y el jeneral Lopez es de progreso. ¡Desgraciado pais!

La prensa oficial es el receptáculo de los escritos mas vulgares, de las mas pobres declamaciones. Ella copia lo que aquí en Paris escribe Girardin, hombre sin dignidad personal, que todas las causas ha defendido y ha traicionado, que incensa á Rosas, y se declara hoy socialista; faccioso sin crédito alguno que quiere para la Francia una república sin código, sin presidente, sin asamblea. Ambicioso descarado que aspira á ser el primero, y mientras no lo sea, hará la guerra á todo el mundo, renegando hoy el idolo que incensó ayer. Este es el maestro predilecto de aquellos predicadores de barbarie.

Algunos diarios de oposicion de Chile, partidarios tan imprudentes como irreflexivos de la libertad ilimitada, han tenido tambien el poco envidiable honor de ver reproducir sus artículos en la prensa ministerial. Libertad ilimitada! y en la America del Sud! ¿Dónde habeis aprendido esa teoria? La libertad ilimitada, ha dicho Mr. Thiers no há mucho, es la libertad bárbara. Ella, agrego yo, es solo la libertad de Dios, pues supone la capacidad y bondad supremas. En Norte América toda libertad tiene sus límites; y nosotros, raza española, hijos de los esclavos y contemporáneos de los facciosos, nosotros hemos de ser mas demócratas que los norteamericanos, que nacieron y crecieron libres, ¿podremos serlo acaso tanto? Quiera Dios dar juicio y sensatez á nuestras cabezas, moderación al corazon; sin esto los hombres liberales no serán sino fabricantes de anarquía; sembraremos viento, cosecharemos tempestades, y al fin habremos sufrido la mas vergonzosa de las humillaciones, la de merecer las cadenas que prepararemos á la América con funestos errores, que son siempre en política precursores del crimen.

Si es doloroso y afligente, si se oprime el alma al contemplar ese espectáculo de la Nueva Granada, presa hoy de pasiones tan estúpidas como inmorales, y de las doctrinas salvajes de los bárbaros modernos, justo es reconocer que hay allí, en esa tierra teatro de tan gran escándalo, hombres de carácter valiente, de purísimo patriotismo, de cabezas sanas y bien cultivadas, que sostienen denodados el estandarte de la causa del orden y de la verdadera civilización. Ellos han heredado el temple vigoroso de alma que tantos héroes dió á la gloriosa Colombia en la lucha de la independencia.

Ellos defienden con brillo, con robusto raciocinio, con coraje digno de sus principios, las máximas saludables y eternas de que emana todo bien, toda verdad, toda libertad para la sociedad, para la sociedad, sí, que protejen contra el espíritu de destrucción y de vandalaje. Que sus nobles esfuerzos hallen ecos entusiastas de simpatías en todos los ángulos de la América del Sud;—que los alimenten todas las almas virtuosas á perseverar en una lucha santa, en la que pelean por algo mas que por la conservación de una sociedad, pelean además por una causa jeneral, que interesa á la América toda, pues en toda ella por desgracia habria falsos liberales, indignos americanos que explotarán mas tarde en su provecho la caída de los buenos principios en la Nueva Granada, si fuera posible que los perversos propósitos de la demagogia sensualista alcanzaran allí una victoria inmerecida.

La República de Chile, que ha sabido no solo proclamar los únicos principios de salvación, sino lo que vale mas, dar á la América del Sud el ejemplo del orden y de la buena conducta durante veinte años de paz, Chile debe estimular con sus aplausos á esos jenerosos é ilustrados granadinos. Resisten ellos á algo no menos funesto que la conquista de las armas europeas, resisten á la conquista de las teorías incendiarias, antisociales, inhumanas que nos convertirían en hordas de bandidos, y prepararían así á esos ricos países á ser un dia enfrenados por las potencias marítimas de la Europa.

Abramos todos nuestros brazos al pauperismo europeo; ayu demos al viejo mundo á salvarse, y nos salvaremos nosotros mismos. Pero cerremos nuestros oídos, los oídos sobre todo de la ignorancia, á los doctores del mal y la corrupción, que nos llevarían la misma barbarie con que amenazan á la Europa. Tenemos nosotros medios muy débiles para resistir á la invasión de la multitud desbordada, una vez que se subleve, levantando la bandera roja. Carecemos de los ejércitos permanentes, que libran hoy á la Europa, y sin ese poderoso recurso de represión, estamos muy espuestos á ser abrumados por la fuerza bruta del mayor número, el dia que se alce en busca de los gozes que les prometen los insensatos apóstoles del comunismo.

Orden, orden, sea el grito que resuene desde Panamá hasta

el Plata. Sin el orden todo lo demas será engaño, mentira, pérfidos homenajes de la demagogia en favor del pueblo que sacrifica. Orden, pues, libertad moderada, autoridad fuerte y bien intencionada, no menos enemiga de la tiranía que de las facciones, educacion religiosa para el pueblo, inmigracion, industria, comercio y paz, por fin, que haga posibles los progresos morales y materiales: hé ahí las grandes necesidades de la América. Fuera de ellas no haremos mas que continuar la farsa sangrienta, que representamos hace cuarenta años, y despues de tantos y tan torpes escesos, cometeremos el mas criminal de todos, seremos socialistas, y nos enrolaremos en las filas de esos malos americanos que traicionan la causa de la revolucion, y llevan en el seno de la América el puñal alevoso, que puso fin á la vida de Sucre y Monteagudo.

Levantemos nosotros la cruz mas alta que la bandera roja, y seamos cristianos, si queremos ser primero hombres civilizados para ser despues libres.

La Literatura Moral

París, junio 6 de 1851

Señor Editor:

Puesto que usted ha acogido bien en el *Mercurio* algunas cartas mias en que he hablado de otra cosa que de política, permítame usted emitir algunas reflexiones relativamente al influjo saludable de la buena literatura en las costumbres, y al muy pernicioso ejercido por la que se emancipa de las leyes eternas de la moral. No parecerán intempestivas estas reflexiones, si se considera que la filosofía y la literatura de la Francia no han tenido poca parte en la obra de desorganizacion, que tantos estragos ha producido y que tanto amenaza á la civilizacion moderna.

Los lectores del *Mercurio* han podido apercibirse, por el espíritu de mi correspondencia, que á mis ojos hay una verdad

suprema, á la que deben subordinarse las otras; y esta es la verdad moral. Filosofía, literatura, ciencia, política, industria, todo lo que contribuye por fin á poner en movimiento en la sociedad las facultades del hombre, debe, segun yo lo entiendo, impregnarse y nutrirse del principio jefe, que hace de cada una de esas grandes fuerzas sociales un elemento de mejora, de engrandecimiento y de sólido progreso.

Aficionado por la índole de mi razón á los estudios filosóficos, y convencido de que mas fácilmente se adquiere la verdad filosófica por el estudio que el hombre hace del hombre en sí, que por el que se hace en los libros, he llegado á persuadirme al contemplar la anarquía que reina y ha reinado en todo tiempo en el campo de la abstracción, que no es ahí donde deba uno buscar los principios necesarios para el orden y la marcha de las sociedades, y que la nación que desdeña toda filosofía, es la mas sabia. En todo caso es innegable que las luces de la filosofía son inaccesibles para las inteligencias vulgares, ó lo que es lo mismo para los pueblos, pues éstos se componen siempre de hombres que pueden llegar al buen sentido con sus trabajos mentales, pero que no pasan de ahí. Los Estados Unidos que tantas elocuentes lecciones dan, no con pomposas palabras, sino con los argumentos irresistibles de los hechos, han mostrado que un pueblo puede ser moral, rico y libre sin saber jota de filosofía. En la América del Sud son pocos por fortuna los que leen á Cousin y á Jouffroy, y la pretension de tomar de esos autores textos en apoyo de nuestros intereses presentes me ha parecido tan absurda como ridícula. La filosofía conviene únicamente á la razón individual como ejercicio gimnástico.

No quiero entrar en otras consideraciones sobre esta materia de suyo desabrida. Sin eso diria, y creo que podria probar que los filósofos franceses pretendiendo emancipar la razón del hombre, no han hecho mas que revelarla, y á fuerza de examinar con el escalpelo de una razón temeraria las creencias todas, han traído el triste resultado de destruir toda creencia. Y no creo que M. Cousin con su filosofía ecléctica tuviera hoy la pretension de restablecer lo que ha contribuido á aniquilar en la cabeza y en el corazón de sus compatriotas.

• Pero si la filosofía ha sido elemento de desorganización, por haber desconocido que la verdad moral es superior á ella y debe dominarla, por haber roto los vínculos de su alianza con la religión, es muy cierto que la literatura ha sido en Francia ajente aun mas activo y mas funesto de destrucción. Y esto se explica fácilmente. La filosofía hablando siempre el lenguaje de las razones superiores no puede ser comprendida por las inteligencias comunes, esto es, por el gran número. No sucede lo mismo á la literatura. Esta se dirige á otras facultades del hombre que comprenden mas fácilmente. La literatura habla á la imaginación y al sentimiento, y bastan casi siempre que estas sepan leer para que entiendan. Así á nadie ha ocurrido en Francia hacer ediciones populares de Cousin, Damiron ni Condillac; pero se han hecho por millones las de Paul de Kock, Ducange, Sue y Jorge Sand; y para mil lectores de folletines hay diez de disertaciones filosóficas.

La literatura es, pues, un poder. Tal vez no leía la Francia con mas gusto los boletines de las victorias del gran emperador, como ha leído en estos últimos años las novelas de Eugenio Sue, que tantas almas ha conquistado y sigue conquistando para la doctrina moderna del socialismo.

Ese poder puede ser altamente saludable cuando es moral, funesto, cuando ataca el principio que ordena á los hombres ser ante todo buenos, honrados y virtuosos; y entre una literatura corruptora ó ninguna, estoy por la segunda—Estoy por los Estados-Unidos, el pueblo verdaderamente civilizado, que ha desdeñado casi tanto como la filosofía, la literatura. Y cuando la literatura aparece allí, puede decirse de ella, lo que un redactor de la *Revista de Ambos Mundos* decia últimamente de los poetas: « El carácter moral y las virtudes que esas poetas suponen son superiores á las poetas mismas. » Qué me importa, en efecto, que la virtud no sea cantada en un país, si la virtud existe? ¿Que importa que Lamartine la haya cantado tantas veces en Francia en versos seductores, si el vicio es un triste desmentido dado á sus palabras armoniosas?

La literatura moderna ha llenado su deber? No, dicen resueltamente los jueces mas competentes; y es inútil que agregue á los testimonios que he recordado antes de ahora, muchos otros. No, por muchas razones: la primera de todas, es que

ella ha hablado al orgullo y al vicio no el idioma de la verdad y del deber, sino el de la adulacion. Ha hablado este lenguaje, porque queria ganar dinero. En una palabra, la literatura ha especulado, y á la inmoralidad del fin han unido sus autores la del ejemplo. Los vicios mas detestables han sido encomiados, y pintados con los colores mas hermosos. Los escesos todos del libertinaje han sido rehabilitados—La passion se ha presentado como justificacion suficiente para las faltas mas reprecensibles, y lo inmoral ha sido lo bello.

Cuando en América un padre se muestra cuidadoso de las novelas que caen en manos de sus hijos, se le cree un beato, y cuando un sacerdote recomienda á las madres vijilen esas lecturas, que pueden estraviar lastimosamente la sensibilidad tierna é inesperta de la primera edad, se dice que el sacerdote es un fanático. Yo quiero hacer saber que el número de esos beatos y de esos fanáticos es mas crecido en Francia mismo de lo que allí se cree, y entre ellos voy á citar ahora á famosos literatos, como Nisard, Saint-Marc Girardin y Cormenin.

Me parece que las palabras pronunciadas en la academia francesa, compuesta de los representantes mas acreditados y mas lejitimos de las letras, serán apreciadas en todo su valor. El 22 de mayo fué recibido en esa academia Mr. Nisard, célebre crítico que reemplazaba á otro muy distinguido tambien y cuyos brillantes escritos vieron la luz de la prensa periódica en tiempo de la restauracion—M. de Feletz.

El auditorio era inmenso. M. Guizot, sentado á la derecha del nuevo miembro, aplaudió frecuentemente, como el público, todas las ideas elocuentemente espresadas por M. Nisard. Este concluyó su discurso del modo siguiente:

«M. de Feletz ha dejado un bello ejemplo, que nos importa imitar, porque tenemos que recomenzar la campaña de los primeros años de este siglo. ¿No estamos aun en presencia de la falsa filosofia, de la mala moral, y su auxiliar añeja, la declamacion? El combate amenaza ser mas laborioso que en tiempo de M. de Feletz El mal que hacen los libros es la obra de dos culpables: el escritor y el público. Hasta aquí la crítica no ha reconocido mas que uno solo, el escritor. La justicia de nuestro tiempo pide mas, ella pide que, sin absolver jamás al escritor, la crítica reserve sus mayores severi-

dades para el público. . . . Cuando se aconseja á una gran sociedad no sea el juguete de las fantasías de sus autores, no se le aconseja sino que se respete. Si la sociedad francesa datase de ayer, sino tuviese grandes tradiciones literarias, ni un pasado que ella ha hecho y que la obliga, quizá no convalidaría declararla responsable del mal que le hacen los malos libros. Pero en el momento mismo en que aparece uno, ¿no tenemos el contraveneno en nuestras manos, en nuestras bibliotecas, qué digo? en los libros de colejos de nuestros hijos, á los que tenemos cuidado de ocultar lo que nosotros leemos?

« Con todos los medios de conservarnos sanos consentimos en dejarnos *corromper*! Con entera libertad preferimos á las lecturas sólidas que nos harían mas hábiles y mas honrados, un placer fácil y subalterno que nos degrada! Y si los espíritus y las costumbres acaban por alterarse, aplaudimos con valor el crítico indignado que nos absuelve para atribuir toda la falta á los escritores: singular justicia, la que en un crimen cometido por varios, no castiga sino al culpable mas aparente y omite á todos sus cómplices.

« Buscar en nuestras preocupaciones nacionales y en nuestras flaquezas individuales las causas de la fortuna de los malos libros; probar algunas de nuestras admiraciones que no son en el fondo sino secretas complacencias para nuestros defectos; mostrar el camino porque los malos consejos van á encontrar á los que quieren ser mal aconsejados . . . Hé aquí lo que debe hacer en adelante el crítico con la triple autoridad del moralista, del hombre de gusto y del buen escritor . . . Entramos, se dice, en la era de las sociedades que se gobiernan por sí mismas. Si esta forma de gobierno consiste en carecer de jefes, es preciso que cada uno lo sea de sí mismo. ¿ Y cuál será el medio, sino son las costumbres? Por ellas una nacion aprovecha de los talentos de sus miembros superiores, y resguarda su conciencia y su gusto contra las seducciones de sus defectos. Tengamos, pues, costumbres políticas y literarias, ó sometámonos á la tutela.

Mr. Saint Marc Girardin, que presidia ese dia la academia, contestó á Mr. Nisard en estilo tan bello y con tanto ingenio, que el público le aplaudia con entusiasmo á cada instante. Despues de haber recordado todos los títulos literarios de M.

de Feletz y los del mismo M. Nisard. M. Saint Marc Girardin concluyó así: «Continuad protestando enérgicamente, como lo habeis hecho en todas vuestras obras, contra esa pretendida incompatibilidad entre el genio y la razón ó la virtud. No, jamas la honradez ha impedido á nadie tener talento, y el desórden no fué tampoco nunca una receta para adquirirlo. El buen sentido es en nuestros grandes autores lo que hace el fondo del genio, y por eso es que vos los admirais y recomendais su estudio. ¡Feliz privilejio en efecto de esos grandes genios, honrados y sensatos, que son la gloria de nuestra literatura! Ellos no estravian á los que los siguen. Es algo á lo menos ser mas honrado, mas sensato, mejor en fin, cuando uno no puede ser mas grande. Estoy muy convencido que la crítica no ha creado jamas un grande hombre; pero la vanidad, ni la pretension tampoco. La naturaleza sola se entiende para esta obra. Lo que importa, pues, no es aspirar á producir genios; procuremos únicamente producir escritores juiciosos y sinceros, formados en la escuela de nuestros grandes autores, instruidos por vuestras sábias é ingeniosas lecciones, que respeten al público respetando las leyes de la moral y del gusto. Estoy persuadido que donde existen muchos escritores honrados y sensatos, hay mas probabilidades de que salgan de entre ellos grandes escritores, que no llegaron menos pronto á la gloria por haber empezado mereciendo estimacion. Se preguntaba un dia á un obispo por qué en su tiempo habia menos santos que antes: «es, contestó, porque hay menos fervor en los fieles.» Los santos en efecto parten del punto en que se detienen los simples fieles; de tal manera que la piedad de todos sirve á la vez de medida y estímulo para la santidad de algunos. Diré del mismo modo que los grandes escritores parten del punto en que se detienen los escritores sensatos, y que el buen sentido de todos sirve al genio de algunos. De este modo el espíritu jeneral de una literatura contribuye á la superioridad de los grandes escritores, y la convierte en bien . . . La crítica no crea los grandes hombres, pero ella ayuda á formar lo que llamaré con gusto el *clima moral* en que ellos nacen y se elevan. Su deber es hacer de tal manera que este clima sea tan puro y tan sano como lo pide en cada siglo la educacion de las jeneraciones nuevas.»

¿Poseemos nosotros ese clima moral en Sud-América?
 ¿No hemos saltado de la ignorancia al error, de la inocencia al vicio, sin pasar por la verdad ni la virtud? ¿Nuestra anarquía permanente no es la revelación de esos errores y de esos vicios? ¿Los escritores que lee nuestra juventud de ambos sexos con tanto placer, no corrompen aun más el aire que allí respiramos? ¿En los escritos de nuestras prensas habla siempre la honradez y el buen sentido?

Cuestiones delicadas son esas; yo las espongo sin resolverlas, y las recomiendo á la consideración de los hombres que saben *ver*, cosa más difícil de lo que á primera vista parece, precisamente porque nos contentamos siempre con las *primeras vistas*, porque atendemos de prisa y reflexionamos poco.

Voy á copiar aquí algunas opiniones de M. Cormenin, expresadas en la forma de diálogo, en uno de los panfletos que ha publicado después de febrero.

. . . . Digo que no es la aristocracia de las razas, ni la política elegante de los salones, ni la profundidad de la metafísica, ni los esplendores del banco, ni el territorio prolongado, ni el mar cubierto de navíos lo que hace la grandeza y la felicidad de las repúblicas.

—Ni la ciencia quizá?

—No, ni la ciencia.

—Ni la literatura?

—No, ni la literatura.

—Ni las bellas artes tampoco?

—No, ni las bellas artes tampoco.

—Ni la elocuencia del púlpito, del foro y de la tribuna?

—No, ni la elocuencia del púlpito, del foro y de la tribuna.

—Ni aun los teatros, los romances y los tambores?

—No, tampoco, ni los teatros, los romances y los tambores.

—Qué cosa entonces?

—La virtud.

— . . . Y qué entendéis por tener virtud?

—Entiendo tener creencias.

En otro panfleto, que acaba de aparecer del mismo escritor

sobre la revision de la Constitucion, leo lo siguiente: « Si caemos violentamente de la anarquía bajo el yugo del despotismo, no formo yo mas que un voto, no estoy seguro mas que de una cosa, es que será el cristianismo solo el que por la segunda vez, despues de mil ochocientos años, salvará las libertades del mundo. » Fué ese mismo voto y esa misma conviccion las últimas que salieron de los lábios moribundos de Chateaubriand, cuando dijo: « el Cristo salvará el mundo. »

M. de Montalembert en una de las cartas que me ha hecho el honor de dirigirme, me ha dicho estas palabras: « . . . Sea que sucumbamos ó que nos salve la misericordia divina, no podemos tener fuerza y esperanza sino en la Iglesia católica. La Iglesia solo puede dar á la sociedad revelada contra ella el principio de autoridad, cuya ausencia nos mata, y la inteligencia de la única libertad permitida, la *libertad del bien*. Ella solo tambien podrá, como ahora mil años, sacar al mundo de la barbarie que será, lo temo, nuestro castigo. »

Me creo, pues, fundado con el apoyo de esas autoridades, para afirmar que he visto bien, cuando he dicho que el mal europeo es moral y que el remedio será relijioso.

Voy á referir á usted ahora una corta conversacion que tuve pocos dias há con M. de Cormenin. Le encontré en la calle, y aunque solo de vista le habia conocido en el Congreso de la Paz, me dirijí á él seguro de ser recibido con la benevolencia, que los hombres de su mérito dispensan siempre en Francia á los extranjeros. Yo sabia que él habia dirijido al gobierno español, en el tiempo de su residencia en Madrid, unas memorias sobre administracion, instruccion pública y establecimientos de beneficencia, que he supuesto de interés para nuestras repúblicas por la analogía de nuestras necesidades sociales con las de la España; y deseaba saber si esas memorias se habian publicado en Francia. Me contestó que no, y atribuyó con razon á la indolencia de los ministros de Madrid el que sus trabajos hubieran quedado olvidados en los archivos del gabinete. Me dijo que me mostraria los originales, cuando quisiera verlos. Seguí acompañándole en la direccion de la casa de su editor, á donde él iba en ese momento.

Le hablé de la triste situación de la Francia, del mal que sus excesos producían en los países nuestros, tan imprudentemente dispuestos á imitarla siempre aun en sus mayores estravios. « He notado, me observó entonces, que los españoles son así, *muy imitadores.* »

Facilmente concebirá usted que le manifestara mis opiniones religiosas, y el placer con que habia visto que en todos sus escritos él consideraba siempre á la libertad como inseparable de la relijion. « Yo pienso, agregué, que no hay mas que una civilización, es la que moraliza, la que enseña á los hombres á obrar bien, á gobernarse á sí mismos. »

« Tiene usted razon, me contestó. La Francia está tan mal, porque no hay en ella otra ambicion que la de los goces materiales, y esta nace á la vez de la corrupcion de los espíritus y de la de las costumbres. No hay libertad posible sin relijion, porque esta inspira el desinterés (le *devouement*) y la libertad vive del amor desinteresado. *Esto se vé*, no crea usted que la república dure, nos encaminamos *por la anarquía al despotismo.* Esté usted seguro que ahí vamos á parar. Yo oculto un poco en Francia estas opiniones, pero puesto que en el país para el que usted escribe es conocido mi nombre, le autorizo para que las comunique como mias al diario de que es usted corresponsal. »

Me habló en seguida de un libro suyo titulado—*Entretiens de Village*, del que se han hecho aqui ya ocho ediciones, y que la academia francesa premió. « Ese libro, me dijo, está lleno de ideas prácticas, y pueden hacerse de ellas muy útiles aplicaciones en los Estados nuevos. »

En cuanto á las anteriores opiniones, que estoy autorizado á enviar en nombre del mismo M. de Cormenin, comprende usted que no me hago la menor violencia para satisfacer ese deseo. Respecto á la aplicacion de las teorías políticas de M. Cormenin, que son las que yo profeso, mi convicción es que la República no ha hecho mas que apresurar ese doloroso tránsito de la anarquía al despotismo. Si los republicanos todos lo fueran á la manera de M. de Cormenin, ningun espectáculo habria mas bello que el de la república francesa. Por desgracia sabe usted que los que á él se parecen son bien pocos, y

que no distan menos de él los monarquistas de todos los colores que los socialistas del color rojo.

No me he separado de mi asunto al contar á usted esta conversacion con ese distinguido escritor, puesto que él me ha señalado como la causa del mal la corrupcion de los espíritus y la de las costumbres, y el apetito desordenado de los placeres sensuales. ¿La literatura francesa puede lavarse las manos en presencia de esa doble y fatal corrupcion ?

No por cierto, y nosotros bebiendo hasta la embriaguez en las doradas copas de esa literatura, no hacemos mas que aspirar el aire viciado, que ha dañado los órganos todos de la existencia social en este país, y que él despide hoy por todos sus poros convertido en impuros humores.

Y nosotros los sud-americanos imitamos, con el mismo gozo con que bailaríamos una polka, recién bailada en los salones de Paris, á la Francia, que está hoy en la anarquía, y estará mañana en el despotismo ! Pero de estas cosas tenemos ya bastante entre nosotros, estamos hartos. Si de anarquía y despotismo hubiera una esposicion universal, la nuestra no cabria en un monumento mil veces mayor que el de Hide Park. Podríamos enviar libertadores asesinados, presidentes y representantes degollados en las asambleas de Caracas y Buenos Aires, matronas respetables azotadas; revoluciones, asonadas y pronunciamientos que no cabrian en los buques de mas alto bordo, niñas atravesadas y muertas dos veces por las balas de la tiranía, una en el pecho, otra en el hijo que contenia su seno; y en el gran navío que trajera por los mares esos monstruosos productos del crimen, vendria Rosas con las insignias de grande hombre, de héroe y defensor de nuestro continente !

Señor Editor: yo he nacido en Sud-América, y tengo derecho completo para decir lo que entiendo que es la verdad á aquellos países. Por eso la digo, por eso quiero que despues de ver claro sepamos preveer. Afirmo con profunda conviccion que el error no entra impunemente en la cabeza de los hombres, que mas ó menos tarde se convierte en vicio, que los irreflexivos adoradores de la libertad son sus mas peligrosos adversarios; que el orden en los espíritus, el orden en las conciencias, es la única garantía del orden en la sociedad;

que la literatura, como la política, como la filosofía, deben ser morales, y que nada pierden ellas, todo lo ganan por el contrario creyendo que hay un Dios en el cielo, y un código supremo que debe rejir todas, y en todo, las voluntades de la tierra.

Imitemos menos, conozcámonos mas; no olvidemos que los franceses no escriben para nosotros sino para ellos; y que los *remedios caseros* son preferibles para nuestras dolencias, á los de esos médicos improvisados que prefieren los remedios escritos para otras necesidades, otras exigencias, otros males sociales.

Si creemos que las ideas para que sean buenas es preciso que vayan de Francia, pensemos entonces como los hombres que piensan con los principios eternos de toda justicia, de toda libertad, de todo progreso. De otro modo, los que piensan *de prestado*, sin saberlo, exajerarán la libertad, desatendiendo las condiciones del orden; caerán con el pueblo adulado y envanecido en la anarquía; esta nos arrastrará con una mano irresistible al despotismo, y pagaremos el pecado de los loros, pasando siempre y alternativamente del coro al caño y del caño al coro.

Busquemos, pues, para nosotros y para los que leen entre nosotros, la *buena* literatura, aprendamos á ser cristianos, seguros de que una vez que lo seamos, todo lo demas será lo de ménos.

Su amigo,

FÉLIX FRIAS.

La postdata será corta, puesto que la carta ha sido quizá demasiado larga. Todo el que escribe tropieza á veces con lectores maliciosos, y puede haber quien crea que mando esos renglones por la vanidad pueril de hacer saber que he tenido una carta de M. Montalembert y una conversacion, aunque en la calle, con M. de Cormenin. Satisfaccion se experimenta sin duda en conversar aun por algunos minutos con tales jentes; por lo que hace á la vanidad solo tengo que decir, primero, que no he encontrado ese capítulo en mis libros de filosofía

religiosa, y despues, que á los treinta y cinco años, en los que ya me encuentro sin saber como, gracias á Rosas, el hombre que estudia para ser hombre, deja de ser niño. Si invoco esas autoridades es en favor de mis ideas, no de un individuo, y digo mias porque las profeso, no porque yo las haya inventado. La cruz nos enseña cual fué el inventor de la verdad, para las sociedades civilizadas.

Carta à M. Guizot

Paris, julio 28 de 1851.

No sé, señor, si puede ser permitido á un extranjero desconocido dirigirse á un hombre de una reputacion tan grande y tan merecida como la de usted. Pero, todo consagrado, como lo estoy, al estudio de las cuestiones sociales y politicas, acabo de leer la notable carta de usted publicada en el *Diario de Debates* de hoy, y siento la necesidad de escribirle.

La teoria de usted sobre la democracia me parece muy exacta, señor. El hombre tiene necesidad de gobernar y de ser gobernado á la vez. Es fuerte y es débil. Todas sus facultades y sus esfuerzos tienen sus límites. Los gobiernos no han sido creados, segun yo pienso, sino para auxiliar la flaqueza natural de los hombres.

Pero hay ademas una flaqueza artificial que aspira mas que ninguna otra al gobierno democrático, y esta flaqueza es la del orgullo que toma sus armas en la mala ciencia, y debilita las facultades por el abuso. Usted habrá observado, señor, que á medida que el hombre se corrompe, aspira tanto mas á todo aquello de que es incapaz. Nunca ha estado la Francia mas lejos de la democracia que en el dia, porque jamás la anarquía la ha colocado tan cerca del despotismo, y sin embargo, usted lo vé, ella se llama *República* y ambiciona la democracia pura. No la tendrá, y si subsiste por mas tiempo bajo la forma republicana, llegará á la democracia impura,

esto es, á la demagogia; y usted lo sabe, señor; para destruir la demagogia no basta un gobierno, es preciso un despotismo; á la autoridad que dirige es necesario sustituir la fuerza que comprime.

Pero lo que yo hubiera deseado ver en la carta de usted y lo que no veo en ella, es el medio interior que dá al hombre la capacidad de gobernarse á sí mismo, la capacidad democrática.

El mal presente de la Francia no está en la superficie, está en el fondo de las almas. Importa saber cuál es la creencia de las almas, cuál es su fuerza, cuáles sus medios, para comprender una situación política, que no es mas que el cuerpo de una situación social.

Yo veo en todas las inteligencias ideas, fruto de una civilización literaria y filosófica, pero no veo creencias. Veo algo peor que la ignorancia, veo la preocupación. Las preocupaciones individuales producen necesariamente la anarquía intelectual y jeneral. La preocupación en la mente supone el orgullo y el egoísmo en el corazón. Yo veo, pues, al lado de la anarquía intelectual la anarquía moral. ¿Puede acaso hacerse la democracia con esta doble anarquía?

No, señor, la base verdadera, la *única* base de la democracia, es la civilización moral y religiosa de un pueblo. La razón es muy sencilla. Para que todos en la sociedad se gobiernen juntos, es preciso que cada uno sea capaz de gobernarse á sí mismo. Con una ciencia literaria y filosófica, se duda, no se tiene una regla fija de conducta. Se ama uno demasiado y no ama á los demás. Cada uno es un obstáculo y no un apoyo para su semejante. El individuo reemplaza al hombre social.

Mr. Girardin decia no há mucho, que la República francesa era la república *de la razón*. Es precisamente por esto que ella es imposible y que la hace únicamente vivir la resignación de los hombres de orden.

Cuando se emancipa la razón del hombre, ¿qué es lo que sucede? Se crean individualidades, cada uno es su autoridad y su juez, la razón jeneral desaparece, y los vínculos morales se rompen, porque para que los hombres se amen y se ayuden, necesitan una fé, una ley, una regla comun. Cada hom-

bre es incapaz de participar de la soberanía jeneral, porque él mismo no es un soberano individual. Es un esclavo de sí propio, sin saberlo. Obedece á sus pasiones, no las gobierna.

Examine usted, señor, la filosofía ecléctica que no es sino el caos filosófico, examine usted la literatura francesa del día, que es la cortesana del vicio, de la falsa belleza, y verá usted que la civilización francesa ha sido la más anti-democrática; que ella ha dado fuerzas al egoísmo del corazón, no al amor, y á ese otro egoísmo de la inteligencia que se llama la razón emancipada.

Sí, es preciso que el hombre mismo sea un gobierno para que aspire lejitimamente á su parte en la soberanía democrática. Y la religión solo, señor, ella solo enseña al hombre á poseerse, á gobernarse á así mismo. Yo lo decía, hace algunos días, á uno de los más distinguidos publicistas de vuestro país. El amor propio que es menos que la caridad, más que el egoísmo, puede ser gobernado por la monarquía constitucional. La virtud solo da á los hombres la aptitud del gobierno democrático, y el código de esta virtud es siempre la religión, que subordina la razón á reglas inmutables de conducta. En cuanto al egoísmo, situación individual, y á la anarquía, situación jeneral, de la Francia, no solamente él no podrá jamás realizar la República, sino que él provoca la acción directa del despotismo. Y pienso que los hombres reflexivos deben esperarlo, no solo como posible, sino como mal necesario. Vale más el despotismo que la demagogia, y es preciso sacrificar la libertad política cuando ella compromete las libertades civiles de un pueblo. Y usted lo sabe, señor, mejor que yo, la demagogia que amenaza á la Francia actualmente, no es la simple demagogia, es la demagogia socialista.

La filosofía y la literatura francesa se lavan las manos, lo sé, en presencia del socialismo. *Pero no ha caído él de las nubes, ha caído justamente de las clases altas en las clases bajas.* Si ustedes son filósofos y romancistas, la razón y la imaginación emancipadas, ¿como se sorprenden de la emancipación de los sentidos en las clases pobres? Es preciso una filosofía para el pueblo, puesto que ustedes han arrancado la religión de su alma. El socialismo es la filosofía plebeya de la carne. Ustedes han dicho: escojed en el mundo de las

ideas, escojed en el órden moral degradado, el pueblo escoje en el órden material. Esto es lójico y es natural.

Yo no creo, pues, que los únicos autores responsables del socialismo sean los socialistas, *pienso que los hay muy lejitimos en las rejiones de la ciencia francesa*. El pueblo no inventa nada, sigue á sus jefes; y hace vicio abajo lo que era error arriba: á las doctrinas de la preocupacion él contesta con las doctrinas del crimen. Los autores socialistas no hacen mas que explotar un terreno preparado por otros.

Usted dice en su carta, señor, que la América del Norte ha realizado la democracia, porque es federal. Es una buena razon, pero no es esa la gran razon. Los americanos del norte son demócratas, porque son capaces de la democracia, y lo son porque son cristianos. La Gran Bretaña practica la libertad, bajo diversa forma, porque es cristiana. En los dos pueblos hay creencia. Existe en ellos la armonía, no la anarquía. Hay allí una ley jeneral en la política porque hay un dogma en los corazones. Hay allí libertad porque hay virtud. *En esos países no se ha emancipado la razon*, y mientras en Francia se habla mucho de libertad para guardarla escrita en las bibliotecas, allí se la realiza en las costumbres. Y obsérvelo usted, señor, *los Estados Unidos no tienen literatura ni filosofía, estos dos agentes en Francia de tinieblas y de corrupcion*.

Sí, señor, la virtud, la virtud; hé ahí la gran verdad; hé ahí el estandarte de la democracia. No hay mas que una cosa mas allá que ella, es la cruz que dió al mundo el ejemplo divino y la ciencia inmortal de la virtud.

Busque usted la causa del mal en Francia; ella reside en los vicios del corazon, que tienen siempre un error por simpatía en las intelijencias. Y se pide á las ideas, es decir, á la causa del mal, se las pide el remedio. Se harán magníficos discursos, pero el remedio no está ahí.

¿Cuántos partidos tienen ustedes, señor, en la República, *que es el terreno que los divide menos?* (1) El partido moderado hace el órden con el desórden. Es una anarquía

(1) Palabras de M. Thiers.

aliada en los dias de peligro, ese gran partido del órden. Pasado el peligro se agrava; cada uno vuelve á sus odios, cada odio á su impotencia.

Vea usted las dificultades con que tropieza ese noble pensamiento de la fusion que se propone poner término al mas grande escándalo de la Francia, y usted conocerá conmigo que los buenos en Francia no son sino los menos malos.

Yo, que no tomo mis convicciones en los libros sino en mi alma, yo digo á usted que si ustedes continúan divididos merecerán el socialismo que fortifican con sus deplorables rivalidades.

El socialismo, señor, es el fruto natural de vuestra civilizacion, que me atrevo á llamar inmoral porque es irreligiosa. Ustedes están amenazados de la barbarie de la pre-ocupacion, mucho peor que la barbarie de la ignorancia, que nos afije en la América del Sud. Nosotros tenemos delante el porvenir, ustedes la decadencia. La barbarie sin ciencia puede ser corregida, porque precede á la luz; pero esta barbarie científica, razonadora, que ustedes tienen, viene despues de ella y conduce al caos.

Yo abrigo, señor, el mas profundo respeto por usted, porque usted fué derribado por la revolucion de febrero, esa primera hora de la decadencia de la Francia, y me atrevo á esperar que usted se dignará prestar su atencion á estas líneas. Yo soy muy católico, señor, y me he felicitado de ser católico, cuando me he preguntado: ¿por qué la revolucion de la República Argentina, mi pais, no ha tenido buen éxito? y cuando me he preguntado mas tarde en Francia ¿por qué la revolucion de febrero no lo tendrá? La nuestra ha sido desgraciada, porque la tuvimos muy pronto, antes de la educacion religiosa del pueblo. La vuestra se malogrará porque ha llegado muy tarde, despues de la desmoralizacion de vuestro pueblo. He creído ver la verdad y la digo á usted.

Se la digo con entera franqueza y en bárbaro estilo. He vivido tres años en Francia en el aislamiento y no tengo el hábito de la lengua francesa. No tengo el hábito de ninguna lengua humana, porque hablo siempre con Dios y conmigo mismo; y tengo la pretension de creer que esto basta para ser hombre y para tratar las cuestiones humanas.

Yo pienso, pues, señor, que la democracia es el último y el mas completo resultado de una civilizacion cristiana: que toda democracia irreligiosa es falsa: que los hombres no son soberanos en el mundo político sino cuando Dios es soberano en su alma: que cuanto menos directa es la accion divina sobre el alma humana, tanto mas debe serlo la accion del gobierno visible y político: que es preciso para la libertad democrática el hombre entero, en el que se realiza la triple alianza de la razon, del amor y de la fé. *La libertad ilimitada de examinarlo todo es incompatible con la verdadera democracia, ella no se establece sólidamente en el terreno de la duda, sino en el de la fé.*

Escuché con sumo placer el último discurso de usted pronunciado en la Iglesia de la Redencion. Usted sabe todo lo que el hombre y las sociedades pueden con la fé, y usted debe comprender, mejor que yo, todo lo que es imposible á una nacion sin fé como la Francia. Digo sin fé, señor, porque desgraciadamente los católicos no son mas que *un partido* en Francia. El dia que la Francia entera sea cristiana, entonces se salvará; sin eso solo Dios puede salvar su arrepentimiento.

Yo no pido á usted su aprobacion, señor, no soy mas que un discípulo, un soldado desconocido de la causa del bien, pero deseara recibir un estímulo de sus lábios, si lo merezco; y le ruego hable de religion siempre que usted hable de la democracia. Entonces estoy cierto que usted dirá grandes verdades porque se colocará al lado de la verdad eterna.

Admita usted, señor, las seguridades de la admiracion y del respeto de su humilde servidor

FÉLIX FRIAS.

Golpe de Estado en Francia

Paris, diciembre 11 de 1861.

Señor Editor:

Mucho tiempo hace que dije á usted que la Francia se encaminaba por la anarquía al despotismo; que la disolucion de las creencias, la relajacion de las costumbres, el egoismo sin freno y la política sin regla moral, no contribuian á afianzar las instituciones republicanas, sino á perderlas. El despotismo ha llegado ya, todas las libertades públicas han sucumbido bajo la dictadura militar, y Luis Napoleon ha querido celebrar el aniversario de la victoria de Austerlitz y de la coronacion del emperador, dando una triste batalla al réjimen representativo de su país.

Por haber previsto esa forzosa consecuencia de las discordias civiles, no me creo obligado á aplaudir el uso hecho por el presidente de la república de las fuerzas que le habian sido confiadas para defender las leyes nacionales, no para violarlas; ni creo que habia llegado el momento supremo de recurrir á los medios extremos para salvar la sociedad á semejante costa.

La conducta de la asamblea en los últimos tiempos no era por cierto, la mas honrosa, ni la mas conveniente. Disuelta la antigua mayoría, sus votos se resentian de la confusion y el desconcierto jeneral, y marchaba la cámara sin brújula en medio de un mar borrascoso. La montaña se habia apoderado del timon y daba la direccion que queria al cuerpo lejislativo, segura siempre del triunfo, sea que prestara su apoyo á la porcion que seguia al poder ejecutivo ó á la que le resistia. Este es espectáculo no podia menos que desacreditar á la asamblea á los ojos del país, y sus adversarios de la prensa explotaban todas sus faltas en favor de las teorías mas contrarias á todo réjimen parlamentario.

¿Pero quién habia introducido la discordia en el seno lejislativo? El mismo Luis Napoleon—En toda asamblea estará siempre dispuesta una gran porcion de la mayoría conservadora á sostener al gobierno aun en sus extravíos, sea por que no

faltan intereses mezquinos que aconsejan esa adhesión irreflexiva, sea por que la autoridad es considerada siempre como una fuerza tutelar en circunstancias tan difíciles, como las que atravesaba la Francia. Luis Napoleon fraccionó la mayoría desde que en su último mensaje propuso la derogación de la ley electoral del 31 de mayo, ley presentada por él mismo y que el partido del orden había siempre considerado como la barrera más firme contra el torrente revolucionario. ¿Y con qué fin fué aconsejada la abolición de esa ley? No ciertamente en el interés de las instituciones republicanas; no es ni ha podido ser nunca muy cordial el amor que las profesa el príncipe presidente. Esa grave medida fué inspirada por un motivo muy personal. El presidente sabía que á los ojos de los paisanos de la campaña, que poco entienden de derechos ni de principios republicanos, su nombre era más popular que todas las teorías, y que siendo el mayor número de los electores compuesto de esos paisanos, el sufragio ilimitado le daba nuevas probabilidades de ser reelegido presidente de la república, apesar de que esta reelección era inconstitucional.

Era él mismo, pues, el autor principal, sino el único, de la anarquía parlamentaria. Pero por escandalosa que ella fuera, ¿había acaso la asamblea salido del terreno legal? ¿no estaban en su derecho votando bien ó mal los representantes del país? Es cierto que la asamblea tomaba precauciones en su lucha con el poder ejecutivo, y que quería armarse; pero ¿el modo brutal como ha sido disuelta no ha venido á justificar sus aprensiones?

Los partidarios de Luis Napoleon pretenden que la cámara no pedía armas únicamente con la mira de defenderse, sino con la de atacar; que estaban decididos á confiar el mando de las tropas al general Changarnier, y que éste había en el acto enviado á Vincennes á Luis Napoleon. Pero ¿dónde están las pruebas? No me parece muy fácil un complot fraguado por 700 representantes, divididos por tantos intereses encontrados, y cuando se trata de acusaciones tan graves valen pocos los rumores. En todo caso Luis Napoleon hubiera debido mantenerse á la defensiva. Tenía en sus manos todos los recursos, que da la posesión del poder, y si ataques violentos le obligaban á recurrir también á la violencia, entonces habría podido

ejecutar su golpe de estado, poniendo de su lado la razon y la justicia. En tiempos revolucionarios mas que nunca debe la fuerza tenerlas favorables.

Las bayonetas no han hollado las leyes en presencia de un peligro inminente; y no entiendo yo que el primer magistrado de un pais, ligado á la constitucion por un juramento solemne, deba quebrantar por sospechas sus promesas todas, olvidando que el primer título del hombre, colocado al frente de un pueblo cualquiera, es la honradez. Solo al lado de Rosas han podido verse hombres que sacrifican su fama; para mí el que renuncia á la probidad no será jamás un hombre político de importancia.

Si Napoleon hubiera sido atacado por la asamblea, entonces quedaba á los ojos de todos justificado por el uso de recursos arbitrarios. Si mas tarde cinco ó seis millones de franceses le nombraban presidente, apesar de la constitucion, tambien hubiera podido considerarse exonerado de su juramento en favor de ella, por que, como decia no há mucho el general Cavaignac, aludiendo á ese caso, la voluntad de la mayoría del pueblo es la ley suprema. Pero ha obrado, á mi juicio, no menos inmoral que inhábilmente lanzándose sin motivo suficiente á la dictadura, y encadenando á los hombres mas ilustres del pais.

Ha apelado al pueblo, se me dirá, y al pueblo todo; ha restablecido el sufragio universal. Es verdad, y puede muy bien suceder que el pueblo francés apruebe su conducta; pero los principios de la moral y de la justicia son superiores á la voluntad de todo pueblo; y si el pueblo francés se resigna y aprueba, lo único que resultaria es que su adhesion á la dictadura, como á todas las revoluciones, ocurrida en Paris, que el telégrafo comunicaba á los departamentos y éstos reconocian como lejitimas, será una prueba nueva y bien dolorosa de la desmoralizacion de la nacion francesa. El pueblo que derribó á Carlos X por que violaba un artículo de la carta, que derribó á Luis Felipe que no habia violado ninguno, puede aplaudir si se le antoja al presidente republicano que viola todas las leyes y las libertades públicas. Lo único que resultará á los ojos de los hombres que discurren es que el pueblo francés no sabe ser libre.

Y es esta una triste verdad, señor editor. La licencia y el espíritu revolucionario han desacreditado de tal manera en este país á la libertad, el materialismo ejerce tan poderoso imperio en todos los espíritus, que Luis Napoleon vá probablemente á triunfar en las próximas elecciones. « Nos ha librado de los rojos, dicen los propietarios todos, 1852 *ha muerto*, y lo preferimos á toda otra cosa, puesto que nos asegura el orden material. » Los mismos orleanistas y lejitimistas prendidos por él decían en sus prisiones: « Lo preferimos á los rojos, y no queremos la resistencia de las barricadas, sino la lucha legal. »

Esa reaccion vigorosa contra las agitaciones revolucionarias, ese terror inspirado por los socialistas, es lo que mas favorece la candidatura de Luis Napoleon. « No es el mejor, pero es el único que puede gobernarnos, » dicen tambien los moderados, y tienen razon, puesto que la Francia, incapaz de practicar la república, no puede por las divisiones de los partidos realistas pensar ni en la rejeñcia de la duquesa de Orleans ni en el trono del conde de Chambord. El cansancio, la postracion, el deseo de vivir en paz y al abrigo de toda perturbacion socialista, tal es en el dia la disposicion del espíritu público; y de ahí á soportar la dictadura no hay mas que un paso.

«No lo ignoramos, dice en su número del 1° de este mes la *Revista de Ambos Mundos*, el reposo en el silencio y la inercia, el reposo aun sin la dignidad, es el objeto muy sincero del voto mas jeneral que exista en el dia en toda la superficie del país. Ese inmenso deseo de ver terminar la agitacion y la inquietud ha crecido de hora en hora en todas las almas; él las ha sumerjido como una marea que sube, y las almas han perdido en este naufragio el resorte necesario para dar la vida pública. En varias ocasiones hemos señalado con tristeza este decaimiento progresivo que se operaba en el espíritu de la Francia; hemos dicho las buenas y las malas razones que justificaban ó que esplicaban este cruel desaliento de un pueblo en el que se acababa sin embargo de multiplicar hasta lo infinito el número de los ciudadanos. Y en presencia de los que niegan con el derecho supremo de la soberanía revolucionaria todos los gobiernos que no se acomodan á su interés indi-

vidual, no hay mas que la masa exasperada de los que temblando de miedo ó de cólera, no piden mas que inclinarse ante un gobierno cualquiera, por no tener que hacer ellos mismos un gobierno durable, y ofrecen á toda costa su dimision de ciudadanos, para que se les libre de la carga de la responsabilidad cívica.» Y la *Revista* que eso dice es partidaria decidida de las instituciones parlamentarias.

Tales son las deplorables consecuencias de esa funesta aparicion del socialismo. Todos los remedios serán aceptables con tal que sean anti-socialistas, y como las fuerzas morales y legales del pais son insuficientes para aniquilarlo, se recurrirá á la fuerza bruta y con tal de vivir, se vivirá sin libertades democráticas, dique bien frágil contra el torrente revolucionario. Agréguese á esto que los mismos hombres, que se pretenden moderados y partidarios leales de los buenos principios, no por eso están dotados de las virtudes necesarias para dar el ejemplo de la union en el terreno de la defensa de la sociedad, que en todos imperan con fuerza las pasiones egoistas y que la virtud cívica, único remedio eficaz en tiempo de corrupcion, parece desterrada de las costumbres y de las creencias nacionales.

Luis Napoleon, pues, contaba con un poderoso aliado, la inaccion. Los hombres no mueren por sus convicciones en un pais como este, sino cuando ambicionan lo que ambicionan los socialistas, el saqueo y la ruina. Así en todas partes los únicos que se han lanzado á la pelea son los rojos, y donde han triunfado han practicado en el acto sus doctrinas, han robado, han quemado, han profanado lo mas sagrado, han asesinado y hasta han empleado en alguna parte el tormento. Las mujeres han sido víctimas de los mas brutales excesos en los puntos de los departamentos dominados momentáneamente por la insurreccion. En presencia de esos escándalos que no son sino una pobre muestra de lo que habria sucedido el año entrante, ¿qué extraño es que el pais diga: «todo menos el socialismo; que nos mande despóticamente Napoleon, si nos asegura el orden material!»

Esa disposicion de la opinion pública puede explicar y disculpar el golpe de Luis Napoleon, no lo justifica. A mi juicio, se ha precipitado, y ha querido imponer á las circunstan-

cias lo que estaba destinado á recibir de ellas. Orleanistas y legitimistas todos se habrian colocado en torno suyo el año entrante; desde el momento que la insurreccion socialista hubiera levantado su bandera roja, todos hubieran reconocido que, á pesar de sus defectos, poseyendo un nombre identificado con las pasadas glorias del pais, él era la única autoridad posible, y ya que la Francia estaba condenada á salvarse por el despotismo, Luis Napoleon lo habia ejercido á lo ménos con el voto popular y con el apoyo de la ley, que hoy ha violado.

Le he dicho á usted arriba que su conducta sobre ser inmoral me parece inhábil, porque es fácil preveer los embarazos muy sérios, que le impedirán en adelante adoptar una política constitucional. Desde que haya una cámara ó cuerpo legislativo, como él dice, invocando los recuerdos del imperio, se restablece el réjimen de la discusion, y ¿qué hará él cuando tenga en contra á todos los grandes oradores, tales como Berryer, Odilon Barrot, Falloux y Thiers, hombres que han ilustrado en todo tiempo la tribuna y el gabinete, y á los que tan duramente ha ofendido? Con un batallon se destruye una barricada, pero no se deshace el efecto producido en una asamblea por los discursos de M. Thiers. El ha podido ejercer por algun tiempo la dictadura del sable, pero la dictadura del jénio no se ejerce con el solo nombre de Napoleon: es preciso ser el mismo, y haber deslumbrado los ojos de la multitud con espléndidas victorias.

El primer deber del presidente era reconstruir la mayoría dividida, mostrarse firme contra los rojos, moderado siempre con los hombres que le ayudaron á subir al poder, y sin los que es imposible gobernar la Francia de otra manera que á sablazos. Yo pienso que él ha faltado á su deber, y que sus últimos pasos son inspirados por un deseo inmoderado de perpetuarse en el mando.

Al mismo tiempo que los actos violentos de 2 de diciembre han sido recibidos con la indiferencia del egoismo, no es posible disimularse que ellos han causado mucho descontento en una porcion considerable de la poblacion, que siente la humillacion del remedio ofrecido á sus propias dolencias.

En los Estados europeos se ha recibido, como era natural,

con gusto por todos sus habitantes, éseptuados los revolucionarios, la noticia de lo sucedido en Paris. Todos esos Estados temblaban tambien al pensar en la crisis del año entrante. Los escritores constitucionales de Inglaterra critican unos, defienden otros, la conducta de Luis Napoleon; pero todos deben estar contentos de ver preservada á la Europa de nuevas convulsiones, y quizá los mas hostiles á estos actos del 2, lo son por mostrarse fieles á sus principios, pero se complacen, aunque por motivos indignos, en este nuevo paso de la Francia en la via de su decadencia.

Yo apruebo el despotismo cuando se presenta delante de la anarquía armada, pues no se combate el fuego de una barricada con los textos de una Constitucion; pero lo condeno cuando no es el resultado de una necesidad imperiosa y suprema. Enemigo de todos los excesos pienso que la mas grave responsabilidad pesa siempre sobre el primero que sale del terreno legal, y esta vez es forzoso reconocer que no han sido en Francia los facciosos. Ellos han sido vencidos, es verdad; la Francia está contenta con los que la han librado del miedo que le causaban los rojos, tambien es cierto; pero Dios sabe cuales serán las ventajas que el principio de la autoridad, tan decaído en Francia, reportará en adelante del ejemplo dado por Luis Napoleon. Vale mas descender del poder, como lo hizo el honrado jeneral Cavaignac, que mantenerse en él con el sacrificio del honor.

Luis Napoleon tiene en su favor un gran argumento, y es que ha triunfado. ¡Desgraciados los paises que aplauden tales victorias y mas desgraciados aun los que las merecen!

De usted señor Editor.

FÉLIX FRIAS

Paris, enero 8 de 1852.

Señor Editor:

En la primera correspondencia que dirijí al *Mercurio* desde esta capital en noviembre de 1848, decia á usted que la Francia no era republicana ni por sus creencias, ni por sus votos, ni por sus intereses, y que las nuevas instituciones habian sido impuestas á este pais por la violencia y por la sorpresa. En muchas otras posteriores y finalmente en mi carta dirijida al señor Alberdi, he dicho que el despotismo seria *el término y el castigo* de la revolucion de febrero. No es á mí á quien ha podido sorprender el desenlace de esa revolucion ni la dictadura, de que voy á hablar á usted ahora; las obras de la violencia mas ó menos tarde son destruidas por ella, y llega muy naturalmente para la autoridad el dia en que mide á la revolucion con la vara que fué medida.

Y empiezo esta carta por recordar á los lectores del *Mercurio* que preví mucho tiempo há lo que hoy ha sucedido, porque quiero mostrar á los ilusos que he visto con ojos despejados los acontecimientos de la Francia, y que no me tocaba saludar con entusiasmo una revolucion infecunda, y que en vez de prometer la libertad solo podria enjendrar la dictadura. Tengan por cierto los hombres que allí consagran sus meditaciones al estudio de la historia contemporánea, que los pueblos en que mas se grita *libertad* son los que están en víspera de la esclavitud, y que los paises que, como la Inglaterra, lá proclaman menos, son los que mejor la gozan y la practican. Obras son amores y no buenas palabras.

Si no fui yo partidario de la república en Francia, tampoco lo soy de la dictadura. Afortunadamente siendo extranjero no me toca enrolarme en ningun partido; pero quiero decir á usted ahora que aquellos polvos traen estos lodos, si puedo emplear esta espresion vulgar, y que un 24 de febrero contiene

un 2 de diciembre. Quiero decir á usted que una república servida de socialistas y por realistas no podia terminar de otra manera, y que la Francia que derribó á Carlos X, rey inviolable, y no supo defender á Luis Felipe; que la Francia en cuyo seno apareció el socialismo, como fruto natural de la incredulidad y la corrupcion, y se entregó toda entera, en cuerpo y alma á la idolatria del dinero, ha merecido el castigo que hoy sufre, ha merecido el despotismo que la impone silencio, como se impone silencio en la escuela á los muchachos mal criados. Y puesto que he empezado por hacer uso, para hacerme comprender mejor, de los adajios vulgares, déjeme agregar aquí que no se puede repicar y andar en la procesion. « ¡Cómo, diria yo á los franceses, os gustan los placeres, los bailes, los ricos muebles, las sedas y los teatros, la perfumeria y el papel pintado, y el oro con que se compra todo eso, y los vicios perfumados y cantados por vuestros poetas; pero los que andan en esas procesiones no pueden repicar al mismo tiempo las campanas de la libertad; no, la libertad pide al hombre y á la mujer gustos mas serios, hábitos mas severos, fuerzas mas viriles! ¡Quereis ser libres, sed morales; quereis ser mas libres que los americanos del norte, sed mas honrados, mas virtuosos, mas relijiosos que ellos! »

Si, señor, la libertad cuesta caro; y los que se imaginan que basta una intriga ó una insurreccion para hacerlas triunfar, podrian en efecto hacer triunfar alguna vez la libertad revolucionaria, que es la mentida; en cuanto á la verdadera libertad es cosa que no se improvisa, y cuando no está arraigada en las conciencias y en las costumbres honradas, no está en parte alguna.

Usted ha visto, señor Editor, en mi correspondencia del mes pasado que yo he condenado los actos del 2 de diciembre; pero los lectores de su diario se habrán apercibido que he condenado en ellos principalmente la inoportunidad, y que hubiera yo deseado que el gobierno se hubiera mantenido á la defensiva, y no hubiera abandonado el terreno legal sino en el último caso. Puesto que el despotismo era inevitable, me parecia prudente no se mostrara, sino cuando fuera visible á todo el mundo que era el momento ya de lanzar esa última

ancla de salvacion. Agregaba á usted que la Francia aprobaria todo eso, por la razon muy simple de que á una nacion desmoralizada conviene el despotismo, no la libertad. Los vicios viven dañando cuando viven libres, vale mas gobernarlos que dejarlos gobernar.

Concluia esa misma correspondencia con estas palabras: «Desgraciados los paises que aplauden tales victorias, mas desgraciados aun los que las merecen.»

Ahora digo á usted, juzgando los actos de Luis Napoleon, no del punto de vista abstracto de la moral y de la justicia, sino en el terreno práctico, que ha hecho él muy bien en quebrantar su juramento, muy bien en derribar las leyes políticas existentes, muy bien en matar la república; y digo todo esto porque ha pronunciado su fallo un juez mas competente que yo, y que ningun extranjero, para saber lo que conviene á la Francia; y ese juez es la Francia misma.

Siete millones y medio de habitantes entre ocho millones de electores, han dicho á Luis Napoleon: *Sí*. ¡La dictadura sancionada en Francia por el sufragio universal! ¡qué tremenda leccion! ¡y cuán cándidos los que creian republicana á la Francia! El pueblo todo ha abdicado su corona usurpada, y ha dicho á un hombre: ¡Usted es el soberano, usted es el legislador y usted el ejecutor de las leyes que haga! Nosotros obedecemos, usted manda! Queremos la dictadura y usted nos ha salvado! El *Sí* dado por la Francia á Luis Napoleon Bonaparte significa todo eso, nada menos. El imperio existe sin la palabra, como antes existia la república sin la cosa.

Un republicano exaltado y muy ligado á los representantes rojos de la montaña, me decia el 4 de diciembre, el dia en que fué mas vivo el combate en las barricadas de Paris:— «La Francia va á arder como la pólvora, toda ella va á sublevarse, y mañana á esta hora estará quemado el palacio del Eliseo.»—No habrá tal incendio, le contesté yo, la Francia va á someterse y va á probar á Luis Napoleon. El acto es detestable pero la Francia lo merece y lo aplaudirá. Un americano que nos oia se sorprendia de mis palabras, y me las contestó con exaltacion. Los hechos no me han desmentido, y ambos me han dicho mas tarde: «Usted tenia razon, y conoce bien el terreno que pisa.»

El republicano francés, después de la victoria del presidente, exclamaba: «ahora soy fatalista y conozco que la Francia no es republicana.» No he esperado yo tanto para conocer lo mismo. Comprendo sin embargo que haya hoy republicanos desengañados que se llamen fatalistas, no teniendo el coraje de llamarse y de ser cristianos.

«La fuerza, ha dicho M. Mignet, en su historia de la revolución francesa, es la que decide siempre de la suerte de las sociedades.» Esa es buena filosofía para la historia de la Francia. De medio siglo acá todos sus sucesos han sido hijos de la fuerza: ella derribó á Luis XVI, como á Carlos X y á Luis Felipe; y es preciso reconocer que la Francia ha estado engañando al mundo, cuando señalaba todos esos triunfos de la fuerza revolucionaria, como conquistas del espíritu democrático. La fuerza y la democracia lejos de ser aliadas, son enemigas naturales. La democracia vive sin bayonetas y sin motines, no necesita de las primeras para su custodia, ni de los otros para sus triunfos. Véasele sino en los Estados Unidos, donde no ha habido una sola insurrección en nombre de la libertad, y donde no se conocen los grandes ejércitos. La Francia ha sido revolucionaria, no ha sido democrática, y á los que lo duden todavía, les repetiría yo: «El sufragio universal en el año 1851 ha sancionado la dictadura!»

Hasta aquí podían decir las opiniones que los gobiernos contrariaban en Francia los votos y los intereses generales. Hoy no es posible equivocarse. El pueblo ha hablado, tenía completa libertad para decir *si* ó *no* como para abstenerse; ha dicho *si*. Ha dicho que quiere vivir sin libertades políticas, sin cámaras parlamentarias, sin libertad ilimitada en la prensa, sin clubs, sin grandes oradores, sin ministros responsables, sin todo ese aparato por fin del gobierno representativo, y ha tenido razón, porque vale más abdicar la libertad que profanarla hasta llegar con ella al socialismo, ó la barbarie que es lo mismo. Entre la libertad, que la conducía al socialismo, y el despotismo que la conduce al orden, ha elegido la Francia el segundo. Entre el régimen del sable y el puñal nivelador de los rojos, ha preferido el primero, y ha renunciado la libertad para conservar la vida, y con la vida la propiedad y la familia. ¡Quién puede condenarla por haber aprobado al que asegura

la bolsa y la vida, contra los que atentaban contra ambas!

Lo que no apruebo yo es que la Francia se haya conducido de tal manera que tenga que felicitarse un día por no ser asesinada ni robada, y que habiendo seguido ese camino detestable haya estado predicando al mundo la falsa democracia, y derramando esas teorías incendiarias que han llevado sus estragos hasta los países más apartados de la América del Sud. Lo que yo no apruebo es que se haya ostentado como la reina de la civilización y de la libertad cuando estaba en vísperas de inclinarse delante de un hombre y de los cañones. Ellos la han salvado, es cierto; pero ¿cuanta y cual es la civilización de un país que necesita ser salvado, y salvado por las bayonetas! ¿No es un pueblo vacío, por decirlo así, de fuerza moral el que necesita para existir de la fuerza material?

Ciertamente que un país que se asila en los cuarteles vale poco moralmente. Libres el mal y el bien en Francia todas las probabilidades del tiempo estaban por el primero; las bayonetas han reducido el mal á la impotencia y hé aquí lo que celebra la Francia. Que tiemble en hora buena, pero que no se envanezca tampoco. Es un bien negativo el que ha obtenido. Solo el día en que las dictaduras dejen de ser el necesario remedio contra las insurrecciones, será esta nación civilizada, y será civilizada, porque será cristiana. Mientras los hombres no tengan en las conciencias la ley moral por regla y freno de sus pasiones, la represión material será indispensable; y al fin no habrá más alternativa que la subordinación á la religión ó la subordinación á la fuerza; la primera es la libertad, la otra la esclavitud.

¿Que lección contienen los últimos sucesos de Francia para la América española? La lección es esta, expresada en términos precisos por el general San Martín: — « El pueblo que tiene más libertad que civilización, cae en la anarquía; el que tiene más civilización que libertad en la esclavitud. »

Tengamos, pues, una balanza fiel. Pongamos en uno de sus platos la civilización nuestra, que no es de las muy pesadas, y en otro nuestra libertad y sabremos qué cosa sea la que nos falta.

Veremos que nuestra civilización no pesa tanto que pueda equilibrarse con la libertad ilimitada de la prensa, ni con la de

los clubs, ni con muchas otras; veremos que la libertad de hablar y de escribir no es muy preciosa para los que no saben ni leer ni escribir; que los hombres que componen nuestra soberanía popular no pesan muchas onzas de civilización, y no pueden por lo mismo aumentar mucho el peso de la libertad; y que si agregamos á esta última alguna dosis de socialismo, por pequeña que sea, la balanza se rompe, y vienen los motines de Santiago y en seguida la guerra civil.

Otra lección contienen también los sucesos de Francia para nosotros, y es esta que recomiendo á los señores demagogos en sus horas de arrepentimiento, si es que conocen alguna vez esa bella disposición del alma que se ha extraviado.—« No os gusta el despotismo, les diría yo, pues bien, escuchad la voz de un americano que no odia á nadie, y cree conocer lo que vale la libertad que ama;—no seáis facciosos! Vosotros sois la anarquía, y como el autor de la enfermedad es responsable de los inconvenientes del remedio, vosotros sois responsables del despotismo, remedio indispensable contra la anarquía. Queréis que la autoridad sea legal, no la ataqueis ilegalmente. No amenaceis la libertad civil, no amenaceis al hombre en sus intereses mas preciosos, porque para salvarlos se arrojará á los brazos del despotismo. »

Sí, señor editor, yo soy partidario de la libertad racional y moderada, soy partidario de la civilización cristiana; es para mí la verdadera. Ni demagogia ni tiranía, es mi divisa.—Detesto la tiranía, y á fin de no merecer los abusos de la autoridad, combato la libertad. Sé que la licencia acaba al fin por ser enfrenada, y que los demagogos son en todo tiempo precursores de los déspotas y aun de los tiranos.

Y espero que sus lectores no pensarán que mis reflexiones sobre estas graves materias están demas en un diario principalmente consagrado á la defensa de los intereses comerciales y materiales de Chile.—Dos cosas sirven para el gobierno de las sociedades: los principios y los hombres. En cuanto á estos últimos nada me toca á mí decir; pero es preciso estar de acuerdo sobre los principios, es preciso que la prensa americana proclame todos los días y en todas sus columnas los buenos principios. En vano se descubrirán nuevas Californias, nuevas minas colmadas de oro; en vano subirá el precio

y la demanda de los trigos, si los clubs se abren, se predica el socialismo y el desórden, y las revueltas lanzan al país fuera de las vías de la paz que ha disfrutado. Es preciso que ante todo haya orden, y haya paz, y estas cosas, que son el verdadero agente de la prosperidad comercial de un país, no las enseña la teneduría de libros. Los libros del comerciante se cierran cuando se abren los del sofista revolucionario, y la sangre que tiñe el suelo de un país, no es buen abono para la producción abundante del trigo. Un gobierno provocado incesantemente á la pelea, no piensa en caminos de fierro ni en reformas de tarifas, piensa en defenderse y en defender amenazando.

Todos los motines en todos los países del mundo prometen la libertad y el progreso; la autoridad solo, la autoridad consentida y apoyada, puede asegurar á los hombres entre nosotros la libertad de que son capaces y los progresos de que son dignos. Cuando los viajeros que se encuentran abordo de un navío quieren llegar pronto al punto á que se dirijen, no empiezan por echar el piloto al agua. Por ahí empezamos nosotros todos los días y las revoluciones nos tienen al borde del abismo y nos alejan del puerto incesantemente. Y no hay que hacerse ilusión, bien ó mal dirigidos, la navegación es difícil y el puerto está lejos. El viaje que tienen que hacer esos países de la América Española para encontrar en las regiones del cristianismo la libertad, es mas largo y no menos árduo que el que hizo Colon para descubrirla.

Es menester que tengamos el coraje de una esperanza activa y perseverante. Colon, Pizarro, Cortés eran hombres de fé. Con la fé y la Cruz se va lejos. Ellos descubrieron su mundo y lo conquistaron. Los anglo-sajones han civilizado la mitad de él. La otra mitad reclama de nosotros las mismas esforzadas virtudes de esos religiosos puritanos que plantaron la cruz en la cima mas alta á que haya llegado jamás la libertad del hombre.

Si queremos, pues, una libertad sólida para nuestros hijos y no la ridícula y hueca cacareada por los demagogos, sepamos plantar los cimientos de una civilización sólida, no artificial como la civilización en que la Francia pretendió asentar su democracia desmentida hoy por el pueblo mismo que ella habia coronado.

No olvidemos la balanza; prefiramos el trabajo al placer, el estudio á la declamacion, el juicio, la honradez y la moderacion del orgullo, el egoismo y la locura á la fiebre de actividad y á los revolucionarios el órden. Así se va á la libertad á pasos lentos pero seguros; así podia Chile continuar, en provecho y honra suya y para ejemplo saludable de los pueblos hermanos, la tradicion que le dió paz durante veinte años y con la paz riqueza, bienestar y tambien libertad.

De usted, señor editor,

FÉLIX FRIAS.

Mis opiniones relijiosas y políticas.

Paris, abril 26 de 1852.

Señor Editor:

He visto en un número del *Mercurio* publicada una carta que dirijí el año pasado á M. Guizot y los renglones que este señor tuvo la bondad de enviarme en respuesta de ella.

« Deseo de todo corazon, me decia M. Guizot, que las ideas que me espresais se hagan populares, y tal vez tengais bien pronto ocasion de ver cuan conformes son ellas á las mias. » Aludia en esas palabras á un libro suyo titulado: *Meditaciones y Estudios morales*, cuya próxima aparicion estaba anunciada.

Ese libro es la coleccion de antiguos escritos de M. Guizot sobre materias relijiosas y morales, precedida de un prefacio sumamente notable y que todos los diarios serios de Paris reprodujeron. En él están copiadas las siguientes palabras, pronunciadas por el autor en la última sesion anual de la sociedad biblica presidida por él: « La gran cuestion, la cuestion suprema que preocupa hoy los espiritus, es la cuestion entre los que reconocen y los que no reconocen un órden sobrenatural, cierto y soberano, aunque impenetrable á la razon humana; la cuestion para llamar las cosas por su nombre en-

tre el *supernaturalismo* y el *racionalismo*. De un lado los incrédulos, los panteístas, los escépticos de todo jénero, los puros racionalistas; del otro los cristianos Importa para nuestra salvacion presente y futura, que la fé en el órden sobrenatural, que el respeto y la sumision al órden sobrenatural penetren en el mundo y en el alma humana, en los grandes espíritus como en los espíritus simples, en las rejiones mas elevadas como en las mas humildes. »

En seguida se lee en el mismo prefacio: « El mundo y el hombre no se esplican naturalmente y por sí mismos así como la naturaleza y el hombre no bastan para explicarse á sí mismos, tampoco *bastan para gobernarse*. El gobierno del universo y del jénero humano es otra cosa que el conjunto de leyes y de hechos naturales que observa la razon humana y de las leyes y los hechos accidentales que la libertad humana introduce. Es decir que mas allá y mas arriba del órden natural y humano, sujeto á nuestro conocimiento, está el órden sobrenatural que Dios arregla y desenvuelve, fuera del alcance de nuestra vista.

« Afirmo dos cosas: la una, que entre las escuelas filosóficas de nuestro tiempo, por diversos que sean sus sistemas y sus méritos, hay entre ellas esto de comun; es que no admiten el órden sobrenatural, y que se esfuerzan en esplicar y gobernar sin su auxilio el hombre y el mundo; la otra, que allí donde falta la fé en el órden sobrenatural, las bases del órden moral y social se ven profundamente y cada vez mas conmovidas, habiendo cesado el hombre de vivir en presencia del único poder superior á él en realidad, y que pueda á la vez satisfacerlo y dirigirlo. El órden natural es el campo abierto á la ciencia del hombre; el órden sobrenatural está entreabierto á su fé y á su esperanza; pero su ciencia no penetra en él. En el órden natural el hombre ejerce una parte de accion y de poder; en el órden sobrenatural solo tiene que someterse. Se ha dicho con un espíritu de conciliacion y de paz: « La relijion y la filosofia son dos hermanas que se deben mútuo respeto y proteccion. » Palabras inspiradas por las quimeras del orgullo humano: la filosofia viene del hombre, ella es la obra de su espíritu: la relijion viene de Dios; el hombre la recibe y á menudo la altera despues de haberla

recibido; pero él no la crea. La religión y la filosofía no son dos hermanas; son dos hijas, la una de « nuestro padre que está en los cielos, » la otra del simple genio humano. Y su condicion en este mundo no puede ser igual, como no lo es su origen; la autoridad es la esencia de la religión; el de la filosofía, es la libertad. »

Yo veía en mi carta la causa del mal en la falta de creencias, y para M. Guizot los enemigos que tienen en frente los cristianos son los incrédulos, los que no reconocen y por lo mismo no se subordinan al orden sobrenatural, esto es, á la autoridad y á la ley religiosa.

La base única de la democracia, decía yo, es la civilización religiosa de un pueblo, esto es, la civilización que somete las creencias y sus costumbres á la ley religiosa, al orden sobrenatural; y M.^o Guizot dice que las bases del orden moral y social se alteran desde que el hombre cesa de vivir en presencia del *único* poder superior al hombre, del único que puede satisfacerlo y dirigirlo.

Los hombres, decía yo, no son soberanos en el mundo político, esto es, no son capaces de gobernarse, sino cuando Dios es soberano en su alma, y según M. Guizot, la naturaleza y el hombre no bastan para gobernarse, y en su respuesta me había dicho: « el pueblo que no vé á Dios á cada instante arriba de sí y en sí mismo, no puede gobernarse, ni ser gobernado. »

Yo veía en la ciencia social moderna, esto es, en la filosofía incrédula y en la literatura irreligiosa, como ella, agentes de perturbación para los espíritus, de corrupción para las costumbres, y M. Guizot cree que toda ciencia, hija de la libertad del hombre, es no menos impotente para explicar al hombre que para gobernarlo, y que la razón emancipada de Dios, de la autoridad religiosa, es funesta á la paz y al orden de las sociedades.

¿ De dónde viene para la política, para la filosofía, como para la literatura, ese espíritu de insubordinación contra toda regla superior, contra todo proyecto divino? Viene de la filosofía del pasado siglo y de la revolución de 1789 que no es sino esa filosofía en acción. Ese espíritu revolucionario es el que todo lo ha destrozado en este país y no ha hecho tantos estragos en la escena política, sino después de haberlos hecho en

las inteligencias y en la conciencia nacional. Hijas nuestras repúblicas de la filosofía y de la revolución francesa, vivimos bajo el imperio de sus fatales errores, de sus máximas trastornadoras y anti-sociales. «Nadie detesta mas que yo, dice M. Guizot en el mismo prefacio, el imperio que ejerce entre nosotros, y el peligro con que nos amenaza el espíritu revolucionario, este satanás humano, á la vez escéptico y fanático, anárquico y tiránico, apasionado para negar y para destruir, incapaz de crear nada que pueda vivir y de soportar que nada se crea y viva á sus ojos. Yo soy de los que piensan que es preciso absolutamente vencer á este espíritu fatal, y restablecer y rehabilitar el espíritu de orden y de fé, que es el espíritu de vida y de conservacion.»

En su elocuente repuesta á M. de Montalembert lanzaba M. Guizot sobre la revolución francesa este anatema: «Tratando como ella las ha tratado á la monarquía y la Iglesia, á Luis XVI y el clero cristiano, la revolución ha hollado la justicia y el buen sentido, la moral y la política; ella ha sido al mismo tiempo ingrata é insensata; ha desconocido y ultrajado las leyes eternas de Dios y las condiciones vitales de la sociedad, y todos los buenos instintos de este mismo pueblo en cuyo nombre se realizaba.»

Tan cierto es que á los ojos de los hombres pensadores, ya que no á los de los espíritus vulgares, es aun hoy un problema si la revolución francesa ha sido ó no útil á la Francia y al mundo que ha arrastrado en pos de sí, esceptuados los anglosajones que no se dejan arrastrar por nadie, que M. Tocqueville decia últimamente en la academia de ciencias políticas y morales: «La revolución francesa, el mas grande de los acontecimientos de la historia; digo el mas grande y *no el mas útil*, porque esta revolución dura todavia y espero para caracterizarla por tal palabra conocer su último resultado.»

Sabe Dios cual será el último resultado en el porvenir, pero el último presente es bien triste. La revolución empezó por la república y despues de sesenta años su resultado ha sido la dictadura, la república actual que es la negacion de toda república.

El fanatismo revolucionario por haber sido insubordinado,

rebelde, irreligioso, no ha dado mas ventajosos resultados en el mundo moral, si es que hay algo en las sociedades dominadas por ese fanatismo que merezca llamarse mundo moral, y si no merece aplicarse á esas sociedades el cuento que oia ayer á un escritor americano. Habia en una ciudad del Perú un individuo exesivamente grueso y cuyo carácter no era de los mas recomendables. Hablando de él decia un caballero á otro: « no se puede negar que ese señor tiene mundo » — « ¡ Qué mundo ha de tener ! ¡ lo que tiene es demonio y carne ! ».

Lo mismo puede decirse del espíritu revolucionario: no tiene mundo, ha criado el caos, y en materia religiosa y social sus tendencias son infernales y sensuales, es un satanás humano, segun la vigorosa espresion de M. Guizot. Cuales sean sus apêtitos sensuales, lo ha revelado el socialismo, último fruto deplorable de la revolucion francesa, y al que lejos de oponer el menor dique la ciencia de los pensadores libres, de los *esprits forts*, como se llaman aquí, no hacia otra cosa que allanarle el campo de sus conquistas.

Por la ciencia política moderna, á la que atribuyo yo los males que aflijen á la Francia en el dia, entiendo la ciencia fabricada por la razon emancipada de toda regla, de todo precepto superior á su propia libertad; ¿qué ha producido ella? pregunto. Señálese un solo principio grande, saludable, que no haya sido enseñado muchos siglos antes de ella, y mejor que ella por el Evangelio. Señálese un solo principio funesto al orden y al adelanto de las sociedades que no esté refutado en las mismas sagradas escrituras.

Mucho podria decir sobre la triste incapacidad de la razon incrédula é idólatra de sí misma para hacer la felicidad de los hombres y de las sociedades; muchos argumentos me ofrece el espectáculo que he estado contemplando durante cuatro años aquí, en el centro de sus falsas glorias y de su poder; pero prefiero dar la palabra á los grandes escritores de este mismo país.

En un artículo consagrado al exámen del mismo libro de M. Guizot, ha dicho M. Lerminier lo siguiente: « Hay momentos en que la razon humana se adora en su poder; hay otros en que el sentimiento de su debilidad y de sus errores la

humilla. En la aurora de 1789, ahora sesenta años, qué cosas no se prometia la razon humana! Por la sola majia de sus enseñanzas y de sus demostraciones, ella iba á cambiarlo todo, á crear un nuevo mundo, á conducir á los hombres á la felicidad con una pacífica rapidez. Hasta entonces, se decia, el hombre no habia conocido ni sus derechos, ni su fuerza; pero se levantaba al fin y de un salto iba á tocar el término de su carrera. Este entusiasmo era sincero, porque estravió á todo el mundo. Despues de tres cuartos de siglo, los espíritus estaban hartos de teortas, de sistemas, de planes rejeneradores á los que no faltaba sino la aplicacion. ¿No debia ser fácil darles esta consagracion suprema? Aqui fué precisamente cuando los hechos se presentaron á confundir á esta razon soberbia. Ella destruyó, pero no pudo edificar. El suelo fué cubierto de ruinas, y cuanto se intentaba levantar en medio de estas ruinas, llevaba el sello de una caducidad fatal. Hasta se vió á los mismos que improvisaban instituciones y leyes, descontentos con su obra, derribarlas con sus propias manos. Las constituciones sociales se sucedieron. Las hemos visto igualmente efimeras igualmente impotentes. Tres años han pasado apenas despues que una constitucion, que parecia reasumir todas las lecciones de la esperiencia acopiada en medio de tantas tormentas, y que nos conducia al fin al puerto, fué despedazada, en el momento en que mas importaba que fuera respetada, para que su virtud pudiera obrar. ¿Y por quién fué rota? ¿En nombre de qué principios? En nombre del progreso y de la reforma. Una mañana la Francia se levantó sin constitucion y sin leyes, en el estado de tribu salvaje. Ella supo que todo estaba por recomenzar. Esta sociedad tan envanecida con su antigua y brillante civilizacion, tuvo que volver á los rudimentos del órden social. El sofisma y la anarquía trabajaban en el caos con un ardor detestable. Fué preciso defender y reconquistar contra sus esfuerzos los principios elementales de la humanidad: la familia, la propiedad, la justicia y el derecho.

«Necesariamente cuando la razon humana retrocede hasta este punto, la autoridad de la relijion se ensancha.

Ante el espectáculo del espíritu del hombre cruelmente burlado en sus presuntuosas esperanzas y terminando por cho-

cantes contradicciones, puesto que la ambicion ciega de la felicidad y de la libertad precipita á las sociedades en un desórden que las mata, la fé en un poder superior á la humanidad se reanima y reaparece tanto con el encanto de un consuelo como con el ascendiente de la verdad que disipa inmensos nublados. Por una atraccion natural las almas se elevan á un órden superior de creencias y de ideas, y les piden lo que no encuentran en la ciencia humana: la paz y la vida. »

En un libro notable, digno del autor, que acaba de publicarse con el título de *Historia de los lejisladores y de las constituciones de la Grecia antigua*, el mismo M. Lerminier dice: « Nos engañamos de una manera estraña ó la Europa en este momento está ocupada en revisar sus opiniones y sus juicios. »

Respecto de todos los Estados constitucionales, hijos de la revolucion francesa, es la verdad. Ha llegado para la Europa el momento de la revision. La Francia ha andado estraviada, y los pueblos que la imitaban con ella. Una gran reunion moral y por lo mismo anti-revolucionaria se realiza en este momento, y no bastarian todas las columnas del *Mercurio* para la reproduccion de los brillantes y luminosos escritos que salen de las prensas europeas en defensa de los principios eternos, de las máximas esenciales á la vida regular y bien ordenada de las sociedades, de lo que llama M. Guizot el órden sobrenatural y lo que en lenguaje vulgar quiere decir: la religion.

Entretanto ¿qué hacemos nosotros en la América del Sud? ¿qué revisamos? nada; seguimos las huellas de la rutina revolucionaria. Tuvimos nuestro tiempo de fiebre mental, creimos tambien en la aurora de nuestra revolucion en la omnipotencia de la razon humana, el humo y el polvo de nuestras batallas nos parecieron inciensos que perfumaban á esa diosa; padecimos la idolatria de las instituciones, creimos que una ley era secreto infalible para alcanzarlo todo, felicidad, progresos, libertad, civilizacion, y para ser liberales completos y á la moda europea lanzamos tambien nuestros sarcasmos y nuestros epigramas contra la cruz, contra la iglesia, contra sus dogmas y sus ministros. Nuestros militares, como nuestros hombres políticos se envanecieron siempre de ser des-

preocupados, esto es, irreligiosos, y un jeneral Belgrano era un húsar en medio de la falanje libertadora.

¡ Ah! si bastara un liberalismo irreligioso para hacer grande y dichoso á un país, muy grandes y muy dichosas habrian sido las repúblicas de Sud-América; pero la cópia ha sido parecida al orijinal. Hijos de la revolucion francesa, hemos realizado en nuestro suelo todos sus escesos, y hoy mismo no nos atrevemos todavia á revisar nuestras conciencias, no respetamos como la verdad suprema, como el principio jefe, como la institucion de las instituciones ese código perfecto que se llama el evangelio, y que contiene toda la luz necesaria para la ciencia y para la práctica de la vida. La ciencia, el conjunto de los principios que la razon humana, abandonada á sí sola, ha formulado como leyes necesarias al gobierno de las sociedades, nada útil ha producido, y la Francia, despues de sesenta años de racionalismo, se pregunta hoy todavia ¿cuál es la verdad y cuáles los beneficios que debemos á la revolucion? La Francia, despues de sesenta años de programas, de constituciones, de discursos, necesita hoy como lo decia uno de sus mas elocuentes oradores, volver al catecismo. Y es porque el catecismo contiene la refutacion de esas monstruosas teorías, ofrecidas á un pueblo sediento de novedades, como la última palabra, como el progreso último del espíritu liberal. Los rudimentos de la ciencia política es lo que hoy se está enseñando á este país. M. Thiers escribió un libro para defender la propiedad, muchos se han escrito en defensa de la familia, tal cual la ha constituido el cristianismo, y la religion ha tenido tambien que ser defendida en mil volúmenes. Una sociedad en la que es preciso demostrar que el capitalista no es un infame, que los vínculos del hogar doméstico son sagrados, y que Dios no es el mal, una sociedad semejante, digo, está desmoralizada hasta los huesos, hay corrupcion en sus inteligencias y por lo mismo en sus costumbres, puesto que las acciones del hombre no son sino la traduccion visible de las convicciones de su mente.. Yo no ignoro que la ciencia misma ha tenido en Francia valientes sostenedores de los principios sanos y eternos; pero por haberlos olvidado largo tiempo, por haber ella bebido sus inspiraciones en una atmósfera de incredulidad y escepticismo, por

no haberse subordinado al orden sobrenatural, á la relijion, es que ella planteaba las premisas llevadas por el espíritu revolucionario á sus últimas consecuencias. M. Lerminier es ciertamente uno de los escritores políticos mas eminentes de la ciencia moderna; preguntadle sin embargo si hoy piensa lo que pensaba ayer, si tributaba ayer. á la relijion los nobles homenajes que hoy, y su respuesta nos dirá que la ciencia es obra del hombre, de la libertad de su razon, y que como el hombre puede abusar de su razon, hay una ciencia buena y una mala ciencia, hay teorías que dan la vida y otras que matan, y que Bacon dijo una gran verdad cuando afirmó que la relijion es el aroma que impide á la ciencia corromperse.

Hay pues principios esenciales, indispensables, de aplicacion jeneral. Ellos convienen á los hombres, como á las sociedades, en todo tiempo y en todo lugar; como Dios está siempre y en todas partes, es preciso que siempre y en todas partes esté su doctrina. El cristianismo, ha dicho M. Guizot en el libro á que antes me refiero, es todo el hombre. En efecto; la doctrina cristiana esplica al hombre su orijen, su mision en la tierra y su destino inmortal. Pero no solo es en este sentido la verdad completa (y para reconocerlo basta que cada uno se consulte á si mismo), sino que cada verdad cristiana es un precepto, cada precepto un dogma. Dios no solo reveló al hombre sus propios misterios, hasta donde es posible á la criatura comprenderlos, sino que le dió ademas la regla, la ley, el código á que debia someter su conducta, la conducta de la razon, lo mismo que la de su corazon, la conducta interna, lo mismo que la externa.

Toda libertad que desconoce y viola esa ley, es la licencia, sea que el producto de esa libertad humana se llame ciencia, filosofia, literatura, política, etc. Yo no soy, pues, enemigo de la ciencia, pero lo soy como católico de la ciencia irreligiosa, tanto como de la literatura, la filosofia y la política que pretenden fundar sin Dios y contra él lo que solo con él puede crearse y durar.

Las creencias relijiosas, pues, son el mas grande beneficio que las sociedades humanas tienen que agradecer á su criador, y de ellos depende vitalmente el orden de las sociedades,

que solo reina á la sombra de una ley divina, superior, profesada por todos y por todos obedecida. Las creencias ligan á los hombres y los traban con sus lazos fraternales, mientras que la filosofía, las ideas todas, hijas del orgullo de una razon, que nada respeta sobre sí misma, los desunen y anarquizan.

No me permiten, señor, los límites de mi correspondencia estenderme en la esposicion de todas mis convicciones, y voy á concluir esta carta por demostrar cómo la política sobre todo necesita ser inspirada y guiada por esos principios superiores, y mas que en ninguna parte en las sociedades democráticas, que toman una parte mas activa y mas directa en el manejo de sus propios intereses.

La democracia es una forma de gobierno y una forma de sociedad al mismo tiempo, puesto que ella en la acepcion moderna es el gobierno de la sociedad por ella misma, el gobierno de todos. El principio de la soberanía popular, tan decantado por la filosofía revolucionaria de la Francia, supone naturalmente mayor grado de civilizacion que ningun otro. Puesto que todo parte del pueblo, es preciso que la fuente sea pura para que sus obras sean buenas. Yo no sé si sabian lo que hacian los fundadores de los Estados Americanos, cuando les dieron la forma republicana, que es la mas completa forma de la democracia; lo que sé es que impusieron á esos países una ruda tarea, y mas que eso una tarea superior á sus fuerzas.

Hay republicanos entre nosotros que discuten á Dios, pero no consienten que se discuta esa forma de gobierno. Esos son republicanos rudos, cuando no preocupados. Yo aprovecho de mi libertad para decir en contra de esas mismas instituciones lo que entiendo que es la verdad; porque creo hablar en favor de los países rejidos por ellas. Afirмо con toda conviccion que somos incapaces de realizarlas plenamente, y que la ignorancia, situacion jeneral de nuestras masas, no puede ser soberana y es incapaz de gobernarse á sí misma. Me parece que cuarenta años de anarquía, de tumultos, de sangre y de barbarie son un argumento muy elocuente en favor de esa incapacidad de nuestros pueblos. Ellos han sido las mas veces víctimas de los facciosos ó de torpes dictadores. Yo no hago reproche alguno al carácter ni á las inten-

ciones de nuestros libertadores; no pudieron ser superiores á su tiempo; pienso sin embargo que Bolívar, Sucre y San Martín habian perdido mas de una ilusion en los últimos momentos de su vida.

Yo me coloco en frente de un gaucho, de un cholo, de un roto, de un guaso, esto es, de una fraccion de nuestra soberana nacional, y me pregunto si ese hombre sabe la forma de gobierno bajo la que vive, si sabe cuales son sus deberes y sus derechos de ciudadano, si es capaz de distinguir á un patriota de un demagogo, y á un buen magistrado de uno ambicioso y desleal. Me pregunto cuales son las convicciones de su mente, cuales los sentimientos de su conciencia, cuales los hábitos de su vida, y hallo que su mente, su conciencia y sus costumbres están vacias de nociones de lo justo, de lo bueno, de lo verdadero en materias sociales. Es decir, que encuentro un hombre *no civilizado*, por no decir mas. De modo que nos hemos dado la forma de gobierno mas perfecta, las instituciones que requieren mayor desarrollo de luces y de moralidad, antes de tener civilización, y hemos coronado la ignorancia y por lo mismo el vicio.

Faltando la civilizacion para las instituciones ¿qué hacer? La respuesta es muy sencilla; *civilizar*, y como entiendo que la civilizacion popular es relijiosa ó no existe, deduzco que no debemos civilizar con la relijion para la libertad. Pero la obra de la civilizacion es lenta y un pueblo no pasa de las tinieblas á la luz, sino con el tiempo y á traves de varias jeneraciones; por otra parte ponemos rara vez la mano á las empresas de ese jénero, y nos hemos ocupado de otras querellas, mientras que el pueblo es hoy lo que era el dia de su emancipacion, un soberano en la infancia.

Afirmo tambien aquí, por mas que hiera ciertas susceptibilidades, que ese soberano necesita tutela, y que los buenos tutores entre nosotros son los buenos gobiernos. Puesto que en un pueblo no civilizado las instituciones republicanas no pueden ejercer su accion, lo que importa es moderar el uso de esas mismas instituciones, restringir las libertades políticas y subordinarlas á las exigencias del orden.

Uno de los grandes y funestos errores que imperan en aquellos paises, es la opinion de que los principios y las institucio-

nes políticas proclamadas por la ciencia moderna, son de aplicacion universal. Eso solo puede decirse de la religion; las instituciones políticas no tienen otra importancia que la de los hombres destinados á ponerlas en práctica, y como los hombres no valen lo mismo en todas partes, las instituciones no pueden tener tampoco en todos el mismo valor. Esa es una verdad elemental, aunque los apóstoles de la república universal, como Mazzini, Luis Blanc y Ledru-Rollin, piensen de distinto modo en comprobacion de lo que antes he dicho que la mala ciencia y que los errores mas absurdos tienen elocuentes abogados en estos paises. Conviene, pues, refutar tal preocupacion todos los dias hasta que desaparezca de la opinion pública en Sud-América.

« ¿Cuál es la medida, dice M. Guizot, en el prefacio citado, cuál es la medida de autoridad necesaria para el gobierno, y la medida de libertad posible en las sociedades humanas? ¿Cuáles son los medios de accion y las garantías que deben ser dadas á la autoridad y á la libertad? Cuestiones son estas de *circunstancia*, cuya solucion debe variar segun los tiempos, el estado social, las costumbres, los diversos grados y los diversos jéneros de civilizacion de los pueblos. A la política es á la que toca resolverlos: »

La política, pues, ó el arte de gobernar es ciencia local, y yo pienso que entre nosotros la autoridad necesita ser fuerte para que la libertad no sea demagógica; que toda libertad política y de los menos debe ser limitada en el interés de la paz, que es la libertad de todos, y que por lo mismo el deber del patriotismo es cooperar activamente á la accion de los buenos gobiernos. Digo de los buenos gobiernos, señor editor, por que no todos lo son en la América del Sud, y entiendo por tales el de Venezuela, bajo la administracion del jeneral Paez, el de la Nueva Granada bajo la del jeneral Mosquera, el de Bolivia bajo la del jeneral Ballivian, el de Chile en el dia y en los últimos veinte años. Muy distante estoy de pensar que la autoridad necesite ser fortificada en los paises que han soporado odiosos tiranos, y bien se comprenderá que escribiendo para Chile diga lo que no diria si me refiriera á otros paises y á otros gobiernos.

« En el estado actual de las sociedades y de los espíritus,

dice M. Guizot, á quien no me cansaré de citar, es la autoridad y el orden con la autoridad lo que está en peligro. El cristianismo les debe todo su apoyo. No conozco mentira ó ceguedad mas grosera que la de los hombres que procuran hoy estraviar la religion cristiana en provecho de esa anarquía brutal y loca que ellos llaman la democracia social. El Evangelio y la historia rechazan igualmente esta absurda profanacion. La causa de la autoridad civil y de la religion cristiana es evidentemente comun; el orden divino y el orden humano, el Estado y la iglesia, tienen los mismos peligros y los mismos enemigos.»

Y no cree ciertamente M. Guizot que esa alianza de la Iglesia y del Estado deba proponerse una reaccion retrógrada, sino que por el contrario ella es indispensable para garantir y asegurar los progresos de las sociedades modernas.

Si por otra parte el cristianismo debe á la autoridad su proteccion, los gobiernos deben fomentar por todos sus medios una gran reaccion moral principalmente en los paises nuestros, donde la indiferencia religiosa engendra tantos errores y tantos vicios. Si hemos de juzgar por lo que se ve, por el servilismo de los unos y la insubordinacion de los otros, del estado moral, de aquellos paises, veremos que el liberalismo irreligioso no ha creado muchas virtudes desligando á los hombres del freno y de la regla necesaria para inspirarles el respeto de sí mismos, y el respeto y el amor de los demás.

Propagar el espíritu religioso es atacar el espíritu demagógico, y los gobiernos tienen que ser cristianos, que asilarse en el santuario de la ley moral, si quieren preparar á esas sociedades á la inteligencia y la práctica de la libertad. Los pueblos que aprenden á obedecer, se preparan por la obediencia al gobierno de sí mismos; y moralizadas sus costumbres y purificadas sus creencias, pueden entonces emanciparse en realidad de toda tutela y entrar por las vías del deber en posesion de sus derechos.

Me considero mas inteligente conecedor y mas sincero partidario de las instituciones democráticas, que sus ciegos adoradores, deseando que pongamos la base al edificio de nuestras repúblicas, y que eduquemos á las jeneraciones venideras para el servicio de esas mismas instituciones.

Pero además de esos beneficios lejanos, y no menos preciosos por eso, la política puede desde luego, aconsejada por la religion, reportar muy provechosos é inmediatos resultados. Esos odios belicosos, ese furor de extinguir á sus contrarios, esas pasiones fratricidas que tan tristes luchas tienen trabadas entre nosotros, ¿no empezarian á calmarse desde que una política cristiana presidiera á las palabras y los actos de nuestros mandatarios? Si es la virtud la esencia del réjimen republicano, como lo cree Montesquieu, ¿quién nos enseñará mejor sus preceptos y sus dulces emociones que el sentimiento religioso?

Si, demos la espalda á la tradicion revolucionaria, combatamos el liberalismo irreligioso como falso y fatal á toda sociedad, seamos libres moralmente, esto es, libres á la obediencia de los dogmas de nuestro culto; y luego nos persuadiremos que la fé no es enemiga de la razon sino de sus abusos, que la caridad es la fraternidad en accion, y que la esperanza, ánjel precursor de nuestra vida perfecta, despues de este mundo, es la madre del verdadero progreso. El cristianismo, que trajo á los hombres la igualdad y la libertad, no renegará sus propias obras en la época moderna; pero él no pedia una igualdad quimérica ni una libertad artificial. El cristianismo no está reñido con la ciencia, pero no la quiere irreligiosa ni corruptora; tampoco está en guerra con la felicidad material del hombre, pero se opone á que busquemos en ella toda la satisfaccion de nuestras necesidades todas; él condena el uso hecho por el vicio de la riqueza, pero no aconseja á los hombres la ociosidad, sino el trabajo, por ser enemigo de la ambicion desordenada de sacrificarlo todo á los goces materiales. El hombre se abdica á sí mismo, cuando pone su alma al servicio de sus sentidos, y el espiritualismo cristiano ataca esa vergonzosa abdicacion que puede precipitar al mundo moderno como precipitó á las sociedades antiguas en los abismos de la decadencia. « El que no trabaja no comerá, ha dicho el Evangelio, » pero no por eso ha querido decir que el hombre deba solo vivir para comer.

Todos los intereses sociales se comprenden en una bella armonia cuando el espíritu cristiano los liga y los estrecha. La filosofia, la literatura, la ciencia, la política, la economia,

las artes, son armas que el hombre emplea en daño ó en provecho propio: todo depende de la mano que las maneje. No son ni los sábios corrompidos ni los literatos corruptores los que engrandecen y ennoblecen la raza humana, son los jénios virtuosos y propagadores de la virtud.

Atacar resueltamente los errores y los vicios que reinan entre nosotros, educar á las jeneraciones nuevas para el bien, para la paz, para las costumbres puras y jenerosas, tal es nuestro deber, tal es sobre todo el deber de los que mandan en esos estados. El cristianismo es la verdad rejeneradora, bañémonos en sus aguas pueblos y gobiernos, y separados nuestros corazones y nuestros espíritus seremos un dia lo que aspiramos á ser, hombres libres é ilustrados.

No me parece que desconozco la importancia de ninguno de los elementos constitutivos de la sociedad, de ninguna de las verdades fundamentales de la civilizacion, pensando como pienso que el principio relijioso es el primero y el mas fecundo de todos los principios sociales. « Amar á Dios sobre todas las cosas y á los demas hombres como á sí mismo, » es todo el Evangelio, y yo entiendo que el amor de Dios debe hacernos amar *la verdad de Dios* sobre todas las teorías humanas. Esa verdad ha civilizado el mundo y es la base de las sociedades civilizadas del dia. Otros pueden tener ojos mas penetrantes que los míos para divisar algo mas allá de la Cruz, yo no diviso sino las tinieblas y el mal.

Quiero decir en conclusion de esta carta, ya demasiado larga, que he leído con placer las objeciones que el señor Alberdi hace á mis opiniones ó mas bien al carácter esclusivo que nota en ellas. Espero que á medida que me sea dado desenvolverlas, las hallará al abrigo de ese reproche. Insensato seria el que negara el valor social de los intereses materiales, por ejemplo; pero esos intereses no se gobiernan á sí mismos; ellos están destinados á satisfacer las necesidades materiales del individuo y de las sociedades, pero reciben su direccion acertada y fecunda de los principios morales, como recibe el cuerpo la del alma, y el alma la de Dios.

Por lo demas acepto no solo con respeto sino con gratitud las objeciones de los hombres, como él, de indisputable capacidad y de puras intenciones. Esas objeciones son un refuerzo

para el hombre que piensa, fortificándole en sus convicciones y en el amor al estudio, cuando no le obligan á renunciar á algunos errores. Yo tenia algunos en América, lo confieso; en cuanto á los juicios que he formado sobre la Francia, la tendencia de sus ideas, y el mal que ellas hacen en el mundo, ellos son hijos de mis antiguas convicciones religiosas fortificadas por el espectáculo de las amargas consecuencias de la irreligion. Un dia diré cual es la Francia que yo deseara ver desacreditada á los ojos de la América del Sud. No es ciertamente la Francia de Bossuet, de Chateaubriand, de Montalembert, pero sí la de Voltaire, la de Rousseau, la de los racionalistas y la de los socialistas.

Creo que las mismas personas, que me hacen el honor de criticarme, perderian muchas ilusiones si vieran de cerca y meditaran despacio sobre los hombres, los principios y las instituciones á que este país ha consagrado, por medio de voces elocuentes sin duda, tantos inmerecidos homenajes. Y esta hora de la reaccion me parece la mejor para el estudio, puesto que es el momento, como dice Mr. Lerminier, de la revision. Quizá los sud-americanos, que se dedicaran aqui á este estudio de conciencia y de patriotismo, sacaran de sus reflexiones una fuerte conviccion, y es que solo son liberales ilustrados los liberales religiosos, y solo pueden ser libres las sociedades cristianas.

Hallarian quizá que el principio de todas las cosas es Dios, y que la causa de la civilizacion y la del catolicismo es una sola en la América del Sud.

De usted, señor editor,

FÉLIX FRIAS.

El 25 de Mayo de 1852

La imaginacion me trasporta en este dia al seno de la Patria. Rotas sus pesadas cadenas, la veo celebrar hoy con ar-

diente entusiasmo la reaparicion de ese Sol de Mayo, por tanto tiempo eclipsado. Me parece escuchar, á tres mil leguas de distancia, las palabras de júbilo que salen de todos los lábios, los votos generosos por la prosperidad futura del país, y las maldiciones contra el odioso tirano, que ha venido á expiar en el centro de la civilizacion los crímenes inauditos con que la habia ultrajado.

Por la primera vez, despues de muchos años de fatales discordias, los Argentinos han podido abrazarse hermanos ante el recuerdo de las glorias comunes, y la aspiracion á una dicha igual para todos tambien. El suelo de la Patria está abierto á todos sus hijos. Unidos en la misma fé, en la misma esperanza, en el mismo amor de la tierra en que nacieron, ese Sol que hoy los alumbrá, los verá en adelante felices, y no se disipará como un sueño dorado la aurora de regeneracion, que asoma sobre las aguas del Plata.

¡ Afortunados mil veces los que abren el pecho á las ilusiones seductoras del porvenir, sin que ninguna sombra oscurezca á sus ojos el cuadro alumbrado por el Sol de nuestros padres! ¡ Afortunados los que pueden borrar de su memoria el doloroso recuerdo de la pasada degradacion, y de los males sin cuento que el país ha sufrido. Esos empiezan á vivir, y el desengaño no ha descornado para ellos el velo de la realidad. Los que hemos entrado en la edad de la reflexion, los que hemos peregrinado largos años fuera de la Patria, puesta nuestra vista y nuestro corazon en las desgracias que la abrumaban, sabemos, ay! cuan modesta es la ventura á que tenemos derecho de aspirar, y cuantos trabajosos esfuerzos nos cumple consagrar á la Patria para salvarla de los grandes peligros que pueden de nuevo amenazarla.

En las páginas elocuentes que dedicaba en el destierro el mas ilustrado de los Argentinos á los aniversarios de Mayo, se nota un amargo sentimiento de melancolía, como si hubiera previsto que un puñal fratricida le habia de privar de la vida antes que recobrará toda la suya esa Patria, á que ofreció siempre los homenajes de sus virtudes y sus desvelos. El Sol de Mayo vuelve á brillar para nosotros; pero, ¿ donde están Varela, Lavalle, Piñeiro, Irigoyen, Vega, Avellaneda, Agüero, Echeverria, Rivadavia y tantos otros argentinos, no menos

nobles por el alma, que por la inteligencia? ¿Cuál es el cementerio de los Estados vecinos donde no estén sepultados los restos de muchos patriotas Argentinos? Y si contamos despues las innumerables víctimas sacrificadas por el tirano á sus venganzas, ¿cuál es el rincon de nuestro suelo que no esté manchado con sangre, desde Buenos Aires á Jujuf, desde el Uruguay hasta los Andes?

La Patria no ha muerto, es verdad. Pero comparemos esa Patria de hoy con la que imaginaron nuestros padres, los que votaron y los que consumaron su independendencia, y no podremos prescindir de la necesidad de moderar nuestro entusiasmo. Esa Patria, en los últimos veinte años se ha visto mas esclava, que no lo estuvo jamas bajo el régimen colonial. Invocando siempre la libertad, hemos empleado cuarenta años de nuestra existencia en degollarnos como fieras; la anarquía, la guerra civil, la tiranía, todos los genios infernales se han enseñoreado, durante cuarenta años de esa tierra, en que parecia que bastaba decretar la República para convertirla en un paraíso.

Nuestro suelo ha sido teatro de los escándalos mas oprobiosos, de los que mas han ofendido á la humanidad en la época en que figuramos. Nuestros padres prometieron hacernos vivir á la sombra de los principios civilizadores del siglo XIX, y nuestra conducta ha sido digna de los siglos mas bárbaros de la edad media.

Fijémos la vista en ese cuadro por triste que sea. No creamos insensatamente que todo mal ha pasado, porque haya sido derrocado el autor principal de nuestras desgracias. Hay algo superior á Rosas, que no ha caído con él. No han caído con él las causas que lo enjendraron. Nuestra ignorancia, nuestras preocupaciones, nuestros vicios, viven con nosotros, y un volcan apagado es siempre un volcan. Ponçamos la vista en la situacion de que Dios nos ha salvado, porque ella contiene grandes y provechosas lecciones, y el dia que las olvidemos mostraremos que nada hemos aprendido.

Por lo que á mí toca, yo tengo mi reflexion al lado de mi entusiasmo. Me felicito como el que mas de la caída de Rosas, me felicito de que la sociedad entre en posesion de sí

misma; pero no por eso entiendo que debemos incurrir en el fanatismo liberal de los revolucionarios del año diez. Ellos serán disculpados por la historia; pero nosotros no lo seríamos, si desoyéramos esa gran voz de la experiencia que nos grita: *Moderacion!*

Ellos entonaban sus himnos poéticos y gritaban tres veces libertad; nosotros, rodeados de ruinas y de sepulcros, debemos levantar nuestras ofrendas mas arriba de esa deidad humana, debemos reconocer en Dios el verdadero Padre de la patria, y buscar para la libertad el orden que siempre nos ha faltado, y sin el que ella es tan imposible como la vida del pez fuera del agua.

La tiranía no es flor del aire. Cuando aparece en un país, es porque tiene raíces muy sólidas en las costumbres de ese país. Un tirano supone un pueblo de rodillas; y cuando un pueblo está de rodillas durante veinte años, es bien claro que no ha penetrado en él la luz de la civilización; es claro que ni sus creencias ni sus costumbres han sido purificadas por el Evangelio, que es el verdadero y el único código de la civilización. Ni por un día puede suponerse un tirano en Inglaterra ó en los Estados Unidos, países en donde reina la civilización cristiana. Y es menester tener el coraje patriótico de conocerlo. El orgullo nos ha sido funesto, nos hemos creído capaces de toda libertad, porque algunos hombres nos lo dijeron ahora cuarenta años; y hoy todavía hay quienes se imaginan que con Rosas ha desaparecido el único obstáculo para entrar en el goce de todos los derechos democráticos y para realizar plenamente las instituciones republicanas.

Rosas, ha dicho el General Urquiza, en un documento que le honra, que le muestra digno de su victoria y que merece ser meditado, Rosas es el hijo de la ignorancia. Esa es una profunda verdad. Si ese tirano no hubiese hallado vicios que explotar en su provecho, si hubiera tenido delante de sí hombres conocedores y defensores de su dignidad personal, si no hubiera contado para subir á la dictadura con los triunfos que conseguia en su favor, la anarquía no habria aparecido entre nosotros. Ha caído, pero la causa que lo produjo subsiste. El Sol de Mayo, que habrá inflamado en este día los corazones de todos los Argentinos, no es un sol privilegiado

que puede disipar con sus rayos las tinieblas de la ignorancia.

Rosas no solo representaba nuestro atraso, sino que lo ha fomentado. El ha realizado el progreso hácia atras; su poder embrutecía, estimulaba los malos instintos, era gran escuela de corrupcion, de tal manera que ha debido dejar al país en peor estado que lo encontró. La tiranía no pesa impunemente sobre un pueblo por tanto tiempo. Los hombres se habian habituado al mal, se hacian indiferentes al crimen, y poco celosos de su decoro, no estimaban en lo que valia el decoro de la patria.

Ese momento de transicion de la noche al dia, de la prision á la libertad es muy grave, y sin la moderacion estamos expuestos á comprometer y á perder los bienes mismos que acabamos de adquirir. Los que hacen una larga travesta faltos de agua, suelen abusar tanto de ella cuando la encuentran que caen muertos, porque sus órganos no estaban dispuestos á beber tanto. El que ha vivido largos años en una oscura mazmorra pierde la vista si sale repentina y no gradualmente á la luz. El que ha sufrido una larga enfermedad pierde tambien la salud que recobró, si en vez de marchar lentamente se pone á correr.

Bebamos pues con moderacion esas aguas de la libertad, que son harto embriagadoras; marchemos lentamente; no corramos. No clavemos los ojos por mucho tiempo en el Sol de Mayo, que en vez de alumbrarnos nos deslumbrará; tengamos por fin el valor de confesar que padecemos dilatada enfermedad, que nos hallamos en la hora de la convalescencia, y evitemos por Dios las recaidas.

Hemos recobrado las mas esenciales libertades. No tenemos ya que pedir permiso á Rosas para vivir, ni para ser propietarios, ni para vestirnos tampoco. Esa moda de chalecos colorados, que tanto duró en este siglo de mudanzas, ha pasado por ventura. No necesitamos tener una conciencia para Dios y otra para Rosas. Nuestro amo está en los cielos y no en Palermo, y los argentinos no harán en adelante el papel de coristas aduladores de un bandido, al que tenian que estar reconocidos cuando les hacia la gracia de no matarlos. Comparemos lo que fuimos con lo que somos y sabremos lo que perderemos con las recaidas.

Todo lo que hemos ganado podremos conservarlo si resguardamos el orden, todo lo perderemos si nos abandonamos á los excesos de la licencia. « La humanidad, ha dicho un sabio, es como un hombre ébrio á caballo; cuando se le endereza de un lado, cae del otro. » Eso puede decirse, con sobrada razon por desgracia, de esa porcion de la humanidad que habita la América del Sud. ¡ Quiera Dios que los argentinos, que tienen fama de montar diestramente á caballo, sepan mantener el equilibrio conveniente, y que no caigan del lado de la licencia despues de haberse levantado del de la esclavitud !

Y nuestro caballo de batalla debe ser el orden. Esta palabra es por cierto menos poética que la libertad, pero los pueblos no se nutren de poesias, sino de prosa. Prosáico es el trabajo constante, el comercio, la agricultura, la navegacion, los ferro-carriles y todos los hábitos honrados de la vida doméstica y de la pública. Es ciertamente mas dramático un patíbulo y una batalla, que la paz sosegada y modesta de un pueblo; pero entiendo que esos dramas son buenos solo para leidos, y desgraciado mil veces el país que ofrece temas semejantes á la ociosa imaginacion del poeta ! Además tenemos acopiados ya demasiados materiales á ese respecto. Si queremos dar pábulo á nuestros instintos entusiastas, seamos virtuosos. La virtud es la esencia de la poesia, es la poesia misma. Socorramos la indijencia, vistamos á nuestros gauchos desnudos, levantemos templos en nuestras campañas, llamemos misioneros para convertir á los indíjenas, ofrezcamos asilos á la vejez, curemos los enfermos, enseñemos á la infancia, demos de comer al hambriento, llevemos á nuestro suelo desierto al europeo que muere de miseria, y las bendiciones del pueblo se elevarán hasta el cielo, para obtenernos los favores del único que puede hacernos comprender lo que valen los soles de Mayo para los Estados. Esa es la buena poesia, porque es la poesia en accion.

En cuanto á esa otra poesia del mal gusto de los que habiendo soportado toda esclavitud, se creen capaces hoy de toda libertad, de los ignorantes que quieren enseñar, de los viciosos que pretenden gobernar en vez de empezar la tarea por sí mismos, de los ciegos que quieren guiarnos al abismo, soy su

mas decidido adversario, y abrigo la profunda conviccion de que sus ilusiones temerarias pueden sernos fatales.

He dicho antes que hemos conseguido las libertades esenciales; pues bien, no las comprometamos por las accesorias: y llamo tales entre nosotros á las libertades políticas. Una libertad política es una libertad por la cual un ciudadano se considera autorizado á influir en los negocios públicos de su país, á tomar parte en el gobierno de la sociedad.

Es evidente que en países como aquellos, cuya mayoría está compuesta de ignorantes, es muy reducida la porcion de los hombres capaces de ejercer esas libertades en el interés del mayor número, y que la mayor parte de los que las invocan lo hacen con miras egoistas y puramente personales.

No es mi opinion que esas libertades sean suprimidas, pero sí que sean limitadas, y que sus límites sean fijados por las reglas invariables de la moral y de la justicia, esto es, del orden que es su espresion social.

El General Urquiza, en la proclama del 17 de marzo, se muestra preocupado, y con razon, de la mas importante de esas libertades, de la libertad de la prensa. En efecto, ella puede ser muy peligrosa, como muy útil, segun las manos que la manejen. Ninguna ley puede permitir en una sociedad organizada y regular el derecho de decirlo todo; desde que vive el hombre en sociedad, respeta ciertos preceptos y ciertas reglas, sin las que la sociedad ve trastornadas las condiciones vitales de su existencia. Un diario es una cátedra, á la que solo debe ser permitido subir al que tiene algo que enseñar á sus compatriotas. Convertirla en tribuna de gentes preocupadas é impuras, que derramen su veneno en países harto inclinados á prestar sus oídos á las pasiones indignas y bajas, es consentir que el mal, el error y el vicio tengan profesores públicos, y maestros de corrupcion que vendan sus doctrinas inmorales y perturbadoras de la paz de las conciencias, como de la paz de las sociedades.

Preguntémosnos desde luego: ¿quienes usan entre nosotros de esa libertad, y á quienes aprovecha: ó lo que es lo mismo, quienes son los que escriben y quienes los que leen? Veremos que son bien pocos los que saben escribir cosas dignas de ser leidas, y no muy considerable el número de los que sa-

ben leer. Es muy cierto que los escritores invocan á menudo el nombre del pueblo, pero no lo es menos que los ciegos no tienen autorizacion ninguna que dar á los que disputan sobre los colores. Los que no leen son ciegos, la ignorancia es ciega en materias políticas. Esa libertad pues ejercida por los menos, es muy frecuentemente nociva al órden, que es el tesoro de los mas. Hablen en hora buena los que tienen nutrida su mente con doctrinas sanas y ventajosas, enseñen, prodiguen el bien y aconséjenlo; pero no por eso han de hablar todos en esa cátedra.

Fácil me habria sido prever que esa preciosa libertad dejeneraria pronto en licencia despues de la caida de Rosas; y he esperado por lo mismo que el Gobierno tendria la suficiente energia para refrenar inmediatamente sus deplorables abusos. Confio en que se dictarán leyes inspiradas por los escelentes principios contenidos en la proclama á que antes aludo, dado que no sea bastante eficaz la que hoy ha recobrado su vigor. Ya vemos que papeluchos miserables sirven de órgano á los mas innobles rencores, y tratan de sembrar la desunion y la discordia, en los momentos mismos en que mas se necesita estrechar con lazos fraternales á todos los Argentinos. Oradores vulgares, proclamadores de café, se presentan ya á arrojar sobre sus compatriotas los groseros sarcasmos de la injuria y de la calumnia, como si fuera propio de hombres que tienen en sus venas la sangre de Belgrano y San Martin, cebarse en la desgracia de sus hermanos, y lanzar sobre ellos los tiros de odiosas venganzas. Los hombres y las cosas mas santas son las flores de la retórica que adornan sus epigramas de mal tono; y esas páginas vergonzosas, que no se tolerarian en una aldea de gentes honradas, empañan ya el crédito de nuestra renaciente libertad, violando no menos las reglas de la gramática, que las del buen sentido y las de la moral pública.

Toca á los gobiernos vigilar constantemente esa libertad de la prensa, reprimir pronto y severamente sus excesos, en obsequio de esa como de las otras libertades políticas, cuyos abusos las dañan y las comprometen, allanando el camino á la represion violenta cuando no se ha empleado oportunamente la legal.

Así como las Repúblicas de Sud-América se emanciparon antes de estar maduras para el ejercicio de instituciones superiores, como son las republicanas, de la misma manera los individuos se lanzan entre nosotros prematuramente á la escena política, y tratan las mas delicadas y difíciles cuestiones de Estado, con la serenidad con que las trataría Berryer, Thiers ó Cormenin. Ellos nada ignoran, lo saben todo; á los quince años la fiebre mental se apodera de esos jóvenes imberbes, y aspiran nada menos que á juzgar y condenar legisladores y ministros, cuando no pretenden serlo ellos mismos. Así lo vemos en la Nueva Granada, presididos sus clubs perturbadores por insensatos mozuelos, llena de humo la cabeza y de viento el corazón, declamando como desafortados energúmenos en favor de la democracia, de la que no comprenden palabra, y anunciando á la América toda una colosal regeneración. A los países atravesados por esas grandes cordilleras de los Andes puede bien aplicarse la fábula del parto de los montes; y como son ellas vastas, es crecido el número de los seres ridículos que dan á luz. Chile ha tenido también sus reformadores infantiles, y en todas nuestras repúblicas estamos amenazados por esa turba de malos estudiantes, que prefieren enseñar lo que no saben, á aprenderlo.

En el interés de la Patria, en el interés de su quietud; en el interés de su civilización, yo mandaría á esos niños, chicos ó grandes, á la escuela; yo los alejaría de esa posición respectable de la prensa, y cerraría en nombre de la ley y de la conveniencia pública unos labios, que no exhalan sino mezquinos sentimientos, y nada útil tienen que enseñar á sus lectores.

La inteligencia de la cosa debe preceder al derecho sobre ella. El que no sabe pensar, que piense con libertad bien ó mal, en hora buena; pero que no pretenda imprimir y publicar las luchas de su espíritu, que lo pondrán en lucha con los intereses mas importantes de la sociedad que no comprende. Nada mas conveniente en una sociedad nueva, sin conciencia ni hábitos verdaderamente religiosos, que los escritores serios y no menos recomendables por la pureza de sus convicciones, que por la de sus miras patrióticas; pero nada mas funesto por otra parte que una prensa manejada por espíritus super-

ficiales, irreflexivos, impetuosos y propagadores de teorías no menos absurdas que corruptoras. En el primer caso, la prensa es una antorcha que ilumina, en el segundo una tea que quema.

Esos malos periódicos, que han aparecido en Buenos Aires al lado de los periódicos graves, no valen ciertamente el papel que consumen; sin embargo, la tinta que derraman basta para anarquizar, mas ó menos tarde, una sociedad tan inflamable como la nuestra, y ya sabemos por la experiencia propia que no hay grande distancia entre nosotros, entre las peleas de pluma y las del sable.

Un puñado de demagogos será impotente sin duda en el momento actual, ante el odio vigoroso que debe excitar toda tentativa facciosa en un país, que sabe bien cuan amargos y cuan sangrientos son los frutos de la anarquía, pero ¿quién nos asegura que mañana no encuentren el terreno mejor preparado, y que á fuerza de enconar y dividir los ánimos, no logren por otra parte despertar repugnancias contra esas mismas libertades políticas de que tan indignamente se abusa?

Esa manera pueril de entender los derechos políticos en países que deben esperar todo de la acción de sus gobiernos, y que deben considerarlos, no como adversarios sino como jefes y guías, puede bien hacer renacer al fanatismo liberal que á tantos excesos nos ha precipitado en otras épocas, y el pueblo falto de dirección y de rumbo quedará como un bajel sin piloto á la merced de los vientos y de las tempestades.

La gran causa de la América del Sud y de la República Argentina que está en ella, es la causa del orden. Esa causa necesita como todas para triunfar, de un jeneral en jefe práctico y hábil. Rehabilemos el principio de la autoridad; sin ella el orden perece, y ninguna libertad queda con vida donde el orden no existe. El orden es la fuente única de todos los progresos, es la estrella que nos guía en la ruta, y el fanal que ilumina el puerto. El que pretende navegar fuera de sus aguas encalla en el banco de la impotencia, cuando no del naufragio.

Inclinémonos delante de la autoridad, que es el piloto que

nos señala los escollos en que el órden puede perderse; inclinémonos no de rodillas y con frente servil, pero sí respetuosamente cual conviene á hombres verdaderamente libres. Formemos los buenos, los argentinos honrados un baluarte contra las facciones en torno de nuestra autoridad, puesto que la autoridad está hoy representada entre nosotros por un jeneral que ha roto las cadenas que tanto nos humillaban, y por un venerable anciano, lleno de probidad y de saber; por un anciano cuyas palabras sirvieron en otra época de texto al entusiasmo generoso de nuestros padres, que ha atravesado los tristes años de la tiranía, y sabe bien cuales son las condiciones, y cuales las virtudes que reclama de todos sus hijos la patria cubierta no ha mucho, de heridas y de baldon.

Muchas voces mas elocuentes que la mia habrán saludado en este dia á ese noble patriota; yo uno á ellas la mia desde Europa, y le envio desde aquí mis votos y mis simpatias, seguro de que serán acogidas como las de un hombre que no está habituado á hacer uso del incensario de la adulacion.

En cuanto al general Urquiza, diré con entera franqueza que he trepidado en nombrarle en algun escrito que he mandado á Buenos Aires despues de la caida de Rosas, por dos motivos: el primero, porque no le conocia, y esperaba algun documento que revelara á los argentinos libertados por él sus designios, sus convicciones, su alma en una palabra; respecto al poder de su brazo nos habia ya dado una prueba brillante en el campo de Moron. El otro motivo era este; en la época calamitosa de Rosas, los argentinos se han habituado por desgracia á tributar al que manda homenajes, que es inútil calificar, puesto que á todos nos conviene y que de todos exige la patria el olvido de lo pasado. Yo soy un amigo decidido de la buena autoridad, resuelto con todo igualmente á no hacerla ni la corte ni la guerra, como decia Mr. de Montalembert en la tribuna francesa el año pasado, no querria confundir mis palabras con las adulaciones vulgares,

En cuanto á mis dudas, diré mas bien con toda ingenuidad; en cuanto á mis temores, la proclama del 17 de marzo los ha disipado todos. En esa proclama el general Urquiza nos aconseja á los argentinos estas tres cosas: el olvido de lo pa-

sado, el perdón de las ofensas, y el uso moderado de la libertad.

Un general revestido de mas poder que el del tirano, que puso en tierra, merece ciertamente ser escuchado con no menos gratitud que respeto al darnos semejantes consejos; y el tono modesto que respiran los renglones de ese documento ha llamado mi atención. ¿Quién con mas derecho puede decirnos el uso que debemos hacer de nuestra libertad, que aquel que nos la ha restituido?

¡Olvidar lo pasado! Ay! . . . Si no fuera la política la que nos impusiera ese deber, el pudor, la decencia, el respeto de nosotros mismos debiera recordárnoslo. ¿Existe algun argentino tan mal nacido que quisiera hacer alarde por las calles de las faltas, de los extravíos de su propia madre? Pues olvidar lo pasado, es olvidar, es cubrir con un denso velo los vicios y los crímenes de la patria, que es nuestra madre comun. De qué hablaremos? ¿De los degüellos? Pero puesto que ese verbo seria conjugado por las recriminaciones mútuas en todas sus personas, ¿no vale mas no conjugarlo en ninguna? ¿Haríamos la vergonzosa estadística de los crímenes de unos y otros, sumáramos y restáramos para ver á quien le tocaba la ventaja? Pero veamos, por Dios, que sea que de un lado esté la menor y de otro la mayor cantidad, y aunque algun partido no tuviera contra sí ningun cargo sangriento, al fin la suma total es la patria la que tendria que pagarla, es la madre comun.

Olvidemos, sí; á los mas puros es á los que toca ser mas generosos. Que cada uno arregle su cuenta con Dios y con su propia conciencia, vale mas que liquidarlas á la luz del dia. Suspendamos, si es necesario el hacha de la justicia respecto de lo pasado; que la justicia empiece severa desde el 3 de febrero. Yo no concibo que haya argentinos que pidan un poco mas de sangre. Basta ya por Dios, basta de barbarie; y puesto que hemos sido víctimas de grandes crímenes, comprendamos que ha llegado para nosotros la época de las grandes virtudes, y si es preciso, de las virtudes magnánimas.

El noble general Lavalle, durante la guerra, cuando mas encendidas estaban las pasiones de la lucha civil, supo desatender los consejos de los que pedian represalias, y recibia

en sus brazos y en su mesa á los vencidos. Suponed que el general Urquiza en los azares del combate hubiera sido prisionero, como el general Garzon, de aquel virtuoso soldado de Rio Bamba, y que las represalias hubieran sentado á ambos en el patíbulo. ¿Sabeis qué cabezas habrian caido entonces? —¡ Las de los dos futuros libertadores de las repúblicas del Plata!

Dios no es ingrato; sabe pagar en buena moneda las virtudes humanas; y ya veis como pone su mano para rehabilitarlos y engrandecerlos, sobre aquellos á quienes perdona el odio de las venganzas.

La cólera de Dios no se aplaca con sangre, y los restos de las mas ilustres víctimas de la tiranía no reposarán en paz mas profunda, porque virtamos la de sus verdugos sobre la tierra que los cubre en su tumba.

Puesto que somos cristianos, meditemos y practiquemos estas profundas palabras de un gran escritor español: « El « que se sintiere lastimado de la pasion de la venganza contra su prójimo, que le ofendió, piense que ese prójimo suyo, « tal cual es, por vilísimo que sea, es criatura de Dios, y no « como el bruto sino hijo que le costó su preciosísima sangre; « y que por amor de este comun Señor es obligado á hacer « todo lo posible, y que si en el hombre que le ofendió no hay « razones para ser perdonado, que en Dios hallará muchas « para perdonar por él. »

Yo soy cristiano. Mi gratitud por la victoria de Moron no se detiene en el general Urquiza; remonta hasta Dios, pues es imposible que aparezca en los acontecimientos humanos mas visible la mano de la providencia de Dios, que lo ha estado en los que han producido tan grandioso resultado. Y la virtud sola es agradecimiento digno del dispensador de todos los favores.

Olvidar pues lo pasado y perdonar á los caidos, es la única política que conviene á los que se precian de ser argentinos. Hartas ruinas hay que levantar, y no son tan abundantes los brazos para que fijemos esa línea de separacion entre unos y otros, y olvidemos que nacimos hermanos y que los argentinos todos son criaturas de Dios. Confio en que el Sol de Mayo habrá influido saludablemente en nuestros ánimos y

habrá pacificado la atmósfera moral en que vivimos; y el voto mas íntimo que parte de mi alma en este día, es en favor de la union y de la concordia.

En cuanto á los consejos del general Urquiza en apoyo de la libertad moderada, ellos están de acuerdo con los principios que he profesado constantemente, y que me creo en el deber de propagar en mi país, como lo he hecho en otros países vecinos. La libertad inmoderada en la situación nuestra y de la América del Sud, es agente de inevitable anarquía, y la anarquía no es infecunda, su hijo natural y legítimo es la tiranía. Así, combatir la licencia entre nosotros, es precavernos contra nuevos Rosas.

Los intereses generales no reclaman la libertad inmoderada; lo que piden y necesitan es tranquilidad y seguridad, para el presente y el porvenir. Toda esa actividad febril, esa agitación permanente, esa gritería de escritores sin fé ni ley, perjudican notablemente á los progresos materiales y morales del país, y á su prosperidad real.

Moderación y orden, debe ser nuestra divisa, nuestro grito constante; y si tenemos la virtud de buscarlas al pié de la cruz, de donde salen los rayos de la verdadera luz, las inspiraciones del patriotismo mas acendrados y los grandes bienes para el individuo como para los Estados, entonces la libertad política empezará á levantarse tambien, la conciencia pública se ilustrará, los jóvenes se prepararán por el trabajo y la paciencia á valer lo que han valido Varela y todos esos argentinos distinguidos que honran al país por sus talentos y las bellas prendas del alma.

Entretanto, séame tambien permitido brindar desde Paris por el general Urquiza y por el doctor don Vicente Lopez; por la union íntima y fraternal de los hombres de espada y de los de ciencia, por la armonía mas perfecta entre los habitantes de nuestras ciudades y los de las campañas, entre la provincia de Buenos Aires y todas las otras, y por la subordinacion de todos á las leyes de la Justicia Divina. Los colores de nuestra bandera son los colores del cielo, y á él es preciso levantar la vista si queremos aprender á practicar la libertad en la tierra.

Un brindis semejante en 1810 me habria costado seis años

de destierro. En un decreto de la Junta de esa época, que por fortuna no está vigente, leo estas palabras—

« Art. 1º No se podrá brindar sino por la Patria, por sus derechos, por la gloria de nuestras armas, y por objetos generales concernientes á la felicidad pública.

« Art. 10. Toda persona que brindase por algun individuo de la Junta será desterrado por seis años. »

Los que eso decretaban en diciembre del año 10, no habian tocado como nosotros las consecuencias de la revolucion que fundaban, no tenian nuestra esperiencia. . Nosotros, los hijos de esos hombres respetables, y cuyos errores explica el tiempo y las necesidades de su posicion, nosotros sabemos que no solo no podemos prescindir de las reputaciones, sino que nos importa realzarlas, á fin de que ciertos nombres populares sean el escudo y la garantia de los bienes sociales que apetecemos.

En las sociedades nuevas, como las nuestras, las reputaciones personales hieren mas vivamente los ojos del mayor número que los grandes principios; los hombres son poderosos, porque las instituciones no hallan ecos inteligentes en las costumbres.

Brindar por esos individuos, cuyos hechos y cuya capacidad han encumbrado sus nombres, no es ofender á la patria ni los principios liberales; es por el contrario tributar el homenaje debido á personas respetables y revestidas del crédito suficiente para hacer respetable tambien la autoridad que ejercen.

El tiempo y la civilizacion, si es que permitimos que empiece á desarrollarse, harán que un dia no haya entre nosotros hombres necesarios. Esa época no ha llegado aun, y sabemos, por desgracia, todo lo que ganaríamos si la República Oriental no hubiera perdido al general Garzon y la nuestra á Varela.

Seamos, pues, respetuosos de nuestras reputaciones, si queremos ser gobernables; y sepamos en nuestra admiracion por nuestros padres distinguir los principios que merecen ser continuados, de los que no pueden servirnos, sino para incurrir en las faltas pasadas y en los mismos castigos. Así fecundaremos la tradicion de Mayo, y resolveremos el difícil problema de hermanar en nuestro país el orden con la libertad. Entonces volverá el 25 de Mayo todos los años á visitar á hijos

de Dios, dignos de habitar aquella rejion encantadora bajo un cielo propicio á nuestros votos, y á nuestras esperanzas.

Paris, mayo 8 de 1852.

Historia de los Legisladores y de las Constituciones de la Grecia antigua

Los hombres han buscado siempre y en todos los paises para su conducta política y para los principios que proclaman el apoyo de autoridades y de ejemplos distantes en el tiempo ó en el espacio. Han querido de esta manera dar á sus palabras y á sus actos una consagracion, que muchas veces les negaban las circunstancias y los intereses del lugar y el tiempo en que vivian. Las teorías liberales sobre todo, que exaltan la imaginacion y el orgullo humano, han remontado muy lejos en busca de tradiciones favorables á sus quimeras y á sus pretensiones insensatas; las califico así porque aludo á las falsas teorías liberales que son las que mas han pedido su sancion á las sociedades antiguas, temerosas sin duda de no obtenerla de la época en que salian á luz. Para seducir á los pueblos es preciso recurrir á los tiempos misteriosos, y señalar en ellos con vida ya los dogmas que se intenta popularizar.

Los filósofos del siglo pasado, autores responsables de la revolucion del 89, no faltaron á esa regla de propaganda; hostiles al cristianismo, única fuente de la libertad verdadera, se fueron hasta el paganismo en busca de sus autoridades; y la libertad de la Grecia y sus virtudes fueron invocadas á cada paso por ellos. Rousseau, Mably, Reynal eran partidarios muy decididos de Minos, de Platon y de Licurgo, y entendian regir á las sociedades modernas con las leyes de las sociedades primitivas. Suprimir el código evangélico era espónerse á caer en la barbarie, y la barbarie no tardó en aparecer. Pero esos colosales bandidos que ensangrentaron y humillaron á la Francia á fines del pasado siglo, no olvidaron la leccion

de sus maestros. Al mismo tiempo que degollaban á sus semejantes con inaudita fiereza sus lábios hablaban de las virtudes espartanas, y su hipocresia era del tamaño de sus crímenes.

« Un gobierno republicano, decia Saint-Just, tiene la virtud por principio y sinó el terror. » El y sus colegas hicieron ambos presentes á la primera república francesa, la virtud escrita y hablada y el terror en accion. Mi pluma se resiste á citar aqui todos los homenajes tributados por ese verdugo al honor, á la libertad y á la virtud. Jamás lábios mas impuros profanaron cosas mas santas, y tanto á él como á Robespierre y los suyos puede aplicarse la sentencia de un caudillo americano, que tenia el coraje de sus crímenes; el famoso Facundo Quiroga decia respecto de jentes mas timoratas que él: *Ni palabra mala, ni obra buena.*

Rosas, el mas brutal tirano de los tiempos modernos, nacido y educado en la Pampa, nada entendia por cierto de la democracia griega, pero sus palabras y sus mensajes se resintieron siempre de la mas insolente hipocresia; y la libertad y la virtud eran los ídolos del culto de sus lábios, mientras que sus actos fueron consagrados á deidades de otra especie. Rosas fusilaba á fines del año 1848 en la ciudad de Buenos Aires á una jóven en cinta *en obsequio de la moral pública*, y ponía así el crimen al servicio de la virtud.

Cuando ha tenido lugar en Paris, durante la segunda república francesa, el mas sangriento combate que hayan presenciado las calles de una gran ciudad, se acababan de inscribir en todos sus muros las palabras *libertad, igualdad, fraternidad!* y es singular el contraste que en varias épocas y en distintos paises se nota entre las cosas y las palabras. No parece sino que el hombre quisiera mostrarse doblemente culpable cometiendo con una de sus manos el crimen y alzando en la otra la tabla misma de la ley que viola. Asi es como por una disposicion providencial la conciencia levanta sus protestas en medio de los desórdenes mas reprensibles y despues de lo que dijo el Salvador en la Cruz, nadie puede repetir sus palabras: El hombre sabe lo que hace.

Pero no siempre sabe lo que dice, sin que por esto sus errores sean la justificacion de sus culpas. Despues de la

aparicion del cristianismo Dios ha dado á la sociedad humana la regla de sus pensamientos y de sus acciones; el que las olvida ó las quebrante es responsable. De los malos pensamientos á los malos hechos no hay mas que un paso: la Francia no tuvo mucho que esperar para tener á Robespierre despues de haber tenido á Rousseau, impto éste por sus pensamientos como aquel por su conducta.

Los tiranos y los facciosos no se contentan con mentir, sino que hacen mentir á los demas, y creen poder hacerlo impunemente respecto de los que vivieron algunos miles de años antes de ellos. Asi es como hacen mentir á la historia los que pintan en la Grecia antigua floreciente la democracia y reinando en las costumbres la libertad, tal cual hoy la entienden los modernos. Los sud-americanos, crédulos como los pueblos nacies en materia de libertad y respetando ciegamente ese prestigio de las reputaciones distantes, han creido lo que les decia el viejo mundo relativamente al mundo antiguo. El doctor Moreno, uno de los mas célebres revolucionarios de la América del Sud, se apoya en sus escritos á cada instante en los legisladores griegos, y decanta las virtudes espartanas, como orijen de la libertad democrática, y la mayor parte de los que trabajaron en la emancipacion de aquel vasto continente incurrieron en el mismo error.

Yo no fui tan crédulo á este respecto. Cuando oigo hablar en el dia de democracia entiendo que no bastan dos ojos para comprender lo que encubre esa palabra, y me voy derecho á la cosa. Hallo las mas veces un gran defecto á la democracia, que se me señala, y es que es mentida. En cuanto á la democracia griega, desde luego me parecia imposible por el solo hecho de ser anterior al cristianismo.

El libro de M. Lerminier habria disipado mis dudas si las hubiera abrigado, es una elocuente protesta contra esos osados falsificadores de la historia. La democracia no existió allí jamás, tal cual la concibe y la pide el espíritu moderno. El despotismo, la tiranía, la demagogia, las luchas de la anarquía y la de los pueblos, seductores y seducidos, opresores, y oprimidos, esto es todo la que yo veo en el cuadro trazado por el escritor con tanta maestria. Los demagogos, inclinándose servilmente ante las superioridades odiosas, y proscribiendo

ó matando á las legítimas, millares de esclavos, sin acción política ni civil al lado de escaso número de ciudadanos instrumentos de los que los engañaban ó los compraban; en los hombres mismos á quienes elevaba su valor ó su astucia, crímenes detestables empeñando sus mejores acciones, y los vicios mas groseros deificados y codiciados. No sé que otras virtudes que las guerreras hayan brillado en aquella época, si es que merecen el nombre de virtudes. En cuanto al amor desinteresado del semejante, el desprendimiento de los goces sensuales, la santidad de los lazos del hogar doméstico, el sentimiento de la propia dignidad combinado con la generosa abnegación, con el respecto de la autoridad y el odio de la licencia, y por fin todas esas virtudes verdaderas que son el encanto y el consuelo de la vida y que el cristianismo solo pudo bajar del cielo, es inútil buscar todo eso en la Grecia antigua. En ella reinaba el egoísmo y todas las pasiones que lo cortejan; y donde reina el egoísmo el orgullo del hombre puede pronunciar las palabras *libertad é igualdad*, pero son solo bellas palabras, la cosa no existe. El egoísmo en su apogeo puede hacer de Alejandro un gran conquistador, pero el grande hombre tendrá un gran defecto, es que no sabrá gobernarse á sí mismo, como lo observa el mismo M. Lermnier.

Yo me inclino como cualquiera otro delante de las superioridades individuales; respeto los héroes de la Grecia, aunque creo que no son de la estatura de San Luis ni de San Francisco de Paula; pero no veo, ni he podido ver en la Grecia esa grandeza moral que tiene su asiento en las conciencias y en las costumbres de todos; no veo las virtudes nacionales única base posible de la democracia, del gobierno de todos sobre sí mismos; no veo por fin el amor reemplazado en todas las almas al egoísmo; no veo la armonía creada por el amor, que es el orden; sino la lucha constante y el desorden que nacen del egoísmo. Las leyes democráticas no podían existir en países donde las costumbres de la democracia faltaban; y es una verdad vieja como el mundo, que las leyes no tienen otra importancia que las que reciben de las costumbres. Solon y Horacio podrían dar en estas materias muchas provechosas lecciones á los reformadores modernos.

Cuando la Francia pretendia establecer la república en un país, no diré educado, sino desmoralizado por la filosofía de Voltaire y Rousseau, no pudo esperar otra cosa que las sangrientas farsas del siglo pasado: y cuando mas tarde la misma Francia, no ya hostil al cristianismo, pero no por eso menos indiferente, quiso fundar una nueva república, se espuso á un triste resultado, á quedarse con una palabra por consuelo de su amor á la república.

El socialismo, que hace de cada individuo un conquistador, es la mas brutal exajeracion á que ha podido llegar el egoismo en su desenfreno, el hombre que abdica su alma y la hace prisionera de su carne; y si la fuerza no hubiera encadenado al mónstruo, la Francia hubiera disfrutado los beneficios del plágio; hubiera saboreado los frutos de aquella antigua civilizacion social. ¡Felices entonces los que hubieran recibido la pena del ostracismo de los griegos modernos!

Pero era sobre todo singular la pretension de gobernar á la griega á los países habitados por los indios de los bosques y por los gauchos de la Pampa americana, aunque sea por otra parte preciso convenir en que, si aquella era la democracia que buscábamos la hemos conseguido. Demagogos ó esclavos, esto hemos sido en la América del Sud desde que preferimos las virtudes espartanas y el pacto social de Rousseau á las virtudes y al pacto de Jesu-Cristo. El pueblo llamado á la soberanía ha empleado ó ha soportado la fuerza, y de las revoluciones á las tiranías, y de las tiranías á las revoluciones hemos pasado alternativamente sin que hayamos logrado otra cosa que llamarnos republicanos. De manera que no somos los únicos que nos consolamos con la palabra.

En cuanto á la cosa, ya tengo para mí que no son ni los legisladores ni los filósofos, antiguos ni modernos, los que han enseñado las condiciones reales de su existencia; es el legislador divino. Yó profeso un desden, que puede parecer necio y ridículo, por las filosofías y las legislaciones humanas. Pienso que un niño que sabe el catecismo tiene mas ciencia que el anciano, por filósofo que sea, que no lo aprendió ó lo ha olvidado.

Para conocer como deben constituirse las sociedades, importa antes conocer como está constituido el hombre, puesto

que la sociedad está compuesta de hombres. Dios que lo hizo nos lo ha revelado. El cristianismo es el espejo del hombre, espejo de alma entera. El cristianismo me revela el hombre como el hombre me revela el cristianismo. Conocer leyes perfectas, esto es, obra del Criador, es conocer también su criatura.

Hay algo además que me revela la excelencia divina del Evangelio, es que él contiene leyes de aplicación universal. Esa es la legislación verdaderamente humana porque es divina.—El hombre en toda edad, en toda posición y en todo lugar es hombre, llena su destino, sabe lo que dice y lo que hace, y dice y hace lo que debe, cuando practica el Evangelio. Lo que digo del hombre lo afirmo también de las sociedades.

Las leyes humanas por el contrario son siempre locales, y cuando pretenden ser otra cosa son absurdas. Las leyes humanas no pueden ser sino los reglamentos de las divinas, y á las sociedades más cristianas es á las únicas á que pueden aplicarse las más avanzadas leyes políticas. La república universal es un solemne desatino, pues no pueden ser soberanos al mismo tiempo y en todo lugar, la ignorancia, el error, la preocupación, el vicio, el crimen, y la sabiduría, la verdad y la virtud. Y como de todo eso hay en todas partes, el error y el vicio necesitan ser contenidos y gobernados; la virtud y la verdad pueden gobernarse á sí mismas; y yo no conozco otra soberanía que la de Dios, maestro y legislador infalible de la virtud y la verdad. La misma ley cristiana conviene al ruso, al italiano, al inglés, al norte-americano, al gaucho y al indio, pero no puede aplicárseles la misma ley política.

La manía, pues, de poner remedio á los males sociales con nuevas constituciones es una de las plagas modernas. Las asambleas constituyentes traen en pos de sí las convenciones y las dictaduras cuando pretenden dar á la sociedad otras bases que las bases cristianas. Decretar la libertad del hombre, es bien fácil; practicarla ó hacerla practicar es cosa distinta. La libertad del hombre no se decreta, como no se decreta que el niño crezca, ni que el negro cambie de color, ni que la mujer fea se haga bonita.

La libertad era en los tiempos antiguos, como lo es en los

modernos, ídolo servil. No es el amor, que la sabe, el que la reclama, sino el egoísmo que la ignora. La libertad no es fecunda como derecho político, sino en union íntima é indisoluble con el deber; toda libertad reclamada por el egoísmo del hombre, en cuanto le aprovecha, es una libertad adúltera, ilegítima é infecunda. Jesucristo nos enseñó con la palabra y el ejemplo la libertad de hacer el bien, en cuanto á la de hacerse bien, con daño del prójimo, con violacion del deber, esa es la libertad revolucionaria, para la que no hay legislacion posible. Es preciso declararla ilimitada y volver á la vida salvaje ó enfrenarla con la fuerza. Los pueblos que han ambicionado esa libertad, la han perdido y han merecido perderla.

El hombre es libre desde que nace hasta que muere, libre de moverse, de pararse, de creer, de querer y de pensar. En este sentido cuando Rousseau dijo: « el hombre nace libre, » no dijo gran cosa; es como si hubiera dicho, el hombre nace hombre. La libertad es el don adquirido por el pecado de nuestro primer padre, y transmitido á la humanidad cuando desobedeció el mandato divino. ¿ Cuando quiere, cree y piensa bien, cuando usa el hombre en su verdadero provecho de la libertad? esa es la cuestion social, desde los tiempos primitivos hasta los presentes. Dios es el que nos ha dado la solucion y la regla, desconocidas por las sociedades paganas.

La libertad cristiana es la verdadera, porque el hombre que elige segun la regla, elige bien, sea que su eleccion sea entre el error y la verdad, entre la ilusion y la esperanza, entre el vicio y la virtud. Ser libre no es la facultad de elegir, es la capacidad de acertar. La verdad es el resultado de la buena eleccion de la mente; la fé el de la buena eleccion de la imajinacion; la virtud el de la buena eleccion del corazon Ser libre, lo repito, no es la facultad de estender la mano, sino la de coger el fruto. Un niño goza de la libertad de sus manos, pero ¿ de qué le sirve su libertad, si el fruto está seis varas arriba de él!

La virtud es la victoria de las luchas del alma, es la buena eleccion, es la mano en posesion del fruto; el hombre virtuoso lucha contra sí y triunfa de sí mismo. El triunfo de sí mismo, ha dicho Diderot, es la consumacion de toda filosofia.—

Eso es falso.—El triunfo de sí mismo es la consumacion de la libertad cristiana.

La filosofia, cuando es irreligiosa por profesion ó indiferencia, es la lucha permanente del espíritu, puesto que es la duda razonadora, que busca la verdad, sin hallarla jamas. La imaginacion que no cree, delira; el hombre que no ama, se ama.

El complemento de la libertad está fuera del hombre. Los partidarios de la libertad revolucionaria, de la que viola la ley cristiana, lo son de una libertad exclusiva y repulsiva. Son doctores en materia de derechos, no saben nada en cuanto á sus deberes, y cuando están en el poder son soberanos del mal; esa es la licencia.

El hombre delante de Dios no tiene derecho alguno, porque Dios, la infinita bondad y la justicia infinita, no tiene deber ninguno que cumplir. Su ley es el mismo. Mas el hombre delante de los demas hombres tiene derechos que reclamar, pero solo en cuanto lo autorizan el cumplimiento de sus deberes. El derecho es el capital adquirido por el deber. Los que pretenden disfrutar de los beneficios del capital, sin haberlo puesto en la compañía social, son los liberales revolucionarios. Incapaces de nada, se creen con derecho á todo.

Para el cristiano, que ama, no hay derecho que no sea una obligacion, impuesta por Dios. Reclama la libertad de la prensa, por que tiene que enseñar al que no sabe. Trabaja, sin reclamar su derecho al trabajo, por que tiene familia que alimentar y pobres que socorrer. Habla en el púlpito y en la tribuna, por que es depositario de la *palabra* que no engaña, y Dios quiere que esa palabra sea sembrada y dé abundantes frutos. Aspira á ser lejislador, por que sabe que sus leyes serán el reflejo de las divinas. La Iglesia, y los cristianos con ella reclaman, como decia un venerable obispo en la asamblea lejislativa, la libertad de hacer el bien, con daño muchas veces de ellos mismos, mientras que los revolucionarios piden la libertad de hacerse bien con daño de los demas. La libertad verdadera se sacrifica, la libertad revolucionaria es sacrificadora.

¿Cuál de estas libertades practicaban las sociedades anteriores al cristianismo? ¿cuál piden y practican hoy los admira-

dores del paganismo? El libro de M. Lerminier contesta á la primera pregunta; en cuanto á la segunda los que tienen ojos que vean.

Yo no me creo adversario de la libertad política, no me considero tampoco adversario de la democracia. Pido únicamente verlas para creer en esas deidades humanas, y confieso ingenuamente que en la época en que me ha tocado vivir me inspiran gran desconfianza las palabras. Lejos de negar que la democracia pueda salir del cristianismo, afirmo que solo de él puede salir, y que el hombre solo puede ser soberano en el mundo político, cuando Dios lo es en su alma; que la democracia por lo mismo no es obra de constituciones ni de asambleas, sino de creencias y costumbres religiosas, profundamente religiosas. El hombre gobierna cuando se gobierna, y únicamente es dueño de sí mismo el que abrió toda su alma á su Creador, y se deja guiar por él.

No participo por lo tanto de ningún fanatismo por las formas políticas. Lo que hay de esencial en todo en política, como en filosofía y en literatura es el fondo; y ese fondo debe ser cristiano. Lo demás es tan subalterno como los colores en las cosas visibles.

El amor de las formas es uno de los fanatismos de la época. Los pueblos crédulos y no creyentes se prendan con pasión de la belleza visible, en vez de la invisible que es para mí la verdadera belleza. Una hermana de caridad no dice nada á los sentidos, pero como Dios habla al corazón y lo penetra de admiración; y el alma de un mendigo es muchas veces más hermosa que la de una reina.

Atenas fué la capital de lo bello, en la antigüedad, como París lo es en el día. Pero lo bello que no es bueno no es verdadero, y con razón ha dicho Demaistre que la belleza es lo que agrada á la virtud ilustrada. La credulidad ciega de los incrédulos en busca siempre de nuevas bellezas, se queda al fin con las manos y el corazón vacíos. Lo bello para mí es la virtud, esto es, la verdad buena. Levantar su fé hasta Dios, armonizarla con las severas reflexiones de una alma virtuosa, es comprender las condiciones de las cosas hermosas.

Para el incrédulo solo es bello lo nuevo; su amor insaciable de felicidad le lanza como una paloma sobre los aires, sin

hallar nunca tierra en que fijar su morada. El cristianismo sabe que esperar con la carne es engañarse siempre y espera con el alma, seguro de entrar un día en las rejiones donde lo bueno, lo verdadero y lo bello son una misma cosa, como debemos procurar que lo sean relativamente á la tierra.

Ese furor de embellecerlo todo para satisfacer apetitos desordenados ha conducido á los hombres á deplorables excesos, y ha penetrado con manos profanas en el dominio respetable de la historia. Ha hecho de Robespierre un grande hombre, de Mesalina una reina y de Lola Montes una heroína. ¿Qué extraño es que cuando esto vemos en nuestra época, y respecto de gentes bien conocidas, tales como Rosas, á quien no han faltado admiradores, se haya procurado estraviar el juicio de la humanidad respecto de hechos ocurridos en los tiempos antiguos?

Bello se ha pintado al adulterio, á los crímenes mas infames, y esos cuadros de los teatros no han carecido de imitadores en el teatro real de los sucesos humanos. Dios recibe en un solo centro las adoraciones de los que lo aman, mientras que los hombres del mundo y la carne derraman sus ilusiones en toda la tierra y la piden satisfaccion de necesidades que la tierra no satisface.

Los tribunos turbulentos y la prensa licenciosa están constantemente engañando la credulidad de los pueblos y adulando su orgullo, en vez de inspirarles respeto y sumision á los principios eternos de la moral y de la justicia.

La Grecia, como afirma M. Lerminier, sea en hora buena el poeta de la humanidad; en cuanto al lejislador yo no conozco mas que uno solo, y ese puede ser negado por la impiedad, pero no desarraigado de la conciencia de la humanidad.

Esta idolatría de lo bello sensual, esa inconstancia é insaciabilidad de los deseos, no parece sino un signo de decadencia. El cristiano que se siente en medio de sus deberes y de los desengaños de la vida, inspirado y consolado por las promesas de la religion católica, se arma moralmente y lucha con ventaja contra esos tentadores de sus mas bajas pasiones. Por el contrario, el hombre carnal nada ve mas allá de la muerte y en busca de una felicidad quimérica ataca y derriba cuanto se opone á la realizacion de sus sueños, y

cuando despierta halla aprisionada su libertad y convertido el progreso que ambicionaba en la impotente inaccion, cuando no en el retroceso.

La fé, la esperanza y la caridad, virtudes teologales, son virtudes esencialmente sociales, é indispensables sobre todo á la democracia. Un progreso sin fé es una ave sin alas; la esperanza es el único poder nivelador, el único que establece su armonía en medio de las desigualdades inevitables en la condicion del hombre en la tierra: el pobre que espera es mas rico que el usurero acaudalado cuyo corazon no está regado por ese ángel precursor de nuestra dicha imperecedera; y la caridad por fin es la mas preciosa, la reina de todas las libertades, es el derecho que se renuncia á sí mismo y hace de su propiedad el patrimonio de todo el que sufre.—Enseña al que no sabe, cura al enfermo, alienta al abatido, levanta al postrado, y en vez de dar al pobre esa corona de soberano que no le nutre ni le cubre, le dá pan y le viste, le dá cosas en vez de palabras, y no le llama á los clubs, ni á las barricadas sino al trabajo y á la virtud. Si es el gobierno de sí mismos lo que buscan los pueblos bajo la forma democrática, eso solo puede enseñarlo el cristianismo, que reconoce en el hombre tantos mas derechos á la libertad, cuanto mas provisto está de virtudes, y que ha establecido la armonía indispensable para el órden social entre la autoridad y la libertad, entre el deber y el derecho, entre Dios y el hombre.

El error, dice M. Lerminier en el prefacio de su libro, es mas funesto que la ignorancia! Profunda verdad que yo he manifestado á los lectores de *El Eco* en otras palabras, diciendo que la barbarie de la preocupacion es mas funesta que la de la ignorancia.

En efecto, la ignorancia no es habladora, no funda cátedras, no ejerce propaganda alguna, no enseña y está dispuesta á recibir la verdad. El hombre ignorante puede ser vicioso y aun criminal, pero no es profesor del vicio ni del crimen. Puede robar, pero no enseña que la propiedad sea el robo; puede ofender á Dios, pero no le declara tirano; puede desconocer lo que valen los vinculos de la familia, pero no recomienda el divorcio ni menos el adulterio. El alma del ignorante es como una habitacion cerrada á la luz, abier-

tas las ventanas la luz penetra. La ignorancia es la inocencia de la mente, como la inocencia es la ignorancia del corazon.

Pero el error por el contrario, habla, proclama, se difunde y vive conquistando. Y el error no anda solo en el mundo, los hombres no yerran en sus pensamientos impunemente para el corazon, éste se deja invadir luego por el vicio, y como el error es hábil hará al vicio bello para hacerlo amable. Los partidarios del error no dirán que es bueno asesinar, pero pintarán á Robespierre con los colores de un semi-dios, y ensalzarán en la tribuna francesa á los verdugos de Luis XVI. Es así como el socialismo, última consecuencia de la lójica de los sofistas, viene á ser la mas detestable de las barbaries, y mientras la ignorancia hace salir de la Pampa á Rosas, la preocupacion muestra en Paris á Proudhon.

Cada uno tiene sus gustos; yo prefiero un indio que roba y mata, y que no siendo cristiano no sabe lo que hace, á los grandes doctores cuyas teorías sancionan el vicio y el crimen, los enseñan y los propagan, á los poetas que los embellecen, y por fin á todos los que se revelan contra el Salvador, el Juez y el Legislador de la humanidad.

El genio francés es hoy, segun la espresion última de M. Lerminier, como antes el griego, el poeta de la humanidad. Yo desearia que los sud-americanos que escuchan sus acentos, supieran distinguir la prosa de la poesia, que prestaran su atencion á los autores serios, como el autor del libro que me despierta estas reflexiones, y cerraran sus oidos á los genios seductores de la ignorancia y predicadores del error.

M. Lerminier no necesita ser recomendado en los paises en que circula el ECO DE AMBOS MUNDOS. Su nombre es conocido por todos los que se dedican al estudio de la Francia actual, de sus teorías y de sus constantes agitaciones. Y espero que el autor dará su nombre á libros aun mas importantes para su país y para nosotros tambien, y que despues de habernos pintado los legisladores de la Grecia, querrá hacernos conocer los de la Europa moderna. Una obra semejante seria de un valor inapreciable en las circunstancias presentes: y yo entiendo que el autor sabria colocarse en la altura desde la que se ven los hombres y las cosas humanas, tales cuales son,

pues despues de la revolucion de febrero lo veo marchar en la direccion de la Cruz.

Paris, 25 de junio 1852.

Mi última correspondencia al Mercurio.

Paris, julio 28 de 1853.

Señor Editor: — Tomo hoy la pluma para dirigir al *Mercurio* mi última carta de Francia. Otro corresponsal se encargará desde el mes entrante de contar los sucesos europeos á los lectores de ese diario y de señalarles las lecciones que para nosotros contiene.

No abandono sin pena esta tarea. Me era satisfactorio disponer de un órgano tan conocido como el *Mercurio* en la América del Sud, para emitir opiniones y principios, que entiendo convienen sean constantemente sostenidos y propagados en aquellos paises. Los escritos míos, que daba á luz el *Mercurio*, han sido reproducidos en los diarios de otras repúblicas americanas. Ultimamente he visto copiadas algunas de mis cartas por los de Méjico, y creo poder afirmar sin vanidad que los hombres de convicciones religiosas y conservadoras, han acogido con benevolencia mis trabajos. Estos estímulos me han alentado á perseverar en mis esfuerzos, y me han salvado del melancólico abatimiento en que caen fácilmente los que contemplan las tristes necesidades políticas y sociales de la América del Sud, y las dificultades de todo tamaño y de todo jénero con que hay que luchar para colocar á esos paises en las vias de la justicia y del orden.

Seame permitido manifestar aquí mi gratitud á las personas que se han dignado aprobarme, como á las que en Chile, en el Perú y en el Ecuador han querido defenderme contra ataques, que he olvidado sin trabajo, y que solo han servido para confirmarme en mis convicciones. Algunos de ellos han sido inspirados por sentimientos poco jenerosos, pero no me han lastimado. Mi conciencia me dice que he sido

siempre leal servidor de lo que á mi juicio es la buena causa en la América española, y el que se asila contento en ella es indiferente á los tiros de la maledicencia.

M. Lerminier, que se digna favorecerme con sus consejos, me decia últimamente que para juzgar las cosas con imparcialidad, importa verlas de léjos. Así he visto las cosas americanas en los cuatro últimos años. Corresponsal de un diario, que ha sabido respetar mi independencia, y practicarla él mismo en mas de una ocasion, sin esperanza ni temor, sin adulacion ni ódio, he creido comprender por donde pecan las creencias reinantes entre nosotros, y cuales son los vicios y los errores, que alejan la buena luz de las inteligencias, los buenos sentimientos del alma, y nos arrastran, sin gula ni regla, de caida en caida, víctimas siempre de las preocupaciones revolucionarias ó incapaces de levantar el dique que deba contener el torrente devastador.

Apasionados unas veces hasta la sedicion, frios otras hasta la indiferencia, hemos visto á los hombres en la América del Sud rebelarse contra las mas respetables autoridades en unas partes, soportar en otras con cobarde resignacion la tiranía mas execrable. Y lo singular es que despues de tanto desastre aun no sabemos donde está el origen verdadero del mal, y cual sea el verdadero remedio.

El mal nó está en las leyes, ni en las constituciones; el mal está en las creencias y en las costumbres, está dentro del hombre americano, no fuera de él. El gran número es ignorante y el menor preocupado. Los mas no tienen creencias y los otros las tienen malas: Digo que las masas no tienen creencias, porque las creencias verdaderas no existen sino arraigadas en las costumbres, y las costumbres de nuestros pueblos distan mucho de las que reclama la civilizacion. Los hombres que se creen llamados al gobiernó de aquellas sociedades, los ilustrados, ¿de qué manera son liberales y de qué libertad son partidarios?

O estoy yo muy equivocado, ó somos hoy liberales como lo eramos en los dias de la emancipacion, esto es, como lo fué el siglo pasado; somos partidarios por lo mismo de una libertad quimérica y artificial, dispuestos siempre á declamar en favor de ella, á desconocer las condiciones esénciales á

su existencia, y persuadidos á que todo freno y toda regla son signos de dictadura y de opresion. Debieramos sin embargo haber aprendido ya que la libertad de hacerlo todo es la licencia, que toda libertad social es limitada, y que solo es ilimitada la salvaje; que las leyes son la garantía y el freno de la libertad política, y cuando ella las quebranta el hombre se hace demagogo y faccioso, y se prepara á ser encadenado por el despotismo.

Mr. de Talleyrand dando una vez sus instrucciones á los empleados del ministerio de relaciones exteriores, concluyó diciéndoles: «Sobre todo poco celo.»—Nada mas nocivo en efecto que el celo irreflexivo é imprudente. El amor apasionado acaba las mas veces por empañar y derribar al ídolo de su culto. La libertad anda tan mal parada entre nosotros, porque unos la desdeñan, y otros la aman con pasion excesiva. El doctor don Vicente Lopez ha dicho últimamente á los representantes de Buenos Aires estas bellas y profundas palabras: «Subordinemos nuestras pasiones á la razon, y la razon á Dios.»

A la libertad apasionada é irracional debemos oponer, pues, la libertad moderada y racional, esto es, la libertad del hombre que gobierna sus pasiones con su razon, y su razon con Dios. ¿Y cual otro que el cristiano es el hombre en quien eso se verifica? El cristiano es el hombre que, gobernado por Dios se gobierna á sí mismo, es el dueño de sus pasiones, el que somete su voluntad á la razon, y la razon á Dios. La razon, que obedece á Dios, es la razon religiosa, cuya fé agranda los dominios de la mente y disipa las incertidumbres de la duda. Si ser dueño de sí mismo es ser libre, ¿como pretendemos alcanzar la libertad por otras vías que las de la religion?

El amigo mas temible de la libertad, en Sud-América, no es otro que el liberalismo irreligioso que desenfrena las pasiones, incapáz de dirigirlas ni de gobernarlas, porque, como ha dicho muy sábiamente el mismo doctor Lopez: «una alma sin Dios, es una alma sin gobierno.»

Proscribiendo á Dios de nuestra política y de las conciencias, hemos debido, para ser fieles á la tradicion revolucionaria de la Francia, inclinarnos delante de otro soberano, y este soberano es el pueblo. No reconocer otro gefe que ese, era

el medio seguro de no respetar ninguno; puesto que cada cual puede interpretar según sus caprichos las voluntades de un mudo. Así vemos que todo el mundo se pretende representante de la opinión pública, de donde resulta que esa opinión pública es una coqueta, que á todos dispensa sus favores, ó que esa nueva dulcinea piensa tanto en los caballeros, que la invocan, como la del Toboso en Don Quijote.

Esa teoría de la soberanía del número de las voluntades, hace mucho tiempo á que ha sido victoriosamente refutada en Francia, y las opiniones de M. Guizot están de acuerdo con las del doctor Lopez, arriba citadas. « La libertad, ha dicho M. Guizot, es el poder de conformar la voluntad á la razón. » ¿A qué razón? El mismo autor nos lo dice: « Es siempre de la razón, jamás de la voluntad, de donde deriva el derecho al poder. Nadie tiene derecho de dictar la ley porque quiere; nadie tiene derecho á oponerse á ella, porque no quiere; y la legitimidad del poder reside en la conformidad de las leyes *con la razón eterna*, no en la voluntad del hombre, que ejerce el poder, ni en la del hombre que lo soporta. »

He citado en otras ocasiones las opiniones del mismo autor, maestro en estas materias, y que concuerdan exactamente con el pensamiento del gobernador de Buenos Aires: « una alma sin Dios, es una alma sin gobierno. »

Si queremos, pues, obedecer á un soberano infalible, y que no puedan todos invocar impunemente, obedezcamos á Dios y seamos liberales religiosos. Las leyes de Dios están escritas, son aplicables á todos los países y en todas las circunstancias; y una vez que obediéndolas practiquemos la libertad moral, la libertad política vendrá de suyo, será un fruto natural y espontáneo de la primera.

« Pero si usted cree, se me dirá, señor editor, que la democracia absoluta es impracticable en la América del Sud, que las instituciones republicanas no pueden tener aplicación completa en estos países, que no podemos ser republicanos como lo son los norte-americanos, ¿porqué no saca usted la última consecuencia de sus raciocinios y se declara partidario de la monarquía? »

Se me han hecho ya objeciones parecidas y quiero contestarlas en este lugar. No soy yo partidario en la América

del Sud ni de la monarquía, ni de la democracia pura ó absoluta, por la simple razon de que no soy partidario de lo imposible, y entiendo que ambas cosas son imposibles entre nosotros. No pienso ciertamente que la monarquía sea incompatible con la libertad constitucional y el régimen parlamentario. Ahí está el Brasil en nuestro continente; ¿qué nos dice su historia contemporánea? que bajo el trono ese país ha gozado mas completas libertades que las repúblicas americanas. Ese es el hecho; esplíquesele como se quiera, el hecho existe. Es, pues, innegable que no solo en las repúblicas hay libertad. La monarquía tiene sus ventajas, ventajas considerables é innegables en países naciescentes.

Pero seria una locura proponer en la América del Sud el cambio de las instituciones, porque, lo repito, el restablecimiento de los tronos es imposible, de todo punto imposible entre nosotros; los reyes no se improvisan. Verdad es que en algunas repúblicas hemos soportado algo peor que monarcas constitucionales como el del Brasil, hemos soportado tiranos absolutos é irresponsables. Pero al fin la amable Manuelita no ha sucedido á su odioso padre, y subsiste el régimen republicano en la América del Sud, quiero decir, que subsisten nuestros códigos constitucionales.

Pero no comprendo por otra parte como es que hay hombres entre nosotros, cuyos ojos están tan cerrados á las luces de la esperiencia, que crean posible el uso pleno, absoluto, ilimitado de las instituciones republicanas. No acierto á esplicarme como haya quienes pidan para nosotros las libertades democráticas como en los Estados-Unidos. No alcanzo á darme cuenta de lo que quieren ni de lo que saben esos liberales, que ignoran que tanto cuanto tienen en civilizacion, tanto valen los pueblos en libertad; y que por lo mismo la libertad y el derecho tienen que marchar lenta, gradual y paralelamente á los adelantos de la civilizacion. La libertad política en una sociedad democrática, es una funcion que supone una aptitud, es un empleo que supone una capacidad. ¿Declararemos soberanas á las pasiones que no obedecen á la razon ni á Dios? Pero eso no será el gobierno sinó la tiranía del pueblo, será la fuerza brutal de muchos preparando por la anarquía el triunfo de la fuerza subordinada á uno solo.

Convengamos, pues, y por fuerza tenemos que convenir en ello, puesto que la historia contemporánea no puede ser desmentida, convengamos en que en las repúblicas puede el mayor número dar rienda suelta á sus pasiones y producir la anarquía y las facciones, como puede haber déspotas y tiranos tambien sometiendo al látigo del terror á aquellos que no supieron someterse á la ley de Dios, y que la tiranía viene en pos de toda anarquía no solo como su consecuencia sinó como su castigo.

¿De qué cosa soy yo, pues, partidario, detestando igualmente los excesos de la libertad que los del poder? Lo soy de la libertad moderada y racional, de la libertad cristiana, de la libertad del hombre cuya alma es gobernada por Dios.

Nosotros estamos muy habituados en nuestra América del Sud á confundir á menudo el uso con el abuso de las cosas. Yo apruebo en todas partes el uso de la libertad, pero condeno la licencia que es el abuso de ella. ¿Donde debe empezar el límite trazado por la ley á cada libertad? ¿Donde empieza el abuso de ella? ¿Quién puede desconocer los beneficios de la libertad de la prensa? Pero, ¿ha de consentirse por eso la libertad de injuriar y calumniar, la libertad de corromper, la libertad de provocar á la desobediencia de la autoridad y de la ley? No, porque esas no son libertades sino licencias. Esto es claro, como la luz; y no es menos claro que cuanto menos civilizado es un pueblo tanto mas estrechos son los límites en que debe encerrarse su libertad, la esfera de su acción política; que cuanto menos capaces son los miembros de una sociedad de gobernarse á sí mismos, tanta mayor necesidad tienen de ser gobernados.

Enemigo, por lo tanto, de la tiranía no menos que de la demagogia, soy amigo de la libertad moderada y racional, y solo la libertad moderada es la racional entre nosotros, porque es la única posible.

El amor de la libertad, como todos los otros, debe subordinarse á la razon y la razon á Dios, es decir, no á la razon escéptica sino á la razon que cree. Nosotros estamos habituados á amar con la imaginacion, que reviste de falsas bellezas á nuestra libertad, y raciocinamos poco. Así se grita en Buenos Aires que la tiranía ha atravesado los mares con Rosas,

al tiempo mismo que los exaltados partidarios de la libertad se muestran esclavos de sus propias pasiones, tiranos que el hombre no vence tan fácilmente, porque imperan en su propia conciencia. Hijos á menudo del odio, de la envidia, del orgullo, nos creemos sin embargo libres, y la tiranía de nuestras pasiones nos ha hecho vertir lagos de sangre.

« Donde está el espíritu del Señor, dice el Evangelio, ahí está la libertad. » De esa libertad soy yo partidario, porque es la que el hombre practica con abnegacion de sí mismo. Ella es la que inspira el verdadero patriotismo, que vive sacrificándose constantemente por el bien y el orden de la patria, en vez de sacrificar al egoismo del hombre, leyes, autoridad, paz y por fin todo lo que contribuye á la prosperidad de los Estados.

Una política mas modesta, y por lo mismo menos pretenciosa es la que conviene en Sud-América á los que gobiernan como á los que son gobernados; una política práctica, local siempre, no norte-americana ni francesa. Esa otra política de imitaciones artificiales, sin raices en nuestro suelo, es pueril, y despues de cuarenta años de desconcierto y escándalos bueno es que empezemos á ser hombres y á vivir de nuestro fondo. Nos proponemos siempre los fines de los grandes Estados, sin emplear jamás sus medios, y buscamos nuestra fortuna en el juego de instituciones, que hace al fin la suerte de algunos pero con la ruina de la patria. Empezemos por reformarnos á nosotros mismos, que vendrá el tiempo en que otras generaciones realizen en las leyes el progreso antes realizado en las costumbres.

Los pueblos no prescinden impunemente del tiempo, y el tiempo no respeta lo que sin él se hace. Las sociedades europeas han vivido mucho antes de conquistar los bienes de que hoy disfrutan, y esos Estados Unidos de Norte-América no hicieron sino trasplantar al nuevo mundo una civilizacion vigorosa y sazónada por el tiempo. Llevaron los anglo-sajones en su sangre el gérmen de las grandes instituciones, que allí admiramos. Nosotros, raza española, fuimos menos felices. Nuestros conquistadores no llevaron á América otras virtudes que las guerreras; en tres siglos lejos de educarnos para la libertad nos mantuvieron en las tinieblas, y cuando nos hemos

emancipado nos hemos hallado faltos de todos los grandes elementos de una civilización democrática. Así no hemos hecho otra cosa que desmentir constantemente con nuestras costumbres y nuestros hechos las instituciones adoptadas por la revolución.

Es tiempo ya de poner término á las ilusiones, y de reemplazarlas por la fé. Es tiempo de trabajar mas y de pretender menos, de escribir frases menos doradas y de obrar mas regularmente, de no gritar ni declamar tanto en favor de la libertad y de practicarla mejor, de combatir por fin con la religion, con el espíritu del Señor, la fiebre revolucionaria.

No ignoro yo, señor editor, que para gran número de liberales la religion es cosa del otro mundo, y nada tiene que hacer la libertad con ella. Esos liberales son hoy todavía de la escuela de Rousseau, y pueden envanecerse de no haber olvidado nada. Entusiastas admiradores del progreso, no saben que el que nada olvida nada aprende, y viven bajo el yugo de una tradición vieja y mil veces vencida en la discusión.

Muchos otros hay para quienes siendo la religion cosa sagrada y respetable, se contentan con no atacarla, y piensan que nada tiene ella que imponer, ni á la libertad de su razón ni á la de sus afecciones, ni á la de su conducta. Según ellos Dios gobierna el cielo, y el hombre la tierra. La religion es buena para bendecir la cuna y el sepulcro del hombre, y para consolarle de los dolores del infortunio, pero la libertad humana es dominio independiente de Dios, y los hombres son bastante fuertes para defender sus fronteras.

Los que hemos nacido en este siglo de constantes sacudimientos y de cambios inesplicables, podríamos haber aprendido ó que el mundo anda sin gobierno ó que es Dios el que lo gobierna. Comparemos en Francia como en la América del Sud las promesas y las esperanzas de los revolucionarios con los resultados, y veremos que Dios ha dispuesto lo contrario de lo que el hombre propuso. «La revolución, ha dicho Demaistre, empezó por proclamar los derechos del hombre y acabará por proclamar los de Dios.» ¿Qué otra cosa es lo que estamos hoy contemplando en la Francia? Ese soberano de los filósofos, que debía sancionar las teorías republicanas, ¿acaba en Francia de burlar todas sus esperanzas,

abdicando su corona y dando un apoyo libre y general á la dictadura? La dictadura no es ciertamente la obra de Dios, pero es la inevitable consecuencia de las faltas de los hombres.

Veamos por otra parte lo que sucede en los países donde reina con fuerza soberana el sentimiento religioso. Allí lo que Dios dispone está de acuerdo con los propósitos del hombre, precisamente porque esos propósitos se conformaron con las voluntades y los preceptos divinos. Dios es aliado invencible para la flaqueza humana, y los que en él confían pueden contar con ver coronados sus esfuerzos, puesto que ellos no tienden sino á la obediencia constante de la ley y de la autoridad supremas.

El liberalismo irreligioso se ve forzado á declararse impío, á romper todo vínculo del hombre con su Creador y de la tierra con el cielo, cuando pretende gobernar sin Dios el mundo, obra de sus manos.

Los lábios de los incrédulos gritarán siempre libertad, pero ella se aleja tanto mas, cuanto mas la invocan sus falsos adoradores; y el hombre paga en política como en todo por donde peca; el buen sentido abandona á los que lo ultrajan y la libertad á los que la profanan.

No basta hablar mucho en favor de la libertad, importa sobre todo comprenderla y practicarla. Ella impone deberes penosos, grandes virtudes, esforzados sacrificios. ¿Qué es entre nosotros las mas veces la libertad sino una vana palabra? ¿Sabemos todos la verdad que ella contiene; sabemos todos que la gran verdad social es la virtud, y que la virtud no es sino la libertad en acción? « De generosos y buenos ingenios, ha dicho San Agustín, es no amar en las palabras las palabras, sino la verdad que está en ellas. »

Tal ha sido el objeto de mis estudios, averiguar cual es la verdad que está en la palabra libertad. Todas mis meditaciones me han conducido á reconocer que no hay libertad sin virtud, ni virtud sin religion; y he creído por lo mismo escribir en favor de los intereses reales de los países sud-americanos, de las condiciones vitales de su civilización, combatiendo el fanatismo liberal ó lo que es lo mismo el liberalismo irreligioso.

No desconozco que la causa que defiende, requería otras aptitudes y otra instrucción más vasta que la mía; pero como no son muchos los servidores con que ella cuenta entre nosotros, he creído que por poco que valgan mis escritos pueden á lo menos despertar la duda respecto de ciertas preocupaciones.

Más tarde vendrán otros escritores preparados como yo creo estarlo por la enseñanza de nuestra propia experiencia, y dados al estudio de la doctrina evangélica que es la explicación de todos los misterios humanos, la solución del problema y la luz de todo pensamiento y de toda acción y nos ayudarán á defender con mejores luces que las mías los derechos de Dios, sin cuyo conocimiento el hombre no sabrá jamás cuáles sean los suyos. El catolicismo vencerá entonces en nuestro país á la revolución, y la Cruz será el símbolo de nuestra libertad como de nuestra fé.

Los que quieran levantarse en las alas de su espíritu á la inteligencia de los grandes principios, que guían al linaje humano, hácia su perfeccionamiento sucesivo, se persuadirán más tarde á que la mente que sube al cielo no baja de él desprovista de ciencia ni de virtud; y que en esa comunicación de nuestra razón limitada con la infinita de Dios está la perfección posible para nuestro ser. « El espíritu, dice Mallebranche, gana en pureza, en brillo, en fuerza y en extensión á medida que se aumenta la unión que tiene con Dios, porque en ella consiste su perfección. »

Entiendo, pues, que la política, que el arte de gobernar, no puede prescindir de la religión, que contiene las reglas infalibles del gobierno de Dios sobre los hombres; que las pasiones no se emancipan impunemente de la razón, ni la razón de Dios. Cuando á esos excesos nos arrastra el espíritu revolucionario, desaparecen de las sociedades los dos grandes y poderosos resortes de toda paz y de todo progreso: la disciplina y el respeto. Sin la disciplina la sociedad no es una reunión de hombres que se asocian en provecho común, sino una confusión de combatientes que se destrozan unos á otros sin piedad.

Sin el respeto las leyes divinas y las humanas, las autoridades espirituales y las temporales pierden todo su vigor, son

ineficaces é impotentes ante el espíritu de insubordinacion, que una vez que niega á Dios nada halla sagrado y todo lo destruye y aniquila. El egoismo se entroniza en todos los corazones, é introduce el orgullo en todas las inteligencias; y no es lacivilizacion sino las tinieblas, no el orden sino la anarquía lo que resulta de esas pasiones sin razon y de esas razones sin Dios.

He querido insistir, señor Editor, á enviar á usted esta última carta en la defensa de mis opiniones favoritas; y hubiera deseado poder disponer de las columnas de una Revista en vez de las de un Diario, para dar mayor estension á mis racionios. Ignoro si esas opiniones me dan suficiente recomendacion á los ojos de mis lectores: yo no tengo ni aspiro á tener ninguna otra; y si siento despedirme de esos lectores es porque habria deseado escribir sobre las materias que son objeto de mis estudios, cosas mas dignas de ser leidas.

Solo me resta dar á usted las gracias por la comision que me confió, y me ha permitido permanecer durante cuatro años en este país en una época tan instructiva; y enviarle mis votos por la prosperidad de una publicacion, que ha servido la causa del orden en Chile, y ha propagado sanos principios en las otras repúblicas americanas.

Deseo tambien vivamente que la paz que ha recobrado ese país, no se vea en adelante perturbada, y cualquiera que sea en adelante el lugar de mi residencia, haré votos por los adelantos de Chile, mostrándome á la vez fiel á mis sentimientos personales de gratitud y á las ideas moderadas que allí han triunfado para consuelo de otras desgracias y para ejemplo de otros Estados menos afortunados. ¡ Ojalá que la política de conservacion y de razonables progresos, se inspire allí cada dia mas de las máximas relijiosas y que los hombres de Estado de ese país ayuden á los demas á fundar en sus bases mas firmes el edificio tantas veces levantado y tantas derribado por pasiones y teorías funestas no menos enemigas de Dios que de la libertad.

Soy de usted su atento servidor,

FÉLIX FRIAS.

Las Repúblicas de Sud-América

Paris, enero 26 de 1854.

Habia pensado servirme de las noticias contenidas en el último *Anuario de Ambos Mundos*, para bosquejar el cuadro de la situación de las Repúblicas Hispano-Americanas en el último año. La tarea era ingrata, pues el mundo no ofrece espectáculo mas desconsolador que el de esos países infortunados, víctimas siempre de las mismas dolencias y condenados á perseverar en los errores y en las faltas que son causa de los males que padecen.

La revolución destroza mas ó menos á todas esas Repúblicas, y en el solo Estado, que se ha preservado de sus estragos, el espíritu del mal trae conquistas, que mas ó menos tarde pueden precipitarlo en los abismos en que se han hundido los países vecinos. Todo contribuye á estimular un liberalismo insensato; la incapacidad de los que mandan y el orgullo de los que debieran obedecer, y que parecen empeñados en profesar doctrinas incompatibles con el reposo y el orden social. En nombre de una libertad quimérica é imposible, se intenta introducir en aquel suelo instituciones exageradas, que la Francia misma no ha podido soportar, y que arrastrarian á los pueblos que las acogieran, á todos los desórdenes de la anarquía. Como si la ignorancia, las preocupaciones, y los vicios nuestros no ofrecieran pábulo suficiente á la vida escandalosa que llevamos de medio siglo acá, todavía nos afanamos por importar las ideas anti-sociales de la demagogia europea, y nos alimentamos con los restos de los banquetes en que los revolucionarios del viejo mundo, se reunieron para brindar por las teorías embriagadoras de los necios, idólatras de las frases doradas y desdeñosas de los bienes reales que deben procurar las sociedades.

¡ Cuántas veces no he tenido ocasion de decir que no debemos ser tan liberales como los hombres de las sociedades civilizadas de Europa, ni como los anglo-sajones de la América del Norte! ¿quién ignora que los mayores derechos no pueden acordarse sino á las mayores aptitudes, y que es

una cómica parodia la imitacion de doctrinas, que no hallan eco en nuestras costumbres atrasadas? Es preciso repetirlo sin embargo, el fanatismo liberal nos mata, y en vez de librarnos de las cadenas de la tiranía, nos lleva forzosamente á la esclavitud, puesto que nos lanza en los exesos vergonzosos de la anarquía.

El *Diario de los Debates* acaba de publicar un artículo sobre el *Anuario de Ambos Mundos*, y voy á copiar aquí lo que en ese artículo se dice de nuestras Repúblicas Americanas.

« Es objeto de sorpresa y de reflexion, dice ese diario, el contraste que existe entre las dos mitades del Continente Americano, entre los Estados de origen inglés y francés, que cubren casi toda la parte septentrional, y las poblaciones de raza española, que ocupan la parte central y meridional. Nada es mas sorprendente que esos cuadros de las dos Américas, en los que se vé, al Norte, la sociedad mas próspera, mas floreciente y mas ilustrada, que el mundo ofrece quizá como ejemplo; en el Sud, la anarquía, las insurrecciones, los golpes de Estado, la guerra civil y las revoluciones permanentes. Sin embargo al Norte y al medio-día la forma de gobierno es la misma; todos los Estados que no dependen de la Europa, con escepcion de uno solo, están constituidos en repúblicas. ; Tan cierto es que la primera condicion de buen éxito y de fecundidad para los gobiernos y las instituciones políticas, es que sean adecuadas al carácter, á las costumbres y al génio de los pueblos! Todos conocen la situacion deplorable en que han caido, despues de su emancipacion, las antiguas colonias españolas. Treinta años hace á que estas desgraciadas repúblicas son despedazadas por las disensiones intestinas, por los celos de provincia á provincia ó de ciudad á ciudad, y por las rivalidades de los gefes militares que se arrebatan el poder á mano armada. Pero lo que no se sabe tan generalmente es que la revolucion de Febrero se presentó á agregar el veneno de sus funestas doctrinas á todos los males que desolaban ya á esas bellas regiones.

Sí, los principios de Febrero, vencidos en el suelo en que nacieron, han atravesado el Océano, y han ido á implantarse al pié de los Andes. Entonces cada ciudad importante ha te-

nido sus manifestaciones populares, sus sociedades democráticas á la manera de nuestros clubs, sus diarios que anunciaban la edad de oro y la verdad republicana.

« Hay sin embargo grados y diferencias en estado general de abatimiento, de postracion y de miseria. Los tres Estados que han descendido mas abajo, son Méjico, la Nueva Granada y la Confederacion Argentina. Méjico, que parece mas próximo á su ruina, lucha á la vez contra las facciones interiores, contra las perpétuas insurrecciones de las tribus indígenas y contra la vecindad mas temible aun de los Estados Unidos, cuya ambicion lo cerca y lo estrecha como la serpiente que vá á devorar su presa. La llaga de la Nueva Granada es el socialismo. Cinco años hace á que la patria de Bolivar está oficialmente gobernada segun el evangelio de la república democrática y social. La constitucion granadina votada en 1851 ha consagrado los sueños mas insensatos de la demagogia europea: la libertad de la prensa ilimitada, el derecho á la asistencia y á la instruccion gratuita, la abolicion absoluta de la pena de muerte, etc. De modo que el plagio es flagrante y la parodia completa. Allí, como en Europa, el reinado de los clubs y del motin no ha tardado en producir sus frutos: la impotencia y la inercia del gobierno, la disolucion de la sociedad, las persecuciones religiosas, el desórden de la hacienda, la ruina del comercio, de la industria, y de la agricultura. Los dos Estados vecinos, el del Ecuador y el de Venezuela no han llegado todavia á este *ideal*, pero se aproximan á él. Bolivia, menos avanzada aun, oscila entre la guerra civil y la guerra exterior.

« Conocemos la revolucion, que derribó al dictador Rosas, cuyo yugo pesaba despues de veinte años sobre las dos márgenes del Plata. . . . mientras la República Oriental se aprovechaba de su emancipacion para darse un gobierno regular, ¿qué sucedió en Buenos Aires? El año 1852, que habia empezado por la caida de Rosas y que debia ser la aurora de una era nueva, terminada por la guerra civil, despues de dos revoluciones y un golpe de Estado: el dictador argentino cayó, pero la anarquía reina en su lugar. Al dia siguiente de la revolucion ha habido allí, como en otras partes, una orgía de libertad que dura todavia. Habia en Buenos Aires un diario que re-

clamaba también la libertad ilimitada de la prensa, el derecho de reunión ilimitado, el impuesto sobre el capital etc. . . .

« Podrá recorrerse la América española en todo sentido, se encontraría en todas partes el mismo espectáculo, la confusión y la anarquía. Puede decirse que el Estado revolucionario se ha aclimatado, como la fiebre amarilla, en el suelo de ese vasto continente. En la lista de los Estados republicanos, no se podría hallar sino dos excepciones á la regla: el Perú hace ocho años y Chile después de veinte años parecen comprender y apreciar cada vez más los beneficios de un gobierno cuerdo y regular. Después de haber reprimido felizmente la crisis revolucionaria á que dió lugar la última transmisión del poder ejecutivo, los gobiernos de ambos Estados continúan marchando en la vía de las mejoras legislativas, administrativas, económicas y financieras, en las que han hecho ya notables progresos. »

Había aun, que agregar nuevas pinceladas á ese cuadro, puesto que han ocurrido últimamente nuevas revoluciones contra los gobiernos regulares. Pero tal cual es no puede envanecernos por cierto la pintura de la situación de nuestras repúblicas, del caos más bien en que se agitan impotentes.

Hay gentes entre nosotros tan poco cuerdas, que se imaginan que aquel caos va á engendrar un mundo; como hay quienes gritan más fuertemente *progreso*, cuanto más rápidamente descenden la pendiente de su decadencia. Si de esa manera seguimos progresando, los americanos del Norte no verán en la otra mitad de aquel continente rivales muy temibles; y continuaremos progresando hacia abajo, esto es, hacia los abismos.

La libertad tomada en grandes dosis nos ha postrado. Porque la raza anglo-sajona bebe ese licor en gran cantidad sin perder la cabeza, hemos creído que nosotros, temperamentos tiernos y flojos, podíamos usar también de él sin riesgo, y nos hemos embriagado; el licor subió á la cabeza y el juicio ha salido de ella. A medida que la razón se oscurecía hemos abusado de aquel líquido fermentado, y al fin han venido de vez en cuando los déspotas con su vara de fierro, á encade-

nar á los ébrios de libertad y á sujetarlos á la dieta de la esclavitud.

« Las instituciones políticas de los Americanos del Norte, dice el autor de un libro reciente, han ejercido en el resto de la América una influencia fatal. » ¿Quién lo ignora en el día? ¿No vemos á Méjico, imitador ciego de sus vecinos, reducido á la impotencia mas lamentable por las mismas instituciones á que deben esos vecinos su prodigioso crecimiento? Méjico ha declinado en la misma proporción del progreso de los Estados Unidos, porque no bastan que las leyes sean las mismas cuando los hombres son diferentes.

No somos libres en la América del Sud, porque somos liberales en demasía. Esta es la verdad de todos los años. Nuestros progresos no escitan la envidia de nadie, sino la risa de muchos. Nos hemos emancipado, es cierto, pero no solo del despotismo español. Nos hemos emancipado tambien de todo respeto á la autoridad, de la fé de Dios, del amor de sus mandamientos, de las virtudes domésticas y de las virtudes públicas, del buen sentido y de la moral, de la ley y de la justicia. Emancipados de todo esto, somos esclavos de nuestras pobres pasiones, de nuestros miserables errores, de nuestro orgullo, de nuestros ódios, de nuestras flaquezas de todo género. Es esta una nueva manera de ser libres; pero no es por cierto la libertad que ha de ennoblecernos ni merecernos el respeto general. La libertad del mal, hé ahí nuestra libertad. La libertad de pronunciarse y de amotinarse, la libertad de oprimir y de abusar de los altos puestos, la libertad de engañar y de corromper, la libertad de ultrajar y de difamar, esas han sido nuestras conquistas; todas esas libertades son falsas, son otras tantas esclavitudes.

En este mundo todo es verdad y todo es mentira. Ese es el título de una comedia de Calderon, y puede muy propiamente aplicarse á las dos Américas. Las instituciones liberales en la América del Norte, son verdad; en la América del Sud son mentira. En la América anglo-sajona la libertad es un hecho, porque es un hábito; en la América española la libertad es una palabra desmentida por los hechos. Los liberales sud-americanos no son libres, porque olvidan una cosa esencial en sus constituciones, en sus leyes, en sus mensajes, en sus

programas, en sus discursos y en sus proclamas, olvidando que *somos de la raza española*. En materia de instituciones políticas todo es social; no hay teorías ni principios universales, y mucho tiempo hace á que Pascal ha dicho: «Verdad de aquel lado de los Pirineos, mentira de este.»

La organización política de una sociedad no es cuestión de moda, ni de formas, *y aunque se vista de seda la mona, mona se queda*.—Las leyes deben ser la expresión, el retrato fiel de las costumbres; son hijas legítimas de las costumbres y deben ser parecidas á la madre. Soltáramos la risa sin duda si al emperador de Hayti se le ocurriera decretar que todos los negros de su imperio debían cambiar color y hacerse blancos. Algo parecido han hecho las Repúblicas Americanas; y su liberalismo sin ser inconsecuente pudiera muy bien haber decretado que todos los habitantes de aquellos países dejaban de pertenecer á la raza española.

Las sedas y las materias primeras, los productos de las artes y de la industria pueden viajar, pasar el Istmo, la Línea y el Cabo de Hornos; las instituciones políticas no viajan sin echarse á perder. Los principios sociales, como los árboles tienen su clima propio, el suelo, el aire, el agua que los fecunda y los levanta. Cuando las condiciones de esos agentes vivificadores cambian las plantas exóticas, abaten su copa y mueren fuera del suelo nativo. Lo mismo sucede con las instituciones políticas, que no se han hecho para los invernáculos, sino para vivir al aire libre, nutriéndose de la savia de los elementos del suelo en que se arraigan.

Las diferencias del carácter en las distintas razas supone iguales diferencias en sus medios de acción y en sus formas políticas. La Rusia no puede ser gobernada como la Gran Bretaña, ni el gaucho altivo y belicoso de la Pampa ó el indio de las sierras del Perú como el infatigable habitante de Nueva York.

«Así como todas las cosas tienen su tiempo, tienen también su lugar.» Esas son palabras de un cuaderno de reglas de urbanidad, que se enseñaba en mi escuela de primeras letras. Y eso es sobre todo exacto respecto de las cosas políticas. Las ideas, que en materia tan grave reinan entre nosotros, están fuera de tiempo y fuera de lugar; y fuerza es reconocer que no

hemos tratado muy urbanamente á esa deidad de nuestro culto, que llamamos *la libertad*. Muchos gruesos tomos en folio serian necesarios para apuntar todos los crímenes cometidos en su nombre, y cada año nuevo aumenta tristemente ese largo catálogo.

Y lo peor es que solo tenemos ojos para no ver las deplorables consecuencias de nuestro fanatismo liberal, de nuestra idolatría democrática. En vano la cosa nos mata, la palabra no abandona nuestros lábios; y en proporción de los abusos de la libertad crece nuestro ciego amor, por la causa misma de nuestros males. Una sociedad de templanza, si las asociaciones pudieran prender en aquel suelo, seria menester fundar para aconsejar la sobriedad en el uso del licor, que apetecemos tanto mas cuanto mas nos embriaga y nos hace perder el uso lejítimo de nuestras facultades.

Tolerar la libertad hasta el punto en que daña y que dejenera en licencia, parece regla de política muy sensata, y los gobiernos que la consienten mas allá de ese límite se hacen cómplices de los abusos de la licencia. Los gobiernos son los custodios del orden, y cuando cruzan los brazos en presencia de las pasiones que lo perturban, son infieles á su deber y dejan de ser gobiernos.

La gran necesidad de la América del Sud, habitada por la raza española, es la de ser bien gobernada; y es indispensable en nuestras condiciones sociales presentes, que nos coloquemos lealmente del lado de la autoridad, que la apoyemos con nuestra adhesión y tambien con nuestros consejos, y que la ayudemos á vencer los obstáculos de toda especie que embarazan su marcha. Una política semejante, conservadora del orden y adicta á la autoridad, es la que ante todo nos conviene.

Pero no basta fijar la atención en las condiciones exteriores de la paz pública. Si la sociedad no está formada de hombres buenos, de hombres en cuya conciencia impera la ley moral del deber, los mejores gobiernos serán impotentes, puesto que faltará el sentimiento de la obediencia en los gobernados. Así es que la buena política es siempre previsora y su conato principal es moralizar, á fin de que los principios tutelares, del orden y de los adelantos sociales tengan su raíz y su estímulo

en las creencias públicas. Y como un país en el que no reinan las creencias religiosas es un país sin resorte y sin unidad moral, los gobiernos deben consagrar todos sus esfuerzos á exitar en todas las almas el amor á Dios y la observancia de sus preceptos. La ley religiosa puede solo inspirar el respeto de la ley política.

No sé si miro con ojos demasiado tímidos la situación de Chile, considerada por el *Diario de Debates* con justicia como escepcion de esa regla jeneral, que se llama la anarquía sud-americana. Pero confieso que recordando el carácter de la última crisis revolucionaria y los síntomas actuales, no puedo prescindir de temer para esa república los males que abruman á todas las otras.

En la época de la restauracion habia en Francia un partido compuesto de los antiguos amigos de la monarquía, y entendian que la política practicada por la corona no era bastante fiel á las tradiciones conservadoras. Se decia de esos hombres que eran mas realistas que el rey. Si fuera yo chileno, y me viera obligado á llenar mi deber en las circunstancias actuales de aquel país, seria sin duda mas conservador que el gobierno, ó si se quiere, mas *pelucon*.

Yo entiendo que las ideas demagógicas ganan terreno en Chile, y que las conquistas que hacen en la opinion no tardarán en hacerla en los hechos. Yo querria ver resistido mas enérgicamente el espíritu revolucionario, y como solo el catolicismo es la negacion del antídoto de ese espíritu del error y de la licencia, desearia ver á la autoridad mas empeñada aun en amparar los intereses religiosos.

A juzgar por las influencias que predominan en la juventud de aquel país, no puede negarse que esa juventud destinada á reemplazar en la escena pública á los hombres que la han asegurado veinte años de paz, será menos religiosa que ellos, será por lo mismo mas revolucionaria y en realidad menos liberal, aunque pretende lo contrario; puesto que todo el terreno perdido por las creencias y las costumbres religiosas es terreno perdido tambien por los verdaderos principios liberales.

Ayer leí estas palabras en un diario de esta capital: «O Jesu-Cristo no ha traído al mundo la libertad, ó la libertad no

puede mantenerse en el mundo con la revolucion, cuyo objeto confesado y perseverante es desterrar de él á Jesu-Cristo. »

Esa es la libertad de los liberales revolucionarios en Chile, como en las otras repúblicas sud-americanas, la que se propone establecerse sobre las ruinas del cristianismo. No siempre tienen el coraje de confesarlo aquellos liberales, pero ¿ no sabemos cuales son sus ataques á la Iglesia ? ¿ Y qué es el cristianismo sin el respeto de la Iglesia Católica ?

En la enseñanza, de la que depende todo el porvenir de un país, ¿ se acuerda acaso á la Iglesia en Chile, como en Francia, como en los países católicos europeos y aun en los protestantes, la intercesion que tan legítimamente le corresponde ? Poner la enseñanza oficial en todos sus ramos fuera de la intervencion de la Iglesia, ¿ no es hacer presa á la juventud del espíritu de incredulidad que nos ha perdido, y contra el que se pronuncian todos los hombres sensatos del viejo mundo ?

Yo chileno, lo repito, no querria ser conservador á medias, con un pié en el terreno de la verdad y otro en el del error. Yo querria que los hombres, á quienes confia mi país sus destinos, comprendieran bien que fuera de las vias católicas retardarán por mas ó menos tiempo, pero no evitarán la explosion de las pasiones subversivas del órden público. Yo pediria al gobierno que aceptara toda la responsabilidad de su puesto, y que respondiera no solo de la paz presente, sino de la paz del porvenir.

Estas opiniones son hijas de las afecciones mas desinteresadas. Si conozco los deberes que me ligan á esa república, no tengo ningun derecho que invocar en mi favor. Entre esos deberes es el primero ofrecerla el tributo de mis condiciones religiosas, y mi constante fidelidad á ellas, es y será mi única recomendacion.

Los Americanos del Sud hemos perdido todo, todo, hasta el honor. Solo nos queda la esperanza y sino la hemos perdido tambien, es porque la escepcion subsiste, porque Chile permanece en el órden. Para que no perdamos ese último bien importa que esa república salve su fé, si quiere salvar su crédito y su prosperidad.

La libertad de la Prensa

París, marzo 28 de 1854

No haré en este artículo, como lo anuncié en el anterior, una reseña histórica de la marcha que ha seguido en Francia la legislación de imprenta. Esto exigiría un trabajo demasiado extenso y que no cabría en los límites de un artículo de diario.

Las leyes francesas han señalado los delitos que pueden cometerse por medio de la prensa, y son entre ellos los principales los siguientes: Ofensas contra la autoridad real y las cámaras. Provocación á la destrucción del gobierno establecido. Ataque contra el principio y la forma del gobierno. Escitación al odio y al desprecio del gobierno. Ataques contra las personas que revisten un carácter público y contra los particulares. Contra la moral pública y religiosa. Contra la propiedad, el juramento, el respeto debido á las leyes, ó contra una ó varias clases de la sociedad. Apología de acciones calificadas de criminales por las leyes. Provocación al odio entre las diversas clases de la sociedad.

Voy á ocuparme brevemente en este artículo de las tres clases de delitos, que son los que mas á menudo se cometen por los escritores americanos: ataques contra la autoridad, contra la religión y la moral pública y contra los particulares.

Es indudable que en una monarquía, el respeto de la persona real debe ser impuesto al escritor público como una obligación, y las ofensas inferidas al monarca castigadas como un delito. Las leyes francesas no solo prohibían antes de febrero injuriar al rey, sino que ni aun era permitido hacer remontar hasta él la responsabilidad de los actos gubernativos.

« El que haga llegar hasta el rey, decía la ley de 1835, la censura ó la responsabilidad de los actos de su gobierno, será castigado con una prisión de un mes á un año y con una multa de 500 á 5,000 francos. »

« Este artículo de la ley, dice Mr. Chassan, es una sanción

penal del principio de la inviolabilidad y de la irresponsabilidad reales » ; y aquella misma ley, en virtud del mismo principio, calificaba de atentado contra la seguridad del Estado la ofensa hecha al rey por medio de la prensa.

Caida la monarquía en febrero, las mismas garantías contra los abusos de la prensa se establecieron en favor de la asamblea nacional por la ley de agosto de 1848; y era conveniente que así se hiciera, pues la misma asamblea fué atacada mas de una vez en los primeros meses del año, no solo *de palabra*, sino por el pueblo escitado á entrar en las vias de la violencia.

Mas tarde, un año despues en julio de 1849, M. Odilon Barrot proponia á la asamblea legislativa que aquellas disposiciones de la ley de 1848 en favor de la asamblea constituyente fuesen aplicadas á los ataques contra los derechos y la autoridad del presidente de la república, y á *las ofensas de su persona*.

Tan evidente era la necesidad de mantener incólume el prestigio de la primera autoridad, que esa ley empleaba los mismos términos de la legislacion de la monarquía, que reprimia desde el año 1819 *la ofensa á la persona del rey*. Se combatió en la asamblea la aplicacion de la palabra *ofensa* al presidente de la república que no podia ser comparado ni con el rey, ni con la soberanía popular, y se propuso fuera remplazada por las palabras *injurias y difamaciones contra su persona*. Pero la objecion fué rechazada. En el informe sobre la ley propuesta por Mr. Odilon Barrot se leen estas palabras: « Hemos creido que solo la palabra *ofensa* podia resguardar suficientemente al gefe del Poder Ejecutivo contra *ese espíritu perverso de denigracion* que, haciéndole el blanco de sus ataques, anonada poco á poco el respeto y el crédito tan necesario á la autoridad moral de los grandes poderes del Estado. La palabra *ultraje* seria impropia, porque la denigracion sistemática puede conciliarse con cierto miramiento en la expresion. ¿ Cual otra es la palabra que comprende todo ataque distinto de lo que en el lenguaje ordinario se llama un insulto, una injuria ó un ultraje, y que sin embargo es de tal naturaleza que arroja sobre la persona, como sobre las intenciones del primer magistrado de la república, insinuaciones perjudiciales á su reputacion y á su honor? Sin embargo, en sus fun-

ciones constitucionales, él es el delegado directo del pueblo francés; su persona y su carácter deben ser el objeto de una proteccion especial. La palabra ofensa ha parecido á la comision la única propia, porque ella comprende todo género de ataques, sin detrimento del derecho de crítica y de libre discusion. »

El primer magistrado de la república era en Francia, como lo es constantemente en nuestras repúblicas americanas, el blanco de los ataques mas innobles, y la prensa no omitia esfuerzos para despertar contra él la animadversion y el desprecio público. A esos calumniadores constantes de la primera autoridad de un país, se les puede decir lo que decia Mr. Odilon Barrot á los que rechazaban la palabra ofensa en la discusion de la ley. « Si se rechaza esa palabra, decia el célebre orador, porque eleva á mucha altura esa magistratura popular, porque ella asegura demasiado respeto á ese poder, que emana del sufragio universal, porque se quiere establecer distinciones entre el respeto debido á la tal autoridad y á tal otra, diré que no convenimos en que el primer magistrado de la república, ese poder que sale de las entrañas del sufragio universal, que está encargado de representar á la república francesa en todas sus relaciones con el estrangero, y de asegurar en el interior la ejecucion de las leyes, que esa magistratura pueda ser jamas demasiado respetada. »

« El legislador de 1849, dice M. Chassan, ha entendido la palabra *ofensa* respecto del presidente de la república, como la entendia la legislacion anterior respecto del rey. »

Véase, pues, cuanto ha sido el empeño de los legisladores franceses en todo tiempo y bajo toda forma de gobierno para contener á la prensa dentro de los límites del respeto debido á la autoridad. ¿Qué es en efecto la autoridad sino la salvaguardia de las leyes, del orden público y de las libertades mismas del ciudadano? Si el gobierno es el custodio de la ley ¿cuál puede ser la fuerza de la ley, cuando los gobiernos pierden el crédito necesario para mantener su imperio? Las libertades mismas se ven amenazadas desde el momento que las leyes y el gobierno ejecutor de ellas carecen del prestigio conveniente para reclamar é imponer en el caso preciso su observancia.

Cuando un ciudadano tiene que hacer valer sus derechos privados ante los tribunales de un país ¿no es cierto que se acercará á ellos con desconfianza, si lleva la convicción de que los jueces, á quienes toca examinar su demanda, no se recomiendan por la pureza de su conciencia ?

Igual cosa sucede cuando tenemos que abogar por nuestros derechos políticos y por las libertades públicas. La autoridad, que nos debe la protección de las leyes constitucionales, será incapaz de dispensárnosla, si no goza de la fuerza moral ó de la reputacion necesaria para hacerse obedecer. Y como un pueblo no obedece sino á las autoridades que respeta, es claro que la prensa que calumnia y ultraja constantemente á los gobiernos, los reduce á la impotencia y escita el espíritu de rebeldía en la sociedad.

La accion de un gobierno inmoral no es menos ineficaz que la de un gobierno desacreditado injustamente por la calumnia. El calumniador cobra alientos, cuando la ley no enfrena sus desmanes; y tal es la credulidad de los pueblos, que al fin prestan oídos á esos clamores insolentes de la demagogia, que usando siempre de la palabra libertad, les incita al desprecio del magistrado puesto al frente de sus destinos y elegido por el pueblo mismo.

El respeto de la autoridad es el primer sentimiento que debe estimularse en la conciencia de un pueblo, que aspira á ser verdaderamente libre; porque, lo repito, desacreditar la autoridad es desacreditar la ley, y con la ley la libertad tambien, pues, como lo ha dicho Portalis, los pueblos pueden ser libres con las leyes, pero no contra ellas.

« La libertad no es la primera necesidad de los pueblos, dice Mr. de Salvandy; no es sinó la segunda. La autoridad es la primera de todas. La autoridad cuida al lado del ciudadano de su vida, de sus bienes, de su honor; guarda los lindes de las propiedades y la puerta del domicilio, regula y asegura las transacciones, protege el trabajo, toma bajo su custodia los capitales, establece la paz, crea la seguridad, dá y conserva por medio de la estabilidad de las leyes y de las fronteras, esos ocios inteligentes y fecundos de los que nacen las pompas de las artes, los descubrimientos de las ciencias; las creaciones de las letras, las especulaciones de la filosofia, las conquistas

pacíficas y las instituciones benéficas de la religión, toda esa noble parte por fin de los destinos y de las grandezas humanas; la autoridad es también la que asegura á la existencia social todos sus desarrollos y todos sus goces.

« La sociedad subsiste por la autoridad y reside en ella. La autoridad le sirve á la vez de vínculo y de baluarte; defiende en el interior sus costumbres, sus intereses, sus leyes; en el exterior sus derechos y su poder. En una palabra, la independencia y el orden, tales son los beneficios de la autoridad. Si ella desapareciera un día, la sociedad se disolvería. »

Sí, todo eso es la autoridad, tales son los bienes que ella produce en los países que la respetan y la obedecen; y todos esos bienes se pierden cuando al respeto y la obediencia suceden las ofensas, el ultraje, la insubordinación y los pronunciamientos revolucionarios. La historia nos ofrece mil ejemplos de pueblos, que han vivido en el orden y han prosperado en el progreso, á la sombra de una autoridad obedecida; no encontraremos ni en los tiempos nuestros ni en los pasados un solo ejemplo, de un pueblo que haya gozado de paz ni de bien alguno, cuando ha aniquilado esa condición primera y vital de su existencia.

La prensa de Sud-América se contiene rara vez dentro de la esfera de una oposición concienzuda y moderada, es las más veces facciosa en sus ataques y en sus exigencias. Pretende gobernar á los gobiernos, y cuando no lo logra, les hace una guerra sin medida, ni dignidad. Contra esa oposición sistemática y facciosa, deben ser garantidos los gobiernos, y tal ha sido el objeto de la legislación que ha regido á la Francia en los tiempos en que la libertad política reinaba en ella.

« El dominio, la influencia preponderante de la prensa sobre el gobierno, sobre el gabinete, es detestable, ha dicho M. Guizot, y estoy convencido que los hombres políticos, que se encontrasen en un gabinete y que acordasen á la prensa sobre sus ideas y sus resoluciones una influencia preponderante, dominante, serían muy malos ministros. »

En efecto, las oposiciones que no son contenidas por un sentimiento respetuoso de la autoridad, son insaciables en sus pretensiones, y nada aprueban en los gobiernos; cuando estos

no consienten en someterse como instrumentos ciegos á todos los caprichos, á todas las exigencias de sus adversarios. El gobierno es entonces un obstáculo, no para la libertad, que fingen las oposiciones exageradas defender, ó que comprenden mal, sino para sus ambiciones destempladas. El escritor procura en tal caso matar moralmente á los magistrados que no satisfacen esas ambiciones, y las resisten en el interés del país y de su decoro. No ignoran esos opositores que un gobierno despopularizado es un gobierno perdido, y por eso es que le ofenden sin descanso hasta verle derribado, y derribados con él los bienes todos que la sociedad disfrutaba á su sombra.

Verdad es que los partidarios y servidores de la prensa licenciosa conocen un gran secreto, muy desacreditado á los ojos de los hombres que discurren bien, pero de un influjo seductor sobre los pueblos ignorantes, como los nuestros, que discurren poco y mal; este secreto consiste en el uso de una sola palabra, cuyo mágico prestigio explotan con una tenacidad singular. A la manera de esas jóvenes crédulas é inexpertas, que se dejan deshonar con tal que se les hable siempre de amor, los pueblos soportan muchos yugos si se les habla siempre de libertad. Rosas era diestro en el manejo de esta arma, y el tirano sangriento tenia siempre en sus lábios las palabras *leyes* y *libertad*, y hasta hacia insolente é hipócrita ostentacion en sus mensajes *de sus virtudes republicanas*.

La libertad de los escritores licenciosos es una verdadera tiranía, y Mr. de Lamartine ha hablado de ella en la tribuna francesa en los términos que copio en seguida. Al buscar esas palabras, que recordaba haber leído algun tiempo hace, veo que ellas están completamente conformes con las líneas que acabo de escribir.

« ¿Qué será de la sociedad si todos emplean sus fuerzas contra los que la defienden? Degradar así sistemáticamente la autoridad, es matarla moralmente, y cómo encontrar la obediencia donde falta el respeto?

« Nombremos, señores, las cosas por su nombre. Esta es la guerra de la tiranía actual, de la tiranía moderna, del periodismo contra la libertad. Si, hé ahí la fuerza, el único poder exesivo, esa es la única opresion real. Si sois hombres

capaces de afrontarlo, volveos de eselado; ahí está el corage, porque ahí está el peligro. . . . Esta es la guerra de la prensa contra el país, porque el país no puede vivir, obrar, trabajar sin gobierno.

«¿Qué puede el buen sentido contra una prensa coaligada para repetir todos los días, y en todas las formas, la misma cosa, el mismo error, algunas veces las mismas mentiras á un país? La pasión pública ó el hombre de oposicion, que tenga en sus manos esta fuerza, tiene la tiranía en sus manos. No hay autoridad, no hay gobierno, no hay libertad que pueda subsistir delante de él.»

Esa libertad, pues, de los que no soportan en el uso de la palabra impresa ninguna restriccion, ninguna traba, ningun freno, no es libertad, su verdadero nombre es tiranía. Es tiranía, porque ofenden ellos á un país, ofendiendo á su primer magistrado, libremente elegido por el pueblo ó por sus mandatarios. Es tiranía, porque le ofenden en sus creencias mas caras, ultrajando los dogmas de su culto, y los ministros de los altares de Dios que venera; es tiranía, porque penetran en el hogar de la familia para señalar con impío cinismo á los ojos del hijo la deshonor mentida de la madre, para ultrajar á la misma madre en el honor de su esposo, y para llevar la audacia de sus groseros insultos hasta ese recinto sagrado de la paz doméstica. Es tiranía esa libertad de la impostura, que llama servilismo al patriotismo mas desinteresado, ambicion egoista al desprendimiento, y atribuye á los móviles mas infames las acciones mas honradas y generosas.

El buen sentido mas vulgar basta para comprender cuan funestos son al orden y á la paz pública esos escritores, cuyo oficio de todos los días es escitar el desprecio de la autoridad, apagando en todas las conciencias el sentimiento del respeto, sin el cual la sociedad se convierte en un caos producido por todas las pasiones desbordadas.

«Lo que falta en Francia en todo género, ha dicho madama de Staël, es el sentimiento y el hábito del respeto, y se pasa entre nosotros muy pronto del exámen, que puede ilustrar, á la ironía que lo reduce todo á polvo.»

El espíritu revolucionario ha extinguido tambien en la América del Sud ese hábito saludable, á que se presta fácilmente el

hombre modesto y de mérito real, pero que no adopta igualmente el hombre orgulloso y de una ignorancia presuntuosa.

La religion puede solo enseñarnos el deber de la obediencia, sin la cual no existe la libertad. « El catolicismo, ha dicho M. Guizot, es una gran escuela de respeto. » No es en esa escuela desgraciadamente donde se han educado los mas de los escritores de la prensa de nuestros paises, y asi vemos que la autoridad espiritual, que los dogmas de la Iglesia, sin la cual el órden moral carece de base, no son menos atacados por ellos que la autoridad temporal de los gobiernos.

¿ Cual es el escritor que no hace hoy mismo, despues de tantos desastres y de tantos desengaños, alarde de su incredulidad en el diario que redacta? ¿ Cual es el que no admira hoy todavia, en el siglo XIX y despues de los adelantos tan conocidos de la ciencia social, á Rousseau como el *gran apóstol* de la civilizacion democrática? ¿ Cuales son los que prefieren la biblia al *Contrato social* y los apóstoles de la cruz á los de la revolucion que la niega y la blasfema?

Las leyes de Francia han señalado penas á los delitos cometidos por medio de la prensa contra la moral pública y relijiosa y contra las buenas costumbres. Las penas de esta legislacion son muy lijeras comparadas con las de la legislacion inglesa. En vigor están hoy en Inglaterra las leyes que aplican la confiscacion y hasta la prision por toda la vida al que se burla de las Sagradas Escrituras ó al que habla con desprecio del libro de oraciones de la Iglesia Anglicana. En los Estados Unidos la constitucion de muchos Estados reprueba y castiga la impiedad. En ninguna parte de la Union es permitido ser incrédulo, dice Mr. Chevalier.

Pero en nuestros paises todas esas cosas sagradas son el objeto á menudo del escarnio y de la burla estúpida. No solo es permitido en esos paises ser incrédulo, sino que se hace ostentacion de la incredulidad, y es preciso avergonzarse de declararse hombre de fé y de cumplir con los deberes relijiosos que la fé nos impone. En los Estados Unidos no se concibe que un hombre sea honrado ni sea cuerdo, si no es relijioso; y entre nosotros por el contrario la incredulidad confesada es á los ojos de los que se pretenden ilustrados, señal

inequívoca de una inteligencia distinguida y bien cultivada. A ese punto hemos llegado, y por cierto que ostentando una razón de fé y un corazón sin respeto no será la democracia Norte-Americana lo que realicemos en nuestro suelo, sino la demagogia y la esclavitud que viene en pos de ella. Las doctrinas de Rousseau, muy queridas de Robespierre, podrán fundar en un país sin creencias el terror y los clubs anárquicos, pero no fundarán jamás la libertad. No fué en los libros de Rousseau donde Washington aprendió á fundar la libertad de un gran Estado.

Si la libertad política parece donde falta el respeto del Gobierno en los gobernados, la libertad moral decae y muere también cuando la ley divina y la autoridad espiritual no imperan soberanamente en las conciencias. Los que atacan en la prensa la religión de un país, los que se burlan de sus ministros y ultrajan la moral pública, cometen un delito, y un delito cuyos resultados son precisamente funestos á la misma libertad de que esos escritores se creen insensatamente partidarios. Amparar las creencias nacionales contra el desenfreno de las pasiones, es amparar la sociedad en el más esencial, en el más vital de sus intereses, es proteger al mismo tiempo la libertad, que no data del siglo XVIII sino del Calvario.

Si, forzoso es repetirlo mil veces con Balmes, el mayor enemigo de la libertad es la licencia. La prensa es licenciosa cuando se esfuerza en desacreditar por la injuria y la ironía á la autoridad temporal y á la espiritual, á las leyes políticas y á los dogmas religiosos, á los gobiernos y á la Iglesia; y los verdaderos liberales son los que se pronuncian contra esas licencias enemigas de la libertad.

No es menos culpable la prensa periódica cuando se convierte en arsenal de invectivas soeces y calumniosas contra las personas. Pruebe ó no el escritor el hecho infamatorio, la ley francesa castiga la injuria. El hombre no debe en efecto cuenta en la sociedad de sus actos, por reprobables que sean, sino á los magistrados encargados de aplicar las leyes; y si los individuos se atribuyeran las facultades que competen á los tribunales, la sociedad se haría luego un campo abierto á las venganzas y á los ruines insultos de los odios personales.

A los que defienden contra los ultrajes de la prensa la vida privada del ciudadano, se les hace este singular argumento: « La calumnia no daña sino al calumniador, y lejos de sentirse ofendido un hombre de bien por las palabras de la maledicencia, acepta sus injurias como un honor. » Raro medio de discurrir, y en muy poco estiman la dignidad del carácter de un hombre honrado los que le piden esa resignacion. No es cierto en ninguna sociedad culta que los ultrajes del malvado sean satisfactorios para el hombre de probidad. Lo que es cierto es que cometidos impunemente dan triste idea de un país, lo muestran víctima de la violencia; y sin el apoyo de las leyes protectoras de los intereses de la sociedad, entre los que se cuenta en primera línea el honor de sus miembros. Es preciso suponer *una sociedad grosera y envilecida*, segun la espresion de Mr. Thiers, para creer que las injurias de los perversos no lastiman á los buenos. Si es un título de recomendacion ser ultrajado, los argentinos no debieran haber sacudido el yugo de Rosas, puesto que les hacia la honra de vestirlos de librea. Seamos por Dios sensatos y no hablemos á la jente decente el lenguaje que solo puede convenir á los lacayos.

La verdad, y la conciencia pública lo atestiguan, la verdad es que los que calumnian á sus conciudadanos por medio de la palabra impresa, esto es, de la palabra que no se borra y que todo el mundo lee, son miembros odiosos y muy culpables en una sociedad; la verdad es que la ley debe imponerles silencio; y que es preciso preservar á un país del terror que inspiran á los ciudadanos pacíficos y á los buenos patriotas esos mazhorqueros, que hacen de su pluma un puñal y no dejan una sola reputacion en pié.

Yo comprendo que encuentre defensores un criminal, al que las leyes amenazan con una larga prision ó con la muerte. Desde el momento que el brazo de la justicia se apodera del que la ha ofendido, deja el delincuente de ser pernicioso y es acreedor á toda consideracion; pero no me esplico igualmente que hallen abogados esos libelistas sin pudor, que están cubriendo de lodo á los hombres mas respetables y las cosas mas sagradas y abusando de una manera escandalosa de la impunidad de que gozan. Es mas noble, es mas digno,

es mas patriótico defender á los calumniados que á los calumniadores; es mejor ponerse del lado de las victimas que de los verdugos, y decir en alta voz que en el buen nombre de todos sus hijos está interesado el de la patria, y que es inviolable *la libertad del honor* y muy criminal la licencia de los que le arrojan los tiros envenenados de sus pasiones cobardes y detestables.

Nada mas cobarde, en efecto, nada mas odioso que esos tiros lanzados por manos que se esconden, contra la reputacion ó la conducta de un magistrado ó de un particular. Importa que la sociedad y la justicia conozcan la mano que arroja deslealmente esa piedra. El escritor anónimo es la plaga de la prensa en Sud-América, y es preciso introducir entre nosotros las disposiciones de la ley francesa, que obligan á todo escritor á aceptar dignamente la responsabilidad de sus actos. La última asamblea legislativa adoptó esta disposicion, persuadida de la conveniencia de suprimir en la prensa periódica los escritos anónimos.

Voy á copiar aquí algunas palabras del representante que propuso esa medida: «Voy á proponeros un medio, que me parece tomado del órden moral y que entiendo ejercerá una influencia considerable en favor de la dignidad del escritor. Este medio es muy simple y consiste en hacer firmar por su autor el artículo que inserta en un diario. ¿En qué consiste el poder verdadero de la mala prensa? ¿Cuál es su peligro?—Es el prestigio del anónimo para la mayor parte de los lectores. Un diario no es la obra de tal ó tal individuo, es una obra colectiva, es un poder misterioso que goza del privilegio de lo desconocido.

« Cuando los artículos estén firmados sucederá esto: ó el nombre será honorable, será el de un hombre conocido por la elevacion de sus sentimientos, por la pureza de sus costumbres, por su buena conducta política, y el artículo tendrá entonces toda la importancia de ese hombre mismo. Si por el contrario es firmado por un hombre desacreditado ó desconocido, el artículo pierde todo su valor, todo su atractivo, todo su prestigio. Así estableceréis en la prensa la mas completa verdad; cada cual responderá de su obra.

« Además la prensa realzará su dignidad, pues el escritor

que hoy se permite arrojar la injuria, el ultraje, el insulto, sea á los individuos ó á la sociedad, cubriéndose con el manto del anónimo, no se atreverá á hacerlo, porque estará obligado á firmar su artículo. Sentirá así á su pesar la necesidad de elevarse á los ojos de las personas para quienes escribe. Y si el hombre de honor se viese por desgracia algun dia tentado de olvidarse á sí mismo hasta escribir un artículo indigno de su nombre y del rango que ocupa en la sociedad y de la estimacion pública, no lo hará, porque será preciso que firme.»

Otro representante dijo con razon, en apoyo de la misma proposicion, que la prensa era semejante á los antiguos tribunales secretos de la edad media, que juzgaban y condenaban pero con el rostro cubierto y sin que jamás fuera el juez conocido. « Hay, agregó el orador, en las clases ínfimas de la literatura algunos *bravos* que venden su pluma, como en la edad media vendian su espada. Yo quiero arrancarles la máscara, quiero conocerlos, verlos, quiero saber el nombre de esos insolentes difamadores, de esos calumniadores corrompidos que nos atacan y no se nombran. »

Esas palabras hallaron écos de simpatia en la asamblea francesa, y deben hallarlas en la conciencia de los hombres que saben cuanto valen las leyes del honor, sobre todo cuando se invocan en ofensa del honor mismo.

Suprimamos, pues, el anónimo en la prensa americana, y desaparecerán con él los papeles, que esplotan gustos ruines, divirtiendo al vulgo á costa de la honra del prójimo. No será dado entonces á un miserable perturbar la paz de las familias, derramando en ellas el veneno de sus chistes de taberna, y moralizada la prensa será un instrumento de moralizacion no de corrupcion para la sociedad. « Las palabras torpes, ha dicho Fr. Luis de Granada, corrompen las buenas costumbres. »

Un mal escritor, un escritor que no tiene reputacion que perder, y que se afana por despojar de la suya á los que la han ganado legítimamente, es tanto mas temible en nuestros paises, cuanto que desgraciadamente haciendo una mala accion hace su negocio, pues esplota los vicios y los errores mismos, que debiera corregir, y que abundan en los paises nacentes. El público se hace á menudo cómplice de quien

le vende injurias y trafica con el crédito del vecino. Causa risa lo que debiera causar asco, y así es como la prensa peruana, escándalo sin igual, cuenta tantos lectores en una sociedad, que carece del coraje suficiente para respetarse y cerrar las puertas á esos mercaderes, que venden impresos en letra de molde los tristes pasquines de gentes, que en una sociedad regular, habrían espionado mil veces en las cárceles públicas los delitos de que son autores.

El payaso que nos divierte, no es por eso un ser menos despreciable, y á esos escritores que tan pobre idea dan al extranjero del estado de nuestras costumbres, deben aplicarse las siguientes palabras de un distinguido publicista moderno:

« Ejerced vuestro oficio, como lo entendeis; explotad en vuestro interés los errores del tiempo, las pasiones de los hombres, la debilidad de los gobiernos y la credulidad de las gentes sencillas: servid un partido, ganad dinero; pero desprovistos, como lo estais, de la dignidad que solo pertenece al hombre íntegro y veraz, no os presentéis á reclamar para el oficio lucrativo que desempeñais, las consideraciones que son solo debidas á los servicios nobles y desinteresados. »

Eso debe en efecto decir un escritor, digno de su ministerio, á los que deshonoran la prensa y la comprometen con los abusos de la licencia; pero los gobiernos que son custodios del orden material de un país, y deben mantener íntegras las garantías del orden moral, los legisladores cuyo deber es enfrenar todos los desórdenes y castigar todos los delitos, cuyas leyes deben ser la expresión fiel de los principios de eterna justicia que rigen á las sociedades cristianas, importa que hagan algo más, y que, estimulados por la conciencia de su responsabilidad, salven á la libertad de la prensa de sus exesos y arrojen á los mercaderes del templo.

Primera carta al señor Tocornal

Boppard (Prusia), agosto 10 de 1853.

Señor Redactor :

Invitado nuevamente á trabajar desde Europa para la prensa de Chile, acepto esta tarea con placer y con la esperanza de que mis escritos puedan contribuir, débilmente, á mantener el crédito de que gozan en esta República los principios relijiosos y conservadores que profeso, y que la han salvado de la deplorable suerte que ha cabido á las otras.

El primer deber de los católicos en las circunstancias presentes de la América del Sud, es propagar su doctrina; es decir en alta voz que los males que nos aflijen, no se curarán sino cuando discípulos fieles de Jesucristo y de su Iglesia, practiquemos en la familia y en la sociedad los deberes que el catolicismo nos impone. Nuestro primer deber es demostrar que el dogma de nuestros padres no se opone á ningun derecho racional, á ningun progreso lejítimo, y que por el contrario solo á la sombra de la Cruz puede crecer y prosperar ese árbol de la libertad, cuyos frutos han sido hasta hoy tan amargos.

Yo estoy decidido, señor, á cumplir ese deber y voy á indicar á usted rápidamente en esta carta cuales son los asuntos á que pienso consagrar principalmente mis escritos, sin descuidar otros que alguna vez me parezcan de interés para ese país.

Desde luego me propongo combatir el liberalismo irrelijioso ó las opiniones dominantes en materia de libertad en la América del Sud. Importacion francesa de ese liberalismo reina entre nosotros desde la época de la emancipacion; los caudillos mas notables de la revolucion acogieron y nos han transmitido las teorías sociales mas erróneas, si bien es cierto que la inesperienza de los tiempos en que figuraron disculpan su adhesion á doctrinas, que á principios del siglo se habian esparcido por el mundo. Pasada la aurora de la revolucion, y

convertida muy pronto en noche borrascosa, los que hemos venido despues hemos podido desengañarnos y renunciar á ilusiones temerarias, que solo pueden abrigar intelijencias enfermas ó imajinaciones pueriles. Mientras todos los lábios pronunciaban y todas las plumas escribian la palabra libertad, hemos visto que las costumbres y los hechos daban un solemne desmentido á esa palabra. La verdad es que de casi todas las repúblicas americanas se puede afirmar que no han sido libres. Yo agrego que por el camino que tomaban era imposible alcanzaran la libertad, y que habiendo marchado en decadencia las costumbres públicas, el tiempo las ha alejado cada dia mas del puerto apetecido. Me bastaria echar una rápida ojeada sobre la situacion presente de la mayor parte de las repúblicas sud-americanas para justificar este aserto.

El liberalismo irreligioso ha sublevado todas las pasiones hijas del egoismo y del orgullo, y ha lanzado sobre la sociedad todos los ardores de la inesperienza, todas las ambiciones de la mediocridad y todos los desordenados apetitos de los que codiciaban medrar en el mar revuelto de las revoluciones.

La anarquía y el despotismo, tales son las dos fases permanentes de la revolucion en Sud-América; la libertad, hablada siempre y siempre escrita, en accion jamás; digo jamás, por que no pueden considerarse escepcion de la situacion jeneral esos cortos dias de quietud, que se cuentan solo como necesarios para volver con nuevo ardor á la pelea, á los rencores, á los odios encarnizados cuando no sanguinarios.

Verdad es que en Chile las doctrinas revolucionarias no han encontrado el mismo favor que en los demas Estados; pero no es menos cierto, que los principios conservadores del orden, á que tanta prosperidad debe ese país, están en él constantemente amenazados por las pasiones y los errores, que han destrozado á las repúblicas hermanas.

Rehabilitar el principio de la autoridad en el orden político y el de la religion en el orden moral, es la necesidad vital y premiosa de esos paises. Tal debe ser el doble objeto de la política conservadora y mi pluma estará siempre al servicio de esa política.

Muy equivocados están los que piensan que la política

conservadora puede prescindir de la alianza de la relijion.

No se conserva en la sociedad sino lo que se ama y se respeta, y la relijion únicamente puede inspirar al ciudadano el amor y el respeto de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello en la vida social. Del ciudadano sin relijion cuesta poco hacer un demagogo, y de los gobiernos sin fé, á la opresion la distancia es muy corta.

Moralizar es conservar, y las garantias reales del orden social residen en las conciencias no en otra parte. Es necesario que la autoridad sea amada y temida á la vez, y fácil me será probar que el principio sagrado de la autoridad flaquea y perece desde el momento que el amor y el temor de Dios no dirige la conducta de los hombres obligados á respetarla. Ni los ciudadanos, pues, ni los gobiernos pueden llamarse partidarios leales y sinceros de la política conservadora, mientras no sean leal y sinceramente religiosos.

El hombre vale tanto en sociedad cuanto vale la educacion que lo formó. Un pueblo sin educacion no puede ni gobernar ni ser gobernado. ¿Cual es la república de la América del Sud que se ha ocupado seriamente de su educacion nacional? Abandonada al acaso la suerte de las jeneraciones de esos paises desgraciados, parecen condenados á perpetua infancia. Los hijos no valen mas que sus padres, y los nietos no valen mas que los hijos! Triste igualdad de los tiempos, que ofrece el mismo pábulo á las mismas pasiones y á los mismos escándalos! Educar, pues, y educar por la relijion para la libertad es preparar el porvenir de la América española. Sin esto ella será siempre española, esto es, siempre inactiva y siempre la misma. Los años pasarán por ella, sin que el progreso moral, fuente de todos los otros, se realice jamas.

Si la juventud de todas las clases y de todas las condiciones no se educa, hay una porcion considerable de esa juventud que cree haberlo aprendido todo cuando sabe leer, y cuyas lecturas deben apoyar en su alma los nobles instintos del bien y de la virtud. La literatura moderna abunda en producciones destinadas á divertir la ociosidad de los que, incapaces de toda tarea mental, leen solo por placer, aunque compren caro este placer. Tengo la conviccion de que en el estado moral de las sociedades Sud-Americanas, las lecturas favori-

tas de la juventud de ambos sexos son una verdadera calamidad, y el deplorable influjo que esas lecturas han tenido en Francia, me autoriza pensar que esa es una de las causas, que tienden poderosamente á viciar la atmósfera en que vivimos. Apoyaré mis opiniones á este respecto en la de los críticos mas renombrados de Francia, que en muchas ocasiones han unido su voz á la del clero para reprobar el abuso vergonzoso que gran número de escritores hacen de los talentos con que los dotó la Providencia.

Usted ve, señor, que mis esfuerzos se encaminarán á servir la causa de los intereses morales en Chile, intereses que merecen una atención especial, y muy descuidados jeneralmente en nuestras repúblicas. Abogar, pues, por la iglesia y sus derechos, por la política conservadora, por la educación religiosa y por la literatura moral, será el fin de todos mis escritos, lo que importa decir, que defenderé el catolicismo y atacaré la revolución, entendiendo por revolución todo lo que sirve en Sud-América como en Europa, á debilitar y destruir los principios de orden, de paz y de moral.

Una causa semejante es á mis ojos superior á los partidos políticos, y si hiciera alguna vez mis incursiones en el terreno de esos partidos, seria para aconsejar á todos los sentimientos de confraternidad y de concordia, conformes con las doctrinas cristianas que profeso. Hay algo mas bello para un partido político que triunfar de su contrario, es reforzarse con él.

Si Dios me quiere dar las fuerzas necesarias para llenar este programa, cuento que habria pagado un tributo de gratitud á esa república, digna de las simpatías de todos los hombres de bien en Sud-América.

El Catolicismo y la Revolución

Roma, marzo 31 de 1853.

Al redactar estos renglones no voy á describir las emociones exitadas en mi alma por el espectáculo presentado á mis ojos sorprendidos en los templos de Roma durante los dias

santos que acaban de pasar, y que la Iglesia consagra á la conmemoracion de la pasion, de la muerte y de la resurreccion del Salvador del mundo. Incapaz de un esfuerzo semejante, me propongo únicamente emitir mis opiniones religiosas fortificadas por tan sublimes escenas y analizar rápidamente el carácter de la lucha, que tienen trabada en el mundo las dos civilizaciones que simbolizan los nombres puestos al frente de este escrito.

Esa lucha es en las sociedades modernas la expresion de la doble naturaleza del hombre, caido en Adan por el pecado y rejenerado por Jesu-Cristo en el Calvario.

Por la ley de su primera naturaleza el hombre es inclinado al mal desde su infancia, por la de la segunda se encamina al bien. Desde que el hombre entra en posesion de sí mismo es libre, y usa ó abusa de su propia libertad, segun observa ó viola los preceptos impuestos por el Creador á la criatura como regla y luz de su camino aquí en la tierra. La libertad que observa esa ley es la libertad cristiana, la que la olvida ó la quebranta la libertad revolucionaria. Roma es la capital de la primera libertad, Paris de la segunda, y nombrar á Roma y á Paris es nombrar al mismo tiempo el catolicismo y la revolucion.

Americano del Sud escribo para los católicos que hablan español en el nuevo mundo, y que deploran tan amargamente como las calamidades inefables de que son teatro aquellos paises infortunados. En el alma de todo hombre bien nacido y bien educado, imperan con fuerza dos sentimientos tan nobles como imperecederos, el amor de su patria y el de su Dios; es decir, el amor de la patria que se nos ha señalado en el tiempo y el de la que será acordada en la eternidad á los que sirvieron leal y constantemente á esos hermanos, hijos del mismo suelo, que se llaman, en el lenguaje del mundo, compatriotas.

Yo no concibo el patriotismo sin la religion, porque el patriotismo es el sacrificio incesante del hombre al pais en que nació y solo se sacrifica de tal suerte el que obra en esta patria de la tierra, de manera que merezca ser recibido en la patria celestial. Amar á Dios es siempre el primero de los deberes, es mas que un deber, es un mandamiento, y los que

le cumplen son únicamente capaces de practicar todos los otros.

Hijos de la América del Sud lo somos de los países en que las leyes divinas sufren mayores ultrajes. ¿Cuál es el error que no hemos acojido como insensatos? ¿Cuál es el vicio que no se ha enseñoreado de nuestras costumbres? ¿Por qué vivimos destrozados perpétuamente por pasiones de incorregibles facciosos, cuando no encorvados bajo el yugo de la mas dura tiranía? La anarquía y el despotismo sanguinario, que completa sus estragos cuando aparece entre nosotros, en vez de repararlos, esos jeníos satánicos y desvata-dores, pueden decir con razon en la América Española: esta tierra es nuestra.

No ha presenciado el mundo de medio siglo acá desgracia igual á la desgracia nuestra. Dueños del suelo mas bello y fecundo, lo estamos profanando con los mayores escándalos desde el dia de nuestra emancipacion. No solo reina el desórden en todo, lo mismo en las inteligencias que en los corazones, lo mismo en la administracion que en las calles y en los campos, tanto en la hacienda como en los tribunales y en los ejércitos, sino que el desórden es nuestro estado normal, y si no es cuando dormimos, no sé de que momento pueda decirse que los hombres de aquellos países reposan.

Al sublevarnos contra la autoridad de España, nos revelamos contra la autoridad divina, derribamos el trono sin prosternarnos ante el altar y nuestra revolucion subió del rey hasta Dios. Desde entonces somos discípulos de Paris, y el gorro encarnado de la libertad figura todavia en las armas de uno de los países, que mas briosamente combatió por su independencia de la América Española, y despues el mas desdichado de todos.

Si queremos comprender la causa primera y permanente de nuestros males, veamos lo que importa ser discípulos de Paris, esto es, hijos de la revolucion y declarados enemigos de Roma y del catolicismo.

Paris es desde su movimiento de 1789 la escuela normal de los profesores de democracia revolucionaria é irreligiosa, que tiene perturbadas las sociedades con doctrinas tan seductoras para el orgullo del hombre como opuestas á su felicidad real.

Paris ha incendiado á la Francia, al mundo, y si á veces el volcan se apaga no por eso se extingue el fuego contenido en su seno. Y una sola palabra ha servido á la Francia engañada para engañar al mundo; esta palabra es la libertad; de tal manera se dejan los pueblos seducir por ella que creen mártires de aquello mismo de que son víctimas, y se imaginan sufrir por la libertad lo que sufren á causa de ella. Veamos, pues, lo que importa esa palabra, y coloquemos la interpretacion revolucionaria al frente de la interpretacion católica.

La doble naturaleza del hombre, flaca y sana á la vez, inclinada al mal por el pecado que heredó, y al bien por la gracia que le ha rehabilitado, explica la contradiccion permanente y la lucha incesante á que estamos sujetos. De ahí nace la libertad del hombre: desde que perdió su primitiva inocencia, está obligado á la virtud.

La inteliencia del hombre era inocente como su corazon, el pecado la hizo ignorante, esto es, capaz del error como de la verdad, asi como el corazon es capaz del vicio y de la virtud. El hombre está, pues, obligado á elegir y á elegir combatiendo consigo mismo.

¿Pero que importaria la facultad de elegir sino pudiéramos adquirir la capacidad de acertar? Convertir esa facultad de elegir en la capacidad de acertar era resolver el problema de la libertad humana; de otra suerte puesto el hombre á la entrada de dos caminos de los cuales el uno le conducia á la montaña y el otro al abismo, ¿de qué le habria valido la facultad de elegir sino sabia cual de ambos era el que conducia al precipicio?

El catolicismo ha resuelto ese problema. Ha enseñado al hombre su origen y su doble destino, el de su cuerpo y el de su alma. Le ha dicho de donde viene, por donde debe ir y á donde va. El cristianismo nos revela toda la naturaleza humana, y solo Dios que la formó pudo explicarla tan completa y satisfactoriamente.

El catolicismo no niega á la razon sus derechos, pero le traza sus límites, y le señala sus deberes. No niega al corazon el amor, pero le señala los objetos dignos de sus afectos y los que le depraban. No niega por fin al hombre la libertad, pero

le enseña la manera de usar de ella y condena todos sus abusos.

La religion coloca al hombre á la entrada de las vias de la salud, como de las de su perdicion; pero no le deja en las tinieblas, y le entrega las tablas de la ley de Dios, que son preceptos infalibles para la voluntad que las acoje y las observa.

Sin la luz religiosa no se navega el mar proceloso de la libertad, ella es la brújula; el que atiende sabe de donde vienen los vientos, donde están los escollos y donde los puertos.

La libertad moral, el triunfo de la ley de Dios en nuestra propia conciencia, es la madre lejitima de todas las libertades poltticas. Esa libertad moral, que sabe los deberes que ligan al hombre con su Creador y los practica, que sabe los deberes del hombre en el seno de su familia, como en el de la sociedad y los practica, es la fuente de toda otra libertad. No hay libertad sin moral, ni moral sin religion, ni religion sin Dios.

No hay pues, libertad fuera de Dios. Esta verdad la habian sentido los paganos antes que la introdujera en toda su fuerza la luz del Evangelio. *Parere Deo, libertas est*, ha dicho Séneca, obedecer á Dios es ser libre.

Hé aquí tal cual yo la concibo, la esplicacion que dá el catolicismo de la libertad humana. Segun ella, ser libre no es hacer lo que uno quiera, sino lo que uno debe; no es hacer lo que agrada al hombre sensual, sino lo que agrada al hombre espiritual y creyente; no es subordinar el alma á la carne, sino por el contrario, hacer reinar el alma sobre los sentidos; no es practicar lo útil con perjuicio de lo honesto, sino lo honesto con el sacrificio muchas veces de lo útil; la virtud por fin es la libertad en accion, y la asociacion de todas las virtudes y de las virtudes de todos, es el homenaje mas grande á los ojos de El que reina en el cielo, última y sublime recompensa de la libertad que le consagra sus jenerosos esfuerzos.

Los pueblos valen, pues, tanto en libertad cuanto tienen en religion, y la única civilizacion liberal es la civilizacion religiosa.

Veamos ahora la interpretacion revolucionaria dada por la Francia y aceptada por nuestras repúblicas de Sud-América.

La libertad para la filosofía de la Francia revolucionaria es un atributo inherente á la naturaleza siempre sana del hombre. Todo hombre es libre porque es hombre, y la libertad no solo no necesita ser dirigida ni enfrenada, sino que es su mision sacudir toda direccíon y todo freno. De ahí la negacion de la autoridad tanto en el órden político como en el órden moral.

Esa teoría no solo desconoce la soberanía de los reyes en los países monárquicos, sino que desconoce además la de Dios. Ser libre sin la religion y contra ella, proclamar los derechos del hombre y la soberanía absoluta del pueblo, tal es el programa del espíritu revolucionario.

Esa doble rebelion contra las leyes de la tierra y del cielo, esa ciega idolatría del orgullo, esa violacion de todo precepto y de toda regla, necesarias para el uso racional y honrado de la libertad, han adulterado todas las nociones de lo bueno, de lo justo y de lo útil, y fuera de las vías católicas, los discípulos de Paris no han hecho mas que profanar su propio ídolo.

Si la naturaleza humana no hubiera sido viciada por el pecado orijinal, si el hombre fuera incapaz del mal y del error, si bastara dejarle obrar para que obrara el bien, ciertamente que entonces toda traba puesta á su libre accion seria un yugo insoportable. Pero no ha dotado el Creador de tal perfeccion á sus criaturas, ha puesto la luz y las tinieblas delante de sus pasos, del mismo modo que la verdad y el error, el bien y el mal, el vicio y la virtud, y le ha dicho: elejid, agregando: el que me sigue no marcha en las tinieblas; yo soy la via, la verdad y la vida.

Los revolucionarios han dado la espalda al modelo divino de toda perfeccion, han derribado la cruz, profanado los altares y perseguido á sus ministros; han querido ser libres sin ser buenos, ser buenos sin ser religiosos, ser soberanos sin Dios, y han llenado de tinieblas el mundo, alumbrado únicamente por el fuego del incendio, que los principios de la increíble impiedad han propagado en todas partes.

Confundiendo de esta manera el derecho á la libertad con la libertad misma, la facultad con la capacidad, los instintos ciegos del orgullo y de la ambicion con la aspiracion lejitima á la perfeccion, que supone nuestra propia flaqueza, ellos han desencadenado todas las pasiones destructoras, todos los er-

rores corruptores, marchando así de caída en caída hasta los abismos en que hoy revelan su impotencia, como estados libres, la Francia, nuestra maestra, y las repúblicas españolas sus discípulas.

Hay, pues, una libertad que necesita ser contenida y sostenida, estimulada para el bien por los preceptos morales, enemiga decidida del mal; una libertad sumisa á la ley religiosa, respetuosa de Dios, de sus mandamientos y de los mandamientos de su Iglesia; una libertad modesta y mas que modesta humilde, cual conviene al que vive en un valle regado por las lágrimas del dolor, y que lejos de ser el paraíso, como lo afirman los incrédulos, es solo el camino que conduce á él; una libertad que perdida en el hombre la inocencia está condenada á buscar bajo la dura ley del trabajo lo mismo el sustento de su cuerpo que el pan de su alma; está condenada á buscar la verdad, alimento de la mente, como la virtud pasto del corazón; libertad que importa el gobierno del hombre sobre sí mismo, el triunfo de la naturaleza sana sobre la enferma, y que hace al que así se gobierna capaz de gobernar á los demás y de gobernar los Estados. De esta libertad somos partidarios los católicos; ella es la que depara al hombre y le engrandece, ella la que dá alientos para llevar con coraje la cruz que todos cargamos, y la que nos aproxima á la pureza y á la santidad del que nos la dejó como simbolo de nuestra regeneración y de nuestra fé.

No es de esta manera como ha sido libre la Francia, y por que ha querido ser libre sin Dios y contra él, hoy se vé humillada y agobiada bajo el yugo la que se sublevó contra todo freno. Ella quiso que su razón se emancipara del freno saludable de la fé, buscara por sí toda la verdad, y ha ensayado todos los sistemas, todas las filosofías; todo lo ha examinado, todo lo ha desacreditado, porque la incredulidad no se detiene jamás y mancha todo aquello por donde pasa. Esa razón orgullosa ha querido explicar al hombre, arrojando el código evangélico, que es su explicación cumplida; insaciable en sus deseos ha querido explicar á Dios mismo; Dios y el hombre son un misterio para ella, y le ha sido preciso reconocer al fin que el catecismo contiene la solución de los problemas humanos, que los mas álvos racionalistas no comprenderán ja-

más. Los emancipadores de la razon no solo han circunscrito los limites de su lejitima accion, sino que la han mutilado, por que es mutilar la razon, divorciarla de la fé, que la agranda y la completa; pues la fé dá alas á la mente del hombre para subir á las rejiones de la luz y de la verdad.

« La razon, dice ese libro sublime titulado *La Imitacion de Cristo*, debe seguir á la fé, y no ir delante de ella ni quebrantarla. » La razon filosófica no quita ir en pos de nada ni de nadie; ella lo afirma todo sin haber aprendido nada, porque nada sabe el que aprende el error; luego se presenta otra razon filosófica tambien á negar lo que afirmó la primera; y es así como de afirmacion en afirmacion y de error en error viene á confirmarse lo que decia Ciceron, que no hay desatino que no tenga por maestro á algun filósofo. No pudiendo entenderse los filósofos entre sí, ¿ cómo podrán ser entendidos por las clases numerosas necesitadas de recibir, no de elaborar la verdad que las moraliza y las consuela? Esa aristocrácia, que se atribuia el privilegio de esplicarlo todo, ha sembrado abundantemente las semillas de la anarquía intelectual, que no tarda en introducir las doctrinas que dividen en las conciencias, y del desórden de las conciencias al de las calles no hay muchos pasos.

Los revolucionarios, que por ser incrédulos nada respetan, han emancipado tambien de toda regla y de todo freno la imajinacion: la imajinacion, morada de la fé y asiento de la esperanza, madre de lo bello y hermana de la razon; y de esa facultad creadora han nacido en sus delirios esas producciones de fantasmas mal inspiradas, que esplotan el vicio y lo divierte con los cuadros de una literatura tan corrompida como corruptora. Los errores, pretextos del vicio cuando no sus razones, han encontrado abogados numerosos en esa falanje de dramaturgos y romancistas destinados á convidarnos á todos los exesos en nombre de todas las virtudes, y á dorar las faltas mas reprecensibles y las que mas ofenden el pudor y la conciencia de una sociedad que se respeta, á fin de vencer las repugnancias con que se resisten los corazones honestos á entrar en las orjias del libertinaje.

A medida que la razon avanzaba en sus supuestas conquistas, las costrumbres decaian y los progresos del vicio han sido

proporcionados á los del error. El folletín que especula inno-blemente con los gustos y los hábitos extraviados de una socie-dad en decadencia ha sido en Francia el principal aliciente de la prensa periódica para la generalidad de los lectores, y ese folletín penetra todas las mañanas en el hogar de la familia para estimularla al olvido de los deberes, que hacen el encanto y la dicha de la vida doméstica. La libertad de los tentados solo vacilaba en la eleccion de los tentadores, entre George Sand, que atacaba el yugo del matrimonio y preconizaba el adulterio y Eugenio Sue que contaba la aventura del Judio Errante ó de los hijos del amor, importaba que el jesuita fuera arrojado del teatro en que pretendia dominar el socialista, y todo el terreno perdido por la religion lo ganaban esos modernos civilizado-res, si es que no son los mas funestos de los bárbaros los que arruinan en la conciencia del hombre y de la mujer los senti-mientos que la purifican y la elevan.

El amor, vida del corazon, como es la fé de la imaginacion, tambien ha sido emancipado por los revolucionarios, nuestros maestros. En otros tiempos y en otros paises, mas felices que los que devora la tradicion y el ejemplo de Paris, el hom-bre levanta el amor de su alma á objetos dignos de su culto. Bajo el imperio de la ley religiosa, el hombre ama bien, usa no-blemente de esa preciosa libertad de su corazon, porque ama el bien, el bien espiritual, el que se organiza con la verdad y con la fé, en una palabra, el hombre ama la virtud y se goza en ella. La virtud que le aconseja no ensoberbecerse en la bue-na fortuna ni desesperar en la adversa; la virtud que hace ca-ritativos á los ricos y resignados á los que padecen, la virtud que se sacrifica por la patria y no la sacrifica á la ambicion; la virtud que enseña al que no sabe, socorre al desvalido, viste al desnudo y cura al enfermo; la virtud que tiende á la igual-dad porque á todos abraza con los dulces lazos del amor fra-ternal. La virtud, ó en otros términos, la caridad, es la gran verdad de los católicos. Ella ha bastado para romper las cadenas de los esclavos, para realzar la dignidad de la mu-jer, para quebrantar todas las opresiones y aplicar remedio á todos los infortunios.

El espíritu revolucionario ha reemplazado ese santo amor de la caridad por un egoismo de piedra apegado á los apetitos del

sensualismo mas grosero. Despues de haber negado á su Dios, el hombre se ama sobre todas las cosas y lo que mas ama fuera de sí es el oro.

Tan cierto es que todo lo que nos aleja de Dios nos aproxima á la materia; todo lo que pierde el espiritu lo ganan los sentidos, ó por emplear el lenguaje de la iglesia, lo gana la carne.

Pasada la época del fanatismo indigno, la libertad revolucionaria, mejor conocida, ha perdido sus mártires, y nadie ambiciona ya otra soberania que la del oro, ni otra libertad que la de comprarlo todo, hasta el honor de la mujer y la conciencia del escritor. Cuando todó se vende puede afirmarse que todo ha perdido su verdadero valor. ¿No estamos en esa época? « El oro, ha dicho Mr. Luis Reybaud, es verdaderamente el nervio y el Dios de la literatura del día, » y lo que él afirma de la literatura puede decirse de las sociedades de que esa literatura es la espresion.

Llega entonces el momento en que segun la palabra de Chateaubriand, la civilizacion pasa del alma al cuerpo. A medida que el mundo material se perfecciona, el hombre declina, y los ferro-carriles nos muestran que si se marcha mas rápidamente en el espacio, no se marcha mejor en el tiempo. El gas alumbrá las ciudades al tiempo mismo que las inteligencias quedan en las tinieblas, y parece que nos empeñáramos en admirar los productos de la industria, en adornar brillantemente nuestras habitaciones, y en vestir nuestros cuerpos con lujo, mientras que las almas se desnudan de todo pudor, de todo brillo y de toda grandeza. Lo bello en el dia no es sino el esplendor de lo sensual. Tales son las consecuencias de la caridad reemplazada por el egoismo del amor del oro, substituido al de Dios. Los vicios se enriquecen y las virtudes se van.

He ahí las decantadas conquistas de la revolucion francesa, conquistas que nos han impuesto á los americanos del Sud yugos no menos pesados que los que nos imponia la España. Muy pesados sin duda, porque no hay desgracia mayor para un pueblo que la conquista de su libertad comprada al precio de la religion. Hemos conseguido la independenciam, decia en sus últimos años Bolivar desengañado, á costa de todos los otros bienes sociales. »

Así conquistó la Francia sus libertades y así nos las ha transmitido. Libertad para la razón de examinarlo todo, esto es, libertad de la duda; libertad para la imaginación de no creer en Dios, esto es, libertad de creerlo todo; libertad para el corazón de no amar, puesto que el egoísmo es la negación del verdadero amor. Dar al hombre todas esas libertades es desnaturalizarlo, y al hombre así desnaturalizado le hemos hecho miembro de una sociedad republicana, le hemos llamado a gobernarse á sí mismo y á los demás; ya sabemos como se gobiernan y como son gobernados los ciudadanos de aquellas desventuradas repúblicas; veamos ahora las consecuencias políticas reportadas por la Francia de su civilización filosófica y revolucionaria, lo que equivale á decir de su falsa civilización.

Liberal la Francia aspiró á ser republicana y lo ha sido dos veces. La primera república fué un ultraje permanente al buen sentido, á la moral y á la libertad verdadera. Los ciudadanos de aquella república perdieron hasta el derecho á la vida, solo adquirieron la libertad de callar y la de temblar ante los verdugos del más sanguinario terror. En un año se cometieron más crímenes que los que se habían cometido en mil años antes. La razón emancipada fué edificada y arrojado Dios de sus templos, que recibían bajo sus bóvedas á los predicadores de la impiedad. Todo esto en nombre de la patria reconocida á los grandes hombres que la habían perdido. Esa república acabó como acaba siempre la libertad revolucionaria, por la esclavitud bajo el despotismo de un capitán de jenío. La reunión victoriosa de los Estados conquistados trajo á París, teatro antes de tantos crímenes, á los Cosacos.

Restablecida la monarquía, el espíritu revolucionario sostuvo contra ella un combate incesante, hasta que la derribó en las barricadas de 1810. Vino la monarquía más liberal, que prometía más esclavitud, al cabo de muchos años. Esa monarquía por ser más liberal fué menos religiosa; negaba al clero la libertad de enseñar por la palabra, mientras se acordaba á Eugenio Sue y todos los novelistas, libertad completa para enseñar por la prensa. El catolicismo que, moralizando la libertad la preserva de la licencia, fué rodeado de trabas y mientras que el socialismo hablaba en alta voz á todas las in-

telijencias para pervertirlas y á todos los corazones para degradarlos.

La insurreccion de febrero fué un pasajero estallido de la revolucion permanente que desgarró de medio siglo acá el seno de la Francia. Un puñado de osados demagogos derrocó en pocas horas el trono del rey sabio, abandonado por aquellos mismos de que se decia el representante. Vino la segunda república y con ella nuevas cadenas para la Francia. Se ensangretaron las calles de la gran capital, murieron siete generales en la defensa y un arzobispo fué asesinado. Todas las instituciones democráticas fueron violentamente profanadas por sus propios partidarios. Los clubs amenazaban lanzar sobre la ciudad aterrada esa horda de bárbaros, que Paris contenia en su seno. Y cuando en junio los hermanos se habian destrozado en un sangriento combate, cuando las teorías revolucionarias ponian en peligro los derechos mas legítimos, cuando el privilegio de los mas perversos estaba en vísperas de triunfar en los muros todos de Paris, se leian estas tres palabras: *libertad, igualdad, fraternidad*; y la república mal nacida, como la llamó Martinez de la Rosa, fué la república de las tres mentiras, segun la espresion de Donoso Cortés.

¿Como ha acabado esa república? como habia nacido. Hija de la violencia, murió por la violencia, despues de haber vivido bajo el estado de sitio, esto es, vijilada y contenida por las bayonetas. Cien mil soldados han custodiado despues de febrero á la capital de la Francia republicana! El que en presencia de ese espectáculo no abre los ojos para ver, no verá jamás.

De medio siglo acá la historia de la Francia revolucionaria nos enseña que á medida que el jendarme se alejaba del ciudadano, la libertad de éste dejeneraba en licencia, y sin guerras exteriores el presupuesto militar de la Francia ha ido cada dia en aumento. Reducir el mal á la impotencia tal ha sido el problema de esa nacion, y las fuerzas destinadas á contenerlo nos dice cual sea la naturaleza del mal.

El tiempo ha sido en Francia aliado de la libertad revolucionaria, que es la libertad del mal, y á medida que el mal ha durado ha crecido. Ha crecido, porque ha ido siempre bajando de las clases altas á las mas numerosas. Cuando la

revolucion llegó á las capas inferiores de la sociedad, á lo que se llama el pueblo, tomó el nombre de socialismo. Los que no pudieron ya oprimir fueron tentados á despojar, emancipados de todo respeto y de toda obediencia. Si los emancipadores de la razon supieran todo lo que emancipan con ella, serian mas cautos. El que separa un rio de su curso natural obliga en los terrenos fragosos de la revolucion á terminar en torrente. Solo las aguas, que siguen la via trazada por Dios, entran pacíficamente en el mar.

Pero la razon ciega del revolucionario no vé y por lo mismo no se desengaña jamas. Si viera, hubiera comprendido que la aparicion del socialismo en Francia era la condenacion definitiva y fatal del espíritu que domina sus creencias y sus costumbres.

El socialismo es la negacion de toda libertad y de todo derecho, es la civilizacion que se corrompe y vuelve á la barbarie, es el hombre bueno y de bien abatido y el malo victorioso; y es todo esto porque es el objeto del racionalismo de las clases bajas. Libertad ilimitada de los apetitos sensuales, he ahí todo el socialismo. Esto seria el salvajismo, porque es esa libertad de los araucanos y los pampas de la América del Sud. Para ellos su derecho es su lanza y todo lo que pueden hacer es legítimo. Pero el socialismo es mas que el salvajismo, es la barbarie y es la peor de las barbaries porque no precede á la civilizacion, sino que tiene su origen en la civilizacion misma.

Los salvajes de nuestras tribus indíjenas tributan su culto grosero cuanto se quiera, pero tributan su culto al Creador, y si hacen el mal y cometen el crimen, no saben lo que hacen. Pero los bárbaros nacidos y crecidos en la mas culta de las ciudades, los bárbaros de Paris, los Proudhon que saben leer y escribir, y niegan á Dios en nombre de la ciencia y en el uso de su razon ilustrada, es cosa que me pasmaria de sorpresa sino escribiera estas líneas á dos pasos de las ruinas del Coliseo. Aquí se aprende como empiezan las civilizaciones y como acaban, y el que discurre en medio de las ruinas sabe que el mártir está al principio de una civilizacion y el socialista al fin de ella.

Dando la Francia la espalda á la civilizacion cristiana, á la

que debe su grandeza pasada, entró en las vias de la ciencia del mal y por poco que siga en su senda de perdicion, empezará para ella la época de las ruinas, el principio del fin.

Lo que hoy contemplamos en ella nos advierte cuan frágiles son las bases de su órden actual. Esas bases no son de piedra, sino de carne, de carne perecedera y mortal. Suprimid un hombre, y todo aquel edificio se desploma. Una nacion, que no vive de sus creencias, es una nacion que solo puede existir con el favor permanente de la Providencia. La Francia ha perdido todas sus libertades políticas, porque no era libre moralmente, y no era libre moralmente porque era irreligiosa; y forzoso es confesar que ha merecido perder sus libertades. El error y el vicio, cuando no son libres viven dañando, vale mas enfrenarlos con la fuerza material que dejarlos en libertad de hacer mal. Sufre el yugo, lo repito, empleando una espresion de Mr. Montalembert, porque no supo soportar el freno.

Y lo singular es que el ejército todo de los republicanos ha desertado sus banderas, y la dictadura se ejerce en Francia con el voto y el apoyo del mayor número. Razon tenian esos republicanos para gritar en la montaña que la república era superior al sufragio universal, lo que importaba decir que la república eran ellos ó que la Francia seria republicana á palos, como lo ha sido en efecto las dos veces que ha vivido bajo esa forma de gobierno.

El racionalismo no puede enjendrar sino la democracia. En efecto, nada es mas anti-democrático que la irreligion, pues los hombres en quienes domina la naturaleza enferma, incapaces de dirigirse á sí mismos, lo son igualmente de tomar parte en los negocios jenerales, y de esta manera la soberania del pueblo viene á ser la incapacidad y la impotencia del pueblo. Haciendo uso de la palabra de Mr. de Falloux, elocuente orador católico, puede decirse que en la esfera del bien de los pueblos formados por el espíritu revolucionario son incapaces de nada, y en la del mal capaces de todo, ó lo que es lo mismo, capaces del socialismo.

Yo he visto á la Francia en sus dias de conflicto, y he comprendido que sus mas grandes jenios no atinaban con la solucion de los difíciles problemas que debian resolver, porque

eran incapaces de una cosa que no enseña el mas brillante racionalismo, y esa cosa, que es la verdad y la libertad de los católicos, es la virtud. Poned á todos los egoismos en presencia de gran cuestion social y no acertarán jamás á resolverla porque siendo egoismos, por bellas que sean sus palabras, no son elocuentes sus sentimientos: discurren de una manera admirable, pero no aman, y no amando, son incapaces del menor sacrificio. Los republicanos insultarán á los orleanistas y á los lejitimistas, los orleanistas á los republicanos y á los lejitimistas, los lejitimistas á los orleanistas y á los republicanos, y todos olvidarán que son franceses. Cada uno defenderá su verdad y nadie defenderá con jenerosa abnegacion la verdad de Dios, ¿Qué otra explicacion que esta tienen las tristes discordias de la asamblea de Francia antes del golpe de Estado que impuso silencio á aquella elocuencia sin entrañas? ¿Puede acaso haber una cuestion social, por complicada que se la ponga, de que no sea la virtud la solucion mas acertada?

Todo racionalismo tiende el egoismo, y la libertad ilimitada de exámen viene al fin necesaria y lójicamente á convertirse en el amor exclusivo de sí mismo. Habitado el hombre á no respetar ninguna autoridad fuera de sí, se hace el centro de todas sus afecciones: en vez de amar á los demas como así mismo, se ama así con exclusion de los demas. La opinion y la conciencia pública desaparecen para ser reemplazadas por el individualismo, doble orgullo de la razon sin fé y del corazon sin amor. Proscriptas la fé y el amor de la conciencia de un pueblo, la virtud se vá con ellos, la virtud que es la esencia de la libertad verdadera. La ley del pecado prevalece sobre la ley que lo comprime; y el pecado, abuso de la libertad moral, violacion de la ley religiosa, haciendo al hombre esclavo de sí mismo, le prepara á recibir el yugo de la fuerza.

Por todo esto es que la civilizacion francesa, apoyando la fé en la imaginacion, divorciando la filosofia del dogma, y matando en el alma el sentimiento de la caridad, no educa á los pueblos sino para la insurreccion constante y los aleja cada dia mas de las vias que los llevan al bien y á la libertad. De ahí resulta que todos los supuestos triunfos de la democracia francesa han sido revolucionarios, y que el verdadero sobe-

rano no fué jamás el pueblo, sino las bayonetas, victoriosas unas veces en manos de los amotinados, otras en las del poder. De insurreccion en golpe de Estado y de golpe de Estado en insurreccion, la Francia se siente cada dia mas vacía de esa fuerza moral, á que deben los Estados su prosperidad real y su sólido engrandecimiento.

En vano se cambian las constituciones despues de cada sacudimiento revolucionario. Cuando el mal no está en las leyes es reformar en el aire. Un pueblo lanzado en el desórden y en la impiedad, empieza por ser incapaz de gobernarse á sí mismo y acaba por ser incapaz hasta de ser gobernado de otra manera que militarmente. Al fin de toda revolucion está la dictadura cuando no la tiranía; despues de demostrada la ineficacia de las constituciones, viene el poder militar á suprimirlas todas, á mandar á los rebeldes sometidos, como se manda á un batallon, y donde falta la disciplina del órden moral se busca la disciplina de los cuarteles.

Víctimas de los estragos del espíritu del mal, de las revoluciones que son el pecado mortal de los pueblos, ellos comprenden al fin sus errores y despues de haber pecado se arrepienten.

La Francia está hoy en la hora del arrepentimiento; y la reaccion religiosa, que presenciamos en ella, la vuelve al fanal y al puerto de que no debió alejarse jamás. El sentimiento del respeto y de la disciplina, perdido para las clases bajas como para las altas, se habia refugiado en esos dos grandes misioneros de la civilizacion, que se llaman el sacerdote y el soldado.

El sacerdote que enseña las condiciones del órden moral, y el soldado que afianza el órden material, cuando se vé amenazado. El sacerdote que establece la paz en las conciencias, y el soldado que la establece en las calles. El sacerdote, que siembra en la conciencia del individuo y de las sociedades las semillas de todas las libertades lejitimas, y el soldado que impone silencio á todos los charlantes de verdad, de libertad y de progreso mentidos. Hacer al mal impotente, donde el mal impera es ciertamente servir á la civilizacion, y esa es la mision del soldado. Sustituir al temor del castigo el amor de la recompensa, al egoismo que daña el amor que aprovecha,

al error que pervierte los espíritus de la verdad que los ilumina, á las pasiones destructoras, las pasiones conservadoras, á la revolucion por la religion, á la fuerza material la moral, y el espíritu de Roma al de Paris, tal es la mision del sacerdote.

Los pueblos advertidos por el temor del naufragio levantan sus manos y sus votos á Dios, y pasan del club á la Iglesia, bendiciendo á la vez la espada que enmudeció al monstruo que iba á devorarlos, y la Cruz que los convida al arrepentimiento de las faltas pasadas y al propósito de no incurrir mas en ellas.

De esta manera es como las revoluciones aprovechan á la religion y como del exeso del mal pasa el hombre al bien supremo. Triste condicion de los malos que sea precisa la hora de la agonía para hacerles levantar el alma á Dios.

Si, la Francia está en la hora del arrepentimiento y como todo arrepentimiento es religioso, este momento es solemne. El espectáculo de Santa Genoveva, restituida al culto católico y visitada por trescientos mil habitantes en Paris, hà merecido ser visto por el mundo entero. Las antiguas preocupaciones contra un clero tan virtuoso como ilustrado, se van extinguiendo sino se han extinguido del todo. Muchos de los racionalistas y aun algunos de los que el mundo llama jenios, han visto toda la gravedad del mal cuando lo alumbró el relámpago de la tormenta, y han tendido en la asamblea francesa su mano á los católicos para acordar á la Iglesia la independencia necesaria á la maestra de todas las libertades y á su mas segura garantia. La enseñanza pública confiada por un movimiento tan jeneral como espontáneo á esos jesuitas, á los que se negaba antes hasta los beneficios de las leyes civiles; las palabras de gratitud y de respeto pronunciadas por las primeras autoridades en honor de la Iglesia, la necesidad de la religion reconocida por todos los buenos para triunfar en el mundo de las conciencias del espíritu de insubordinacion, del desenfreno de todos los apetitos, como triunfando en las calles el ejército del desórden material: tales son los frutos de la expedicion invisible, pero no menos cierta ni eficaz, que en Paris ha hecho Roma, agradecida á la proteccion que sin saber cómo ni por qué y forzada por la mano de la Providencia, acordó la Francia en revolucion al ilustre Pontífice, que go-

bierna la Iglesia Católica. El Santo Padre lo ha dicho: « Dios ha pagado á la Francia la deuda de su Iglesia. »

Ciertamente que los revolucionarios de febrero no se imaginaron que la Francia del siglo XIX, esa hija del materialismo y del racionalismo incrédulo, pudiera ser acreedora de la Iglesia Católica, y que los soldados y las águilas de la Francia habian de verse á las puertas de San Pedro y custodiando las ruinas de Roma, ni prosternados sus batallones delante del Vicario de Jesu-Cristo, bendiciendo urbi y orbi. Pero Dios dispone siempre lo contrario de lo que las revoluciones proponen.

Y no es solo en la Francia sino en la Europa entera donde se tiene esa tendencia saludable hácia el espíritu del Evanjélio, al que solo es dado curar los hondos males que aquejan á estas antiguas sociedades, trabajadas todas ellas mas ó menos por iguales dolencias.

La revolucion de febrero, conmoviendo á todos los Estados europeos, ha descubierto sus cimientos, y se ha reconocido su poca solidez, porque no descansaban sobre una piedra cual la que sirve de base á la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, destinada á sobrevivir á todas las ruinas. Han querido esos Estados consolidar las columnas que bamboleaban, y han recurrido al único arquitecto, cuyas obras resisten á los estragos de las revoluciones y del tiempo. Ellos han sabido así oponer á la revolucion que destruye la religion que conserva.

Y no se diga que en esta obra de defensa universal la religion ha hecho alianza con el despotismo. No es culpa suya si la accion demagógica ha enjendrado la reaccion despótica, y si los pueblos esperan á perder sus libertades, comprometidas por el abuso, para oír las lecciones de la iglesia que enseña el uso lejítimo y racional de todas las facultades del hombre. Si la licencia conduce á la esclavitud, ¿ acaso es la religion la que conduce á la licencia? La que fragua cadenas no es la religion destinada á romperlas todas, sino la libertad revolucionaria, que solo hace posible el orden con ellas.

Enseñando la obediencia á Dios y á sus leyes la religion nos enseña las condiciones indispensables de la libertad. Los revolucionarios la hacen por el contrario odiosa, y despiertan con sus exesos en las sociedades que trastornan el deseo vivo

de la conservacion y el reposo. Los pueblos prefieren á las libertades, que perturban el órden, el órden que las suprime; y ese arrepentimiento de la ciega credulidad de los pueblos es el que provoca y favorece la reunion religiosa. A medida que las promesas falaces de la razon lo desengañan, el hombre se eleva á la contemplacion y al amor del dogma, y le pide nuevas esperanzas para una imaginacion que se rebela contra los falsos seductores. La necesidad del órden moral se hace sentir al mismo tiempo que la del órden material, y esto explica la aparicion simultánea del soldado y del sacerdote despues de las tormentas revolucionarias.

La religion es aliada de todas las instituciones, porque es aliada de todos los hombres de todos los paises y de todas las condiciones sociales. Lo que ella pide es que la libertad sea pesada en su balanza y que los pueblos no reclamen mas libertades que aquellas de que los hacen capaces sus virtudes. Asi es que todas las instituciones son buenas, con tal que á todas las inspire y las anime el espíritu evangélico.

No es ciertamente fruta prohibida para los católicos la libertad. Léjos de eso, yo creo que ellos solos la han aprendido en la escuela del respeto. Pero no desconozco cuan insensatos son los que piden á la reforma de las instituciones el remedio de todos los males sociales, haciendo mas liberales las leyes cuanto mas esclavo son del vicio en sus costumbres. La religion no procede así; ella trabaja ante todo y mas que todo por la reforma del hombre, segura de que cuando una sociedad posea creencias firmes y costumbres severas, las leyes, expresion de esa sociedad, serán tanto mas liberales y la acordarán una parte mayor y mas activa en la direccion de sus propios intereses.

El ilustre Pontífice, que hoy ocupa la Silla de San Pedro, comprendió bien cuanta libertad puede abrigarse en el seno de una sociedad religiosa, y la prometió á los pueblos con tal que quieran buscarla lenta y gradualmente al amparo de la doctrina, que formando á los hombres para imitar y servir á Jesu-cristo, los propone al mismo tiempo para el gobierno de sí mismo y el uso de todos sus derechos legítimos. Quiso conseguir con la religion lo que se habia buscado inútilmente por los medios revolucionarios. Pero los ingratos demagogos

comprometieron aquella santa cruzada, quisieron obtener sin esfuerzos ni sacrificios, sin el tiempo que todo lo sazona, lo que solo una conducta conservadora y siempre pacífica podia lograr, y en vez de la reforma, que mejora progresivamente, proclamaron la revolucion y la guerra. Paris triunfó de Roma y se hizo imposible el éxito de la gran empresa. Proscriptos aquellos caudillos de la revuelta solo exitan el desprecio de los Estados europeos contra cuya quietud conspiran constantemente.

Medio siglo de calamidades, de desaciertos, de errores monstruosos y de crímenes inauditos, parece tiempo sobrado para aleccionarnos. Reconozcamos que la revolucion Sud-Americana trae mal camino desde su orijen, y abduquemos un liberalismo, que por ser irreligioso nos ha sido tan funesto. Aprendamos, como los americanos del Norte, á hermanar el espíritu liberal con el espíritu religioso, y si queremos ser libres en verdad, seamos católicos. ¿ Los exesos de todo jénero, que manchan nuestra historia, tienen acaso su sancion en los textos de la Biblia? ¿ Y la doctrina católica no es la condenacion decisiva de todos esos exesos?

Renunciemos, pues, á la influencia de Paris, que nos pierde por la de Roma, que puede salvarnos. ¿ Qué es lo que exige la religion de nosotros, y cuál la parte que toca á Roma, esto es, á la Iglesia Católica en la rejeneracion de la América del Sud? Esta será la materia de la segunda parte de este escrito, y espero que me será dado demostrar que fuera del seno de la Iglesia Católica no hay salvacion posible para nosotros.

Pauperismo y Caridad

Paris, agosto 29 de 1853.

En mi carta del 10, escrita en Prusia, anuncié á mis lectores de Chile las materias que serian el objeto de mis estudios y de mis escritos. Despues de haber leído esa carta en esta ciudad,

he notado una omision en ella, y voy á repararla. No basta propagar las ideas religiosas y combatir en nombre de ellas los errores del racionalismo revolucionario y del materialismo socialista, es preciso hacer amar la doctrina católica por los frutos sazonados y gratos al alma que produce, es preciso mostrar la virtud como consecuencia cierta y preciosa de la verdad moral.

La reciente publicacion de un libro notable que la academia francesa acaba de coronar, me presenta la ocasion de decir algo sobre el pauperismo en Francia y sobre los numerosos establecimientos de beneficencia destinados á remediarlo. Agregaré al fin algunas reflexiones sobre las necesidades de Chile á este respecto y sobre las considerables ventajas que la política gubernativa y conservadora reportaria, inspirándose en presencia de las clases numerosas y pobres de la sociedad, de los sentimientos de caridad y de los deberes que ellos imponen á los que llevan el nombre de cristianos.

El autor de ese libro es un antiguo diputado, abogado del Consejo de Estado y de la Corte de Casacion, y conocido por varias publicaciones sobre cuestiones administrativas y sociales.

Las palabras de M. Villemain harán conocer mucho mejor que las mias, la importancia de la obra.

« Un jurisconsulto, M. Bechard, dice el célebre literato en su discurso leído en la Academia el 18, ha buscado para la Francia, en una obra llena de ideas y práctica, lo que la erudicion crítica ha profundizado recientemente respecto de los primeros siglos del cristianismo. Él ha considerado el estado del Pauperismo en nuestro país y los remedios que se le deben aplicar bajo el aspecto civil, religioso, industrial y político.

« En un trabajo estenso, pero preciso, dividido en cinco libros, ha presentado la descripción de los hechos, el análisis de las teorías, el cuadro de las instituciones eficazmente aplicables á los diferentes grados de necesidades y de indijencia, á la infancia, á la actividad adulta y vigorosa, pero dependiente del trabajo ó del pan de cada dia, á los sufrimientos, á las dolencias habituales, á las miserias accidentales. El verdadero sentimiento de la humanidad, el desden de las exáje-

raciones declamatorias, anima en todas sus partes esta obra de saber y de experiencia. El autor se propone prevenir y corregir el pauperismo por un concurso de esfuerzos tomados de las combinaciones de la ley y de la acción de las costumbres, del principio de la libertad cuerdate, pero en todo aplicado, ese principio que es el único que vivifica la comunidad y le inspira á la vez el celo y el poder de la beneficencia. Atribuye una influencia al poder civil, cuya presencia desea ver en todas partes en la organización de las escuelas elementales, en el desarrollo de las escuelas profesionales, en la libertad regular del trabajo, en la libertad de asociación, esta nueva fuerza de la industria, que contenía el espíritu despótico del imperio romano, y de que tanto necesita la sociedad moderna.

« La Academia que no admite sino con precauciones las obras de ciencia especial sobre asuntos de interés público, debía acoger las miras generales y elevadas que esta contiene, su polémica instructiva y sus nociones históricas tan bien espresadas como verdícas y jenerosas. »

Los elogios de la prensa periódica no son menos honoríficos para el autor que los de la Academia que ha premiado su libro; y este libro es uno de los muchos y muy importantes que debieran estar en las bibliotecas y en las manos de la juventud estudiosa de aquel país, como en la de los hombres de gobierno.

Los cinco libros en que está dividida esta obra, tratan :

El 1º, estadística de las clases laboriosas y medios preventivos ó represivos del pauperismo.

El 2º, teorías generales de economía política y de administración en sus relaciones con las clases laboriosas.

El 3º, instituciones aplicables á la infancia y á la juventud del trabajador y principio de la libertad de la enseñanza.

El 4º, instituciones aplicables al obrero adulto y válido y principio de la libertad del trabajo.

El 5º, instituciones de beneficencia.

Todas las cuestiones modernas, económicas y sociales, están luminosamente estudiadas en este libro. Su autor es católico por las convicciones y el corazón, es por lo mismo

adversario de todas las teorías revolucionarias y socialistas de los reformadores modernos.

No siendo posible dar una idea tan estensa, como deseara, de esta publicación, voy á limitarme á citar los hechos y las opiniones que mas han llamado mi atención.

De acuerdo en esto con M. Thiers en su libro de la *Propiedad*, el autor afirma, con el apoyo de las cifras de la estadística, que la condicion material de las clases laboriosas ha mejorado en Francia. Apesar de progresos incontestables, hay mucho que desear aún, y basta para persuadirse de ello fijar la vista en los datos siguientes: Mas de 800,000 indijentes son asistidos en Francia por las juntas ú oficinas de beneficencia, mas de 700,000 son recibidos en los hospitales y hospicios, mas de 1.500,000 son socorridos por la caridad católica, hay de 12 á 15,000 indijentes ciegos, de 20 á 25,000 sordo-mudos, 20,000 dementes, sin contar un número indeterminado de indijentes no socorridos ó desconocidos.

Veamos otro aspecto del cuadro. Yo he tenido muchas veces ocasion de decir que la decadencia moral era un hecho visible é incuestionable en Francia. Me bastaba examinar la situacion política para adivinar el estado moral de las costumbres.

Dejemos hablar las cifras y con ellas el autor.

« Al lado de este cuadro de las miserias materiales, dice M. Bechard, aparece un espectáculo aun mas afligente; el de las miserias morales de las clases laboriosas. Las estadísticas de la justicia criminal publicadas hasta el día, habian parecido demostrar que el número de los crímenes y de los delitos se mantenía casi estacionario, y que la cifra de la reincidencia era solo la que aumentaba: pero la estadística mucho mas completa publicada en 1852, y que abraza el período de 1826 á 1850, muestra un aumento formidable en los crímenes contra las personas.

Se contaban 1354 acusaciones por término medio anual, durante el período de 1826 á 1830; su número ha subido progresivamente á 1778, durante el período de 1846 á 1850. Lo que importa un aumento de 310 por 1000 que excede con mucho al que ha experimentado la poblacion en el mismo trascurso de tiempo, pues esta no ha crecido sino en la pro-

porcion de 123 por 1000. Entre estas acusaciones, las de asesinato han aumentado de 22 por 100, las de infanticidio de 49 por 100; las acusaciones de parricidio casi son el doble; de 9 solamente por término medio de 1826 á 1830, su número anual ha ascendido á 17 de 1846 á 1850.

« Los crímenes contra las personas que han ido mas en aumento, son los atentados contra el pudor, con violencia ó sin ella. . . . En efecto, el número de acusaciones de este jénero que no era mas que de 136, año medio, de 1826 á 1830, ha sido de 420 de 1846 á 1850; esto es mas del triple. »

« Las acusaciones de crímenes contra las propiedades han disminuido en su conjunto de un 16 por 100, pero entre estos números los incendios son mas del doble, su disminucion está casi exclusivamente en los robos calificados.

« De modo que el número de los crímenes que tienen por causa determinante la miseria, ha disminuido; mientras que los que tienen por causa determinante la inmoralidad no han cesado de aumentar.

« La disminucion de los sexos entre los acusados confirma esta observacion. La proporcion entre el número de los hombres y el de las mujeres es de 83 á 17. Esta superioridad moral de la mujer, dice el informe, es debida á su educacion primera y á sus hábitos sedentarios; y la infraccion de las mujeres á las leyes penales es casi siempre precedida de la infraccion á las leyes del pudor de la moral. Asi se vé todos los años que una quinta parte de las mujeres acusadas tenían hijos naturales ó vivian en el concubinato.

« Se llega al mismo resultado, agrega el autor, consultando la influencia que la edad, el estado civil, la profesion, ejercen sobre los acusados.

. . . . « El cuadro verdaderamente espantoso que M. M. Parent Duchatelet, Freguer y otros economistas han presentado de la parte viciosa y turbulenta de las clases obreras, sobre todo en las grandes ciudades, confirma el triste testimonio de las estadísticas de la justicia criminal y del número de detenidos en las diversas prisiones, que sube á 48,154, sin contar cerca de 40,000 individuos que viven habitualmente del robo y que se ponen fuera del alcance de la justicia. »

Agregaré otras cifras no menos elocuentes que las an-

teriores. El número de nacimientos ilegítimos era en 1800 de 41,635 y en 1848 de 65,626. El de los niños expósitos ó abandonados ha subido en 20 años de 55,769 á 130,945.

Resulta pues, de esos datos superiores á toda objecion, que como lo observa el autor, la decadencia moral de las clases laboriosas marcha á la par de sus progresos materiales. « De donde resultan, dice M. Bechard, dos fenómenos igualmente aflijentes, el primero es que mientras que la poblacion aumenta y la moralidad disminuye, se observa sin embargo en la constitucion física de las generaciones actuales un decaimiento explicado en gran parte por la desmoralizacion, siempre creciente del pueblo y sobre todo de la juventud; el segundo es que, aunque la miseria sea menor hoy que medio siglo antes, los jérmenes de descontento y de irritacion no cesan de fermentar en el seno de las clases laboriosas. »

No me es posible dejar de copiar aqui las palabras no menos juiciosas que bellas, que pone el autor en este lugar de su obra:

« Jamás, dice, despues de ese siglo del renacimiento en que empezaron á apuntar por un lado los primeros rayos de nuestra civilizacion refinada, y por el otro los primeros errores que han traído por grados las tinieblas del comunismo, jamás los síntomas precursores de una guerra social han sido tan amenazantes. Es porque en nuestros días, como entonces, los sentimientos morales se han debilitado, y las pasiones brutales se han encendido á medida que los principios sociales se oscurecian; es porque el pueblo á imitacion de los poderosos y de los felices de la tierra, ha dejado de creer y de esperar; porque, buscando en los bienes de este suelo la última palabra de la existencia, ha querido gozar á toda costa, y renunciando á la vida tranquila, laboriosa y regular de los campos para ir á buscar en las aventuras y en los placeres de las ciudades un alimento para sus pasiones, se ha hecho la presa de los sofistas y el instrumento de las revoluciones.

« El socialismo, esta religion del desórden, tiene dos auxiliares mas temibles que la miseria, la ignorancia y la inmoralidad.

Desheredado de su fé por los filósofos del último siglo, el

pueblo ha perdido la brújula que le dirigia al través de las miserias de este bajo mundo, cegado por la envidia, ha cesado de aceptar las superioridades sociales y de resignarse á la desigualdad necesaria de las condiciones. A ejemplo del pueblo de Roma en su decadencia, nuestra plebe socialista pasa de la amenaza al temor, de la licencia al servilismo, y se hace el instrumento de todas las ambiciones que buscan en la fuerza brutal medios de dominacion.

« Calmar los corazones ulcerados, ilustrar las inteligencias desordenadas, enseñar á los ricos la caridad, á los pobres la resignacion, á todos el espíritu de desinterés y de sacrificio, hé ahí el fin que es preciso alcanzar, si se quiere atacar en su principio la plaga del pauperismo.»

Tal es la gravedad del mal; veamos ahora el remedio, y sirva el espectáculo de las virtudes cristianas para consolarnos de los vicios y los crímenes que envilecen y degradan la especie humana. Me propongo mas tarde examinar en detalle y describir los establecimientos infinitos de beneficencia que luchan en Francia contra los estragos del pauperismo. Quiero únicamente citar aquí algunas cifras de esa estadística de la caridad, cifras que serán copiadas sin duda en los libros de otras rejiones y escritas con otra tinta, que la que compone la industria del hombre. Los católicos sabemos que el que dá al pobre, presta á Dios, y no hay temor de que en la contabilidad de los libros del Creador haya descision alguna. Aquí me veo forzado á citar algunas páginas del libro de M. Bechard.

« En Paris solo, fuera de la asistencia pública, que cuesta 14 millones, se cuentan 65 obras ó establecimientos particulares sostenidos por asociaciones caritativas. Una sola, la obra de San Vicente de Paul fundada en 1832 por Mgr. de Quelen, para los huérfanos de resulta del cólera, ha cesado sus trabajos despues de haber hecho educar 1,097 huérfanos, y haber consagrado á este objeto un millon, recibido por los solos esfuerzos de la caridad privada. Su mision era temporal como las miserias que debia aliviar, y debia concluir con la educacion de los niños que habia recojido; pero otra sociedad que lleva el mismo nombre se ha consagrado de una manera permanente á la visita de los pobres. Ella se compone de jóvenes cris-

tianos que se distribuyen entre sí las familias mas desgraciadas, les llevan socorros de pan, carne, leña, protejen y vijilan los niños, colocan los aprendices, procuran á los adultos empleos y trabajo, y se hacen los intermediarios entre las familia que visitan y todos los recursos que la sociedad y la caridad preparan para los pobres. Esta Sociedad cuenta en Paris 35 conferencias y 1,177 miembros activos; ella visita y socorre 2,899 familias, y patrocina 1,400 niñas en las escuelas y 87 aprendices. Esta Sociedad existe en 102 ciudades y villas y recibe la direccion de un consejo jeneral residente en Paris, que se reune todos los meses y cambia sus comunicaciones con todos los asociados.

« La Sociedad de la caridad materna, fundada en 1788, con la mira de asistir á las mujeres pobres en sus partos, de ayudarlas y estimularlas á criar sus hijos, admite cada año cerca de 1,000 mujeres y consagra cerca de 100,000 francos en su auxilio.

« La Sociedad de expósitos y huérfanos reunidos cuenta 600 camas, siempre servidas por las hermanas de San Vicente de Paul.

« La Sociedad fundada en 1840 para visitar en sus domicilios á los pobres enfermos, sobre todo en los barrios mas poblados y mas escasos de recursos, visita anualmente cerca de 11,000 enfermos.

« La Sociedad de San Francisco Rejis, fundada en 1826 para facilitar el matrimonio civil y religioso de los pobres que viven en el desórden y la legitimacion de sus hijos naturales, ha inscrito en Paris, en el año 1850, 1066 matrimonios, justificado 909, legitimado 640 niños. La misma sociedad ha hecho celebrar en los departamentos, de 1845 á 1850, 20,180 matrimonios y legitimado 8,756 hijos naturales.

« La Sociedad de las hermanas de los pobres, fundada por Juana Jugan, cerca de Saint Maló, y rápidamente propagada en Nantes, en Tours y en Paris, sin otro recurso que la ardiente caridad de algunas pobres jóvenes, que vivian ellas mismas de limosnas, puede hoy recibir en la capital 70 ancianos y 100 ancianas en una casa que ha fundado con 10,000 francos de limosnas recojidas por ellas. Esta obra, inspirada por la simpatia de los pobres mismos hácia sus hermanos, tiene un por-

venir análogo de la sociedad para la propagación de la fé, . . . fundada por una pobre sirvienta y sostenida por suscripciones de un sueldo.

«Podríamos multiplicar los ejemplos y citar entre nosotros :

« La casa fundada en 1840 con el nombre de Asilo del Santo Corazon de Maria, para las jóvenes convalescientes, que ha colocado ya 600.

« La Sociedad Filantrópica, que gasta cerca de 80,000 francos por año para atender 3000 enfermos y distribuir 400,000 porciones de alimento.

« En resumen, la capital sola cuenta, además de 12 oficinas de beneficencia, de 15 hospitales que pueden recibir 6000 enfermos y de 13 hospicios con 11,450 camas, de 25 salas de asilo, de 33 escuelas gratuitas de hermanos para los jóvenes varones, de 7 escuelas de adultos, de 26 escuelas seculares, de 28 escuelas de hermanas para las niñas, de 34 casas de socorro, establecimientos todos de la ciudad, del departamento ó del Estado, la capital cuenta, decimos, 4 sociedades para el auxilio de las mujeres en sus partos, 25 sociedades ó casas para la educación de las niñas, 11 sociedades para la visita de los pobres, el alivio de los enfermos y de los viejos, 7 de corrección, de penitencia y de rehabilitación, 5 de patronato para las miserias especiales, 11 congregaciones religiosas consagradas especialmente al sosten y al servicio de los pobres.

« Los establecimientos públicos de beneficencia de los departamentos son 9,242, á saber: 1,339 hospitales y hospicios, 7,599, oficinas de beneficencia, 46 monte-pios, 39 instituciones de sordo-mudos, 1 para ciegos, 144 depósitos para niños abandonados, 74 casas de dementes, comprendida la de Charrenton.

« En cuanto á las obras particulares de beneficencia esparcidas en todo el territorio francés, son numerosas, pero su cifra exacta es desconocida. »

¿ Qué nos dicen esos dobles datos de la estadística del vicio y de la estadística de caridad? Nos dicen una verdad palpable en toda sociedad, nos dicen que la inmoralidad anda á la par con el bienestar material de un pueblo, cuando el amor

sin regla de los goces materiales nos hace olvidar los preceptos morales á que debe subordinar el hombre los afectos del alma no menos que los apetitos sensuales. Nos dicen que no basta ser pobre para ser honrado y que la fortuna en manos del que no teme á Dios solo sirve para dar á las pasiones culpables los medios de satisfacer sus caprichos. Nos dicen que los hombres, de las clases bajas sobre todo, sino son contenidos por el deber religioso, se enrolarán en ese ejército de descontentos, dispuestos á lanzarse á las revoluciones y á precipitar en sus abismos con los envidiados á los envidiosos. Los que en el sentido de la prosperidad material impulsan esas sociedades tan decaídas de la América del Sud, sin tomar en cuenta nuestras necesidades morales, no harán mas que estimular esa corrupcion de las costumbres, verdadera explicacion de nuestros deplorables estravios. El amor desordenado del oro es hoy una nueva faz de la revolucion de Sud-América, y los ambiciosos de los puestos, que saben es difícil mantener por largo tiempo en medio de aquel torrente, están dando el vergonzoso ejemplo de una habilidad poco envidiable. Caer con plata parece ser hoy el principio favorito de muchos de los hombres que desde Méjico hasta Buenos Aires manchan nuestra historia y nos deshonoran; y mientras se respeta en ese último país las propiedades de Rosas, la Iglesia se vé despojada de las suyas en la Nueva Granada.

Santa es la tarea de las almas jenerosas que se gozan mas en los auxilios que prestan al que padece que en su propia felicidad, y que se hacen dignos de poseer porque saben dar; pero no solo importa calmar los dolores del pauperismo por las manos de la caridad, importa ademas precaverlo; y las enseñanzas morales de la religion pueden solo hacer saber al que lo ignora, que la miseria es muchas veces, sino siempre, la consecuencia del vicio. Esas uniones ilejítimas de los dos sexos; esos niños arrojados al nacer lejos del pecho y del amor de la madre que les dió el ser; esas criaturas degradadas que venden su deshonra á vil precio, los hombres de hábitos desordenados que la compran, esos otros aventureros de la sociedad culta que introducen el veneno de la seduccion en el seno de la vida conyugal, todos esos exesos de la pasion desenfrenada son los que siembran las semillas del mal, y des-

organizando la familia, relajan y rompen los lazos morales que ligan á los miembros de una sociedad entre sí y á todos ellos con Dios. Propagar por lo tanto la doctrina cristiana, es el medio mas eficaz de evitar esas miserias morales, que minan por su base el edificio social.

Pero si es preciso prevenir el mal futuro, al mal presente se le debe aplicar remedio, y esto es lo que hacen en Francia la caridad oficial y la caridad privada. Una parte considerable de las contribuciones del pueblo vuelven á él para aliviar sus dolencias. La caridad recoge á la madre pobre para ayudarla á dar á luz la criatura de sus entrañas; toma al niño recién nacido y le dá cuna y nodriza, cuando la madre se vé forzada por la necesidad del trabajo á abandonarlo, se ocupa de su primera educacion en las salas de asilo, le lleva mas tarde á completarla en las escuelas de los hermanos de la enseñanza cristiana, le abre las puertas de los talleres y cuida del aprendizaje del artesano. La caridad adopta al huérfano, visita al enfermo, dá asilo á la vejez, rehabilita las uniones culpables, estimula el arrepentimiento, asiste á los rincones mas oscuros de la sociedad para dar consuelo á un dolor, sepultura á un difunto, pan al pobre, vestidos á la desnudez, abogado á los derechos del desvalido, médico y medicinas al enfermo de las campañas. Y esa gran virtud del cristianismo, madre de tantos prodijios, obra en silencio, con humildad propia de su abnegacion.

La mujer es el cómplice jeneroso del sacerdote en esta conspiracion contra los grandes padecimientos de la humanidad doliente. ¿Ni cómo seria posible que la mujer, esto es, la sensibilidad misma, pudiera ver con ojos enjutos las lágrimas de sus semejantes, cuando les agovia el peso del infortunio? ¿No vale mas convertir en pan un brillante, que dejar perecer un desgraciado por falta de alimento ó de remedio? ¿Las sedas, los encajes, las perlas, son acaso adornos que embellecen mas la noble figura de la mujer que la mas modesta de las virtudes?

No es tanta la severidad de mis convicciones que entienda que una mujer bien educada no deba gozar del mundo y divertirse; lo que me parece sin embargo contrario á sus deberes de familia y de sociedad, es que viva solo para los placeres

y las diversiones; y pienso que la señora y aun la señorita que gusta visitar los hospitales, los hospicios, las casas de huérfanos, las prisiones, alguna vez el cementerio, no perderá por eso los atractivos que la recomiendan á los ojos del que és ó del que está destinado á ser su esposo, ni los que la hacen brillar en la sociedad. ¡ Que esas nobles calidades de la antigua raza española, que á pasos tan lijeros abandonan nuestro suelo, hallen por lo menos un asilo en el corazon de la mujer americana; que el entusiasmo religioso de su alma mantenga encendida en el hogar doméstico esa antorcha de la fé, espuesta fuera de ese recinto á los vientos de todos los errores y de las vulgares ambiciones de los hombres ! ¡ Que amen ellas por lo menos á Dios, ya que los hombres nos amamos tanto á nosotros mismos !

Difícil me seria describir toda la abnegacion del clero en Paris, tan digno de ver asociados á sus esfuerzos desinteresados los de las respetables matronas que parecen vivir mas para los pobres que para sí mismas. « Si los sacerdotes reciben mucho, dice M. Cormenin, dan mucho; hacen algo mejor que dar mucho, lo dan todo. Y ademas de su dinero, dan su tiempo, sus dias, sus noches, sus exhortaciones y sus sacramentos. Por fin, hacen mas que todo esto; dan su perdón, cuando son calumniados. »

El mismo autor, al frente de un libro precioso publicado por órden del arzobispo de Paris, guia que buscan los corazones caritativos que quieren conocer todos los infortunios de esta gran capital; ese autor en el prefacio del Manual de las obras pias de Paris, ha escrito estas palabras: « ¿ Por qué tantos sacerdotes tienen sus lábios pegados con sus plegarias á los lábios de los que sufren enfermedades pestíferas y de los moribundos ? ¿ Por qué tantas damas delicadas suben llenas de fatiga las altas escaleras de las estrechas habitaciones del pobre ? ¿ Por qué deletrean ellas ba, be, bi, bo, bu, con los mas tiernos niños ? ¿ Por qué curan las llagas del enfermo ? ¿ Por qué respiran el olor fétido de los hospitales ? ¿ Lo harian ellas, lo hacen ellas acaso por todos los tesoros de la tierra ? No, pero les hablais del cielo, y por eso se consagran con mas coraje que un soldado, con tanta virtud como un santo.

« Ah! es que la religion las inspira, la religion que es el principio, el medio y el fin de todas las obras, porque es el principio, el medio y el fin del hombre. »

Don Pedro Palazuelos, á quien tanto recomendaban la exaltacion generosa de su espíritu y la nobleza de sus sentimientos, y cuya muerte prematura deplorará siempre Chile, presidia un dia una sociedad de beneficencia, compuesta de señoras de Santiago, y les decia en un discurso lleno de animacion como todos los suyos: « yo tengo el corazon de mujer. » En aquella ocasion era una bella palabra. Menester es que todos tengamos el corazon de mujer en presencia de las miserias y de las dolencias de las clases desgraciadas. No olvidemos que los pobres son nuestros hermanos y que son el mayor número de nuestras poblaciones. No olvidemos que la emancipacion se hizo en nombre de ellos y para ellos, y que en las bodas celebradas con motivo del matrimonio de la América del Sud con lo que hemos llamado la libertad, no les ha tocado la mejor parte; el desórden de las luchas anárquicas, huésped permanente aunque incómodo de todas las repúblicas hispano americanas, exepto Chile, y que no ha dejado de visitar á esta misma república, á la que tiene anunciada su aparicion periódica, el desórden, digo, revolucionario y faccioso, reina entre nosotros á expensas siempre del pueblo, que paga muy amenuado con su sangre los delirios de los caudillos que escriben y de los que pelean, jentes sin corazon, no digo de mujer pero ni aun de hombre.

Amemos al pueblo, amémosle como le amaba Palazuelos, como ama la mujer americana, con desinterés completo, desdennando el oro y los honores. Agrandemos la habitacion y purifiquemos el aire que en ella respira el pobre, enseñémosle á vestirse con aseo y á cuidar aun mas del aseo de su cuerpo.

Construyamos á lo menos ranchos modelos, ya que no podemos hacer otra cosa. Llevemos al niño del roto y del guaso á la escuela, á la escuela católica, donde aprenderá á ser hombre. No seamos nécios, (no me ocurre otra palabra) en nuestro ódio contra el Jesuita; es el misionero de la doctrina cristiana, y de él necesitamos para organizar la familia de los hombres del pueblo, para romper todos los lazos inmorales, y formarlos lejítimos. Mientras nosotros declamamos en la

prensa, sin que nuestras palabras, inspiradas casi siempre por motivos egoístas, hallen el menor eco en las rejiones de la soberanía popular, por usar el estilo del liberalismo, el jesuita trabajará modestamente y con celo infatigable por convertir esas materias primeras que componen el pueblo en Sud-América, en hombres llenos del espíritu del Señor, y ese espíritu del Señor, esa religion de nuestros padres y nuestros abuelos, es el espíritu de la verdadera libertad, es el de la honradez, el de la obediencia, el del respeto de todas las cosas respetables en una sociedad, que merece el nombre de sociedad.

Donde quiera que haya una miseria que aliviar, ahí esté el ojo y la mano de la caridad oficial, y que la caridad privada, espontánea, se presenta á cada paso en apoyo de la primera. Pregunto yo ¿quién cura á los enfermos de nuestras campañas? ¿quién los asiste en la hora de su agonia? ¿cómo están organizados los hospitales de las ciudades y fuera de ellas? ¿Hay en ellos hermanas de caridad sin las que un hospital no es un hospital? Pudiera multiplicar las preguntas, y de las respuestas resultaria, que hemos engañado al pueblo, principalmente en épocas de elecciones, pero que no le hemos amado, que no le hemos servido, que la caridad por fin no ha ligado y hermanado á los que pudieran y debieran hacer el bien con los necesitados de recibirlo.

Sin el clero ilustrado y virtuoso, como el de Paris, no hay ni enseñanza religiosa, ni caridad pública, y sin embargo cuánto no se declama en Chile mismo contra los Seminarios, cuyo objeto es formar un clero semejante! ¿Quién nos enseñará á amar y á servir al pueblo, sinó es nuestra madre la Iglesia; quién sinó ella nos dirá como deben aliviarse las dobles miserias de su alma y de su cuerpo, las morales y las materiales? Nuestra madre la Iglesia, digo, en estilo poco usado por la prensa americana, por que es tiempo, ya que los hijos rebeldes volvamos á su seno; es tiempo de que no nos avergonzemos de confesar lo que confiesan en Francia los grandes oradores como Berryer, Falloux, Montalembert, y el ilustre español, cuya pérdida reciente ha consternado á todos los hombres superiores de la Europa, Donoso Cortés; lo que confiesan con ellos todos los infatigables promotores de las obras santas de obediencia, como Marbeau, Melun, Cormenin;

lo que confiesan los hombres de Estado como Molé y Broglie; lo que confiesan por fin todas esas nobles matronas, que en este país derraman el aroma de sus virtudes cristianas, en el humilde hogar del obrero sin trabajo, y del pobre sin salud y sin pan.

He dicho al empezar estos reglones que la política conservadora debe pedir su inspiración á la caridad cristiana, y en efecto si conviene á la caridad ser amada del pueblo ó en otros términos ser popular, ¿de qué otra manera podrá hacerse sentir mejor su acción, que persuadiendo por sus propias obras á las clases numerosas del cielo vivo y sincero con que atiende á sus necesidades reales? Cuando el pueblo entienda que los hombres que le gobiernan procuran que coma, que vista, que duerma, que viva mejor; cuando en medio de los dolores inseparables de nuestra pobre condición sepa que le espera más tarde una vida más feliz que la de los presidentes y los reyes, y la religión aliente todas sus esperanzas con sus promesas sublimes; cuando el conocimiento del catecismo le dé toda la ciencia necesaria para obrar con honradez, para trabajar con resignación, comprendiendo que á pesar de la inevitable desigualdad de las condiciones el presidente de la república de Chile es prójimo, es decir, hermano del último roto; pero que no por esto está menos obligado á ver en él el guardian del orden público, el apoyo de la ley y con la ley de la prosperidad de todos y de cada uno, pregunto yo: ¿No empezará entonces la autoridad á ganar la más legítima de las popularidades, la popularidad de la gratitud? ¿Las predicaciones de la demagogía socialista serán escuchadas como lo han sido no mucho tiempo ha?

Colocarse, pues, decididamente al lado de la Iglesia, ayudar á hacer todo el bien que desea, llamar en su auxilio la cooperación de todas las virtudes, dar el ejemplo, como sucede en Francia, de una adhesión leal y respetuosa á sus derechos y á su doctrina, tal me parece, y creo no estar equivocado, el deber de la autoridad puesta al frente en nuestras repúblicas, de una política de conservación.

Mucho tiempo ha que se ha comprendido en Francia esta gran necesidad social de la época, no menos que en Inglaterra y en otros Estados europeos, y tendré muchas ocasiones de

dar cuenta á la prensa de Chile de las empresas de todo jénero que tienden á darles satisfaccion.

Puesto que todo se tiene que hacer con el pueblo en una república, es preciso hacer algo por él, á fin de que llegue el dia, pronto ó tarde, en que esas repúblicas sean lo que hoy pretenden ser.

Entretanto, como americano, me felicitaria cordialmente de que los gobiernos que merecen ese nombre, pues por desgracia las palabras del lenguaje político tienen entre Sud-América un valor muy distinto, cuando no contrario al de su real acepcion, me felicitaria, digo, de que los verdaderos gobiernos, como el de Chile, se persuadieran con la fuerza de una profunda conviccion de que la revolucion, esto es, el espíritu irreligioso y materialista, es el mal que destroza á las repúblicas de aquel continente y el que amenaza á Chile. El gobierno que empiece en ese país á llenar ese abismo, no solo habrá gobernado dignamente, sino lo que es mas, habrá fecundado la sávia de aquel suelo y legado á las jeneraciones venideras un porvenir, que desmienta las tristes previsiones que los hombres que nos contemplan desde Europa hacen de nuestra suerte futura.

« Solo hay un poder, dice el doctor Stahl de Berlin, solo hay un poder para cerrar el abismo de las revoluciones; es el cristianismo. »

« El cristianismo, dice M. Bechard, á quien citaré por última vez, el cristianismo es solo capaz de conducir al bien deseado, en nombre del progreso del tiempo. De él solo emanan los principios constitutivos, que pueden producir en su sentido saludable la *libertad*, la *igualdad*, la *fraternidad* y el *orden*.

« La verdadera libertad nace del cristianismo, que permite al hombre hacer valer todas las calidades de que Dios le ha dotado.

Del cristianismo resulta la verdadera igualdad, que en cada hombre asegura á la imájen de Dios, su derecho y su honor, honor mas altamente colocado que el de los antiguos caballeros.

« Del cristianismo sale la fraternidad, no esa fraternidad socialista que en cada hombre glorifica esterilmente la especie, sino esa verdadera fraternidad que, amando con humil-

dad cada individuo, se compadece de sus desgracias y de sus faltas, sin fraternizar con el pecado y las miserias morales de las masas.

« El cristianismo por fin es el que únicamente puede dar al orden material la base incommovible del orden moral. »

El autor termina su libro con las palabras siguientes, que serán las últimas de este escrito:

« Bajo la doble y saludable influencia de la libertad, de lo verdadero y de lo bueno, una sociedad cristiana, aunque vieja y agotada, puede recobrar aun la fé, esa luz divina que disipa las tinieblas de este mundo, ese pan supersustancial tan necesario para la vida del hombre como el pan material. Ella puede recobrar la esperanza, bella pasion, dice Bossuet, que nos sostiene y nos alimenta, que calma todas las amarguras de la vida, y que preferimos á los bienes efectivos. Ella puede recobrar sobre todo y poner en práctica la *caridad*, esta virtud universal, en la que se reasume el cristianismo, y que prescribiendo á cada uno separar de su propia fortuna lo necesario para la subsistencia de los indijentes y servir á los pobres con piedad, con placer y sumision, puede solo realizar y hacer amar en la tierra ese dogma de la fraternidad, que, desfigurado por las falsas doctrinas, se convierte en un instrumento de espoliacion, de servidumbre y de muerte. »

La libertad de la Enseñanza

Paris, setiembre 12 de 1853.

Uno de los prelados ilustres que en la época de Luis Felipe lucharon con mas celo en defensa de la libertad de la enseñanza y en contra de lo que llamaban con razon los católicos el monopolio universitario, escribia en 1850 estas palabras: « Por una disposicion singular de la Divina Providencia, los pueblos y las instituciones públicas se han puesto de acuerdo con la religion, á pesar de los acontecimientos que parecian destinados á alejarlos de ella. »

Así ha sucedido en efecto; la revolucion de febrero que á haber marchado sin trabas hubiera pacificado á la Francia en el socialismo, fué resistida por la union de todas las fuerzas conservadoras del país, provocó una saludable reaccion religiosa, y muchos de los hombres de Estado, que antes de ese triste acontecimiento habian estado del lado de la Universidad en la tan discutida cuestion de la enseñanza, se asocian á los católicos para reconocer y hacer penetrar en la legislacion el principio liberal y religioso.

Las revoluciones producen muchas veces el milagro de dar vista á los ciegos, cuando mas lo necesitan, esto es, cuando pisan el borde del abismo. Solo los ciegos de la América española parecen incurables, y sordos á la voz de la esperiencia, como están cerrados sus ojos á la luz. En vano truena la tormenta sobre nuestras cabezas y tiembla el suelo á nuestros pies, el mal sigue su curso desordenado, y en ninguna parte se vé iniciada esa reaccion vigorosa que debiera enfrenarlo y reducirlo á la impotencia. De tal manera es esto cierto que el *Diario de Debates* ha podido decir últimamente de nosotros: « Lo que sobre todo es deplorable es que esos pueblos parecen haber perdido hasta el sentimiento del mal que los consume, hasta la necesidad y el deseo de curarse de él. » Acompaña ese diario esta reflexion con otras palabras que no podría yo traducir sin rubor.

En Francia no sucede otro tanto. Aquí sus hombres mas eminentes tienen el corage de arrepentirse y de retroceder desde que se aperciben que anduvieron extraviados. En Inglaterra vemos tambien á cada paso á los mas acreditados personajes imitar el noble ejemplo de Sir Roberto Peel, y defender hoy lo que atacaron ayer, cuando la esperiencia les enseña que estaban en el error.

Mr. Thiers escribia lo siguiente en mayo de 1842: « En cuanto á la libertad de la enseñanza yo he cambiado, no por una revolucion en mis convicciones sino por una revolucion en el estado social . . . La universidad, puesta en manos de los falasterianos, pretende enseñar á nuestros hijos un poco de matemáticas, de física, de ciencias naturales y mucha demagogia; yo no veo salvacion para el país, ni la hay, sino en la libertad de la enseñanza . . . Yo soy lo que era, pero pongo

mis odios y mi calor de resistencia en el puesto en que se encuentra el enemigo. Este enemigo es la demagogia, y no le abandonaré el último abrigo del orden social, es decir, el catolicismo. »

Fácil fué comprender en efecto en 1848 que la demagogia era el enemigo de la sociedad, y que esa demagogia tenia vinculos de parentesco no muy remotos con la enseñanza filosófica y escéptica de la universidad.

El mismo escritor fué mas tarde, en 1850, uno de los autores de la ley hoy vigente en materia de enseñanza, aunque en parte modificada como se verá despues por el régimen imperial, y la defendió en la asamblea legislativa, con la superioridad de talento que se le conoce. Mr. Thiers dijo en esa discusion: « Confieso que respecto del clero no abrigo hoy los celos ni las aprehensiones que abrigaba hace dos años Los partidarios del Estado como los partidarios de la Iglesia son á mis ojos los defensores de la sociedad que considero en peligro. Por esto es que he tendido mi mano á los que me habian combatido, por esto es que la tiendo á Mr. de Montalembert. »

Terminó su discurso el elocuente orador pintando en bellas frases la alianza necesaria para el reposo y el progreso social entre la universidad y la Iglesia, entre la filosofia y la religion, hermanas inmortales, segun su espresion, que deben vivir unidas, al lado la una de la otra, sobre todo en los tiempos de crisis como los que entonces atravesaba la Francia.

El pensamiento de la ley de 1850, es en efecto un pensamiento de conciliacion, Y nadie mas digno de aconsejar un pacto semejante que Mr. Falloux, que propuso como ministro esa ley á la asamblea, hombre dotado del carácter mas distinguido y de una capacidad tan brillante, que ha podido figurar en los últimos años parlamentarios ante los primeros oradores de este país.

La universidad era en Francia una corporacion á la que todo estaba sometido en materia de enseñanza. Los liceos y colegios comunales dependian esclusivamente del Estado, que los sostenia y administraba por medio de agentes y profesores. Napoleon fué el creador de este cuerpo; él fijó la manera de hacer parte de él, le acordó una jurisdiccion sobre sus

propios miembros, le dió propiedades que hoy no tiene, y además la organizacion administrativa que existe en el Estado, un gobierno central. El gobierno provincial es el rector de las academias en los departamentos; el gobierno central el granmaestre, hoy el ministro, asistido antes por el consejo real, que tiene hoy el nombre de consejo de instruccion pública.

La universidad representaba en esa organizacion que recibió de Napoleon, lo que han llamado sus partidarios los derechos del Estado, derechos negados por los amigos de la enseñanza libre.

Entre estos derechos, la universidad se abrogaba el de conceder ó no á los establecimientos privados la facultad de enseñar; estos tenian que solicitar una autorizacion prévia. Los unos la obtenian ámplia para enseñar todo, otros limitada.

A la universidad competia tambien la colacion de grados. Antes de ser admitidos al estudio de las profesiones liberales, los jóvenes debian dar prueba de cierta instruccion sometién-dose al exámen de bachilleres en letras.

Claro es que la libertad no existia desde que la universidad se reservaba el derecho de acordar ó no el permiso de abrir una casa de educacion á los particulares; derecho de que podia fácilmente abusar respecto de la enseñanza libre, rival de la universitaria.

El Estado ó la universidad contaban en Francia en el año 1850, 56 grandes colegios, llamados liceos, 300 colegios comerciales; mientras que habia 800 establecimientos libres que enseñaban á cerca de 50,000 discípulos, número igual al de los que contenian los colegios del Estado y los colegios comunales.

Entre estos establecimientos libres los hay seculares y eclesiásticos, siendo estos últimos destinados á los jóvenes cuyos padres quieren darles principalmente una educacion religiosa.

Venian por fin los pequeños seminarios. Son los establecimientos que los obispos tenian la facultad de fundar en su diócesis, siendo ellos sus gefes y sus administradores, lo que hacia una escepcion á la regla general que sometia todos los establecimientos á la inspeccion de la universidad. No por eso era menos opresivo y odioso el monopolio de ese cuerpo en este punto.

La universidad decia en efecto al clero: « La enseñanza de los pequeños seminarios estará fuera de nuestra inspeccion, será dirigida esclusivamente por los obispos, pero no podrán formar sino sacerdotes en esos colegios. Vuestros discipulos no serán admitidos al exámen de bachilleres; les están por lo mismo cerradas las carreras liberales. »

Estos datos, que tomo del discurso de Mr. Thiers, dan idea sucinta de lo que era la organizacion de la universidad, tal cual la fundó Napoleon y existió hasta 1850, y de los establecimientos todos de segunda enseñanza, sometidos á su direccion, con escepcion de los pequeños seminarios.

Por las palabras siguientes del mismo discurso, se vé cuan fundadas eran las pretensiones del clero respecto de estos últimos. El clero decia: « Vosotros me acordais en los pequeños seminarios la educacion de veinte mil jóvenes: los obligais á llevar el hábito eclesiástico, á no pasar de ese número de veinte mil, y me decis, en cambio de la facultad que me acordais, que estos jóvenes no podrán presentarse al exámen de bachilleres, esto es, entrar en las carreras liberales. De esta manera colocais á esa juventud en una posicion deplorable. Si los veinte mil que me acordais persistiesen en su vocacion, si todos se hiciesen sacerdotes ¿ qué nos importa que les estuviese prohibido el grado de bachilleres y con él las carreras liberales ? ¡ pero despues de algunos años la vocacion de un gran número de ellos no se sostiene, y estos desgraciados jóvenes quedan sin carrera, á no ser que quieran empezar de nuevo sus estudios en los establecimientos del Estado ! »

A esta queja se agregaba otra no menos lejitima. La mayor parte de los jóvenes, que el clero llamaba á sus seminarios para destinarlos á la carrera eclesiástica eran pobres: los ricos no asistian á esos establecimientos, porque no podian salir de ellos para las carreras liberales; de donde resultaba que la fortuna de los ricos no se presentaba en apoyo de los pobres en la enseñanza del clero y que esos establecimientos carecian de los medios suficientes de subsistencia.

Todas estas trabas han desaparecido. La Iglesia puede enseñar en sus pequeños seminarios para todas las carreras, el número de sus discipulos no es limitado y la única condicion á que están sometidos es la de la inspeccion del Estado, ins-

peccion de que los autores de la ley los hubieran sin duda esceptuado, como antes lo estaban, sino hubieran debido conformarse con el artículo de la constitucion republicana que decia:

« La enseñanza es libre. La libertad de la enseñanza se ejerce segun las condiciones de capacidad y de moralidad determinadas por las leyes y bajo la inspeccion del Estado. Esta inspeccion abraza á todos los establecimientos de educacion y de enseñanza, *sin ninguna excepcion.* »

En vano M.M. de Faloux y de Montalembert protestaron contra ese artículo de la constitucion en la asamblea constituyente. Esa asamblea, como se sabe, contaba mas republicanos exaltados, que los que hubo en la legislativa que la reemplazó. En otra ocasion diré cuanta es la discrecion y el tino respetuoso con que los ministros, encargados de hacer observar la ley, han aplicado esa disposicion que los autoriza para inspeccionar los establecimientos eclesiásticos. Continúo explicando las modificaciones introducidas en el régimen anterior por la ley orgánica de 1850.

Esa ley acuerda, pues, la libertad de enseñar, no una libertad ilimitada; toda libertad ilimitada es absurda, y solo podian reclamarla los socialistas en Francia, como entiendo la han sancionado en la Nueva Granada los liberales que se les parecen; « nadie querria sin duda, dice Mr. Dupin, que el derecho de enseñar perteneciese á hombres inmorales é incapaces. »

La facultad de la universidad de conceder á todo establecimiento libre la autorizacion previa, ha sido suprimida. La ley exige únicamente que el que solicite abrir una casa de educacion presente un certificado de capacidad ó el título de bachiller y haya pasado ademas algunos años como profesor en un establecimiento, lo que llama la ley *stage*. En cuanto á la moralidad no le exige prueba alguna, basta que no haya oposicion de parte de las autoridades competentes.

Pero no importaba solo abolir esas trabas que embarazaban la libertad de enseñar, era preciso ademas que el cuerpo universitario fuera modificado para que la libertad fuera real y no ilusoria. « La Universidad, dijo Mr. Thiers, es un cuerpo que se juzga á sí mismo, examina toda la juventud francesa, le

confiere grados y está encargada de la inspeccion y de la autoridad sobre todas las escuelas.» Si la composicion de este cuerpo se hubiera mantenido tal cual antes existia, no solo se habria conservado el mismo espiritu poco favorable á la religion en los establecimientos públicos, nombre que llevan en Francia los del Estado, sino que los establecimientos libres de seglares y eclesiásticos habrian quedado sometidos á la inspeccion, no de una corporacion imparcial, sino de una corporacion rival; y es preciso tener presente para comprender la ley, que los legisladores al dictarla fueron inspirados por un doble pensamiento de religion y de libertad.

La universidad conserva su jurisdiccion, puede censurar á un profesor y obligar á un establecimiento público á la observancia de las leyes y reglamentos, conservar la colacion de grados, y por fin la inspeccion; pero á fin de que este gobierno de la enseñanza pueda ejercerse con la justicia debida y sin ningun mal espiritu de cuerpo, su composicion ha sido modificada; y entran en ella, como en un jurado, los representantes de todos los intereses que pudieran hallarse en contradiccion por falta de una especie de tribunal que los representára á todos. «De esta manera la parte gobernada, como decia Mr. Thiers, se hace gobernante á su vez; y como la enseñanza comprende hoy las escuelas del Estado, los colegios comunales, las casas privadas seglares, las casas privadas religiosas, los pequeños seminarios, todos ellos deben tener su representacion en el cuerpo universitario que gobierna.»

El *Consejo superior de la instruccion pública*, al que corresponde la alta direccion de la enseñanza, está compuesto de la manera siguiente:

El ministro, presidente.

Cuatro arzobispos ú obispos.

Un ministro de la iglesia reformada.

Uno de la confesion de Augsbourg.

Un miembro del consistorio central israelita.

Tres consejeros de Estado.

Tres miembros de la corte de Casacion.

Tres miembros del Instituto.

Ocho miembros nombrados por el presidente de la república que forman una seccion permanente.

Tres miembros de la enseñanza libre, nombrados tambien por el presidente.

« El pensamiento fundamental de la ley del 15 de marzo, dice Mr. Rendu en el comentario de ella, es el siguiente: reemplazar por la union de la sociedad entera el gobierno de una corporacion; llamar á las autoridades religiosas, poltticas, judiciarias, administrativas, todas las fuerzas morales del país, á dirigir la enseñanza pública y vigilar la enseñanza libre; sustituir en el gobierno de la educacion nacional la sociedad misma, no al Estado, sino á la universidad.

« El título y la composicion del consejo colocado á la cabeza de la gerarquia, concuerdan con este pensamiento: ese consejo no es ya el consejo de la universidad, sino el consejo de la *Ilustracion pública*; sus miembros no son exclusivamente escojidos entre los funcionarios de la universidad; ellos no se hacen parte integrante de una corporacion; pero la ley para constituir una magistratura que presida, con la imparcialidad de la independencia, los intereses generales de la enseñanza nacional, se dirige á lo mas elevado en el órden moral, los ministros del culto; á lo mas hábil y mas ilustrado en el órden administrativo, el consejo de Estado; á lo mas apto para juzgar segun las reglas de la justicia, la corte de Casacion; á lo mas favorable á los progresos de las letras y de las ciencias, el Instituto; á lo mas experimentado en lo tocante á la instruccion de la juventud, la universidad; á lo mas independiente por fin y mas dispuesto á las tentativas de la innovacion, la enseñanza libre. »

La ley deja al ministro de instruccion pública la independencia de accion conveniente, pero se obliga á consultar en los casos graves al consejo, cuyas atribuciones son importantes, pues el ministro debe tomar su dictámen sobre los reglamentos relativos á los exámenes, á los concursos y programas de estudios en las escuelas públicas, á la inspeccion de las escuelas libres, y era general sobre todos los decretos que reglamentan los establecimientos de instruccion pública.

Debe ademas el ministro tomar el voto del consejo sobre la creacion de facultades, liceos y colegios; sobre los auxilios y fomento que deba acordarse á los establecimientos libres de segunda enseñanza; sobre los libros que puedan ser introduci-

confiere grados y está encargada de la inspeccion y de la autoridad sobre todas las escuelas.» Si la composicion de este cuerpo se hubiera mantenido tal cual antes existia, no solo se habria conservado el mismo espíritu poco favorable á la religion en los establecimientos públicos, nombre que llevan en Francia los del Estado, sino que los establecimientos libres de seglares y eclesiásticos habrian quedado sometidos á la inspeccion, no de una corporacion imparcial, sino de una corporacion rival; y es preciso tener presente para comprender la ley, que los legisladores al dictarla fueron inspirados por un doble pensamiento de religion y de libertad.

La universidad conserva su jurisdiccion, puede censurar á un profesor y obligar á un establecimiento público á la observancia de las leyes y reglamentos, conservar la colacion de grados, y por fin la inspeccion; pero á fin de que este gobierno de la enseñanza pueda ejercerse con la justicia debida y sin ningun mal espíritu de cuerpo, su composicion ha sido modificada; y entran en ella, como en un jurado, los representantes de todos los intereses que pudieran hallarse en contradiccion por falta de una especie de tribunal que los representára á todos. «De esta manera la parte gobernada, como decia Mr. Thiers, se hace gobernante á su vez; y como la enseñanza comprende hoy las escuelas del Estado, los colegios comunales, las casas privadas seglares, las casas privadas religiosas, los pequeños seminarios, todos ellos deben tener su representacion en el cuerpo universitario que gobierna.»

El *Consejo superior de la instruccion pública*, al que corresponde la alta direccion de la enseñanza, está compuesto de la manera siguiente:

El ministro, presidente.

Cuatro arzobispos ú obispos.

Un ministro de la iglesia reformada.

Uno de la confesion de Augsbourg.

Un miembro del consistorio central israelita.

Tres consejeros de Estado.

Tres miembros de la corte de Casacion.

Tres miembros del Instituto.

Ocho miembros nombrados por el presidente de la república que forman una seccion permanente.

Tres miembros de la enseñanza libre, nombrados tambien por el presidente.

« El pensamiento fundamental de la ley del 15 de marzo, dice Mr. Rendu en el comentario de ella, es el siguiente: reemplazar por la union de la sociedad entera el gobierno de una corporacion; llamar á las autoridades religiosas, políticas, judiciarias, administrativas, todas las fuerzas morales del país, á dirigir la enseñanza pública y vigilar la enseñanza libre; sustituir en el gobierno de la educacion nacional la sociedad misma, no al Estado, sino á la universidad.

« El título y la composicion del consejo colocado á la cabeza de la gerarquía, concuerdan con este pensamiento: ese consejo no es ya el consejo de la universidad, sino el consejo de la *Ilustracion pública*; sus miembros no son exclusivamente escojidos entre los funcionarios de la universidad; ellos no se hacen parte integrante de una corporacion; pero la ley para constituir una magistratura que presida, con la imparcialidad de la independencia, los intereses generales de la enseñanza nacional, se dirige á lo mas elevado en el órden moral, los ministros del culto; á lo mas hábil y mas ilustrado en el órden administrativo, el consejo de Estado; á lo mas apto para juzgar segun las reglas de la justicia, la corte de Casacion; á lo mas favorable á los progresos de las letras y de las ciencias, el Instituto; á lo mas experimentado en lo tocante á la instruccion de la juventud, la universidad; á lo mas independiente por fin y mas dispuesto á las tentativas de la innovacion, la enseñanza libre. »

La ley deja al ministro de instruccion pública la independencia de accion conveniente, pero se obliga á consultar en los casos graves al consejo, cuyas atribuciones son importantes, pues el ministro debe tomar su dictámen sobre los reglamentos relativos á los exámenes, á los concursos y programas de estudios en las escuelas públicas, á la inspeccion de las escuelas libres, y era general sobre todos los decretos que reglamentan los establecimientos de instruccion pública.

Debe ademas el ministro tomar el voto del consejo sobre la creacion de facultades, liceos y colegios; sobre los auxilios y fomento que deba acordarse á los establecimientos libres de segunda enseñanza; sobre los libros que puedan ser introduci-

dos en las escuelas públicas, y sobre los que deban ser prohibidos en las escuelas libres, como contrarios á la moral, á la constitucion y á las leyes.

Se vé pues, que llamado el clero á tener parte en la composicion de ese consejo superior, puede hacer escuchar su voz en defensa de los intereses morales, y ejercer su influjo en la misma enseñanza de los establecimientos públicos ó universitarios.

La seccion permanente de ese consejo cuidó del exámen preparatorio de las cuestiones que tocan á la policia, contabilidad y administracion de las escuelas públicas. Dá ademas su parecer, cuando lo pide el ministro, sobre las cuestiones relativas á los derechos y ascensos de los miembros del cuerpo docente, presenta anualmente al consejo un informe sobre el estado de la enseñanza en las escuelas libres.

En la composicion de ese consejo es donde mas resalta el pensamiento de conciliacion, con que el legislador se propuso poner término á las luchas apasionadas, que habian antes sostenido los partidarios de la enseñanza oficial y los de la enseñanza libre. Ninguna resolucion grave puede tomarse en materia de enseñanza sin que la voz de la Iglesia sea escuchada por el órgano de sus obispos.

Además de ese consejo puesto al frente de la direccion general de la instruccion pública, la ley de 15 de marzo estableció en cada departamento un consejo académico, presidido por el rector, que no debe ser, como antes, esclusivamente tomado entre los miembros de la enseñanza pública. En la composicion de este consejo se ha observado la misma regla, que en la del consejo superior. El consejo académico se compone de un rector, un inspector de academia, el prefecto ó su delegado, el obispo ó su delegado, un eclesiástico designado por el obispo, un ministro de los cultos protestantes donde hay una iglesia legalmente establecida, el procurador general, un miembro de la corte de apelacion ó á falta de éste del tribunal de primera instancia, y cuatro miembros elegidos por el consejo general de cada departamento.

Estos consejos académicos tienen por objeto dar intervencion á la sociedad por medio de sus diversos representantes en todo lo que toca á la enseñanza departamental. En este

punto los legisladores se propusieron poner en práctica, como se ve, por atribuciones de esos consejos, el principio de la descentralización administrativa, que tan poco desarrollada está en Francia.

Tal es en resúmen lo que dispone la ley del año 1850 respecto de las autoridades que dirigen la instrucción pública. Antes de entrar en las otras partes de la ley y de examinar las reformas que han sufrido después de febrero los diversos ramos de la enseñanza, me parece conveniente insistir sobre el espíritu de la nueva legislación indicando además los resultados producidos hasta el día por ella.

La ley de 1850, se propuso, como lo he indicado antes, reemplazar el monopolio por la libertad, sustituir á la acción exclusiva de un cuerpo la libre acción de la competencia, sin emancipar por eso la enseñanza de la intervención del Estado, como sucede en Bélgica. Al mismo tiempo que se apela á la cooperación del espíritu público, los representantes de los diversos cultos reconocidos fueron invitados á hacer parte de la universidad en su nueva organización, y el principio de la elección fué invocado por la composición del consejo superior, como de los consejos académicos. Así es que en el consejo superior los miembros del obispado debían ser elegidos por sus colegas: igual cosa se determinaba respecto de los consejeros de Estado, miembros de la Corte de Casación y del Instituto. En los consejos académicos, cuatro de sus miembros eran nombrados por los consejos generales de los departamentos. Pero ese principio de la elección estaba combinado con el derecho acordado á lo que entonces era el poder ejecutivo de nombrar una parte de los miembros de ambos consejos.

Puede afirmarse, pues, con razón, que la nueva legislación fué en 1850 un doble triunfo de la libertad y de la religión. Luego veremos que si las leyes del imperio han debilitado la acción del primer principio, concentrando en el gobierno las facultades directivas de la instrucción pública no por eso es menos eficaz la parte que cabe á la religión en el nuevo giro, que después de febrero, ha tomado la enseñanza en este país.

Voy á citar algunas palabras de los promotores principa-

ellos la ley de 1850 para que se vea cuan imbuidos estaban ellos en la convicción de que la enseñanza oficial como la libre, debían recibir un fuerte impulso de las creencias religiosas, á fin de no educar en adelante á las generaciones venideras, como lo habían sido las anteriores, para la demagogia revolucionaria contra la que era el último baluarte, segun la espresion de Mr. Thiers, la Iglesia católica.

Oigamos primero algunos testimonios respetables de fecha anterior á la revolucion de febrero. M. de Gasparin, protestante, decia lo siguiente: « Recuerdo con terror lo que era yo al salir de esa educacion nacional (la de la universidad) recuerdo lo que eran todos los condiscipulos míos que yo trataba. ¿Eramos exelentes *ciudadanos*? Lo ignoro; pero seguramente no éramos cristianos; no teníamos ni las mas débiles nociones de la fé y de la vida evangélica. »

Mr. Guizot confesaba que la educacion no estaba al nivel de la instruccion, y despues de febrero ha pronunciado palabras notables que tuve ocasion de citar cuando me ocupé de la instruccion primaria.

Mr. Dubois, director de la Escuela Normal, decia desde 1836: « La educacion antes entera y exclusivamente religiosa, obra de la familia y del culto, parece que desaparece hoy ante la ciencia. Algunas vagas tradiciones, á menudo contradictorias, se conservan apenas en los espíritus y vemos no *sé qué deplorable indiferencia del porvenir moral* de los hombres y de su destino, reinando precisamente donde el cuidado y la preocupacion profunda de este porvenir debia ser el primero y el mas santo de los deberes. »

Mr. Saint Marc Girardin, miembro del consejo real, escribia: « No formamos ni ciudadanos ni devotos en nuestros colegios. Instruimos pero no educamos. Cultivamos y desarrollamos el espíritu, pero no el corazon. »

Eso decían y escribían los que pertenecían á la universidad misma. La verdad es que la universidad instruía pero no educaba, y que las costumbres declinaban visiblemente. Antes de febrero podia decirse lo que dice el *Constitucional* de hoy: « Cuando las virtudes de un pueblo cesan de estar al nivel de sus luces, por próspero é ilustrado que sea ese pueblo, está muy cerca de su decadencia, muy cerca de su ruina. »

El fruto moral de la enseñanza universitaria podía reasumirse, según la expresión de Mr. Montalembert, en estas dos palabras: *goza y desprecia*. De ahí el grosero materialismo y el espíritu de insubordinación contra toda ley y contra toda autoridad. Tan cierto es esto que la historia francesa comprueba el aserto siguiente del mismo elocuente orador: «Ningún gobierno ha podido resistir en nuestro siglo el ataque de la generación que habla formado. Apenas ha dejado de educar una generación en el espacio de quince ó veinte años cuando esta generación se subleva contra él y lo derriba.»

Así fué como los liberales derrocaron al gobierno de la restauración, los republicanos el de Luis Felipe, y así como los socialistas habrían reemplazado á la república con la más detestable dictadura.

«Era, pues, preciso atacar en su origen la demagogia, el espíritu de desobediencia y de revueltas, y para ello la educación debía ser seriamente reformada. Tal fué la convicción de todos los hombres conservadores, que en la asamblea legislativa y fuera de ella, querían poner coto á los progresos del mal.

En el informe con que M. Bœugnot acompañó la ley sobre la instrucción pública, se leen estas palabras: «El legislador debe fundar sobre las dos únicas bases, que pueden ser adoptadas, *la moral y la religión*, un plan de instrucción pública, en armonía con las necesidades, los intereses y el genio de nuestra nación, y que sea el primer elemento de su estabilidad y de su grandeza.»

En el mismo informe leo también lo siguiente: «Si la enseñanza no se inspira constantemente en las fuentes de la religión y de la moral si instruye sin mejorar, sus progresos servirán solo para calcular el mal profundo y por largo tiempo irremediable que habrá causado. Ningún Estado, cualesquiera que sean la naturaleza y la forma de sus instituciones y el esplendor de su civilización, podría resistir á la acción prolongada y poderosa de una enseñanza popular que fuera, irreligiosa y corruptora. Todos los partidos políticos, por divididos que se les suponga, tendrían el mismo interés en unir sus esfuerzos para conjurar este peligro, pues estarían todos

igualmente amenazados por un principio destructor, cuya ciega enerjia nadie podria sujetar, desde que hubiera llegado á su completo desarrollo. »

Cuando trate mas tarde, en el curso de estos estudios, de la instruccion pública en Inglaterra, en Bélgica y en Alemania, haré ver que en esos paises, como en Francia, se comprende que las únicas bases, como dice M. Beugnot, de la enseñanza pública, deben siempre ser la *moral y la religion*, y que en los establecimientos de esos paises pudieran inscribirse estas palabras, que el mas grande de los de Lóndres pone al frente de sus programas: « Todo sistema de educacion, en un país cristiano, debe colocar la religion cristiana en el primer rango de los estudios. Sin la ciencia religiosa, las otras ciencias no pueden asegurar ni felicidad al individuo, ni prosperidad al Estado. »

Queda, pues, asentado como un axioma, que el principio gefe de toda enseñanza, primera, segunda ó superior, debe ser el principio religioso. Bajo el imperio de esa conviccion fué propuesta y sancionada la ley de 1850, y es inútil agregar para los que saben como estaba compuesta la mayoria de la asamblea legislativa, que entre los miembros que votaron por esa ley se cuentan los publicistas y hombres de Estado mas renombrados de Francia.

La ley sin embargo no dejó de tener contradictores y aun entre los mismos católicos. Creian muchos que la conciliacion no podia ser sincera ni suficientemente eficaz. Parecia difícil en efecto que no se reanimaran con el contacto las antiguas prevenciones enjendradas por una lucha no muy antigua y que los representantes del poder espiritual y del temporal, de la Iglesia y de la universidad, terminados por miras exclusivas, no hicieran nacer la anarquía en el seno mismo de ese consejo superior de la instruccion pública, en el que fueron llamados á asociar sus esfuerzos.

Como sucede ademas en toda transaccion, era preciso que cada una de las partes abandonara algo de sus exigencias anteriores, y los que no se sentian capaces de este esfuerzo, entendian los unos que la Iglesia era sacrificada, los otros que la universidad. Entre los partidarios de esta última uno de ellos declaró, que la transaccion le parecia un *tratado leonino*,

una nueva forma de ese tratado Lepredour, que habia encontrado tan pocas simpatias en la asamblea.

En cuanto al desacuerdo de una parte de los católicos, él duró hasta que una voz venerada por todos ellos puso término á la polémica. El Santo Padre, en contestacion á una carta del conde Molé, presidente del *comité de la enseñanza libre*, le dirigió un breve en el que se leen estas palabras: « Os damos los elogios que mereceis, sabiendo que en esta gran empresa, vuestro primer anhelo y vuestro primer pensamiento ha sido favorecer y propagar cada vez mas en Francia la educacion de la juventud segun los saludables principios de la doctrina católica. »

Ese *comité de la enseñanza libre*, fundado en los tiempos de la pasada lucha con la universidad, ha producido muy importantes servicios, dando á luz publicaciones de sumo interés y consagrando sus esfuerzos, despues de promulgada la ley de 1850, á explicar esta ley en la parte en que la complicacion de la legislacion lo reclamaba, y estimulando el celo de los católicos para la creacion y el fomento de establecimientos de instruccion de todo jénero. Ultimamente el comité acaba de publicar un luminoso informe sobre los resultados producidos por la nueva legislacion, y me valgo de los datos que él me ofrece, para señalar los beneficios que el régimen de la libertad ó de la competencia libre ha producido en Francia.

Debe ante todo advertirse que desde el 15 de marzo de 1850, en que la ley fué votada, hasta el 2 de diciembre de 1851, el país estaba preocupado por las graves dificultades de la situacion política, y por las alarmas que causaba la aproximacion del año 1852; que durante ese tiempo hubo muchos cambios de ministerio, y que no todos los ministros encargados del departamento de la instruccion pública, se penetraron igualmente del verdadero pensamiento de la ley que debian poner en práctica, y cuyo espíritu fué mas de una vez violado por los reglamentos destinados á arreglar su observancia. A pesar de todo esto, los resultados obtenidos bastan para recomendar de una manera satisfactoria al régimen establecido por la ley.

« Con todo, dice el informe del comité, si á pesar de tales obstáculos, la ley del 15 de marzo de 1850 ha producido ya

muchos de los frutos que se esperaban de ella; si la influencia del clero en la enseñanza pública ha adquirido un justo incremento; si en un gran número de departamentos los cuerpos municipales de las ciudades, adjurando antiguas prevenciones, se han dirigido á los obispos, como á los guardianes naturales de la pureza y de la solidez de la enseñanza: si los jesuitas han podido abrir de nuevo, aplaudidos por los hombres de bien, algunas de sus casas de educacion que hacia 24 años estaban cerradas; si los que distribuyen la instruccion en nombre del gobierno muestran en su conducta mas decoro, en su lenguaje mas mesura, y en sus escritos mayor disposicion á abrazar la verdad; si algunos escándalos demasiado prolongados han sido pronta y severamente reprimidos; si los establecimientos creados por la ley orgánica han correspondido sin dificultad y en todas partes á los actos del legislador; si los ciudadanos llamados en nombre del interés públicos, á vijilar y proteger la enseñanza popular no han traicionado la confianza de la ley; si por fin señales numerosas é inequívocas atestiguan que esta ley ha entrado ya en nuestras costumbres, que ella encuentra en todas partes apoyo y amparo, porque satisface de una manera conveniente y prudente una necesidad manifiesta de la sociedad; si, decimos, estos hechos están probados, no es preciso una experiencia mas prolongada para declarar que la ley del 15 de marzo de 1850 ha resuelto la mas grande y la mas difícil de las cuestiones. »

• Todos esos hechos están en efecto probados en el informe, y en los límites de mi correspondencia no cabria esponerlos con estension. Bástame decir que los temores de conflicto en el seno mismo del consejo superior no se han realizado, que sentadas sus deliberaciones, sus miembros se han mostrado animados de un laudable espíritu de moderacion y concordia, y que los fallos de este jurado de la enseñanza han sido conformes á los principios de justicia y á las necesidades morales del país. Otro tanto puede decirse de los consejos académicos de los departamentos, que han prestado servicios eminentes, dice el informe. Los delegados cantonales invitados por la ley á inspeccionar las escuelas primarias han sido tambien de mucha utilidad, á pesar de que sus funciones eran gratuitas, y á pesar de que, como observa el informe, este género de fun-

ciones ambicionadas en Inglaterra y en los Estados Unidos por la parte mas escogida de la sociedad, se evitan y se rehúsan en Francia. Por fin el hecho mas prominente es la fundacion despues de 1850 de 257 nuevos establecimientos libres.

Un decreto del 9 de marzo de 1852 ha hecho algunas modificaciones en la ley del año 1850, principalmente en lo relativo al nombramiento de los empleados superiores de la enseñanza, el principio de la eleccion ha sido suprimido en los nombramientos. Otro decreto del 10 de abril del mismo año ha establecido un nuevo plan de estudios.

De ambos decretos me ocuparé en otra ocasion; y será uno de mis objetos en estos trabajos hacer resaltar la necesidad de dar una parte principal en la enseñanza á la religion y con ella al clero, sobre todo en los paises que, como la Francia, y las repúblicas de Sud-América que han navegado en sus aguas, se han dejado estraviar por los errores de un liberalismo revolucionario é incrédulo. Terminaré por lo mismo este estudio con algunos renglones del informe del *Comité de la enseñanza libre*, muy aplicable á nuestro estado moral.

« Despues que la filosofia del último siglo ha secado en tantos corazones el gérmen de la fé y el principio del respeto, sin el que una nacion es ingobernable, la Francia, privada de fuerza moral y de direccion, se deja arrastrar á revoluciones sin objeto y sin fin, que hacen temer hasta por su existencia como nacion. ¿Cómo corregir las debilidades y los vicios de las generaciones que se suceden unas á otras, trayendo tras sí y desplegando un contingente de errores y de corrupcion cada vez mayor, si no se reforma profundamente el peligroso sistema de educacion que se ha adoptado, haciéndolo mas religioso, mas moral, mas severo, mas conforme con el destino presente y futuro de los individuos y la vocacion de una antigua y poderosa nacion? La Francia no posee otro medio de conjurar los peligros que la amenazan; todos los demas son vanos paliativos, que adormecen por un instante el dolor, pero que no curan la herida. El empleo de este remedio es sin duda difícil, y sus resultados se harán esperar por largo tiempo; pero el éxito es seguro. El maestro de la educacion no es, como se ha dicho, el maestro del porvenir. No desesperemos

de la suerte de nuestra nacion, si podemos reformar, bajo las inspiraciones de la religion, su sistema de educacion.

«La reforma de la educacion no es una empresa tan laboriosa y tan delicada. La Francia posee, gracias á la proteccion del cielo, un clero modelo de piedad, de virtud, de abnegacion y de sacrificio. La mision de este clero no consiste únicamente en dirigir las almas hácia la verdad eterna, pues le ha sido ademias ordenado instruir las naciones, y su celo se eleva siempre al nivel de sus deberes. ¿Porqué no confiarle el cuidado de formar la juventud? ¿No se han visto salir de su seno congregaciones, que han levantado á la mayor altura el arte de educar en el amor de lo bueno y de lo bello?

Al emprender estos estudios sobre la instruccion pública en Francia y en otros Estados europeos, mi primer empeño es llamar la atencion seria de los gobiernos y de los escritores que aspiran á gobernar la opinion, sobre una materia que, como muchas otras, ha sido como debiera ser, la preocupacion constante de nuestros hombres públicos, que nada han visto mas allá del tiempo presente.

La preocupacion del porvenir es el mas elevado sentimiento de cuantos recomiendan á un patriotismo ilustrado. Yo confieso sin embargo que mi inteligencia no alcanza á comprender cual sea el remedio inmediato que pueda aplicarse á las mas de las repúblicas sud-americanas. Conozco mas de uno pero de aplicacion imposible; y esto me hace á veces temer que hemos llegado, poco despues de nacidos, á una de esas épocas de decadencia inevitable, que pinta Tito Livio, en que los pueblos no saben soportar ni el mal ni el remedio.

Yo espero, á pesar de todo, que nos aguarda un porvenir, y por porvenir no entiendo simplemente el tiempo futuro; si ese nos bastára es seguro que lo tendremos, (con el permiso se entiende de Dios, que es el dueño de todos los tiempos.) Pero no es esa la idea que encierra la palabra *porvenir*. Por ella se entiende tiempos mejores que los presentes, se entiende el progreso realizado en las cosas y en los hombres futuros, se entiende por fin la esperanza de una sociedad mas rica, mas poderosa, mas moral y por lo mismo mas feliz. Cuando la intuicion del porvenir aparecia á la imaginacion apasionada de

nuestros padres, y les alentaba para acometer y llevar á cabo tan heroicas empresas, ¿podian ellos suponer que nuestro presente, esto es, el porvenir de su imaginacion, seria la época de crímenes, de discordias, de guerras fratricidas, de brutales pasiones, que se han enseñoreado de la América que emanciparon? Si hubieran podido preveer un porvenir tan vulgar y tan odioso, ¿no se habria caido mil veces la espada de su manos, habrian experimentado ese fogoso entusiasmo que los animaba?

Pues bien, preparar su porvenir á las generaciones venideras es educar las presentes, es enseñar el catecismo, es llenar nuestras ciudades y nuestros campos de maestros de escuela, católicos, puesto que como lo hemos visto, educar es moralizar, y moralizar ¿qué otra cosa es que hacer religioso al hombre? Rosas era consecuente desterrando á los jesuitas, quiso embrutecer á sus contemporáneos y á los hijos de ellos. La tiranía no gana con la ilustracion moral del pueblo; pero lo que no concibo es la aversion de gentes que se llaman liberales é ilustradas contra el ministro del Evangelio, contra la enseñanza religiosa, contra el maestro por fin del porvenir, segun la espresion arriba citada, y en la doble acepcion que tiene en francés esta palabra.

En vano nos habla la Francia y nos dice: Nosotros dejamos enseñar á los jesuitas, sus casas de educacion son las mas frecuentadas. La Inglaterra, la Alemania, los Estados Unidos, la Bélgica, la España, les dejan enseñar tambien; pero la Nueva Granada los destierra para dejar penetrar el socialismo; el Ecuador persigue á esos proscritos, y ¿cuáles son las otras repúblicas en las que no se experimenta respecto de ellos por parte de los liberales repugnancias mas ó menos vivas, y esas antipattas contra los jesuitas no se estienen á todo el clero? ¿Se le acuerda en todos nuestros paises la intervencion que le toca en materia de enseñanza? ¿Se fomentan en todos los seminarios, y se piden de todos á la Europa sacerdotes recomendables por la ciencia y la virtud para educar, para que las generaciones que nos han de reemplazar valgan mas que nosotros?

Si esas injustas prevenciones no se apagan; si para contribuir á tan saludable resultado no nos declaramos los que ha-

blamos en la prensa ante todo y mas que todo católicos; si preferimos la lectura del Judio Errante á la de los grandes abogados de la doctrina cristiana; si seguimos empeñados en ser liberales sin religion y nos burlamos de las cosas santas y de los mandamientos de Dios y de la Iglesia; si nos empeñamos en desacreditar al clero y lanzamos los sarcasmos de nuestra incredulidad contra el beato y devoto, nuestro porvenir será el de gentes que no tendrán la virtud de arrodillarse en los templos, pero que, hábiles para reducir á polvo los objetos mas sagrados, tendrán el triste corage de mantenerse de pié en el fango formado por las mas detestables pasiones. Nos felicitamos, es cierto, de habernos emancipado del fraile; pero no será de eso solo de lo que nos hayamos emancipado, y la mayor parte de nuestras repúblicas serán . . . lo que son !

Pensemos, pues, en el porvenir; pensemos en la educacion; pensemos por fin en Dios, que nos ha de juzgar á todos, y que nos ha impuesto el deber de enseñar su verdad al que no la sabe.



Estudios sobre la instruccion pública en Francia

Paris, setiembre 27 de 1853.

Si como sucede á menudo en nuestros paises, hubiera caido en mis manos un libro sobre la instruccion pública en Francia, y dando entero crédito á las opiniones del autor me hubiera propuesto valerme de ellas para estudiar esta materia, mi tarea habria sido muy fácil; pero queriendo hacer un trabajo de conciencia, me he provisto de las muchas obras, revistas, y aun diarios, que se han ocupado de la no menos vasta que delicada cuestion de la enseñanza. Esta abundancia de materiales no deja de embarazar algunas veces, pues en vista de tantos datos y pareceres, cuesta no poco ver claro en un asunto tan complicado en un país como este, donde las revoluciones rompen tan frecuentemente el hilo de la tradicion, y

cuyos gobiernos aspiran siempre á cambiar aun aquellas instituciones, que debieran estar al abrigo de las mudanzas de la política.

Apenas merecerán estos escritos el título modesto de *Estudios* que llevan. Quizá me servirán mas tarde, con mejor conocimiento del asunto, para formar un volúmen digno de ser consultado por los que entre nosotros se dedican al exámen de objeto tan importante. Confío sin embargo en que estos artículos serán aceptados por la universidad de Chile en pago de la deuda que me impuso el Gobierno, llamándome á hacer parte de los miembros que la componen.

He indicado en mi anterior artículo que el gobierno imperial habia modificado la ley de 1850, que estableció la libertad de la enseñanza, y fué por lo mismo un triunfo de la Iglesia y de los católicos, que tan vivamente atacaron durante el reinado de Luis Felipe el monopolio de la universidad. He agregado que á pesar de esas modificaciones el gobierno, léjos de desconocer la intervencion que corresponde á la religion en la enseñanza pública, estaba animado del mismo espíritu que dictó la ley de la asamblea legislativa. Voy á decir ahora cuales es el carácter de las nuevas innovaciones y á dar cuenta tambien del nuevo plan de estudios observado hoy en los establecimientos de segunda enseñanza dependientes del Estado.

Se ha visto cual era la composicion del consejo superior de la instruccion pública, cual la de los consejos académicos establecidos en todos los departamentos, de qué manera eran nombrados los miembros de ambos consejos y cuales eran sus atribuciones. El gobierno de la enseñanza podia decirse que pertenecia á la sociedad misma. Ambos consejos emanaban de la eleccion y formaban como cuerpos legislativos, cuyas decisiones debia obedecer el ministro mismo de la instruccion pública. Asi he entendido yo la organizacion creada por la ley de 1850.

Indudablemente la libertad tenia mas sérias garantías, y la enseñanza universitaria estaba menos espuesta á caer de nuevo en los excesos y las tendencias exclusivas de cuerpo que bajo el nuevo sistema de administracion que la rige. El fin de la ley orgánica del 9 de marzo de 1852 es el estableci-

miento de la gerarquía para hacer mas directa y eficaz la accion de la autoridad ministerial, y el de poner en armonia la composicion del cuerpo docente con los principios en que se funda la nueva constitucion de la Francia.

Por ese decreto el gobierno nombra y revoca directamente todos los profesores, funcionarios y agentes de la instruccion pública, cualquiera que sea su rango. Se admite el sistema de presentacion de candidatos para las diversas facultades, pero el gobierno no estará obligado á escojer entre los candidatos presentados. El principio de inamovilidad queda suprimido. Los maestros de escuelas comunales siguen siendo nombrados por los rectores, segun lo ordenó la ley de 1850.

El mismo decreto crea ocho inspectores generales de la enseñanza superior; tres para las letras, tres para las ciencias, uno para el derecho y uno para la medicina; crea ademas seis inspectores generales de la segunda enseñanza, tres para las letras, tres para las ciencias; y por fin dos inspectores generales de la enseñanza primaria.

La seccion permanente del consejo superior ha sido suprimida; y el consejo superior se compone de tres senadores, tres consejeros de Estado, cinco arzobispos ú obispos, en vez de cuatro, tres miembros de la corte de Casacion, cinco miembros del Instituto, en vez de tres, los ocho inspectores generales y dos miembros de la enseñanza libre en vez de tres.

En cuanto á la disciplina, el poder está investido por el mismo decreto de la facultad de reprimir inmediatamente todos los delitos, y el antiguo modo de procedimientos se ha abolido.

En lo demas queda en vigor la ley de 1850. Nada se ha innovado respecto de las garantias que esa ley fijó en favor de los establecimientos libres, y debe observarse ademas que las atribuciones del consejo superior tampoco han sido alteradas, lo que hace que tengan siempre voz deliberativa al lado del ministro los representantes de todos los intereses morales de la sociedad.

El ministro acaba de dar á luz un estenso informe sobre la situacion de la instruccion pública, por el que se vé que los establecimientos públicos ó del Estado habian perdido mucho

á los ojos de la opinion despues de la catástrofe de febrero, y á fin de librarlos de una decadencia inevitable, á que podia contribuir la competencia de la enseñanza libre, el ministro ha querido restablecer la gerarquia y decretar el nuevo plan de estudios de que voy á tratar en seguida.

« Las doctrinas detestables, dice ese informe, que tan justamente habian alarmado la sociedad europea, se creia que tenian partidarios en las escuelas del Estado. Una minoria muy infima ciertamente por el número, pero hábil para cubrir su debilidad con la altivez de sus pretensiones, procuraba por todos los medios propagar el contagio. Contenida por el temor, moderaba su lenguaje y no proclamaba en alta voz sus opiniones; pero de vez en cuando aparecian hechos escandalosos como una revelacion repéntina del peligro secreto que amenazaba la enseñanza pública; y la opinion indignada se preguntaba si no debia atribuirse la mayor parte de los males del tiempo á la institucion misma que algunos años antes parecia ser uno de los mas bellos ornamentos de la patria y uno de sus mas lejitimos motivos de orgullo. »

« El punto de partida de una nueva organizacion, dice el mismo informe, no podia tomarse fuera de la ley del 15 de marzo de 1850. La libertad de la enseñanza era un derecho adquirido que el poder, aunque transformado, estaba muy distante de desconocer. Sin embargo, la ley que la habia consagrado presentaba en lo que concierne á la segunda enseñanza y á la superior, dos graves inconvenientes: por una parte ella habia complicado el gobierno de la instruccion pública para ponerlo en armonia con el régimen de la libertad; y por otra, mientras cambiaba todos los poderes de la enseñanza pública, nada modificaba en sus métodos. »

Llegamos aqui al nuevo plan de estudios, que ha sido muy vivamente criticado y á cuya defensa se contrae la mayor parte del informe del ministro. Procuraré dar de él la mas clara idea que me sea posible; pero no entraré en todos sus detalles. A los que quieran conocerlos recomiendo ese informe del ministro y la parte del *Anuario de Ambos Mundos*, que acaba de publicarse, en que se dá cuenta de la reforma de la enseñanza.

Segun el antiguo plan, la de los liceos ó colegios reales

comprendia, ademas de la religion, todos los conocimientos necesarios para poner á los jóvenes en estado de recibir los primeros grados en las letras y en las ciencias, á fin de que pudieran seguir los cursos de las facultades, esto es, pasar á la enseñanza superior, despues de obtener el bachillerato.

La enseñanza se dividia en tres partes distintas, á saber: la elemental, la literaria y la científica. Esta enseñanza se daba en ocho clases, llamadas clase 8ª, 7ª, 6ª, 5ª, 4ª, 3ª, 2ª, y de retórica (1); de manera que los jóvenes empiezan sus estudios por la 8ª, esto es, por la enseñanza elemental, y van ascendiendo por las clases inferiores en número, pero superiores en los ramos de la enseñanza. Esta enseñanza era uniforme en todas las clases, y todos los jóvenes hacian los mismos estudios en los liceos antes de presentarse al grado de bachilleres, que los autorizaba á pasar á los estudios superiores dados en las diversas facultades segun la carrera que abrazaban.

Véase ahora en lo que consiste el nuevo plan de estudios. « En virtud del decreto de 10 de abril de 1852, dice el *Anuario*, los liceos comprenden dos divisiones, la una elemental, cuyo objeto es preparar los jóvenes á los estudios subalternos, y que es comun á todos; la otra superior, en la cual las letras y las ciencias forman la base de dos enseñanzas distintas. Despues de un exámen en que prueban que están en estado de seguir las clases, los discípulos son admitidos en la division de gramática, que abraza los tres años de 6ª, 5ª y 4ª clase. Cada uno de estos tres años es consagrado bajo la direccion del mismo profesor, primero, al estudio de las gramáticas francesa, latina y griega; segundo, al estudio de la geografia y de la historia de Francia. A la salida de la clase cuarta, los discípulos sufren un exámen llamado de gramática, cuyo resultado se consagra por un certificado especial, indispensable para pasar á la division superior. Esta division superior se divide en dos secciones. La enseñanza de la primera seccion tiene por

(1) El plan de estudios conserva la misma nomenclatura en el orden de las clases.

objeto el cultivo literario y abre la entrada de las facultades de letras y las de derecho. La enseñanza de la segunda seccion prepara para las profesiones comerciales é industriales, para las escuelas especiales, para las facultades de ciencia y de medicina. Los estudios literarios é historiales comprenden, como antes, las clases de tercera, de segunda y de retórica; los estudios científicos tienen lugar durante los tres años correspondientes. Las lenguas vivas se enseñan durante los tres años en las dos secciones. Un último año llamado de lógica, obligatorio para las dos categorías de discípulos, tiene principalmente por objeto la esposicion de las operaciones del entendimiento y la aplicacion de los principios generales del arte de pensar, al estudio de las ciencias y de las letras. »

Se vé, pues, que los estudiantes de los liceos asisten juntos á las clases en que reciben una instruccion elemental, y que en seguida unos hacen estudios literarios y otros científicos, segun su vocacion, y la carrera literaria ó científica á que ella los llama. A esto se ha dado el nombre de *bifurcacion* de los estudios.

Desde luego importa hacer notar dos cosas: la primera que es menor la parte que toca á la filosofia en ese nuevo plan, y la segunda que la religion penetra mas en la enseñanza de los liceos y con mejores garantias.

La antigua enseñanza de la metafísica y de la historia de la filosofia, queda limitada á la lógica. « Las discusiones históricas y filosóficas, decia el ministro en el informe en que recomendaba al presidente de la república el nuevo plan de estudios, convienen poco á los niños. Cuando aun no está formada la intelijencia, estas investigaciones intempestivas no producen sino la vanidad y la duda; es tiempo de cortar de raiz un mal que ha comprometido la enseñanza pública y alarmado justamente á las familias. En los liceos las secciones deben ser dogmáticas y puramente elementales. »

La enseñanza filosófica dada por la universidad en los liceos era ciertamente muy viciosa, y no producía, segun la expresion del mismo ministro, sino *espritus estériles ó peligrosos*. Los partidarios de la libertad de la enseñanza, lo que importaba á la vez la moralidad de ella, habian protestado enérji-

camente contra esas lecciones dadas por un racionalismo irreligioso á las inteligencias tiernas de la juventud. El arzobispo de Paris, muerto despues tan gloriosamente, dirijió una memoria durante la época de la lucha pasada á la cámara de los pares, en la que citando el texto de las doctrinas de los filósofos, cuya ruta seguian los profesores de la universidad, revelaba toda la gravedad del mal.

¿Qué importaba que hubiera un capellan en los liceos si sus palabras eran contradichas por las de otros profesores incrédulos, los mas cuando no discípulos de Voltaire? Mr. de Lamartine unia su voz en aquella época á la del clero y escribia las líneas siguientes: «¿Qué esperais que sea el hombre moral é intelectual en un estado de enseñanza y de sociedad en que el niño, como los hijos de los bárbaros que eran sumergidos al nacer en el agua caliente y el agua helada para hacer su piel insensible á las impresiones de los climas, es lanzado á la vez en el espíritu del siglo y en el espíritu del santuario, en la incredulidad y en la fé? Sale de la casa de un padre creyente ó quizá escéptico; ha visto á su madre afirmar y á su padre negar; entra en un colegio dividido por el espíritu y las tendencias. La enseñanza del profesor no concuerda en nada con la enseñanza del sacerdocio. Suponiendo que estas dos enseñanzas se toleren y no se choquen en el colegio, ellas se separan enteramente al fin de la enseñanza elemental, y al salir del colegio cuyos muros garante su fé contra el aire del siglo, encuentra á la puerta y en los cursos superiores la filosofía, la historia, la ciencia, la libertad y el escepticismo que se apoderan de él para enseñarle otra fé. Necesitaria dos almas y no tiene mas que una. Las dos enseñanzas se la disputan: la inquietud y el desórden penetran en sus ideas. Quedan de ellas algunos fragmentos para la fé, otros para la razon Empieza á dudar que la sociedad no cree una palabra de lo que le enseñan, que tiene dos fé y dos morales, dos Dioses en el cielo, una fé y un Dios para los adolescentes y quizá otra fé y otro Dios para los hombres formados. Piensa en secreto que todo esto es de poca importancia puesto que la sociedad y el Estado juegan con ello con tanta lijereza y tanto desprecio. Su fé se estingue: su corazon en ardor se refria; su alma se seca, su entusiasmo se cambia en indi-

ferencia y desaliento. No le quedá de semejante educacion sino lo bastante de los dos principios opuestos en el alma para que esta alma sea una guerra intestina de pensamientos contrarios y para que no pueda ni aun vivir en paz consigo mismo en una vida que ha empezado por la inconsecuencia y que se prolonga en la contradiccion. »

El espíritu del siglo triunfaba al fin en esa alma asi combatida por la inquietud y por la duda, y la incredulidad sistemática reemplazaba al escepticismo. Con razon, pues, se alarmaban las familias y no era estraño que despues de la revolucion de febrero y en vista de las consecuencias deplorables de la enseñanza universitaria, esos establecimientos del Estado estuvieran tan desacreditados. El ministro, que se propone rehabilitarlos, ha querido por lo mismo suprimir sino toda la mayor parte de la enseñanza filosófica, que queda, como he dicho, reducida á la lógica.

Esta reforma ha sido sin embargo reprobada á la vez por los antiguos órganos de la universidad, como el *Diario de Debates*, y por los católicos mismos, por lo menos, por algunos de sus escritores mas competentes. Y es de notar que con motivo del nuevo plan de estudios, los católicos fieles á la tradicion de la iglesia, abogan por todo lo que tiende á realzar el espíritu humano y á mantenerlo en posesion de sus legítimas conquistas.

En cuanto á la filosofia, ellos pedian que esa enseñanza fuera reformada pero no suprimida, que las lecciones de una filosofia no solo indiferente sino hostil á la doctrina evanjélica fueran reemplazadas por las de una sana filosofia favorable á las luces superiores del dogma.

M. Henri Riansey, autoridad muy competente en estas materias, autor de una obra de mérito sobre la *Historia de la instruccion pública*, decia el año pasado en el *Amigo de la Religion*, lo siguiente :

« De la reforma de una enseñanza á la supresion de la ciencia hay un abismo. Jamás hemos pensado oponernos á la filosofia, á la historia, á los nobles y generosos estudios del espíritu humano. Cuando vemos que detestables sofistas prostituian su talento negando las verdades fundamentales de Dios y del hombre, cuando vemos rectores imprudentes

desnaturalizando los males del género humano é insultando las glorias de nuestra patria y las glorias de nuestra iglesia y que por la mas funesta y la mas intcua de las opresiones, nuestros hijos, el alma de nuestra alma, estaban condenados á recibir esas lamentables lecciones, so pena de ser rechazados de todas las profesiones y de todas las carreras; oh! entonces agotábamos toda la energia y el celo de nuestras creencias y cuantos recursos nos ofrecia la constitucion del país para protestar y para afianzar nuestra libertad Pero proscribir la ciencia, suprimir la filosofia! Ciertamente se nos ha acusado de abrigar este pensamiento, pero rechazábamos este reproche como una calumnia. Cómo! Nosotros poseemos hace diez y ocho siglos la solucion mas completa, la mas absoluta de todos los problemas de la naturaleza humana; poseemos la herencia de la verdad increada, renovada por Dios mismo; y en cuanto el dominio que el jenio y la razon pueden recorrer, los siglos nos han transmitido con inagotable fecundidad los tesoros mas magníficos que puedan imaginarse. Tenemos el Evanjélio, tenemos los doctores de la ciencia sagrada y de la ciencia humana, San Agustin, Santo Tomás, Bossuet, Fenelon, de Maistre, y temeríamos la filosofia? Pero la filosofia, la verdadera, la sana filosofia, la que marcha á la luz de la fé y conduce al hombre á Dios por el deber, esta filosofia nos pertenece, es nuestro privilegio, nuestro patrimonio, es nuestro honor. Renegariamos á nuestros padres, renegariamos á nuestra Iglesia si la dejásemos abandonar ó proscribir. »

El autor hubiera podido agregar á los jenios que cita Malebranche, Descartes y tambien Leibnitz, cuyos escritos póstumos descubiertos no ha mucho tiempo, muestran lo que valia el catolicismo á los ojos de ese sabio. Y aunque no lo entiendan asi los que desdeñan sin conocer la literatura española, yo pienso que Fr. Luis de Granada y otros escritores españoles antiguos pueden asociarse á los grandes maestros del saber humano. Por lo que hace á los jenios modernos es sabido que Balmes y Donoso Cortés están en primera línea.

Los católicos, pues, quieren y defienden la filosofia, pero la quieren aliada con la religion, como viven unidas y en ar-

monia en nuestra alma las facultades que las comprenden y las esplican, la razon y la fé.

El ministro sin embargo habrá creído y quizá no carece de fundamento que seria difícil encontrar para todos los liceos profesores dignos y capaces de semejante enseñanza, y antes que autorizar una mala filosofia ha preferido suprimir ó restringir considerablemente esa enseñanza.

He dicho que al mismo tiempo ha ensanchado y garantido mejor la enseñanza religiosa dada en los liceos. Segun el decreto del 10 de abril, las conferencias sobre la religion y sobre la moral correspondientes á las diferentes divisiones, se harian por el capellan ó bajo su direccion. Estas conferencias hacen parte necesaria del plan de estudios y su programa es trazado por el obispo diocesano.

Se vé, pues, la intervencion directa que aquel decreto acuerda á la autoridad eclesiástica en la instruccion moral de los liceos, y que tanto esta disposicion como la modificacion de la enseñanza filosófica, están de acuerdo con el presentimiento principal de la ley de 1850, que fué moralizar la instruccion dada en los establecimientos universitarios.

La reforma de la segunda enseñanza exigia una reforma análoga en la de la escuela moral superior. Sobre esa escuela se habian fijado principalmente las quejas de los católicos, pues en ella era donde mas se oian esas lecciones de incredulidad, cuando no de impiedad, que alarmaban la opinion pública. «La curiosidad y la disputa, dice el ministro en su último informe aludiendo á esta escuela, eran el fondo de toda esta educacion y el objeto de todos sus esfuerzos, y se pensaba muy poco en formar preceptores para la juventud, en imponerles un método regular y comun.» Las nuevas disposiciones tienden á dar á esa escuela su verdadero carácter, esto es, á confiarles la preparacion para los grados de licenciados en letras y en ciencias y la práctica de los mejores métodos de enseñanza y de disciplina escolar.

El estudio de los padres de la iglesia griega y latina hace parte del nuevo programa de la escuela normal, como la obligacion de asistir á los cursos mas importantes de la facultad de ciencias y de letras y de redactarlos bajo la inspeccion inmediata del profesor.

Voy ahora á esponer las objeciones que se hacen á ese nuevo plan de estudios, esto es, á la disposicion que obliga á los jóvenes despues de la instruccion elemental de los liceos y cuando están en la edad de catorce ó quince años, á estudios puramente literarios ó puramente científicos, segun la carrera á que se destinan.

No es posible comprender la importancia de esas objeciones sin darse antes cuenta del estado moral de la Francia. Puede afirmarse que reinan en el espíritu público, con mas ó menos fuerza y no siempre á la vez, dos tendencias opuestas igualmente exageradas y perniciosas. Por un lado se vé un espiritualismo excesivo dominando las imaginaciones, sacándolas del terreno de la realidad y llevándolas á las regiones de la fantasia y de los sueños. De ahí esa aspiracion á las mejoras radicales, al progreso indefinido, á la democracia absoluta y por fin á esa felicidad quimérica, que no será nunca el patrimonio del hombre en la tierra. Mucho dista ese espiritualismo de ser el misticismo religioso que desprende el alma del suelo para entregarla al amor y á la contemplacion de Dios, noble aspiracion, que puede rayar en el exceso pero que jamas puede acarrear consecuencias fatales para la sociedad. El espiritualismo nacional, exalacion del egoismo y del orgullo, es como esos globos que se remontan á gran altura para caer despues quizá en un abismo.

Se puede decir de esos soñadores, lo que se dice del génio aleman que cuando no vuelan se arrastran. El hombre no está en el mundo ni para volar, ni para arrastrarse, sino para marchar siempre y sin descansar jamas.

El racionalismo enseñado por la universidad fomentaba en la juventud francesa el ardiente deseo de vivir en un mundo ideal y de formar la sociedad á su imágen. Esa mania de trastornarlo todo es muy comun en la inexperiencia y en las ilusiones de la juventud y en vez de estimularla excitando la altivez de la razon, valia mas refrenarla trazando á la razon misma los límites de su legítima accion. Este es el servicio importantísimo que presta la religion á la juventud, conteniendo con los preceptos morales los ímpetus de las pasiones y satisfaciendo con las luminosas doctrinas de la fé la sed de verdad de su inteligencia.

Por otro lado, los desengaños producidos por las revoluciones frecuentes y por los frutos amargos recogidos por ellas, dan un impulso contrario á los espíritus, y les inspiran la afición apasionada de los goces materiales. El hombre se consuela fácilmente de perder una ilusión con tal de reemplazarla por oro, y pasa de un idealismo poético al mas prosáico de los gustos. De ahí nace el grosero materialismo, el amor desenfrenado de la felicidad sensual y por lo mismo el olvido á un tiempo de todo lo que eleva la inteligencia y ennoblece los afectos del alma.

Los socialistas predicando el advenimiento de una época de bienestar general y reduciendo la credulidad de la multitud con las doradas promesas de sus utopias, al mismo tiempo que querian introducir la mano de los ociosos en la bolsa del prógimo, parecia que comprendian bien ese noble estravio del espíritu público, al que adulaban igualmente cuando volaba y cuando se arrastraba.

El cristianismo, religion apropiada á todas las aspiraciones legítimas de la humanidad, no es menos enemigo de esta tendencia sensualista de la opinion en Francia. La iglesia opone á esos desordenados apetitos las severas lecciones de su sublime moral, que consuela y reprime á un tiempo nuestra flaqueza y nuestras miserias.

El emperador y los hombres que le aconsejan tienen ojo bastante inteligente para conocer el suelo que pisan y las verdaderas necesidades del país; ellos saben que el hombre no ha nacido ni para soñar ni para la vida de las bestias, y se han puesto enérgicamente al frente de la reacción religiosa, prestando un servicio eminente á Francia y á la civilización universal. El emperador no pertenece, como lo ha dicho, á la familia de los ideólogos, pero tampoco conviene que sea exclusivamente de la familia de los economistas y de los matemáticos. Entre la poesia y las cifras hay un término medio, como entre todos los escesos; y si esta nación se lanzara sin mesura en la via del movimiento industrial y en busca del oro se espondria á perder todas las calidades generosas, que la han recomendado y que la dan brillo y prestigio á los ojos del mundo, habituado á admirarla aun en sus dias de postración.

Muchas otras reflexiones agregaría en este lugar, sino creyera que las anteriores bastan para la inteligencia de la cuestion que me ocupa. Cuando se trata de la instruccion pública en este país, esto es, de la Francia futura, importa preservarla de los males que en el día la aquejan.

Veamos, pues, las objeciones que se hacen al nuevo plan de estudios, y empecemos por escuchar á uno de los venerables príncipes de la iglesia. El cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, prescidió el mes pasado la distribucion de premios del colegio católico de esa ciudad, y en un discurso elocuente, como son todos los que pronuncian los prelados de este país, empezando por elogiar los antiguos estudios clásicos dijo lo siguiente:

« Ellos toman al niño desde la clase octava y le conducen hasta la retórica por una série de ejercicios graduados, segun su edad y variados segun las diversas aptitudes que se desarrollan sucesivamente en él. El francés se estudia en la octava; se inicia en la séptima en los primeros elementos de la lengua latina, y en la sexta en las primeras dificultades de la lengua griega. El discípulo, fortificado en estas tres lenguas en la quinta, se ejercita en la clase siguiente en el verso latino; acaba en la tercera sus estudios de gramática y empieza á escribir, sea en francés, sea en latin, con cierta elegancia. La segunda le abre los tesoros de la poesia y de la elocuencia; por fin la retórica corona por medio de ejercicios mas difíciles y de triunfos mas brillantes esta grande y magnífica obra de la educacion clásica.

« ¿ Por qué turbar esté bello orden y detener á los discípulos al fin de la cuarta clase poniendo de repente delante de ellos dos carreras, la de las letras y la de las ciencias? ¿ Se habia acaso sentido la necesidad de esta reforma? ¿ Por qué intentarla cuando su utilidad es tan dudosa y tan aventurada la experiencia? Faltaban acaso abogados en el foro, magistrados en los tribunales, ediles al frente de nuestras ciudades, gefes eminentes, empleados útiles en todas las administraciones del Estado? ¿ Acaso los médicos no abrazaban bastante pronto su profesion? O las escuelas especiales, el ejército, la marina carecian de servidores? Por el contrario vemos una multitud innumerable de candidatos. Todos los puestos están

ocupados y los hombres serios, capaces, distinguidos, no faltan en parte alguna.

« Es conocer muy poco la infancia pedir tan temprano la decision de su voluntad literaria ó científica. Es esponerla á disgustos muy amargos encadenarla tan pronto al estudio tan severo y tan seco de las matemáticas. ¿Y cuantos peligros no resultarán de imponer al niño las labores de un hombre maduro? Se pretende desarrollar en él el juicio, y no se logrará sino secar la flor de su imaginacion, hacerlo estraño á las bellezas del sentimiento y privarle de todas las gracias del espíritu.

« Vosotros, partidarios ciegos de la *bifurcacion*, quereis que el niño escoja desde su primera edad la carrera á que se destina. Nosotros pensamos que es mas cuerdo dejar madurar su inteligencia y esperar con la solicitud tierna é ilustrada de una madre, que la razon y el tiempo decidan la vocacion del discípulo. Vosotros lo arrojaís sin preparacion y sin fuerzas en medio de las abstracciones y de las dificultades de las ciencias.

« Nosotros queremos que emprenda su estudio con un espíritu seguro ya de sí mismo y bien nutrido en la parte mas escogida de las letras griegas y latinas. Abandonándole como una presa á las matemáticas, os esponéis á embrutecer su alma y á desfigurar su carácter. Nosotros queremos que nada de cuanto puede embellecer y adornar la vida le sea desconocido y que sea tan amable como instruido, tan letrado como sábio.

. . . . « No quiero ciertamente encarecer las letras con perjuicio de las ciencias, y deseo que el estudio de estas se haga segun el orden indicado por la naturaleza, sancionado por la esperiencia y reclamado por el interés de la juventud, de las familias y del país. Las letras primero, porque ellas elevan y fortifican el alma, y esta es la principal condicion de toda educacion. Las ciencias en seguida, porque su estudio no es compatible sino con un juicio ya formado. Nos mantendremos, pues fieles á las tradiciones de nuestros padres. Formaremos así discípulos, que habiendo estudiado cada cosa á su tiempo y en su orden, se conviertan sucesivamente de niños candorosos y dóciles en amables adolescentes, en jóvenes ins-

truidos, en ciudadanos útiles y que llenando honrosamente sus deberes se hagan acreedores á las bendiciones del cielo. »

Las palabras siguientes del último *Anuario de Ambos Mundos* esplican tambien la naturaleza de las críticas suscitadas por el nuevo plan de estudios, y corresponden ellas á lo que antes decia sobre el estado moral de la Francia.

« La reforma no se ha realizado sin encontrar objeciones y críticas que han despertado algunos temores en la opinion pública. Imponiendo límites mas estrechos á la historia y á la filosofía, reducida hoy á la lógica y al método, dando á las letras y á las ciencias un impulso mas práctico, separando por fin las letras y las ciencias por una bifurcacion de los cursos, que deben empezar desde los catorce años, ¿no era de temer que se despojase la enseñanza de su elevacion? ¿No iba á disminuirse el poder de esa corriente de ideas, que daba precisamente antes vida y movimiento á todas las ramas de la universidad? ¿No era de temer que preocupaciones utilitarias, pensamientos de materialismo lograsen sustituir en nuestras escuelas las exageraciones del idealismo y que por evitar un peligro se cayese en otro? ¿Tocaba acaso á los matemáticos reparar las faltas de los filósofos? ¿Y las ciencias, por los hábitos mismos que sus métodos y su mecanismo riguroso imponen al espíritu, eran una buena preparacion para la vida social, en la que las cosas se presentan siempre bajo un punto de vista relativo y cuyas relaciones no constituyen generalmente sino una série de transacciones? Si hay algo de mas deplorable que las combinaciones nebulosas y vagas que resultan tan á menudo de las lecciones de un idealismo que no sabe arreglarse ni contenerse, y que se ha podido reprochar á algunos metafísicos de nuestro tiempo, es ciertamente ese materialismo abstracto que tiene la pretension de reducirse á fórmulas precisas, y que algunos matemáticos han predicado alternativamente bajo el nombre de sansimonismo ó de fourierismo. »

Se vé pues á lo que se reducen las críticas hechas á la última reforma. Primeramente se teme que ella favorezca el espíritu materialista, debilitando el amor de las letras y la elevacion que ellas producen en el carácter de los que las cultivan de una

manera conveniente. En segundo lugar, la edad en que el joven es llamado á hacer la eleccion de su carrera es muy temprana y por consiguiente es de temer tambien que no acierte en esa eleccion.

Por fin se agrega que los estudios literarios son provechosos aun á los que se consagran á las carreras científicas, como parte de las ciencias lo son á los que han de profesar las carreras literarias. Se cree por lo mismo que los establecimientos destinados á la instruccion superior, despues del bachillerato bastaban para que los jóvenes adquirieran en una edad oportuna los conocimientos especiales reclamados por una vocacion mejor conocida.

Estas objeciones son á mi juicio de suma gravedad. Antes de decir cuales son los argumentos del gobierno en favor de su sistema, me parece oportuno citar aqui la opinion desinteresada, puesto que fué escrita mucho tiempo ha, de un célebre literato español.

Recordaba haber leído con el vivo interés que me inspira cuanto sale de la pluma de los que manejan dignamente la hermosa lengua castellana, un discurso de Jovellanos pronunciado el siglo pasado en el Instituto Asturiano,—*sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias*. Contiene ese discurso tan bellas cosas y tan bien dichas que deseara copiarlo todo en este lugar. Me limito á mi pesar á estraer de él unos pocos renglones.

« No temais, hijos míos, que para inclinaros al estudio de las buenas letras trate yo de menguar ni entibiar vuestro amor á las ciencias. No por cierto; las ciencias serán siempre á mis ojos el primero, el mas digno objeto de vuestra educacion: ellas solas pueden ilustrar vuestro espíritu: ellas solas enriquecerle; ellas solas comunicaros el precioso tesoro de verdades que nos ha trasmitido la antigüedad, y disponer vuestros ánimos á adquirir otras nuevas, y aumentar mas y mas este rico depósito; ellas solas pueden poner término á tantas inútiles disputas, y á tantas absurdas opiniones, y ellas en fin, disipando la tenebrosa atmósfera de errores que gira sobre la tierra, pueden difundir algun dia aquella plenitud de luces y conocimientos que realza la nobleza de la humana especie.

« Mas no porque las ciencias sean el primero, deben ser el único objeto de vuestro estudio; el de las buenas letras será para vosotros no menos útil, y aun me atrevo á decir no menos necesario.

« Porque ¿ qué son las ciencias sin su auxilio? Si las ciencias esclarecen el espíritu, la literatura le adorna; si aquellas le enriquecen, esta pule y avalora sus tesoros; las ciencias rectifican el juicio y le dan exactitud y firmeza; la literatura le da discernimiento y gusto y le hermosea y perfecciona. Estos oficios son esclusivamente suyos porque á su inmensa jurisdiccion pertenece cuanto tiene relacion con la expresion de nuestras ideas. Y ved aqui la gran línea de demarcacion que divide los conocimientos humanos. Ellas nos presentan las ciencias empleadas en adquirir y atesorar ideas, y la literatura en enunciarlas; por las ciencias alcanzamos el conocimiento de los seres que nos rodean, columbramos su esencia, penetramos sus propiedades, y levantándonos sobre nosotros mismos, subimos hasta su mas alto origen. Pero aqui acaba su ministerio y empieza el de la literatura, que despues de haberlas seguido en su rápido vuelo se apodera de todas sus riquezas, les da nuevas formas, las pule y engalana, y las comunica y difunde, y lleva de una en otra generacion. »

El ministro, en prevision sin duda de la crítica, que debia encontrar en la opinion el nuevo plan de estudios, ha espresado en varias ocasiones el fin y los límites de la reforma iniciada por él. Ha pensado que el plan antiguo recargaba inútilmente la inteligencia de la juventud atendiendo mas á la abundancia que á la solidez de los conocimientos, y haciéndola perder su tiempo en estudios que de ningun provecho debian ser para ella en la vida práctica. Parece en efecto á primera vista que el médico, el agricultor, el ingeniero, el militar, el naturalista, el astrónomo y los que se dedican á las carreras científicas, poca ó ninguna aplicacion tienen que hacer en el ejercicio de su profesion del griego, el latin y los otros estudios clásicos. ¿ Con qué objeto, por otra parte, instruir en las matemáticas al que ha de abrazar la carrera del foro, de la administracion ó de las bellas artes?

« Si los sábios, dice el ministro en su informe, veian con sorpresa que los espiritus mejor dispuestos para el estudio de

las ciencias fuesen obligados sin objeto y sin ventaja al estudio de las letras antiguas, los literatos no reclamaban menos vivamente contra las lecciones accesorias de que estaban recargadas las clases literarias en nombre de los intereses de la ciencia. Todos observaban que una instruccion enciclopédica no estaba en manera alguna en proporcion con las fuerzas de la juventud; que estas fuerzas se agotaban fatigando y dividiendo excesivamente la atencion de los jóvenes; por fin, que en un porvenir próximo este sistema produciria la decadencia de los estudios y del genio de la Francia, corrompiendo por una parte el gusto y rebajando por otra nuestra superioridad científica. »

El ministro niega sin embargo haber sacrificado las ciencias á las letras ni las letras á las ciencias, adoptando la separacion de los estudios conforme á la vocacion de los alumnos. Segun él los que han de seguir la carrera literaria aprenderán lo necesario de las ciencias, y por el contrario los que se consagren especialmente al estudio de estas últimas no por eso abandonarán todo cultivo literario. Sin duda con el fin de desvanecer todo temor á este respecto, el gobierno ha decretado últimamente la creacion de una *comision de fomento y vigilancia* de los estudios literarios en los liceos de Paris.

En una circular á los rectores de las academias se lee lo siguiente: « Lejos de querer apocar los espíritus desde muy temprano en los estudios especiales, tenemos la pretension de darles un nuevo impulso; pero para que este plan produzca sus frutos no es preciso que todas las inteligencias participen de una misma enseñanza en el mismo grado y segun el mismo método. Queremos una enseñanza científica adecuada á las disposiciones de los niños que se consagren por gusto al cultivo de las letras; queremos una enseñanza literaria que convenga á los matemáticos. No levantamos pues un muro de separacion entre las ciencias y las letras; las asociamos en una justa medida, y para que los nuevos programas logren su objeto, el exámen del bachillerato comprenderá algunas pruebas literarias, como el del bachillerato en letras, pruebas científicas. »

Segun el antiguo plan eran necesario diez años para concluir todos los cursos de los liceos, hoy bastarán siete. En

los programas de exámen para bachilleres en letras y en ciencias se han hecho las variaciones que reclamaban las introducidas en el plan de estudios.

Creo haber hecho conocer claramente su objeto, como el de las críticas á que ha dado lugar. En general los establecimientos de la enseñanza libre no se muestran favorables á esas innovaciones á que están sometidos los del Estado; y como son por lo menos dudosas las ventajas que puedan reportarse de la adopción del nuevo sistema, quizá conviene para que sea mas eficaz la competencia, que el método antiguo se continúe observando en los colegios libres. De esta manera será al fin la esperiencia la que pruebe cual sea el mejor sistema.

Entre tanto se ha visto que el gobierno ha querido dar satisfaccion á la reaccion católica, suprimiendo ó modificando considerablemente la enseñanza de la filosofía y acordando intervencion directa á la iglesia en la enseñanza moral y religiosa, que debe necesariamente darse á todos los liceos. A pesar, pues, de las modificaciones que ha sufrido la ley de 1850 en el gobierno y administracion de la instruccion universitaria, como de la reforma de sus métodos, los principios que se han tenido en vista, y el espíritu de las disposiciones del poder son las mismas que las de la asamblea legislativa de que emanó aquella ley.

El *Anuario de Ambos Mundos* indica claramente, en las líneas que copio en seguida, cual sea esta nueva tendencia impresa á cuanto tiene relacion con la enseñanza, y se vé por ella que el poder imperial, como la última asamblea de la república, adopta una política anti-revolucionaria en esta materia como en las otras.

«El cambio ocurrido en Francia el 2 de diciembre de 1851 tuvo una significacion social al mismo tiempo que política. Despues de 1848 se habia reprochado á menudo al país, que se lanzaba en las vías de la democracia ó se dejaba arrastrar á ella, el que hubiese hecho demasiados sacrificios al espíritu de sistema, en busca del triunfo de lo absoluto, sin tomar en cuenta las tradiciones y las necesidades del país. Preguntándose de donde podia resultar esta tendencia deplorable á desdeñar la esperiencia y á arrojarse á ciegas en las combinaciones *á priori*, tan peligrosas en política, los partidos con-

servadores habian creído observar que ella provenia no solo del impulso dado á las poblaciones por la gran revolucion del 89, sino tambien de las tendencias metafísicas que habian invadido la sociedad y que se habian introducido despues de algunos años en el recinto mismo en que se formaban las inteligencias, en el seno de las escuelas y en todos los ramos de la enseñanza. La asamblea legislativa consideró por lo menos asi la cuestion de la universidad, y la ley del 15 de marzo de 1850 fué la espresion á este respecto de las nuevas ideas que se manifestaban en el país. Los gefes de la mayoria conservadora, que elaboraron la ley del 15 de marzo, se propusieron principalmente combatir las influencias filosóficas que hasta entonces habian dominado en los establecimientos del Estado, acordando una parte mas ámplia á la enseñanza religiosa, ofreciendo á las corporaciones eclesiásticas mayores facilidades para fundar escuelas y para cooperar con los profesores seculares á la obra tan importante de la educacion de la juventud.

Y para hacer resaltar mejor las necesidad de esas reformas dictadas por el deber de moralizar á las nuevas generaciones á fin de que no incurran en los errores ni en las faltas, que tan caro pagan las presentes, me parece á propósito terminar este artículo por las palabras con que termina Jovellanos el discurso á que antes me he referido.

« Estudiad la ética: en ella encontrareis aquella moral purísima, que profesaron los hombres virtuosos de todos los siglos, que despues ilustró, perfeccionó y santificó el Evangelio, y que es la cima y el cimiento de nuestra augusta religion. Su guia es la verdad, y su término la virtud. ¡ Ah ! ¿ por qué no ha de ser éste tambien el sublime fin de todo estudio y enseñanza ? ¿ Por qué fatalidad en nuestros institutos de educacion se cuida tanto de hacer á los hombres sabios, y tan poco de hacerlos virtuosos ? ¿ Y por qué la ciencia de la virtud no ha de tener tambien su cátedra en las escuelas públicas ?

« ¡ Dichoso yo, hijos míos, si pudiera establecerla algun dia, y coronar con ella vuestra enseñanza y mis deseos ! Las obras de Platon y Epitecto, las de Ciceron y Séneca ilustrarán vuestro espíritu é inflamarán vuestro corazon. Nuestra religion sacrosanta elevará vuestras ideas, os dará moderacion

en la prosperidad, fortaleza en la tribulacion, y la justicia de principios y de sentimiento que caracterizan la virtud verdadera. Cuando llegueis á esta elevacion, sabreis cambiar el peligroso mando por la virtuosa oscuridad; entonar dulces cánticos en medio de horrorosos tormentos, ó morir adorando la divina Providencia, alegres en medio del infortunio. »

Necesidad de la union y del órden de la República Argentina

Paris, octubre 12 de 1853.

Interrumpo hoy mis estudios sobre la instruccion pública, de cuya acertada organizacion depende el porvenir moral y material de la América del Sud, para emitir algunas reflexiones sobre su estado presente, contrayéndome principalmente á los dos paises situados en la estremidad de aquel vasto continente.

Completamente despreocupado respecto de las personas, sin prevenciones ni simpatias exajeradas, habiendo guardado el silencio que convenia á la distancia en que me encuentro de mi pais durante la guerra civil que ha terminado felizmente, escribiendo para la prensa de Chile, pais que puede juzgar con la misma imparcialidad, creo hoy de mi deber entrar en el terreno ingrato de la política y hablar el lenguaje de la moderacion y del buen sentido, á fin de que esa república sepa mantenerse en los límites de las sanas ideas y preservarlas de todo contacto con el espíritu revolucionario, á fin de que los Argentinos comprendan que solo la política conservadora practicada en Chile puede asegurarles la paz, que buscan despues de tanto tiempo, por la que se han hecho sacrificios tan generosos como estériles.

Y antes de pasar adelante séame permitido invocar en mi favor el respeto que es debido á todas las convicciones honradas y sinceras. Cuando un hombre puede decir de sí, con el legítimo orgullo de una conciencia sin mancha, que es un hombre de bien ¿qué otro título necesita á los ojos de los compatriotas y de los estraños para ser escuchado con benevolencia

sino con simpatía? ¿Porqué no hemos de introducir en la prensa americana las maneras cultas y el buen tono de la prensa europea? ¿Es acaso preciso ser insolente y grosero para tener razon? ¿Y el tono innoble y apasionado de la prensa no tiende á desacreditarla á los ojos del público, al que se pretende ilustrar, y al que se hace espectador de diatribas vergonzosas y de bajas calumnias?

En una nota de instrucciones que el conde de Chambort, heredero de la antigua raza real de Francia, dirigia á sus partidarios, les recomendaba no ha mucho que fueran firmes en los principios, pero conciliadores respecto de las personas. Yo me mantengo firme en mis principios y no traficaré nunca con ellos. No adularé jamas á los vencedores ni insultaré á los vencidos, cuando vencedores y vencidos son hijos de un mismo suelo, y persuadido como estoy de que la union es en política como en todo el verdadero elemento de la fuerza.

La verdad que aprovecha, aunque á veces lastima, es el único homenaje que sea permitido tributar á los partidos victoriosos. «No puedo ser, decia un sabio de la antigüedad á un soberano, tu amigo y tu adulador al mismo tiempo.» Yo quiero hablar á los hombres liberales de mi país el lenguaje severo de la leal amistad, y en presencia de la nueva situacion en que hoy veo á la República Argentina, consideraré como no ocurridos los últimos sucesos. Nada he escrito respecto de ellos durante la lucha, nada diré despues que la lucha ha pasado. Vale mas relegar al olvido los recuerdos dolorosos, que pudieran dividirnos, para confundirnos en la esperanza y en el amor de los bienes que todos anhelamos.

Un mariscal francés tuvo un dia la singular ocurrencia de apagar con el agua fria de las bombas de incendio llevadas al frente de sus batallones, un tumulto popular en las calles de Paris. Los insurgentes volvieron mojados y riéndose á sus hogares, y corrió solo agua aquella vez en los lugares tantas veces ensangrentados por las luchas fratricidas. ¡Ojalá que una porcion de las aguas del Plata pudiera derramarse sobre esos ardores belicosos, que consumen y malgastan toda nuestra energia en la adquisicion de glorias poco envidiables por cierto y puesto que son consagradas ¡á costa de la sangre de nuestros propios hermanos.

Los argentinos, con su carácter guerrero, fueron siempre muy capaces de pelear y de morir por la conquista de su libertad, y muy larga es la lista de los mártires que ella cuenta en nuestro país; pero es menester, convenir en que no han sido igualmente hábiles para conservarla. Después de la victoria la estrechan con tanto amor entre sus brazos que la sofocan y la pierden. La conservación de la libertad es la cuestión del día y al exámen de esa cuestión está consagrado este artículo.

Chile y la República Argentina representan de años acá el mayor adelanto á que haya llegado un Estado Sud-Americano y el mayor atraso, ó en otros términos, la civilizacion y la barbarie. ¿Qué otro nombre que el de barbarie puede aplicarse en efecto al sistema político de Rosas? ¿Y si la República Argentina, después de la caída de su tirano, se vé tan embarazada para darse una organizacion que le asegure el descanso y la paz? ¿no es también Rosas el autor verdadero y responsable de los males mismos que hoy afligen á los argentinos?

Hablando de Voltaire, se ha dicho con razon en Francia: « Si no ha visto todo lo que ha hecho, ha hecho todo lo que nosotros vemos. » En efecto, la risa satánica de ese impío profanador del Santuario preparó á las generaciones de este país para el desprecio de todo lo que debia ser respetado, y el cinismo de su incredulidad fué precursor de todas las pasiones revolucionarias, que después de haber hecho teatro á la Francia de los crímenes mas espantosos, la han lanzado en un mar sin puertos en el que la fuerza y el capricho de los vientos son mas poderosos que la habilidad de un piloto. Oprimida un día por la tiranía de las facciones, condenada en seguida al orden del silencio por el despotismo imperial, vuelta mas tarde á la monarquía de la discusión para caer de nuevo bajo el régimen del imperio, la Francia busca su base de medio siglo acá y no la encuentra; mientras que hace dos siglos á que la Inglaterra surca sola y atrevida ese mar de la libertad que no tiene escollos para ella.

Rosas que ha sobrevivido á la desaparicion de su poder, tiene hoy la triste satisfaccion de ver su obra póstuma. Colmó á su país de desgracias y lo vé hoy luchando por reedificar

con los pobres materiales de una sociedad hecha escombros. Aludiendo á los deplorables sucesos de que ha sido teatro la República Argentina últimamente, ha dicho aquel funesto dictador: « Ellos están escribiendo mi historia. »

La historia de la República Argentina ha sido en efecto en los dos últimos años, y sabe Dios por cuanto tiempo lo será aún, la historia de Rosas. Sí, son hijos de él, enjendrados en la escuela de la esclavitud, los hábitos de insubordinacion en los que deben obedecer, como los de opresion en los que debieran mandar; hija suya es la corrupcion, el egoismo rencoroso, la ambicion desenfrenada, y esa completa ausencia de los sentimientos de decoro, de pudor, de abnegacion, de generoso y noble patriotismo, sin los cuales son presas las sociedades de las calamidades que abruman á aquel infortunado país.

En la escuela de la esclavitud crecen y se fortifican á la vez en la conciencia de un pueblo la sed insaciable de la libertad y una antipatia irreflexiva contra la autoridad. En la flaqueza de nuestra razon nos sentimos inclinados á odiar todo aquello de que se abusa, y juzgamos de las instituciones, por sagradas que sean, que hemos visto usurpadas por hombres perversos. Rosas, mandando siempre por el terror, hacia muy difícil, sino imposible, el imperio de la ley desarmada; habituándolos á temblar preparaba á los pueblos que oprimia al amor de una libertad exesiva, y cuyos abusos no son ménos funestos que los de la autoridad, puesto que al fin provocan ellos la reaparicion del mal mismo que se teme.

Lo que importa ante todo, y aquí hablo con los vencedores, es el respeto de las personas, cuyas pretensiones políticas han sido vencidas y por el respeto de ellas entiendo el respeto del carácter, de las convicciones y del honor de esas personas. Se ha declarado inviolable entre nosotros la propiedad; pero hay algo que el hombre estima mas que sus bienes materiales, es su buen nombre. Mi simpatia por los vencidos no es tanta que quiera hoy declararme abogado del general Urquiza y justificar todos los actos de su vida pública despues de Caseros; repito que nada quiero decir de los sucesos pasados, esa es para mí historia antigua, pero me parece el colmo de la injusticia colocar en la categoria de los *picaros* á todos los hombres que estuviesen de su lado. Si pretendemos monopolizar el

honor y negar la probidad á los compatriotas nuestros que piensan de distinto modo que nosotros, lo que lograremos únicamente es eternizar nuestras discordias y hacer imposible un órden regular de cosas en nuestro suelo.

Por mi parte yo confieso, y esto sin haber adherido á la actitud política en que los veia, que me envaneceré siempre de merecer la amistad de hombre, de los talentos, del saber, del carácter y de los antecedentes de Alberdi, de Gutierrez, de Zavala. De ellos, como de muchos de nuestros compatriotas, puede decirse, como ha dicho Mr. Thiers de Varela, que serian hombres distinguidos en todo país. Concediendo que hayan errado, las intenciones de ellos eran tan puras como las de los mejores, y de los *picaros* de ese temple tiene mucha necesidad nuestro país para el adelanto de sus ideas, de sus costumbres, de su prosperidad moral y material. En la libre accion de la vida política es preciso dejar ancho campo á la independencia de las convicciones, y no confundir los pecados mentales, de que el hombre debe dar solo cuenta á Dios, con las acciones punibles á los ojos de la justicia.

El señor Mármol ha escrito en Chile algunos renglones que han halagado mi amor propio nacional; á sus ojos los sucesos son mas culpables que los hombres. La fuerza de las cosas, la explosion natural de una libertad apasionada despues de una compresion de fierro; el temor por otra parte de las consecuencias fatales de la demagogia en que podia fácilmente convertirse esa libertad; el peligro del entusiasmo y de la ilusion; los obstáculos creados por Rosas con infernal prevision, todo eso explica en efecto la diversidad de los pareceres y la exaltacion mas natural, puesto que ello es compatible con el mútuo perdon y el respeto mútuo que se deben unos á otros los que aman y sirven la misma patria. Yo no busco ni deseo otra explicacion, y si es preciso que pague mi tributo á la flaqueza del carácter argentino tan propenso al odio, ahí está Rosas no muy lejos del lugar en que escribo estas líneas, en el que veo al autor responsable de las desgracias pasadas y presentes de nuestro pobre país.

Pensemos sin embargo que en adelante esa excusa no nos valdrá, que las faltas de los padres no justifican á los hijos, y que si solo protestamos contra el despotismo con la anarquía,

alguna razon tendrá Rosas para decir: « Están escribiendo mi historia. »

Respetemos pues las personas y comprendamos que si han podido estraviarse los que querian una autoridad fuerte como garantia indispensable para el orden, ellos representaban un gran principio entre nosotros, asi como yo confieso que no abogaban por un principio menos respetable los que no querian que la fuerza de la autoridad se convirtiera en tiranía.

¿ Cómo mantener pues el orden al abrigo de una autoridad bastante enérgica y vigorosa para enfrenar la demagogia, para resistir á todo abuso de la libertad, pero que no raye en la tiranía? Hé aqui el problema presente de la República Argentina.

Quizá contribuyan á dar con la solucion de tan delicada cuestion las reflexiones que voy á escribir en seguida. Téngase presente para comprender que yo fui siempre enemigo de Rosas, esto es, de la tiranía, que no la quiero, que ella, léjos de reparar nada, lo empeora todo; degrada los caracteres, corrompe las costumbres, holla los derechos mas léjtimos y deja á la merced de los caprichos de un bárbaro el honor, la propiedad, la vida, es decir, los intereses mas preciosos y mas sagrados de la humanidad. Pero no soy enemigo menos decidido de la demagogia, esto es, de la tiranía de las facciones, que atacan y persiguen los mismos intereses, y al fin lanzan á los pueblos desengañados y abatidos en los brazos de un déspota, reparador si se contentan con una dictadura ilustrada, como sucede en Francia, funesto y detestable si pasa del despotismo á la tiranía.

Importa por lo tanto que ante todo empecemos por el principio y nos preguntemos: ¿ cuál es nuestra primera necesidad? Si no podemos obtenerlo todo, y es preciso resignarnos á no pasar de la escuela de Rosas á la vida política de los Estados Unidos ó de la Inglaterra, sino podemos obtenerlo todo, ¿ cuál es el bien social mas importante y á cuya adquisicion debemos consagrar nuestros principales esfuerzos?

Ese bien supremo, ese gran objeto, blanco de nuestros conatos, debe ser el orden; ¿ qué es el orden? Es la paz bajo el imperio de la ley, es la garantia de la vida contra los mazhorquerós, de la propiedad contra los salteadores ó los

confiscadores, del honor-contrá fuerza bruta, que antes se apoderaba hasta de nuestro rostro para afeitarlo y de nuestro cuerpo para vestirlo de librea. Sí, señor, yo me contento con eso en mi país y para empezar la nueva vida de la libertad. ¿Si se pudiera salir del infierno, no nos contentaríamos con el purgatorio, ambicionaríamos saltar al cielo?

Y adviértase que el orden, cual yo lo reclamo, cual me satisface, no sería un purgatorio sino para los ambiciosos insaciables, para los apetitos desordenados de la mediocridad, para los revoltosos de profesion, para todas esas pasiones incorregibles, por fin, que atizan el fuego de la discordia, de la insubordinacion y de la demagogia, y de ellas no hay que hacerse ilusion, está cubierto nuestro suelo.

¿Qué me importa en efecto que se me diga que vivo bajo un réjimen de libertad, que en nombre de la libertad y en presencia de todo un pueblo me arroja el lodo de sus injurias al rostro, y me insulta hasta en la honra de mi propia esposa? ¿qué confianza debo yo tener en la proteccion que pueda prestarme la autoridad, cuando la veo deprimida, vejada, atacada á cada instante y hecha el objeto del ludibrio público por escritores desvergonzados, que se creen siempre en el deber de criticarlo todo, hasta tanto que ellos sean ministros y obren peor que el individuo que reemplazan? ¿Pregunto yo, á todo hombre de buena fé y de probidad, no es preferible el silencio de la prensa, á una prensa en que figuran el Padre Castañeda y esos inmundos papeles que aparecieron en Buenos Aires despues de caido Rosas?

¡La libertad de la discusion, la luz que resulta de la polémica!—pero insensatos, vale mas estar á oscuras que alumbrados por esos sucios candiles que lastiman la vista y nos hacen confundir todos los objetos. En el Perú hay tambien publicaciones de ese jénero y son ellas el mas triste escándalo, puesto que habitúan al público á ver impresas en letras de molde las mas soeces producciones, el ultraje permanente á todas las leyes del pudor, de la decencia y de la moral pública; de tal manera que una prensa semejante solo sirve para alumbrar el fango en que se arrastra una sociedad que revela por el órgano de mil plumas los vicios mas reprobables y funda así una escuela pública de corrupcion!

¡Las cámaras, el réjimen parlamentario, la responsabilidad del poder ejecutivo! Son tambien grandes palabras, me inclino delante de ellas, cuando, como en Inglaterra, ó en Bélgica ó en el Brasil ellas representan grandes cosas, pero cuando esas preciosas instituciones se convierten en satélites de la demagogia ó en instrumentos de la tiranía, son palabras detestables. ¿Qué deduzco de estas observaciones? ¿Acaso que porque se abusa de la prensa debe suprimirse la prensa? ¿Que porque se abusa de la discusion en las cámaras, deben suprimirse las cámaras? No, no abogo yo por la supresion de esas cosas, pero pido que esas grandes libertades políticas sean restringidas, tanto cuanto lo reclama el órden social, los mas serios derechos del ciudadano y el respeto de la autoridad, que es el primero y el mas esencial ajente de la conservacion de la paz y de la prosperidad en esos paises.

El problema argentino, persuadámonos de ello, no se ha de resolver por escrito ni de palabra, no redactando constituciones ni pronunciando bellas arengas en las cámaras ó poéticas proclamas ante el público; el problema argentino se resolverá acertando en la eleccion de los mandatarios que han de componer el gobierno ó lo que se llama el poder ejecutivo, rodeando á esa autoridad suprema de la cooperacion de los hombres de bien ó de buen sentido, y fortificando su accion con la adopcion de leyes vigorosas y represivas de todos los exesos, rehabilitando por fin la autoridad desacreditada á un tiempo entre nosotros por los abusos de la tiranía y por los de un liberalismo fanático.

Y sin salir de aquel continente á buscar modelos en paises que ninguna analogia tienen con nuestro estado social, basta fijar la vista en Chile para comprender cual sea la marcha que nos convenga, cual la política que debemos abrazar. No se me ocultan las diferencias del carácter de los habitantes de ambos paises, y cual sea la parte que tenga el juicio y la sensatez de los chilenos en la prosperidad que han alcanzado. Grandes calidades son esas y en los paises nacieses son ellas preferibles á las dotes de la imaginacion y aun del jenio, pues el juicio y la sensatez hacen que un pueblo sea lo que mas le conviene ser en los tiempos primeros de su existencia gobernable.

Los chilenos han tenido cordura de dejarse gobernar y la de elegir mandatarios dignos de su confianza. Han comprendido que la primera necesidad social era el orden y la primera garantía del orden la autoridad. Sus cámaras han estado siempre casi compuestas de respetables ciudadanos, arraigados por sus propiedades en el suelo, y cuidadosos por lo mismo de que la tranquilidad pública se mantuviera siempre firme sobre la doble base del respeto de la ley y del respeto de la autoridad.

Las cámaras han sido mas bien cooperadoras que iniciadoras del movimiento político. Tenian ellas la injerencia suficiente en la administracion, para estar persuadidas que las rentas se empleaban siempre con probidad y en objetos de utilidad general; pero al fin, la discusion de los negocios públicos ha estado casi siempre abandonada al gobierno, que busca en el poder parlamentario la aprobacion de sus actos y dar ejecucion á sus leyes, pero que no encuentra en el seno de ese poder esos censores intratables, dispuestos á criticarlo todo y á embarazar con una oposicion sistemática y caprichosa la accion de la autoridad ejecutiva.

Cuando ha llegado el momento de una crisis, el gobierno se arma de las facultades suficientes para el sosten del orden, y aunque en varias ocasiones se ha visto allí la autoridad investida de ese poder discrecional, es justo reconocer que se ha usado con moderacion de él, y menos en el interés de las pasiones políticas de un partido que en el de la conservacion de la tranquilidad, que es el bien de todos los partidos.

Resulta de estas ligeras observaciones que la autoridad es fuerte en Chile, fuerte por la cooperacion que halla siempre en las cámaras, fuerte cuando ésta no basta por las facultades que le acuerda la constitucion del país.

Disto mucho de pensar que la prensa periódica en Chile esté á la altura del crédito y de las necesidades de ese país. Léjos de eso yo creo que la licencia que se la permite con perjuicio de las leyes, de la moral y de la justicia, en los momentos de las elecciones, contribuye mucho á la irritacion y al encono de los ánimos, y por lo mismo al derramamiento de sangre, cuando esa exasperacion del espíritu público se convierte en la guerra civil, como ha sucedido en los últimos años.

Pienso también que aun en los momentos pacíficos como el presente, la prensa de Chile en general es más declamadora que útil, más superficial que seria é ilustrada. Allí como en las otras repúblicas de Sud-América, los diarios están redactados por jóvenes que hacen su aprendizaje á espensas del público, y siendo únicos en su redaccion y estando obligados por lo mismo á hablar todos los dias y sobre todas las materias, no muestran sino una instruccion vana y una deplorable facilidad para hacer frases vacias de razon y las mas veces de buen sentido.

Apesar de eso, si Chile tiene motivos para no estar satisfecho de su prensa periódica, podrian muy bien conformarse con ella otros países americanos en los que se presentan á la espectacion pública y hablando siempre en tono dogmático escritores que no saben lo bastante para dirigir la enseñanza de una escuela de primeras letras.

El oficio de esos doctores tan faltos de saber como llenos de vanidad, suele ser, respecto de los gobiernos, el de esos insectos molestos que no dejan ni dormir ni trabajar. Es imposible que ningun gobierno pueda llenar su mision en presencia de esos censores inexorables que nada hallan digno de aprobacion, y cuyo propósito es denigrar y deprimir aquello mismo que más importa realzar en sociedades tan necesitadas de direccion como las nuestras.

Elejr, pues, hombres dignos por su probidad, por su capacidad, por sus virtudes, de los primeros puestos; confiarse en ellos y despertar en su favor la confianza del país: ayudarlos en las cámaras, en la prensa, en todas partes; á llevar á cabo la difícil obra de comprimir todos los abusos y restringir en el interés de la autoridad, esto es, del orden y de la paz pública, esas libertades políticas que tan á menudo sirven para fomentar las pasiones más innobles y destructoras; tal me parece ser el deber de los patriotas argentinos, como entiendo que Chile debe seguir en esa via, puesto que es lo que la ha salvado del naufragio y del descrédito en que han caido todas las otras repúblicas hermanas.

Después de la batalla de Caseros yo ví con no menos sorpresa los programas de la prensa, las promesas de los que aspiraban á gobernar la opinion. Esos pro-

gramas no fueron menos liberales que los que pudieran proclamarse en Nueva-York ó en Lóndres por los radicales mas exaltados; y no puedo esplicarme cómo hay hombres de talento tan desprovistos de juicio que entiendan sea posible en Buenos Aires, es decir, en una ciudad que ha vivido esclavizada por largo tiempo y que tienen los gauchos á sus puertas, cómo sea posible, digo, lo que se practica en los países mas adelantados del globo. Si hubiera un hombre que detestara nuestro país, tanto como le aman sus mejores patriotas, es seguro que no le daría otro consejo. Imitando en efecto á los Estados Unidos proclamando todas las libertades políticas y proclamándolas ilimitadas, como las quieren muchos de nuestros liberales, entonces si que escribiríamos la historia de Rosas, en el sentido que él la entiende, y nuestros ridículos no menos que odiosos exesos, serian ya que no la justificación, por lo menos la esplicación y la disculpa de su tiranía execrable.

Yo no pienso de esa manera y creo haber dado pruebas suficientes de mi amor á la libertad, para que no sea sospechosa hoy mi adhesión á la autoridad honrada, fuerte y bien intencionada, la única que á mi juicio pueda reparar entre nosotros los estragos de una autoridad tiránica y sanguinaria.

Escritor católico, mis opiniones políticas están muy enlazadas con mis creencias religiosas, y no terminaré este artículo sin insistir en la necesidad de que nos penetremos de la importancia del dogma evangélico, como luz de nuestro camino en la tierra, y como el guía mas seguro para salir de esas regiones del error, del crimen, de la sangre, de la barbarie en que los argentinos hemos agotado nuestras fuerzas por tan largos años.

Chile ha sido mas fiel que las otras repúblicas Sud-Americanas al dogma de nuestros padres, y yo entiendo que el sentimiento religioso arraigado en las conciencias, no tiene poca parte en esos hábitos de obediencia, tan opuestos al servilismo como la subordinación que distingue á los hijos de esa república. Desde luego ellos han podido contar con un aliado mas que poderoso, omnipotente; ese aliado es Dios. Los pueblos que siguen y practican la enseñanza de la Iglesia,

pueden tener propicia esa misericordia infinita, que todo lo perdona al arrepentimiento, y que para todo nos dá aliento con tal que la fé invoque el auxilio de la gracia.

Aunque hable un lenguaje pasado de moda por desgracia entre nosotros y que puede ser una novedad en nuestra prensa, yo diré que tenemos ante todo y mas que todo necesidad de la proteccion de la misericordia de Dios, y podemos contar en primera línea las oraciones que se eleven al cielo de las almas puras de las madres y de las esposas argentinas. Prosternadas ellas al pié de los altares del Salvador, invocando el favor del hijo de Dios y de su madre, esperó que nos alcanzarán el término de las desgracias inauditas, que hemos experimentado y que tantas lágrimas les cuestan.

Cuando el dolor y la inocencia aboguen por nuestra causa en los templos del Señor, empezaremos á sentir que nuestra atmósfera se purifica, que el rayo no cae sobre nuestras cabezas de un cielo irritado, y segun la espresion del apóstol, donde abundó el pecado empezará á abundar la gracia.

Asociados en la misma fé y en los mismos esfuerzos, los buenos empezarán á ligarse en nuestro país por los vínculos de la confraternidad cristiana y formarán esa aristocracia de los mas capaces y de los mas dignos para tomar á su cargo con el voto general, las riendas del gobierno. Todos sabrán respetarse, porque sabrán cumplir el gran mandamiento que les prescribe el amor. Los malos temblarán, no ante el capricho de un déspota sin entrañas, sino ante la autoridad, y el terror infecundo de un hombre será reemplazado por el terror de la ley.

La ley civil y política no será respetada mientras la ley moral no impere en todas las conciencias, y como no estamos desgraciadamente todos en este último caso, es preciso que la autoridad, esto es, el ejecutor de la ley, esté armada á fin de que sean contenidos por el temor los que no saben ó no quieren practicar en la obediencia la libertad compatible con el estado no muy avanzado de nuestra civilizacion y de nuestras costumbres.

Para que cada uno y todos cumplan con su deber, no es menester que preguntemos lo que se hace en Francia, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, basta que tengamos la

firme voluntad de ser cristianos. La religion nos enseñará cuanto hemos olvidado y cuanto necesitamos aprender. Ella calmará esa agitacion febril que nos devora. Nos enseñará á pedir al tiempo y al trabajo la satisfaccion de todas nuestras lejitimas aspiraciones, á refrenar el ardor del orgullo, las impaciencias de la ambicion, los rencores del odio, los apetitos desarreglados de los sentidos y todas esas flaquezas cuya suma total forman la ignorancia de un pueblo, sea que sufra agobiado el yugo de la tiranía, ó que la quebrante para precipitarse en las orjias de la demagogia.

El órden á la sombra y al amparo de la Cruz, es todo mi programa político. Chile nos enseña lo que se gana con el órden. Lo que se gana con la Cruz preguntémoslo á nuestras vastas llanuras, á nuestros rios caudalosos, á nuestras montañas grandiosas, á los bosques perfumados de mil aromas y en los que resuenan las armonias de las aves solitarias que los habitan: todo eso nos habla de Dios y nos dice que aquel paraíso espléndido no fué hecho para morada de los crímenes de los hijos de Cain, sino para asiento de las virtudes evangélicas y para base magnífica de ese monumento divino que nos legó el Redentor como símbolo de la rehabilitacion del linaje humano.

Plantemos en ese suelo la Cruz, y doctores y artesanos, capitalistas y labradores, hombres de frac y hombres de chiripá, porteños y provincianos, abrazémonos todos hermanos y seamos tan pródigos de los nobles sentimientos de la caridad, como antes lo hemos sido de esos instintos feroces, que durante cuarenta años han hecho de nuestro país un vasto coliseo, en que las cabezas argentinas caian cortadas por manos argentinas tambien.

Yo soy del partido de los católicos, esto es, del partido de Jesu-Cristo; estoy por las facultades extraordinarias, por la omnipotencia de Nuestro Padre que está en los cielos, y puesta mi fé en él, como las esperanzas de mi corazón, me atrevo á decir á mis compatriotas que solo salvarán la patria, la mil veces infortunada patria argentina, declarándose ante todo partidarios del órden á la sombra de la Cruz.

París y Roma

París, octubre 25 de 1858

Dos soberanos europeos fueron arrojados al destierro despues de la revolucion de febrero. El uno de ellos era el rey de Francia, á cuya prudencia y sabiduria debió su país y el mundo diez y ocho años de paz. Ese monarca gobernó siempre legalmente y gobernó con los consejos de los mas sábios y renombrados publicistas. Fué atacado con una exaltacion injusta y no trepidaron en emplear contra él las armas vedadas del ultrage y la calumnia sus temerarios opositores. Nunca fué mas libre la Francia que bajo su reinado; quiso ser mas libre todavia, lo quisieron por lo menos los que hablaban en su nombre; cayeron con el tronó aquellas libertades constitucionales, y despues de cuatro años de anarquía republicana, la Francia en posesion del sufragio universal, aceptó la dictadura que la libraba de esa anarquía. Dos años y medio despues de su caida Luis Felipe moria olvidado en el suelo extranjero.

El otro era el soberano de un país cuya poblacion es diez veces menor que la de la Francia, de un país que no domina los mares con sus escuadras como la Inglaterra, ni posée grandes ejércitos de tierra como el Austria ó la Rusia; de un país que no es, como lo fueron en otro tiempo algunos pequeños Estados, el emporio de la industria y del comercio. Y sin embargo mientras el rey de Francia acababa sus dias, víctima de la ingratitude de sus compatriotas, acompañaban al otro rey en el lugar de su destierro los embajadores de las potencias mas poderosas, se ponian tres veces de rodillas antes de llegar á él y le ofrecian el oro, las naves y los ejércitos de esas potencias para restablecerlo en el tronó de que la demagogia lo habia derribado.

La noticia de su caida consternó á doscientos millones de habitantes del globo, y de todas partes se enviaron homenajes de veneracion y de filial respeto al ilustre proscrito. Ese proscrito anciano, vencido, desarmado, era mas que un rey, era el Papa.

El Papa, esto es, el vicario de Jesu-Cristo en la tierra, el gefe supremo de la iglesia, á la que el Salvador prometió su amparo hasta la consumacion de los siglos, el padre por fin de los que llevan el nombre de católicos en el mundo. El rey de Roma era todo eso; y Roma es la capital de la cristiandad, la ciudad eterna en la que los mártires triunfaron de los Césares y de la que hace diez y ocho siglos á que el mundo está habituado á ver salir las palabras de paz, de amor y de consuelo para los que luchan el buen combate, el combate de la verdad y del bien contra el mal y la mentira.

De esta misma Francia en cuyo seno los discipulos de Voltaire habian triunfado poco tiempo hacia, en cuya capital habia caido herido por las balas de la rebellion un arzobispo; de esta Francia partieron los soldados que debian atacar y vencer á los que desterraron al Pontífice, despues de haber asesinado á su ministro. En vano clamaban irritados los oradores de la montaña, en vano amenazaban con las armas al poder y á los que lo apoyaban decididos en la asamblea. La insurreccion interior fué vencida, y los mas eminentes personajes de este pais sostuvieron y votaron por la espedicion que debia restituir su trono al Papa proscripto. Thiers y Falloux, Odilon Barrot y Montalembert, Tocqueville y Berryer, y con ellos la prensa ilustrada y moderada, que representaba los votos del pais, demostraron que aquel monarca no podia quedar en la proscripcion, porque era el Papa.

Todos esos hombres de inteligencia superior comprendieron que si habia un punto de apoyo para contener y resistir al torrente de las pasiones desbordadas, era el catolicismo, y que el catolicismo sin el Papa, era un catolicismo decapitado. Todos ellos pensaron como el infortunado Rossi, que decia á los facciosos que mas tarde le mataron:—

« La independencia del sumo Pontífice está bajo el amparo de la conciencia comun de los católicos. Roma con sus monumentos elevados, con los tesoros de toda la Europa, Roma centro y cabeza del catolicismo, pertenece á los cristianos aun mas que á los romanos mismos. Sabed que no os dejaremos decapitar la cristiandad y reducir al Papa á pedir un abrigo que puede costar caro á su libertad. »

En vano protestaron aquellos facciosos que la independen-

cia temporal del Papa no era necesaria para el gobierno espiritual de su Iglesia. Los oradores de la asamblea francesa han demostrado hasta la evidencia que ese es un sueño de la incredulidad y de imaginaciones delirantes. He leído los irrefutables argumentos de *Tiers*, de Tocqueville, de Odilon Barrot, y ellos están completamente de acuerdo con las palabras siguientes de Balmes, que murió, como se sabe, antes que hubiera ocurrido el gran escándalo contra el que se levantaron los católicos de Francia y del mundo todo.

« ¿Qué sería la ciudad de Roma si le faltase la soberanía del Papa? *Abandonada á la ambicion y á la codicia de los aventureros de todos los paises*, lloraria bien pronto con lágrimas de sangre la caída de su autoridad paternal, á cuya sombra ha vivido durante tantos siglos. La separacion entre la potestad temporal y la espiritual, como existe en otras partes, es un sueño irrealizable en los Estados pontificios: tal es la fuerza de las cosas, que el dia en que una revolucion destruyese la soberanía temporal del Papa, éste quedaria reducido ó al cautiverio ó á la proscripcion. Creer que en Roma es posible un Papa egerciendo solamente las funciones de Pontífice, á la vista de un príncipe ó de un senado encargados del gobierno temporal, es desconocer completamente la naturaleza del hombre y de la sociedad, es olvidar la constante marcha de los acontecimientos humanos.

En todos los paises del mundo, un rey destronado es un rey cautivo ó proscripto: un rey destronado en completa libertad en su propio país, en vista de su sucesor, es un imposible; pues bien, mas imposible fuera todavia en Roma un Papa egerciendo libremente las funciones del supremo pontificado, estendiendo su autoridad sobre la Iglesia universal, recibiendo los homenajes de todo el orbe católico; y este Papa rodeado del Sacro Colegio, rodeado de las congregaciones, rodeado de las instituciones indispensables para la espedicion de los negocios eclesiásticos, en presencia de un gobierno que acabara de levantarse sobre las ruinas de la aútoridad temporal de la Santa Sede. Esto es un imposible, que se conoce á primera vista, que se siente, y que produce la certeza de que un Papa destronado seria un Papa cautivo ó proscripto. »

Napoleon, que restaurando el culto católico en Francia, legó

á su dinastía la tradición á que ha sido fiel el emperador actual, pensaba como Balmes, y de él son estas notables palabras: « la institución que mantiene la unidad de la fé, es decir el Papa, guardian de la unidad católica, es una institución admirable. Se reprocha á este jefe ser un soberano extranjero. Este jefe es extranjero, en efecto, y debemos dar gracias al cielo por ello.

« ¿ Podemos figurarnos acaso una autoridad semejante al lado del gobierno del Estado? Reunida al gobierno esa autoridad se convertiría en el despotismo de los sultanes. Separada, y hostil quizá, ella produciría una rivalidad espantosa, intolerable. El Papa está fuera de París y así conviene. No está ni en Madrid, ni en Viena y por esto soportamos su autoridad espiritual. En Viena y en Madrid pueden decir con fundamento otro tanto.

« ¿ Se cree que si estuviera en París, los Vieneses, los Españoles consentirían en recibir sus decisiones? Debemos felicitarlos de que él resida fuera de nuestro suelo, y de que residiendo lejos de nosotros no resida en medio de nuestros rivales, que habite esa antigua Roma, lejos de la mano de los emperadores de Alemania, lejos de los reyes de la Francia ó de la de los de España, teniendo la balanza entre los soberanos católicos.

« Los siglos han dispuesto eso y lo han dispuesto bien. Para el gobierno de las almas, es la mejor, la mas benéfica institución que se puede imaginar. Y no sostengo estas cosas por capricho de devoto, sino por convencimiento.»

Mr. Thiers ha escrito lo siguiente en un informe que leyó en la asamblea legislativa:

« Las potencias católicas se reunieron en Gaeta para ponerse de acuerdo sobre el restablecimiento de una autoridad, que es necesaria al universo cristiano. En efecto, sin la autoridad del soberano Pontífice la unidad católica desaparecería; sin esta unidad el catolicismo perecería en medio de las sectas, y el mundo moral, tan fuertemente conmovido yá, se arruinaría hasta sus cimientos. Pero la unidad católica sería inadmisibles, si el Pontífice que es su depositario no fuese completamente independiente; si en medio del territorio que los siglos le han asignado, que todas las naciones le han mantenido,

otro soberano, príncipe ó pueblo, se levantase para dictarle leyes. Para el pontificado no hay independencia sino en la soberanía misma. Este es un interés de primer orden, que debe hacer callar los intereses particulares de las naciones, como en un Estado el interés público hace callar los intereses individuales, y él autorizaba suficientemente á las potencias católicas para restablecer á Pio IX en la silla pontifical. »

Si he citado esos textos, como pudiera citar muchos otros, es porque desgraciadamente he visto alguna vez en la prensa americana, en la que á menudo encuentran éco las opiniones mas erróneas, espresada la conveniencia de la separacion del poder temporal y espiritual del Sumo Pontífice.

Por lo demas no es ciertamente porque el Papa sea rey de Roma, que hay en Sud-América quienes crean deber precaverse contra él; es al soberano espiritual, al gefe de la Iglesia al que se niega á menudo la intervencion que le compete en materias que son esclusivamente de su dominio. Esas prevenciones, muy comunes en los juristas y en nuestros gobiernos, solo se esplican por dos causas: ignorancia de la historia y falta de fé.

En Francia hubo un tiempo tambien en que los gobiernos temporales creian amenazadas sus prerogativas por el gobierno pontificio, y se armaban con lo que llamaban las libertades galicanas para limitar y embarazar la accion de la Santa Sede. Pero ¿quién se acuerda hoy de esas libertades? Han muerto en Francia, muerto á los ojos del clero francés, mas ligado y sumiso que nunca á la autoridad romana como á los del poder temporal, que sabe cuanto importa á la Iglesia su independencia, y que la ha garantido en Roma mismo con el apoyo de sus armas.

Las leyes josefinas, destinadas en Austria á oprimir la Iglesia, han desaparecido tambien para ser reemplazadas por una legislacion mas conforme con las creencias y los intereses de un país católico; y el Emperador actual se esfuerza en asegurar la completa emancipacion de la Iglesia en sus inmensos Estados.

Los hombres de Estado de España se muestran tambien favorables á la reaccion religiosa, que presencia la Europa, y han celebrado con Roma un concordato, « el mas ventajoso, dice

Mr. de Montalembert, que la Santa Sede haya obtenido de una potencia católica. »

En los mismos países protestantes se deja libre campo al jefe de la Iglesia para gobernar su grey. La Inglaterra ha visto establecida allí la gerarquía católica, y el clero de ese país obedece á Roma, como el de los mismos Estados pontificios. En vano han gritado alarma los protestantes, y comparas groseras han insultado al sábio cardenal Arzobispo de Wetsminster. En vano el parlamento ha sancionado un bill, que impone penas pecuniarias y aun la prision á los prelados que usen públicamente de sus títulos eclesiásticos; esa ley es letra muerta, y los ministros de la reina de la Gran Bretaña no se han atrevido á aplicarla, á pesar de que el bill no ha sido obedecido.

Igual cosa sucede en Holanda; y es preciso ir á la América del Sud, á la Nueva Granada, para ver á la Iglesia humillada y perseguida por los gobiernos. ¿Qué extraño es que eso suceda en un país, donde no satisface á los que se pretenden liberales la democracia del orden y de la justicia, donde reina la plebe en los clubs como instrumento servil de las facciones, que la esplotan en provecho de sus pasiones detestables? Se ha decretado allí la separacion completa de la Iglesia y del Estado, no para acordar á la Iglesia una real libertad, sino con la mira de hacerla perecer de hambre. Asi salen al encuentro á sus ministros los doctores de ese liberalismo rojo para que no puedan recibir de la libre voluntad de los fieles los medios de existencia, que antes recibian de ellos mismos por las manos del Estado; y el espíritu de la impiedad ha segado de tal manera á los legisladores de ese país, que se han atrevido á poner su mano impura hasta en los sacramentos de la Iglesia para suprimirlos, autorizando el divorcio y convirtiendo el matrimonio en un concubinato legal.

Mientras el Arzobispo de Bogotá, heróico defensor de nuestra creencia, ha sido arrojado al destierro por los demagogos sin Dios de aquel desgraciado país, mientras se ha visto allí despojado hasta de las propiedades que destinaba á la educacion de la juventud, la Francia le acoje con las simpatias respetuosas que se deben á las grandes virtudes.

Pocos dias há tenia lugar en Amiens una fiesta solemne, á

la que asistieron una porcion considerable del clero francés, varios cardenales y obispos estrangeros y un crecidísimo número de fieles de todos los puntos de Francia. Era una procesion, que conducia á la magnífica catedral de aquella diócesis los restos de una antigua santa, mártir de la fé en Roma, de cuyas catacumbas han sido trasladados á su tierra natal. Yo habria deseado que los liberales despreocupados de Sud América hubieran presenciado tan bello espectáculo. Habrian comprendido entonces que el progreso de que se suponen partidarios no es sino el atraso y la ignorancia.

Los diarios de Paris han referido con admiracion ese suceso, que revela las vias de salvacion en que ha entrado la Francia, y uno de ellos dice al fin de su artículo estas palabras:

« Terminaremos estas reflexiones contando un episodio de la fiesta de Amiens que ha impresionado vivamente á todos los concurrentes. Se sabe que el señor Arzobispo de Bogotá asistió á ella. El venerable proscripto, quebrantado antes de tiempo por las fatigas y por los pesares, no se encontraba en estado de seguir la procesion, y para no privarle de este espectáculo de fé, único consuelo que pueda recibir en su destierro, se le colocó revestido con sus ornamentos pontificales á la puerta de una casa de caridad, en una calle por donde debia pasar el cortejo. Desde allí lo vió desfilarse y dió su bendicion dos veces preciosa á esos sacerdotes, á esas religiosas, á esos niños, á todos esos cristianos que le recordaban el rebaño por cuya salud se vé perseguido. Cuando llegaron los obispos se puso de pié; y todos al pasar, apartando por un momento la vista del carro en que triunfaba la Santa mártir, se inclinaron con un afectuoso y profundo respeto ante el confesor desterrado, ante el pastor fiel que ha luchado hasta la última hora por los derechos de su Señor y por la fé de su grey. Quien ha presenciado esta escena augusta, sabe porque la verdad y la libertad cristiana no pueden perecer. »

Los oradores que hablaron en el púlpito de la Catedral de Amiens tributaron el homenaje de sus elojios al venerable arzobispo; y él ha podido sentir con dolorosa sorpresa que si una porcion de sus compatriotas no han sabido prodigarle sino el insulto, los católicos de Francia aplauden en él el

noble coraje con que ha resistido á los enemigos de la Iglesia y por lo mismo del crédito y de la felicidad de su patria, cuyos magistrados actuales apenas se hacen acreedores á la risa de la compasion.

Ese ilustre prelado, que una república de Sud-América proscribire y que halla en Francia la acogida de una cordial admiracion, es una de las muy tristes pruebas que nos dan aquellos malhadados países de lo lentos que son para imitar los buenos ejemplos de la Europa, y de lo muy dispuestos que están siempre á admitir con ciega credulidad cuanto tiende á rebajar y á anoradar el poder y el influjo de la autoridad espiritual.

El Santo Padre recibia no ha mucho en el Quirinal la visita de un caballero chileno y se lamentaba de que los gobiernos y en general los hombres públicos de la América española abrigaran aun prevenciones contra la Iglesia desterradas mucho tiempo há de los Estados europeos. Nada mas fundado que esa queja paternal.

Un Estado muy pequeño entre los muchos de aquel vasto continente acaba de dar á los otros el ejemplo de lo que mucho tiempo há hubieran debido hacer todos. La república de Costa Rica ha celebrado últimamente un concordato con Roma, ligando así aquella porcion de la Iglesia, católica al gefe supremo de ella, y respetando en la silla apostólica atribuciones que no pueden negarse sino por los que solo tienen de católicos el nombre.

« Cuando se considera el espíritu y los términos de este concordato, dice el *Anuario último de Ambos Mundos*, se vé que él resuelve *de una manera liberal y justa* la mayor parte de las cuestiones, que han sido alimento de tan singulares agitaciones en algunos Estados de la América del Sud. Por él se ve ademas cuan insensato y gratuitamente revolucionario es pretender zanjar por la violencia cuestiones en las que el acuerdo con el poder religioso es tan necesario y tan fácil. »

Es en efecto la primera de nuestras necesidades establecer nuestra paz con Roma, llamarla en apoyo de nuestro culto abatido, y que soporta en unos Estados la mas odiosa persecucion, en otros las consecuencias no menos deplorables de la

indiferencia y del escepticismo. Si queremos ver claro en nuestra situación presente, comprenderemos que todos los lazos morales se han relajado, que el siglo XVIII domina todavía nuestros espíritus y nos inspira las preocupaciones más perniciosas al orden y al adelanto social. Si vivimos abandonados á todas las locuras de la idolatría demagógica, si las asonadas y las revueltas nos tienen desde el día de nuestra emancipación fuera de las vías del verdadero progreso, si hemos sido de medio siglo acá el escándalo de la civilización, es porque, como me lo decía no ha mucho en Prusia el ministro de Rusia en Holanda, católico muy ilustrado: «El sentimiento religioso se ha debilitado notablemente en todas esas repúblicas antes españolas.»

¿Cómo restablecer y rehabilitar ese sentimiento en todas las conciencias, sinó dando á la Iglesia el lustre, el prestigio, la preponderancia que le toca en la rejeeneración de nuestras costumbres? ¿Y eso cómo lo conseguiremos? De una manera muy sencilla: haciendo la paz con Roma, imitando el ejemplo de Costa Rica; recordando el símbolo de nuestra fé que nos dice que la Iglesia es una, y que el jefe supremo é infalible de esa Iglesia es el sucesor de San Pedro y está en Roma.

¿Qué pretende el Papa de nosotros? una sola cosa: que seamos religiosos. Esto es, que seamos fieles al dogma de nuestros padres, que eduquemos á nuestros hijos en la misma fé; que sostengamos el clero y le hagamos cada día más digno de la veneración pública. Que formemos en los seminarios los soldados de esa milicia sagrada, que bendice nuestra cuna y nuestro sepulcro en el nombre de Dios cuya causa sirve, después de habernos enseñado todos los deberes de la vida doméstica y de la pública.

Muy celosos hemos sido de los derechos del hombre, hemos llamado al pueblo ignorante, á la soberanía la hemos coronado antes de sacar su alma de las tinieblas. ¿Qué ha sido nuestra democracia? Una cómica parodia de la democracia norte-americana, y odiosa también, puesto que en pueblo alguno se han cometido, en nombre siempre de la libertad, más crímenes que en los países nuestros, exceptuando únicamente á Chile.

Es tiempo ya de que los hijos pródigos volvamos al seno de la madre comun: es tiempo de que nos inclinemos ante los derechos de Dios, es el medio mas seguro de saber apreciar y practicar los nuestros. Esa madre es la Iglesia, y los derechos de Dios negados y blasfemados por los filósofos impíos que hemos admirado tan néciamente, son los que se nos enseñaron en el hogar doméstico, cuando se nos hacia deletrear el catecismo.

Las repúblicas americanas han celebrado tratados con la Inglaterra y con la Francia, á fin de que sus buques hallen garantías en nuestros puertos, sus mercaderias y sus hombres en nuestros mercados. Sea en hora buena; no hemos querido vivir en el aislamiento á que condenaba la España á sus colonias, y hemos hecho bien. Vestimos mejor que antes, hemos adoptado las modas de Paris, y preferimos tambien el té al mate. Todo eso puede habernos dado gustos y hábitos mas cultos, sin que nuestro contacto libre con la Europa haya mejorado muy notablemente la condicion material de los hombres del pueblo, esto es, de nuestros soberanos. Pero esa cultura no es la civilizacion, y ¿cuántos hombres vestidos á la europea no conocemos, que no son superiores por la conciencia al último gaucho?

¿Cuánto no hemos declamado contra la España? No hace mucho tiempo á que español y bárbaro eran sinónimos entre nosotros, tan vivo era el odio que habiamos heredado de nuestros padres! Todo lo que tenia oríjen en esa nacion, apesar de que la debemos el nuestro, nos parecia detestable, hasta su literatura tan admirada en Francia y en Alemania. El lenguaje que hablamos se resiente de ese espíritu de contradiccion á todo lo que es tradicional, y es difícil saber si escribimos mal francés ó español. Sin embargo, muchas de esas repúblicas se han apresurado á reanudar sus relaciones con la que fué nuestra madre patria: en las otras se han abierto, aun sin tratados, nuestros puertos al pabellon y á los cónsules de la Península.

Una sola tradicion hemos aceptado de la España, es la que ella misma ha repudiado. Nuestros gobiernos, pretendiéndose patronos de la iglesia y herederos de derechos que no podian ser transmitidos, han encontrado en no se que libros viejos,

los textos con que resisten á la Santa Sede siempre que ella quiere gobernar libremente su iglesia. Bajo el pretexto de defender las prerogativas de la potestad temporal, han invadido las de la espiritual, y ese patronato ha sido un yugo. No hay un solo pastor de las iglesias de Sud-América que no sienta el peso de esas cadenas, y las autoridades civiles han llegado en algunas de nuestras repúblicas, á trazar á los obispos las reglas de su ministerio espiritual. Poco ha faltado para que nuestros presidentes se declaren pontífices á la manera del Czar de Rusia.

Y todo eso, ¿ en nombre de qué principio ? De la independencia del Estado. ¿ Pero la iglesia de Chile, del Perú, de la Nueva Granada dependen acaso del Estado ? ¿ No son ellas parte de un solo cuerpo, cuya cabeza es el Papa ? ¿ No son ellas provincias de un solo país cuyo único soberano es el Santo Padre ? ¿ Qué católico puede ignorarlo, sin ser infiel al símbolo de su fé, sin negar la unidad de la Iglesia ?

La intervencion de la Santa Sede no se ejerce sino en el dominio de las conciencias, y en este dominio los presidentes son cero. Temer por lo mismo á Roma es una insensatez; no lleva ella cañones ni soldados á nuestras fronteras. Lo que ella lleva, lo que tiene derecho de hacer penetrar entre nosotros, es la jurisdiccion de la jerarquía eclesiástica, cuyo jefe superior está fuera de las mismas fronteras. En este sentido, el Papa es tan soberano en Paris, en Viena y en Madrid como en Roma, tan soberano en Buenos Aires y Caracas como en Washington.

Ningun católico lo ignora en Europa, y pudiera citar ejemplos recientes de esa intervencion espiritual ejercida por el Sumo Pontífice, cuya palabra de caridad evangélica se hizo escuchar no ha mucho en el tono de paternal elocuencia que le distingue, para pacificar la iglesia de Francia, en la que algunos debates apasionados habian dividido á sus pastores. Todos aceptaron sumisos los consejos de un padre que tenia el derecho de ordenarles, ofreciendo así al mundo católico un ejemplo de disciplina y de humilde obediencia, digno de la iglesia en cuyo seno figuró un dia el ilustre Fenelon. El poder temporal respeta en el Vicario de Jesu-Cristo la plenitud de sus facultades, y ese respeto es tanto mas laudable, cuanto que las

tropas francesas están hoy mismo en Roma al servicio del heredero de los Apóstoles.

Así ha podido decir con razón últimamente en la catedral de Amiens, un ilustrado prelado: « Los Príncipes de la iglesia y los obispos de todas las naciones que han venido á juntarse á nosotros, podrán decir en todas partes lo que el mundo sabe desde mucho tiempo, que en ninguna los sacerdotes y los obispos están mas unidos entre sí y con su jefe que es tambien su Padre. »

La intervencion ó el gobierno mas bien de la Santa Sede en asuntos que solo son de su competencia, debe ser respetado entre nosotros; y pienso que uno de los deberes principales de los gobiernos Sud-americanos, de aquellos sobre todo que se proponen enfrenar la revolucion y acabar con ella (y se sabe que por revolucion entiendo yo el espíritu del error y del mal) pienso, digo, que su deber primero es tratar con Roma y asentar la iglesia en los Estados que presiden sobre la única piedra de estabilidad para ella. Para lograrlo ¿qué importa hacer? Pensar como católicos y obrar como tales; enviar á Roma para representar á nuestras repúblicas no ministros imbuidos en las ideas de Voltaire, como el que envió últimamente Venezuela, y que pretenden locamente que la Sede Pontificia abandone sus tradiciones y sus leyes inmutables; sino hombres romanos por su fé, como deben serlo todos los católicos, y dispuestos por lo mismo á respetar el mas sagrado de los derechos, el que corresponde al Pontífice universal de gobernar su grey.

Napoleon conocia la naturaleza especial del poder espiritual, cuando decia á sus embajadores: « tratad al Papa como si tuviera doscientos mil soldados. » Mr. de Tocqueville, autoridad poca sospechosa para los demócratas, pronunciaba no há mucho tiempo las palabras que siguen, en la asamblea francesa: « El único medio que tenga un gobierno católico, no diré para forzar al poder pontifical, Dios me libre de emplear semejante palabra, sino de ejercer sobre él una lejitima influencia, es pedirle cosas justas, sensatas, equitativas, conformes al interés de los pueblos católicos, conformes al interés de las poblaciones que dirige, conformes á la razon, al buen sentido, al buen derecho. »

Y adviértase que Mr. de Tocqueville empleaba esos términos aludiendo á las pretensiones que pudiera presentar la Francia al soberano temporal, que las armas francesas acababan de restablecer en el trono.

Los gobiernos Sud-americanos pueden estar persuadidos á que siempre que soliciten *cosas justas, sensatas, conformes al interés de los pueblos católicos y al buen derecho*, las obtendrán de Roma. Los que hemos tenido la dicha de prosternarnos á los piés de Pio IX, y ese será para mí el mas grato recuerdo de mi vida, los que hemos tenido esa dicha, digo, sabemos cuan santa y amorosa es su alma, y que no cuestan pocas lágrimas en sus ojos y plegarias piadosas á sus lábios esas desgracias sin nombre y sin número que aquejan á los Estados de la América española. Nosotros sabemos cuanto han lastimado su corazon los crímenes inauditos que manchan nuestra historia contemporánea, y lo que le angustia sobre todo es que víctimas del mal no tengamos el coraje de aceptar el remedio; que como niños irritables rechazamos indignados ese medio y atormentamos con nuestra repulsa á la madre afligida que nos lo ofrece.

Soldado voluntario, aunque oscuro, de esa madre, yo no quiero figurar en las filas de sus hijos rebeldes, yo la consagraré mientras viva mis pobres servicios convencido como estoy de que solo en el seno y con los bálsamos de la iglesia, podemos curar las heridas hechas por el espíritu de la irreligion y del desórden en aquellas sociedades, que se precipitan ciegas en todos los exesos del orgullo y del vicio.

Paris nos ha perdido y Roma solo puede salvarnos. Si tuviéramos la virtud del arrepentimiento haríamos lo que se hace en Francia mismo; desandaríamos el mal camino, opondríamos la reaccion de la verdad católica á la accion revolucionaria que nos destroza. Buscaríamos la alianza del jesuita, que no fué en Sud-América instrumento de la tiranía, como lo sabemos, para combatir al demagogo, y sobre todo para sembrar en ese suelo vírgen la buena semilla, para enseñar al pueblo, que tan criminalmente ha sido engañado por tiranos y facciosos la doctrina que debe ennoblecer su alma, poniéndola en comunicacion con su criador y que le dará al mismo tiempo los consuelos de que tanto han menester los que per-

tenecen á las clases inferiores en nuestros países. Así seremos liberales de veras, y no farsantes proclamadores de progresos quiméricos, y en vez de irritar la llaga de la porcion de la humanidad que sufre en nuestro suelo, la curaremos radicalmente.

Yo creo conocer bastante esos países americanos en que he nacido, la Europa donde he residido durante cinco años y la doctrina religiosa que profeso, como la del liberalismo que la niega ó la combate, para decir á los que faltos de fé pretenden ser partidarios ilustrados de la libertad y de la civilizacion de aquellas repúblicas: « Vosotros sois falsos liberales, por que, como lo ha dicho Cormenin, no hay libertad sin religion. Hablais constantemente del pueblo, le llamais soberano, y haceis todo lo posible para apagar en su alma la única luz que puede alumbrarla, el único sentimiento que puede consolarla. Matais en su conciencia á la vez la fé y la esperanza, le poneis en guerra con los mandamientos de Dios y por lo mismo en guerra contra la sociedad de un hombre sin respeto y sin regla; nada cuesta despues á un osado aventurero hacer un mazhorquero, y la vida, el honor, la propiedad, quedan así á la merced del mas fuerte. La fuerza ininteligente, inmoral, estúpida, es el único soberano que la revolucion ha emancipado; porque hemos emancipado á aquellos países del sentimiento religioso, de la fidelidad al dogma, de la veneracion de sus ministros, de la iglesia por fin, sin la cual los pueblos viven solo en la vida de la barbarie, á que ella puso freno y término en los siglos medios.

« Sois idólatras de la libertad, no partidarios ilustrados y sensatos de ella, puesto que desconoceis las desigualdades de los distintos países; olvidais que es imposible que la humanidad esté toda al mismo nivel, suprimis las condiciones diferentes de los lugares y los tiempos, y quereis que los pueblos niños sean tan dueños de sí mismos y manejen tan hábilmente los mas delicados instrumentos de la civilizacion, como las sociedades compuestas de poblaciones de otra raza, de otro ortjen, de otra edad y de otras costumbres. Imitais á esas familias de escasos recursos á las que una mala envidia impulsa á hacer gastos superiores á sus medios *para no ser menos que otros*, y que al fin cuando tienen que liquidar sus

cuentas, acaban por la deshonra y la prision. No sois hombres de vuestro lugar ni de vuestro siglo. Vuestro lugar no os dá el caudal preciso para llevar dignamente esa corona de soberanos, y vivir en el siglo de la incredulidad, sois mas discipulos de Voltaire que de Jesu-Cristo. Dais la espalda á la Francia cuando ella vuelve desengañada á sus templos, y la imitais cuando se lanza en los clubs del socialismo.

« Os llamais hombres del progreso, y para visitar los paises mas atrasados de la época, es preciso ir á esas repúblicas en que dominan vuestros principios absurdos. Ni la Turquía ni la Rusia han presenciado en nuestros tiempos crímenes como los que se han cometido en aquellos paises, que empezaron por asesinar y procribir á sus libertadores, y que despues han vivido abandonados al escándalo y á las luchas sin fin. Dios me libre de hacer responsables á los hombres que piensan mal, segun yo lo entiendo, de los atentados cometidos por las facciones ó la tirania; pero es muy fácil demostrar, aunque no lo demuestre en este momento, que la consecuencia final del error es siempre en política el crimen; y que empeñarnos en plagiar á los Estados Unidos ó á la Francia en sus dias de locura, en dar toda libertad á pueblos que carecen de las primeras nociones de la civilizacion, es engendrar primero la disputa apasionada, luego la anarquía y por fin la tirania, castigo que siempre alcanza á los que se dejan conquistar por las seducciones demagógicas. »

Apartemos la vista de aquel triste cuadro y volvámosla á Roma. ¿ Tiene algo Roma que enseñar á las repúblicas de Sud-América para sacárlas del fango en que se arrastran casi todas ellas desde su oríjen? Oigamos á los escritores católicos de mas fama. Ellos nos dirán no solo una verdad, sino toda la verdad social á que debemos ajustar nuestros racionios y nuestra conducta.

No hay lengua civilizada de Europa á que no se hayan traducido las obras de Balmes. Es un apóstol elocuente de la verdad y un eminente publicista, como lo prueban los artículos que al exámen de sus escritos han consagrado últimamente la *Revista de Ambos Mundos* y la *Revista contemporánea*.

Una reflexion antes de citarlo. En América padecemos un error funesto, es el amor exajerado y esclusivo de las formas.

No hay forma buena ni mala; lo que hay en la sociedad son hombres buenos y malos, y las instituciones no tienen otro valor que el de los hombres que las ponen en práctica. La historia de Sud-América nos dice que en las repúblicas puede haber desorden, violencias, barbarie, demagogia y tiranía, como puede haber todo lo contrario. La misma historia nos dice también, que bajo la monarquía se puede gozar de garantías reales, de libertades representativas y de progreso rápido y seguro. Ese es el resumen de la del Brasil, donde es sabido que el trono no ha sido un obstáculo para la conservación del orden y del régimen de la discusión.

Yo no soy partidario exclusivo de ninguna forma de gobierno, todas son buenas ó malas, según son buenos ó malos los hombres que las dan vida. Aquí viene la opinión que quería citar de Balmes:

« Una cosa sabemos los católicos, dice, y para esto no necesitamos ser profetas; que con hombres malos no se puede formar una sociedad buena; que los hombres inmorales son malos; que faltando la Religión, la moral carece de base. »

Escuchemos aun al mismo escritor, y veremos que los católicos están en posesión de las verdaderas teorías sociales, de las teorías gefes.

« La democracia europea de los últimos tiempos se ha señalado tristemente por sus criminales atentados contra la Religión; y estos, lejos de favorecer su causa, la han dañado notablemente. Porque un gobierno mas ó ménos lato puede concebirse cuando hay virtudes en la sociedad, cuando hay moral, cuando hay Religión; pero en faltando estas es imposible. Entonces no hay otro medio de gobierno que el despotismo, que el imperio de la fuerza; porque esta es la única que puede regir á los hombres sin conciencia y sin Dios. »

..... « Esta lección de la historia la confirma la experiencia y no la desmentirá el porvenir. El hombre es tanto mas digno de libertad, cuanto es mas religioso y moral; porque entonces necesita ménos el freno exterior, á causa de llevarlo muy poderoso en la conciencia propia. Un pueblo irreligioso é inmoral ha menester tutores que le arreglen sus negocios; abusará siempre de sus derechos y por tanto merecerá que se los quiten. »

El mismo Balmes ha escrito lo siguiente en su obra tan acreditada sobre el protestantismo:

«¿Cómo quereis que un pueblo ejerza ámplios derechos, si procurais incapacitarle para ello, extraviando sus ideas y corrompiendo sus costumbres? Decis que en las formas representativas se recogen por medio de las decisiones la razon y la justicia y se las hace obrar en la esfera del gobierno; y sin embargo no trabajais para que esta razon y justicia existan en la sociedad de donde se deberán sacar.

..... «*Con Religion, con moral, pueden marchar bien todas las formas de gobierno, sin ellas ninguna.*»

Lo que Roma, lo que la Iglesia nos ayudará á formar en nuestra sociedad son hombres buenos, y para que sean buenos-morales, y para que sean morales-religiosos. Es preciso volver siempre al principio y fin de todas las cosas, la Religion.

Hay, pues, democracia y democracia, y nadie ha pintado con mas elocuencia la diferencia de ámbas que el mismo Balmes. La mala democracia es la revolucionaria, la que reina en las repúblicas todas de Sud-América, exepcto Chile, la que trabaja por penetrar en Chile mismo; la buena democracia es la religiosa. De esta es de la que yo soy partidario.

Yo creo ser fiel á esa democracia, fiel á la causa del orden que es el interés superior de nuestros países, mostrándome ante todo fiel á la Religion de mis padres; y como entiendo que no hay catolicismo sin Iglesia, ni Iglesia sin el Papa, pienso que nuestra república debe darse cuenta de lo que importa su creencia, y á fin de realzar la cátedra que nos enseña á ser buenos, respetar y venerar la autoridad suprema, que la rige y la sostiene, y contra la que las puertas del infierno no prevalecerán jamas.

Jefferson ha dicho que la Francia era la segunda patria de todos lo que no habian nacido en ella. Eso ha sido la Francia para los liberales Sud-americanos, pero vale mas que digamos con Mr. Falloux, brillante orador de este país, que la segunda patria de todo el mundo es Roma; el país, segun la expresion del mismo orador, en el que todo el mundo, despues del suyo, vive por la inteligencia, por el corazon, por las simpatias; donde hace 18 siglos á que de todos los puntos del glo-

bo cada uno lleva su piedra y su respeto donde el polvo mismo está impregnado de veneracion, de la sangre de los santos, de los héroes y de los mártires. »

« Un cristiano, dice otro escritor, debe decir con altivez: si la Europa domina el mundo entero, si ella es la reina y la civilizadora de todas las naciones de la tierra, es evidente que lo debe al Evangelio y á la Iglesia. La Europa ha sido un foco de luz para todo el universo, porque Roma ha sido un foco de luz para toda la Europa. »

Esa era la segunda patria de O'Connel despues de su amada Irlanda. Es sabido que la muerte le sorprendió encaminando sus pasos á la ciudad eterna, y que su último voto fué este: « mi cuerpo á la Irlanda, *mi corazon á Roma*, mi alma á Dios. »

De ese genio benemérito de la humanidad son estas palabras, dignas de San Gerónimo y de San Agustín, dice el padre Ventura. « Yo venero en todo la autoridad de la Santa Sede; espero, porque reconozco que no hay en la Iglesia una sola persona que mas sinceramente que yo tribute á la Santa Sede la sumision que la Iglesia católica exige á sus hijos. Yo no he dicho jamás ni diré jamás una sola palabra, que no le someta con la mas profunda obediencia. Adhiero de corazon al centro de la unidad, con el mas ardiente deseo de no separarme de ella, ni en pensamientos, ni en palabras, ni en acciones; y si sucediese alguna vez que me engañase en las opiniones que enuncio, espero que se tendrá la indulgencia de interpretarlas segun mis sentimientos; porque mi sumision á la autoridad de la Iglesia es completa, entera, universal. »

Igual á la de ese ilustre varon, modelo de virtudes cívicas, fue la sumision del gran pensador que despues de febrero ha visto mas levantada que la de ningun otro, la reputacion que ha debido á su ardiente fé y á su elevado carácter. Fuera preciso conocer todos los homenajes de dolor que los mas afamados escritores y hombres de Estado de este país han tributado á la tumba de Donoso Cortés para apreciar el eco que hallan hoy en Europa las palabras inspiradas por el santo amor de la Iglesia Católica. Y el gran orador español habia resuelto en sus últimos años cambiar los altos honores y el brillo de su puesto diplomático en una capital como esta donde era tan

admirado, por el hábito humilde de los jesuitas, soldados celosos é invencibles de la causa del Papa, que, como exclamaba el ministro Rossi, marchando animoso al encuentro de los asesinos que debían derramar la sangre, *es la causa de Dios!*

¿Nos desdeñaremos nosotros, americanos del Sud, de pensar como Donoso Cortés, como Balmes, como O'Connel? Si así lo hacemos, seremos liberales pero no seremos libres, y podrá decirse de nuestras repúblicas, por lo menos de Nueva Granada que pretende marchar á la vanguardia de ellas, lo que ya se ha dicho: « los nombres son civilizados, los hombres y las cosas son salvajes.» Si alguna vez se hiciera la historia comparada de la civilizacion democrática de alguno de aquellos Estados con el salvajismo de los Araucanos y los Pampas, lo digo con toda conciencia, yo no sé de qué lado quedaria la ventaja, teniendo sobre todo presente que los primeros conocen y los otros ignoran la doctrina evangélica.

Volvamos, pues, al seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, que nos trasmite esa doctrina; esa doctrina que, como lo confiesa Montesquieu, nos hará felices en la tierra y despues de ella; y nuestro itinerario de Paris á Roma será la gloriosa peregrinacion de pueblos, que abandonan los abismos del mal para subir á la montaña de la luz y de la verdad.

La Sociedad de San Vicente de Paul

Paris, noviembre 14 de 1853

Los « Anales de la Caridad, » publicacion mensual, cuyo objeto indica su título, y que he recomendado en otra ocasion, han dado á luz últimamente el informe general sobre las obras de la Sociedad de San Vicente de Paul, durante el año de 1852. De todas las asociaciones de beneficencia organizadas en Francia, ninguna ha producido mas saludables resultados ni se ha desarrollado de una manera mas consoladora para los amigos de la humanidad.

Mientras las otras repúblicas de Sud-América se ocupan de hacer revoluciones y derribar á sus gobiernos, aun aquellos cuyo orfjen y cuya conducta eran conformes á todos los principios constitucionales, los buenos ciudadanos deben asociarse en Chile con miras mas decentes y mas generosas, y me ha parecido que la fundacion en la Capital de la República conservadora, de una sociedad de jóvenes cristianos, que conspiren contra la miseria, con la tenacidad con que en nuestros países se conspira contra las leyes, seria una empresa digna de inspirar el celo patriótico de los chilenos.

San Vicente de Paul es uno de los mas ilustres héroes de la caridad. Nacido en una época calamitosa, testigo de abusos muy reprobables y de grandes escándalos, sensible sobre todo á los estragos que las guerras y el hambre hacian en las clases bajas de la sociedad, consagró su alma toda entera á la reforma de aquellos abusos y al alivio de tanta miseria, y á él se debe la fundacion de muchas instituciones piadosas y entre ellas la de las hermanas de la caridad, ángeles bajados del cielo para consuelo de los que padecen en la tierra.

Los conquistadores, que recorren el mundo con corazon de piedra para la sangre y las lágrimas de sus semejantes, pasan haciendo el mal y dejan solo los recuerdos de una gloria estéril. Los tiempos de la fuerza deslumbran es verdad, y son admirados por los que no reconocen otro valor que el de matar y el de morir. Pero cuán distinto al de esos mártires del orgullo es el coraje de los mártires de la humanidad y de la virtud, y qué diversos son los homenajes que les tributa la posteridad! En honor de los primeros se erijen estatuas, mientras que los otros dan su nombre á los templos en que se adora al Señor de todas las victorias, y todos los que sufren los bendicen porque para todos los sufrimientos fueron compasivos y para todos dejaron esa elocuente enseñanza del ejemplo, que perpetúa con su nombre las obras piadosas que fundaron. El nombre de Napoleon será admirado por los que admiran los prodigios del jenio en posesion de la fuerza, el de San Vicente de Paul es y será siempre venerado por los que simpatizan con el infortunio y prefieren los héroes que enjugar las lágrimas á aquellos que las producen. Tal es la diferencia de un conquistador á un Santo. Los Santos amigos, caritativos

mientras viven de todos los desgraciados, son despues de su muerte amigos del Dios que sirvieron é interceden cerca de él en favor de los esfuerzos consagrados á la imitacion de sus virtudes.

¡ Y cuán vasto es el campo de las conquistas de la caridad, inspirada por el recuerdo de esas virtudes, sobre los dolores que las invocan en su auxilio ! La Sociedad de San Vicente de Paul se estiende en todos los barrios de Paris y en todos los lugares vecinos, existe en 296 ciudades, villas y aldeas de Francia. Se ha establecido en Inglaterra, en los Países Bajos, Bélgica, Prusia, Baviera, Estados de la Iglesia, Cerdeña, Toscana, España, Turquta, Grecia, Estados-Unidos, Méjico y Canadá. A Chile espera el honor de ser la primera de las repúblicas de la América meridional que introduzca esta novedad, este progreso el mas laudable de todos, el mas grato á los ojos de Dios y el mas provechoso tambien, puesto que solo á los misericordiosos está prometida la misericordia.

Espondré en breves palabras, tomadas del manual de obras pías, los fines de la Sociedad de San Vicente de Paul. Su principal objeto es la visita de los pobres. Ella se compone de jóvenes cristianos, que queriendo consagrar algunas horas por semana á hacer el bien, se distribuyen entre sí las familias mas desgraciadas, les llevan socorros de pan, carne, leña; protejen y vigilan á los niños, colocan los aprendices, procuran empleo y trabajo á los adultos, y se hacen agentes intermediarios entre las familias que visitan, y todos los medios que la caridad prepara para los pobres.

La Sociedad ha fundado escuelas de la mañana y de la tarde, un asilo para los ancianos, cajas de préstamos para los alquileres, cocinas económicas, asociaciones de la Santa Familia.

La Sociedad se divide en Paris en Conferencias, de las que cada una se compone de los miembros de la Sociedad que visitan las familias pobres de la misma parroquia. La Conferencia se reúne una vez por semana para ocuparse de los intereses de sus protegidos, repartir los socorros, etc. La sesion termina por una colecta á la que cada miembro contribuye con su óbolo.

Varias Conferencias se procuran recursos extraordinarios

por medio de limosnas recojidas en la Iglesia, loterías ó suscripciones.

Las Conferencias de Paris están unidas entre sí por un consejo compuesto de todos los presidentes. Hay una caja en la que se deposita las décima parte de los recursos extraordinarios de cada Conferencia, destinada á ayudar á las mas pobres y mas necesitadas. El consejo se ocupa de las cuestiones que interesan á todas las Conferencias de Paris y el patronato de las escuelas y de los aprendices, y se reúne los mártes de todas las semanas.

La Sociedad se reúne en asamblea general cuatro veces por año, generalmente presidida por un Arzobispo ú Obispo. Todos los miembros son convocados á estas reuniones, en las que se da cuenta de los trabajos, de los progresos y de los recursos de la Sociedad en todos los países en que se ha establecido.

De ese informe general, que he leído con el mayor interés apesar de su estension, voy á tomar aqui algunos datos.

Las cifras siguientes muestran los rápidos adelantos de esta interesante asociacion. En el año 1850 se establecieron 145 nuevas Conferencias: 139 en 1851 y 229 en 1852. A este último año corresponden 128 en Francia, 3 en Inglaterra, 7 en Escocia, 3 en Irlanda, 19 en Bélgica, 15 en Holanda, 29 en Prusia, 5 en los otros Estados de la Alemania, 5 en España, 7 en Cerdeña, 2 en Toscana, 5 en los Estados romanos y una en Jerusalem.

Un gran número de las Conferencias creadas últimamente en Francia son rurales, y es fácil comprender cuan benéficas sean ellas y cuanto contribuyen á la moralizacion y al bienestar de las clases agrícolas. Las líneas siguientes darán idea de estas ventajas y del celo que anima á los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul:

«A las diócesis de Nantes y de Metz, dice el informe, ha tocado el privilegio de ver la obra estenderse en las campañas. Se habia temido al principio no encontrar en ellas ni elementos ni recursos, pero el celo de algunos cofrades ha hecho callar estas objeciones y ha probado que la Caridad puede tener sus reuniones bajo el techo de paja del labrador, tan bien como en

nuestras grandes ciudades. Asi es como uno de ellos ha recorrido las diócesis de Nantes, ayudado por las plegarias de los religiosos de Melleray. Se presentó primero en una de las mejores parroquias; favorablemente acogido por algunos habitantes piadosos, y sobre todo por el cura del lugar, les hizo conocer el objeto de la obra, fijó el dia de una primera sesion de instalacion, y no partió sino despues de haber establecido definitivamente la Conferencia. Estimulado por este primer triunfo, se puso en relacion con otras parroquias, escribió á mas de ochenta curas, se dirigió á todos los lugares en que esperaba buera acogida, y vió su perseverancia y sus fatigas recompensadas por la fundacion de quince Conferencias. El 1° de julio último, fiesta de San Vicente de Paul, tuvieron todos una sesión general en Melleray, en casa de los buenos padres trapistas, que habian rogado á Dios por su fundacion. De ochenta y dos miembros que asistieron á esta reunion, sesenta comulgaron y todos fueron en seguida á tomar parte en una comida ofrecida y servida por los religiosos. Informes muy detallados se han presentado sobre las obras de cada una de estas Conferencias, principalmente sobre la visita de los pobres, sobre el patronato de los niños en las campañas, y sobre la propagacion de los buenos libros y sobre los socorros dados á los enfermos. Si el dinero no abunda en las cajas de estas pequeñas Conferencias, y si su presupuesto no sube á menudo sino á 30, 40 ú 80 francos, ellas recojen una multitud de frutos, granos, harina, leña, papas, lienzo, vestidos, que distribuyen en seguida á sus pobres. Estas limosnas generosamente ofrecidas por hombres que ganan todo con el sudor de su frente, no son menos preciosas á los ojos de Dios, que las mas abundantes dádivas tomadas de la parte supérflua de los ricos. Asi es que las Conferencias rurales merecen bendiciones muy especiales. La de Remering, en la Lorraine alemana, en menos de un año ha visto volver á la práctica de la religion todas las familias que visita, y sin embargo no ha gastado mas que 80 francos para su alivio material. »

Como se vé, la Sociedad cuida de que el pobre que auxilia, se ponga bien con Dios á fin de hacerse acreedor á la caridad de los hombres. ¿Y qué lábios pueden persuadir mejor la

verdad del Evangelio que los de aquellos cuyas manos se estienden para dar el pan del cuerpo al mismo tiempo que recomiendan el del alma ?

Los mismos felices resultados se han obtenido en la Prusia del Rhin, donde la Sociedad ha estendido tambien sus beneficios en las campañas. Y es de notar que los mas bellos triunfos de la caridad son los que obtienen las Conferencias, cuyos miembros son obreros ó artesanos. Muy vecina de ellos está la miseria para que puedan ser indiferentes á sus clamores. Ellos se distinguen, dice el informe, por frecuentes vijilias cerca del lecho de los enfermos, por los cuidados mas tiernos prodigados á los moribundos, en fin, por un celo verdaderamente apostólico. En Bélgica y en Holanda, las Conferencias han entrado en la misma via, que será allí igualmente fecunda.

« Fuera de Francia, uno de los hechos mas satisfactorios es el establecimiento y el desarrollo de la Sociedad en España. Como debia esperarse, la obra se ha aclimatado fácilmente en esta rejion eminentemente católica. Las cinco nuevas Conferencias han tenido una reunion general el dia de la fiesta de San Vicente de Paul; el señor Obispo de Canarias se dignó presidirla. Hoy deploran ellas la pérdida de un ilustre miembro, que ha contribuido á su fundacion. El señor Donoso Cortés, cuya pérdida es sentida por todos los corazones católicos, era miembro de la Conferencia de Santa Maria en Madrid, y él fué quien obtuvo la autorizacion de la reina para el establecimiento de las Conferencias de España. »

El informe dá cuenta en seguida de los progresos de la Sociedad en los paises protestantes. Ademas de las numerosas Conferencias fundadas en Prusia y en Holanda, se han establecido trece en 1852 en las Islas Británicas, que rivalizan entre sí en celo y enerjia, para luchar contra las seducciones y las violencias del proselitismo protestante. En Irlanda se procura esplotar la miseria de los católicos para hacerles desertar su religion, y si muchos desgraciados ceden forzados por el hambre á la tentacion, muchos otros resisten hasta la muerte al tráfico ignominioso y prefieren que perezca su cuerpo antes que vender su alma.

En una carta de Irlanda, que copian los Anales, se lee lo

siguiente: « Felizmente hay todavía corazones cristianos que resisten hasta la muerte; felizmente hay madres que en el día del juicio tomarán un asiento glorioso al lado de la madre de los Macabeos, por haber tenido el sublime coraje de ver á sus hijos morir en su presencia.» Hay tambien heróicos niños, como aquel de que nos hablaba últimamente un Padre lazarisita, que agoviado por el hambre y leyendo la angustia en los ojos espantados de sus padres, decia: « Madre mia! si se nos ofrece alimentos para apostatar y me falta la fuerza de rehusarlos, no me los dejes tomar! »

Siendo mi único objeto en este artículo hacer conocer la Sociedad de San Vicente de Paul, persuadido á que los que la conozcan la amarán y desearán verla establecida en Chile, voy á copiar otros trozos del informe.

« La visita de los pobres es la obra fundamental de la Sociedad En el gran número de familias visitadas por nuestras antiguas Conferencias se encuentran todas las miserias del cuerpo y del alma, variadas segun los lugares, los climas, y las condiciones sociales, y generalmente las necesidades son superiores con mucho á los recursos. Apenas hay algunos lugares privilegiados donde no se conoce aún ni las tabernas, ni el trabajo del domingo, ni los escándalos del concubinato, y donde ganando cada uno su pan con el sudor de su rostro, los enfermos son los únicos pobres que hay que visitar. Casi en todas partes por el contrario han penetrado con las luces de la civilizacion y los progresos de la industria, hábitos, necesidades y vicios nuevos, y se encuentra uno en presencia de desgraciados á los que no queda á menudo ni casa, ni cama, ni vestido, ni salud, ni energia, ni aun esa pureza de costumbres que debiera ser la última riqueza y el glorioso consuelo del pobre.

. . . . « En varios lugares nuestros cofrades siembran los campos y cuidan el ganado de los cultivadores enfermos. En Sablé uno de ellos tuvo la feliz idea de consagrar un árbol frutal á los pobres de la Conferencia. El ejemplo encontró luego imitadores; uno dá un manzano, otro un péro, otros un rincón de su jardín. Hoy los pobres gozan allí del usufructo de cien árboles, de viñas, de groselleros y de varios pedazos de tierra.

« En las ciudades, si la riqueza es mas grande, la miseria toma tambien proporciones espantosas. El pobre no es en

ella como en la aldea el vecino y por decirlo así, el amigo de la infancia del hombre mas afortunado: está relegado en tristes barrios, hacinado en casas estraviadas y para verlo es preciso buscarlo. El miembro novicio que entra por la primera vez en esos sombríos retretes experimenta un verdadero estupor, y se encuentra como trasportado á un mundo nuevo. Hace algunos meses en Paris que un jóven de la Chausse d'Antin fué conducido por dos de sus amigos á algunas casas pobres; imposible es pintar su sorpresa y su emocion. « Ah! exclamó, si los elegantes de mi barrio entrasen aquí, saldrian enfermos y no comerian en ocho dias.» En efecto, todo faltaba allí, y en uno de esos retretes sin aire y sin luz un pobre hombre, viudo despues de algunos dias, y enfermo, cuidaba cuatro niños tiernos, enfermos todos y tendidos sobre un monton de trapos. »

. . . «La Sociedad visita en todas partes á los pobres sin distincion de nacimiento, de raza, ni de religion. En las campañas el indijente es conocido por todos; en vez de dejarle mendigar de puerta en puerta, el miembro de San Vicente de Paul le lleva él mismo pan, leña, vestidos, y lo arranca á la pereza ó á la embriaguez, que son ordinariamente las compañeras del vagabundo. En las ciudades el visitador busca al pobre en las calles mas retiradas, en los rincones mas oscuros, y se hace el amigo del que amenudo está abandonado por todo el mundo. Muchas veces la caridad llega en la hora suprema en que el desgraciado se ve asaltado por mil tentaciones: unas veces el aliciente del robo, otras el provecho del libertinage; por un lado las seducciones infatigables de la herejia, por otro la desesperacion y las sombrías creencias del fatalismo musulman. »

. . . «El objeto principal del visitador es la curacion de los males del alma, causa habitual de todos los otros males, y en esta tarea esencial es en la que encuentra los mayores obstáculos. Amenudo prolonga sus visitas durante diez años sin obtener el menor resultado. Sin embargo, un medio poderoso se le ofrece: es reunir á los pobres, es hacerles partícipes de esa elocuencia del ejemplo, que en el fondo son la vida y la fuerza de la Sociedad misma. La obra de la Santa familia satisface esta necesidad. Ella reúne periódicamente los pobres, y por una ingeniosa combinacion de cánticos, de anédoctas intere-

santes, de historias divertidas y de alegres loterías, se apodera poco á poco de su afecto, poco á poco los une mas íntimamente con sus visitantes, asociándolos á las fiestas comunes, completa así su instruccion siempre tan imperfecta, y les dá bajo una forma amables consejos que no se atreveria á darles directamente.

« En Rhodéz se ha llegado á reunir cada domingo cien pobres, y el catecismo, esplicado por nuestros cofrades, termina como en Paris por una pequeña lotería. Un dia el orador habia hablado con vigor de la muerte, con motivo de una muerte súbita ocurrida recientemente. Despues de la instruccion, un anciano de sesenta y un año se acerca á él, y le dice que no ha hecho aun su primera comunión. Aun es tiempo, responde nuestro cofrade; pero es preciso que antes os confeseis. Cuando querais, dijo el anciano, y despues de la sesion fué conducido á casa de un sacerdote, que hoy le instruye y le prepara para asistir á la Tabla Santa. »

¡Cuántas reflexiones se agolpan en presencia de esos hechos! Lo que más excita mi admiracion, es que esos misioneros que perseveran con tan noble tenacidad en su caritativo empeño, que dan su tiempo, su salud, sus palabras por salvar una alma despues de haber aliviado las miserias del cuerpo de un desgraciado; que renuncian muchos de ellos á las comodidades de su vida, á los teatros, á los placeres todos del mundo, para visitar á los que viven en todos los horrores de la indigencia; esos misioneros, digo, sin ser sacerdotes, ni ministros del que vino á la tierra para padecer por los hombres, imitan sin embargo todas sus virtudes, se hacen aliados voluntarios de su causa, abogan en todas partes por ellos, levantan el corazón lleno de contento cuando llevan á los pies del confesor á un veterano en el mal y en el pecado, y quedan mas satisfechos que un conquistador, porque han salvado una alma.

Ay! si hubiera de comparar esas virtudes de los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul con las calidades de los que apellidándose hombres de la civilizacion y del progreso insultan en nuestros países con la palabra y con la pluma al sacerdote, despues de protestar con su conducta de una manera mas triste aun contra la doctrina que inspira tan heróicos sacrificios, cuan amargas no serian mis palabras y que car-

gos tan tremendos no me seria permitido hacer á esas jentes sin ley ni Dios.

Me falta hoy el tiempo para recomendar todas las acciones jenerosas de esos cristianos que en Francia y en Europa an'lan infatigables en busca de los hombres desvalidos, de los ancianos sin abrigo, de los dolores sin resignacion, para ofrecer á todos el doble consuelo, que reclaman la desnudez del cuerpo y las miserias del alma, y llevar á los altares del Dios de la justicia y de la misericordia á todos esos seres infortunados, que serian un dia y para siempre los pobladores gloriosos é inmortales de las regiones donde falta la esperanza por que falta el sufrimiento.

Esos son los verdaderos amigos de los pueblos, y hay entre ellos escritores de genio como el célebre literato Ozanam, el elocuente profesor de la Sorbona, cuya temprana muerte deploran las letras no menos que la Iglesia en Francia, esos escritores viven haciendo el bien, practicando la virtud evangélica, y dejan al morir en su testamento estas palabras:

« Muero en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. He conocido las dudas del siglo presente; pero toda mi vida me ha dado la conviccion de que no hay reposo para el espíritu y el corazon sino en la fé de la Iglesia y bajo su autoridad. Si doy alguna importancia á mis largos estudios es porque ellos me dan el derecho de rogar á todas las personas que amo se mantengan fieles á una religion en la que he encontrado la luz y la paz.

* « Mi última súplica á mi familia, á mi mujer, á mis hijos, á mis hermanos, á todos los que nacen de ellos, es que perseveren en la fe á pesar de las humillaciones, de los escándalos, de las deserciones de que serán testigos. »

Ozanam fué uno de los fundadores en Francia de la Sociedad de San Vicente de Paul; los últimos dias que pasó en Italia, á donde fué en busca de los aires que necesitaban sus fuerzas agotadas por el estudio, los consagró á fundar nuevas Conferencias, y los restos de una palabra poco antes tan vigorosa y tan brillante fueron dedicados á la propagacion de la santa institucion.

Paris, noviembre 24 de 1858.

La cuestion de la instruccion primaria ha ocupado muchas veces la atencion de los gobiernos y de la prensa en las repúblicas de Sud-América. Era preciso que asi fuera. En paises cuyas instituciones descansan sobre el principio de la soberania popular, se concibe fácilmente que esa es cuestion de importancia vital. Los que nos emanciparon de la España se dijeron: « Hagamos al pueblo soberano; despues le educaremos. » Mas felices habriamos sido si la educacion hubiera podido preceder á la adquisicion de derechos que sin ella son impracticables.

El sufragio universal ha sido el juez llamado á pronunciar su fallo inapelable en las luchas de los partidos, y muchas de nuestras constituciones establecen que para ser elector es preciso saber leer. En el tiempo que contamos de vida independiente lo ha habido sobrado para que fueran lectores muchos miles de electores. No ha sucedido así. Si de política americana tratára en este momento, mucho tendria que decir sobre la manera como se ha usado, como se ha abusado mas bien del sufragio universal, adulado por los partidos cuando satisfacía sus pretensiones, despreciado cuando las contrariaba. La verdad es que nuestras costumbres han desmentido constantemente nuestras instituciones, que el pueblo, por valermé del lenguaje de un diario célebre en los anales de la tirania argentina, ha sido un *titulado* soberano.

Si ese soberano carecia en su ignorancia de la inteligencia de los derechos políticos, á cuyo ejercicio fué llamado, era él sin embargo el depositario de la fuerza, y daba ademas cierta apariencia de legalidad á los caudillos de todo género, que mas trabajaban en su daño.

No han faltado en nuestros paises hombres ilustrados, que en presencia de esta chocante contradiccion entre las teorías y los hechos han dicho: « Es preciso que el pueblo sepa leer. » Los últimos legisladores de mi país han sancionado el derecho de aprender y el deber de enseñar gratuitamente al pueblo, al

mismo tiempo que borraban en su constitucion el artículo que en todas las repúblicas americanas declara al catolicismo religion del Estado. (1)

Han sido en esto consecuentes con ese espíritu de falso liberalismo, que domina nuestras creencias sociales desde la época de nuestra emancipacion. No basta que el hombre del pueblo sepa leer; es preciso que se le haga religioso, y solo cuando se le haga religioso estará educado y será un soberano en realidad, quiero decir que será capaz de comprender su valor y de ejercer por lo mismo los derechos públicos que le acuerdan nuestras instituciones republicanas.

En los Estados-Unidos, lo mismo que en Inglaterra, en Alemania y en Francia, no se concibe otra institucion popular que la instruccion religiosa, esto es, no la instruccion que dá solo la capacidad de leer, sino la que educa, la que dá la capacidad de ser hombre, hombre de la familia primero, ciudadano ú hombre de la sociedad en seguida. Antes de ahora lo he dicho, y solo escribiendo para la prensa de Sud-América puede ser necesario repetir una verdad tan trivial. «-La educacion popular es religiosa ó no existe. »

No ignoro que en Francia esa verdad ha sido por largo tiempo desconocida, y Mr. Guizot confesaba el año pasado que le habia costado muchos esfuerzos mantener en la legislacion de su país el principio de la intervencion del clero en la enseñanza popular.

Mr. Cousin, uno de los principales autores de la ley de 1833, que ha regido la instruccion primaria hasta el año 1850, no fué tan fiel á ese principio, como hubiera debido serlo despues de haber observado en Alemania la parte tan activa y tan benéfica que tocaba á la religion en el ramo mas importante de la enseñanza. En uno de los informes que fué encargado de presentar al ministro de la instruccion pública, escribia el mismo Mr. Cousin en 1831 las palabras siguientes, que creo conveniente citar aqui.

« Conozco un poco la Europa, y en ninguna parte he visto

(1) Felizmente no es así en Buenos Aires, cuya constitucion ha declarado al catolicismo Religion del Estado.

buenas escuelas del pueblo donde faltaba la caridad cristiana. La instruccion primaria florece en tres paises, la Holanda, la Escocia y la Alemania; y en ellos es profundamente religiosa. . . . En Francia, con raras escepciones, nuestras mejores escuelas para los pobres son las de los hermanos de la doctrina cristiana. . . . Cada dia me persuado mas que es preciso á toda costa entendernos con el clero para la instruccion del pueblo. »

Si el filósofo hubiera tenido siempre presente estas lecciones que le daba la esperiencia, si mas tarde cuando tantos clamores suscitaba la enseñanza oficial en todos sus ramos, no se hubiera declarado partidario esclusivo de la universidad; en vez de combatirlos Mr. Cousin hubiera podido asociar sus esfuerzos á los de los que han reformado aquella enseñanza y han despojado á la universidad de un privilegio no menos injustificable que nocivo. Pero Mr. Cousin no era católico, á pesar de los homenajes que en muchas ocasiones ha tributado al catolicismo, y léjos de reconocer la justicia de los ataques provocados por una filosofia, hoy muerta en Francia, se empeñó en una lucha en que la razon no menos que los acontecimientos le han vencido.

Lo he dicho antes, son los acontecimientos los que han abierto los ojos, los que han desengañado á la Francia y la han hecho comprender que una de las causas, sinó la principal de los males que sufría, era la enseñanza pública tal cual estaba organizada antes de la revolucion de febrero. No basta en efecto que el pueblo sea instruido, es preciso que sea moralmente instruido. De otra manera su instruccion misma puede ser, como lo ha sido en Francia, un agente poderoso de corrupcion.

Entre los elementos revolucionarios que precipitaban á este país en todos los escesos de la demagogia, uno de ellos era la instruccion dada al pueblo por los maestros de la enseñanza primaria. La ley de 1833 los habia investido de una especie de inviolabilidad; no debian dar cuenta directa de sus actos al ministro de la instruccion pública, y para suspender sus funciones ó revocarlas era preciso un procedimiento lento y difícil que aseguraba su impunidad.

Fué menester pedir á la asamblea legislativa á principios del

año 1850 una ley especial que los sometiera temporalmente á la autoridad de los prefectos, á los que se acordó la facultad de suspenderlos y revocarlos. Gran número de esos preceptores primarios se habian convertido en propagadores del socialismo en las campañas. Y para que no se crea que las prevenciones del espíritu de partido les acusaban injustamente, recordaré que el mismo Mr. Lamartine consagró uno de los números del *Consejero del Pueblo*, á censurar en términos vigorosos los excesos á que esos maestros de escuela se habian abandonado.

« En todas partes se oye, escribia Mr. de Lamartine, que los maestros comunales se han convertido en varios departamentos en fomentadores de odio, de division, de envidia, de discordias, de execrables pasiones, de estúpidas doctrinas anti-sociales. »

¿ Y de dónde provenia tan culpable conducta? del mal espíritu de esa falange de 73,000 preceptores primarios, los mas de ellos irreligiosos. Cuando su número era menos considerable, por no haber aun adquirido en Francia la instruccion popular el desarrollo que despues se la dió, decia ya Mr. Thiers estas palabras muy dignas de ser meditadas:

« Se me dice que entre los maestros de escuela los hay buenos: es posible; pero estos son un milagro, porque habeis hecho todo para que sean detestables.

« Cuando habeis ido á tomar en una aldea un jóven paisano, cuando le llevais á los 15 ó 16 años á una gran ciudad, cuando le dais un frac negro y le alojais en una bella escuela normal, y cuando allí durante dos años le habeis dado mas ciencia que la que jamas podrá soportar, cuando le habeis enseñado la fisica, la geometria, el álgebra, la trigonometria, la historia y todo lo demas; y cuando le enviáis en seguida á los diez y ocho años al fondo de una aldea con doscientos francos para morir allí de fastidio en medio de muchachos groseros que no saben leer ni escribir, y que á menudo no quieren aprender ni lo uno ni lo otro, convertis necesariamente á ese maestro en *un descontento; un enemigo*.

« Por mucho que hagais, agregaba Mr. Thiers, para ser maestro de escuela se requiere una humildad, una abnegacion de que un seglar es pocas veces capaz; se necesita el

sacerdote, el religioso; el espíritu, el celo del seglar no bastan.

« He habitado á menudo la campaña y visitado las aldeas vecinas; y segun mi costumbre procuraba instruirme y recojer informes sobre todas las cosas que podian interesarme. Procuraba ver y conversar á la vez con el cura, el maire, el maestro de escuela, los agricultores, los obreros.

« Encontraba allí un cura: su posicion es casi la misma que la del maestro de escuela, apenas mejor posicion, muy modesta y muy abandonada. A pesar de todo esto no le encontraba descontento, sino resignado y tranquilo: me recibia sin tristeza y conversaba alegremente conmigo: en cuanto al maestro de escuela, siempre le he encontrado descontento, su fisonomia, sus palabras, todo en él era triste y casi irritado. Y la razon de todo esto es que el sacerdote se resigna, el seglar no se resigna. El sacerdote se resigna: tiene su ministerio, su misa, sus libros, algunos amigos; el maestro de escuela no tiene nada. »

Mr. Cousin estaba convencido de eso mismo despues de visitar la Alemania; estaba convencido de que para enseñar á los hombres del pueblo se requiere un celo y aptitudes especiales, que solo da la religion, la caridad cristiana, segun su propia espresion.

« Es preciso repetirlo sin cesar á algunas personas, escribia Mr. Cousin, despues de las palabras arriba citadas. Que entren en las escuelas de los pobres y que aprendan en ellas cuanta paciencia y resignacion es necesaria para perseverar en esta penosa tarea. ¿ Han podido acaso encontrarse mejores enfermeras que esas buenas religiosas que aman la pobreza como nosotros amamos la riqueza? Hay cosas en las sociedades humanas, señor ministro, para las cuales se necesita la virtud, esto es, cuando se trata del mayor número, la religion. . . . O prodigad los tesoros del Estado y las rentas de los comunes para dar sueldos considerables y aun pensiones á este nuevo género de *industriales* llamados maestros de escuelas, ó no creais poder prescindir de la caridad cristiana, del espíritu de pobreza, de humildad, de valerosa resignacion y de modesta dignidad de que el cristianismo bien entendido y bien enseñado puede solo dotar á los institutores del pueblo.»

Importa, pues, estar dotado de las virtudes que el cristianismo solo inspira para transmitirlo, para transmitir á los pobres su enseñanza, á fin de no convertirla en una especulacion vergonzosa de la que las mas veces no resulta sino consecuencias funestas para aquellos que dejan de ser ignorantes para aprender doctrinas que agitan sus pasiones en vez de calmarlas, y que provocan necesidades y ambiciones que no les será dado ver satisfechas.

Entre la instruccion del miembro de las clases numerosas que aprende á despreciar el dogma religioso y sus ministros, y que será una amenaza constante contra el órden social, y la ignorancia del habitante tranquilo y contento con su suerte del Paraguay ó de Chile, es indudable que no hay que vacilar en la eleccion. Valé mas no instruir si se ha de instruir mal; vale mas ser ignorante si solo hemos de penetrar en el paraíso de la ciencia dispuestos á recojer en él los frutos prohibidos.

Si la decadencia moral de la Francia es tan palpable, y si ella es la causa de los sucesos indignos de una gran nacion, de que hemos sido testigos en estos últimos tiempos ¿quién puede dudar que el decaimiento del sentimiento religioso y la preponderancia de un racionalismo incrédulo y sensualista han engendrado tan deplorable situacion?

El obispo de Orleans, Mr. Dupanloup, prelado de gran saber, cuya pluma escribe en estilo propio del siglo de Luis XIV, es autor de una de las obras modernas, que son autoridad en la materia que me ocupa. No es posible esponer de una manera mas luminosa y mas conveniente las teorías que deben ser la regla superior de toda enseñanza. En su libro titulado *de la Educacion* leo estas palabras:

« Cuán raras son hoy en el suelo de nuestra patria esas familias pobres pero benditas, cuyos padres guardaban el depósito sagrado de la fé como el consuelo de su indigencia, cuyas madres sabian hermanar con sus lecciones el ejemplo y el estímulo de las mas sólidas virtudes, cuyos hijos por fin desde la mas tierna edad iban á recibir en los brazos de la religion las primeras enseñanzas de la sabiduría y á poner al abrigo su inocencia?

« ¿Quién no sabe los dias que han sucedido á esos dias de piedad, de virtud y de ventura? En todas partes la impiedad

victoriosa ha estendido sus deplorables conquistas; y si los ricos, despues de terribles lecciones, han creido deber al fin rehusar sus homenajes á esa gran maestra de todos los crímenes, á esa madre de todas las desgracias; los pobres, menos interesados que los ricos en repudiar sus doctrinas peligrosas, se han mantenido demasiado fieles á ellas y muy á menudo, aun hoy mismo, rechazan brutalmente léjos de sí las luces de la fé y se arrojan y se abisman obstinadamente en las mas espesas tinieblas de la irreligion. »

Y no es sola la moral la que decae, cuando la religion se ve proscripta de la ciencia de un pueblo, la instruccion misma es mas superficial y mas incompleta, y léjos de ser ella la compañera inseparable de la verdad, se hace el instrumento y la expresion de todos los sofismas. Así es como la literatura ha sido en gran parte en Francia en la época presente la propagadora de las ideas mas inmorales y la defensora de estravios y de escándalos para los que se han dictado penas severas en los códigos de todo país civilizado.

« El hombre está tanto mas dispuesto, dice Mr. Saint-Mare-Girardin, á obrar mal, cuando mas se ha habituado á pensar mal, y conocemos todos una sociedad que casi ha perecido en una especie de orgia social, porque habia estimulado en sus libros el gusto de la orgia moral. »

Mr. Thiers ha demostrado ademas en uno de los discursos que pronunció en defensa de la ley de 1850, que el nivel de los estudios habia bajado en Francia y que el número mismo de los jóvenes que recorrían todos los grados de la enseñanza era menor que en 1789.

La asamblea legislativa no quiso ser sorda á las lecciones de la esperiencia. Ella dió garantías á la sociedad contra los abusos de los que debian enseñar á las clases pobres, esto es, al mayor número; limitó á los necesarios los ramos de la instruccion primaria; acordó toda libertad á las congregaciones religiosas y entre ellas á los jesuitas para difundir la instruccion católica en la juventud; y respetó en la Iglesia el derecho legítimo de vigilar é intervenir en la enseñanza primaria como en las otras. Uno de los comentadores de la ley de 1850, Mr. Barrau, dice lo siguiente relativamente á la instruccion primaria:

« Esta ley se distingue principalmente por el carácter que le dan dos pensamientos que la dominan en su conjunto y en sus detalles: un pensamiento de religion y un pensamiento de represion.

« La intencion evidente del legislador es fortificar la influencia de la religion y por consiguiente de la moral y de todos los buenos principios en la educacion de la infancia. Por esto es que invoca la cooperacion de los ministros del culto en todos los grados de la gerarquia escolar; que colocan al pastor en una actitud superior y le hace penetrar en la escuela misma; al obispo diocesano en el consejo académico del departamento y á los representantes del episcopado en el consejo superior La separacion de los niños de diferentes cultos que bajo el imperio de la ley de 1833 era la escepcion, es hoy la regla; la escuela de la comun será al mismo tiempo la escuela de la parroquia. Las congregaciones religiosas son estimuladas por todos los medios que ha sido posible emplear; ellas obtienen para el nombramiento de los maestros de escuela un derecho de presentacion igual al de los consejos académicos.

« Tal es el primer pensamiento del legislador. El segundo se presenta en apoyo del primero. Es, como lo hemos dicho, un pensamiento de represion contra los hombres y contra las ideas que podian ser en la educacion de la juventud un obstáculo al progreso moral. Las precauciones se han multiplicado. La sociedad alarmada é interesada en prevenir los estravios del institutor, lo tiene incesantemente bajo su vista, y se hace por decirlo asi, dueña de todos sus movimientos. Si él falta á los deberes de su profesion ó si es rebelde al espíritu de que debe estar animado, el castigo es pronto é inevitable. »

Las materias de la enseñanza primaria son las siguientes:

La instruccion moral y religiosa. La lectura, la escritura, los elementos de la lengua francesa. El cálculo y el sistema legal de pesos y medidas. Puede darse en la escuela primaria una instruccion superior á esa pero no es obligatoria.

El sueldo ó la retribucion del preceptor primario es de 600 francos al año, que debe entenderse de la manera siguiente: La comun paga un sueldo de 400 francos. En caso de que ese sueldo, agregada la retribucion de los discipulos, no baste á

completar aquella suma de 600 francos, el Estado garante el suplemento necesario.

La enseñanza es sola gratuita para los niños cuyas familias están en la incapacidad de pagarla. En la asamblea constituyente se propuso en 1848 que la enseñanza fuera *gratuita y obligatoria* para todos los niños; pero este proyecto fué rechazado como una quimera, pues al fin los muchos millones necesarios para sostener las escuelas de primeras letras habrían tenido que salir de los pobres, que compone el mayor número de los contribuyentes, para poder distribuir gratuitamente la instruccion á tres millones de niños que asisten á las 40,000 escuelas primarias, se vé que el Estado estaria forzado á gastar sumas enormes.

La ley de 1810 habia creado los *delegados cantonales*, empleados voluntarios y gratuitos á los que confiaba una inspeccion especial sobre las escuelas primarias. Estos delegados debian únicamente depender de los consejos académicos, que les nombraba, y á los que debian presentar informes periódicos sobre el estado y las necesidades de la enseñanza primaria en los límites de su distrito. El gobierno ha convertido esta funcion enteramente libre y voluntaria en una funcion dependiente de él y puramente administrativa. El *Comité de la enseñanza libre* se queja de esta innovacion á la ley de 1850, pues que los departamentos parecian muy satisfechos con los felices resultados de esas atribuciones confiadas á los delegados cantonales.

Habiéndome propuesto dar idea suscita de la legislacion vijente sobre la instruccion pública, no agregaré hoy otros datos sobre el estado de la enseñanza primaria en Francia. Luego tendré ocasion de ocuparme de los establecimientos dirigidos por las corporaciones religiosas. Pero no terminaré este artículo sin insistir aun en los principios á que debe estar sometida la educacion popular. Son tan erróneas las opiniones que veo sostenidas por la prensa americana, en tan grave materia, que no estaran demas las ideas que espongo en seguida.

Los pueblos Sud-americanos están educados. « En una república, ha dicho un escritor, no se deben distinguir sino dos clases de hombres, los buenos y los malos ciudadanos. »

Entre nosotros el número de los malos es considerable, y si hemos de juzgar de lo que valen las sociedades por lo que hacen, se puede asegurar que el número de los malos es el mayor. Es preciso, pues, que la educacion aumente cada dia el círculo de los buenos, á fin de que la justicia no se vea como se ve casi siempre entre nosotros, en lucha constante con la fuerza.

Por hombres buenos, por ciudadanos útiles á sí mismos y á la sociedad en que viven, yo no entiendo sino los hombres cuya probidad es hija de la religion. La religion solo educa, la instruccion irreligiosa corrompe en vez de mejorar; y en materia de educacion, ha dicho Mr. de Montalembert, toda instruccion que no es religiosa, es irreligiosa. No hay término medio.

La mision de la iglesia es enseñar; ella es la verdadera maestra de los pueblos, y los buenos sacerdotes son los mejores propagadores de la instruccion popular.

Como es en los seminarios donde se forma el buen sacerdote, el sacerdote ilustrado y celoso, al que anima la caridad cristiana, indispensable para la enseñanza cristiana, segun lo confiesa Mr. Cousin, los seminarios son las mejores escuelas normales.

No hace mucho tiempo á que leí, iba á decir con sorpresa, olvidando que la América del Sud es la region de los hechos y de las teorías raras, y los que hemos nacido en ella estamos habituados á no sorprendernos de nada; leí, digo, un artículo de uno de los principales diarios de Chile, en el que se declamaba puerilmente contra esa estension de la enseñanza dada en los seminarios, como si hubiera allí lo suficiente.

¿Para qué tanta enseñanza religiosa? decia el escritor, en otros términos que no tengo ahora presentes. ¿Han de abrazar todos los que aprenden la carrera eclesiástica? ¿No son artesanos, labradores, agricultores inteligentes, lo que mas necesita un país industrial?

El que esas ideas emitia ignoraba muchas cosas, y es muy comun en nuestra prensa tratar de las cosas que se ignoran. Ignoraba primero, que no todos los que se educan en los seminarios salen de ellos para ejercer el ministerio sagrado. Ignoraba despues, que educar al pueblo es enseñarle la

religion, y que eso es lo que se *aprende á enseñar* en los seminarios. Ignoraba tambien que un clero numeroso, ilustrado y virtuoso, es el mejor tesoro de un país civilizado, y que únicamente en los seminarios es donde puede formarse ese clero.

Chile tiene necesidad de artesanos, de mineros, de carpinteros, de albañiles, de agricultores, como de abogados, médicos y administradores; pero ante todo necesita que todos ellos, cualquiera que sea su oficio ó su profesion, sean *hombres honrados*; para que no haya albañiles que derriben las casas que edificaron, y para que no haya doctores capaces de abogar por los motines, ni oradores que empleen su retórica en inflamar y estraviar á la multitud de los clubs.

No bastan los brazos, es preciso que los mueva la *honradex*, á fin de que no se reunan periódicamente para trabajar en esas faenas, que se llaman *Longomilla*. Los brazos no honrados ensangrientan la tierra, los brazos del hombre de bien la fecundan. Hombres honrados, y como solo la moral de la religion es la que enseña la honradex verdadera, y una moral sin religion es, como ha dicho Portalis, una justicia sin tribunales; hombres religiosos: hé ahí lo que importa que los discípulos de los seminarios hagan de un roto y de un gaucho.

¡Escuelas industriales! ¿Sabeis lo que son ellas sin religion? Mr. Saint Mare Girardin, que no es jesuita, va á decirnoslo. « Crear escuelas industriales sin enseñanza religiosa, es organizar la barbarie, y la peor de todas las barbaries, no la que precede á la civilizacion y la que la prepara, sino la que la sigue, la que es su decadencia y su corrupcion. »

Hay en el Perú, como en tantas otras de nuestras repúblicas, muchas cosas que lastiman el corazon de un hombre de bien, y que deben aflijir profundamente á cuantos aman el decoro de aquellos países; pero hay allí un hombre de gran virtud, que ha concebido y realizado un pensamiento digno de su patriotismo, es el doctor Heredia. Este señor no ha heredado ni improvisado una gran fortuna; ha querido sin embargo que los modestos recursos debidos á su trabajo sean consagrados á sostener ocho ó diez jóvenes peruanos, enviados á Francia para completar los conocimientos médicos

adquiridos bajo la direccion de aquel honrado profesor: El doctor Heredia morirá pobre como ha vivido, pero no habrá vivido en vano para sus compatriotas. Los jóvenes que hoy frecuentan en Paris los hospitales y la escuela de medicina, serán un dia exelentes profesores en su país, puesto que son discípulos de los maestros mas renombrados en la ciencia que han de profesar, y serán caritativos tambien, puesto que serán deudores de su porvenir á un corazon tan desinteresado. Curar á los pobres por amor de ellos es noble tarea por cierto; hay una tarea aun mas bella, mas benéfica y mas santa, es la del apóstol de la doctrina del Salvador. Estos médicos administran remedios de otra especie, pero curan enfermedades mas graves y mas contagiosas que todas las dolencias del cuerpo, curan las llagas, calman los dolores del alma inmortal del hombre.

Si entre mis amigos tuviera yo á mi lado alguno de gran fortuna, le daria este consejo: «¿No siente usted que la accion de ese peruano debe tener imitadores? ¿No conoce usted algun objeto altamente patriótico á que uno de esos chilenos que llenan de oro las minas mas inagotables de Copiapó, pudiera consagrar una parte de su riqueza? Dios ha impuesto á los ricos una gran responsabilidad, ¿por qué no descargarse de ella? Cuando un rico se presente á dar cuenta de la vida que pasó en la tierra ante ese tribunal, cuyos fallos son infalibles y de los que no se apela, ¿le bastará á uno decir: yo no hice mal á nadie? ¿Y el bien que pudiendo hemos dejado de hacer?

«Tiene usted una docena de muchachos de esos que muestran desde sus primeros años una buena índole, que revelan estar dotados de una inteligencia despejada y de un corazon bien puesto; los hallará usted aun en las familias de los rotos. Mándelos usted educar á Francia en el seminario de Orleans, que está bajo la inspeccion del señor Dupanloup, obispo de aquella diócesis. Indico ese, como pudiera indicar muchos otros por estar presidido por un prelado que ha consagrado toda su vida á la enseñanza. Del mismo modo que un artesano convierte en un mueble precioso un trozo tosco de madera, asi la educacion religiosa dada por los profesores mas competentes hará de cada uno de esos muchachos hom-

bres llenos de saber y de virtud, que mas tarde colocados en la prensa, al frente de un seminario ó de una mision civilizadora del desierto, serán de inmenso provecho á su país y harán mas por la educacion que todas las leyes y todos los reglamentos. La semilla de un árbol basta con el tiempo para formar un bosque. Asi, hombre religioso dado á la enseñanza de su doctrina, puede hacer brotar en todo un país frutos ópimos y abundantes. Girará usted una letra en favor de la sociedad, que será pagada tarde, es verdad, pero que será pagada tarde y en la mejor moneda. ¿Qué fortuna mas valiosa puede legarse á un hijo que la gratitud de la patria hácia su padre? »

St, es preciso que el pueblo sea educado en Sud-América; que el espíritu de caridad, que es el verdadero espíritu público en un país cristiano, se esfuerze en dotar de maestros religiosos á las escuelas del pobre. Que los seminarios se multipliquen, y que los jesuitas, esos jesuitas beneméritos de la humanidad en la América Española para todo el que sabe algo de su historia, sean llamados á civilizar moralmente á esas multitudes ignorantes que habitan nuestros campos, que viven circundados por las tinieblas del vicio y que son un obstáculo permanente para la organizacion de aquellos Estados. Los liberales despreocupados, que se crean satisfechos con sus virtudes, pueden dar la espalda á esos maestros de la moral que hace prevalecer en un país la influencia de los buenos sobre los malos.

« Los jesuitas, me decia ayer Mr. Lermiér, son los mejores *educadores* de la Europa. » Y poco tiempo hace á que el mismo publicista escribió en la prensa de Paris las palabras siguientes :

« Ahora ochenta años se vociferaba contra los jesuitas; era la moda, era la corriente de la opinion. ¿Qué hombre de buen sentido y de juicio querria hoy ser éco de esas viejas y calumniosas animosidades? En 1852 la Compañia vive tranquila y respetada bajo el imperio y en virtud del derecho comun, con gran provecho de la Iglesia y sin peligro para el Estado. Si muchos padres de familias les confian sus hijos, es libremente, sin la menor violencia, es porque están convencidos, como Federico II y Catalina, que seria difícil encontrar mejores preceptores para la juventud. »

Las autoridades que he citado en este artículo á fin de dar recomendacion favorable á las opiniones que emito, no son sóspechosas para los hombres reputados por inteligentes é ilustrados en nuestros paises, y cuyas preocupaciones deseara que me fuera dado modificar. Otras autoridades mas altas que esas reconocemos los católicos, y lo son para los mismos escritores en que me apoyo; pero nuestra prensa que sigue aun las modas antiguas, hallaria probablemente de mal tono una opinion fundada en un texto de Santo Tomás ó San Agustin, de Bossuet ó Fenelon.

Voy á llamar todavia en mi auxilio á las mismas autoridades modernas. « Nos encontramos, decia Mr. Guizot en 1832, sin creencia, sin conviccion política, sin conviccion moral y religiosa. » Este mismo es el estado moral de los paises Sud-americanos, y su prensa tal cual está rejida y dirigida, es en gran parte atizadora de esa anarquía de los espíritus.

De un estado tan lamentable y lastimero solo puede sacarnos la educacion popular. El remedio es lento, pero es el único y es preciso aplicarlo. Las enfermedades crónicas no se curan con remedios heróicos.

Otro escritor ha dicho lo siguiente: « Nuestra suerte está decidida hace mucho tiempo. Hemos nacido en medio de las discordias civiles y moriremos en ellas; pero podemos asegurar á nuestros hijos una suerte mejor que la nuestra. »

Tal es el problema que está destinada á resolver entre nosotros la educacion popular, la mejor suerte de las generaciones venideras. Si no ponemos mano á la obra, nuestra historia seguirá siendo, lo que ha dicho Roger-Collard de la Francia, una gran escuela de inmoralidad, y los discípulos que se formen en esa escuela no valdrán por cierto mas que nosotros.

Termino, por fin, recomendando los renglones del mas brillante orador de la Gran Bretaña, lord Derby, y del no menos elocuente orador francés, Mr. Guizot.

Hé aquí las palabras de lord Derby: « Cuando hablo de educacion, deseo que se entienda bien que para mí esta palabra no se limita al desarrollo de las facultades intelectuales, ni á esa instruccion propiamente dicha, que permite á un hombre mejorar su condicion social y satisfacer los gustos mas delicados que hace nacer en él el cultivo del espíritu. Por edu-

cacion yo entiendo la que comprende á la vez el cultivo del espíritu y el del alma, y cuya base reposa en el conocimiento de las escrituras y de la religion revelada.

« Considero á los hombres que trabajan en difundir el saber (aunque sean de otra comunión que aquella á que yo pertenezco) los considero mas bien como hermanos de armas que como rivales en la lucha contra el vicio y la ignorancia. »

Lo que sea el conocimiento de las escrituras y de la religion revelada, es la Iglesia la que lo enseña á los católicos; y miembros nosotros de países que tienen la fortuna inapreciable de mantener la unidad de su fé y de su culto, no tenemos que buscar nuestros compañeros de armas sino entre los que profesan la misma religion.

Mr. Guizot ha pronunciado el año pasado estas palabras:

« Se dice en todas partes y todos los dias, y no se dice ni se cree bastante: la instruccion no es nada sin la educacion. A lo que se debe luego agregar: *la educacion no existe sin la educacion*. El espíritu se instruye por las lecciones especiales; los hábitos de orden y de disciplina que se puede hacer contraer á los niños en las escuelas públicas, ese primer ensayo de la vida social, son exelentes; pero eso no es la educacion; no es la vida íntima y el desarrollo verdaderamente moral del alma. El alma no se forma y no se somete á la regla sino en presencia y bajo el imperio de Dios, que la ha creado inmortal y que la ha de juzgar. »

Asi piensan esos dos oradores protestantes. Católicos nosotros, hijos de la América del Sud, debemos pensar, como principio superior en materia de enseñanza primaria, que la educacion popular debe ser esencialmente católica. Si lo hubieran tenido presente los legisladores de Santa-Fé, habrian sabido, prescindiendo de otras consideraciones, que en la constitucion de un pueblo, llamado á pasar de las vias de la barbarie á las del orden, conducido por la religion que todo ese pueblo profesa, no se borra impunemente para sus mas vitales intereses el artículo que declara á la religion Católica, Apostólica y Romana la religion del Estado.

Paris, diciembre 29 de 1858.

La aparición de un periódico católico en Buenos Aires, titulado *La Religion*, me pone hoy la pluma en la mano, y espero que las reflexiones emitidas en este artículo convendrán igualmente á las dos repúblicas, cuyos intereses y cuya suerte son el objeto de mis constantes meditaciones.

No conozco un solo diario en las repúblicas Americanas de origen español, cuyo redactor católico examina á la luz de sus convicciones religiosas las cuestiones sociales que trata. Todos los diarios se dicen órganos de la política, de la literatura y del comercio. La ciencia de gobernar y de enriquecer á las naciones y el arte de divertir las, son cosas á los ojos de esos escritores que están fuera del dominio de la religion; y si alguna vez penetran en este dominio es para abogar por una tolerancia muy parecida á la indiferencia, cuando no para elogiar una obra que tiene la recomendacion de haber sido condenada por el Papa para llamar la atencion de sus lectores hácia un folletin en que Eujenio Sue ó algun otro novelista de su escuela, juntan en cuadros seductores las aventuras mas inmorales, que ningun honrado padre de familia quisiera ver realizadas en su hogar, convertidas sus hijas en heroínas de la especie de las que admiran ellas mismas en sus lecturas.

No hace mucho tiempo que leia en un diario argentino un programa muy liberal, y de un liberalismo tan subido que no admitia medias libertades, sino libertades enteras, completas, sin trabas ni restriccion alguna, lo que importaba ser partidario de una libertad imposible, pues no ha llegado aun á mi noticia que en país alguno exista una libertad semejante y donde se haya abolido por lo mismo el código penal. ¿Qué otra cosa son en efecto las penas impuestas á los actos prohibidos por la ley, sino límites trazados á la libertad del hombre en sociedad.

En el mismo diario, al pié de ese programa, habia un folle-

tin titulado *Aventuras del amor*. Me bastó leer algunas líneas del folletín para comprender que en él se trataba de las aventuras del adulterio; es decir, aventuras de la libertad ilimitada en las relaciones de la vida social. Eujenio Sue es un escritor favorito de la juventud de los dos sexos en Sud-América. En Francia el socialista es conocido, los diarios que respetan la moral pública no le abren sus columnas hoy, y las familias religiosas no son aquí tan tolerantes en materia de aventuras, ni acuerdan á sus hijas una libertad de leer tan completa, que les sea permitido recrear su imaginación en la contemplación de vergonzosas y culpables escenas.

Un libro entero y muy voluminoso podría formar con los textos, que tengo apuntados, de los juicios de críticos serios y los mas afamados sobre esa literatura mercantil y corruptora, á que deben una triste celebridad algunos escritores contemporáneos. Voy á citar solo algunos renglones tomados de la última entrega de la *Revista de Ambos Mundos*.

«¿Procuraré, dice M. Gustave Planche, analizar las interminables novelas que sirven á los ociosos para matar su tiempo? Tarea ingrata! Los autores, miembros de sociedades comerciales, se reirian de mi ingenuidad, si intentase juzgarlos segun las leyes literarias. Ocupados únicamente en divertir al público, no desean nada mas y se burlan de todas las prácticas. Pureza de la lengua, verosimilitud de los incidentes, retrato de los personajes, lójica de los caracteres, son otras tantas pamplinas dignas solo de su desprecio. Con tal que existen la curiosidad, su ambición está satisfecha. Dejemos, pues, en paz á estos narradores infatigables, que se han puesto fuera de la literatura, que prosigan sin descanso la explotación de su industria: no los perturbaremos en sus trabajos, nada tiene el arte que ver con ellos.

«... Hay en el talento de Eujenio Sue, una mezcla de refinamiento y de brutalidad que ofende el gusto, pero que ha fundado su popularidad. Por el refinamiento se dirige á las almas corrompidas por la molición y por la brutalidad; agrada á los que deifican los apetitos mas groseros, y su número es crecido. . . . ¿Su influjo sobre la multitud ha sido benéfico? Estoy muy distante de pensarlo, y es precisamente porque lo considero muy peligroso, que me importa definirlo y explicar-

lo. A pesar de sus aires de reformador, Mr. Sue no ha correjido á nadie, y estoy plenamente convencido de que ha sembrado en muchas almas gérmenes de corrupcion. . . . Su único objeto es conmover, y para lograrlo no teme exaltar los sentimientos mas vulgares, las pasiones mas bajas. . . . Pintar la realidad en sus menores detalles, complacerse en el análisis de las pasiones mas odiosas, es á la vez ofender las leyes poéticas y las leyes morales. »

Asi juzga Mr. Planché en una Revista, que no pertenece á ninguna corporacion religiosa, al escritor favorito de la prensa periódica en Sud-América. Tal es la parte literaria de aquellos diarios. Que eso contribuya al éxito de la especulacion no lo negaré, pero que esa libertad de corromper á la juventud por medio de los folletines sea una libertad preciosa é inviolable, ¿qué hombre de buena razon y de juicio se atreveria á sostenerlo? Yo afirmo, por el contrario que esa es una mala accion y anti-patriótica, porque es inmoral. ¿Qué se diria de una sociedad en que se permitiese la libre venta de los venenos, porque hay jentes en ella que gustan envenenarse? ¿No seria la autoridad misma cómplice de los suicidios? Esa libertad literaria no producirá ciertamente una literatura nacional; lo que ella producirá, lo que atizará, lo que fomentará, es la corrupcion del gusto y con ella la corrupcion de costumbres.

Viciadas las costumbres, pregunto yo á esos liberales insensatos: ¿Cuál será la base de la libertad? sobre ese cimientto puede levantarse un poder tiránico; no me mostrareis pueblo alguno que en él haya apoyado una civilizacion democrática.

Queda, pues, demostrado que los redactores de esos diarios que se llaman literarios, porque copian las traducciones de las obras mas contrarias á las máximas de la moral cristiana, no son católicos por la literatura que protejen. Un caballero español, empleado como traductor en la oficina de una de esas empresas comerciales, que llenan en la América del Sud, de las novelas mas impuras, me decia no ha mucho tiempo que desempeñaba su tarea con la mayor repugnancia, y le sorprendia ver que tan estraviado anduviera el gusto en nuestros paises. « Novelas de Eujenio Sue y de Jorge Sand, me decia

otro escritor que trabaja en una empresa semejante, es lo que nos piden principalmente nuestros corresponsales de América.» Que haya en Francia hombres extranjeros á nuestros países y poco cuidadosos de la suerte que les cabe, con tal que vendan su mercancia, no es de extrañar. Pero que americanos sérios, reflexivos y buenos patriotas no se aperciban del mal inmenso, que en nuestras creencias y en nuestras costumbres hace esa literatura de la industria y de la corrupcion, es sin duda mas doloroso y cuesta mas comprender.

Los diarios literarios en sus columnas bajas, son políticos en las superiores; pero séame permitido decir que la política tal cual la conciben y la propagan no sacará á aquellos países de las vias de perdicion en que han marchado, y que parecen poco dispuestos á abandonar los mas de ellos.

Si la política es la que enseña al hombre el arte de gobernar los pueblos, convengamos en que para adquirir esta ciencia tan importante se requiere mucha madurez en el juicio, mucha templanza en las afecciones, y la doble esperiencia que dan el estudio y los años. Un escritor es un maestro, y puesto que tiene que enseñar, es preciso que haya aprendido. Cuando acepta un ciudadano esa carga pesada debe estar provisto de conocimientos muy sérios, adquiridos en el silencio del gabinete y sazoados por la práctica de la vida y de las cosas públicas. *Oportet studuisse non studere*, conviene haber estudiado, no estudiar, decia mi maestro de latin á los discípulos que se afanaban en las vísperas de los exámenes por aprender lo que solo en un año de contraccion podian haber aprendido. Igual cosa puede decirse del escritor: *Oportet studuisse*. El que redacta un diario no tiene ya tiempo de estudiar, y si estudia, estudia mal. De ahí resulta que los mas de los redactores de nuestros diarios son improvisadores. Así salen sus escritos, como cosa improvisada. No diré que violan las reglas mas elementales de la gramática, ni que usan palabras que no son de ningun diccionario. Este reproche les afectaria poco, y es preciso escribir el castellano como don Andrés Bello, como Juan Maria Gutierrez ó como Florencio Varela para tener el derecho de dirigirlo á los otros. En este punto yo soy el primero en aplicarme el consejo: *Oportet studuisse*;

pero me creo autorizado para decir á los escritores de nuestros países qué es menester saber discurrir, saber raciocinar, saber probar; y que las reglas de la lójica no se quebrantan tan impunemente, como las de la gramática ó las de la retórica.

Yo creo observar en la prensa americana un gusto, que puedo llamar el culto de las frases sonoras, equivalentes para mí á las frases huecas. Y puesto que ejerzo el oficio poco grato de censor, no tengo inconveniente en confesar, que en mis primeros años de escritor yo entendia que los viejos valian ménos que los jóvenes de mi edad, porque no empleaban en su lenguaje, ciertas palabras de moda sin las cuales no me parecia que fuera posible tener razon. Yo he desertado ese culto, y leo con invencible repugnancia hoy esas palabras que no dicen nada y que veo á cada instante en la prensa de mi país. No quiero exajerar mis pecados, y agregaré que nunca fué exesiva mi antipatia contra los viejos; hoy, léjos de incurrir en ella, pienso que es funesta la intervencion de los niños en la política y el influjo que ejercen en la prensa donde se han establecido por derecho de conquista.

No es lo mismo el fuego de las pasiones, que las luces de la inteligencia, y los mas apasionados no son siempre los mas sensatos. Me ocurren á la memoria unos versos del poeta Arriaza, y aun que trato de cosas serias, quizá sirvan por la comparacion para hacer comprender claramente mi idea:

Niega estar enamorada
 Cierta morena hermosura;
 La creen porque ella lo jura
 Sin ponerse colorada.

Al contrario yo presumo,
 Del juramento á despecho,
 Que guarda fuego en el pecho
 Pues sube á la cara el humo.

Esos escritores apasionados me imagino que son morenas hermosuras, con mucho fuego en el alma y las tinieblas del humo en la mente.

Disto mucho de creer que sea preciso apagar el fuego de las pasiones para ver claro, pero importa que la claridad del pensamiento no sea oscurecida por el calor excesivo del corazón. Así vemos á menudo que la mayor parte de los escritos, en que se trata de política, son dictados por sentimientos tan fogosos como personales y egoistas, y que los principios mas respetables se ponen al servicio de las pasiones mas interesadas é innobles. Las pasiones se sobreponen á la reflexión, á la regla que deben observar, y los que se muestran así incapaces de triunfar de sí mismos y de gobernarse, no veo yo que sean suficientemente aptos para enseñar á los otros la ciencia de gobernar los Estados.

Esas condiciones del escritor público nos esplican los desmanes de la prensa, los odios encarnizados de que á menudo es órgano, y el poco juicio de los que ejercen el oficio de juzgar á todo el mundo. La libertad está siempre confundida con la licencia, el derecho de calumniar y de ultrajar se cuenta entre los lejitimos derechos del ciudadano, y á los mazhorqueros que mataban han sucedido los que usan de la palabra impresa para decapitar reputaciones y vilipendiar los hombres y las cosas mas dignas de respeto.

Me he propuesto apuntar hoy algunas ligeras reflexiones sobre la prensa. Será esta materia de que me ocupe mas de una vez en adelante, y entonces demostraré que los gobiernos y los legisladores, que toleran esas ofensas inferidas á la moral y á la decencia pública, se hacen cómplices de ellas, y por un respeto inconsiderado á los abusos de las mas importantes libertades, son responsables de los males producidos por ellos, y de la anarquía de los espíritus y de los ánimos, consecuencia inevitable de las licencias del escritor.

Los diarios que tan impolíticamente tratan de la política, que con olvido ó desprecio de todo precepto religioso distribuyen esas producciones literarias, que siembran las ideas de la impiedad y del libertinage, pretenden ser comerciales tambien; pero dudó mucho que los intereses materiales de un país esten reñidos con sus intereses morales. Me parece por el contrario que la estabilidad de los gobiernos, la paz consolidada, el respeto de la ley, el amor de la autoridad, la seguridad, en fin, es la primera necesidad del comercio, y todo eso

no se logra sino cuando los principios morales imperan con fuerza en las costumbres, cuando el orden moral es la fianza y la garantía del orden material.

No sé yo que el comerciante ó el agricultor se puedan dedicar con mucha confianza á sus tareas, cuando la prensa se ocupa de inquietarlos hasta en la paz de la familia, despues de hacer todo lo posible para desacreditar á los gobiernos, sin cuya direccion ninguna sociedad puede ni vivir ni prosperar. El fanatismo de la licencia parece ser el ídolo de la mayor parte de nuestros escritores, y con ese fanatismo lo que se logra únicamente es el alimentar la fiebre, el malestar permanente, y mantener á aquellos desgraciados países en el desórden y en el descrédito á que han estado condenados hasta el dia. Nuestra actualidad, por valerme de una palabra á la moda, se parece mucho á las actualidades de otros tiempos, y las mismas causas enjendrarán forzosamente los mismos efectos; es decir, el desamor cuando no la aversion á las libertades de que tanto se abusa; y es preciso no olvidar que las sociedades no son siempre favorables á las libertades que perjudican.

Los hombres sérios se retiran de la escena pública, cuando la ven invadida por ambiciones destempladas y prematuras; el desengaño sigue de cerca al abatimiento y la osadía de los mas incapaces no es entonces menos nociva que la indiferencia de los buenos ciudadanos.

En tal estado de cosas la aparicion de un periódico religioso, es sin duda una fortuna para mi país, y entiendo que los hombres todos de bien deben felicitarse por ello. Mostrar á una sociedad tan largo tiempo encorvada bajo el yugo de la tiranía, que los remedios aplicados á sus antiguas dolencias las agravan en vez de curarlas, recomendar como regla infalible de buen criterio y de buena conducta las máximas religiosas, que nos prescriben la modestia, el trabajo, el desinterés y la tolerancia, aconsejar el estudio á los que no saben y á los que han aprendido el deber de enseñar y de ocupar los puestos usurpados por las ambiciones atrevidas de la mediocridad, pedir á todos una sincera adhesion, á los dogmas y á las doctrinas del Evangelio, que forma el buen hijo, el buen esposo, el buen padre y el exelente ciudadano, y recla-

mar en nombre de la patria y de su reposo el abandono de esa triste tradicion de incrédula indiferencia, cuando no de oposicion impta al catolicismo, que penetró en Sud-América á principios de este siglo, y á la que debemos que los beneficios de la libertad honrada y moderada, no hayan sido el fruto de los esfuerzos heróicos hechos para conquistar nuestra independendencia; probar por fin con los argumentos de la sana filosofia, como con los que nos ofrece la historia de todos los tiempos y de todos los paises, que no hay libertad sino orden, que no hay orden sin leyes y sin autoridad, y que la libertad, el orden, las leyes y la autoridad, solo existen donde las costumbres están firmemente asentadas sobre la base religiosa, es de suprema necesidad en paises en los que la prensa incrédula y licenciosa contribuye tan poderosamente á desquiciarlos y perderlos.

Yo observo diariamente en Francia lo que gana una nacion en la que los católicos no desertan su deber de salir á la defensa de sus convicciones y de los intereses sociales tan amenazados en todas partes por el espíritu revolucionario.

Ademas de los diarios esclusivamente religiosos, tales como el *Amigo de la Religion*, el *Universo*, la *Voz de la Verdad* en Paris y muchos otros de los departamentos, ademas de las publicaciones periódicas como el *Corresponsal*, la *Universidad Católica*, los *Anales de la filosofia cristiana*, la *Semana religiosa*, los *Anales de la caridad*, cuyo objeto principal es defender y propagar las ideas religiosas; se vé en Francia que la mayor parte de sus diarios, siempre que hablan de las cosas religiosas, lo hacen con gran respeto y veneracion. Este es el espíritu del *Constitucional*, la *Patria*, la *Asamblea nacional*, la *Union*, la *Gaceta de Francia* y el *Monitor*. En Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en España, en Italia, en los Estados Unidos, el catolicismo cuenta en la prensa con defensores tan celosos como ilustrados. Y es forzoso que así sea. Cuando el error y las malas pasiones buscan la satisfaccion de poner el pié en la prensa, ¿por qué la verdad y las pasiones generosas y puras habian de renunciar al uso de armas tan poderosas en nuestros tiempos? ¿Quién puede ser tan insensato que quiera desterrar de ellas el principio de la discusion?

Pero lo que sucede desgraciadamente es que esas armas tan benéficas como funestas, segun las manos que las manejan, estan en muchos paises empleadas por quienes no saben discutir, porque carecen de los conocimientos mas necesarios, y lo que es mas de las calidades morales, sin las que un escritor no puede usar sino en daño de la sociedad de la libertad de la prensa. En Francia, no digo en este momento, pero durante la república, como bajo el réjimen de Luis Felipe, no se habrian tolerado jamás escritos del carácter injurioso de los que tan á menudo manchan las columnas de los diarios americanos. No es tan misterioso el secreto de trazar á la libertad de publicar sus pensamientos los límites que no debe traspasar, sin ofender derechos mas sagrados aun que los del escritor, y si quisieran los legisladores de aquellas penas aplicar las leyes dictadas por las asambleas francesas con la aprobacion de hombres como Thiers, Berryer, Odilon Barrot, Tocqueville, etc., se pondria pronto y fácil remedio al mal que ahora deploro; á no ser que nos creamos capaces de ejercer mas amplias libertades que las que disfrutaba la Francia antes del imperio. Confieso que á los que abrigan tan absurda opinion, no tendria yo objecion que hacer. Las preocupaciones petrificadas son sordas.

Tengo la intencion, como he dicho, de tratar detenidamente esta cuestion de la prensa, y confio en que las observaciones que me sujiera la legislacion de este pais y las discusiones de las cámaras, podrán ser provechosas para Chile y la República Argentina, pues es tiempo de que en Chile mismo se aplique remedio y se ponga coto á los exesos que en las épocas electorales sufre periódicamente ese pais.

He querido entre tanto apuntar en este artículo algunas ideas, y concluiré recomendando el deber en que considero á los escritores católicos seglares de asociar sus esfuerzos á los de los eclesiásticos que nos piden una cooperacion de que no es posible exonerarse sin ser infiel á sus propias convicciones. Tendré otra vez ocasion de indicar la importancia de los servicios prestados á la causa católica por los escritores seglares. Y si mi voz fuera mas autorizada, me atreveria á recomendar á la juventud de mi pais la lectura del periódico titulado *La Religion*, y el desprecio de escritores como Euje-

nio Sue, cuyas doctrinas pueden servir solo para formar demagogos socialistas é impios.

Estudios sobre la Instrucción Pública

En un artículo anterior he demostrado la necesidad de que la educación popular sea esencialmente religiosa y la superioridad del preceptor eclesiástico sobre los preceptores seculares. Si, como ha dicho M. Guizot, no hay educación sin religión, ¿cómo puede negarse que el sacerdote es el mejor maestro, puesto que es el más capaz de enseñar la doctrina cristiana?

En el *Boletín de la Instrucción Primaria* de estos últimos días hallo nuevos argumentos en favor de esa opinión, que importa generalizar entre nosotros. Y lo que se dice en esa publicación tiene tanto mayor peso, cuanto que son miembros de la universidad, no de la Iglesia, los que la redactan.

Leo en el artículo del 14 de enero las palabras siguientes:

« El destino del hombre no se limita únicamente á la tierra, y no tiene solo necesidades materiales que satisfacer. Creado á la imagen de Dios y para una vida inmortal, él tiene también aspiraciones morales que reclaman un cultivo y un alimento. Además, para las naciones como para los individuos el bienestar, la riqueza, el lujo, no son ni la felicidad ni la fuerza: por el contrario la molición y la corrupción que vienen en pos de ellas conducirían muy pronto á una sociedad á su decadencia, sino poseyese en sí un antídoto contra este elemento de disolución. ¿Y dónde puede encontrarse, si no es en el sentimiento religioso, ese principio de conservación y de vida para las sociedades? ¿Cuál otra fuerza que la de la religión podrá doblegar las pasiones y las flaquezas, oponer al atractivo de los goces y á la embriaguez del placer, la ley del deber y entusiasmo de la virtud, calmar los sufrimientos del cuerpo y los dolores del alma con la esperanza segura de un mejor porvenir; en una palabra, levantar hácia el cielo y hasta Dios las frentes inclinadas tristemente al mal y apegadas á la tierra por el

peso de las miserias humanas? La instruccion primaria debe ante todo despertar, nutrir y fortificar en las generaciones, que se le confian ese principio religioso, ese elemento moral. »

Por numeroso que sea el clero de un país no puede bastar para la direccion de todas las escuelas primarias, pero entonces es preciso que el maestro seglar de primeras letras sea el *colaborador y el auxiliar* de la mision del sacerdote.

« Sin duda, dice el mismo periódico, la instruccion moral y religiosa de los niños es del dominio de los ministros de la religion. Pero, por graves motivos, hay una inmensa ventaja en el dia en que el sacerdote encuentre en el maestro un colaborador y un auxiliar para la educacion religiosa y moral de los niños, y que la escuela sea en cierto modo el pórtico de la iglesia, preparando desde temprano á la infancia á los dogmas de la fé, á las prácticas de la religion y á los ejercicios del culto de la parroquia.

« Gracias á Dios, el clero y el cuerpo docente están hoy de acuerdo sobre esta verdad. Casi en todas partes el preceptor inicia, *bajo la direccion y la vigilancia del cura*, á los niños en la enseñanza religiosa y en la moral cristiana. Para que tenga buen éxito esta tarea debe el maestro aprovechar cada uno de los diversos ramos de la enseñanza y todos los ejercicios de la escuela á fin de desarrollar en los discipulos el sentido moral y religioso, inspirándoles el amor del bien y el horror del mal, abriendo su espíritu á las buenas ideas y su corazon á los buenos sentimientos. »

La instruccion primaria no debe, pues, limitarse á enseñar á *leer, escribir y contar*, sino que ha de cuidar principalmente de *formar hombres y cristianos*, segun la expresion del autor de las líneas anteriores.

La escuela, en que se forma el cristiano, debe estar por lo mismo, como está en Francia, bajo la inspeccion y la vigilancia del cura. Solo así la instruccion popular hará de un niño un hombre religioso y un buen ciudadano, no revolucionarios y socialistas, cuales los que salieron de las escuelas primarias, cuando la regia la funesta ley de 1833.

« Despues de nuestras recientes experiencias, dice un cura francés, no necesitamos muchas investigaciones para descu-

brir cual debe ser el programa de la escuela primaria. Si queremos preparar días prósperos á la Francia en la tranquilidad del orden, es preciso que la religion sea el fondo y la forma de la enseñanza escolar, su base y su coronacion, su principio y su fin; es preciso que el espíritu cristiano la penetre en todas sus partes, circule en todos sus desarrollos, vivifique todas sus aplicaciones, anime, ilumine y dirija su accion hasta en los menores ejercicios. Porque contentarse con dar á la religion un lugar cualquiera en el programa oficial, colocarla en el rango de la ortografia y del cálculo, clasificarla en el número de las materias que es útil aprender despues del dibujo lineal y de la gimnástica, es simplemente desconocer á Dios, al hombre y la sociedad.—Resulta, pues, ó que la enseñanza primaria será fundamentalmente la enseñanza de la religion, ó que no será sino la escuela preparatoria de las revoluciones.»

Uno de los obispos francesés acaba de dirigir una circular á los curas de su diócesis relativa á la vigilancia, que deben ejercer en las escuelas. El ilustrado prelado observa con razon que una de las mas importantes ventajas de la ley del 15 de marzo de 1850, es haber confiado al clero de las parroquias una influencia principal y preponderante en la vigilancia de las escuelas.

«La Francia, dice el Illmo. Obispo de Belley, aterrada con las convulsiones que la agitaban, ha reconocido que habia fundado sobre un volcan su porvenir. Ha abolido la ley de 1833 sobre la enseñanza, y deseando apoyarse en una base mas sólida, ha recurrido de nuevo en la ley de 1850 á la piedra fundamental, á la Iglesia. Ha invocado nuestro celo como sacerdotes; nos ha pedido que no seamos estraños á sus escuelas, y nos ha confiado una vigilancia, en la cual tienen otros parte tambien, pero que en realidad casi siempre ejerceremos solos. Que ninguno de nosotros rehuse esta invitacion, puesto que ella nos ofrece una ocasion de ser útiles á la sociedad, y nos ayuda ademas á llenar la mision divina que hemos recibido: *Id, enseñad á todas las naciones.*»

La circular episcopal recuerda que la vigilancia de los jóvenes al menos es para el sacerdote un deber impuesto por la religion, al mismo tiempo que un derecho conferido por la ley

civil. Ella traza la línea de conducta, que debe observar en sus relaciones con las autoridades locales y con los institutores; recomienda con instancia la visita de las escuelas, y por las instrucciones que da para guiar al sacerdote en esta parte importante de su ministerio, facilita su ejercicio al tiempo mismo que demuestra sus ventajas. En algunas provincias de Alemania los curas hacen dos veces por semana la visita de las escuelas. El obispo de Belley pide solo que ella tenga lugar por lo ménos dos veces al mes en las escuelas de niños y una en las de niñas.

Siento no tener espacio para dar cuenta aquí de todas las instrucciones contenidas en esa circular, relativas á la buena armonía que importa hacer reinar entre las personas, que la ley asocia á la vigilancia de las escuelas, á los informes que conviene recoger en ellas, y á la manera de aconsejar al maestro que se estravia sin prevenirle contra las paternales amonestaciones del cura.

Me propongo tratar principalmente de las escuelas de niñas en este artículo. Como no es el amor propio el que me guía en estos estudios, sino el deseo de ser útil, prefiero citar las opiniones ajenas, aunque no resulte mi trabajo sino un tejido de textos copiados de las obras que examino.

Mr. Eugenio Rendu, antiguo secretario del ministerio de instrucción pública, dotado de conocimientos especiales en esa materia, dice lo siguiente relativamente á la importancia de la enseñanza de las niñas:

« Se ha dicho ya, y es preciso repetirlo, cada niña que se instruye se convierte, cuando llega á ser madre, en el *Monitor* de su familia. La instrucción de un padre no aprovecha á menudo sino á él solo; la de una madre se trasmite siempre á sus hijos. Instruir las niñas es abrir una escuela en el seno de cada familia.

« Y no necesitamos agregar que por instrucción no entendemos únicamente el conjunto de aptitudes mecánicas, que se reasumen en las tres palabras: *leer, escribir y contar*. Si la instrucción no puede nunca pretender bastarse á sí misma, si importa que sea siempre dirigida y sostenida por la *educación*, es ciertamente cuando se dispensa á la mujer, á cuya vista y por cuya mano se forman el hombre y el cristiano. *Abrir una*

escuela en el seno de la familia es, sobre todo, crear en ella hábitos de trabajo, de orden, de respeto de sí, es reanudar en ella los lazos de la tradicion religiosa, establecer el culto de la ley cristiana, constituir en una palabra el santuario en que se conservarán, con las verdades morales, las costumbres puras que hacen fuertes á los pueblos. Esto es para nosotros la escuela en la familia, y ¿qué mano puede abrir semejante escuela? Una sola, la de la madre. »

El obispo de Belley dice en la circular á que arriba me he referido, estas palabras:

« A mis ojos, para la felicidad de la familia, la buena educacion de la mujer es mas esencial aun que la del hombre; pues es á la mujer á la que toca la buena direccion del hogar doméstico, el aseo de la casa, la primera educacion de la infancia, y muy á menudo el gobierno de toda la familia. Cuando por desgracia el hombre olvida sus deberes, va á hacer á la taberna gastos ruinosos y abdica por sus funestos ejemplos el derecho de hablar á sus hijos de la religion, de la virtud y aun de la moralidad; dichosa es la morada en que se encuentra una mujer que ha aprendido desde temprano el orden y el trabajo que ha recibido y observado una religion mas ilustrada, y se hace capaz por la instruccion dada á la juventud de mantener en el hogar doméstico el rango, que le asignan la regularidad de su conducta y la bondad de su corazon. »

Conocida la importancia y el objeto de la enseñanza del sexo femenino, es fácil comprender la parte que en ella ha tocado en Francia á las maestras religiosas. « Nadie se atreveria á negar, dice M. Beugnot en el informe de la ley de 1850, los servicios prestados por esas maestras á la educacion y á la enseñanza popular. » En 1837 el ministro de instruccion pública proclamaba en los términos siguientes la justicia que se les debe: « No solo ellas instruyen mayor número que las preceptoras seculares, aunque dirijen ménos escuelas, sino que se puede decir que son muy superiores á estas últimas en cuanto al orden (la tenue) de las clases, la direccion moral y religiosa y tambien en lo tocante á la enseñanza. »

« La consecuencia de esta declaracion, agrega M. Beugnot, debia ser acordada á estas piadosas preceptoras, cuya vida es un largo ejemplo de pureza y de sacrificio, no favores

que ellas no solicitan, sino la simple libertad de hacer el bien.»

La ley de 1850 garante esta preciosa libertad á las hermanas de las congregaciones religiosas, y basta que acrediten pertenecer á ellas, para que se les acuerde, sin ninguna otra prueba, el certificado de capacidad, necesario para abrir una escuela.

Los testimonios en favor de la superioridad de estas hermanas como maestras de escuela, son abundantes y las honran sobre manera. Entre otros autores puede consultarse á este respecto á De Gerando en su obra: *Tratado de la Beneficencia Pública*; Henrion, *Cuadro de las congregaciones religiosas*, los informes de los inspectores primarios y sobre todo las actas de los consejos generales de los departamentos.

Y no es solo en Francia donde se tributan esos homenajes de justicia á la enseñanza de las monjas. Es sabido que en Inglaterra gozau de gran crédito. Una de las excelentes publicaciones religiosas de Lóndres, *The Catholic School*, ha dado á luz en su número de octubre un trabajo del mayor interés relativo á las escuelas católicas en Inglaterra. Es un informe oficial presentado á la comision del consejo de educacion por Mr. Marshall, inspector de las escuelas, en nombre de la reina.

El número de las escuelas católicas es considerable en Inglaterra y aumenta cada dia. Las hay en todas las principales ciudades. Copio aquí algunos párrafos del informe de Mr. Marshall:

« Están al frente de estas escuelas damas que pertenecen á las comunidades consagradas á la educacion. En su vida privada estas personas están sometidas á ciertas reglas que es inútil recordar aquí, y ligadas por compromisos solemnes, que no terminan sino con su vida, pero cuyo objeto especial es instruir y educar las niñas y particularmente las niñas pobres. Ellas se preparan á esta tarea por los estudios mas esmerados y mas severos; así es que sus conocimientos son incontestablemente muy superiores á los que habria derecho de exigir de toda otra clase de institutoras; de tal manera que en ciertos paises ha estado confiada á ellas solas la mision de educar los pobres; y en el nuestro, por lo que toca á las es-

cuelas católicas, ellas aventajan á todos los otros establecimientos en que se instruyen los niños católicos, y donde hay cerca de 15,000 niños pobres que reciben las lecciones de cada dia; casi todas las escuelas están en manos de estas maestras, y todo nos hace creer que al fin de este año (1853) no habrá una sola casa que no se les encomiende.

« Lo que sucede, tanto en Birmingham como en otras ciudades, es una comprobacion decisiva de lo que digo. Los hechos están completamente de acuerdo con mis palabras. El gran interés con que solicitan estas preceptoras los directores de escuelas, aun los menos inteligentes, se presentan en apoyo del testimonio que ofrezco de su método excelente y superior.

« Si se me pregunta cual es el mérito especial del género de escuelas de que hablo, y en que consisten su valor particular y su importancia, contestaré que son las únicas escuelas en las que se procura lograr plenamente el verdadero fin de la educacion cristiana. . . . En las escuelas de niñas dirigidas por personas de las comunidades religiosas se encuentra, y *en un grado muy superior*, todo lo que en otros establecimientos ó no se ha intentado ó se ha abandonado como impracticable despues de algunos ensayos. »

El autor de este informe agrega que ninguna escuela ni de jóvenes ni de niñas tiene la pretension de colocarse en el mismo rango de las que están á cargo de las comunidades religiosas.

« Se puede afirmar, dice Mr. Marshall, que una obra semejante es del mayor interés para cuantos desean la victoria del bien sobre el mal, cualesquiera que sean por otra parte sus convicciones personales. Nadie debe ser indiferente al triunfo de un sistema de educacion, que debe ejercer una influencia cada vez mayor sobre los destinos futuros de una porcion considerable de nuestra poblacion tan desatendida hasta el día. »

A pesar de que el informe de que son tomadas esas líneas fué presentado á una comision, compuesta en su inmensa mayoría de protestantes, esa comision, despues de muy serias discusiones, adoptó el trabajo de Mr. Marshall y ordenó su publicacion.

Volviendo á Francia, la ley de 1850 prescribe que los ramos de enseñanza primaria deben ser los mismos en las escuelas de niñas que en las de niños, solo se agrega en las primeras los trabajos de aguja. Toda comun de ochocientas almas de poblacion está obligada, si sus recursos se lo permiten, á sostener por lo menos una escuela de niñas. Ninguna escuela primaria, pública ó libre, puede sin la autorizacion del colegio académico recibir niños de ambos sexos, si existe en la comun una escuela pública ó libre de niñas.

La ley ha procurado cortar en las escuelas primarias la reunion de los dos sexos, tan perniciosas para las costumbres y solo se tolera esta reunion como escepcion de la regla, en los casos en que los fondos de la comun y su escasa poblacion no basten para sostener dos escuelas. El local en que se reciben los niños de ambos sexos está sin embargo preparado de manera que haya una completa separacion entre ellos, de tal modo que no pueden ni verse aunque estén unos y otras á la vista del preceptor.

Estas escuelas de las comunes rurales pobres, en que se admiten los dos sexos, pueden ser dirigidas por maestros ó maestras. Estas últimas son generalmente preferidas, y en una circular reciente del ministro de instruccion pública se recomienda, que se les confie la direccion de las escuelas mixtas, con tal que el número de los alumnos no pase de cuarenta. Pero repito que se reputa en Francia, como de consecuencias deplorables, la necesidad de tolerar en algunos puntos las escuelas mixtas.

Por lo que hace á las escuelas normales de niñas, la mayor parte de ellas están en Francia confiadas á las congregaciones religiosas, y los consejos generales de los departamentos han manifestado muy frecuentemente las grandes ventajas que ellos producen. El ministro de instruccion pública reconocia en 1840 los exelentes resultados obtenidos en la escuela normal de Argentan, dirigida por *Damas religiosas de la educacion cristiana*. « Las jóvenes colocadas en este establecimiento, decia el informe, salen al cabo de dos años para ponerse al frente de las escuelas de niñas. Todas sin escepcion han justificado la confianza que inspira la educacion piadosa y vigilante que han recibido. No son religiosas, lo que forma la

escuela de Argentan, sino preceptoras seglares educadas bajo una regla severa, y que llevan á la sociedad buenos principios y excelentes ejemplos. »

Entre las congregaciones que cuidan de educar las alumnas-maestras se cuentan las de las Damas de la Providencia, de San Agustín, del Sagrado Corazón de María, del Salvador, Hermanas de la Doctrina Cristiana, de San Vicente de Paul, de la Trinidad, de la Caridad, de San José, del Sacramento, etc.

Los autores que tengo á la vista consideran como un escándalo lo que sucede en raros puntos de Europa, donde la educacion de las niñas está confiada á los hombres. En uno de los documentos, que he consultado, se dice y con razon que « para educar y formar una muger, es tan necesario confiar le educacion á una muger, como es necesario confiar á un hombre la de un hombre. »

La superioridad de las escuelas primarias de niñas, dirigidas en Francia por monjas, es un hecho que no admite contradiccion. Así como en Inglaterra lo reconocen los protestantes mismos, en Francia todos los dias se confirma por los votos de las autoridades y de los consejos académicos de los departamentos. Por fin, las escuelas de niñas son en este país superiores á las de niños, y entre las primeras las dirigidas por las monjas son superiores á las otras.

La caridad cristiana sin la cual M. Cousin no concibe el maestro de primeras letras, es aun mas necesaria en la muger que se consagra á la enseñanza de las niñas; y el celo religioso que inspira ese heroismo de la verdad, no falta por fortuna en este país, y seria de desear que se encontrara en los maestros. Hay en Francia mas de 5,500 escuelas de niñas pobres, públicas, esto es, sostenidas por el Estado, y á cargo de las diferentes congregaciones religiosas consagradas á la enseñanza. Hay ademas 3,600 establecimientos libres dirigidos tambien por las mismas comunidades.

« A los esfuerzos de la administracion, dice el *Diario de la Instruccion Pública*, es preciso decir en alta voz que corresponde el celo individual y la caridad de las asociaciones en todos los puntos del país, con una perseverancia á la que es preciso hacer justicia. En unas partes las maestras seglares

se contentan con 210 ó 200 francos por año, para prodigar sus cuidados maternales á los niños que se les confían; en otras las asociaciones religiosas plegándose con toda la flexibilidad de la caridad cristiana á las necesidades que las circunstancias producen y que imponen los lugares, envían á sepultarse en miserables aldeas hermanas cuyos inapreciables servicios ni aun son remunerados; las *Beatas* del *Alto Loire* subsisten únicamente con los pobres recursos que les ofrecen paisanos tan pobres como ellas. Semejantes á los miembros de las antiguas órdenes mendicantes, pero con un fin al que no rehusarán asociarse los hombres mas circunspectos, esas mugeres celosas piden de limosna de puerta en puerta el pan de cada dia; y en el departamento de que hablamos, las *Beatas* atienden por sí solas á la educacion religiosa é intelectual de dos tercios de la poblacion.

« Parece que tales ejemplos de abnegacion realizan en honor de la Francia, ese ideal que las grandes sociedades protestantes de educacion en Inglaterra han entrevisto, pero que no han alcanzado, cuando exclaman en sus informes: « Tenemos necesidad de maestros y de maestras que lleven sobre su espalda esa pesada carga, y á quienes el amor del Cristo haga esa carga ligera; que sacrifiquen sus recursos y su tiempo, sus fuerzas y su *comfort*; que en nada cuenten sus comodidades y sus vidas; que despues de los esfuerzos excesivos y del completo sacrificio de sí mismos, se humillen todavia por su flojedad y exclamen: somos servidores inútiles. »

Para realizar ese ideal no basta el protestantismo, son necesarias las comunidades religiosas y el espíritu de abnegacion ilimitada que las anima. Así lo ha demostrado Mr. Marshall á los protestantes que se han visto forzados á reconocer en las escuelas católicas de Inglaterra un mérito superior é incontestable, precisamente porque están encomendadas á santas mugeres, que desdeñan el *comfort* y que siembran en la tierra sus heróicas virtudes para recoger el fruto de ellas en otro mundo mas confortable ciertamente para nuestra alma inmortal, que el que aquí habitamos.

« Las escuelas populares de una nacion, decia M. Cousin en 1853, deben estar penetradas del espíritu religioso de esa nacion. ¿ El cristianismo es ó no es la religion del pueblo en

Francia? Es preciso concederlo. Pregunto si se quiere respetar la religion del pueblo ó destruirla. Si se intenta destruir el cristianismo, entonces, convengo en ello, es preciso guardarse de enseñarlo en las escuelas del pueblo. Pero si nos proponemos otro objeto, es preciso enseñar á los niños la religion que ha civilizado á sus padres, y cuyo espíritu liberal ha preparado y puede solo sostener todas nuestras grandes instituciones modernas; es preciso tambien permitir al clero llenar su primer deber, el de vigilar la enseñanza de la religion. »

El argumento parece que no tiene réplica. Como entiendo que el catolicismo es la religion del pueblo en las repúblicas americanas, deduzco tambien que se debe respetar su religion, que esa religion debe ser enseñada por maestros y maestras católicas, y que al clero se debe permitir *llenar su primer deber*, el de vigilar la enseñanza de la juventud. ¿Se obra de acuerdo con las reglas de esa lógica en la América española?

La prensa en Francia

Paris, 24 de febrero de 1854.

La prensa es en las repúblicas hispano-americanas, una de las causas mas poderosas del estado de anarquía y desmoralizacion en que se encuentran. Los partidarios fanáticos de ella la consideran como una preciosa libertad que no puede limitarse ni restringirse sin violarla, y los gobiernos toleran sus exesos, como si los límites trazados á esta libertad fueran otra cosa que las trabas puestas á sus abusos, y como si las penas aplicadas á los delitos que por esa via se cometen, pudiesen suprimirse sin grave perjuicio del orden público.

Tema favorito de los demagogos ilusos, como de los mal intencionados, la libertad de la prensa ofrece ancho campo á las sonoras declamaciones y al lírico entusiasmo de esos seductores del orgullo y de la ignorancia de los pueblos. Fácil

me sería declamar con ellos y ostentar un patriotismo poético y exaltado, diciendo que la libertad de la prensa es la primera y la más vital de todas las libertades, que los tiranos pueden solo desconocer sus beneficios, que ella es la centinela avanzada de los derechos del ciudadano, la maestra de pueblos y gobiernos, la hija predilecta del espíritu del siglo y la salvaguardia del honor, del engrandecimiento y de las glorias de la patria. La prensa, diría también, empleando una conocida metáfora, es cómo la lanza de Aquiles que cura las heridas que hace, y á los abusos de esa libertad no es posible oponer otro remedio que el buen uso de ella. Restringir la prensa es mutilarla y una prensa mutilada es una prensa esclava. Ella quiere ser todo ó nada. La libertad absoluta de la prensa es la conquista más valiosa de la civilización moderna; los tiranos como Rosas la detestaban, los amigos de la libertad debemos proclamarla entera y resistir á toda tentativa que tienda á despojarla de sus inviolables derechos.

Esas huecas palabras nada dicen, nada prueban, y sin embargo no me faltarian Fabios que las aplaudieran, y las entendieran mejor que yo mismo, si desoyendo la voz de mi conciencia y los preceptos del deber, quisiera hablar en ese tono á la juventud de Chile y de mi país para granjearme una vana popularidad.

Raciocinemos, veamos á la luz de los buenos principios lo que importa esa libertad de la prensa, y mostremos al lado de sus beneficios los males gravísimos que enjendra cuando por falta de las restricciones necesarias se convierte en licencia. La historia moderna de Francia nos ayudará á apreciar la libertad del escritor público en lo que verdaderamente vale, y á fin de que no se crea que solo en hombres de convicciones conservadoras puedo hallar apoyo para las ideas que defendiendo, recurriré más de una vez á los publicistas y hombres públicos más adictos á la causa democrática en Francia.

Empiezo por asentar que las ideas relativas á la libertad de imprenta, como á todas las otras instituciones políticas, no pueden tener jamás valor absoluto, sino relativo y local. Ese manoseado argumento de lo que pasa en los Estados Unidos, sobre ser absurdo, es ridículo, mientras no se me pruebe, lo que es imposible, que las condiciones de raza como

las condiciones sociales, son iguales en las dos estremidades de la América. Desechemos pues, las ideas absolutas, si queremos tratar sériamente las cosas sérias, y huyamos de lanzarnos en el mar insondable de las utopías.

« Las ideas absolutas, decía en agosto de 1848 Mr. Marie, ministro de la república, son una bella cosa, pero no se gobierna con ellas. » Desde que los hombres, que durante diez y ocho años habian hecho oposicion constante al reinado de Luis Felipe fueron elevados al poder por la revolucion de febrero, se apercibieron en efecto de que no se gobierna con ideas de oposicion, con ideas absolutas, y obligados á descender de las regiones de la abstraccion al terreno de la realidad y de los hechos, tuvieron que renunciar á sus antiguas teorías, buenas para derribar gobiernos, pero no para fundarlos ni conservarlos. Asi fué que la asamblea constituyente, compuesta en su mayor parte de republicanos, sancionó todas las medidas propuestas por el gobierno del General Cavaignac, republicano muy honrado y muy sincero, para restablecer las leyes represivas de los abusos de la libertad de imprenta, que habian sido abolidas en el mes de marzo por el gobierno provisorio. Los diarios fueron entonces exonerados del impuesto del sello y de la fianza, y gozaron de una libertad casi completa. La licencia de la prensa fué escandalosa y no tuvo ella poca parte en las sangrientas jornadas de junio, y como toda licencia provoca infaliblemente una reaccion despótica, vino luego el estado de sitio á enfrenar aquellos exesos, y el General Cavaignac ordenó la suspension de algunos diarios, cosa que no habia sucedido jamás bajo el réjimen de Luis Felipe.

Veamos como un antiguo republicano, elevado al poder, contaba á la asamblea constituyente sus propios desengaños. « Nosotros habiamos pensado, decía Mr. Marie, ministro de justicia, que los errores de la prensa podian en efecto ser corregidos fácilmente por las verdades de la prensa; que la razon solo seria soberana, que de las discusiones y de las luchas, por apasionadas que fuesen, resultaria la armonía.

« Inspirados por estas ideas, hemos abolido todas las leyes de la Restauracion, todas las del gobierno de julio, hemos anulado las garantías que se habian dado, no solo contra la

libertad, sino aun contra los exesos de la libertad. No hemos querido por fin que bajo el sistema republicano, ninguna de esas leyes pudiera ser invocada ó aplicada.

«¿Qué ha resultado? Dejemos á un lado las personas, pero hay algo mas elevado y mas grande, la fuerza misma del gobierno era atacada, todas las tradiciones del pasado eran puestas en duda; esas columnas de granito en que descansa la sociedad, eran conmovidas por los ataques de la prensa, y sabe Dios qué prensa y si se le debe dar este nombre.

«En cambio de esa libertad absoluta á la que se habia abierto la mas ancha puerta que pudiera desearse, no hemos encontrado sino el trabajo de la anarquía, negando todo lo que habia sido atacado, desdeñando cuanto se habia respetado, hollando cuanto se habia engrandecido, y queriendo convertir á la república en no se qué poder sin nombre, que no tendria porvenir, porque no tenia tradicion en lo pasado.

«Es ya tiempo, agregaba Mr. Marie, que pongamos término á estos desórdenes, de los que querrian usurpar los privilegios de la prensa con esa licencia odiosa, que haria detestar la libertad, si la libertad pudiera ser detestada.

«En la ley sobre la fianza de los diarios encontrareis una garantia para todos los buenos ciudadanos, una garantia para la buena república, una garantia para cuanto hay respetable y santo en la sociedad.

« . . . No, no sofocando la licencia no se traiciona la libertad, se la eleva y se la purifica, se le restituye su primera majestad y con la majestad se le dan todos sus derechos y el respeto de todos. No, no se escluye al pensador, espulsando de su seno al mercader de ideas anárquicas, poniendo á un lado á todos esos escritores que venden la difamacion, y la calumnia en diarios que ni aun me atrevo á nombrar por respeto de este recinto. No se traiciona la libertad limpiando las manchas que la degradan; poniendo la sociedad al abrigo de las malas pasiones, que las revoluciones sublevan, no la privamos del auxilio poderoso y grande de las pasiones jenerosas y fecundas.»

Mr. Senard, ministro del interior, antiguo republicano tambien, decia en la misma discusion las palabras siguientes: «Queremos preservar á la libertad de sus propios exesos.

Estudiando las causas que han producido los deplorables acontecimientos de junio, afirmamos que el desenfreno de cierta parte de la prensa debe contarse seriamente entre esas causas. »

Mr. Leon Faucher prestó el apoyo de su patriotismo y de su elocuencia al gobierno republicano en aquella ocasion. Voy á citar algunos trozos de su notable discurso.

« ¿ Sabeis cuales son los resultados de ese estado de cosas ? (el creado por la revolucion de febrero respecto de la prensa.) No hay necesidad de una larga discusion para averiguarlo. Esos resultados están escritos en caracteres sangrientos en los acontecimientos del 15 de mayo y en las jornadas de junio. Las jornadas de junio han sido obra en gran parte de esa prensa, cuya publicacion ha sido necesario suspender.

« Solo esos espiritus absolutos, que no quieren ver en las cosas el limite de lo posible, que andan en busca de lo impracticable y lo quimérico, solo esos teóricos que no toman jamás en cuenta los hechos, son los que rechazan el principio que defendemos.

« Yo quiero que las opiniones sean libres, quiero que cada uno pueda decir lo que piensa, pero no quiero que se pueda hacer profesion de la calumnia, del libelo; no quiero que se pueda envenenar hasta ese punto el espíritu del pueblo y violar impunemente todas las leyes.

« Importa que los escritores sean contenidos por ciertas trabas que hagan reflexionar la conciencia, que le recuerden su responsabilidad, que le adviertan que desempeña una funcion; que el escritor político es un magistrado en la prensa. Cuando olvida este carácter, no es para mí sino un vil panfletista, y yo prefiero y honro mas que á él á quien gana su pan con el sudor de su frente. »

La asamblea constituyente restableció las leyes de 1819 y 1822, con ligeras modificaciones, reclamadas por la necesidad de poner el lenguaje en armonía con el principio y la forma del nuevo gobierno. Mr. Thiers observó más tarde que las leyes sancionadas por esa asamblea no eran menos represivas que las de 1835, y las llamó con razon las leyes de Setiembre de la república.

Se vé, pues, que la teoría de la libertad ilimitada en mate-

ria de prensa, ha sido impracticable en este país, que esa teoría conduce á los mayores exesos y á las mas deplorables calamidades, puesto que conduce á las jornadas de junio, el mas sangriento combate que haya jamás ensangrentado las calles de una gran capital.

Pero en el desbordamiento de las pasiones, provocado por la revolucion de febrero, aquellas leyes no bastaron, y luego que el poder fué confiado por el sufragio universal á Luis Napoleon, que halló en la asamblea legislativa una mayoría compuesta de conservadores, entre ellos los que sin ser republicanos habian combatido la política de Luis Felipe, entonces digo, se sintió la necesidad de oponer diques mas firmes á la licencia de la prensa.

Mr. Odilon Barrot, presidente del consejo de ministros, propuso en 1849 una ley que agregaba nuevas garantías en favor de la autoridad del presidente y del orden público. « El espíritu de esta ley, dice Mr. Chassan, es por una parte un nuevo paso hácia las leyes antiguas, principalmente á la ley del 9 de setiembre de 1835, de la que la ley del 11 de agosto de 1848, del General Cavaignac, habia tomado ya muchas disposiciones; por otra parte ha creado algunos nuevos delitos reclamados por las circunstancias peligrosas del momento. »

Muchos de los grandes oradores de Francia tomaron parte en la discusion de esta ley. « La sociedad francesa está profundamente enferma, decia Mr. Montalembert. Es preciso salvarla, señores, y salvar con ella la libertad. Tal es la ambicion de los autores del proyecto de ley y de los que lo adoptan. ¿Cómo salvar la libertad? limitándola, porque la experiencia de los diez y ocho meses que acabamos de pasar, está ahí para mostrarnos que la libertad ilimitada es la enemiga de la libertad, que ella hace de la supresion de los diarios el remedio natural y necesario, y que no hay casi transicion entre la libertad ilimitada y la dictadura. »

Despues de pintar en términos animados y vivos el estado de la Francia, el orador citó algunas páginas de los diarios escritos en tono tan repugnante y odioso, que exitaron la indignacion de la asamblea.

« No trepido en decir, agregó Mr. Montalembert, que no conozco nada mas culpable y mas cobarde que esos perio-

distas, que desde el fondo de un gabinete funden las balas con que se hiere á nuestros soldados, y no corren ellos mismos otro riesgo que algunos meses de prision, cuando hacen correr el riesgo de la vida á aquellos á quienes ponen las armas en la mano. En las luchas crueles que han estallado, hemos visto un largo reguero de la sangre de los hijos del pueblo, de la sangre de los obreros y de los soldados; pero no hemos visto en esas luchas una sola gota de la sangre de un periodista. Uno de ellos nos ha contado que se habia contentado con ir á ver de lejos el sublime horror del cañoneo. Hé aquí la actitud de nuestros periodistas en nuestras luchas civiles. »

Aquel discurso es uno de los mas brillantes que el orador haya pronunciado en defensa de los principios tutelares de la sociedad, y siento tener que limitarme á copiar de él los renglones siguientes:

« Voto en favor del proyecto, no ciertamente porque sea contrario á la libertad, y á la libertad de la prensa en particular, sino porque es favorable á la libertad de la prensa; porque está destinado á salvarla de sus propios exesos, porque está destinado á rendir homenaje y ser útil á esa libertad que siempre he amado, que he servido siempre, que quiero amar y servir siempre. Y estos sentimientos son los que me inspiran una aversion profunda y que no procuro disimular contra los que me han hecho dudar, no de la libertad; no dudaré jamás de ella pero quizá de la posibilidad, de la capacidad en que se encuentra la Francia para comprenderla, defenderla y conservarla siempre; mi aversion contra los que me han mostrado en el porvenir esa terrible alternativa de las dos catástrofes, á que antes aludia, la dictadura de la anarquía ó la dictadura del despotismo. »

La esperiencia ha mostrado si esos temores eran fundados, y si habia que recelar la aparicion del despotismo cuando la licencia llegaba en Francia en su desenfreno hasta el socialismo.

Mr. Dufaure, jurisconsulto de gran fama y antiguo ministro de Luis Felipe, que lo era de Luis Napoleon en julio de 1849, cuando se discutia esa ley, salió á su defensa tambien, y contestando las exajeradas doctrinas de la oposicion, dijo: « El orador que acaba de hablar, me pregunta lo que yo haria

si fuera enemigo de la república. Le diré muy sinceramente que si fuera el enemigo de la república, adoptaría sus pretendidos principios republicanos, que dejando á la libertad individual todas sus exajeraciones, todos sus exesos, todas sus violencias, harían la república imposible en este país. »

Lección es esa, que debieran tener presente los exaltados republicanos de nuestros países. La esperiencia la ha confirmado dos veces en Francia, y el mismo General Cavaignac decía un mes antes á la montaña: « Si la república se pierde, serán vuestras exajeraciones y vuestros furores los que la maten. »

Mr. Dufaure exponía la opinion siguiente, desconocida por los que en América no soportan represion alguna de los delitos de la prensa, como si no pudieran existir tales delitos.

« Yo no conozco en materia de legislacion de la prensa sino dos sistemas absolutos: el uno que admite la libertad de la prensa sin límites, sin restricciones; el otro que prohíbe la publicacion del pensamiento por medio de la prensa. Pregunta: ¿cuál de estos dos sistemas se sostiene en esta asamblea? No es el segundo; estamos lejos de sostenerlo.

« ¿Quién sostiene la libertad sin límites de la publicacion del pensamiento por via de la prensa? Si hay alguno en este recinto que sostenga este principio absoluto, le ruego que se explique inmediatamente, sino tengo el derecho de decir que nadie sostiene ninguno de estos dos principios absolutos. Pongamos, pues, á un lado la prohibicion absoluta y la libertad ilimitada.

« ¿Entre estos dos sistemas, cuál podía ser el fundamento de una legislacion sobre la prensa? Permitidme esponer estas ideas tan simples. Por la espresion del pensamiento y por via de la prensa se pueden cometer delitos. Esto es incontestable. Puesto que se pueden cometer delitos, estos delitos son punibles y deben ser reprimidos; es preciso que haya leyes que repriman los delitos cometidos por medio de la prensa. »

Oigamos ahora á Mr. Thiers.

« En mi opinion es cierto, incontestado é incontestable, que no puede haber ninguna libertad ilimitada. La libertad ilimitada sabeis lo que es? Es la sociedad bárbara. Donde existe uno mas fuerte, que oprime á los demas, este mas fuerte tiene

una libertad ilimitada, pero los débiles no gozan de libertad. Hay de menos en la libertad de estos últimos cuanto hay de mas en la del mas fuerte. Este mas fuerte á su vez encuentra otro mas fuerte que él, que lo oprime y que goza de su libertad ilimitada; y cuando los hombres por estas reiteradas experiencias se aperciben de que la sociedad se convierte así en un cambio de violencias, se fijan límites á la libertad de cada uno; la libertad del uno tiene por límite la libertad del otro, las leyes nacen, y la sociedad civilizada con ellas. Esto es tan claro, tan evidente, que nadie lo negará.

« No hay, pues, libertad ilimitada, la sociedad civilizada es la sociedad de la libertad limitada, la libertad de unos limita la de los otros. ¿En materia de prensa puede haber una libertad ilimitada? »

« Seria preciso para sostenerlo contra mí, decirme que no se puede hacer á otro tanto mal con el pensamiento, con la palabra, con la escritura, como con el brazo; seria preciso suponer una sociedad grosera y envilecida para imaginarse que ultrajando á un hombre, no se le hace tanto mal como golpeándole. »

« Sí, pues, la palabra puede ser una arma tan temible como el brazo; es necesario, en virtud del mismo principio, contener, limitar esa libertad de servirse de su pensamiento, de su palabra, de su pluma; es preciso limitarla, como todas las libertades, á la libertad de los demas. »

Por las palabras que he citado, se vé cuan graves son los abusos de la libertad de la prensa, cuando se la libra de toda traba, y que esta libertad, como todas las demas, debe ponerse en armonia con las otras libertades del ciudadano y con el interés general de la sociedad. Estas son verdades elementales para los que entienden algo de derecho público; pero como no lo son para los escritores de la prensa americana, quiero citar nuevas autoridades en apoyo de los mismos principios. En otro artículo daré cuenta de las disposiciones principales de la legislación que estuvo vijente hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, y demostraré la necesidad de aplicar iguales leyes á la prensa de nuestros paises.

El autor del informe sobre el proyecto de ley relativo á la fianza y el timbre de los diarios, decia en ese documento:

« Una experiencia de algunos meses bastó para hacer comprender cuan vano era el pensamiento de los que creían que en el estado actual de nuestras costumbres, la prensa periódica podía ser abandonada sin garantía á su propia libertad, y cuan quimérica era la esperanza de que ante el buen sentido público sus errores no tendrían malas consecuencias, sus pasiones no serían peligrosas, y que de sus propios excesos resultaría la cordura de la prensa ó su impotencia. »

La asamblea constituyente no trepidó en volver al principio de las leyes que se habían desdeñado; no trepidó en imponer á las publicaciones periódicas, condiciones necesarias para hacer entender que estas publicaciones emanen de empresas serias, prontas siempre á aceptar ante la justicia del país la responsabilidad de sus actos.

El proyecto de ley á que se refieren las palabras del informe, tenía por objeto, aumentando la fianza y restableciendo el timbre, obtener garantías materiales contra los abusos de la prensa, al mismo tiempo que se imponía una contribucion á una industria. Las palabras siguientes del ministro de la justicia, nos muestran la necesidad de recurrir á estos medios, aun mas represivos que los anteriores, para combatir los excesos de la licencia.

« Después de la revolucion de febrero, decia ese ministro á la asamblea á fines de marzo de 1850, la prensa ha sido mucho mas violenta en sus ataques, mas audaz en sus difamaciones, mas pronta para provocar las mas peligrosas pasiones. No ha habido principio que no haya sido negado, verdad santa que no haya sido desconocida, ni acto vicioso ni criminal que no haya encontrado justificaciones panejricas, y estos culpables errores se dirijian con frecuencia á la parte menos ilustrada de la poblacion.

« Nos ruborizamos al ver que esta libertad tan caramente conquistada, está siempre en manos de hombres que no comprenden su dignidad ni su elevacion y la convierten en textos de delaciones, de difamaciones constantes, de ataques contra el órden social, contra la religion, contra el país, contra las instituciones mas santas y los derechos que la constitucion ha consagrado. »

Largas serian las páginas de este artículo, si hubiera de

recordar las opiniones de los hombres de mas crédito y de los órganos principales de la prensa misma, sobre esos escandalosos abusos de la prensa revolucionaria durante la república. Los crímenes mas horribles encontraban en efecto abogados en esa prensa, que pintaba á Robespierre, execrable bandido, con los colores de un semi-dios. Las teorías mas monstruosas eran propagadas con clínica audacia, y esa prensa, éco de las doctrinas socialistas, era la verdadera expresion de la barbarie que amenazaba á la Francia.

Los abusos de la prensa son funestos á una sociedad, y lo son sobre todo á las sociedades que se abandonan á las ilusiones de una licenciosa decrepitud, como á los pueblos nacientes, que faltos de experiencia reclaman sin medida libertades que son incapaces de ejercer.

La teoría, espuesta por Mr. Thiers en términos tan sencillos como lógicos, ha sido en todo tiempo la de los legisladores ilustrados de Francia; solo los montañeses ó los demagogos han podido negarla y ya sabemos cuál es el respeto de esos liberales á lo Robespierre para la libertad de la prensa, cuando suben, por desgracia de un país, al poder.

La misma doctrina de Mr. Thiers está sostenida por Mr. Chassan, autor de la obra mas estimada en Francia sobre los delitos de la prensa. « Cuando el pensamiento, dice ese autor, se manifiesta exteriormente por actos, toma un cuerpo y una forma material. Si estos retos, producto de un pensamiento culpable, causan daño á otro ó al orden público, pueden ser el objeto de un castigo legal. De aqui resulta que á nadie se le ha ocurrido protestar contra la opresion, cuando el legislador impone reglas á la libertad individual. Tenemos todos ciertamente el derecho de movernos y de obrar. Ninguna ley podria sin tiranía despojarnos de este derecho que es una facultad natural. Pero no hay tiranía en regularizar esta facultad, en castigarnos cuando este ejercicio se hace abusivo y ocasiona un perjuicio á la sociedad. »

La palabra escrita es una accion que puede ser inocente ó culpable, y un célebre jurisconsulto, citado por Mr. Chassan, decia con razon que hablar mal es obrar mal: *qui male dicit male fecit*. La jurisprudencia inglesa admite el mismo principio: escribir es obrar, *scribere est agere*.

« Sostener, dice el mismo Mr. Chassan, que la palabra no puede causar daño alguno, ni perturbar el buen orden de la sociedad, seria dar una desmentida á la evidencia y á la historia La libertad ilimitada de la palabra y de la prensa, es decir, la autorizacion de decirlo todo, sin esponerse á ninguna represion ni á ninguna responsabilidad, es no una utopia, sino un absurdo que no puede existir en la legislacion de ningun pueblo civilizado. »

Hemos visto pues, que hay delitos cometidos por medio de la prensa, que bajo todos los gobiernos constitucionales de Francia, y aun bajo la república de febrero, esos delitos han sido reprimidos por una legislacion penal; que la libertad ilimitada puede ser la libertad del salvaje del desierto, pero no es la libertad del hombre culto en una sociedad civilizada; que en materia de prensa, la libertad ilimitada y por lo mismo irresponsable es un absurdo ó lo que es lo mismo un disparate.

En otro artículo mostraré la marcha que ha seguido la legislacion de la prensa en Francia desde el año 1819, que puede considerarse el de su fundacion, los males que ha producido, las trabas que se le han puesto en el interés de la autoridad, en el del orden y la moral pública, en el interés individual y por fin en su propio interés, pues todas las cosas declinan y mueren en este mundo por el abuso que de ellas se hace, y la licencia de la prensa no es la que precede de mas lejos á los tiranos, destinados á enfrenar la anarquía provocada por ella.

Examinaré despues esa libertad en las repúblicas americanas, y veremos si tal cual se la tolera, es perniciosa ó útil á su país, á su engrandecimiento y á sus progresos en el orden material, en el moral y en el político.

La Libertad

Paris, marzo 13 de 1854

Señor redactor: El mal estado de mi salud no me ha permitido en estos últimos días continuar los estudios, que habia

empezado sobre la prensa, materia que debia ser el objeto del artículo que pensaba enviar á usted. A fin de que no partiera este vapor sin ningun escrito mio para Chile, he buscado entre mis papeles algo digno de imprimirse, y he encontrado los renglones siguientes escritos en el puerto de Boulogne á fines del año 1852. Envio ese corto trabajo tal cual entonces salió de mi pluma, sin alteracion alguna, apesar de que habria mucho que modificar en la expresion y quizá en el fondo.

He emitido en la primera parte de mi artículo *Paris y Roma* algunas de las ideas contenidas en esas líneas. Esos borrornos son un estudio y como tal únicamente los presento. Inútil es que agregue que si penetro alguna vez en el dominio de la teología, es con el deseo modesto de encontrar la verdad, y muy dispuesto á reconocer como errónea y á renunciar á toda idea contraria á los dogmas que nos enseña nuestra madre la Iglesia, tribunal infalible é inapelable de las doctrinas religiosas para los católicos.

Boulogne, setiembre 10 de 1852

Los católicos, puestos de rodillas ante el altar del Salvador del mundo, confiesan sus culpas y golpean tres veces su pecho arrepentidos de haber pecado con el pensamiento, palabra y obra. Esas tres maneras de pecar, de desobediencia á Dios, son otros tantos abusos de la libertad humana.

El primer hombre nació inocente, pecó triplemente y cayó. Su culpa le hizo libre, y se colocó entre el bien y el mal, entre el error y la verdad. La inocencia es un estado de beatitud anterior y superior á la libertad. Ser libre es elegir entre la virtud y el vicio; el hombre inocente no podia elejir entre ambos, puesto que ignoraba la existencia del vicio, y no vacilaba su corazon entre dos amores. Nadie ama lo que no conoce; la carne esclava, sumisa del espíritu no podia provocarnos con sus seducciones antes de haberse rebelado. El mal no existia fuera del hombre, porque faltaba la nocion de él en su espíritu.

Adan quiso saber y preguntó, pecó con el pensamiento y habló. El primer porqué, salido de los lábios de nuestro primer padre, vino en pos de un mal pensamiento y precedió á una mala accion.

El fruto cojido del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, de la ciencia que debia á un tiempo matar la doble inocencia y la doble ignorancia de la muerte y del corazon, fué la semilla de los amargos frutos, que han recojido las jeneraciones dejeneradas, á las que trasmitió Adan con su sangre su culpa.

Asi la libertad, considerada por los hombres como un tesoro y una recompensa, fué por el contrario en su oríjen una calamidad y un castigo. Al conocimiento del bien y del mal se agregó la facultad de elejir, que supone la posibilidad de errar, la de la mala eleccion.

Elejir es ser libre, y la última palabra de la filosofia moderna, en vez de resolver el problema del destino humano, no ha hecho sino plantearlo, tal cual lo planteó el primer hombre al pronunciar el primer por qué ante Dios, que le habia prohibido esa pregunta.

La eleccion supone la duda, la duda supone el error, el error supone el mal. Valia mas no conocer mas que un solo camino, puesto que ese camino nos conducia al bien, y el bien es la suprema verdad y la felicidad suprema.

Adan nos hizo libres, es decir, nos hizo electores. Elijió mal y cayó, y nos condenó á elejir mal y á caer. El primer hombre era ignorante, pero Dios le guiaba y no habia puesto abismo ninguno ante sus pasos. El hombre inocente estaba en posesion del bien, que fué condenado por su culpa á perder y á buscar. ¿Qué importaba que no fuera libre si era feliz? ¿Y de qué le ha valido ser libre si es desgraciado? El hombre con su libertad podrá hallar una California, pero no hallará jamás un paraíso. El valle de los libres se hizo un valle de lágrimas.

Sin el pecado orijinal hubiéramos participado de la naturaleza de los ángeles. Bienaventurados son ellos porque no elijen, ellos están en la posesion plena de lo que nosotros estamos condenados á buscar constantemente.

La justicia de Dios no quiso abandonarnos al tormento de

la duda, y puso en equilibrio en nuestra alma corrompida los dos platos de la balanza, cuyo fiel está en sus manos. La misericordia vino á reparar la obra de nuestra perdicion, á darnos la regla, la luz y el modelo de la buena libertad. Jesu-Cristo tendió su mano omnipotente al hombre caído, á fin de que, asociándose la libertad á la gracia, la flaqueza de la criatura á la omnipotencia del Creador, él fuera capaz de la libertad, fuera dueño de sus acciones, y susceptible de mérito en su conducta. En vez de la inocencia fácil, espontánea, instintiva, nos hizo capaces de la virtud que supone la lucha y el triunfo de la regla en nuestra libertad. La Cruz es el símbolo, el Evangelio, la regla; Jesu-Cristo, el modelo de la libertad victoriosa del pecado, y conquistando por los esfuerzos infatigables de la virtud los bienes antes prometidos á la inocencia.

Sí, somos capaces de la libertad, pero no entramos á ella sino por la puerta del dolor. El hombre bajó del cielo puro, y despues del pecado no puede volver á él sino purificado, y esta purificacion es la gracia, es el Redentor el que nos la puede únicamente asegurar.

La venida de Jesu-Cristo fué como una segunda creacion del mundo moral inundado por el pecado. Solo del cielo podia recibir nuevamente el hombre el bien que del cielo habia antes recibido; solo el Dios ofendido podia perdonar la ofensa; solo la misericordia divina podia rehabilitarnos á los ojos de Aquel, contra el que nos habíamos revelado. Salidos por el pecado de la inocencia á la libertad, Jesu-Cristo nos mostró la senda por la cual se pasa del pecado á la virtud y de la virtud al cielo.

La libertad, pues, es el triste atributo del pecador; pecar es usar de la libertad humana, y todos los dias debemos arrepentirnos tres veces, y golpear tres veces nuestro pecho, porque somos libres y la libertad nos hizo malos.

¿ Debemos por esto renunciar á nuestra libertad? Es imposible. El hombre no puede renunciarse á sí mismo, ni quebrantar la ley fatal á que le sujetó el autor primero y culpable de su libertad.

Ser libre es ser hombre; nuestro padre Adan fué el primer revolucionario, y las conquistas de la revolucion francesa no

son sino un acto nuevo, irracional y sangriento del drama que empezó en el paraíso.

El siglo XVIII, gran pecador por el pensamiento y la palabra, preparó y precedió á ese gran sacudimiento, que no fué sino el tercer paso de la libertad revolucionaria. Voltaire, Robespierre, Proudhon, la religion, la revolucion, el socialismo, no son sino distintas faces y distintos grados de una misma cosa.

El hombre no usa de la libertad sino con la ayuda de Dios. Cuando obra sin él, obra contra él y abusa de ella. Y si por libertad debemos entender esa gran facultad, que conduce al hombre á su destino, la libertad verdadera es la libertad cristiana, es la católica. A la luz y bajo el amparo de la Cruz, la libertad es mas que una facultad, es una capacidad, es la capacidad de acertar, es la buena eleccion, es el hombre dueño de sí y en posesion del bien que buscaba.

La Iglesia, léjos de ser enemiga de la libertad humana, es su madre. La Iglesia no es enemiga sino de una sola cosa, del pecado; y siendo enemiga del pecado es enemiga únicamente del abuso de la libertad, pues todo pecado es un abuso.

La Iglesia empieza por enseñar al hombre á pensar bien, esto es, por formar y educar la libertad moral, el hombre interior. En seguida le enseña á hablar bien, que es ya un principio de accion, y por fin á obrar bien. La Iglesia es por lo mismo la conductora y la guia de la libertad humana ó de las tres libertades que la constituyen: la del pensamiento, la de la palabra y la de la accion.

La libertad, fuera de la religion y de la Iglesia, está fuera de su elemento, como el pez fuera del agua; puesto que la libertad sin la regla, sin la autoridad, sin la gracia, no conduce al hombre á su destino en este mundo, qué es la virtud, la que á la vez es el medio de alcanzar su destino inmortal.

La esencia de toda libertad es la virtud; todo pensamiento, toda palabra y toda accion que no se traduce en virtud, son otros tantos pecados, otros tantos abusos de la libertad.

Parere Deo libertas est, ha dicho Séneca, y Jesu-Cristo es el verdadero libertador de la humanidad.

La libertad revolucionaria niega tres cosas, y es la negacion de sí misma; niega á Dios, niega la regla y la gracia. Coloca

al hombre de aquel lado de la Cruz, le deja caído víctima de su pecado y de su impotencia. Desde que el hombre no tiene á quien obedecer, ¿de qué manera puede ser libre? Todo acto de libertad ó es un acto de obediencia ó un acto de insurreccion. Toda criatura reconoce una autoridad; sin eso no seria criatura, seria un ser perfecto y solo Dios es perfecto. Dios solo no obedece, porque es Dios, y siendo Dios es soberano. Es el poder, la verdad y la bondad misma. La libertad es la aspiracion de un ser imperfecto á su perfeccion. La libertad sin la autoridad es rebeldia, porque toda criatura nace y vive en la obediencia.

La libertad del hombre es como el mar, es vastísimo el teatro de su accion, pero no es ilimitado. ¿Quién puede limitar lo finito sin lo infinito? Y todo lo finito vive obedeciendo por el hecho solo de ser limitado.

Dios y la Iglesia son la autoridad de la libertad. La libertad es como el mar, el camino de un mundo á otro. Negar la autoridad es negar los dos mundos, el de la prueba y el de la justicia, el del mérito y el de la recompensa, es negar la criatura y el Creador.

Ser libre no es ser independiente, y una criatura independiente es un contrasentido. Ser independiente es poseerlo todo. ¿Es acaso esta la suerte del hombre? Si todo lo posee, ¿por qué es que todo lo busca? No: el hombre es precisamente libre, porque busca siempre la independendencia, porque aspira á confundirse con Dios, en quien están confundidas la omnipotencia con la independendencia.

La filosofia revolucionaria, negando la autoridad, confunde la independendencia con la libertad, y no trabaja en favor de la armonia que es la ley del mundo social, sino en favor del caos.

Despues de haber declarado esa filosofia al hombre independiente, despues de afirmar que nace bueno, pasa á proclamarle soberano. ¿Soberano de quién, de qué? ¿Es acaso compatible la libertad con la soberanía? La Iglesia, á la que Dios ha trasmitido la intelijencia de su criatura, nos la muestra prosternada ante sus altares y arrepintiéndose tres veces del mal uso de su libertad. ¿Ante quién se arrodilla ese soberano? Ante aquel que tiene á sus piés los astros y todos

los mundos. Luego el hombre reconoce otro soberano arriba de él.

No es ciertamente soberano el hombre en el mundo material, puesto que no ha creado ese mundo ni se ha creado. El hombre no se ha hecho ni se conserva. En el mundo moral tampoco es soberano, porque si lo fuera empezaría por hacerse feliz, lo que no está en sus manos. En el mundo intelectual no es soberano, puesto que el que mas sabe no hace mas que profundizar el abismo de su ignorancia. El hombre no puede crear ni la piedra, ni la verdad, ni el bien. Toma las materias primeras y las altera, las modifica, las mejora, ó las corrompe, pero no crea nada. Puede algo, pero no lo puede todo, ni sobre sí mismo ni sobre los demas. Las enfermedades lo aquejan, los dolores le atormentan, mil cuidados lo ajitan, y nunca está satisfecho.

Dios solo es soberano del hombre y del universo; el hombre no lo es de nadie ni de nada. Limitados en todas nuestras facultades solo somos ilimitados en nuestros deseos, y nuestra flaqueza es del tamaño de nuestras esperanzas El hombre espera siempre porque es mortal, y lo espera todo porque es hijo de Dios. La riqueza de sus esperanzas es la prueba de la pobreza de sus medios y de la abundancia de sus necesidades.

El hombre, no siendo independiente, está obligado á vivir en sociedad, cuya sola existencia supone la debilidad relativa de sus miembros; no siendo soberano está obligado á vivir bajo el dominio de la autoridad espiritual como de la temporal, á fin de garantir en la subordinacion su propia libertad, la libertad moral y política, como la libertad civil.

Despues de negar la autoridad, la filosofia ó el liberalismo niega la regla, el precepto, el Evangelio, que es el código divino de la libertad humana. El hombre es flaco, inclinado á pensar mal, á hablar mal, á obrar mal. Darle la regla es enseñarle la manera de dirijir bien sus pensamientos, sus palabras y sus acciones. Abandonarle en medio del laberinto de los errores y de las pasiones del mundo, sin indicarle el hilo que le ha de sacar á la luz, es proceder como procede el eclecticismo que dice á la mente del hombre: « La verdad está ahí, buscadla, » y la deja al mismo tiempo en las tinieblas.

La Iglesia no procede así; fiel intérprete de la palabra del Salvador, nos enseña lo que hemos de pensar, lo que hemos de hablar, lo que hemos de obrar.

El cristiano sabe lo que hace, sabe por lo mismo lo que debe hacer; al lado del error vé la verdad, al lado del vicio la virtud: por lo mismo su libertad se vé alumbrada, y el dedo de su conciencia le señala siempre el objeto de su eleccion. La Iglesia hace uso de la facultad de elejir una capacidad. Así se encuentra el hombre solicitado por contrarias seducciones, pero su razon no vacila, y si vacila su voluntad, la falta es suya, y suya la responsabilidad del mal, no de su libertad.

La Iglesia misma ofrece á la voluntad una mano poderosa para triunfar de los enemigos de su voluntad, y esta mano misteriosa é invisible, pero no menos eficaz por eso, es la de la gracia. ¿Qué es la gracia? Los que la experimentan no necesitan definirla. A los que no la han sentido no hay definicion que la haga comprender. Aquellos para quienes el influjo de la accion de Dios en el mundo moral es un absurdo, no saben cuán delicioso é inefable es ese auxilio sobrenatural que nos cae de lo alto. El cristiano en su humildad aprecia debidamente ese contacto efficacísimo del Creador con el alma de la criatura que lo invoca.

17 de setiembre.

Dios es para la libertad del hombre un aliado invencible. La autoridad de la Iglesia no es una autoridad despótica ni tiránica, la Iglesia no obra sobre nosotros por medio de los jendarmes. Su accion es toda persuasiva y maternal, por eso es que hay mérito en aceptarla, por eso es verdaderamente libre el que la obedece.

La Iglesia no encadena jamás la libertad. El dominio de sus conquistas es espiritual y todos sus esclavos son voluntarios, de tal manera, que su misma debilidad constituye su fuerza.

Obedecer á la Iglesia es reinar en sí mismo y solo es libre el que se gobierna. Cuando nos falta el coraje de la obediencia en la lucha permanente que sostenemos contra nosotros

mismos, entonces la Iglesia nos dice, orad. ¿Qué es orar? Es confesar nuestra flaqueza é invocar la proteccion de el que puede convertirla en fortaleza. Es pedir para la debilidad del pecador, auxilio divino de la gracia, aire de las rejiones superiores que baja á fortificar nuestras fuerzas abatidas.

La gracia descende, pero cuando es llamada de modo que en vez de ser ella la negacion de la libertad, es su complemento y su coronacion. Reconocer la impotencia de la criatura, es comenzar á ser libre, invocar la gracia es subir á la cima de la libertad humana, y el que sube á esa cima dá la mayor prueba del vigor de su alma.

Asi la Iglesia á la vez nos tiende una de sus manos y con la otra nos señala la mano de Dios, estendida siempre en favor de sus criaturas. Los ministros de nuestros altares nos reciben á sus piés y se prosternan ellos mismos ante la luz del Salvador. El sacerdote, que recibe nuestra confesion, es el depositario de la justicia y de la misericordia divina, pero es al propio tiempo un hombre y se humilla él mismo para ser fuerte y para comunicarnos su fortaleza. La humildad es heredera de grandes tesoros, y Dios, hecho hombre, es el sublime modelo que deben imitar los hombres que aspiran á entrar un dia en el mundo eterno é ilimitado de nuestro padre comun.

Obedecer á la Iglesia es obedecer á Dios, y obedecer á Dios es ser libre. La gracia y la autoridad son la luz y el conductor de la libertad, que necesita ser llevada de la mano para no caer, como necesita de la luz para ver. El hombre no nace ciego, pero las tinieblas le circundan, la luz le muestra los objetos que le rodean, los que debe adquirir, como los que tiene que evitar.

No basta que Dios le tienda la mano de su gracia y la Iglesia la de la autoridad, es preciso que él sepa cómo vá y á dónde vá, que sepa lo que Dios y la Iglesia piden de él. Toda autoridad supone una ley, una verdad. La autoridad sin la ley es tiranía, la ley sin autoridad es impotente. En el mundo moral, que es el dominio de la Iglesia, la ley es la verdad, y la verdad es la regla.

La verdad es una ley de aplicacion universal, y por lo mismo, solo hay una verdad, es la verdad religiosa, la verdad

revelada, la verdad de Dios. Las verdades humanas no son sino porciones de luz, no son la luz; la verdad religiosa como Dios, alumbra el mundo todo. Lo relativo y local puede ser útil, pero no es verdadero.

La verdad es indivisible, porque es una. El protestantismo, siendo una cuasi-religion, es solo una filosofia religiosa. La verdad sin la autoridad es la anárquía intelectual; y toda religion divisible, como el protestantismo, es una religion falsa.

La verdad católica es mi ley, es la ley. Dios la dió á la autoridad para que supiera lo que debia mandar, y á la libertad del hombre para que supiera lo que debia obedecer. El órden no es otra cosa que la armonía y la paz entre el que tiene el derecho de mandar y los que tienen el deber de obedecer. Mandar á séres libres es gobernarlos, y todo gobierno supone el mandato legal y la obediencia voluntaria.

Obedecer libremente es obedecer amando la ley y la autoridad que en su nombre nos gobierna, es por lo mismo reconocer que la autoridad y la ley no han sido establecidas en nuestro daño, sino en nuestro provecho.

Amar! hé ahí la gran palabra, el gran verbo del lenguaje del cristiano. Amar á Dios sobre todas las cosas, es reconocer en Dios la única autoridad y el único legislador. Amar al prójimo, hé ahí el cumplimiento de la ley, la verdadera libertad. Amarlo como á sí mismo, hé ahí el límite y la regla de la libertad.

En efecto, no hacer á otro lo que no queremos que se haga con nosotros, es la condenacion de toda ciencia. Hacer á los demas lo que deseamos que se haga con nosotros, es la sancion de toda libertad. La interpretacion del gran mandamiento de Dios, contiene toda la esplicacion de la libertad humana á la que fué dado ese precepto. En él se encierra la autoridad, la ley, la regla.

Desgraciados los que no aman, felices los que saben amar. Ellos saben ser libres, pues la ciencia de la libertad no es otra que la ciencia del amor; el amor es el sentimiento á que corresponde y en que estriba la verdad, regla de todo pensamiento, de toda palabra y de toda accion.

Oradores sagrados en París

Hay quienes desesperan de la Francia, quienes maldicen su gran capital como el receptáculo de todos los vicios y de todos los crímenes y han condenado fatalmente « á la Babilonia de los tiempos modernos » al fuego que en la historia bíblica devora las ciudades impuras. Y en efecto, no faltan motivos para temblar cuando el pensamiento se fija en la perversidad humana que es grande en París como en otras partes y mas quizá que en ninguna parte. Pero cuando los ojos se reposan en el bien, en las obras de caridad, en las asociaciones piadosas que son innumerables, en el celo eclesiástico y religioso que anima á un número de almas tan considerable, en tantas obras buenas por fin que se encuentran al lado de las del espíritu del mal, como las armonías del cielo al lado de las maldiciones del infierno, entonces los corazones cristianos se abren á la esperanza y se vé alejarse el cumplimiento de las siniestras profecías. Si el mal es profundo en París, el bien es inmenso y sin límites. Asi es que habríamos querido ver á cuantos desesperan del porvenir asistir al espectáculo edificante y consolador que la ciudad parisiense ha ofrecido durante la quincena que acaba de pasar. En todas partes se agrupaba en la Iglesia, demasiado estrecha para contenerla, una multitud compuesta no solo de almas piadosas consagradas á las prácticas cotidianas del catolicismo, sino de hombres que por lo comun tienen otras preocupaciones y que, arrastrados por el torbellino de los negocios ó de los placeres, frecuentan mas amenudo la Bolsa y los teatros, que los santuarios religiosos.

Para comprender cuánto deba regocijarse la fé con una afluencia semejante basta volver la vista hácia atrás, trasportarse á los dias no muy remotos en que la multitud, aun en la época de las solemnidades religiosas como las que acabamos de presenciar, abandonaba las Iglesias que no bastan hoy para recibirla. Cada año la verdad católica agrega nuevas conquistas á la del año precedente. Despues de haber vencido el respeto humano, este terrible adversario que hacia temblar veinte años á los viejos soldados, que habian encarado cien ve-

ces la muerte en los campos de batalla, la verdad católica ha desarmado la hostilidad, ha triunfado de la indiferencia, y cada día se ven nuevos reclutas engrosando las filas de los defensores de la fé.

Semejantes resultados son debidos, despues de Dios, al celo de la predicacion apostólica, á las graves enseñanzas de las revoluciones, á la sangre de un santo arzobispo derramada en las calles de Paris, á la vigorosa iniciativa de un poder que no teme honrar públicamente la religion y sus ministros, y sobre todo á la humilde solicitud, á la beneficencia inagotable de esas piadosas asociaciones de hombres y mugeres que han enseñado al pueblo de las barricadas, á los hijos de los que no muchos años há despedazaban las cruces y saqueaban las Iglesias, bendecir la religion católica bajo el mandato de la caridad.

El movimiento religioso tenia este año por iniciadores y por apóstoles á predicadores de gran mérito y de rara elocuencia.

En San Sulpicio el R. P. Lavigne, cuya palabra dulce y simpática es tan conocida, se ha mostrado durante toda la cuaresma y principalmente durante los ajercicios de la Semana Santa, el digno heredero de la fama apostólica de Frayssinous de Mac-Carty.

En Santo Tomás de Aquino el abate Combalot ha hecho resonar ante un auditorio escojido esos acentos llenos de fuerza y de calor, que han obtenido en las misiones tan espléndidos triunfos.

La cátedra de la Magdalena estaba ocupada por el abate Dauplein, predicador liones, de un talento distinguido sobre todo por la elegancia del estilo, la facilidad de elocucion, la claridad de la esposicion y del método. Mr. Dauplein ha dado sobre el Verbo Divino toda una serie de Conferencias que hemos tenido el pesar de no poder analizar en nuestras columnas.

Bajo las bóvedas de San Roque el abate Deplace reunia varias veces por semana toda una poblacion atraida sobre todo por el vigor y la fuerza de sus racionios.

En San Luis de Antin la voz del R. P. Ventura ha continuado esas bellas homilias inauguradas hace dos años con tanto brillo, y en las que el ánimo encantado admirá á un tiempo

la erudicion teológica, la ciencia profunda de las Escrituras y de los santos Padres, y la estension del pensamiento unida á la sencillez de la forma.

En Nuestra Señora, por fin, el abate Lecourtier, para las señoras, y el R. P. Félix, para los hombrés, han continuado reuniendo un concurso numeroso y recojido en torno de la cátedra ilustrada por los Lacordaire y los Ravignan. El primero de estos predicadores ha conseguido el mayor triunfo en sus Conferencias. A las ventajas exteriores del orador, al órgano penetrante, al jesto espresivo une las cualidades del alma y del corazon, la uncion de la palabra y esas delicadezas de lenguaje que sabe comprender tan bien un auditorio femenino.

En cuanto al R. P. Félix hemos procurado por medio de un análisis desgraciadamente incompleto, hacer comprender cuan filosófica y elevada es su palabra, pero lo que no hemos podido hacer apreciar á aquellos de nuestros lectores, que no han asistido á las Conferencias de Nuestra Señora, es ese celo y ese calor apostólico, esas vivas imágenes, esa accion oratoria vehemente y persuasiva, en una palabra, esa elocuencia que ha obtenido el domingo de Pascua el mas bello triunfo á que puede aspirar un apóstol.

Si en efecto es para todos una fiesta grande y bella la Comunion General de hombres en Nuestra Señora, se comprenderá lo que debe ella ser para el humilde obrero evangélico, cuyos trabajos han preparado tal banquete.

Este año la multitud que llenaba la nave de la inmensa metrópoli era mas considerable aun que los años anteriores y se estendia á las naves laterales. Durante cerca de dos horas la Comunion fué distribuida á cuatro mil fieles por el Ilustrísimo Arzobispo y el R. P. Félix. La misa, empezada á las siete y media terminó á las diez con el cántico de accion de gracias entonado por todos los asistentes con esa esplosion simpática, que manifiesta los inefables goces de la conciencia y del corazon.

Antes de la Comunion, el arzobispo de Paris subió al púlpito y dirijió al auditorio algunas de esas palabras vivamente sentidas, que hacen palpar el corazon y humedecer los párpados con lágrimas jenerosas.

Mientras el venerable prelado se dirijia asi al inmenso auditorio dócil y ferviente, nuestro pensamiento se trasportaba mu-

chos siglos atrás, y nos asaltaba un recuerdo, que nuestros lectores nos permitirán consignar en estas columnas.

En una época en que la fé de nuestros padres acababa apenas de edificar las bóvedas de la Iglesia metropolitana, un prelado ilustre, el Obispo Mauricio, convidaba cada año en una solemnidad especial á la multitud de los fieles á la mesa santa de Nuestra Señora. El tambien se dirijia á su rebaño muy amado en ese lenguaje del corazon, á la vez paternal, tierno y familiar, cuyo secreto es conocido únicamente por el episcopado.

El año último, un hombre cuya memoria es honra para los católicos, y que despues ha sido prematuramente arrebatado á los pobres y á sus amigos, á sus discípulos y á las letras de las que era una gloria, Mr. Ozanam, descubria en un manuscrito de Santa Catalina de Pisa el texto francés de una de esas alocuciones. Quisiéramos poder reproducir esta homilia en la que se reconoce, bajo el velo de una lengua todavia en su orijen, el estilo, simple y enérgico de nuestros padres, en el que se encuentran, segun las propias palabras del piadoso investigador, restos curiosos de la antigüedad eclesiástica, y al través de las costumbres que pasan, la fé que no cambia.» Nos limitaremos á poner á la vista de nuestros lectores las reflexiones siguientes, que el sabio profesor, entonces desterrado de los ejercicios y de las comuniones de Nuestra Señora, cuyos goces no debia ya sentir sino en otro mundo, dirijia á una revista religiosa con el discurso del Obispo Mauricio.

«... ¿Cómo no recordar que cada año en el mismo dia la antigua Basilica recibe la misma multitud? Últimos hijos de un siglo cansado y agotado, nos agrupamos bajo las bóvedas elevadas por la sencillez atrevida de nuestros abuelos, confundidos los jóvenes obreros arrancados á la corrupcion de los talleres, los jóvenes soldados que huyen de la licencia de los cuarteles, los hombres de letras, y los hombres de Estado escapados del naufragio de todas las doctrinas y de todas las revoluciones. El sucesor del Obispo Mauricio, elevado como él á los honores de la Iglesia por la ciencia y la virtud, bendecido como él por los pobres, sube al mismo púlpito para pronunciar la misma palabra, y cuando concluye entonando el *Te-Deum*, cuando el himno de gratitud repetido por tres mil voces, con-

●nueve las naves triunfantes, damos la mano á las jeneraciones que las han construido, los setecientos años trascurridos desaparecen como un dia, el pensamiento del tiempo se disipa y no permite asomar á los ojos de la asamblea estremecida otro sentimiento que el de la eternidad. »

No agregaremos á este bello juicio sino una palabra para volver al primer pensamiento de este artículo; es que en medio de sus desórdenes y de sus vicios, Paris tiene derecho de contar con la misericordia de Dios, porque al lado de una multitud de buenas obras, ofrece al mundo católico un espectáculo que desde la época del Obispo Mauricio se renueva todos los años: el de las Comuniones en Nuestra Señora.

La Francia católica

Paris, abril 19 de 1864

Se me ha ofrecido mas de una vez la ocasion de hablar en mi correspondencia de la reaccion religiosa que presenciaba la Europa, no menos desengañada de las promesas de los que pretendian reformar sus creencias en nombre de las costumbres por una literatura corruptora.

Hay quienes se imaginan sin embargo en los paises Sud-Americanos que la Francia de hoy es la Francia del siglo de Voltaire, que el sentimiento religioso no tiene raiz alguna en la conciencia de esta nacion; que el rico vive únicamente aqui para el mundo, para los placeres y los teatros, el pobre para el trabajo, y el hombre ilustrado para la ciencia, curándose todos poco de averiguar cuales son los preceptos morales del Evangelio, ni lo que pasa en el sagrado recinto de los templos.

Ni es de estrañar que ignoren lo que sucede en Europa los que á tanta distancia están de ella, cuando vemos aqui, en Paris mismo, un número crecido de personas de aquellos paises, que, abandonados esclusivamente á los goces de la vanidad y de los sentidos, entienden que todos obran como ellos, y que los Boulevares, los Campos Eliseos, los bailes públicos y

los espectáculos de todo género son la única preocupación de cuantos habitan esta gran capital. Flaqueza muy comun es en el hombre ver las cosas que le rodean con los ojos de sus errores ó de sus pasiones egoistas. El incrédulo piensa que la incredulidad reina en todas partes y que todo se le parece; el hombre de hábitos disipados niega que la virtud sea otra cosa que una vana palabra inventada por la hipocresía; incapaces de comprender y apreciar lo que no practicamos, medimos á menudo á los demas con la vara de un espíritu apocado y de un corazón mezquino.

Sabida cosa es que París ofrece á los ojos indignados del hombre de bien, escenas vergonzosas, tristes escándalos, y sus paseos, sus teatros, sus bailes públicos no son ciertamente escuelas de virtud. Todo eso ejerce una influencia seductora sobre los hombres vulgares, que olvidan su origen y su destino, sobre aquellos que arrastran cobardemente su alma á remolque de sus groseros apetitos; pero hay otro París que no se vé desde un balcón de un café, ni desde esos lugares tan frecuentados por ciertas gentes que en los vicios mas repugnantes se ostentan con la mas cínica insolencia. Donde se encuentra la loretta existe también la matrona respetable, y si hay jóvenes aturcidas que pierden su pudor y la dignidad de su alma en la lectura de los cuadros obscenos pintados por Eugenio Sue ó por Jorge Sand, hay en Francia también, hay en París señoritas cumplidas que no empañan el brillo de su inocencia tomando en sus manos los libros de esos escritores, cuyas costumbres están en armonía con la literatura licenciosa que propagan, escritores que segun la vigorosa expresión de un eminente orador de este país, *han emporcado el alma de la Francia*.

Sí, hay en la Francia toda, hay en París, madres respetabilísimas de familia, que visitan muy á menudo los templos, que llenan los deberes que la iglesia les impone y que transmiten á la vez á sus hijas con las lecciones cotidianas de sus labios maternales las lecciones mas elocuentes aun del buen ejemplo. Hay señoritas, bellas de cuerpo y de alma que se considerarían ultrajadas si alguien les preguntara si han leído las novelas de Eugenio Sue, y que no se avergüenzan de que se las vea ante el altar de la Virgen, implorando con el rosario en la mano el auxilio de la madre del Dios Crucificado.

Hay jóvenes distinguidos por su origen y por su instruccion, que no se contentan con vestir á la moda y saber el arte poco difícil de peinarse bien y de ponerse la corbata, que van á los templos tambien, no como sucede en algunos paises nuestros con la intencion de profanarlos, con la de ver y ser vistos, sino llevando en el alma un sentimiento de religioso respeto por el lugar sagrado que visitan. En Francia, es justo reconocerlo, todos son sinceros, los creyentes y los incrédulos. La hipocresia no es vicio de esta nacion, y los que son completamente indiferentes en materia de religion, los que viven con olvido completo de los deberes que los ligan á su Creador, tienen por lo menos el pudor de no ir á buscar á su templo los placeres que deben buscarse en un teatro ó en un baile público. Preciso es ir á nuestras repúblicas americanas para hallar una juventud sin fé, que asiste á los templos con la intencion mas mundana, y para hallar madres, esposas é hijas, que tienen el coraje de lucir á los piés de los altares del Salvador, los vestidos, los adornos de la última moda, á fin de llamar la atencion, no ciertamente de Dios, que no nos juzga por nuestros vestidos, sino de esos jóvenes afeminados, que pisan con planta impta el recinto consagrado á la adoracion y al recogimiento.

Hay en Paris ancianos renombrados por su ciencia, por sus servicios, por la severidad de sus costumbres, que aman muy de veras á Dios sobre todas las cosas, y que se prosternan con humilde devocion ante él para levantarse en seguida dignos del respeto de los demas y del de su propia conciencia. Y de todo esto se apercibe y se da cuenta en Francia el que busca á los católicos en la casa de Dios.

El último domingo de pascua un caballero americano, recién llegado á Paris, recomendable por su sensatez y su buena conducta, asistió á una de las iglesias de esta ciudad. Iba á oír misa, y no fué poca su sorpresa cuando se vió detenido á la parte de afuera del templo por un agente de policia, que le estorbó la entrada. A muchas otras personas les habia sucedido otro tanto. El templo estaba lleno.

« Veo que hay de todo en Paris, » me decia ese señor, y tenia razon. Si hubiera visitado el mismo dia todas las iglesias de Paris las habria visto llenas de gentes religiosas. Y

precisamente esa semana santa que acababa de pasar, nos muestra á la vez en los dias consagrados á los recuerdos mas solemnes del catolicismo, millares de católicos prosternados al pié de la Cruz, al tiempo mismo que centenares de carruages conducen al bosque de Bolonia á las señoras, que en vez de llevar sus conciencias arrepentidas á los templos, se pasean ostentando los objetos de la moda-nueva y dominadas por todas las vanidades del lujo. Lo que era en otros tiempos una piadosa peregrinacion á un santuario situado á las orillas de Paris, es hoy una profanacion de los dias mas santos para las sociedades cristianas.

Para estas últimas gentes, la Semana Santa pása como todas las otras semanas del año, la vida religiosa del alma les es desconocida, y todos sus conatos tienden á la satisfaccion de sus necesidades animales y de las pobres ambiciones del orgullo.

Pero muy inexactos informes llevarian á su país los que creyeran que toda religion se habia estinguido en Francia, porque tan concurrido se ve el paseo de Longchamps. No todos se entregan en la víspera de esos dias santos á los sastres y las modistas para lucir nuevos trages en aquel paseo. Hay otras personas que se ocupan de cosas mas sérias, mas dignas de una criatura racional, y los grandes oradores de las iglesias de Paris no predicán en desierto en esos dias.

En torno de la cátedra de la verdad se ven á los que comprenden todo lo que vale, y todas las obligaciones que les impone el título que llevan de cristianos, y que no quieren haber sido bautizados en vano. Esos cristianos no quieren olvidar que lo son en los dias consagrados por la iglesia á celebrar tristemente el aniversario de la pasion y la muerte de Nuestro Señor Jesu-Cristo. Esos cristianos prefieren ser fieles á la moda antiquísima de vestirse de luto, como lo está la iglesia en esos dias en que se consumó el gran sacrificio de la redencion del mundo.

La iglesia manda á sus hijos que por lo menos una vez al año hagan el exámen de su conciencia, se den cuenta á sí mismos de su vida pasada; comparen sus recuerdos con sus deberes y se pregunten si obraron en conformidad con las reglas morales que les prescribe la religion que profesan. Yo

no conozco un sistema higiénico que mas provechoso sea á la salud del alma. Pasar periódicamente en revista nuestras faltas pasadas, es disponerse ya al arrepentimiento, y del arrepentimiento á la enmienda, esto es, á una vida mejor, muy corta es la distancia.

En tiempos como los nuestros en que el orgullo del hombre pronuncia tan á menudo la palabra *progreso*, no comprendo cómo no se aprecia en todo su valor esa práctica de la vida cristiana, que tiende tan eficazmente á hacernos cada año mejores, moralmente mejores. Puesto que las sociedades están compuestas de individuos, ¿cómo podremos realizar el progreso de la sociedad si no empezamos por realizar antes el del individuo?

Diga lo que quiera la vana ciencia del orgullo en este balance anual de nuestras cuentas con Dios y con la Iglesia, no solo gana el individuo, gana inmensamente la sociedad, que no puede progresar moralmente sino cuando progresan moralmente los miembros que la componen.

Los que violan hoy y mañana la ley moral, ó en otros términos, los que pecan siempre sin arrepentirse jamas, ¿qué extraño es que sean incrédulos? No hacen otra cosa que poner en armonia sus errores con su conducta, y despues de haber quebrantado con sus actos los mandamientos morales, es natural que quieran emancipar su razon de los dogmas que son la condenacion de esos mismos actos. La incredulidad bien examinada es una cobardia. ¿Qué otra cosa es el incrédulo sino el hombre que niega la ley moral á fin de librarse del deber de obedecerla? Si tuviera la firme resolucion de luchar con sus pasiones, de sobreponerse á ellas, de obrar por fin el bien, pensaria bien, y tendria el coraje de practicar la verdadera libertad, que no es sino el triunfo de la ley moral en nuestra conciencia y en nuestras obras.

Mucho se equivocan los que entienden que la humildad es una flaqueza; la humildad por el contrario es una fuerza, es el verdadero coraje moral. Los flacos son los que ofenden á Dios y no tienen energia suficiente en su alma para arrepentirse, los que ofenden á la sociedad, pues todo acto irreligioso es una ofensa á la conciencia religiosa de un pueblo, y se envanecen de sus faltas.

El arrepentimiento y la humildad, tales son los actos de valor que la Iglesia pide á sus hijos en los dias consagrados á santificar los recuerdos de la muerte del Dios hecho hombre y muerto en una Cruz para darnos las armas con que habiamos de triunfar del pecado y del orgullo.

Los que llevamos el nombre de cristianos, ¿por qué no hemos de tener presente en nuestra memoria y en nuestro corazon reconocido la cuna de nuestro Salvador, que fué un pesebre y su lecho de muerte una Cruz?

Eso no lo olvidan todos en Francia, y muchos de los hombres que mas alto papel han hecho en la política de este país, de los que han ocupado los mas elevados puestos, de los que han sido presidentes del consejo de ministros, como el venerable anciano M. Molé, hacen el balance anual de su conciencia, permítase emplear nuevamente esta espresion, tienen la virtud, el valor real de ser humildes y de arrepentirse; y muchos otros personajes como él, llenos de títulos al respeto de sus compatriotas y llenos de talentos y de instruccion, saben que los Sacramentos de la penitencia y de la Eucaristia realzan la dignidad del hombre, elevándose purificado por un santo pesar hasta su Creador.

Mis ojos no han contemplado jamas un espectáculo mas interesante y patético, que el de la Comunión Pascual en la Catedral de Paris. En ese magnífico templo se ve todos los años un concurso inmenso entonando en las noches de Semana Santa el cántico sublime del *Miserere* y escuchando en seguida con el mas religioso silencio la voz elocuente del predicador, que prepara al auditorio para el cumplimiento de aquel gran deber. ¿Cómo pintar la elocuencia del Padre dominicano Lacordaire y de los jesuitas Ravnigan y Félix; cómo la del Padre Ventura y los muchos otros predicadores de los templos de Paris durante la cuaresma? Básteme decir que la palabra de esos eminentes oradores es digna de la cátedra en que la pronuncian. ¡Qué raciocinio tan lógico y convincente! ¡Qué conocimiento tan profundo del corazon humano en su grandeza y en sus miserias! ¡Qué arte para demostrar la fragilidad de esos monumentos de un dia, que construye la filosofia del hombre, ante el monumento imperecedero del catolicismo!

Solo podrian ser insensibles á esa palabra los que ven los

Andes sin sentir levantarse en su alma la admiración de la fé, ó los que contemplan las formas colosales de San Pedro en Roma con los ojos enjutos. La palabra de esos predicadores de la verdad católica, es una palabra conquistadora, por decirlo así, y muchos de los que, llevados solo por la fama del orador han ido á escucharla, han acabado al fin por asociarse el Domingo de Pascua, despues de cumplido el deber de la penitencia, á los que reciben el pan Divino, que da salud al alma y la regenera.

Mas de tres mil hombres reciben en la Catedral ese pan de la Eucaristia de manos del predicador y del Arzobispo de Paris, y entre ellos se ven confundidos el hombre de Estado y el obrero, el mariscal de Francia y el simple soldado, el banquero acaudalado y el miembro de la academia francesa, el magistrado y el estudiante de derecho, el escritor y el artesano. Todos ellos atraviesan la vasta nave con los brazos cruzados y la vista en el suelo, y se ponen de rodillas ante el sacerdote, que les da ese alimento *custodio de nuestra alma en su vida eterna*.

Las armonias de la música religiosa, la magestad del templo, el recogimiento de tanto cristiano, que llora sus faltas y pide perdon al Dios ofendido, invocando la misericordia del hijo muerto para redimirnos, todo eso entenece el alma y la llena de emociones inefables.

Hay, pues, de todo en Francia. Hay católicos que lo son *en regla*, si puedo decirlo así, esto es, que creen con fé sincera y profunda en los dogmas del símbolo de nuestra iglesia, que cumplen sus mandamientos y los de Dios, católicos por fin que confiesan y comulgan, y se cuidan poco de la risa insensata de los que, fieles todavía á una tradicion impta, creen solo en la sinceridad de los hijos de Voltaire y no en la de los hijos de los Cruzados.

El espectáculo ofrecido por los templos de Paris en la Semana Santa y durante toda la cuaresma, confirman una verdad muy antigua; es que todo cambia y se muda en el mundo, la iglesia sola permanece, y segun la palabra del Salmista: « *Omnia veterascent, tu autem permanebis.* » En Francia han pasado como un sueño las dinastias, los gobiernos, las revoluciones, los sistemas filosóficos, las literaturas, los gustos de la moda, las exigencias de las pasiones desbordadas, todo pasa y solo

quedan los rastros de sangre y las ruinas que nos recuerdan la impotencia de las ambiciones del hombre y la fragilidad en sus obras. La religion sola se mantiene firme é inmutable sobre su base de piedra, y los hombres arrepentidos, contando tantos desengaños cuantas fueron sus ilusiones, vienen al fin á pedir consuelo para sus dolores, luz para sus dudas, fuerza y guia para sus voluntades al pié de esa Cruz plantada en el Calvario y cuyo resplandor alumbrará los últimos siglos.

Despues de haber experimentado cuan amargos son los frutos del error como los del vicio, las sociedades del mismo modo que los individuos, sienten la necesidad del arrepentimiento á fin de poner en paz su conciencia y reconciliarla con Dios. El verdadero progreso se realiza entonces, porque el progreso consiste no en perseverar en las vías del mal, sino en volver á las del bien y de la justicia por medio de la enmienda.

Los pueblos recobran las fuerzas perdidas confesando sus culpas y dando así en la penitencia una nueva y bella sancion á la ley religiosa que violaron. Entonces son los cobardes únicamente los que no tienen el coraje de la humilde confesion de sus faltas, los que no abrazan con amor ardiente la doctrina, que los hará mas sabios haciéndolos mejores.

¿Qué uso mas noble puede hacer ademas el hombre de su libertad, que volviendo al seno de la ley, que señala á la libertad misma la esfera y los límites de su accion? La buena libertad, la libertad del bien, es precisamente la libertad del católico, porque no le permite hacer lo que quiere sino lo que debe.

Todo esto saben los católicos en Francia, y si tan visiblemente ha sido ella salvada de las mas espantosas crisis por las manos de la Providencia, es porque no faltan inocentes en la gran capital para desarmar la cólera de Dios, y porque hay justos que abogan por los pecadores.

Si la iglesia no estuviera predicando constantemente su doctrina, si su voz persuasiva no se hiciera oír tan frecuentemente en el púlpito, si los escritores religiosos no defendieran tan lealmente sus dógmas y su enseñanza, si la revolucion por fin no hubiera encontrado por adversario invencible al catolicismo, entonces habria podido desesperarse de la salvacion de este país, y considerarlo condenado á probar ese fruto del socialismo, que habria sido el de su irremediable perdicion.

Pero si ha habido aquí escritores como Sue para calumniar groseramente á los jesuitas, no han faltado jesuitas en la catedral de Paris para defender los derechos de Dios, y contestar á sus calumniadores mostrando de rodillas ante los altares del Salvador á millares de franceses, que quieren salvarse, entrar un dia en el paraíso prometido á sus esperanzas y salvar al mismo tiempo la patria desgraciada en que vieron la luz.

Volvamos, pues, nuestra vista á la Francia católica. Imitémosla si queremos reparar los males inmensos hechos en nuestras creencias y en nuestras costumbres, en nuestro estado social y político, por la Francia revolucionaria é incrédula.

Don Juan Thompson

Paris, mayo 9 de 1854

Conocidas las causas de las desgracias de la América del Sud, dándonos cuenta de la decadencia moral que en ella se realiza desde la época de la emancipacion, llegamos luego á comprender que la revolucion ha extinguido en casi todas las conciencias el sentimiento y el deber de la obediencia. La autoridad política no menos que la religiosa, han sido víctimas en aquellas desventuradas repúblicas del espíritu de insubordinacion é indisciplina. Rotos los lazos morales, perdido el prestigio de la autoridad, menospreciada la ley, mal entendida y peor practicada la libertad, hecha la religion el objeto de la aversion cuando no del ludibrio de los que mas se preciaban de conocer los resortes de la vida social y de las condiciones del progreso de los Estados, hemos ofrecido al mundo un espectáculo que habria sido sobremanera ridículo, sino hubiera sido á menudo tan horriblemente odioso.

« Niños mal creados, emancipados antes de tiempo, eso son las repúblicas americanas, » me decia no ha mucho un ilustrado escritor de aquellos paises. Harto han probado los hechos y están probando todos los dias la verdad de ese aserto. Oportuna ó no la emancipacion, la historia lo dirá; lo que es cierto

es que no estábamos criados para la libertad, y que el uso que de ella hemos hecho nos está alejando cada vez mas de la inteligencia y de la capacidad necesarias para arraigarla en nuestros hábitos. Los pueblos no saben obedecer y los gobiernos no saben mandar, de tal manera que en muchas de aquellas repúblicas un hombre de bien, sin ser tachado de indiferencia y por el respeto de su propio decóro debe abstraerse de tomar parte en los negocios públicos. Fallan en medio de aquel caos todas las reglas de la lógica, no hay principios fijos, exceptuados los relijióso, que puedan servir de norma invariable á la conducta.

La autoridad es un principio sagrado, pero personificadla en Rosas y decid si es posible respetar en él aquel principio. La prensa es una luz y una garantia social, pero dadme la prensa peruana ó la de la Nueva Granada y decid si es posible ser en esos paises partidario de la prensa. Como de todo se abusa en la América del Sud, el hombre honrado que quiera emitir su juicio franco y leal sobre el estado de varias de esas repúblicas, se espondria á pasar en unas partes por faccioso, en otras por servil. Y no mereceria mas uno de esos reproches que el otro, seria únicamente un hombre honrado. Basta serlo en efecto para saber que Rosas, derramando á torrentes la sangre de los argentinos, el gobierno del Perú dilapidando escandalosamente los tesoros, que hubieran podido colocar á aquel país al frente de la América meridional y que han servido solo para degradarlo, el de la Nueva Granada amparando la propaganda socialista y persiguiendo cruelmente á la iglesia; para saber, digo, que esos gobiernos han sido y son gobiernos detestables.

Pasemos á Chile y los buenos principios y la sana conciencia nos dirán que lo que allí importa defender y consolidar es la autoridad, porque la autoridad está en manos de hombres de bien. Lo que en Chile seria digno de la animadversion de los buenos, lo que ha debido serlo, á juicio mio, no ha mucho tiempo es la revolucion. Ese gobierno ha sido un gobierno y es todo lo que necesitamos en la América del Sud; que la autoridad fiel á su deber mantenga el órden, obedezca y aplique la ley, administre con probidad, y dé garantías cada vez mas sólidas á la paz pública. Supongamos por un momento el huano en las manos del gobierno chileno, ¿cuan admirables pro-

gresos de todo género no hubieran podido realizarse con tanta riqueza? Pero en vano Vigil, digno de aparecer con su palabra impta en medio de aquel teatro, anunciaba á la juventud del Perú una época nueva de regeneracion y gloria; la gloria ha sido muy prosáica, pues no son los Vigiles, sino la iglesia que él ataca, quien enseña á los gobiernos á cumplir los mandamientos de Dios.

En presencia de tanto desconcierto, no es de estrañar que haya americanos incapaces de especular con sus convicciones, incapaces de dar elogios mentidos á malos gobiernos en cambio de oro, que se alejen de aquel teatro donde su silencio seria tachado de cobardia y su palabra sincera y desinteresada contestada en los términos groseros, con que responde el escritor sin educacion al que la tiene.

Entre esos escritores que prefieren lo honesto á lo útil, que honran á su país con la nobleza de su carácter, las altas prendas de su inteligencia y la sólida y vasta instruccion, yo he respetado siempre al compatriota mio cuyo nombre he puesto al frente de este artículo. Y como él no puede dar á nadie el oro y los honores, que no solicita para sí, como vive consagrado al cumplimiento de sus deberes y al estudio, y sirviendo con su pluma en el país que le hospeda, la causa Santa de la verdad, que es para él como para mí, la de la religion y de la iglesia, no vacilo en ofender su modestia acordando elogios á su mérito, que son mas bien que homenaje de amistad, un tributo de justicia.

He deplorado antes de ahora y es de deplorar ciertamente en la prensa americana la ausencia de escritores religiosos seculares. No solo el sacerdote está obligado á ser cristiano y á propagar su doctrina. La enseñanza de la Iglesia necesita que los actos, la palabra y la pluma de sus hijos la defiendan. Si las ideas de un racionalismo irreligioso han hecho tantas conquistas en nuestros desgraciados países, es porque la prensa periódica ha estado constantemente dirigida por escritores enemigos muy á menudo de la iglesia, cuando no por escritores indiferentes. Las pasiones desbordadas son ya por sí mismas un enemigo temible para la iglesia, obligada á recordarles los preceptos que quebrantan. Si á este mal se agrega la complicidad de la prensa y las persecuciones del Estado, que degüe-

lla y proscribire á los ministros del altar, como ha sucedido en la República Argentina y en la Nueva Granada, es evidente que la lucha es desigual y que el espíritu revolucionario cuenta con las probabilidades del triunfo. Oponer por lo mismo á esa conspiracion del mal y del error la alianza del sacerdote y del escritor es una premiosa necesidad de nuestros paises.

El auxilio de la prensa religiosa puede ser efficacísimo. El escritor del mundo defiende una causa que no parece ser la suya propia, y es á veces escuchado con mas benevolencia por aquellos cuyas preocupaciones combate. Las razones de la Iglesia, tomadas del Evangelio y de los santos padres, son superiores sin duda, y un católico sabe que San Agustin, Santo Tomás, Bossuet y fray Luis de Granada nada tendrían que aprender en los libros de Guizot ó de Cousin; pero es conveniente refutar á los hombres del siglo con argumentos tomados del siglo mismo y valerse contra el enemigo comun de las propias armas que él emplea. Es bueno llamar á las inteligencias y á los corazones extraviados por las seducciones de una falsa filosofía, y de positivos intereses, al respeto y al amor de la religion, que es la mejor filosofía y la salvaguardia de esos mismos intereses materiales, ídolo de las ambiciones modernas. El escritor seglar, por otra parte, puede desplegar mas energia y mayor exaltacion en la defensa de sus caras convicciones. Estos soldados voluntarios prestan así servicios muy reales á la causa religiosa y forman una vanguardia lealmente agresiva en el terreno del mal que, preparando á los adversarios no á la fuga sino á la sumision, conquista menos servidores del estandarte sagrado, que levanta en sus manos puras y pacíficas el sacerdocio, y que es signo seguro de victoria.

En Francia la Iglesia ha manifestado mil veces su gratitud á los escritores de genio, como Chateaubriand, Demaistre, Bonald, que á principios del siglo la ayudaron á reedificar los altares y á restablecer en las almas el imperio del dogma católico. En los tiempos presentes muy crecido es en Francia y en la Europa todo el número de los que defienden y propagan fuera de la Iglesia el principio religioso, y no ha mucho tiempo á que el Santo Padre aplaudió esos esfuerzos y los estimuló con sus consejos paternales.

El señor don Juan Thompson, católico ilustrado, escritor ele-

gante y castizo, ha querido cumplir en la prensa sus deberes de cristiano y ha publicado en *el Ancora*, periódico religioso de Barcelona, una serie de artículos, que se recomiendan por la elevación de las ideas y la fuerza del raciocinio no menos que por la belleza del estilo.

Los renglones que voy á copiar de aquel periódico, justificarán plenamente el juicio anterior, y veremos en ellos que son bien conocidas al escritor las causas de los males que afligen á las sociedades modernas, no menos que el remedio destinado á curarlas. « Si es cierto, dice el señor Thompson, que en el mundo moral, como sobre la tierra, estallan horribles tempestades, no lo es menos que en el primero existen monumentos imperecederos tambien, robles y encinas seculares que envano el hacha de una falsa filosofia intenta derribar. Para consuelo y esperanza de la familia del hombre, en esos monumentos tienen albergue los sacrosantos principios de una religion divina, principios que á despecho del católico afan del orgullo, permanecen levantadas y servirá para siempre de dulce guia al mayor número. A sus piés se humilla de continuo la vana ciencia, y segun vienen acreditándolo ruidosos ejemplares, desde consumados estadistas hasta enemigos suyos al parecer irreconciliables, todos tributan á esos principios respeto y veneracion.

« ¿Cómo negar, pues, nuestro débil apoyo á su defensa? ¿Cómo podriamos mirar con indiferencia los síntomas del mal sin atender á su curacion? ¿Son por ventura infundados los temores é inconsistentes los multiplicados sucesos que afean el cuadro de la moderna civilizacion? ¿No hemos visto un instante á la familia abocada á su desaparicion de sobre la faz de la sociedad cual la fundó el cristianismo? Esos terribles sacudimientos ¿no son otros tantos avisos de lo alto, que imponen la obligacion de subir á la brecha y de repeler con las armas de la verdad, de la mansedumbre y del amor las recias embestidas del enemigo? »

En uno de sus hermosos artículos el Sr. Thompson demuestra la saludable importancia de la prensa religiosa, y hallo en él las líneas siguientes en apoyo de las que antes he escrito: « A la prensa religiosa incumbe llenar tambien un dulce y generoso ministerio. Los que atacan descaradamente los princi-

pios y sentimientos cristianos, los que mas allá de la materia solo ven la nada, esos artífices del mal que no se avergüenzan de poner apodos á la misma divinidad, echan mano de este maravilloso invento, y por mas que reconozcamos lo mísero y vano de sus doctrinas, no perdamos nunca de vista que sus esfuerzos son grandes y que en su desvario buscan el triunfo en el primer término de la sociedad; el mejor dispuesto, á su entender, para servir de palanca á sus designios. Por otra parte, la prensa religiosa, usando de un derecho comun, suple en lo posible, segun lo acredita la esperiencia, cuanto no es dable realizar á la predicacion, y bajo de este supuesto ejerce un segundo sacerdocio. »

Pero el Sr. Thompson sabe que no basta el periódico para la difusion de la verdad. Los artículos de la prensa periódica no tienen mas vida que la de un dia. Importa que la buena doctrina sea luminosamente espuesta y defendida en el libro, que puede abrirse á cada hora, y que queda siempre á nuestro lado como un amigo pronto á satisfacer nuestras dudas y á proporcionarnos en nuestros momentos de amargura la distraccion y el consuelo del placer de la lectura. Pero si el buen libro es una luz para la mente y un estímulo para los sentimientos generosos; el mal libro, el libro que contiene teorías erróneas y seductoras del orgullo, el que denigra cuanto es digno de respeto y realza lo absurdo y lo deforme, es un enemigo contra cuyas acechanzas debemos siempre resguardar la crédula inesperienza de la juventud. «Dime con quien andas y te diré quien eres,» dice el adagio y puede agregarse con igual fundamento: «dime lo que lees y te diré lo que piensas.»

«Dichoso el hombre, dice el Sr. Thompson, si al beber en esta fuente halla una agua saludable, pues harto enseña la esperiencia lo que á la sociedad le es dado esperar de la perniciosa difusion de determinadas obras, en las cuales no campean otra mira que la de envilecer el personage, si fué encumbrado, y la de exaltar el vicio, porque asi conviene ó cuadra mejor el intento del escritor con menoscabo de la verdad filosófica, de la belleza y dignidad del arte.»

Despues de echar una ojeada sobre la moderna literatura inglesa, que no está reñida ni con las reglas del buen gusto ni con las de las buenas costumbres, y á la que tanto honran

las producciones de Walter Scott, el escritor agrega: «No han tenido igual fortuna nuestros vecinos de Francia, y por esto quizá ha sido tan rápida y pasmosa entre ellos la obra de destruccion. A ello ha contribuido incontestablemente una prensa exenta de verdadero amor, una prensa que ha venido por largos años arrastrando por el cieno acrisoladas reputaciones y queriendo rehabilitar á todo trance nombres fatídicos y abonar sucesos odiosos y á todas luces humillantes. La accion de ciertos novelistas no ha sido en esta parte proporcionada al espantoso vértigo, que sus ensueños han causado. No es esta acusacion nuestra; es el grito de honradas é ilustradas conciencias de ese mismo país.

«Publicistas notoriamente conocidos por su vasta erudicion y entre los cuales figuran escritores como el conde de Montalembert y Thiers, han formado como es sabido una sociedad cuyo principal objeto se encamina á favorecer y fomentar la circulacion de libros útiles, donde la instruccion dé la mano á la moral, donde hallen tanto el jóven opulento, como el artífice humilde bajo las formas caprichosas y entretenidas del drama, nobles y elevados ejemplos y siempre un arma segura para defenderse contra el genio del mal. Solo asi es posible asentar en sus verdaderas bases el principio del bien y arrancar á la corrupcion su presa. No es entre las mefíticas aguas de los pantanos donde se cria la palmera, ni mucho menos donde exhala la rosa su balsámica fragancia.»

Pensando de esta manera no es estraño que el Sr. Thompson haya unido su voz á la de los celosos prelados españoles, cuyas censuras enérgicas han recaido últimamente sobre esas empresas establecidas en Madrid con el fin de difundir los escritos mas subversivos é inmorales. Y por desgracia tales empresas no amenazan únicamente las creencias religiosas en la península, sino que trafican con su veneno en todas las repúblicas americanas, en las que los libros mas corruptores circulan libre é impunemente, y van á halagar los gustos de una juventud, que no se prepara ciertamente por esa via á ser el ornamento de la patria, sino á continuar la tradicion de los escándalos que nos deshonran. Esas lecturas formarán toda la ciencia de los ministros, de los majistrados, de los lejisladores de aquellos países, y los que andan en su primera edad

con los escritores de la impiedad y del libertinage, es natural que sean mas tarde lo que son.

Oigamos al honrado escritor: « los que se precian de juiciosos é ilustrados y ponen cada mañana el grito en el cielo contra la corrupcion y la inmoralidad de los negocios relativos á la política y la administracion, no tienen á menos propinar el veneno á las familias en degradantes publicaciones, donde se mancilla la angélica é inmaculada pureza del divino tipo de las madres, y se antepone á la majestad del mismo Dios la obscuridad de un repugnante cinismo. Si se quiere moralizar el hombre público, no se corrompa tampoco el corazon del hombre privado. »

Los que abogan en nuestros paises por la libertad de decirlo todo y de hacerlo todo, teoria propia solo de la mas estraviada demagogia, no dejarán de apuntar al que tan cuerdamente piensa en la lista de los adoradores del poder absoluto. Pero les contestaremos con las palabras del mismo Sr. Thompson: « Amamos la libertad, pero la libertad enaltecida, dignificada por el amor al deber y la obediencia. No colocamos su imagen entre el bullicio y destemplanza de las pasiones, porque nos hallariamos frente á frente con la licencia, con la amarga vejacion de todo principio, de toda ley, de toda autoridad. Es su dominio respetable, pues la guardan la religion y la justicia. Como católicos tenemos derecho á amar la libertad, por cuanto sabemos que fué sellado su triunfo por el sacrificio mas grande y sublime que presenciaron los hombres. Mas sabemos al propio tiempo que esta misma libertad dimanada de tan alto, tiene por origen la doble condicion del deber y la sumision, y que no puede dar frutos sazonados, caso de descansar en el movedizo terreno de la voluntad sin valla. »

Y en abono de la sinceridad de tan sensatas reflexiones el autor podria citar los actos todos de su vida. Cuando un hombre ha puesto en armonia su conducta con sus opiniones, merece un doble respeto, y los argentinos sabemos que el señor Thompson protestó siempre con la doble elocuencia de sus escritos y de sus hechos, contra el tirano sangriento que oprimia su país, mientras él vivia honradamente en el destierro.

La mala prensa se afanará en vano por hacer sospechoso

el amor de la libertad en los que defendemos, como la primera y la mas sagrada de todas las instituciones, la religion católica que profesamos. Guiados por los principios superiores de esa religion y en el interés de la misma libertad, diremos siempre que esta no es otra cosa que el cristianismo en accion, y señalaremos como enemigos de la libertad á cuantos lo sean del Evangelio, que es su código y su sancion. Por esto pensamos que esa literatura hostil á los dogmas de nuestra fé y corruptora de las costumbres, pervirtiendo las ideas, es solo agente de la revolucion, esto es, de opresion en los gobernantes y de insubordinacion en los gobernados, ó en otros términos, de los abusos de la autoridad como de los de la libertad. Esa literatura, que trabaja por emancipar á todas las clases de la sociedad de la sumision á la ley moral, arrastra fatalmente á los pueblos por el camino de la anarquia á la esclavitud.

La Iglesia, moralizándonos, nos hace libres y asienta el orden social sobre sus bases legítimas y naturales. Los que hacen la guerra en la prensa á la Iglesia pueden estar ciertos que no harán triunfar la libertad sobre sus ruinas; y aqui creo conveniente citar nuevamente al señor Thompson; sus palabras no serán menos oportunas en América que lo han sido en España.

« Esa prensa, equivocando el objeto de esta grande institucion, viene midiéndose sin embozo con nuestro episcopado, desconoce sus altas prerogativas y quisiera que él mismo á su vez olvidase la santidad de sus deberes.

« Inserta en sus columnas producciones literarias, en la que el cinismo rivaliza con la estupidez, en las que al corazon casto y desarmado se tiende pérfida celada, presentándole máximas y doctrinas contrarias á la decencia, á la moral, á la religion y al dogma. ¿ En vista de suceso tan irritante, deberá enmudecer el episcopado y olvidar su augusta y salvadora mision? Prentension singular! ¡ Como si la naturaleza de su importante y sagrado ministerio no le impusiera obligaciones imprescindibles, como si no le comunicára autoridad suficiente para oponerse al horrible desbordamiento del mal y prevenir sus consecuencias, puesto que no tiene la necesaria para evitar su manifestacion. »

Siento que las estrechas dimensiones de mi correspondencia

no me dejen espacio suficiente para reproducir algunas bellas páginas de los escritos del señor Thompson titulados: *Conveniencia de la unidad social*, en los que revela á la vez sus conocimientos históricos y aprecia con suma exactitud, apoyado en la autoridad de Mr. Guizot, los beneficios considerables que asegura á las sociedades la unidad de creencias religiosas. Citaré solo las palabras siguientes: « La unidad católica es á la vez un antemural inmovible contra los embates de un filosofismo letal y descreído, y la única garantía de conservación durable para la sociedad y el Estado, para los gobiernos y los pueblos, que no quieran verse condenados á vivir fluctuando entre la continua movilidad de espedientes transitorios y las insaciables pretensiones del libre arbitrio. Para convencerse de este aserto basta traer á la memoria sucesos nada remotos y poner un oído atento á ese sordo y fatídico rumor de la turbulencia reprimida. El nos enseña todo el valor de esa unidad y los abismos que se abren tras de su rompimiento, los destinos de una civilización cristiana y las tendencias de un nuevo paganismo. »

Juzgando con la imparcialidad de un extranjero el régimen actual de Francia, consecuencia inevitable y remedio al propio tiempo de la anarquía, que lanzaba á este país en las regiones tenebrosas del socialismo, el señor Thompson ha escrito estas palabras:

« Si un príncipe ilustré, soberanamente favorecido por los dotes del talento y los recuerdos de la gloria, ha logrado en hora feliz para todos reprimir con éxito la anarquía, contener los frenéticos desmanes de la insurrección, donde mayor violencia mostráran y más terrible fuera, justo es reconocer que para tamaña empresa ha sabido apartarse bizarramente de esa senda funesta, buscando en regiones más altas y más puras la inspiración y el consejo. Ha comprendido que para asentar el principio de la autoridad sobre su augusto sòlio debía acatar y ante todo enaltecer la magestad de la iglesia verdadera, porque en la grandeza y sabiduría del catolicismo hallaría otra luz que la que ofrecerle pudieran los oráculos de la ideología. Devolviendo á esta misma iglesia sus libertades, autorizando sus sínodos y su intervención legítima en la dirección intelectual y cristiana de la nueva generación, pre-

para días de mas ventura para su patria y una influencia de mejor ley sobre la marcha de la humanidad. »

Católico ilustrado en religion, conservador en política, y habiendo estudiado con la atencion de un ojo penetrante y previsor las lecciones de los acontecimientos que han conmovido á la Europa en estos últimos tiempos, el señor Thompson aboga por las buenas ideas, por la moral del Evangelio, por la autoridad espiritual como por la de los gobiernos, mostrándose al mismo tiempo partidario muy sincero y entendido de la libertad racional y moderada.

Las repúblicas americanas, trabajadas tenazmente por el genio del mal, armado de la prensa, pueden prometerse muchos bienes desde que cuenten en su servicio escritores de la fuerza, de los talentos y del sólido saber del señor Thompson. Madre desgraciada la patria en que ha nacido, no se ha entiviado por eso el amor ardiente de uno de los mas distinguidos de sus hijos, y abrigo la esperanza de que, inspirado por su patriotismo, el señor Thompson dotará á su país de un libro, nutrido de las mas sanas doctrinas, que sirva á la vez para indicarnos las causas de nuestros errores y nuestras faltas pasadas, y las únicas sendas que pueden conducirnos á la regeneracion tan en vano anhelada por desgracia.

Un libro semejante seria de utilidad general para todas aquellas repúblicas, nacidas á un tiempo á la vida independiente y víctimas mas ó menos de las mismas dolencias. En todas ellas es igualmente necesario rehabilitar los dogmas de la religion, los principios superiores de la buena política, y oponer diques impasables á ese desenfreno de todos los males asociados á todos los errores. Las preocupaciones y los vicios que pervierten nuestras creencias y corrompen nuestras costumbres no empezarán á perder terreno, sinó cuando lanzemos contra ellos los esfuerzos combinados de todos los hombres de buena voluntad y propaguemos victoriosamente la doctrina del Dios de las alturas.

Considero al señor Thompson muy capaz de poner su nombre al frente de una publicación de esa importancia, no solo porque trata y resuelve las cuestiones sociales á la buena luz, sino porque sabe escribir el idioma de sus padres.

Triste cosa es que sea esta una recomendacion del escritor

en la América española. Así es sin embargo. Los malos libros franceses, alimento favorito de la mayor parte de los escritores americanos, no solo han extraviado nuestras ideas, sino que han estirpado el buen gusto y nos hacen infieles á las bellezas de nuestra lengua armoniosa y pura. Hablamos y escribimos en idioma emancipado, como todas nuestras cosas, de la buena tradicion. Somos afrancesados en el estilo como en nuestras modas y en nuestras opiniones políticas, y la imitacion servil de los malos ejemplos nos hace incurrir en barbarismos que han sido y son á menudo la expresion de barbaries de otra especie. Rebeldes en todo, no lo hemos sido menos contra las leyes religiosas y morales que contra las del buen gusto. Raros son los escritores americanos que han querido ser españoles por lo menos en la lengua, y á los Baralt, Bello, Pardo y Gutierrez debemos agregar el nombre del señor Thompson.

No ignoro, y lo he confesado antes de ahora, que no soy bastante competente para aplicar esta censura á los escritores americanos, pero el buen consejo me parece siempre conveniente, aun cuando no lo justifique el buen ejemplo. Yo gusto del buen estilo español con un sentimiento de envidia, natural y legítimo en quien ambiciona aquello que no le es dado conseguir. Si la admiracion en este caso es señal de impotencia, lo es tambien de generosos instintos.

Aunque mi palabra no sea la mas autorizada, confio en que ella estimulará al señor Thompson á presentar á la América española, en testimonio de sus vivas simpatias, una obra destinada quizá á marcar la hora de nuevos destinos para paises tan desdichados. Lo deseo mas en el interés de la América, que en el suyo propio; y espero que se hará justicia tambien entre nosotros al mérito de un hijo de ella, al que los gobiernos de Francia y de España han acordado distinciones no menos merecidas que honoríficas.

Paris, mayo 16 de 1854.

Esas palabras son el título de un interesantísimo artículo que acabo de leer en la *Revista Contemporánea*. Veo en él juicios tan exactos sobre la literatura moderna de Francia, que me ha parecido conveniente decir algo respecto de ella á mis lectores de América, apoyado en las observaciones del autor.

Antes de empezar esta tarea recomendaré brevemente la publicación en que aparece ese artículo. Esa Revista rivaliza en mérito con la de *Ambos Mundos*, y está redactada como ella, por muchos miembros de la academia francesa y del Instituto, esto es, por literatos de la mayor fama, tales como Guizot, Villemain, Berryer, Beugnot, Lerminier, el P. Ventura y otros hombres de letras no menos célebres. El que dirige la empresa es un aventajado literato, Monsieur de Nettement, autor de libros muy estimados, entre ellos de una preciosa obra sobre *La literatura francesa en tiempo de la restauración*, que deseara ver en manos de cuantos aman el estudio en nuestros países.

La *Revista Contemporánea* no recibe en sus columnas ningún escrito contrario á las convicciones católicas de sus fundadores, y se esfuerza muy á menudo en defender, en sus trabajos históricos como en los literarios, los principios religiosos y morales, las gloriosas tradiciones de la Francia, que no menos en las letras que en la política, se ha apartado sin embargo mas de una vez de las vías de la verdad y de la justicia.

Los pueblos no quebrantan impunemente esos principios superiores de la religion, sin que se resientan luego las costumbres; y como la literatura es la espresion de la sociedad, al lado de las costumbres viciadas aparecen pronto una literatura que las explota y las halaga. En todo país será crecido el número de los escritores cuyo fin es ante todo complacer á sus lectores, tanto porque así se gana una fácil popularidad,

como porque el libro es desgraciadamente en nuestra época positiva, una mercancía que se vende y que importa por lo mismo acomodar al gusto del comprador.

No son muchos los que están dotados de la energía suficiente para chocar de frente las preocupaciones reinantes, para preferir los actos nobles á los actos lucrativos, y para levantar desinteresadamente la voz en defensa de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, que bien examinados son una sola cosa. Pero tales escritores no faltan en Francia, y sus obras pueden reputarse como la espresion de la buena sociedad francesa, de la sociedad creyente, moral y religiosa, que lucha al servicio de una reaccion salvadora contra la Francia revolucionaria é incrédula.

Los redactores de la *Revista Contemporánea* figuran entre los campeones leales de la buena causa, y en cumplimiento de los deberes impuestos á sus conciencias por sus propias convicciones y por los intereses de la patria, han criticado frecuentemente en artículos de sumo interés la literatura frívola, inmoral y corruptora, que continúa sus campañas estimulada por móviles mezquinos, y que lleva hoy hasta nuestros apartados países producciones que han obtenido en ellos una acogida muy cordial. Aquellos países nacientes son siempre hospitalarios, no solo respecto de los hombres, sino tambien de las ideas que les envia la Europa. Pero en el interés de los hombres sería de desear que la importacion de las malas ideas no fuera tan fácil, puesto que van ellas á fomentar los jérmenes de discordia, de desconcierto, de desorden, que hacen inhabitables muchos de aquellos Estados. ¿No fuera mas cuerdo que, al abrir nuestros brazos á los europeos arrojados á nuestro continente, en busca de la tranquilidad y el bien estar de que aquí carecen, nos mostráramos justamente severos contra las doctrinas, que amenazan constantemente la paz de estas sociedades, y que atizando nuestra anarquía privan á esos mismos europeos de los bienes que van á buscar en nuestro suelo?

Y de pocos alcances son seguramente los que suponen que la mala literatura es inofensiva, que ella es una distraccion inocente de que no debe alarmarse el estadista. Si la literatura es la espresion de la sociedad, se ha agregado con razon que

ella á la vez es causa de las costumbres, y que estas se deterioran ó prosperan, segun son encaminadas al bien ó al mal sus creencias. El hombre no guarda las ideas en su mente, como esconde el oro en sus cofres el avaro. El hombre obra como piensa y las acciones humanas son la manifestacion visible de las convicciones del alma. Yo no ignoro que, segun lo ha observado Roger Collard, los hombres no son nunca ni tan buenos ni tan malos como sus principios; pero es innegable que los que mejor piensan son los que obran mejor, y que los malos se ven forzados á pensar mal, aunque no fuera por otro motivo que por estar interesados en hallar disculpas ya que no justificacion á su conducta.

El título solo del escrito que examino, *El sensualismo en la literatura*, nos indica que las letras se degradan haciéndose la espresion de los apetitos mas desordenados, y creo que serán pocos los padres de familia que opinen sea conveniente al pudor de sus hijos formar su corazon á la imájen de una literatura, que merece la calificacion de sensualista.

Veamos como discurre el autor de ese artículo. La gran lucha, segun él, que divide la humanidad en dos partes irreconciliables, es la lucha entre el espíritu y los sentidos, entre los que levantan á las alturas su alma sedienta de nobles inspiraciones y de emociones generosas y los que la abaten hasta el suelo dominados por el amor desenfrenado de la naturaleza, el apetito de la materia y cuanto halaga el gusto destemplado de lo sensual. Cada hombre dá en efecto testimonio de esa lucha constante entre el alma, que se remonta á las rejiones de lo bello y del cuerpo que nos encadena á los goces de la tierra, y nadie mejor que la Iglesia Católica, nos esplica esos combates misteriosos, prueba fatal á que está condenada nuestra libertad y que nos hace tanto mas acreedores á la recompensa, cuanto mayores y mas costosos son los esfuerzos que reclama de nosotros la victoria. La paz de la conciencia no se conquista sino haciendo dura guerra á las pasiones, y de todas las pasiones las sensuales son las que mas imperiosamente nos dominan, en la edad sobre todo en que las fuerzas de los dos combatientes son iguales y en que los sentidos no se dejan vencer tan fácilmente.

El autor describe esa lucha entre los hijos de Platon y los

de Epicuro, en otros términos y valiéndose de otras imágenes; sería preciso que yo los tradujera para que pudiera apreciarse la belleza de su estilo. « De esas dos tendencias, agrega, la una aspira á subir siempre, la otra á bajar La que llama al hombre hácia abajo no es ni menos imperiosa, ni menos viva que la que lo levanta á la region de lo ideal Entre estas dos fuerzas contrarias que á la vez nos encumbran y nos humillan, hay lucha cotidiana, apasionada, y el teatro de esta lucha está en todas partes, tanto en nuestra conciencia como en el alma colectiva de la humanidad que ya se siente suspendida mas arriba de la tierra por una brisa divina, ya atada á ella por una cadena de sus instintos. . . . Tal es el drama secreto de la vida íntima como el de la vida pública. Este es tambien el verdadero, el eterno debate que en las obras de arte se reproduce bajo distintas formas en todas las épocas de la humanidad. Y así como el gran problema moral consiste para cada uno de nosotros en saber si prevalecerá en nuestra conciencia el egoismo ó el deber, la tendencia que nos hace soldados heróicos del bien ó cortesanos ciegos de la pasión; del mismo modo en el arte, en la literatura, en la poesia, toda cuestion de escuela y de principios se reduce á saber si el artista, el escritor y el poeta toman su modelo mas arriba ó mas abajo, si siguen á Platon en las cumbres bañadas por la luz ideal, ó descienden en pos de Epicuro hácia esos valles tenebrosos donde la llama divina se apaga en la atmósfera espesa del sensualismo. »

Este es el punto de vista en que se coloca el escritor para juzgar las escuelas ó las sectas mas bien de la literatura moderna, que han querido reducir á reglas sus propios extravíos y formar una poética de las mas estrañas aberraciones. .

Fácil es advertir que ese punto de vista no es otro que el de las alturas del catolicismo. Un poeta francés ha expresado en los dos versos siguientes esa lucha permanente entre el espíritu y la carne, que constituye nuestra vida en esta tierra:

Mon Dieu, quelle guerre cruelle !
Je trouve deux hommes en moi.

Escuchándolos una vez Luis XIV exclamó: « Ah! yo conozco muy bien á esos dos hombres! » Por poco que querra-

mós comprender, todos podemos conocerlos tan bien como aquel monarca, y saber que con la ayuda de Dios puede el hombre de los sentidos ser vencido por el hombre espiritual y triunfar de las tentaciones del mal. A darnos alientos para ganar todos los días esa victoria debe encaminarse la buena literatura en vez de provocarnos con las seducciones de sus cuadros licenciosos.

El autor del estudio moral, que ahora me ocupa, no niega que halla en Francia artistas y poetas que no han desertado el gran principio de lo ideal, para plajiar inconsideradamente las tristes realidades de la vida, y reconoce que hay puras y verdaderas glorias para consolarse de las reputaciones usurpadas y de pasajeras celebridades. « Pero es preciso resistir, dice, á esos principios vulgares, discutir los títulos dudosos de esos grandes hombres de comparsa, indicar con franqueza los síntomas de esas tendencias fatales, que introducen la depravacion en honradas inteligencias, las hacen salir de su via y perderse en las regiones infructuosas de un arte sin grandeza y de una literatura sin dignidad. Es un deber de la filosofía espiritualista protestar contra esos nuevos principios, contrarios al buen sentido, y señalar con una pluma severa sus desastrosas influencias sobre la generacion que se levanta. »

El autor llama herejias de lo bello á esas obras de la literatura tomada en su principal acepcion y que se manifiesta en el día en el teatro, la poesia y la novela. Todas esas herejias diversas por su aspecto, su nombre y su pretension, se reducen á una sola: la supremacia de los sentidos sobre la razon, el *Sensualismo*.

Con el nombre de *realistas* distingue el mismo autor á los escritores, que creen justificar el abuso mas reprehensible de su talento, mostrando en la sociedad la existencia de los vicios, cuyo cuadro ofrecen en sus escritos. Como si no debiera correrse un velo sobre esas miserias de la vida, y como si fuera de algun provecho para la niña candorosa ó el jóven inesperto hacerle asistir á las orgias del mas repugnante libertinage. La inocencia se empaña en su contacto con el vicio, y para conservarla en toda su pureza es conveniente hacer durar lo mas posible la ignorancia del mal. ¿Qué pensaríamos de una madre que asociara á su hija á una muger de

costumbres perdidas con el fin de fortificarla en el amor de la virtud? Tan insensata seria ella como el que buscara nuevas fuerzas para la salud de su cuerpo visitando los lugares en que reinan las fiebres contagiosas.

Harto inclinado es el hombre al mal, para que sea menester esponerle á los peligros de las seductoras tentaciones. Huir-las es el medio mas seguro de vencerlas; y en paises como los americanos, donde el fuego de la raza meridional y la falta de una sólida educacion moral ofrecen ya por si tanto pábulo á las malas pasiones, es el colmo de la locura hacer que la juventud recrée sus miradas en las pinturas obscenas de la corrupcion. Ya sabemos que el vicio existe al lado de la virtud desde el origen de las sociedades: pero en todo tiempo, desde que el cristianismo es la luz de las costumbres, se ha procurado separar al hombre honrado del delincuente, y lo que se llama en nuestros paises la gente decente ha pretendido con razon formar una especie de legítima aristocracia, que se ha desdafiado de ligarse con las personas que escandalizaban la sociedad con su conducta. Desde que ese sentimiento del poder público se extingue, es fácil preveer que se enervarán y relajarán los santos vínculos de la familia, y violadas por el hombre privado las leyes del deber, no hay que contar con que el hombre público esté adornado de las prendas morales, que ennoblecen al ciudadano y le hacen contribuir con la dignidad de su carácter á sostener el decoro de la patria.

La pintura, pues, de esos vicios por ser *reales* no deja de ser odiosa y corruptora. El arte debe proponerse hacernos admirar la belleza ideal, en vez de hermohear las realidades vergonzosas: debe estimularnos á amar esa perfeccion divina á que Jesu-Cristo nos convida, cuando nos pide que seamos tan perfectos como su padre que está en los cielos lo es. No alcanzaremos ciertamente en la tierra tan acabada perfeccion; pero encaminándonos á ella depuraremos nuestro ser y nos aproximaremos cada dia mas al modelo de todas las virtudes.

« El arte, dice Monsieur Caro, autor del artículo de la «*Revista Contemporánea*, » es una aspiracion de la inteligencia hácia lo bello inmaterial, un esfuerzo vigoroso y sincero del poeta, del músico, del pintor, para realizar en las armonias del verso, en las melodias del sonido, en las combinaciones

de la forma y del color ese tipo superior que brilla en cada uno de nosotros con incomparable esplendor en la cima del pensamiento. . . . Lo ideal es superior á lo real, puesto que es su tipo elevado y purificado, es lo real alzado al mas alto punto posible de desarrollo, es lo real no tal cual nuestros sentidos lo perciben en sus inquietas investigaciones al través de las sombras de la creacion y las miserias de la humanidad, sino tal cual nuestra razon lo concibe, reminiscencia espléndida de un mundo perdido, segun Platon, ó mas bien presentimiento sublime de un mundo futuro, como nos lo enseña San Agustin. »

« Quien no ha concebido lo ideal, ó quien habiéndolo concebido lo abandona por vulgares realidades, no elevará jamas su arte, por mucho que haga, mas arriba de una hábil industria. »

No es así como entienden su mision los autores del teatro moderno en Francia; la imitacion servil de la naturaleza en sus mas innobles estravíos, el plagio de las escenas mas repugnantes de la vida práctica, es todo el fin que se proponen. Y puesto que su arte es una industria, lo que llaman algunos criticos una literatura mercantil, es preciso que así sea, y que el que la pague lleve un retrato parecido al original. Los vicios del siglo tienen así cobardes cortesanos que los adulan siempre, sin hacerles oír la verdad jamas. Tal es la deplorable decadencia del arte, « que baja sucesivamente todas las gradas que separan al sentimiento de la sensacion, la idea del instinto. » Estos dramaturgos buscan sus tipos y sus modelos « en esos abismos de la vida social, en esas cavernas elegantes del vicio, en esas opulentas guaridas de las almas perdidas donde los seguirá con ojo envidioso la multitud de los espectadores arrastrados por una enfermiza curiosidad. »

¿Con qué fuerza de racionio refuta el autor el argumento de los que defienden la moralidad de tales piezas? ¿Porqué á veces la heroina de esas aventuras criminales muere en el último acto? « En las piezas de este género, dice, no es igual la parte del bien y la del mal; el mal despliega á nuestra vista sus mas deslumbradores prestigios, ocupa y encanta nuestros ojos durante toda una noche, mientras que el bien, bajo el aspecto de la muerte, no llega sino en forma de desenlace, y porque es preciso que haya un desenlace. Se debe juzgar

una pieza por la impresion total, definitiva; lo que determina la moralidad de una pieza es la naturaleza de la emocion dominante y no la escena que la termina. Interrogad á las cuatro quintas partes de las gentes sencillas que salen fascinadas de ese salon en que se ostenta con coqueteria una agonía dolorosa, vereis que todos tienen suspiros y lágrimas para esa pobre heroina, y recibireis esta necia respuesta: « Qué quereis! la muerte de Margarita ha espiado su vida! » Cuando no se os conteste por esta cita, de que el sensualismo místico ha hecho tan sacrilego abuso: « Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho. » ¿ Y es así, poetas, como pretendéis moralizar la multitud? El siglo XVIII, licencioso y galante, gran señor hasta en sus vicios, jugaba con las cortesanas y las despreciaba: estaba reservada á nuestra época poner en los altares esos ídolos de mármol! »

El autor analiza en la poesta las consecuencias deplorables no menos para la moral pública que para los principios verdaderos del buen gusto, de todas esas obras de una fantasia rebelde á toda regla y á todo freno, y pasa al fin al exámen de la novela. Voy á traducir aqui una de sus páginas:

« No es la vida lo que falta á las novelas de que vamos á hablar, es la dignidad de la elevacion, es el ideal; el *realismo brutal* del teatro no ha sido sino una importacion en la escena del realismo en la novela. Ha habido piezas realistas porque habia habido novelas, que pretendian presentar á la sociedad su retrato fiel brutalmente reproducido. El éxito raro de estos libros es lo que ha movido á algunos osados aventureros á ensayar el sistema sobre las tablas. La primera responsabilidad de estas tentativas dramáticas y del triunfo escandaloso, que ha sido como su efímera sancion, recae sobre los primeros novelistas que en nuestros dias han resuelto hacer penetrar al público en las cavernas de la corrupcion y del crimen. No renovaremos un proceso sentenciado mucho tiempo ha; no despertaremos los impuros recuerdos que excitan en las almas *Las memorias del diablo, Los misterios de Paris, El Judío Errante*, dejaremos dormir esos viejos escándalos de un tiempo que parece ya muy distante de nosotros. ¿ Pero ha muerto la novela sensualista con esas obras que hicieron un dia tanto ruido y profundamente sepultadas hoy, de tal modo que

parezca cuando se las nombra que se habla de algun resto fósil de una literatura antediluviana? De ninguna manera; la novela sensualista intenta cada dia un esfuerzo desesperado; procura recobrar una popularidad disipada, por medio de licencias increíbles y por una inaudita impudencia en sus pinturas, exajera el horror, explota lo ruin, lo innoble; prosigue la triste mision de escudriñar los últimos abismos de las miserias sociales, y levanta de ellas el fango á tal altura, que el pensamiento queda largo tiempo absorto. ¿Quién no vé cuantos gérmenes secretos de corrupcion pueden fomentar tales pinturas en las almas? Se siente uno consternado al dejar el libro, y dominados entonces por un extraño desaliento y una duda atroz, nos preguntamos con inquietud si es cierto que la sociedad no es sino una cueva de bandidos, y si la vida es tal que el vicio tenga solo derecho de marchar con la frente alta á la luz del dia. »

No copiaré otras líneas del autor, inspiradas por un sentimiento de santa indignacion y no menos elocuentes que las que he escrito. Permitaseme al concluir este artículo emitir algunas reflexiones, dictadas por el pesar profundo que me causa la popularidad que la literatura sensualista ha alcanzado en los países de la América Española.

Si un sacerdote hubiera pronunciado palabras tan enérgicas de censura contra las novelas, lectura predilecta de ambos sexos en nuestras malhadadas repúblicas, ¿cuanto no habrian gritado los escritores liberables de la prensa contra semejante escándalo? Habrian luego recurrido al triste argumento: *Hipocresia, jesuitas, inquisicion!* Y sin embargo un sacerdote, defendiendo con celo apostólico la doctrina cristiana, habria tenido aun mas derecho para levantar la voz que el crítico que aboga solo por la buena tradicion y por los intereses legítimos del arte.

Yo no me tengo por un inquisidor, y sin embargo me considero en el deber de decir que la popularidad de las novelas francesas en la América del Sud, es uno de los lamentables síntomas de su atraso y una de las causas primeras de la corrupcion que las devora. En otros tiempos los libros no entraban fácilmente en nuestros países, y nuestros padres dormian la siesta. Hoy somos mas cultos, dormimos menos, pero como

no somos por eso mas activos, leemos el folletin á fin de matar el tiempo. En Inglaterra el tiempo es dinero, entre nosotros el tiempo es enemigo á que es preciso hacer una guerra á muerte. Las madres pudieran tener sin embargo la cordura de advertir, que esos libros que ayudan á matar el tiempo de sus hijas, cuando no el suyo propio, ayudan tambien á matar el alma. Pudieran saber que es preferible el tiempo perdido al tiempo mal empleado, y que vale mas dormirlo que recibir la visita diaria de Eujenio Sue ó Jorge Sand. En otras épocas las niñas rezaban en coro con sus padres y las criadas de la casa el rosario; hoy se lee el folletin! Progreso! Libertad! esclaman los talentos nuestros. Retroceso! Esclavitud! les contesta el buen sentido. Hemos pasado de un extremo á otro, y porque antes no gozábamos ninguna libertad no hemos querido soportar mas tarde ningun freno.

Ya vemos lo que pide con tanta sensatez la *Revista Contemporánea*, y con ella lo han dicho cien escritores de primer orden: *esa literatura de las novelas es sensualista* ¿Qué puede ella formar sino hombres carnales? El hombre carnal es precisamente el hombre esclavo, porque es el hombre de la realidad, del egoismo, del interés. « La filosofia de la sensacion, ha dicho un gran escritor, conduce fatalmente á la moral del interés. » El hombre carnal es por lo mismo incapaz de abrigar ninguna pasion generosa, incapaz de amar, incapaz de servir. El hombre carnal declamará hoy contra el celibato, mañana abogará por el divorcio, el adulterio no será un crimen á sus ojos, puesto que los deseos de la sensacion y los arrebatos de la pasion serán siempre lejitimos para él. Su corazon no se levantará dos palmos de la tierra y la libertad será idolo al que se tributen los mas injuriosos homenajes por sus mas falsos adoradores.

Todos los grandes escritores de Francia, no diré que han censurado, han maldecido esa literatura cortesana de la carne y de sus mas destemplados apetitos. Uno de ellos ha escrito últimamente estas palabras, y no es ciertamente un inquisidor:

« Rechazad, dice á la juventud de su país, rechazad esa literatura enervante, á la vez grosera y refinada, que se complace en la pintura de las miserias de la naturaleza humana, que acaricia todas nuestras flaquezas, que hace corte á los

sentidos y á la imaginacion en vez de hablar al alma y de elevar el pensamiento. Libraos de la enfermedad de vuestro siglo, ese gusto fatal de la vida cómoda, incompatible con toda ambicion generosa. Cualquiera que sea la carrera que abrazeis, proponeos un fin elevado, y emplead para adquirirlo una indomable constancia. *Sursum Corda*, levantad vuestro corazon, esa es toda la filosofia. »

Repitamos con el filósofo esas palabras, que pronuncia diariamente en los altares el sacerdote católico: *Sursum Corda*. Mientras eso no hagamos, progresaremos como hasta aqui, y las instituciones que llevan á los Estados-Unidos á la mas alta civilizacion, plagiadas locamente sin criterio, sin juicio, nos conducirán á nosotros á la barbarie. Y las dos Américas serán moradas á un tiempo de los pueblos mas adelantados y los mas atrasados del globo. Antes éramos esclavos involuntarios é inocentes, hoy, continuando las vias de un liberalismo tan fantástico como irreligioso, seremos responsables de nuestra esclavitud y habremos fraguado con nuestros vicios nuestras cadenas.

En vano haremos y desharemos constituciones, en vano crearemos gobiernos hoy para derribarlos mañana, en vano declamaremos puerilmente en favor de los grandes principios al tiempo mismo que los violamos con nuestros actos, no seremos libres mientras no sepamos ser cristianos.

La Observancia del Domingo

Marienberg (Prusia) junio 12 de 1854.

El Domingo se llama dia de Dios, por que en este dia acabó la mas excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redencion—*Fr. Luis de Granada*.

Si los escritores de la prensa americana se propusieran seguir atentamente el movimiento religioso de la Francia, y compararan en seguida lo que en esa nacion se hace con lo que debiera hacerse entre nosotros, acertarian con el remedio reclamado por nuestros males, y serian servidores utilísimos de la reaccion moral, necesaria para la adquisicion de las verdades y

las virtudes, cuya armonia y cuya alianza forman la mas sólida civilizacion.

Por mucho que investiguemos el origen de nuestras desgracias, ó no le hallaremos ó tendremos que convenir en que una sola palabra es la esplicacion de ellas, y esta palabra es: *desmoralizacion*. La Francia lo ha comprendido asi tambien y si ella vuelve arrepentida al amor y al respeto de los mandamientos de Dios, que habia olvidado, es porque despues de muchos desengaños ha visto que el estado revolucionario en que ha vivido desmoraliza, y que para respirar el aire puro, que les vuelva el vigor perdido, los pueblos deben subir á las regiones de la verdad que los hace buenos. Y tanto mas es menester que ellos sean moralizados por la doctrina revelada, cuanto mayores son las libertades de que pretenden gozar.

¿Por qué no hemos de aprender nosotros en la doble experiencia agena y propia? ¿Seremos siempre imitadores de lo malo, partidarios de lo absurdo, y víctimas del orgullo que nos ciega, nos negaremos constantemente al arrepentimiento que es la aparicion de la luz en las conciencias entenebrecidas por el error? Puesto que aspiramos tambien á ser libres ¿por qué no aprendemos á gobernarnos? « Gran señor es quien manda á si mismo, » dice Fray Diego de Estella, sábio escritor español. Cuando ese dominio ejerzamos sobre nosotros mismos, cuando nuestras pasiones obedezcan á nuestra voluntad en vez de oprimirla, seremos entonces libres, y no deberemos decir de nosotros, segun la espresion del mismo escritor « tenemos autoridad de viejos, y vicios de niños. »

Los católicos deseosos en Francia de poner término á los estragos de la revolucion, de conquistar las virtudes varoniles, sobre cuya base puede solo descansar la libertad, acometen hoy con gran empeño una empresa destinada á influir muy benéficamente en las costumbres. En Paris y muchos de los departamentos se han establecido asociaciones con el fin de recomendar la observancia del Domingo, no solo en el interés de la religion, sino en el de la familia y de la sociedad, en el de la libertad, del bienestar y de la dignidad humana.

Mucho tiempo hace á que se ha deplorado en ese país como un gran escándalo la profanacion del dia consagrado al descanso y á la oracion. El año 1850 Mr. de Montalembert leia

en la asamblea legislativa un elocuente informe en favor del reposo del Domingo. La ley, que la comision de que era miembro proponia, no fué discutida. Disuelta aquella asamblea por el golpe de Estado del 2 de diciembre, no se ha abandonado el pensamiento favorito hoy de los católicos. Los obispos lo han recomendado en sus pastorales, los predicadores lo han hecho el tema de los discursos del púlpito, la Sociedad de San Vicente de Paul lo promueve por todos sus medios; piadosas matronas han unido tambien sus esfuerzos con el mismo fin; desde el año pasado se publica en Paris un periódico titulado: *El Observador del Domingo*, cuyo objeto es estimular todos esos esfuerzos y hacer conocer los resultados obtenidos en todo el país. Ultimamente el Arzobispo de Paris ha dirigido una carta circular en que recomienda á los curas la gran asociacion.

Sin recurrir al auxilio de las leyes se quiere obrar una revolucion á este respecto en las costumbres; revolucion tanto mas eficaz cuanto mas voluntarios sean los conatos que á su triunfo se consagren.

« Esta obra, dice el Arzobispo en aquella circular, de tan capital importancia, hace progresos. Numerosas adhesiones llegan cada dia y aumentan las listas abiertas para contener los nombres de los que se obligan á no trabajar ni hacer trabajar, á no vender ni comprar el Domingo. Se notan síntomas de un cambio feliz en las costumbres y en la opinion pública. El gobierno dá el ejemplo y favorece este impulso haciendo cesar los trabajos en los talleres del Estado. Las personas que se ocupan de recojer la libre adhesion de los mercaderes y de los obreros encuentran en todas partes una acogida que nos llena de satisfaccion. Las antiguas preocupaciones de la irreligion se debilitan considerablemente.

En muchos de los barrios de Paris se leen en las principales tiendas y almacenes estas palabras: *cerrado los domingos y dias festivos*, y todo anuncia que la profanacion del Domingo cesará al fin en esa gran capital, donde mas que en ninguna otra parte se violaba ese dia sagrado.

La religion está muy interesada en que esta empresa se lleve á feliz término. El hombre que esclusivamente preocupado por sus tareas no las interrumpe al fin de cada semana, para darse cuenta de los actos de su vida y tributar á Dios los home-

nages de su culto, ¿ cómo es posible que no apague, al fin, de su conciencia esa voz del deber á que importa no seamos sordos, si queremos ser felices? De sumo provecho es para el alma alejar la atencion de cuando en cuando de los intereses temporales que tanto la afectan, para pensar seriamente en la suerte que nos espera despues de esta vida, y en la responsabilidad que nos impone nuestra propia libertad. La vida del tiempo es transitoria, la atravesamos como viajeros llamados á un puerto, que está fuera de este mundo que habitamos. «El tiempo, ha dicho con gran razon el padre jesuita Nieremberg, es ocasion de la eternidad.» Desgraciados los que pierden esa ocasion, los que no la aprovechan por lo menos en esa séptima parte del tiempo, en ese dia de la semana en que la religion nos convida á visitar los templos, á fin de implorar la gracia del que hoy es nuestro padre, y del que será nuestro juez, pasada la ocasion.

El Domingo, dia del Señor, es tambien segun la espresion de Mr. de Montalembert, el dia del pobre. ¿ Quién puede ofrecer al que padece consuelos mas tiernos, mas bellos que los de la religion? El miembro desgraciado de las clases menesterosas acude á la iglesia á enjugar sus lágrimas en presencia de quien prometió premiarlas un dia y para siempre en el paraíso que coronará todos los dolores; y así como al que peca conviene recordar que Dios, que crió su alma inmortal, la ha de juzgar, importa tambien que el desvalido visite el santuario donde el Dios justiciero aparece solo para él como el Dios misericordioso.

La Iglesia nos llama al templo los domingos no solo para prodigarnos los consuelos, de que todos tenemos mas ó menos necesidad, nos llama tambien para darnos sus lecciones. Nos llama para reprender nuestras flaquezas, para convidarnos á la enmienda de nuestras faltas, para señalar nos nuestros deberes, para iluminar nuestra mente, para exaltar nuestros afectos generosos, para recordarnos por fin nuestro origen y nuestro destino inmortal. A las dudas de la razon ella ofrece las certidumbres de la fé, á las agitaciones del alma atormentada por las pasiones de las armas que nos aseguran la victoria, á las heridas de la conciencia el dulce bálsamo que las cicatriza y las calma.

¿Cómo no han de pronunciarse en Francia los católicos contra esa odiosa costumbre, que obliga al desgraciado obrero á permanecer condenado como una bestia de carga á un trabajo sin fin? Para que él asista á la iglesia es preciso que el taller se cierre, y que todos reconozcan que el hombre no vive solo de pan. Su alma necesita también ser alimentada. Le conviene desprenderse de los lazos que atan su cuerpo á la tierra, para purificarse en la contemplación y en el contacto del Dios crucificado, modelo de la vida espiritual, pan del alma, padre y amigo al que debemos una visita á lo menos por semana.

Así lo entienden, y vergüenza es que los católicos tengan que confesarlo en Francia, así lo entienden en Inglaterra y los Estados-Unidos. El Domingo es en esos países el día del silencio y del reposo. Los templos son visitados por quienes lo olvidan todo para pensar solo en Dios, que les ha dado el ser, y de quien únicamente depende nuestra felicidad temporal y la eterna. Así lo entienden los católicos ejemplares de ambos países, y Dios que recompensa aun en esta vida á los amigos fieles, ha hecho que ambas naciones sean á un tiempo las más prósperas y las más libres del globo.

« La vida, dice el padre Nieremberg antes citado, es un plazo que Dios nos dá en tiempo para merecer la eternidad ». Puesto que ignoramos cuándo ha de cumplirse ese plazo, si será el año presente ó el que viene, si será hoy ó mañana, hagamos de modo que estemos en paz con ese acreedor de nuestras virtudes, á fin de que, vencido el plazo, nos considere merecedores de la eternidad. Vivamos bien si queremos renacer inmortales. Vivir bien es vivir católicamente, honrando á Dios con nuestras obras en los días de trabajo y con nuestras plegarias en los de fiesta. Esas fiestas de la Iglesia debieran ser las verdaderas fiestas del cristiano. Ellas nos levantan del suelo miserable que pisamos para hacernos presentir los gozes inefables de la patria celestial. El recuerdo del glorioso sacrificio del Calvario, de los combates heroicos de los apóstoles, de la sublime abnegación de los mártires y de esa legion innumerable de confesores de la fé, ¿ no es todo eso el estímulo más poderoso para hacernos vivir en la tierra cual conviene á los que llevan el nombre de cristianos?

Los hombres que suman y restan, los que practican la moral del interés, los que solo creen en los ferro-carriles y en las fábricas y no en Dios ni en la moral del sacrificio, materializando una sociedad, habituándola á comprar y vender en el dia del Señor, como los otros dias, harán de ella una sociedad sin pudor, sin elevacion, sin dignidad, que no disfrutará ni de la paz tan necesaria al traficante. En cuanto á la libertad, ella no visitará á los que huyan de los templos, y la buscan fuera de las vias de Jesus-Cristo, fuera de las vias de la verdad y la vida.

Y en los tiempos nuestros, en los que la hipócrita adulacion de los que sé titulan amigos de los pueblos aparentan una solitud tan fraternal en favor del mayor número, es ciertamente incomprensible que no se recomiende la fiel observancia del Domingo, es decir, la frecuentacion de la Iglesia, que ha sido en todo tiempo la verdadera emancipadora de los pueblos, y no menos de las cadenas de su cuerpo, que de las que tenian humillada la energía y la grandeza de su alma. A esos incrédulos, en quienes falta por lo mismo el único punto de contacto con las clases numerosas, le preguntariamos con el arzobispo de Paris: « ¿ Puede haber una sociedad sin religion, una religion sin culto, un culto sin oracion? ¿ Qué son al fin los hombres que no se reúnen nunca para orar, para adorar á Dios, para escuchar la verdad, para aprender sus deberes, para oír hablar de su origen y de su destino? ¿ Qué hacen ellos en la tierra, y cuando han roto todos los lazos que los ligaban á Dios, cómo respetarian los vínculos que los unen á los demas hombres? Vanos serán todos los esfuerzos, mientras no se reconozca que los deberes de la sociedad religiosa son el fundamento de los deberes de la sociedad civil, y un pueblo sin religion será eternamente insociable. »

Para saber cual sea el imperio que la religion ejerza en las sociedades sud-americanas, bastará observar que ellas viven en estado de revolucion permanente. Raro es el vapor que no trae á Europa la noticia de una revolucion en las repúblicas antes españolas, ademas de la continuacion de la guerra civil en varias de ellas. El que ha llegado últimamente á Inglaterra, nos comunica dos nuevas revoluciones, la caida de dos gobiernos, uno en Méjico, otro en la Nueva Granada. Y esto es natural. Los hombres, que no respetan á Dios, no fueron en ningun

tiempo respetuosos de las autoridades temporales, los que quebrantan las leyes religiosas sacuden el yugo que les obliga á la obediencia de las leyes políticas y civiles. Falta entre nosotros el fundamento de la sociedad civil, porque la sociedad religiosa no está constituida.

La ley de la santificación del Domingo, esta ley divina á la que son fieles la Inglaterra como la Alemania y los Estados-Unidos, la Grecia como la Rusia y la Turquía, ¿es acaso observada en nuestras repúblicas americanas? No, por cierto. No diré que la profanación del Domingo sea tan escandalosa en nuestros países como en Francia; pero hay dos maneras de profanar el día del Señor, el trabajo y el placer. La Francia ha sido víctima de esta doble profanación. En general los que no trabajan se divierten. Entre nosotros no se trabaja. Se descansa en ese día (verdad es que no son pocos los que descansan en todos los días del año); pero no por eso se santifica el Domingo.

Puesto que estoy en el terreno de las cosas morales, ¿por qué no hablar con entera franqueza? ¿Cuan crecido no es el número, entre los que se llaman ilustrados y despreocupados sobre todo, que no visitan jamás los templos, ni para cumplir la imperiosa obligación, impuesta por la Iglesia, de asistir por lo menos al sacrificio de la misa? ¿Cuántas personas de ambos sexos no asisten á la misa, como quien cumple un deber incómodo y hace una visita de etiqueta? ¿Cuántos otros, y este es el mas vergonzoso escándalo, no van á nuestros templos para recrear su vista *en el espectáculo de los espectadores*, para ver y ser vistos? ¡Quien no sabe lo que es en muchos de nuestros países una misa de una!

No haré otras reflexiones á este respecto. Temería salir de los límites trazados al escritor y entrar en los del ministro del altar; pero es de mi competencia, puesto que soy escritor católico, decir que es deplorable, altamente deplorable que el día Domingo, el día consagrado en los países verdaderamente religiosos al cumplimiento de los deberes del culto, sea el día principalmente dedicado entre nosotros al placer. Las visitas, los paseos, las comidas, los bailes, son los descansos, las devociones del día del Señor. ¿No es vergonzoso que en nuestras ciudades americanas sean los protestantes los que

nos dan el ejemplo de no asistir á los teatros el domingo ?

¿ Cuánto no ganarian nuestras familias, si como en Inglaterra y los Estados-Unidos lo hacen protestantes y católicos, el Domingo fuera un dia piadoso, por decirlo así, un dia en que nuestra alma cerrara sus ojos y sus oidos á las distracciones del mundo para levantarse solo á la meditacion, al recogimiento y á la oracion? Me parece que cierto olor de pureza y santidad despiden de su seno esas familias, que despues de visitar los templos, de oir las lecciones de la doctrina cristiana, se retiran á sus casas para continuar allí ofreciendo al Creador el tributo de su adoracion y de su gratitud, para emplear algunas horas en la lectura de esos libros, que contienen la mas sólida instruccion, que llevan la mente á las regiones de la luz, el corazon á las del bien, y hacen que durante todo un dia el alma sea señora absoluta de los sentidos y los obligue á una muda y resignada subordinacion. Esos ejemplos de mutua edificacion en la familia, ¿ cuan saludables no son para los criados? Inútil es pretender que los pobres sean religiosos, cuando el rico deja de serlo.

Véase, pues, cuanta es la importancia de la observancia del Domingo. « Es preciso, dice un escritor francés, para que la religion ejerza su influencia victoriosa y necesaria en la sociedad, que ella sea conocida y meditada. Con la profanacion del Domingo, la religion no es ni conocida ni meditada. No es menos evidente que la religion no puede tener esa influencia, si cada Domingo se dá un desmentido público á su enseñanza sobre la necesidad del sacrificio y de la abnegacion en vista de las recompensas y de los castigos futuros. »

En el hermoso lugar en que escribo estas líneas, á las orillas del Rhin en Prusia, la religion ejerce su influencia victoriosa, y la ejerce principalmente en las clases trabajadoras, que viven del cultivo de la tierra. Rodeado de fertilísimas montañas, en presencia de un rio caudaloso surcado á cada instante por el vapor, viendo dibujado el contento y el bienestar en el semblante de los habitantes de estos valles floridos y de tan rica vegetacion, mi imaginacion me recuerda los lugares aun mas pintórescos, la vegetacion mas lozana aun y mas espléndida, los rios grandiosos, las montañas altísimas y los bosques solitarios de la América del Sud. ; Y cuan amargo es tal

recuerdo en quien ama con pasión y con ternura el suelo en que ha nacido! Después de la comparación, ¡ como no pensar tristemente que todo es grande, colosal y admirable en la América del Sud, menos el hombre!

El hombre sud-americano, tal cual lo ha hecho una viciosa educación colonial, tal cual lo ha reformado una revolución no menos viciosa en su espíritu y en sus tendencias; depravado por el espectáculo de los crímenes victoriosos, de las virtudes perseguidas y vilipendiadas; de la autoridad revolcada por el lodo, de la religión combatida por las más rudas preocupaciones y la licencia más desenfadada; el hombre de aquellas tierras infortunadas no parece, juzgado con la severa imparcialidad del buen sentido, sino un usurpador de un paraíso que es indigno de poseer. ¡ Qué contraste el que ofrece la riqueza prodigiosa de aquel suelo con la pobreza moral é intelectual de sus habitantes!

Muy distinta suerte nos hubiera cabido si hubiéramos mantenido, por lo menos, viva en nuestra fé y en nuestras conciencias la religión, que habíamos heredado de nuestros padres. Transmitida á las clases bajas habría pacificado sus instintos groseros, disipado su ignorancia, inspirándoles el amor de la familia, el temor de Dios, el respeto del sacerdote, y no veríamos en nuestras ciudades, ni en nuestros campos, como no se vé en estos que baña el Rhin, un solo niño de seis años que no supiera leer, que no supiera cuanto importa saber para salvarse y para salvar la patria que habita en la tierra.

Cuando trate de las escuelas católicas de las márgenes del Rhin, tendré ocasión de mostrar lo que importa para la paz y la civilización de un país la educación religiosa de sus hijos. Se verá al mismo tiempo cuanto ganaríamos con establecerlas entre nosotros, si menos dominados por nuestras ambiciones personales, amáramos algo más la patria, no solo la presente, sino la futura; la de nuestros hijos, que no valdrá sino lo que valga la educación que ahora reciban de nosotros.

Las iglesias de las aldeas, que lucen sus blancas habitaciones á las orillas de este hermoso río, no están desiertas los Domingos. En todas ellas resuenan en ese día, como en todos los otros de la semana, los cánticos con que durante la misa y los oficios divinos acompañan al ministro del altar las voces

de los ancianos, de las madres, de los hijos, coro sublime que se eleva al cielo como el incienso que perfuma el santuario, y que atrae en seguida sobre todos esos católicos prosternados ante la Cruz las bendiciones de Dios.

A cada paso se encuentra entre los árboles y las viñas de estos lugares la señal de la piedad de los antepasados. Una Cruz, la imagen de la Virgen, la de los santos de la devoción de los que cultivan estos valles, son los monumentos sencillos pero elocuentes, levantados por la fé de los padres y objeto siempre de la veneracion de los hijos, que transmitirán á su vez con su sangre sus virtudes á las generaciones venideras. En la cima de una montaña aparece una capilla dedicada á la madre dolorosa de nuestro Redentor. Se llega á ella, trepando la montaña, por la via en que están las estaciones de la pasion del Salvador. Ayer, á la caída del sol, ví en aquella capilla un aldeano de rodillas al lado de su esposa rezando el rosario, en compañía de dos niños tiernos, un varon y una niña, que los acompañaban en su plegaria. En seguida el jóven, de 8 años de edad al parecer, leyó en un libro de oraciones algunas pájinas, mientras dos niños mas tiernos aun jugaban inocentemente al pié del altar.

Aquel interesante espectáculo me recordaba la muy distinta manera con que pasan el Domingo los gauchos y los guasos de mi país y de Chile, que emplean en la embriaguez, con la baraja cuando no con el cuchillo en la mano, las horas consagradas por los agricultores de este país á la adoracion de Dios, que los llama al cielo, y á la práctica de los preceptos evangélicos transmitidos por sacerdotes no menos venerables por su conducta que por la ciencia de que están dotados.

Eso es lo que nos falta, puesto que es la desmoralizacion lo que nos sobra, misioneros de la moral evangélica, cuya perfeccion nos acredita la divinidad de su origen; misioneros de la verdad, que nos hace buenos, que nos apegamos al trabajo, á la familia, al templo. Predicadores del bien para contrariar la enseñanza de los doctores del orgullo y de la corrupcion. Apostóles de Cristo, que nos llamen los Domingos á la Iglesia, escuela que debemos siempre frecuentar, porque siempre tenemos que resistir á las tentaciones del mal y á las de nuestra propia concupiscencia.

Sé que escribo cosas que parecerán asunto solo propio de un sermón y provocarán muchas risas. Pero son precisamente las verdades de sermón las que es menester predicar en la tribuna de la prensa, es preciso que en ella tengan eco las palabras del púlpito; y que no consintamos que la incredulidad hable sola y todos los días en esa tribuna para escitar á los pueblos al desprecio de la doctrina que los moraliza, de la autoridad que los mantiene en el orden, de la libertad que no degenera en licencia, para arrastrarlos por fin á la rebelion permanente contra los principios sagrados y fundamentales de toda sociedad cristiana.

Puesto que los escritores incrédulos tienen la audacia de propagar el error y el vicio; ¿por qué no hemos de cumplir nuestro deber los escritores católicos, desdeñando todo respeto humano, y firmes en la obediencia del precepto, que nos obliga á enseñar la verdad al que no la sabe? Tengamos, pues, el coraje tambien de nuestras convicciones, acometamos con denuedo la empresa salvadora, como los católicos franceses, y digamos entre otras cosas, que es menester que el Domingo, el dia del Señor, sea santificado, para que cesemos al fin de profanar el paraiso, que se nos ha dado para prueba de nuestra virtud en la tierra, si aspiramos á entrar despues de ella en el que Dios ha prometido á las esperanzas del cristiano.

La guerra de Oriente

Marienberg (Prusia), junio 23 de 1854.

La Europa atraviesa una gran crisis. La guerra de Oriente ha venido á despertar nuevas alarmas, despues que se habian disipado las que inspirara la revolucion vencida en todos los Estados europeos á fines del año 1851. Y cualquiera que sea el resultado de la lucha actual, en que están empeñadas las naciones mas poderosas del globo, ese resultado será menester comprarlo á costa de ingentes sacrificios, y nunca valdrá

el fin por satisfactorio que sea, los medios deplorables que se emplean para conseguirlo.

No se puede prescindir de ver en esta gran contienda un gran designio de la Providencia, cuyas miras se ocultan á la limitada inteligencia del hombre, al recordar que todos los combatientes se lanzan á la pelea á su pesar. La Rusia escogió mal el momento de realizar sus gigantescos proyectos de engrandecimiento territorial; el Czar no previó sin duda que la Francia imperial pudiera nunca ligarse estrechamente al gobierno británico, y menos aun que la Alemania misma, que el Austria sobre todo, salvada no ha mucho del peligro en que la colocó la revolucion de Hungría por las tropas rusas, pudiera adherirse á la política de las dos potencias occidentales. Si todo esto hubiera previsto el emperador de Rusia es seguro que no habria acometido una empresa, que será de todo punto temeraria, si los dos grandes Estados alemanes se deciden al fin á obrar activamente del lado de la Francia y la Inglaterra.

Lo que únicamente puede consolar de tamaña calamidad es la consideracion de que la guerra presente era mas ó menos tarde inevitable. El engrandecimiento de la Rusia ha adquirido tan colosales dimensiones de 40 años acá, que era imposible que regido ese vasto imperio por una voluntad absoluta, el equilibrio europeo no se viera al fin amenazado. La poblacion de la Rusia de 40 millones de almas en 1812, es hoy de 70 millones. En aquella época podia poner en línea 300,000 soldados; hoy puede llevar un ejército doble á un campo de batalla, y sus fortificaciones son cuatro veces mayores que entonces, y resguardan los puntos vulnerables de sus costas contra las formidables escuadras de las dos potencias marítimas aliadas. Agreguemos á estos medios materiales la fuerza considerable, que dá al poder del Czar la unidad de accion y el despotismo irresponsable y absoluto de su gobierno, y veremos que es la Rusia en la época presente el poder militar mas fuertemente organizado.

Al lado de potencia tan colosal está la Turquía, que ha marchado mucho tiempo hace en las vias de una progresiva decadencia. Era natural que el poder grande aspirara á dominar y absorver al pequeño, y que la Rusia quisiera ensanchar sus vastos dominios hasta el mediterráneo y ocupar Constantino-

pla. La concesion reclamada por el emperador Nicolás en favor de once millones de griegos súbditos de la Turquía, reconocida en un tratado como él lo pretendia, habria establecido un protectorado muy parecido á la sumision de parte del poder mas débil. El Sultán podia ofrecer todas las garantías necesarias al libre ejercicio de la religion griega; pero no era posible que acordara tal influencia á la Rusia sobre una porcion tan considerable de los habitantes de su imperio, sin abdicar las prerogativas de su soberania y someterse á un indigno vasallaje.

No era en realidad solo en defensa de la *fé ortodoxa* que el Czar habia desplegado toda la astucia de su diplomacia, que se ha convertido mas tarde en armada intervencion. Su ambicion real era prepararse el camino á la conquista del país vecino, y satisfecha una vez esta ambicion quedaba roto de tal manera el equilibrio europeo en favor de una sola potencia, que la Francia y la Inglaterra no han podido ver con indiferencia semejante pretension y se han lanzado con gran decision á la pelea.

Esta alianza íntima de naciones tan largo tiempo rivales, es un bello espectáculo sin duda, y muestra cuanto vale para la paz del mundo, que los dos poderes mas civilizados de Europa unan sus fuerzas en defensa del derecho internacional. La Inglaterra, que poco despues de sofocada la república en Francia por el audaz golpe de Estado de 1851, fortificaba sus costas temiendo que el sobrino del gran emperador quisiera vengar el desastre de Waterloo, haciendo pasar el canal de la Mancha con el auxilio del vapor á una expedicion armada, no ha podido menos que aplaudir con gran entusiasmo la política pacífica del actual emperador de los franceses, y ha encontrado un poderoso aliado en el que temió fuera su mas peligroso adversario. Desde muchos siglos la Francia y la Inglaterra no se habian encontrado en los campos de batalla sino para combatir; hoy sus navíos y sus batallones pelean unidos en defensa de los mismos principios; y esta union que no entraba en los cálculos del emperador ruso, ofrece una firme garantía en apoyo de la independencia de la Turquía, que cuando se la creia condenada á una inevitable agonía, ha sabido ostentar un coraje admirable, muy digno de la heroica causa que sostiene.

Los Estados occidentales tenían y tienen aun un gran ries-

go que correr, el de la reaparicion violenta del espritu revolucionario, que ilógico como es, aprovecha todas las oportunidades para levantar su bandera incendiaria. Cuando tan formidable es la potencia, que estas naciones tienen que combatir fuera de sus fronteras, no podia convenirles verse inquietadas por ese enemigo interno. El gobierno francés ha manifestado su resolucion de atacar do quiera que aparezca la revolucion; no quiere contar con semejante auxiliar; y esta declaracion ha debido tranquilizar á los Estados alemanes, cuya intervencion será decisiva en la contienda, y que en el caso de ver fomentada la revolucion por la Francia y la Inglaterra, no habrian trepidado en ponerse del lado de la Rusia. Convaleciendo aun el Austria del fuerte sacudimiento de 1849, no habria podido mantenerse en actitud firme delante de la Rusia, desde que se hubiera escitado en Hungría el espritu de insurreccion contra ella.

El partido revolucionario, cuyos caudillos aspiran á triunfar á todo trance, cualesquiera que sean los medios y los aliados que les prometan la victoria, empieza ya á mostrar sus simpatias por la causa del emperador ruso; y esta es la prueba mas convincente de que ese partido jamas amó de veras la libertad puesto que está hoy dispuesto á ligarse al mas absoluto poder. Pero las intrigas de Kossuth y de Mazzini no serán tan temibles para la Europa occidental desde que los gobiernos estén resueltos á comprimir todas las tentativas demagógicas.

Es de esperar por lo tanto que la revolucion no se presentará á ayudar la ambicion del emperador de Rusia, que ha sido su mas formidable adversario. No es posible disimularse sin embargo de que, aun en este caso, la guerra de la Turquía auxiliada por la Francia y la Inglaterra contra la Rusia, no presenta en favor de los poderes aliados todas las probabilidades del triunfo, mientras las simpatias de los dos poderes alemanes no se conviertan en una actitud armada en proteccion del equilibrio de la Europa.

Verdad es que la Rusia es impotente para luchar en el mar contra las escuadras de Francia y de Inglaterra, lo que la obliga á encerrar sus navios en sus puertos fortificados; pero decidida por otra parte á evitar el combate, las hostilidades de esas escuadras aliadas no pueden causarle mayor daño. A pe-

sar de la temeridad conocida de los marinos ingleses, difícil es sino imposible que ellos puedan apagar los fuegos de fortificaciones como Sebastopol y Cronstadt, pues como dice con razón el almirante Blanco, « la piedra es mas dura que la madera. » La Rusia parece inatacable en los puntos mas importantes de sus costas, y en tierra, si es cierto lo que decia Napoleon, que los mas gruesos batallones son los que al fin obtienen la victoria, no me parece fácil vencer á la Rusia en su propio territorio ó en las fronteras del territorio turco invadido por ella, mientras la Alemania no abandone su neutralidad.

Así parecen comprenderlo los gobiernos de Francia y de Inglaterra cuando tantos esfuerzos hacen para poner el Austria de su parte. La cooperacion de este poderoso Estado, cuyas fronteras se tocan con la Rusia y la Turquía, y que no necesita por lo mismo de trasportes para llevar sus soldados al teatro de la lucha, seria decisiva y obligaria á la Rusia á retroceder, si no queria esponerse á ser vencida.

Los poderes alemanes, antes de resolverse á prestar su cooperacion en favor de la Turquía, hacen sin embargo todas las diligencias imaginables para que la Rusia renuncie á sus proyectos de invasion, al mismo tiempo que procuran que las condiciones de la paz sean aceptables para el emperador Nicolas, y no le fuerzen á una retirada vergonzosa.

Yo entiendo, pues, que si la guerra se prosigue sin la cooperacion activa y armada de la Alemania, será de éxito dudoso y de muy larga duracion, por ser proporcionada la resistencia que la Rusia puede oponer al ataque de la Turquía aliada á la Francia y la Inglaterra. Digo de muy larga duracion, porque de cualquier lado que se pronuncie la victoria, cuando tengan lugar las grandes batallas, esas victorias no pueden ser de un éxito decisivo. Las naciones occidentales tanto como la Rusia pueden volver muchas veces al combate, y tendrian siempre medios de rehacerse durante la estacion del invierno que suspende las hostilidades. Mr. Drouyn de Lhuys, ministro de relaciones exteriores de Francia, decia no ha mucho que no esperaba ver la conclusion de esta lucha. Quizá no le falta razon, pues cuando son poderes tan colosales los que se lanzan á la guerra, como ninguno de ellos puede contar con la desaparicion de su adversario por medio de la conquis-

ta, la lucha puede durar mucho y afligir por largos años á la humanidad con sus catástrofes.

Sea lo que fuere de las anteriores reflexiones respecto á la duracion y al desenlace de la presente guerra, es indudable que ella viene á perturbar de una manera deplorable la paz que habia empezado á disfrutar la Europa. Tan vital era ella para que estas naciones repararan los estragos de la última conmocion revolucionaria, y tan dados estaban los pueblos á las tareas de la industria y del comercio, que en todas partes se siente vivamente esta crisis y todos los intereses se afectan de una manera considerable.

Y no solo los intereses materiales, que desgraciadamente han adquirido una preponderancia escesiva en los tiempos actuales, sino las ideas del orden moral se ven amenazadas por la ambicion de ese solo hombre, cuya voluntad ha bastado para producir tan gran conflicto. En las manos del Czar están concentradas las fuerzas todas de un gran pueblo. La Rusia es un hombre, y ese hombre es á la vez emperador y pontífice, señor del cuerpo al mismo tiempo que de la conciencia de los millones de súbditos que le obedecen. El Czar es tan soberano en el orden temporal como en el espiritual, y cuando intenta agrandar los vastos dominios de su imperio, no es solo con la mira de reforzar materialmente su poder ya tan colosal, sino con la de ensanchar ademas los limites de la falsa religion de que es el gefe.

Los católicos de Europa ven por lo mismo comprometido á la vez el principio de las nacionalidades y el de sus propias creencias. Y les basta para preveer la suerte que aguarda á la iglesia romana, supuesta la victoria del Czar, saber cuan violenta y arbitrariamente han sido perseguidos los católicos en Rusia. Para el cisma griego es la iglesia católica en el dominio espiritual el obstáculo que le impide estender sus conquistas, y como Roma es el fundamento y la base de esa iglesia, el Czar no puede menos que odiar á Roma, que se veria espuesta á una nueva invasion del Norte, si los rusos marcharan victoriosos hasta Constantinopla.

El Atila moderno se estrellaria sin duda contra esa roca, que sirve de cimiento á la Iglesia de Jesu-Cristo. Ella triunfó en otro tiempo de los emperadores romanos no menos pode-

rosos que el de Rusia, y las catacumbas de donde salieron aquellos invencibles soldados de la Cruz, no eran una residencia mas fuerte que el Vaticano. La Rusia, como la antigua Roma señora del mundo, veria quebrantada su ambicion ante ese baluarte, al que ha prometido Dios su amparo por los siglos.

Los católicos, que han luchado con ventaja contra las doctrinas impias de la demagogia socialista, sabrán triunfar tambien del proselitismo religioso del cisma griego, aun que tenga en su favor el mas poderoso despotismo. Es de esperar por lo tanto que la doble ambicion del Czar será burlada, y que la Europa verá á un tiempo resguardadas las fronteras de sus Estados y la independendencia del catolicismo, que prosigue ganando terreno en el campo de la pacífica discusion, y que no será embarazado por las trabas materiales de una potencia cismática. Tal es el voto del ilustrado clero frances, que, invocando las bendiciones del cielo en favor de los ejércitos aliados de la Turquía, ha mostrado el verdadero carácter de la guerra de Oriente. Los soldados franceses tienen hoy la satisfaccion de ver en sus filas á los ministros de la Iglesia; que les ofrecerán los consuelos espirituales de que estaban antes privados; el soldado herido ó el que muere en defensa de la gloria de su patria, soportará con mayor resignacion su heroico sacrificio cuando se vea estimulado por las recompensas inmortales. La imágen de la Madre del Salvador ha sido recibida con gran regocijio en los navios de la flota francesa; y los rayos de esa estrella del mar exaltarán el valor de los marinos que fijan sus esperanzas en ella.

La guerra de Oriente tiene, pues, un doble carácter político y religioso, como el del fuerte adversario de las potencias de Occidente; y si Dios no ha dispuesto castigar con nuevas calamidades á la Europa, debemos pensar que querrá dispensar la mejor parte en la contienda á los que defienden la mejor causa.

Pero aunque así suceda, decia al empezar estas líneas, que los medios no valdrán nunca el resultado por ventajoso que sea. En efecto, estos medios son sangrientos, es la guerra, la mayor desgracia que tengan que sufrir las sociedades. La Rusia podrá ser contenida, enfrenada su ambicion, pero no ven-

cida, no anulada ; y se habrán derramado tal vez torrentes de sangre en los campos de batalla para volver las cosas al *statu quo*.

Entre tanto, si como es siempre de temer, nuevas revoluciones se presentan mas tarde á perturbar el órden interior de los Estados de este viejo continente, la Rusia con la que antes se contaba como salvadora del órden social en los casos extremos, como ejército de reserva que era doloroso pero necesario emplear contra los rojos, la Rusia en tal caso mirará con satisfaccion á los Estados occidentales incendiados por el volcan revolucionario, y quizá, si tal desgracia sucede, encuentre entonces la oportunidad de vengar los contrastes, que ahora sufre, y pueda hacer avanzar sobre la Turquía, abandonada por la Europa occidental en anarquía, las tropas que hoy se ven tan enérgicamente resistidas en mar y tierra.

Los intereses políticos desaparecen ó se miran de poco cuando peligran los intereses sociales, y como estos últimos son los que amenaza el socialismo, no seria extraño que otra vez la Alemania y la Francia, como sucedió durante la última república, lleven los ojos á Rusia en busca de los cosacos que los libren de los rojos. A este extremo puede arrastrar la desesperacion á los pueblos trabajados por el espíritu revolucionario.

Las sociedades europeas marchan hoy entre dos abismos, por un lado la ambicion del Czar que amenaza todas las libertades, y por otro la ambicion demagógica, que acecha las ocasiones para derribar toda autoridad, y precipitar á las mismas sociedades en el desenfreno de la licencia. Entre la tiranía y la demagogía escoja el que quiera, yo me pronuncio contra ambas, y soy tan opuesto al abuso de la autoridad como á los de la libertad.

Pero volviendo la vista hácia la América ¿ qué importa para ella la guerra de Oriente? — Considerada desde la altura moral, que es el verdadero punto de vista de las cosas humanas, la guerra de Oriente debe ser deplorada en ambos mundos como una gran calamidad. Solo los que siguen las máximas detestables de una política maquiavélica, pueden complacerse en las ruinas que contribuyen á su prosperidad material. El

que del mal ageno se felicita es indigno de los bienes que adquiere.

Materialmente ganarian los norte-americanos, que parecen los hijos predilectos de la fortuna. La emigracion para esa parte de la América aumenta todos los años y se realiza por cientos de miles. Su comercio tomará incremento tambien. La América del Sud pudiera participar de los beneficios de esa emigracion, recurso de los miles de desgraciados que huyen de los males de la guerra, y que prefieren arar la tierra en el otro mundo á regar esta con su sangre. Las guerras, por legítimas que sean, no cuentan en esta época con muchos soldados voluntarios; y los pobres, cuyo número es tan crecido en Europa, no hallan gran ventaja en defender las fronteras de un país en que no son felices. Prefieren espatriarse y deber á las victorias del trabajo sus medios de subsistencia, mas importantes para ellos que toda gloria militar.

Como la América del Sud es el campo mas precioso que pueda ofrecerse á las conquistas pacíficas del trabajo, allí irian los que no caben en este mundo estrecho, los que no tienen asiento, segun la espresion de Malthus, en el banquete de la vida, allí irian á trabajar en paz y á vivir en libertad. Pero desgraciadamente la paz y la libertad no son frutos de aquel paraíso. La América del Sud no marcha como la Europa al borde de dos abismos, sino que ha caido en ambos; y tiranos y demagogos hacen guerra constante á la libertad y á la autoridad; no hay ni paz ni orden entre nosotros y vivimos en revolucion permanente.

Los Estados Unidos solo prosperan y prosperarán en la proporcion de las miserias y de la decadencia de los Estados desunidos y anarquizados de la América del Sud. Esos Estados de la América del Norte aprovechan á un tiempo de los desórdenes de la Europa y de los nuestros.

Así como la anarquia revolucionaria de la Europa, puede ser un dia la vanguardia que allane á la Rusia la realizacion de sus proyectos ambiciosos, la anarquia sud-americana prepara á la potencia colosal de América el camino de su prodigioso crecimiento, y marcha aquel gigante lleno de orgullo en medio de pigmeos. Si importa para que la América del Norte dé nuevos pasos en la via de sus progresos, que Méjico se des-

quicie, Méjico cae á pedazos, la anarquía lo destroza; perdió ayer Tejas, hoy California y mañana irá perdiendo, como perlas caídas de un collar cuyo hilo se ha roto, las mas ricas porciones de su suelo. Y esa Turquía de América lo pierde todo, incluso el honor: no imita siquiera á los musulmanes que saben defender con gran brio el suelo en que han nacido.

Era preciso que la América del Norte se extendiera del lado del Sud, que ocupase el Istmo de Panamá; la inevitable anarquía le facilita tambien esa conquista; y ya no es la simple anarquía, sino la anarquía roja, la socialista, la que prostra y arruina á la Nueva Granada, que cae en todos los exesos y se deshace como una granada vieja y podrida en el fango del mas licencioso libertinaje.

¿Nos inclinaremos los americanos del Sud en presencia de esas conquistas de la América del Norte con un fatalismo mas ciego que el de los musulmanes, y cruzaremos los brazos ante eso, que parece una ley providencial, como si estuviéramos condenados á servir con nuestros despojos al engrandecimiento de nuestros rivales? No tengo ya espacio en este artículo para tratar tan grave cuestion. Diré únicamente que nos importa mirar muy léjos en el porvenir, si queremos salvar nuestros intereses presentes, si queremos salvar con ellos nuestra nacionalidad y nuestra fé, y librar por lo menos á una parte de la América española de ser presa de la América inglesa.

Entretanto terminaré estos renglones citando una profecía de Tocqueville, cuyos pronósticos se han realizado ya á otro respecto; las palabras con que ese autor termina su libro de *la Democracia en la América del Norte* merecen ser seriamente meditadas.

« Hay en el dia sobre la faz de la tierra dos grandes pueblos, que habiendo partido de puntos diferentes parecen adelantarse hácia el mismo fin: son los rusos y los anglo-americanos.

« Ambos han crecido en la oscuridad, y mientras los hombres fijaban su atencion en otra parte, se han colocado repentinamente en el primer rango de las naciones, y el mundo ha sabido casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza.

« Todos los otros pueblos parece que han alcanzado los límites trazados por la naturaleza, y que solo tienen que conservar; pero los rusos y los norte-americanos están siempre creciendo; todos los otros se han parado ó no avanzan sino á costa de mil esfuerzos; ellos solos marchan con paso fácil y firme en una carrera cuyo fin no puede aun percibir la vista.

« El americano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso tiene que haberlas con los hombres. El uno combate el desierto y la barbarie; el otro la civilizacion revestida con todas sus armas; de modo que las conquistas del americano se hacen con la azada del labrador, las del ruso con la espada del soldado.

« Para lograr su fin, el primero se apoya en el interés personal, y deja obrar sin dirijirlas á la fuerza y la razon de los individuos.

« El segundo concentra en cierto modo en un hombre todo el poder de la sociedad. El uno tiene por principal medio de accion la libertad; el otro la servidumbre.

« Su punto de partida es diferente, sus vias son diversas; sin embargo cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia á tener un dia en sus manos los destinos de la mitad del mundo. »

Tal es la profecia de Tocqueville. Otra vez diré las reflexiones que ella me sujere.

Escuelas católicas del Rhin

Mariemberg, (Prusia) julio 7 de 1854.

La Prusia es, segun la opinion de los áutores mas competentes, el país en que la instruccion pública ha alcanzado un desarrollo mas completo, debido á su exelente organizacion y al celo empeñoso y activo con que las autoridades todas, desde las mas altas hasta las mas subalternas, concurren á difundirla en las diferentes clases de la sociedad.

Como una gran parte de la poblacion de este país es católica, principalmente la que habita las márgenes del Rhin, me ha parecido conveniente enviar á la prensa americana un breve estudio sobre las escuelas católicas de esta rejion de la Alemania.

Escribiendo para aquellas repúblicas en las que todo está por hacerse y en las que las cuestiones que tenemos que resolver son cuestiones elementales, es inútil entrar en muchos detalles sobre la organizacion complicada de la enseñanza en los grandes Estados europeos. Lo que necesitamos en la América del Sud no son pomposas leyes ni largos reglamentos, sino la adopcion de los principios superiores que deben rejir la enseñanza pública y los maestros necesarios para presidirla en todos sus ramos. Es bueno sin duda saber de los Estados, colocados adelante de nosotros en las vias de la civilizacion, todo aquello que nos es posible imitar; pero de ninguna manera puede convenirnos adoptar como modelos las instituciones de países, cuyas costumbres avanzadas les dan aptitudes de que nosotros carecemos

En Holanda, en Prusia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, á las municipalidades está confiada en gran parte la direccion, la inspeccion y el sostenimiento de las escuelas primarias y á muy poco se reduce la intervencion del Estado. Pero entre nosotros donde no existe el espíritu municipal, ese espíritu que puede llamarse el patriotismo local, ¿qué ganaríamos con disponer por un decreto que toda aldea debe abrir una escuela, si falta en ella la corporacion que ha de sostenerla, el maestro que ha de enseñar y hasta la voluntad en los padres de hacer aprender algo á sus hijos? El espíritu público que empieza en la asamblea municipal por ocuparse de los asuntos subalternos de interés local, para acabar por dictar leyes en las cámaras legislativas, aun no está formado entre nosotros; apenas conocemos el espíritu de partido, y Dios sabe cuales son las miras verdaderas de los partidos políticos en nuestras repúblicas.

La base primera del porvenir de los pueblos, como del de los individuos, es la escuela elemental. La Alemania lo sabe mucho tiempo hace, y lo que en ella ha realizado el espíritu público, tienen que realizarlo en nuestros países la Iglesia y

el Estado, movidos por las mismas intenciones y alumbrados por los mismos principios.

En Alemania la educación pública, dice Mr. Malter es obra de las instituciones municipales; el Estado no enseña y no hace mas que intervenir en la enseñanza. El poder de la familia es decisivo en este punto, las costumbres son soberanas; los padres quieren que sus hijos aprendan lo que ellos aprendieron, y que la escuela sea ante todo el vínculo de la tradición religiosa, que trasmite las creencias de la fé de unas generaciones á otras.

Las municipalidades fundan y dotan las escuelas, y se creen por lo mismo con derecho á gobernarlas, reconociendo sin embargo en el Estado el de inspeccionarlas y mejorarlas. Y como el pueblo es profundamente religioso, este hecho, efecto de la educación que la familia ha recibido, es causa á la vez de lo que ella trasmite.

En nuestros países americanos reina en materia de instrucción primaria una preocupación, cuyas consecuencias pueden ser fatales. No se conoce allí el verdadero fin de la enseñanza popular, y se piensa que ella consiste únicamente en enseñar á leer y escribir, en instruir no en educar. En mis estudios anteriores sobre la instrucción pública en Francia, me he propuesto combatir tan absurda opinion, y este escrito tiene el mismo objeto. Espero demostrar con el ejemplo de lo que pasa en Prusia, como antes lo he hecho con el de Francia, que el fin real de la instrucción popular debe ser la enseñanza del cristianismo, es decir, la formación del hombre moral y religioso, del cristiano, en una palabra, y en los países de origen español, del católico, que es para nosotros el verdadero cristiano.

Aunque de antigua data, los libros mas notables que se conocen en Francia sobre instrucción pública y en Alemania, son los de MM. Cousin y Saint Mare-Girardin. M. Eugenio Rendu ha anunciado una obra sobre el estado moral de la instrucción popular en la Alemania del Norte, que no ha visto aun la luz. El testimonio de los dos primeros escritores no puede ser sospechoso. Ambos han visto en estos países el influjo completo, decisivo y por nadie contestado de la religión en la enseñanza. Y lo que han observado en Alemania

se vé también en Holanda, donde la instrucción pública está mucho tiempo hace en la situación más floreciente.

Como la ley prusiana, dice Mr. Cousin, la holandesa establece que el fin de la instrucción primaria es la educación moral y religiosa. A este respecto ambas leyes están en perfecta armonía, y esta armonía hace el elogio de una y otra. Porque si las escuelas populares no hiciesen más que desarrollar el espíritu, sin desarrollar al mismo tiempo los sentimientos de moral y de piedad propios para dirigir bien la conducta de las clases laboriosas, estas escuelas harían quizá más mal que bien, y tal vez no servirían sino para producir una barbarie de nueva especie, en la que los conocimientos materiales se unirían á una profunda ignorancia de lo bueno y de lo bello, y del destino verdadero del hombre.

En la Alemania, dice el mismo escritor, en los países protestantes tanto como en los católicos, la Iglesia y la escuela están unidas por un vínculo íntimo. . . . Este régimen, agrega Mr. Cousin, nos parece excelente en principio. . . . y en la práctica tales principios han producido los mejores frutos.

Veamos ahora el texto mismo de la ley prusiana, «cuyo carácter fundamental es el espíritu moral y religioso que domina todas sus disposiciones.»

Esta ley es la de 1819, ley muy digna de atención, y cuyas disposiciones están traducidas por Mr. Cousin en la obra sobre la instrucción pública en Prusia.

La principal misión de toda escuela, dice esa ley, es educar la juventud de manera que se forme en ella, con el conocimiento de las relaciones del hombre con Dios, la fuerza y la voluntad de conformar su vida al espíritu y á los principios del cristianismo. Desde luego la escuela debe preparar á los niños á la piedad, y para esto procurará secundar y completar las primeras instrucciones de la familia. De modo que en todas partes, las tareas del día deben empezar y concluir por una corta oración, y por piadosas reflexiones hechas de manera que este ejercicio moral no degeneren nunca en un hábito irreflexivo. Los maestros cuidarán además que los niños asistan exactamente al servicio de la Iglesia los domingos y días festivos. En todas las solemnidades de las escuelas habrán cantos de un carácter religioso. Por fin, el acto de

la comunión deberá ser para los discípulos como para los maestros, una ocasión de estrechar los lazos que deben unirlos y de abrir su alma á los sentimientos mas generosos y mas elevados de la religion.

Se concibe fácilmente que siendo ese el espíritu de la legislación prusiana, la Iglesia debe tener una influencia preponderante en todo lo relativo á la enseñanza pública; así es en efecto. Y esta influencia se ejerce en la formación del maestro en las escuelas normales, en los exámenes á que se sujeta á todo maestro, en la inspección y dirección de la autoridad eclesiástica en las escuelas primarias y en la enseñanza misma dada por el sacerdote en dichas escuelas.

Los directores de las escuelas normales católicas en Prusia son sacerdotes, las de los protestantes pastores de las diversas comuniones. Este hecho es por sí muy elocuente. En la ciudad de Bruchl, á dos leguas de Colonia, existe desde mucho tiempo há, una escuela normal católica, y en ella los discípulos reciben, bajo la dirección de un cura, una instrucción esencialmente católica, y se habitan á los ejercicios diarios de la devoción religiosa. Los detalles de la vida del discípulo-maestro en esa escuela, pueden verse en un notable informe del director, publicado en la obra antes citada de Mr. Cousin.

En la misma obra se encuentra otro informe del director de la escuela normal protestante de Portdam, en el que se leen estas palabras, muy conformes con las opiniones que en otra ocasión he recordado de Mr. Guizot, de Mr. Saint-Mare Girardin y de otros autores.

En la educación de los maestros de escuelas primarias es menester consultar las necesidades del pueblo. Todo nos demuestra que el bienestar temporal de un individuo no se consigue de ninguna manera por medio de un gran desarrollo intelectual y de una civilización refinada. La verdadera felicidad de un individuo, como de un pueblo consiste en una moralidad severa, en el imperio sobre sí mismo, en la humildad y en la moderación, en el cumplimiento voluntario de todos los deberes respecto de Dios, los superiores y el prójimo. . . La instrucción religiosa y moral es por consiguiente la primera necesidad del pueblo. Cuando ella falta, toda otra educación

no solo carece de utilidad, sino que bajo ciertos aspectos es ademas peligrosa.»

Es evidente que directores animados de tal espíritu no pueden formar sino maestros muy religiosos en las escuelas normales, y puestos estos al frente de la enseñanza primaria propagan naturalmente en el pueblo las semillas de la buena doctrina.

La ley de Prusia exige del maestro de primeras letras que sea «un hombre de edad madura, de un carácter moral irreprochable y penetrado de sentimientos religiosos;» y para asegurarse de que reúne estas cualidades el que solicita se le confie la direccion de una escuela, se le somete á un exámen teórico y práctico aunque sean discípulos de las escuelas normales, que naturalmente son preferidos.

Estos exámenes tienen lugar ante una comision compuesta de cuatro miembros, dos eclesiásticos y dos seculares, nombrados los dos primeros por el Obispo de la diócesis. El exámen relativo á la religion es presidido por un eclesiástico delegado por el mismo Obispo, y el relativo á la instruccion por un miembro del consejo provincial.

De modo que un sacerdote católico es el director de las escuelas normales católicas; la Iglesia por medio de sus delegados los examinará en materias religiosas antes que se le entregue la direccion de la escuela. Y aun no basta esto. El cura es el inspector nato de las escuelas de su parroquia. Y ademas en cada circulo ó canton hay un inspector para todas las escuelas, y éste inspector es tambien un eclesiástico. Es imposible reconocer en la Iglesia una intervencion mas completa en las escuelas primarias. Y natural es que asi sea para lograr el fin de la lejislacion prusiana, que es la enseñanza religiosa del pueblo. Como veremos mas adelante; el cura no solo es inspector de la escuela, sino que toma parte tambien en la enseñanza relativa á la doctrina cristiana.

Mariemberg, lugar en que escribo estos renglones, es uno de los muchos antiguos conventos establecidos sobre las márgenes del Rhin, y en los que los hombres de la edad media buscaban en el retiro de la vida religiosa un refugio contra los disturbios sociales y contra sus propias pasiones, al mismo tiempo que se asilaban con ellos los principios que mas tarde ha

desarrollado la civilización moderna, reconocida á los servicios importantes prestados á la ciencia por aquellos religiosos. Marienberg era un monasterio, al que la tradición atribuye un origen muy dramático; hoy es un excelente establecimiento hidropático, y vienen muchas personas de todos los puntos de Europa en busca de la salud del cuerpo á este lugar en el que tres siglos antes algunas santas mugeres se encerraban para asegurar la salud del alma.

A dos pasos de este establecimiento está la villa de Boppard, de cuatro mil habitantes. El cura es un sacerdote de vasta instrucción, que hizo sus estudios en Roma en el colegio de la Propaganda, traductor al alemán de algunas obras escogidas de los Santos Padres, y autor de poesías religiosas que han acreditado su nombre en toda la Alemania.

He consultado tanto al cura como á un profesor del gimnasio de Boppard, antiguo maestro de primeras letras y discípulo de la escuela normal católica de Bruchl, sobre los establecimientos de instrucción primaria; y los informes verbales que he recogido, me confirman en el juicio formado sobre el estado floreciente de las escuelas católicas de Prusia por mis lecturas anteriores. Veo además que los hechos están de acuerdo con las leyes y con las observaciones de Mr. Cousin y Saint-Maire Girardin.

He aquí el resultado de mis investigaciones, la villa de Boppard, sostiene ocho escuelas primarias, cuatro de varones y cuatro de niñas. El número de alumnos de cada escuela varía de 90 á 120. Es sabido que en Prusia la enseñanza primaria es obligatoria. Desde la edad de cinco años el niño debe asistir á la escuela hasta la de 14, las niñas hasta los 12 ó 13.

La escuela se abre en toda estación por la mañana de 8 á 11, y por la tarde de 2 á 4, exceptuados los miércoles y sábados en que no hay asistencia por la tarde.

Cada una de las cuatro escuelas ó clases conserva al niño durante dos años; cumplidos los cuales pasa á la clase superior, á menos que por falta de capacidad ó aplicación tenga que permanecer en la clase inferior un año más.

Los ramos de la enseñanza en las escuelas propiamente primarias, llamadas en Prusia elementales, son la religión, compendio de la historia santa, la lectura, la escritura, la aritmé-

tica y el canto. A estos ramos, que son de obligacion en las campañas, se agrega en las ciudades pequeñas ó grandes; la historia nacional, la jeografía, el dibujo lineal, algunas nociones de la historia universal y la gimnástica.

En las escuelas superiores á las primarias, llamadas *Burgerschulen* se enseñan todos los ramos de los gimnasios (liceos en Francia), menos el griego y el latin, reemplazados por el inglés, el francés y algunas veces el italiano y el español. Al exámen de esta enseñanza intermediaria ha consagrado Mr. Saint-Mare Girardin una obra especial.

El cura de Boppard, como todos los de Prusia, tiene como he dicho antes, una parte principal en la enseñanza de la doctrina cristiana. Antes de ir á la escuela los niños asisten todos presididos por sus maestros á la misa de las 7 de la mañana, en la que cantan en coro los distintos cánticos apropiados al sacrificio divino. Los domingos y juéves estos cantos son acompañados por la música del órgano.

Tres veces á la semana, de las 8 á las 9, el cura enseña la religion en la escuela. Cuando, como en Boppard, hay un cura y dos vicarios ó ayudantes del cura, cada uno de ellos toma á su cargo una escuela para esta enseñanza religiosa. El maestro cuida de que los discípulos aprendan de memoria lo que ordena el cura. Les hace leer la historia santa y les esplica en seguida la moral de los hechos que han leído.

Para dar esta instruccion religiosa el maestro de escuela recibe naturalmente las instrucciones necesarias del cura, maestro inspector natural, me decia el preceptor que me comunicaba estos datos.

Ademas de esta enseñanza dada por el sacerdote y el maestro mismo á los niños, estos reciben todos los domingos una instruccion especial en las iglesias sobre los dogmas católicos. Esta enseñanza dada en los templos es lo que se llama en Francia como en este país, catecismos, y un objeto principal, como lo indica este nombre, es esplicar el catecismo á la infancia. Estas lecciones son de la mayor importancia, para la instruccion religiosa de las clases pobres, y recuerdo haber oido en Paris al ilustre Arzobispo de Bogotá las mas sensatas reflexiones sobre la necesidad de que los Obispos americanos las establecieran en sus diócesis.

Los catecismos ó enseñanza de la doctrina cristiana se hace por el cura los domingos á la una. Asisten á ellos no solo los niños sinó las personas adultas tambien. El mismo dia domingo en la misa mayor hay un sermon, consagrado cuando nó á recordar la vida de un santo en los dias de fiesta, á explicar algun punto importante de la moral cristiana y el Evangelio ó la Epistola del dia. Los jóvenes de las escuelas primarias como los de los gimnasios están obligados ademas á asistir á las visperas á las 2 de la tarde, que cantan todos en coro. Al dia siguiente el maestro hace repetir á los discipulos de la clase superior elemental el resumen del sermon del domingo, y otras veces se les exige que lo lleven escrito. De esta manera se logra excitar la atencion al sermon, al mismo tiempo que se habi-túa al alumno á exponer de palabra ó por escrito lo que ha oi-do; ejercicio de la mayor utilidad.

Como he dicho antes, la instruccion elemental termina á la edad de 14 años. Un año antes todos los niños hacen su primera Comunion, á la que los prepara el cura por medio de una instruccion especial seis semanas antes de la Pascua de Resurreccion. Y nó pueden ni aun en esa edad abandonar los discipulos la escuela sin que antes hayan dado un exámen, *que nada deje que desear, dice la ley, bajo el aspecto de la moralidad*. La misma ley agrega: «Seria muy útil que despues de haber salido de la escuela, los niños confirmados ya, y admitidos á la Comunion, asistiesen aun durante un año al catecismo del domingo en la Iglesia.

Se vé pues, que la intervencion de la Iglesia en la enseñanza primaria de la Prusia católica, es decir, en la enseñanza dada á la tercera parte de la poblacion de este gran Estado, es tan poderosa y eficaz como lejitima. La Iglesia interviene por medio del sacerdote puesto al frente de la escuela normal, por el exámen de todo institutor primario, por la aprobacion dada á los libros que sirven de texto á la enseñanza, por la inspeccion que ejerce sobre la conducta del mismo institutor en el desempeño de sus funciones, por la parte que toma el cura en la enseñanza de la doctrina cristiana dada en la escuela como en el templo, y por el exámen último á que debe someterse el alumno que abandona la escuela, y que no debe dejar nada que desear respecto de su moralidad, esto es, respecto de sus creencias y

sus sentimientos religiosos, pues en la Prusia católica no se concibe que haya otra moral que la católica. Puede afirmarse por consiguiente que en materia de enseñanza primaria nada se hace en este país ni contra la Iglesia ni sin ella.

Así es que el cura es en una de estas pequeñas ciudades no solo el director espiritual, sino el padre, el consejero y el amigo á la vez de cuantos habitan su parroquia, y no le respetan menos los niños de las escuelas que los maestros y las familias. ¡Dichoso el país en que el cura ejerce tan saludable influencia! Ese país será feliz porque será religioso y la voluntad de Dios le será siempre propicia.

Una de las cosas que mas han llamado mi atención en Alemania es el canto religioso de los niños en los templo. En los mas modestos de los innumerables que se encuentran en las márgenes del Rhin, como bajo las bóvedas de la magnífica catedral de Colonia, los niños de las escuelas primarias de ambos sexos se reúnen como he dicho, antes de abrirse la escuela, y esos cánticos entonados con tanta pureza durante la misa por algunos cientos de voces infantiles, producen en el alma una sensación indefinible. Imposible me parece que una sociedad de criaturas humanas pueda tributar mas bello homenaje á su Creador. Jesu-Cristo amó tiernamente la infancia, y nos dice en el Evangelio que solo los que se hagan semejantes á ella entrarán en el reino de los cielos. ¡Cuan gratas no deben ser á Dios esas plegarias que se elevan en sublimes armonías hasta el trono de su gloria! ¡Ni que voz puede abogar mejor en favor de la mísera humanidad que la voz de la inocencia!

La música y el canto puede decirse que son una parte de la vida de la Alemania. La Alemania, dice M. Matter, es música en todo y á toda hora. Ella canta en la Iglesia, en el hogar doméstico, en los campos, por la noche, por la mañana, en las horas de trabajo y en las de reposo. . . .Las fiestas de canto tienen lugar en todos los lugares de la Alemania, desde Maguncia y Francfort hasta Praga y Viena. . . .Los miembros del clero de todas las Comuniones se deciden á veces á fomentar estas fiestas, y esto es natural en la patria de Beethoven, de Mozart, de Hændel, de Hendel, cuya música es tan religiosa. . . .La música religiosa es la mas estimada, como lo prueba la admiración general por los oratorios. El tema de estos orató-

rios es tomado de la historia sagrada; son cantados por muchos cientos de niños de ambos sexos y acompañados por grandes orquestas. Los mas célebres compositores alemanes son autores de este género de música religiosa.

La escuela está de acuerdo con el gusto dominante á este respecto, y el canto es en Prusia, como en el resto de la Alemania una parte esencial é indispensable de la educacion primaria. El hombre de estos paises no solo canta en los templos en honor de Dios; los sentimientos patrióticos, los afectos de la familia tienen tambien su expresion poética en el canto nacional. Hay cantos de toda especie, dice el mismo Matter, cantos de misa, cantos muy populares y canciones muy triviales; pero no los hay contrarios á las costumbres, y jamas he oido decir que antes de manifestarse en las calles sea preciso someterlos á la policia. Por el contrario he observado siempre con satisfaccion, al traves de la frase mas ó menos poética, mas ó menos mística, el pensamiento siempre muy religioso por el hábito de los antiguos cantos que la Iglesia ha tramitado á todas las clases del pueblo.

En esos cantos de la Iglesia ó de las escuelas, y del pueblo mas bien en la Iglesia, hay algunos que datan de la época de Carlomagno. La tradicion los ha conservado y los pasará probablemente á siglos muy remotos. En todos los templos de la Alemania católica se cantan los mismos himnos y esta unidad puede considerarse como una porcion de la nacionalidad.

La música es un agente de la civilizacion. Ella despierta y cultiva los afectos generosos y elevados; la gratitud, el amor, la admiracion; hace de un sentimiento, un entusiasmo y purifica el alma de los vicios que la afean y la degradan. « La fé llega al alma por el oido » dice San Pablo; la música religiosa exalta en efecto en los que creen esa aspiracion noble del espíritu, que vé la luz en medio de las tinieblas y adora al Dios infinito é incomprendible. Y los que tienen la desgracia de no creer, los adoradores de su propia razon, dudo que no sintieran vacilar su orgullo si escucharan alguna vez una misa cantada por las escuelas de Prusia ó un miserere en la capilla Sixtina de San Pedro.

Importa sobre manera estimular en los pueblos, en las cla-

ses numerosas, sobre todo, el gusto de los placeres honestos á fin de que puedan evitarse los ilegítimos. Puesto que el alma vive en el cuerpo, nada mas conveniente que satisfacer esos placeres de los sentidos que, léjos de estar en oposicion con nuestra vida espiritual, la levantan por el contrario á las regiones de lo bello y de lo bueno. Las bellas artes fueron en todos tiempos aliadas del catecismo.

La parte acordada al canto en las escuelas católicas, me parece una de las cosas que mas recomiendan el Estado de la instruccion pública en Prusia, y creo que con el tiempo podria introducirse tan benéfica invasion en la de los paises de la América del Sud, muy capaces por la organizacion privilegiada de sus hijos de dar á la música y al canto la influencia que le corresponde en los adelantos morales de la sociedad. Pero antes de llegar á ese progreso es menester que tengamos escuelas, y para esto, que fundemos los establecimientos normales y los seminarios, á fin de que algun dia el maestro de primeras letras y el cura sean en nuestras ciudades los verdaderos propagadores de la educacion, esto es, de la enseñanza religiosa del pueblo.

Los gobiernos deben persuadirse que no lograrán ese resultado por otras vias que la de los paises en que la instruccion pública ha llegado á su mayor desarrollo; y es tiempo ya de que renuncien el espíritu erradamente liberal, que distingue generalmente los actos todos de su política relativos al mas grande interés de un Estado. Es tiempo de que nuestros gobiernos sean de la religion del pais que presiden, y se pronuncien con firmeza contra las tendencias irreligiosas de la revolucion, que hasta hoy no ha ofrecido á los hijos de la patria otra escuela que la de la corrupcion en las ideas y en los hechos de la barbarie.

INDICE DEL TOMO I

PÁG.

Don Félix Frias—por el doctor don Pedro Goyena V

ARTÍCULOS REMITIDOS DE EUROPA

La Revolucion Europea	1
La Religion y la ciencia	19
Muerte del arzobispo de Bogotá.	34
Carta del Conde de Montalembert	45
Carta de Victor Hugo	57
Emigracion	63
Establecimientos de Beneficencia.	68
Carta al señor Pitre-Chevalier	73
Muerte del General San Martin.	76
El General don José de San Martin.	84
El triunfo del Gobierno de Chile y la caida de la tirania en la República Argentina	93
Carta á Thompson	104
Los jóvenes americanos que se educan en Francia	109
Los Rojos en la América del Sud.	122
La Literatura moral	130
Carta á M. Guizot	141
Golpe de Estado en Francia	147
La dictadura en Francia.	154
Mis opiniones religiosas y políticas.	161
El 25 de Mayo de 1852	176
Historia de los Legisladores y de las Constituciones de la Grecia antigua	191
Mi última correspondencia al « Mercurio »	203
Las Repúblicas de Sud América.	214
La Libertad de la Prensa	223
El Catolicismo y la Revolucion	239
Pauperismo y caridad	258

	<u>pág.</u>
La libertad de la enseñanza.	274
Estudio sobre la instruccion pública en Francia	292
Necesidad de la union y del orden de la República Argentina.	312
París y Roma	325
La Sociedad de Sau Vicente de Paul	342
Estudios sobre la Instruccion Pública	353
Un periódico religioso en Buenos Aires	368
Estudios sobre la Instruccion Pública	377
La Prensa en Francia	386
La Libertad	398
Oradores sagrados en Paris	408
La Francia Católica	412
Don Juan Thompson	420
El sensualismo en la literatura	432
La observancia del domingo	442
La guerra de Oriente	452
Escuelas Católicas del Rhin	462

Exp 110649/962

150ea Central

\$ 300. -

No. part: 10645